



EUDISTAS
Provincia de Colombia

CONSTITUCIONES-REFUGIO

TOMO X

Centenario de la edición de Obras Completas

SAN JUAN EUDES

**Constituciones para las Hermanas religiosas
de Nuestra Señora de Caridad**

P R E S E N T A C I Ó N

San Juan Eudes fundó la Orden de Nuestra Señora de Caridad en 1641. Con el correr del tiempo y luego de la experiencia formadora de las primeras Hermanas por las religiosas Visitandinas fundadas por san Francisco de Sales, pensó en dar a la nueva Orden unas Constituciones. Siguiendo lo acostumbrado en la época se sirvió de la tradicional Regla de San Agustín para encabezar el texto normativo. Eran las grandes líneas que debían fundamentar la vida consagrada y comunitaria del nuevo Instituto. Para las Constituciones propiamente dichas usó de base el texto venerable de las Constituciones que dio san Francisco de Sales a la Orden de la Visitación. Cuidó bien de poner entre comillas el texto salesiano. Pero tuvo en cuenta lo específico y distintivo de la nueva Orden, su propia finalidad apostólica e insertó en el texto de san Francisco de Sales apartes que recordaban a las Hermanas para qué habían sido fundadas y el cuarto voto apostólico que le señaló. Esas partes no llevan comillas.

Es un texto valioso. Recuerda a las Hermanas actuales su origen, su historia, aquellas modalidades perdidas, como el precioso texto dedicado en los comentarios a las Hermanitas menores, niñas de doce y un pocos más de años, que hacían una elemental experiencia que podía hacer nacer en ellas el deseo de pertenecer de tiempo completo a la Orden. Se diría que especie de seminario menor.

San Juan Eudes, de acuerdo a la legislación canónica de entonces solo podía fundar una Orden, en monasterios autónomos, con reglas de clausura muy estrictas. ¿Cómo conjugar esto con un Instituto volcado hacia el mundo exterior donde estás las personas a quiénes se dirige? Es bueno leerlo entre líneas.

Miremos el pasado y busquemos la inspiración fundante. Dejémonos contagiar del fervor, la fe y la esperanza de los primeros días. Admiraremos su vida espiritual y comunitaria. Nos puede hacer bien.

*Alvaro Torres Fajardo, eudista
Valmaría 2019.*

Introducción

I. Comienzos de la Orden de nuestra Señora de Caridad ¹

La orden de Nuestra Señora de Caridad fue fundada por san Juan Eudes para procurar asilo a jóvenes y mujeres de mala vida que quieren hacer penitencia por su vida desarreglada. A partir de 1635 san Juan Eudes había confiado la dirección de algunas arrepentidas a una humilde mujer, Magdalena Lamy, que vivía en una casa humilde del barrio San Julián en Caen. Repetidas veces Magdalena Lamy suplicó a san Juan Eudes que fundara una casa para esas pobres pecadoras que se perdían en gran número por falta de recursos y de dirección. Ese era exactamente el deseo del piadoso apóstol. Comenzó a realizar este deseo en 1641, con la ayuda del señor de Bernières, tesorero de Francia en Caen, y de los esposos de Camilly.

El inicio del Instituto fue muy modesto. El P. Eudes instaló sus penitentes en una casa alquilada situada en la calle San Juan, cerca de la puerta Mollet, y confió la dirección a una piadosa mujer llamada Margarita Morin, que, luego de abjurar del protestantismo, se había dedicado a la práctica de buenas obras. El 25 de noviembre, fiesta de santa Catalina, la comunidad se estableció en la casa de la puerta Mollet, pero sólo el 8 de diciembre siguiente el Padre Eudes celebró la primera misa en la capilla y dejó en ella la reserva del Santísimo Sacramento.

El Padre Eudes tenía la autorización verbal de monseñor d'Angennes, obispo de Bayeux. Pero esto no bastaba. Necesitaba también la autorización del poder civil. En un viaje a París en 1642 obtuvo de Luis XIII Letras patentes que autorizaban el establecimiento de la comunidad bajo el nombre de Nuestra Señora del Refugio, y permitían a sus miembros hacer profesión conforme a la Regla de San Agustín. Les aseguraba así todas las ventajas y privilegios de que gozaban en Francia las religiosas de la Orden de San Agustín.

El Padre Eudes no tardó en enviar a Margarita Morin algunas auxiliares en las que fundaba hermosas esperanzas. Infortunadamente la directora no pudo entenderse con ellas y abandonaron la comunidad. Solamente la señorita de Taillefer y una muy joven sobrina del Padre Eudes, María Herson, perseveraron luchando contra grandes obstáculos. Margarita Morin tampoco se entendió con el Padre Eudes y en 1644 abandonó también la obra naciente para ir a fundar en Bayeux una nueva comunidad en la que murió en olor de santidad el 1º de octubre de 1657².

Para salvar su desorganizada obra el Padre Eudes no vio otra solución que confiarla provisionalmente a la dirección de las religiosas de la Visitación³. A monseñor d'Angennes le costó aceptarlo⁴. Finalmente dio su

² Ory, Orígenes, p. 160o

³ No era la primera vez que las hijas de san Francisco de Sales se encargaban de una obra de arrepentidas. En 1629, de acuerdo con el arzobispo de París y de la madre Angélica l'Huillier, superiora de la Visitación de la calle de San Antonio, de la que hablaremos más adelante, san Vicente de Paul puso a cuatro religiosas de esta Orden a la cabeza de la casa de la Magdalena, que la marquesa de Maignelay había establecido en inmediaciones del templo. Este hecho era conocido ciertamente por el Padre Eudes. Cf. Maynard, *San Vicente de Paul*, t. 3, p. 459ss. Boulay, *Vida de san Juan Eudes*, t. I, p. 381.

⁴ Testigo de ello esta carta que escribió al P. Eudes el 30 de julio de 1644: "Padre, ya que usted, el señor Bernesq y las Hijas de la Visitación han tenido a bien enviar algunas hermanas para dirigir las del Refugio, yo

consentimiento y las hermanas de la Visitación pusieron a disposición del P. Eudes a la madre Margarita Patin y otras dos hermanas. Su presencia y su atinada dirección trajeron la paz y la confianza a la pobre casa de El Refugio. Infortunadamente no fue por mucho tiempo. La muerte de monseñor d'Angennes, ocurrida el 16 de mayo de 1647, trajo, en efecto, nuevas y duras pruebas. Su sucesor, monseñor Molé, se declaró contra el Padre Eudes y sus obras. Manifestó su hostilidad contra la obra de El Refugio rehusando aprobar la profesión de la señorita de Taillefer. El desánimo se apoderó entonces de las Visitandinas que abandonaron El Refugio para regresar a su propia comunidad. Sin embargo, Dios intervino pronto de manera visible. Presionado por el señor de Langrie, presidente del Parlamento de Ruan, que ofrecía 14.000 libras para la fundación del nuevo instituto, monseñor Molé terminó por ceder, y el mismo día de la fiesta del Corazón de María, 8 de febrero de 1651, concedió el acta de institución de la comunidad de Nuestra Señora de El Refugio, que entonces tomó el nombre de Nuestra Señora de Caridad.

El 14 de junio siguiente volvió la madre Patin a la Caridad, y asumió de nuevo el gobierno que conservó hasta su muerte. A partir de este momento la comunidad se organizó y desarrolló de manera regular y cuando faltó la madre Patin pudo ser reemplazada por una religiosa perteneciente a la Orden. En 1657, las Hermanas, que se habían visto

me conformo con sus sentimientos si bien los míos tienen gran repugnación ante esto. Si las que son enviadas allí no son muy prudentes y juiciosas, y dotadas de grandes cualidades para resistir al mal, corremos el riesgo de perder dos casas queriendo salvar una. Pido a Dios que no lo permita. Espero que la experiencia que usted y el señor de Bernesq tienen del gobierno de los dichos monasterios, y la dirección de la superiora de las hijas de la Visitación pondrán remedio a estos inconvenientes que estoy temiendo... "Ory, *Orígenes*, p. 24.

obligadas a cambiar varias veces de residencia, compraron un terreno situado en el borde de los muelles, cerca del obispado, y se instalaron en la deteriorada casa que tenía. Más tarde construyeron allí un convento espacioso y cómoda que las Hermanas de Caen ocupan hasta hoy. Unos años después las Hermanas alcanzaron un favor todavía más precioso. El 2 de febrero de 1666, luego de mucha insistencia sin resultado, el Papa Alejandro VII se dignó aprobar el instituto y erigirlo como Orden religiosa. En el intervalo el Padre Eudes se vio privado de su cargo de superior de la comunidad por monseñor Servien, obispo de Bayeux, que había nombrado en su lugar al sacerdote Legrand, cura de San Julián de Caen. Inútil decir cómo fue de dolorosa esta nueva cruz para el corazón del fundador y para el de sus hijas.

A la muerte del Padre Eudes, la Orden de Nuestra Señora de Caridad contaba cuatro casas. Cuando la gran revolución solo contaba siete. En el curso del siglo XIX se desarrolló en proporciones considerables, pero se dividió en dos ramas, la de Nuestra Señora de la Caridad de El Refugio y la de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor de Angers. Las casas de El Refugio conservaron en su integridad la organización establecida por el fundador y son independientes entre ellas. Según el autor de los *Orígenes de Nuestra Señora de Caridad*, en 1891 existían 31 monasterios, de los cuales 18 en Francia, 1 en Italia, 1 en España, 1 en Austria, 2 en Irlanda, 2 en Inglaterra, 2 en Estados Unidos y 3 en Canadá. En total había 1512 religiosas

y novicias, 1043 Magdalenas, 2119 penitentes y 1824 preservadas⁵

En 1835, la madre María de Santa Eufrasia Pelletier, superiora del monasterio llamado del Buen Pastor de Anger, obtuvo del soberano Pontífice que las casas fundadas o por fundar, partiendo de su monasterio quedarían bajo la dependencia de la casa madre, cuya superiora recibiría al mismo tiempo el título y la autoridad de superiora general. Esta admirable religiosa, “que tenía la talla para gobernar un reino” estaba animada de un celo extraordinario por la salvación de las almas. Logró comunicar su ardor a sus hijas e imprimió a su instituto un impulso tal que bien pronto el Buen Pastor tuvo conventos en todas las partes del mundo. Según el Padre Ory, el instituto, en 1891 contaba 187 conventos, 4.800 religiosas y novicias, 1425 Magdalenas, 10.500 penitentes y 13.000 preservadas. La madre María de Santa Eufrasia fue canonizada en 1936⁶. El recuerdo del Padre Eudes se conserva preciosamente en el instituto de Nuestra Señora de Caridad.

⁵ Las preservadas son jóvenes que las religiosas recogen para arrancarlas del vicio en el que la pobreza o la mala conducta de sus padres las exponen a caer. (Ests últimas llevan el nombre de Martas en varios monasterios). Luego de tres años de prueba durante los cuales pasan sucesivamente por diversos grados son recibidas definitivamente en el rango de “Magdalenas” o de “Martas”, y hacen ante el capellán y sus compañeras una consagración total y perpetua de sí mismas a Nuestro Señor. Si emiten entonces votos temporales o perpetuos lo hacen solamente en el confesonario. Al menos así pasa en el monasterio de Caen, que es la cuna de la Orden.

⁶ Sobre Santa Eufrasia ver la vida de la venerable madre María de Santa Eufrasia por el padre Pasquier. París, Lethieleux, 1894.

II. Composición e historia de las Constituciones

Desde su origen el fundador había adoptado para el instituto de Nuestra Señora de Caridad la Regla, sabia y benigna, de San Agustín como lo muestran las Letras patentes de 1642. Pero esta Regla no bastaba. Era necesario aplicarla a las necesidades y a las obras del instituto añadiéndole un cuerpo de Constituciones. Las Constituciones que san Francisco de Sales había dado a las religiosas de la Visitación eran del gusto de san Juan Eudes. Apreciaba su espíritu y quería darlas a sus hijas. En parte esto provocó la desavenencia entre él y Margarita Morin que prefería la espiritualidad de las Ursulinas. Ella quería introducirlas en Nuestra Señora de Caridad. Al tomar la dirección de la obra de El Refugio, la madre Patin trajo consigo las Constituciones de la Visitación. Ellas sirvieron de base a las que san Juan Eudes dio a sus hijas. Pero, en varios aspectos, debió modificar la obra de san Francisco de Sales para armonizarla con sus puntos de vista personales y con el fin del nuevo instituto. Lo explica san Juan Eudes en la carta de dedicatoria que escribió, al fin de su vida, para servir de prefacio al Costumbrero, y que, de hecho, las religiosas de Nuestra Señora de Caridad pusieron a la cabeza de las dos ediciones de este libro que aparecieron, la primera en 1682 y la segunda en 1738.

“Puesto que fue necesario, dice el Padre Eudes a sus hijas, ponerlas, al momento del nacimiento de su Congregación, bajo la guía de algunas buenas y virtuosas religiosas, a fin de que fueran instruidas y formadas en las prácticas de la vida

religiosa, y que para este fin, ustedes estuvieron, por varios años, bajo la dirección de las religiosas de la Visitación de Santa María, por orden de Monseñor, el Ilustrísimo y Reverendísimo Jacobo d'Angennes, obispo de Bayeux, de feliz memoria, según la humilde petición que yo le hice, y que estas santas hijas las guiaron por la misma vía que les marcó en sus Constituciones, Directorio y Costumbrero, que su bienaventurado Padre y fundador, san Francisco de Sales, les dio. Yo he tomado de esas Constituciones, Directorio y Costumbrero, los artículos que sirven para regular los ejercicios de la vida religiosa en general, a los que yo he añadido varios otros, que miran al empleo y las funciones de su Instituto particular; y habiendo unido unos a otros, creí que no podía poner entre las manos de ustedes otros medios más apropiados y eficaces que las perfeccionen y santifiquen en su vocación, y las lleven a corresponder fielmente a los designios que su divina bondad tiene con ustedes”.

Hay en las Constituciones algunos detalles que el Padre Eudes debió añadir para obviar la objeción que se le hacía de continuo, a saber, que religiosas no podían, sin exponerse a peligro, vivir en contacto continuo con penitentes. Cuando solicitaron a Roma la aprobación del Instituto, los comisionados por san Juan Eudes, encontraron siempre esta dificultad. En una carta a la madre Patin, el piadoso fundador cuenta los esfuerzos hechos por uno de entre ellos para dar respuesta: “Recibí ayer una carta (del padre Boniface) en la que me escribe que se concede gran dificultad al peligro de que religiosas dirijan a las

penitentes... Para vencer esa dificultad él expuso que las penitentes están separadas de las religiosas por un muro; que ellas tienen su dormitorio, comedor y capilla aparte; que hay una puerta en el muro por la que dos religiosas mayores, escogidas por la superiora, ingresan por la mañana en las salas de los penitentes y salen de allí por la tarde; que durante la noche son vigiladas por una reja; que hay una lámpara siempre encendida en el centro de su dormitorio, ante una imagen de la Virgen María; que se da autoridad a aquellas penitentes bien fundadas en el temor de Dios, para que vigilen a las otras; que no se reciben en la casa a las que son forzadas a venir sino a aquellas que, dóciles al llamado de Dios, entran voluntariamente para convertirse y hacer penitencia. Me escribió diciéndome que dijo todo esto para responder a esa dificultad y convencido de que todo ocurría así; le pido finalmente que haga practicar todo esto en cuanto posible si es que ya no se hace... Ordénelo, mi querida Madre, se lo ruego.

Las Constituciones fueron redactadas poco a poco. Se Juan Eudes se puso en esa tarea desde el comienzo del Instituto. A decir del P. Ory “trabajó de acuerdo con la Madre Patin y con la Madre María de la Natividad Herson. Su humildad y condescendencia eran tales que se dejaba llevar más por las luces de ellas que por las propias”.⁷ Una carta a la Madre Patin, fechada el 12 de noviembre de 1666, nos da una idea del cuidado minucioso que él aportaba a este trabajo. “Hará bien, le dice, en poner el Directorio al final de las Constituciones y añadir a las mismas los tres capítulos: 1.

⁷ Ory, *Orígenes*, p. 141.

Recepción de postulantes; 2. Entrada de las novicias; 3. Obligación de las Reglas. Pero en el artículo segundo de la primer capítulo, yo suprimiría estas palabras: “Se las mantendrá algunos días como extrañas” porque pienso que es impracticable. Por el resto cuide de poner esos dos capítulos de las Constituciones de ustedes en los lugares más convenientes; el tercero deberá ir al final. En lo tocante al Ceremonial, lo haremos, con la ayuda de Dios, en otra ocasión”⁸.

En vida de la Madre Patin, la comunidad no poseía sino un ejemplar manuscrito de las Constituciones. Estaba en el comedor y allí lo consultaban las Hermanas. En 1670, la Madre María del Santísimo Sacramento Pedro, que había reemplazado en 1668 a la Madre Patin, se puso de acuerdo con el padre Legrand para hacerlas imprimir. Ella solicitó para ese efecto la aprobación de monseñor de Nesmond, obispo de Bayeux, quien la concedió el 20 de abril de 1670. Infortunadamente la impresión se hizo mientras el Padre Eudes predicaba la gran misión de Rennes, y, sin su conocimiento, la Madre María del Santísimo Sacramento introdujo en su obra algunas modificaciones que le disgustaron.

La primera edición de las Constituciones apareció en Caen con el título de **Reglas de San Agustín y Constituciones para las Hermanas Religiosas de nuestra Señora de Caridad**. Caen, Marin Yvon, impresor ordinario del rey, 1670. en 32o, 534 pp. El 30 de mayo de 1675, la Madre María de la Natividad Herson, sobrina de san Juan Eudes, fue elegida

⁸ *Ibid.*

Superiora del monasterio de Caen para reemplazar a la Madre María del Santísimo Sacramento. El P. Eudes se puso de acuerdo con ella para preparar una segunda edición de las Constituciones pues las fundaciones de Rennes, Hennebont y Guingamp lo hacían necesario. Sólo hizo ligeros cambios a la primera edición, tanto así que para la reimpresión del libro en 1682, las Hermanas juzgaron que no era necesario solicitar nueva aprobación del obispo de Bayeux.

En 1744 se debió pensar en una tercera edición de las Constituciones pero entonces surgió la cuestión de saber si se conservaba el texto de 1682 o se tomaba el texto de 1670, único que llevaba la aprobación del obispo de Bayeux. El monasterio de Guingamp pidió atenerse al texto primitivo. En Caen las Hermanas estaban divididas: las mayores se decidían por el texto revisado por san Juan, las otras por el de 1670. La asunto se zanjó en 1734, en asamblea general del Instituto, convocado por la Madre María de Santa Catalina Blouet de Camilly⁹, superiora del monasterio de Caen. Los monasterio de Rennes, de Vannes, de la Rochelle y de París estuvieron representados por sus superioras y por una Hermana de cada casa. Pero las superioras de Tours y de Guingamp no pudieron obtener la autorización del Ordinario para ir a Caen para tomar parte. Se rogó a los padres Costil y Martine, eudistas, muy conocedores el uno y el otro de la historia y de las intenciones del Padre Eudes, prestar su concurso a la

⁹ La Madre Blouet de Camilly era nieta de la señora Blouet de Camilly, bienhechora insigne de Nuestra Señora de Caridad de Caen, y sobrina del padre Blouet de Camilly, segundo superior general de la Congregación de Jesús y María. Murió a los 70 años el 28 de julio de 1738.

asamblea. Estuvieron presentes en ella y prestaron grandes servicios. Una vez verificados los documentos, la asamblea escogió como presidente a la Madre María de Santa Catalina. Las sesiones duraron alrededor de un mes, del 9 de octubre al 5 de noviembre.

Definitivamente fijado por la Asamblea, el texto de las Constituciones fue impreso en 1737, con aprobación de monseñor de Luynnes, obispo de Bayeux; y el 26 de septiembre de 1741, bajo petición de la Madre María de Santa Catalina y de la Madre María del Corazón de Jesús de la Grêve, superiora de la casa de París, fue aprobado por el Papa Benedicto XIV.

III. Análisis de las Constituciones de nuestra Señora de Caridad.

Su relación con las de la Visitación.

Las Constituciones de Nuestra Señora de Caridad empiezan por un prefacio que contiene un compendio sobre la humilde gloria del Instituto, unos buenos deseos del fundador a sus hijas, y algunas recomendaciones que les dirige.

Estas Constituciones constan de 54 capítulos, en los que el Padre Eudes trata del fin del Instituto, de la vida y de las virtudes religiosas, y finalmente del gobierno de la Comunidad y sus servicios.

A grandes rasgos presentemos los puntos de vista y las prescripciones del santo fundador sobre cada uno de estos puntos.

-1. La humilde gloria de las religiosas de Nuestra Señora de Caridad.

Como encabezamiento del Directorio de la Visitación, san Francisco de Sales declara que sus hijas no tiene otro bien que el amor que es el vínculo de la perfección. El santo llama a esto la humilde gloria de las religiosas de la Visitación, y las conjura a conservarla viviendo siempre unidas en Jesús y en su santa Madre. Las religiosas de la Visitación tenían también la gloria de ser las hijas del Corazón de Jesús. El obispo de Ginebra les recomendaba por tanto imitar constantemente la bondad y la humildad. “Hija mía, escribía un día el santo a la Madre de Chantal, ¿no somos acaso hijos adoradores y servidores del Corazón amoroso y paternal de nuestro Salvador? ¿No hemos construido acaso sobre este fundamento nuestra esperanza? El es nuestro Maestro, nuestro Rey, nuestro Padre, nuestro todo”¹⁰.

Las Hermanas de la Visitación habían comprendido ese lenguaje y se consideraban hijas del Corazón de Jesús. “Consideren, dice la Madre l’Huillier en sus Ejercicios espirituales¹¹, consideren que no sólo nuestro bondadoso Salvador nos mostró a todos los cristianos su amor por toda la obra de nuestra Redención, sino que nos obliga especialmente a nosotras de la Visitación, por el don y el favor que hizo a nuestra Orden, y a cada una de nosotras en

¹⁰ *Cartas*, libro 4, carta 96, sin fecha

¹¹ *Ejercicios espirituales para los diez días de soledad*, según el espíritu de san Francisco de Sales, sacados de sus escritos.

particular, al darnos su Corazón, o por decirlo mejor, las virtudes que residen en él, puesto que fundó nuestro amado Instituto en estos dos principios: Aprendan de mí que soy bondadoso y humilde de corazón. Es la herencia que nos ha tocado de todos sus tesoros, o para decirlo mejor, el resumen del conjunto de todos sus bienes habiendo dado a las demás Ordenes: a una la eminencia de la oración, a otra la soledad, a otra la austeridad, a nosotras nos dio lo que estimaba como más amado, puesto que su precioso Corazón es su depositario...Podemos tener esta satisfacción si aprendemos y practicamos bien la lección que este amoroso Salvador nos da, que tendremos el honor de llevar el título de Hijas del Corazón de Jesús. Mi querida alma, qué dulce es que este bondadoso Salvador nos haya escogido para hacer de nosotras, si lo queremos, las Hijas de su Corazón”.

El Padre Eudes conocía todo esto y nos parece evidente que al explicar a las Religiosas de Nuestra Señora de Caridad la humilde gloria de su Instituto, se hubiera recordado de las meditaciones de la Madre l’Huillier¹² así como del Directorio de la Visitación y de las cartas de san Francisco de Sales. Sea lo que sea, la humilde gloria de las Religiosas de Nuestra Señora de Caridad es la de ser las hijas del Corazón de María. Es cierto que todas las almas cristianas pueden pretender este título. Pero conviene de manera especial a las Religiosas de Nuestra Señora de Caridad por su vocación que tiene su origen en el Corazón de aquella que es refugio

¹² El P. Eudes estaba en relación con cierto número de coventos de la Visitación, entre otros los de París. Sabemos además que a la Madre Angélica l’Huillier se debió la fundación de la Visitación de Dol y que la primera superiora de Dol que no tardó a establecerse en Caen fue la madre Patin.

de pecadores. Y también por los beneficios señalados que ellas han recibido del Corazón de María en las duras pruebas que marcaron los comienzos del Instituto, y sobre todo por la consagración de la Orden al santísimo Corazón de la Bienaventurada Virgen. “Porque, dice el Padre Eudes, cuando Dios tuvo a bien inspirar el proyecto de esta comunidad en el corazón de los que su divina misericordia tuvo a bien servirse para formarla, les dio también el pensamiento de consagrarla al honor del muy digno Corazón de su muy honorable Madre, al cual fue dedicada y consagrada efectivamente, afin de que las jóvenes que allí sean recibidas se esfuercen por imprimir en su alma una imagen y semejanza perfecta de la muy santa vida y de las virtudes muy excelentes del muy sagrado Corazón de su buena Madre, y que, por este medio, ellas se hagan dignas de ser las verdaderas Hijas del muy amable Corazón de la Madre del amor hermoso”.

Además el santo fundador pide con insistencia a Jesús y María que todos los corazones de sus hijas sean imágenes vivientes del amor purísimo, de la caridad muy excelente, de la humildad muy profunda, de la obediencia muy exacta, de la pureza más evangélica. De la paciencia invencible, de la mansedumbre como de niño, de sencillez como de paloma, de la sumisión total a la voluntad de Dios, de la abnegación entera de sí mismo, del amor muy fuerte a la cruz, y de todas las demás virtudes muy eminentes que reinan en el Corazón divino de Jesús y de María.

Sobre todo el P. Eudes pide a Dios “que los corazones de sus hijas, unidos entre sí por el vínculo de una perfecta

caridad no sean sino uno con el Corazón de María y con el de su divino Hijo”, “que este Corazón único sea el trono de la divina Voluntad, que sea consumido en las llamas del amor eterno y que, como hostia santa, sea continuamente sacrificado para la gloria de la santísima Trinidad.

Luego, dirigiéndose a sus hijas, el santo fundador les suplica permanecer en el Corazón de su Madre y en el de su divino Hijo, y buscar allí “su lugar de reposo, su ciudad de refugio, su fortaleza inexpugnable, el jardín de sus delicias, su paraíso en la tierra.

“Vivan, les dice, de la vida de este bienaventurado Corazón, tengan en ustedes sus sentimientos, entren en sus disposiciones, sigan sus inclinaciones, amen lo que él ama, odien lo que él odia, no deseen sino lo que él desea, no se regocijen sino con lo que él goza, no teman sino que él teme si estuviera todavía bajo el dominio del miedo, no se entristezcan sino de lo que él se entristece, si fuera todavía capaz de tristeza. Trabajen por el cumplimiento de sus designios. Dense de continuo al espíritu que lo anima, afin de que ese mismo espíritu las posea y las guíe en todo. Que su gracia las santifique, que su caridad las inflame, que su amor las enardezca, y sobre todo que su celo por la salvación de las almas las devore”. “Finalmente pongan esto en sus corazones: ustedes son las hijas del santísimo Corazón de la reina del cielo. No olviden jamás este hermoso nombre, ténganlo siempre ante los ojos, grávenlo en su espíritu, imprímanlo en lo más íntimo de su alma, escríbanlo en sus manos, llévenlo siempre en sus labios. Que todos sus pensamientos y afectos, todas sus palabras y

acciones tiendan a hacerlas dignas Hijas del santísimo Corazón de la Madre de Jesús”.

Como se ve, el prefacio que hemos analizado, está impregnado totalmente de la más exquisita y ardorosa piedad y contiene en sustancia toda la doctrina del P. Eudes sobre la devoción al Corazón de María. En ese prefacio encuentran a la vez sus títulos de nobleza, una prenda del tierno afecto de su fundador, la explicación de la devoción que debe animar la vida de la Orden y, si ellas son fieles a su vocación, la promesa de las más abundantes bendiciones. Las Hermanas lo han entendido bien y por eso el 8 de febrero de cada año, día consagrado por ellas para honrar el Corazón de María, se lee públicamente este prefacio en todas las casas del Buen Pastor.

2. El fin del Instituto

Dijimos ya que el fin propio del Instituto de Nuestra Señora de Caridad es trabajar en la conversión e instrucción de las penitentes. Lo explica el santo fundador en la primera constitución, y luego de haberlo hecho, se empeña en poner a la luz la excelencia de esta obra y los motivos que deben animar a las Hermanas a entregarse a ella totalmente. Quiere que ellas miren esta primera constitución como el alma de su Instituto, que ellas empleen su espíritu, su corazón, su preocupación, su creatividad en procurar la salvación de las pobres pecadoras que les son confiadas, que acepten con amor todos los sufrimientos y dificultados que se encuentran en esta obra ingrata si las hay. Quiere

que nunca se reciba en la Orden a una postulante que no tenga gran celo por la salvación de las almas y para que sus hijas no cedan jamás a la tentación de abandonar la obra de las penitentes les impuso, además de los tres votos ordinarios de religión, el de trabajar toda su vida en la conversión e instrucción de las arrepentidas. En las Constituciones todo está orientado hacia esta obra que es la razón de ser del Instituto y más de una vez san Juan Eudes declaró con toda claridad a sus hijas que si él hubiera previsto que algún oficio o ejercicio pudiera desviarlas de su obligación principal lo hubiera prohibido de inmediato¹³.

Se colige de esto, en muchos puntos, que las Constituciones de Nuestra Señora de Caridad no son sino la reproducción de las de la Visitación, que sin embargo no pretendían el mismo fin, y la espiritualidad que las anima no es absolutamente idéntico. La Visitación es una Orden contemplativa, instituida para poner al alcance de personas de edad ya avanzada o que por razón de debilidad física no pueden asumir la austeridad de las antiguas Ordenes¹⁴, los beneficios de la vida religiosa. Se busca allí la perfección del divino amor. Dice graciosamente monseñor Bougaud que “es un santuario suave, recogido, del todo interior... un arca silenciosa con querubines en oración”¹⁵. Aunque sometidas a la soledad y al silencio de la vida clausurada las Religiosas de Nuestra Señora de Caridad se dedican al apostolado. No pueden santificarse sino entregándose a la obra de la salvación de las almas, y todo en su vida, en sus votos en

¹³ Manuscrito de Nuestra Señora de Caridad de Caen, titulado *Explicación de las Constituciones*.

¹⁴ Ver el preámbulo de las Constituciones de la Visitación.

¹⁵ Vida de Santa Margarita-María, p. 208.

sus trabajos, en sus oraciones, en sus sacrificios es condición y medio de apostolado¹⁶. Esas mismas observancias y ejercicios entre las visitandinas son sólo un medio de mortificar la naturaleza y de unirse a Dios.

Loa Anales de Nuestra Señora de Caridad de Caen observan que en esta primera constitución el santo fundador parece haberse sobrepasado a sí mismo, y añade que “no puede leerse sin estar impactado y animado del deseo ardiente de trabajar con todas las fuerzas en la salvación de las almas descarriadas”¹⁷. Sabemos de buena fuente que despierta la admiración de los sacerdotes y religiosos que vienen a los monasterios de Nuestra Señora de Caridad para predicar retiros. Confiesan no haber encontrado algo semejante en alguna parte. De hecho, las ideas expuestas en esta constitución son muy elevadas y bellas. Es extraño que al hablar del cielo se alcance esta altura. Pero son ideas familiares a san Juan Eudes. Las desarrolló con mucha unción en *El buen confesor*, y para tener un buen comentario de este primer capítulo de sus Constituciones las Hermanas harían bien en dirigirse a esas páginas admirables consagradas en ese libro al cielo por la salvación de las almas.

3. Vida y virtudes religiosas

Una vez explicado el fin del Instituto, san Juan Eudes se ocupa de las personas de que se compone, de los ejercicios

¹⁶ Lo entendió bien santa Eufasia al decir: “La oración de ustedes es oración de celo, oración de abnegación, oración de sacrificio, oración que puede llamarse oración apostólica, animada no solo del deseo de agradar a Dios y darle gloria, sino también del deseo ardiente de llevar todo el mundo a amarlo y servirlo con el gasto incluso de la vida” *Entretiens*, cap. 13.

¹⁷ *Explicación de las Constituciones*.

que se siguen en él, y de las virtudes que las Hermanas están llamadas a practicar especialmente.

3.1 La Orden de Nuestra Señora de Caridad se compone en su mayoría de comunidades de mujeres de dos categorías de Hermanas: ñas Hermanas de coro y las Hermanas conversas; pero el santo quería que el número de estas últimas fuera lo menor posible. Fuera del velo, que es negro para las coristas y blanco para las conversas, todas las Hermanas llevan el mismo vestido. Se compone de una túnica, de un cinturón, de un escapulario, de un manto blanco. Además, las Hermanas llevan colgado del cuello un corazón de plata en el cual aparece en relieve, entre una rama de flor de lis y una rama de rosa, la imagen de María que sostiene a Jesús en sus brazos. Este corazón representa el de las religiosas y les recuerda la consagración que han hecho de sus personas y de su vida la santísima Virgen y a su divino Hijo. El color blanco del hábito es a la vez símbolo de la pertenencia de las Hermanas a la Reina de las Vírgenes y de la eminente pureza que pide su vocación¹⁸.

Además de las Hermanas de coro y de las Hermanas conversas, la comunidad admite algunas torneras que se encargan del servicio exterior. Llevan el corazón de plata pero

titular de la Orden es la del santo Corazón de María, que tiene lugar el 8 de visten de negro y no hacen sino el voto de obediencia¹⁹.

¹⁸ Ver en las Obras Completas (VIII, nota página 603) el simbolismo de este vestido indicado por la misma Virgen María de María de Vallées.

¹⁹ Actualmente entre las Hermanas del Buen Pastor las Torneras hacen los tres votos de pobreza, castidad y obediencia.

La fiesta febrero. Las Hermanas celebran igualmente con la mayor solemnidad la fiesta del sagrado Corazón de Jesús, fijada por san Juan Eudes para el 20 de octubre. Finalmente, por devoción a la santa Virgen, todas las Hermanas llevan el nombre de María, al cual añaden, para distinguirse unas de otras, el nombre de un misterio o de un santo.

3.2 San Francisco de Sales había puesto después de las constituciones relativas a los recreos, a las comida y a los hábitos, lo que concierne al Oficio divino y a la santa Comunión. Por espíritu de religión, san Juan Eudes creyó deber modificar ese plan. Al principio de las Constituciones, incluso antes de las que fijan el orden de los ejercicios de cada día, él puso las prescripciones relativas al Oficio divina y a la santa Comunión, y las hizo seguir de una constitución sobre la predicación, que no se encuentra en la obra de san Francisco de Sales.

Al tratar del Oficio, el santo comienza, como lo hace siempre, recordando su excelencia e importancia. “Una de las más santas ocupaciones de las Hermanas es recitar o cantar las alabanzas de Dios. Este ejercicio les es común con los ángeles, con los santos, con la bienaventurada Virgen y también con su divino Esposo, el que es su muy adórale Cabeza, Jesús, el cual no sólo en el cielo donde está sentado a la derecha de su Padre sino también en la tierra, donde está con nosotros en el santísimo Sacramento, alaba, adora y glorifica sin cesar a su Padre eterno. Por ello se esforzarán por hacer esta acción santamente”. Sin embargo, para que las Hermanas tengan tiempo de ocuparse de las penitentes, en lugar del oficio canónico, recitan, de ordinario, el Oficio

parvo de la santa Virgen. Los domingos y días de fiesta, cantan Tercia y Vísperas. En los días ordinarios sólo cantan el Magnificat y la antífona en honor de la santa Virgen con que terminan las Completas. El resto del oficio se dice con voz recitativa, pero san Juan Eudes quiere que las Hermanas aporten al rezarlo todo el recogimiento y toda la devoción interior de que sean capaces. En lugar del Oficio, las conversas recitan algunas oraciones determinadas. Sin embargo, las que sepan leer, dicen en particular el Oficio parvo del santo Corazón de María compuesto por el mismo Padre Eudes.

Los días de comunión son, como en la Visitación, el domingo y el jueves, pero la superiora distribuirá los días de comunión de forma que cada día comulguen algunas Hermanas en la misa conventual. También debe atender a que se den a las Hermanas, cuando lo juzgue a bien, las conferencias e instrucciones de que tienen necesidad y a las cuales todas deben asistir.

En la distribución del tiempo, y en todo lo tocante a las cosas materiales, el Padre Eudes se limita a copiar las Constituciones de la Visitación. Para poner la vida religiosa al alcance de todo el mundo, sin permitir sin embargo que pierda su sabor, san Francisco de Sales había reducido las austeridades corporales que las personas débiles o ancianas no podían soportar. Pero en cambio, por la fragmentación del tiempo, la multiplicación de los ejercicios comunes y la obligación impuesta a las Hermanas de presentarse dos veces por día a la Superiora para recibir sus órdenes, se había ingeniado la manera de hacer completa la

mortificación del espíritu propio y la voluntad propia²⁰. El Padre Eudes estimó que ese era el estilo que convenía a las Religiosas de Nuestra Señora de Caridad y por eso, en ese campo, se atuvo a las prescripciones del obispo de Ginebra.

Como las Visitandinas, las hijas del P. Eudes se levantan a las cinco de la mañana en verano y a las cinco y media en invierno, y se acuestan a las diez de la noche. Recitan Maitines en la noche a las ocho y media y no se levantan durante la noche; no se acuestan en el suelo, no ayunan, fuera de cuaresma y de las cuatro témporas, sino el viernes y la víspera de algunas fiestas; no observan la abstinencia sino en los días fijados por la Iglesia; y por lo demás, en asunto de mortificaciones corporales, solo les obliga la disciplina una vez por semana. Pero encuentran en la vida común, en las exigencias de la pobreza y de la obediencia, y más aún en los servicios que prestan a las penitentes, ocasión continua de mortificación.

3.3 Luego de las constituciones relativas a los diversos ejercicios de la vida religiosa vienen las que tratan de las virtudes. El P. Eudes no vuelve sobre el celo por la salvación de la almas, virtud que es propia del Instituto. Ya había hablado suficientemente sobre esa virtud en la primera constitución. Además de la obediencia, de la castidad y de la

²⁰ San Francisco de Sales, al tiempo que suavizaba la vida religiosa ponía exigencias en otros campos. En el campo de la pobreza todo se pone en común. Cada Hermana no tiene en propiedad nada por pequeño sea. Las celdas, las camas, las medallas, cruces, rosarios, imágenes se intercambian cada año a fin de que las religiosas no se apeguen a nada. En obediencia nada se hace sin permiso de la superiora. No se tiene el permiso general u ordinario. Cada Hermana, luego del recreo del medio día se presentan a la Superiora para pedirle lo que deben hacer en la tarde; y en la tarde, vienen de nuevo, como niñas pequeñas, a preguntarle qué deben hacer la mañana siguiente. Ejercicio de humildad y de obediencia que no deja a la religiosa la disposición de un minuto de su tiempo.

pobreza, que son virtudes característica del estado religioso, se ocupa ahora de la caridad, la gratitud, la humildad, la modestia, la sencillez y del silencio, que sin ser virtud propiamente dicha, merece ser tenida entre las virtudes, de las que a menudo se hace guardiana. Es raro que en esta parte de las Constituciones, el P. Eudes se atenga al texto de san Francisco de Sales. Casi siempre él aporta sus ideas personales y añade prescripciones de detalle que juzga de importancia, a partir de su experiencia. Es lo que sucede en particular en las constituciones sobre la obediencia, la castidad, la humildad, el silencio: en gran parte son obra del Padre Eudes. En lo que concierne a la caridad y a la gratitud son casi en su totalidad de su mano. Esta última es admirable. No creemos que haya en todo el libro alguna obra que no esté impregnada de la más exquisita suavidad. Y es porque la virtud de caridad, es con el celo por la salvación de las almas, la gran virtud que el santo quiere ver reinar entre sus hijas. Les recuerda que son las hijas de la Madre del amor hermoso, y más aún las hijas de su Corazón; les recomienda que consideren a menudo la caridad, la bondad, la misericordia, la mansedumbre admirable de su buen Madre, y esforzarse por grabar en su corazón, una imagen de sus amables virtudes. Quiere que la caridad “sea la reina, la regla, el alma y la vida del Instituto, que una todos los corazones, las almas y los espíritus de las Hermanas tan estrechamente, que no tengan sino un corazón, un alma y un espíritu; que brille en sus rostros, sus labios, sus manos, sus acciones, en todos los lugares y en todas las cosas”. Sin embargo esta virtud tan

condescendiente no debe impedir la corrección fraterna se deben entre ellas, sobre todo cuando ejercen la autoridad. Porque, como lo dice justamente el santo, “uno de los efectos más señalados de la caridad verdadera es ayudar al prójimo a vencer sus defectos, advirtiéndole y corrigiéndolo con espíritu de bondad y benignidad”.

4. Gobierno y empleos

Las últimas constituciones tienen por objeto el gobierno de la comunidad y los diversos servicios que se confían a las Hermanas. El P. Eudes lo ha tomado por entero de san Francisco de Sales; se limita a reproducir su texto, haciendo ocasionalmente algún recorte o alguna adición.

Según el uso de los tiempos, las diversas casas de la Orden de Nuestra Señora de Caridad son independientes entre sí, y enteramente sometidas a la jurisdicción del Ordinario, quien sólo tiene el derecho de visita. Sin embargo, a la cabeza de cada comunidad se encuentra de ordinario su superior eclesiástico, distinto del obispo, y que las Constituciones designan con el nombre de “Padre espiritual”. Su encargo es velar por los intereses espirituales y temporales del convento, pero sólo interviene en los asuntos importantes.

Otro sacerdote está vinculado a la Comunidad en calidad de confesor ordinario. No basta que sea piadoso. Debe ser también hombre de ciencia y experiencia. Es el ángel visible diputado para la conservación de las almas del monasterio. Las Hermanas le deben gran respeto, y, a tu

vez, él debe recordar que son las esposas de Jesucristo. Debe tratarlas con gran caridad.

El gobierno interior de la comunidad está confiado a una superiora elegida para tres años por escrutinio secreto y que no puede serlo más de dos veces de seguida. Cuando deja su cargo, toma el último puesto entre las Hermanas, y lo conserva durante un año. Mientras está en su cargo, la superiora debe ser el alma de la comunidad, tanto por su solicitud maternal con las Hermanas, como por el buen ejemplo que debe darles en todo. Procura que las reglas sean observadas puntualmente, que la caridad florezca en la casa, y para ello debe “abrir su pecho maternal” a todas las Hermanas, afín de que recurran a ella con confianza en sus dudas y dificultades. Una vez al mes, las Hermanas van a darle cuenta de su conducta y de sus disposiciones, afín de recibir de su parte los consejos y los ánimos de que tengan necesidad. En caso de ausencia, la superiora es remplazada por la asistente. Tiene además para secundarla en el gobierno de la comunidad un consejo de cuatro Hermanas que ella misma escoge luego de su elección, pero, fuera de las cuestiones que dependen del capítulo, las consejeras no tiene sino voz consultiva, y la superiora no está obligada a seguir su parecer.

Finalmente, en cada comunidad debe haber una maestra de novicias, vigilantes, una “ayuda”, encargada de advertir a la superiora las faltas que pueda cometer en el gobierno de la casa; además una ecónoma y diversos oficiales; todas encuentran en las Constituciones las directivas para su empleo.

Estas reglas, como las demás que contienen las Constituciones, no obligan bajo pena de pecado, sea mortal o venial. Sin embargo, con san Francisco de Sales, el P. Eudes advierte a las Hermanas que es raro que se falte a ellas voluntariamente sin cierta culpabilidad, a menos que se haga por causas legítimas, con dispensa obtenida o presumida.

5. Reglamento de las penitentes

En seguida de las Constituciones de las Religiosas se encuentra el Reglamento de las penitentes que sin embargo no hace cuerpo con ellas. El santo exige que las penitentes estén completamente separadas de la comunidad y que no tengan comunicación sino con las Hermanas encargadas de dirigir las. Estas deben ser escogidas entre las religiosas más antiguas y, por prudencia el P. Eudes pide que sean cambiadas de tiempo en tiempo. No están entre las penitentes sino durante el día; al atardecer entran en la parte reservada a la comunidad. Solamente su celda debe tener una apertura hacia el dormitorio de las penitentes para que en caso de necesidad puedan darse cuenta de lo que pasa allí.

Vimos antes que el P. Eudes se vio obligado a adoptar estas disposiciones para obtener la aprobación de la Orden. Si hubiera obrado sin presiones, habría sido tal vez menos exigente pues estaba convencido de que almas lo bastante generosas para dedicarse a la obra de las penitentes no tendrían que temer mancharse por el contacto con ellas. “Es

imposible, decía a las Hermanas, que nuestro Señor deje caer en el pecado a quienes por amor de él ayudan a las otras a salir del mal. La pureza no se mancha cuando va unida a la perfecta caridad, así como los rayos del sol no se manchan con el barro. Rechacen por tanto todos esos vanos temores y tengan confianza en aquel que las ha llamado. Si desconfían de sí mismas para apoyarse sólo en el Señor, él no se retirará para dejarlas caer”.²¹ En sus enseñanzas a las Hermanas el santo volvía a menudo sobre este pensamiento. Es ésta una tradición constante en la Orden que él usaba estas expresiones seguro de que venían del cielo.

En varios aspectos la vida de las penitentes, tal como está reglamentada por el P. Eudes, se acercaba a la de las religiosas. Se levantan a las 5 de la mañana y se acuestan a las 10 de la noche. En la mañana hacen una media hora de oración y asisten a la misa; después de las comidas del medio día y de la tarde tienen una hora de recreación; en el resto de la jornada se dedican al trabajo. Pueden, sin embargo, en horas determinadas, hacer algunas lecturas piadosas de las que deben dar cuenta a sus directoras; además, por la mañana y por la tarde, durante el trabajo, rezan el rosario. Pueden cantar igualmente algunos cánticos espirituales menos en algunos ratos de la jornada en los que el silencio es de rigor. Para expiar sus faltas pasadas las penitentes deben ejercitarse en la práctica de la humildad, de la obediencia y de la mortificación. Como las religiosas deben ayunar todos los viernes y la víspera de las

²¹ Ory, *Orígenes*, p. 143

principales fiestas de la Virgen; como ellas también se dan la disciplina el viernes²².

Este reglamento supone evidentemente que las penitentes han venido voluntariamente al monasterio con el propósito de reparar sus desórdenes anteriores. Así se organizó la obra en los orígenes. Se debe tener en cuenta esto para apreciar los reglamentos del fundador. Ellos pretenden ayudar las almas de buena voluntad y conducir las del abismo del pecado a las alturas de la perfección cristiana, a las que no raramente llegaban en realidad. Aplicados a jóvenes traídas por la fuerza al monasterio parecen un tanto austeros; pero suavizados a menudo según las exigencias de tiempos y lugares por el buen sentido y la bondad de las hijas del P. Eudes, constituyen para ellas la mejor corrección, forzándolas a reflexionar y a dominar su ligereza, fuente de sus desvíos. A diario, dice el P. Ory, produce efectos saludables y muchas almas, después de haberlos practicado por obligación, los aceptan felizmente y los siguen fielmente hasta la muerte (*Orígenes*, p. 146).

IV. El espíritu de las Constituciones. Su valor.

El estudio que hemos hecho de las Constituciones nos lleva a la conclusión de que el espíritu de las Constituciones de Nuestra Señora de Caridad es ante todo un espíritu de caridad, de una caridad afable, amable, paciente,

²² La práctica del ayuno y de la disciplina no eran raras en el siglo XVII, incluso entre los fieles como lo dicen san Juan Eudes en *Vida y Reino*, segunda parte, XXVII.

misericordiosa para todos los miembros de la comunidad; es una caridad comprensiva y lista para todos los sacrificios por el bien de las pobres penitentes; las Hermanas llevan en lo profundo de su corazón la preocupación por su salvación. Es el mismo espíritu de aquellas que la Iglesia llama Madre del amor hermoso y refugio de pecadores; en efecto en el Corazón de esta Madre de bondad las hijas del P. Eudes van a beber ese amor. Quien quiera saber cómo se diferencia este espíritu del de la Visitación creemos que se distinguen únicamente en que lleva un elemento nuevo, a saber, el celo ardiente por la salvación de las almas. El P. Ory ha descubierto otra diferencia: “En las Constituciones de la Visitación, dice, que la fuerza se ocultaba en la suavidad; en las de Nuestra Señora de Caridad nos parece que la suavidad está oculta bajo la fuerza” (Orígenes 144-145). Esta apreciación nos parece poco fundada. En todo lo que respecta a al régimen de vida, al gobierno de la comunidad y a las relaciones de las Hermanas entre sí, las Constituciones de Nuestra Señora de Caridad no son más austeras que las de la Visitación. Allí la suavidad no se oculta bajo la fuerza, sino que se despliega amablemente, y puede afirmarse de estas Constituciones, como igualmente de las de la Visitación, que son la bondad misma.

Al escribir la vida de la Madre santa Eufrasia los padres Pasquier y Portais han llegado a apreciar las Constituciones de Nuestra Señora de Caridad y han hecho de ellas un bello elogio que nos reprocharíamos no citar. “El P. Eudes, dice el padre Pasquier, adoptó para sus hijas la Regla de San Agustín y las Constituciones de las religiosas de la Visitación,

con excepción de algunos cambios motivados por el fin particular que se proponía. Añadió a los tres votos ordinarios el de trabajar en la salvación de las almas pecadores; es el cuarto voto de las religiosas de Nuestra Señora de Caridad. En estilo diáfano, claro como el de los mejores escritores del siglo XVII, presenta a las Hermanas del Refugio la hermosura sobrenatural de su vocación. Se diría que son meditaciones de Bossuet sobre la gracia y el ministerio del sacerdote, pues los objetivos expuesto por el P. Eudes son profundos y luminosos. Con Bossuet y con el P. Eudes se pisa el terreno sólido de la teología más autorizada. Es posible seguirlos sin fatiga en sus consideraciones sencillas y atractivas a la vez. Los sulpicianos no tenían lenguaje distinto ni puntos de vista más elevados para los clérigos de sus seminarios al proponerles la meditación de su vocación.

Por su parte el P. Portais dice que el P. Eudes impuso a sus religiosas la Regla de San Agustín como lo había hecho san Francisco de Sales con las Hijas de la Visitación. Pero se reservó añadir, a continuación, Constituciones conformes a las necesidades particulares y a los oficios del Instituto. Sólo cuando vino la aprobación de la Orden por Alejandro VII pudo poner las Reglas y las Constituciones en posibilidad de ser impresas. Se ocupó de ello con solicitud al lado de la madre Patin y de las dos superiores que le sucedieron. Por respeto a la obra de san Francisco de Sales no cambió nada del Directorio espiritual, y si no siguió el mismo orden no modificó las Constituciones de las Visitandinas sino cuando fue necesario. Pero puso como encabezamiento, con los

Deseos (*Souhais*) y las oraciones para las religiosas de Nuestra Señora de Caridad, una admirable constitución sobre el fin del Instituto y los motivos que deben animar a las que profesan en él y cómo cumplir sus funciones de todo corazón.

Finalmente dirigió Reglamentos para las jóvenes y mujeres penitentes, queriendo ante todo que estuvieran del todo separadas de la comunidad. El conjunto de este trabajo constituye una verdadera obra maestra. Todo está reglamentado en detalle con sabiduría, medida, tacto y previsión incomparables.

Observación sobre la presente edición

El texto reproducido es el de 1682. Es el único que es en su totalidad obra de san Juan Eudes. Sin embargo, se indica en notas los pasajes, poco numerosos por otra parte, que son diferentes en las ediciones de 1670 y 1737. Además va entre comillas los pasajes tomados textual o aproximadamente, a las Constituciones de la Visitación. Así el lector podrá, de una sola ojeada, distinguir lo que el P. Eudes tomó de san Francisco de Sales y lo que es su propia cosecha.

En el texto de las Obras Completas (10, 41-45) vienen las aprobaciones de los obispos Nesmond, de Bayeux; de Luynes, de Bayeux; Antoine obispo de Vannes; Carlos Gaspard Guillermo de Vintimille, de los condes de Marsella, arzobispo de París, y del sacerdote Redon, vicario general del obispo de la Rochelle. No se traducen los textos por brevedad.

Asimismo se omite la Bula de Benedicto XIV, cuyo texto latino viene transcrito en las páginas 46 a 48. Este texto fue dado solemnemente en Roma, en la basílica de Santa María la Mayor, bajo el anillo del Pescador, el 26 de septiembre de 1741, año segundo de su pontificado.

V i v a J e s ú s

Prefacio

Tomado del de san Francisco de Sales para la Regla de San Agustín para las Hermanas de Nuestra Señora de Caridad

“La notable autoridad de san Agustín, fundada en su muy excelente santidad de vida y en la incomparable doctrina con la que enriquece a la Iglesia, ha hecho que entre todos los legisladores de las Ordenes religiosas, haya sido muy seguido.

“Así nuestro Señor que habita en él, como dice san Jerónimo, le inspiró esta Regla, animada profundamente por el espíritu de caridad, que en todo y por todo sólo respira suavidad, bondad y benignidad, y por este medio es indicada para toda suerte de personas, de estados y de temperamentos, de tal forma que este gran hombre apostólico, al escribirla podía decir, a imitación del apóstol: *Me he hecho todo para todos a fin de salvarlos a todos*. Esto hace que no solamente varias congregaciones de religiosos de claustro, como lo Canonigos y Clérigos regulares, Ermitaños, Dominicos, Jerónimos, de San Antonio, Premonstratenses, sino también varios otros se hayan alineado bajo el estandarte de este admirable guía.

“Ya que esta Regla, visiblemente muy santa, ha recibido la aprobación de la Iglesia, está por fuera de toda censura. El solo nombre de quien la escribió la hace venerable para todos los que llevan el nombre de cristianos. Pero la loca temeridad de los hombres del mundo, movidos por su afectada curiosidad, no deja de encontrar en ella algún

reproche. Por consiguiente, para que ninguna de ustedes se deje perturbar en este campo, quiero prevenir los interrogantes y cuestiones frívolas y por ahí mismo aclarar algunas dificultades que podrían desaconsejarles en su lectura.

“Lo que el glorioso Padre recomienda ante todo es que se ame a Dios y al prójimo. No lo ha escrito en su Regla como pretendiendo que él sea el autor de este mandato. ¿Quién hay que no sepa que este mandato es de Dios y es la esencia, la médula, el compendio de toda la ley de Dios? Lo que Dios ha mandado, su servidor lo inculca como el fin y la pretensión única por que ha hecho la Regla y su Congregación, y a ello todo se refiere.

“Lo que él dice son las cosas que les pedimos para que las observen. Esto no debe traer ningún escrúpulo a las Hermanas como si esta Regla obligara en todos sus artículos, bajo pena de pecado. No es tal como siguiendo al gran Santo Tomás, los doctores más seguros lo han observado²³. De hecho, la palabra latina *precepto* que usa san Agustín no implica fuerza de mandamiento absoluto; por el contrario significa a menudo método, medio, manera, instrucción y habilidad para hacer algo; incluso sólo significa en ocasiones simple parecer sobre lo que es oportuno. Así decimos que la Lógica contiene los preceptos para argumentar bien, que la Retórica los preceptos para hablar bien y lanzar arengas, y llamamos *preceptores* a aquellos que nos mandan sino a los que nos instruyen. Así esta santa Regla no obliga bajo pecado, menos en los artículos

²³ Sum. Theol. 1. 2, q. 16; Azor, lib 3, c. 11, q. 7; Sylv. Verbo Relig. 11

principales requeridos para la observancia de los tres votos, como se declara más ampliamente al fin de las Constituciones.

“Algunos piensan que las Reglas religiosas deben fijar penas para los que las quebrantan o infringen. Estos se engañan porque fuera de la expulsión no existen castigos en la Regla de san Basilio ni en ésta. Y en verdad, puesto que es preciso que de ordinario lo superiores moderen o agraven las leyes primitivas y por la consideración de diversas circunstancias acrecienten o disminuyan las faltas, es bueno que se deje a su juicio y prudencia la imposición de penitencias. Existen en esta Regla algunos artículos que no parecen tener ninguna aplicación como por ejemplo el no ir a los baños sino una vez al mes y que las Hermanas no salgan sin compañía; en efecto puesto que las Hermanas salen solo por causas grandes, necesarias y raras podría decirse que no salen nunca. Sin embargo estos artículos de la Regla sirven de luz para hacer ver como deben observar otros que sí están en uso actualmente. En el artículo que dice que hay que domar la carne con ayunos y abstinencias en cuanto lo permita la salud, el bienaventurado Padre no da a cada religiosa la libertad de hacer austeridades según su parecer ni de discernir hasta donde lo permite su salud. En efecto, en otro artículo se dice que toca a la superiora distribuir las porciones no en cantidad igual a todas sino a cada una según la necesidad. Y en el libro I, cap. 33 de *Costumbres de la Iglesia*, al describir la manera de vivir de los religiosos y las religiosas de su tiempo, añade que varios, de fuerte constitución, vivían como los enfermos a fin de no

incurrir en singularidades, y que cuando los débiles rehusaban beber o comer lo que les era conveniente, se les regañaba, por temor de que por vana superstición, no se hicieran más débiles que sanos, más bien enfermos y no mortificados. Esto acontece a muchos, en especial a las mujeres, que engañadas por su imaginación, hacen consistir la santidad en la austeridad, y se dedican gustosamente a privar más su estómago de alimentos que su corazón de hacer su propia voluntad.

“La que tiene a su cargo otras es llamada *Prepósita*, como quien dice puesta delante y por encima de la congregación y es su presidenta. Podría también llamarse *Preferida*. Pero como estas palabras no están en uso, se ha debido cambiarlas por las de Madre o Abradesa o Priora o Superiora, y como la última y la primera son más simples y significan la misma cosa que Prepósito, se ha juzgado bien retenerlas, en especial el nombre de Madre, tanto más que el santo Padre dice: Que las Hermanas obedezcan a la Superiora como a su Madre. Al fin de la Regla se lee:

“Que se obedezca a la Superiora, y mucho más al Sacerdote que tiene cuidado de todas. ¿Pero quién es ese sacerdote que tiene cuidado de todas? En verdad puesto que en la Regla de los Hermanos como también en la de las Hermanas se inculca a menudo esta obediencia al Sacerdote, los intérpretes de la Regla que he consultado dicen que es el Obispo, tanto más, dice uno de ellos, que los Canónigos Regulares dependían de él; pero una vez que los Obispos y su clero se han secularizado por dispensa apostólica, este precepto no se ha conservado. Para decir

verdad, no puedo estar de acuerdo con esta interpretación pues, si es cierto que en el comienzo de la Iglesia, los nombres de Sacerdote y de Obispo fueron a menudo confundidos y pasaban el uno por el otro, como es fácil verlo en los Actos y en las epístolas de los santos apóstoles, si es cierto que en el tiempo de san Agustín estas palabras ya no estaban en uso, y no se llamaba a los sacerdotes con el nombre de obispos ni a los obispos con el de sacerdotes, él da testimonio por sí mismo en carta escrita a san Jerónimo. No recuerdo que san Agustín haya usado esto de forma diferente. De suerte que no parece que haya usado en su Regla la palabra Sacerdote por Obispo dado que los monasterios de Jóvenes y de Mujeres en número grande estaban en la diócesis de Hipona y que el obispo no hubiera podido estar por todas partes. Pero lo que me saca de toda duda es que san Agustín en esta misma Regla de las Hermanas distingue claramente el Sacerdote del Obispo cuando dice: Que si una Hermana está convencida de haber recibido cartas o presentes en secreto debe ser corregida severamente y castigada, según que lo haya sabido la Superiora, o el Sacerdote o incluso el Obispo... Por tanto el Sacerdote de que habla la Regla era el Cura o el que el Obispo hubiera encargado ex profeso del Monasterio, como quien diría el Padre espiritual; y si la Superiora tenía la dirección ordinaria de las religiosas, también, en las cosas de importancia y extraordinarias, se llamaba al Padre espiritual, y si no era suficiente, se recurría finalmente al obispo.

“La prohibición de no llevar velos desatados a través de los cuales se puede ver el peinado se basa en que en África, región extremadamente caliente, las muchachas y las mujeres no enrollan su cabellera sino que la atan con hilos muy finos para hacer una redecilla, en latín *retiola*, y en francés (antiguo ya desusado) se llaman “lassis”, o sea, borra de seda. Pero aquí las cofias de las religiosas observantes son de otra forma, porque además de que se cortan el cabello, no deben dejar observar el que sus velos no sean transparentes.

“No me he extendido con amplitud sobre lo que el santo Padre escribe en el artículo en el que prohíbe la amistad sensual entre las Hermanas, tanto más que, según la necesidad de su tiempo y de la provincia en que vivía, anota ciertas particularidades poco conocidas en nuestras regiones y cuya malicia encierra tanto horror de por sí que no hay necesidad de expresar con mayor claridad su prohibición.

“Lo que prescribe la Regla sobre pedir cada día los libros en la hora asignada se entiende en aquel tiempo en que no había imprenta y no se podía disponer de libros cómodamente; aún más, era necesario leerlos por turnos. Observen sin embargo, les ruego, que ha sido especial providencia de Dios, que entre todas las Reglas, la del glorioso padre san Agustín haya sido escogida para servir de ley en su Congregación. Lo que me invita a pronunciar osadamente esta exhortación, como le fue dicho a Ezequiel y al amigo de Jesús, el bienamado de sus almas: Tómenlo y cómanlo, devórenlo, sacien con él su pecho y que sea

alimento de sus corazones. Que sus palabras permanezcan día y noche ante sus propósitos para meditarlos, y en sus brazos para practicarlos; y que despierten en sus entrañas la alabanza de Dios. El causará amargura en su interior porque las conduce a la perfecta mortificación del amor propio; pero será más dulce que la miel en su boca porque hay consuelo sin igual en mortificar el amor de nosotros mismos para hacer vivir y reinar en nosotros el amor del que ha muerto por nuestro amor. Así esa amarga amargura se convertirá en suavidad de una paz abundante y será colmada de la verdadera felicidad. Sean fuertes, firmes, constantes e invariables y permanezcan así a fin de que nada las separe del Esposo celestial, que las ha reunido para estar juntas, ni de la unión que las puede mantener unidas a él, de modo que no teniendo todas sino un mismo corazón y una misma alma, sea él su sola alma y su corazón. Dichosa el alma que observe esta Regla porque es fiel y verdadera, y cuantos la sigan gocen de abundante gracia, paz y consolación del Espíritu Santo. Amén”.

Viva Jesús y María

Regla del Instituto de San Agustín para las Hermanas

Esto es lo que mandamos que deba ser observado por ustedes en el monasterio.

CAPITULO I

Ante todo, mis muy queridas Hermanas, que Dios sea amado, y luego el prójimo. Son los principales mandamientos que se nos han dado.

CAPITULO II

Consideren por qué están congregadas y reunidas: para habitar unánimemente en la casa y para que en Dios sólo tengan en Dios un alma y un corazón.

CAPITULO III

Que nadie de ustedes diga que algo es de su propiedad sino que todo les sea común.

CAPITULO IV

Que lo requerido para el alimento y el vestido sea distribuido a cada una de ustedes por la superiora, no por igual a todas porque no todas tienen la misma constitución física, sino a cada una según su necesidad. En efecto, así lo leen en los Hechos de los Apóstoles (cc. 2 y 4): que todo les era común y que se distribuía a cada uno en particular según su necesidad. Que las que habían disfrutado de algo en el mundo, una vez que han entrado en el monasterio, quieran libremente que eso sea común; y las que nada tenían que no busquen en el monasterio lo que no pudieron tener fuera de éste. Sin embargo, que se les dé lo necesario para su enfermedad aunque su pobreza no hubiera podido

proporcionarles lo que les era necesario mientras estaban en el mundo. Pero que no piensen por eso ser felices por haber encontrado el alimento y el vestido que no disfrutaron afuera.

CAPITULO V

No se engrían al verse asociadas a las que no se atrevían a acercarse en el mundo. Más bien eleven sus corazones a lo alto y no busquen las vanidades terrenas a fin de que los monasterios no se conviertan en útiles para los ricos y no para los pobres, si en ellos los ricos son humillados y los pobres orgullosos. Y quienes parecían ser algo en el mundo no se atrevan a despreciar a sus Hermanas venidas de la pobreza a esta santa Sociedad: más bien se apliquen a gloriarse no de la dignidad de sus ricos padres sino de la sociedad de sus pobres Hermanas, y que no se ensoberbezcan si han contribuido, según su bienes, a la comunidad, y no se vanagloríen de sus riquezas por haberlas más bien compartido en el monasterio que si las hubieran gozado en el mundo. Otros vicios incitan a ejecutar malas obras pero la soberbia se insinúa en buenas obras para aparecer. ¿De qué sirve distribuir dando a los pobres y hacerse pobre a sí mismo si la desdichada alma se hace más soberbia despreciando las riquezas, como no lo era poseyéndolas? Vivan, pues inanemente en buen acuerdo y honren a Dios del que han sido hechas templos, unas en la persona de las otras recíprocamente.

CAPITULO VI

Sean cuidadosas en orar en las horas y tiempos establecidos. Que nadie haga nada distinto en el oratorio de aquello para lo cual fue hecho, y de lo cual le viene el nombre, a fin de que si, por fuera de las horas determinadas, algunas, si tienen tiempo disponible, quieren orar, las que quiere hacer otra cosa allí no les causen impedimento. Cuando oran a Dios con salmos y cánticos, que lo que pronuncian de viva voz esté también en su corazón, y que no canten sino lo que ustedes leen que debe ser cantado; pero lo que no está escrito para ser cantando no lo canten.

CAPITULO VII

Sometan la carne mediante ayunos y abstinencias en el comer y en el beber en cuanto les permita la salud. Cuando alguna no puede soportar el ayuno que tampoco coma fuera de las comidas, a menos que se encuentre enferma.

CAPITULO VIII

Estando a la mesa, escuchen sin ruido ni tensiones lo que según la costumbre se lea, hasta que se levanten de la mesa. Que no solo la boca reciba el alimento sino que los oídos reciban también la palabra de Dios. Si algunas son tratadas en forma diferente en los alimentos, las más delicadas por su educación pasada no deben causar molestias a las otras que, por tener otra educación, son más fuertes, ni lo deben juzgar injusto. Y que estas no juzguen a aquellas más afortunadas por lo que comen ellas y que ellas

no comen. Y por el contrario que se sientan más contentas en sí mismas por que ellas son más saludables y pueden soportar lo que las otras no pueden. Si se hace un regalo en alimentos, vestidos, lechos, cobijas a aquellas que entraron al monasterio venidas de las delicadezas del mundo, regalos que no se dan a las más saludables y por tanto se juzguen más felices, aquellas a quienes no se hacen esas particularidades deben pensar cómo aquellas abandonaron su vida mundana, aunque no hayan podido llegar a la sobriedad y frugalidad de las otras que son de mejor constitución física. Las que son más vigorosas no se deben perturbar si ven que, más por necesidad de apoyo y de compasión que por honor, aquellas reciben mejores porciones; no se introduzca la detestable perversidad de que en el monasterio las ricas se vuelvan más laboriosas en cuanto les es posible, y las pobres se hagan más delicadas.

CAPITULO IX

Como las enfermas tienen necesidad de comer menos, por temor de que se agraven, después de la enfermedad deben ser tratadas de modo que puedan restablecerse pronto, aunque hayan venido de pobres lugares en el mundo; no sea que la reciente enfermedad no les haga sentir lo que experimentaban las ricas en su anterior modo de vivir. Pero una vez recuperadas las fuerzas primeras que vuelvan a su más gozosa manera de vivir tanto más adecuada a las siervas de Dios cuanto menor necesidad sientan de otra cosa; y que el placer en el comer no las retenga más, estando ya curadas, donde su condición de enfermas las mantuvo. Créanse más dichosas las que son más fuertes

para soportar la abstinencia; es mejor necesitar menos que tener mucho.

CAPITULO X

Que el porte no sea llamativo ni procuren agradar con los vestidos, sino con los comportamientos del corazón. Que los velos no sean extravagantes y que el peinado no aparezca. Que el cabello no esté al descubierto ni desarreglado ni que por artificio se muestre plegado hacia el exterior. Cuando salgan de casa vayan juntas y cuando lleguen adonde se dirigen permanezcan unidas. En la manera de andar, donde se alojen o residan, en las reuniones, en todos los movimientos, nada incite a la concupiscencia sino que sea todo conforme a la santidad, es decir, a la santidad de su vocación.

CAPITULO XI

Si sus ojos miran a otros, no los dejen fijos en alguien. Porque yendo por la calle no les está prohibido ver a los hombres pero desearlos o desear ser atraídas por ellos. Es una falta criminal. No es solo por el tacto como la mujer es deseada o atrae sino también por el afecto y la mirada. Y no digan que su intención es pura teniendo ojos impúdicos, porque el ojo impúdico es mensajero de un corazón impúdico. Y cuando, aun sin decirse nada, los corazones denuncian su impureza con miradas mutuas y, cediendo al deseo de la carne, se deleitan con ardor recíproco, la castidad desaparece por los comportamientos del corazón. Y la que fija su mirada en un hombre y desea que éste la mire igualmente no piense que nadie la está viendo en esta

acción. De seguro es sorprendida incluso por aquellos que menos piensa. ¿Pero aunque piense que ha sido vista por nadie, cómo se esconderá a la mirada de aquel espectador a cuya mirada nada escapa? ¿O se puede creer que no ve nuestros actos porque lo hace con tanta mayor paciencia cuanto más grande es su sabiduría? Tema, pues, la mujer consagrada desagradar a Aquél, y así no quiera agradar pecaminosamente a un hombre. Y para que no desee ser mirada con malicia por un hombre, piense que el Señor todo lo ve. Pues él nos recomienda el temor, según está escrito: “Abominable es ante el Señor quien detiene y fija la mirada”.

CAPITULO XII

Cuando estén reunidas en la Iglesia o en cualquier otro lugar donde haya hombres, cuiden de guardar mutuamente su castidad, pues Dios, que habita en ustedes, las guardará también por medio de ustedes mismas. Y si observan en alguna de ustedes este descaro en sus miradas, de que estoy hablando, adviértanla de inmediato a fin de este inicio no haga progresos sino que sea prontamente corregido. Pero si luego de la advertencia ahí mismo, o en otro día, la ven seguir en ese mismo comportamiento, aquella que haya visto, cualquiera que sea, la debe considerar como persona muy herida para que sea curada. Antes, sin embargo, es preciso comunicar la misma falta a una o dos otras, para que, por el testimonio de dos o tres, pueda ser convencida y reprimida con la conveniente severidad. No piensen que al

descubrir este mal obran con malevolencia; más bien serían ustedes culpables pues al acusar las faltas de sus Hermanas ustedes las pueden corregir pero al callar ustedes permiten que se pierdan. Si una Hermana tuviese una callosidad que quisiera ocultar por miedo a la incisión, ¿no serías cruel al silenciarlo y caritativa el manifestarlo? Pues, ¿con cuánta mayor razón debes manifestar la úlcera espiritual para que no termine pudriendo el corazón.

CAPITULO XIII

Pero antes de poner la falta en conocimiento a las otras por quienes pudiera ser convencida, si luego de la primera admonición, no se corrige, en primer lugar, hay que advertir a la superiora, a fin de que, si es posible, sea corregida más en secreto sin necesidad de que las otras lo sepan. Y si persiste en negarlo, entonces hay que carearla con otras Hermanas, a fin de que sea no sólo reprendida por una sola o por las otras, sino para que por el testimonio de dos tres sea convencida.

CAPITULO XIV

Una vez convencida, se le corrige por castigo y punición, según el criterio de la superiora o del sacerdote. Si rehúsa aceptar la pena que se le impone y si ella no se retira, que se le expulse y sea puesta fuera de la Congregación o sociedad. No se hace esto con crueldad sino con misericordia, a fin de que por este pestilente contagio no contagie a varias otras Hermanas. Y lo que digo de esta falta, el fijar la mirada en los hombres, debe ser observado diligentemente con insistencia, prohibiendo, indicando,

convenciendo y castigando los otros pecados, conservando en esto la caridad hacia las personas y el odio contra sus vicios.

CAPITULO XV

Si alguna hubiera llegado al punto de iniquidad de recibir cartas o regalos en secreto, si ella lo confiesa libremente, que sea perdonada y se ore por ella. Y si es sorprendida en esta falta y es convencida de ella, que sea castigada severamente como parezca bien a la superiora o al sacerdote, o incluso al obispo.

CAPITULO XVI

Tengan todas sus vestidos en un lugar, bajo el cuidado y cargo de una Hermana o dos, o de cuantas Hermanas se requieran para que sean sacudidos y conservados, a fin de que la polilla no los dañe. Y así como se alimentan de una misma despensa, así deben vestirse de una misma ropería. Y si es posible, no reparen en los vestidos que se les proporcionan, según las estaciones, para ver si son los vestidos que habían usado ya o los que habían devuelto, o bien que hubieran sido usados por otras, con tal que no se rehúse a ninguna lo que necesita. Si por esto surgen entre ustedes tensiones y murmuraciones, quejándose alguna de tener peores vestidos de los que había devuelto, o de ser considerada indigna de llevar vestidos no tan buenos como los de otra Hermana, dense cuenta por esto cómo están

lejanas de tener santos sentimientos interiores en el corazón puesto que se querellan y discuten por los vestidos exteriores del cuerpo. Y si su reclamo es soportado para hacer que tengan los mismos vestidos que tenían antes, tengan sin embargo todo lo que visten en un lugar común, y entréguenlo al cuidado de las Hermanas encargadas de la ropería, a fin de que ninguna trabaje para sí misma, sea para vestirse, sea para arreglar su lecho, sea para tener con qué ceñirse o usar un vestido extravagante, sea para cubrirse la cabeza.

Que todas sus obras se hagan en común con tanto cuidado y alegría ordinarios como si los hicieran en particular. Porque la caridad, de la cual está escrito que “que no busque las cosas que le son propias” (o sea, su comodidad, sus intereses, sus ventajas) debe entenderse así: que no se prefieran las comodidades propias por encima de las comunes, sino las comunes sobre las propias. Por esto, entre más prefieran la comunidad sobre el particularismo, tanto más sabrán que se han beneficiado, porque por encima de las cosas transitorias, se ve exaltada la permanente caridad. Se sigue en consecuencia que cuando alguien dé a sus hijas, o a sus parientes o relacionadas que estén en el monasterio, sea vestidos, sea cualquier otra cosa necesaria, no debe ser recibido en secreto sino que todo eso se entregue a la superiora a fin de que poniéndose en común, cuando sea necesario, se distribuya. Si alguna guarda celosamente lo que le fue dado, que sea condenada como ladrona. Que los vestidos de ustedes se laven parezca bien a la superiora, sea por ustedes mismas, sea por los

lavaderos, a fin de que el gran deseo de tener vestidos limpios ni atraiga suciedades al alma.

CAPITULO XVII

Los baños corporales y el uso de los baños no sean frecuentes sino que sea concedido según los intervalos de los tiempos acostumbrados, es decir, una vez al mes. Pero aquellas que por necesidad de enfermedad requieran baño que no se dilate más sino que se haga sin murmuraciones, por parecer del médico, de suerte que, aunque ella no lo quisiera, se haga lo que sea necesario para la salud. Que si quiere un baño y no es necesario para la salud que no se ceda a su deseo, pues sucede que lo que deleita aparezca como provechoso así cause perjuicio. Finalmente si alguna sierva de Dios tiene algún dolor oculto del cuerpo que se le crea sencillamente pero sin embargo si aquello que le agrada es también necesario para curar su dolor. Si no es seguro que se pida consejo del médico. Y que las Hermanas no vayan a los baños o a otras partes, y si es necesario que vayan que sea en grupos de no menos de tres. Y la que tenga necesidad de ir a alguna parte no vaya acompañada de las que ella escoja sino de las que la superiora ordene.

El cuidado de las enfermas o de aquellas que luego de su enfermedad deben ser recuperadas, o de aquellas que sufren alguna enfermedad o fiebres debe ser encomendado a alguna a fin de que ella pida en la despensa lo que juzgue ser necesario a cada una. Tanto las que tienen el encargo de la despensa, como las responsables de la ropería, y las que

tienen a su cuidado los libros, sirvan gustosamente, sin murmuración a sus Hermanas.

CAPITULO XVIII

Que se pidan los libros cada día a la hora asignad, fuera de la cual se rehúsen a las que pidan. Por lo que se refiere a los vestidos y zapatos, que aquellas que los tienen a su cargo no difieran darlos a las que los necesitan.

CAPITULO XIX

Que nadie tenga proceso alguno, o que si lo tiene le dé término lo más pronto, a fin de que la ira creciente no se convierta en odio, y haga de una pajilla una viga, y haga que el alma sea homicida. No sólo a los hombres se dijo: “El que odia a su hermano es homicida”. No sólo concierne al sexo masculino que Dios creó primero; el sexo femenino recibió también ese mandato.

CAPITULO XX

La que por injuria, maldición o reproche de crimen ofenda a otra, que se recuerde de repara lo más pronto, por satisfacción, la falta que ella ha cometido, y que la ofendida perdone serenamente. Si recíprocamente se ofendieron deben perdonarse la una a la otra, a causa de sus oraciones que deben ser tanto más santas cuanto son más frecuentes. Es mejor la que, a pesar de estar tentada a menudo de cólera, se apresura sin embargo a pedir perdón a aquella a la que reconoce haber injuriado, que aquella que tarda en enojarse pero de mal modo se deja persuadir de pedir perdón. La que no quiere perdonar a su Hermana no debe

esperar recibir el fruto de la oración; pero la que no quiere nunca pedir perdón, o que no lo hace de buen corazón, está en vano en el monasterio, aunque no sea expulsada de él. Por tanto guárdense de palabras duras; si su boca las profiere, que no les disguste producir los remedios por la misma boca que ha causado la herida.

CAPITULO XXI

Cuando la necesidad de corregir las impulse a decir palabras ásperas para reprimir a las inferiores, si en eso se exceden, no se pide que ustedes les pidan perdón, a fin de que por practicar en demasía la humildad hacia las que deben ser obedientes, no se desvirtúe la autoridad de gobernar. Sin embargo hay que pedir perdón al Señor de todo que conoce cuanto amor tienen ustedes para con aquella a quien corrigen quizás demasiado ásperamente.

CAPITULO XXII

No haya entre ustedes ningún afecto carnal sino espiritual.

CAPITULO XXIII

Que se obedezca a la superiora guardando el respeto que se le debe para que en ella Dios no sea ofendido; y más aún al sacerdote que tiene cuidado de ustedes.

CAPITULO XXIV

Para que todo esto sea observado y que si algo se omite no se haga por negligencia sino que se tenga cuidado de reparar y corregir lo que ha faltado. Esto incumbe sobre todo a la superiora. Que en aquello que es extraordinario y

supere su capacidad se refiera al sacerdote que se ocupa de ustedes.

CAPITULO XXV

En cuanto a ella que no se sienta dichosa por la autoridad y mando que tiene sino por el deber que tiene de servir a las demás con caridad. Que sea superiora por honor ante los hombres pero que ante Dios se prostorne bajo los pies de ustedes. Que sea modelo de buenas obras para todas. Que llame la atención de las indisciplinadas. Que consuele a las pusilánimes. Que acoja y alivie a las enfermas. Que sea paciente con todas.

Que sea exigente y severa consigo misma en la observancia de la disciplina y de los reglamentos de la casa, y reservada al imponerlos a las otras. Y si bien ambas cosas son necesarias que sin embargo prefiera ser amada más que ser temida, pensando siempre que debe dar cuenta de ustedes a Dios. Y por tanto, siendo cada vez más obedientes no sólo tengan compasión de sí mismas sino también de aquella que está en peligro tanto mayor cuanto que ocupa un cargo más elevado.

CAPITULO XXVI

Quiera Dios que todo esto sea observado por ustedes con amor, como enamoradas de la belleza espiritual, y como aromatizadoras del buen olor de Jesucristo, mediante la buena convivencia, no como esclavas de la ley sino como mujeres libres y emancipadas, viviendo bajo la gracia de Dios.

CAPITULO XXVII

Y para que a menudo tengan ante la vista este librito como un espejo, y que no descuiden algo por olvido, que sea leído una vez por semana. Y cuando tomen conciencia de que cumplen lo que está escrito en él, den gracias al Señor, distribuyendo sus bienes. Pero cuando alguna de ustedes es consciente de haber faltado que, arrepentida del pasado, vigile siempre su futuro, rogando a Dios para que su ofensa le sea perdonada y que no sea inducida a caer en tentación. Amén.

VIVA JESUS Y MARIA

DESEOS Y ASPIRACIONES

I – La humilde gloria de las Religiosas de Nuestra Señora de Caridad.

Las Religiosas de Nuestra Señora de Caridad pueden, con toda humildad y santamente, gloriarse (aunque lo sean infinitamente indignas) de ser las Hijas del santísimo Corazón de la santa Virgen María. Si les es común con los cristianos tener a Jesucristo por su Cabeza y ser sus miembros, y ser uno con aquel que, según san Agustín, es más el fruto del Corazón de la preciosa Virgen que de su vientre, y ser por tanto las Hijas de este mismo Corazón, ellas poseen esta dicha de manera más especial y singular por tres razones principales.

Primeramente, son las Hijas del muy amable Corazón de la Madre de Dios porque la vocación de quienes su divina Majestad escoge para trabajar en la salvación de las almas perdidas tiene su origen especialmente en el muy caritativo Corazón de Jesús, encendido en amor a las almas, y este Corazón no es sino un mismo Corazón con el de su muy santa Madre. Si este divino Corazón es la fuente de todos los designios, de todos los santos Institutos, y de todas las obras de misericordia sin embargo lo es de forma especial de aquellos que miran directamente a la salvación de las almas pecadoras. Son ellas lo que él más quiere y desea entre todas las cosas del mundo puesto que este benigno Salvador nos asegura que vino a este mundo no por los justos sino por los pecadores.

En segundo lugar, esta Reina de los corazones consagrados a Jesús ha manifestado que son las Hijas muy amadas de su Corazón por el amor muy particular que les ha testimoniado haciéndolas partícipes de lo que ella ama más en este mundo después de Dios, a saber, la Cruz de su Hijo. Ha permitido, en efecto, que hayan sufrido numerosas cruces, contratiempos y tribulaciones por espacio de más de diez años; además este Corazón maternal ha tenido cuidado muy particular de proveerlas de todo lo que les ha sido necesario tanto en lo espiritual como en lo temporal. Ha vencido numerosos obstáculos que se presentaron para el establecimiento de esta Congregación y ha dispuesto todo de modo que, por una secreta y admirable guía, no obstante los esfuerzos del infierno y cuando todo parecía estar perdido, fue fundada contra todas las apariencias humanas en el día de la fiesta de este mismo Corazón, el 8 de febrero.

En tercer lugar, cuando Dios quiso poner el designio de esta Congregación en el corazón de quienes su divina misericordia se ha servido para formarla, les inculcó también el pensamiento de consagrarla en honor del digno Corazón de su muy alabada Madre, al que fue dedicada y consagrada efectivamente, con el fin de que las jóvenes que ingresen en ella se esfuercen por imprimir en su corazón una imagen y semejanza perfecta de la muy santa vida y de las virtudes muy excelentes del muy sagrado Corazón de su muy buena Madre, y que por este medio se hagan dignas de ser las verdaderas Hijas del muy amable Corazón de la Madre del amor hermoso.

II – Aspiraciones y plegarias por las Religiosas de Nuestra Señora de Caridad

Me hincó de corazón a los sagrados pies del Rey de la Reina de los corazones, Jesús y María, con toda la humildad y devoción de todos los corazones que les están consagrados, suplicándoles desde lo más profundo de mi alma, por su muy santo Corazón del todo encendido de amor por sus hijas, concedernos:

1. Que no escriban su nombre en este libro sino las jóvenes o mujeres que ingresen a esta casa, escogidas y llamadas para servir y honrar estos sagrados Corazones trabajando en la salvación de las almas pecadoras.
2. Que las que lo escriban lo hagan *Corde magno et animo volenti*, o sea, con gran corazón y con voluntad muy decidida, y por el puro amor y la sola gloria de Dios.
3. Que el año, el día y la hora en que cada Hermana escriba sus votos y oblaciones en este libro le sea un año de misericorde y de remisión de todos sus pecados; un día de bendición y de santificación para su alma y para su cuerpo; y una hora de confirmación perpetua e inviolable en la gracia y en el amor de Dios.
4. Que los nombres de quienes se escriban en este papel sean escritos para siempre en el divino Corazón de Jesús, Hijo de María, y de María, Madre Jesús.
5. Que el amor divino escriba en sus corazones todas las Reglas, Constituciones y Costumbres de esta Congregación; y que esos mismos corazones sean libros sagrados y evangelios vivientes, en los que la muy santa vida de su Padre muy amado y de su muy querida

Madre, Jesús y María, se imprima por siempre jamás. 6. Que todos sus corazones sean otras tantas imágenes vivas del muy puro amor y de la caridad muy excelente, de la humildad muy profunda y de la obediencia muy exacta, de la más angélica pureza, de la paciencia invencible, de la mansedumbre infantil, de la sencillez de paloma, de la sumisión entera a la voluntad de Dios, de la abnegación total de sí mismas, del perfecto desprecio del mundo, del celo muy ardiente por la salvación de las almas, del amor muy fuerte por la cruz y de todas las demás virtudes muy eminentes que reinan en el Corazón divino de Jesús y de María.

7. Que estos mismos corazones sólo sean uno entre ellos por el vínculo sagrado de una muy perfecta caridad, y que sea un corazón con el muy sagrado Corazón de Jesús y de María, por la virtud del divino amor.

8. Que este corazón único sea el trono de la divina Voluntad que reine en él absolutamente y que sea consumido en la llamas del amor eternos, y que como una hostia santa sea continuamente sacrificado en alabanza y gloria de la santísima Trinidad.

Estos son los deseos muy ardientes de mi corazón, oh Jesús, Hijo de María, y oh María, Madre de Jesús; los presento al de ustedes, lleno totalmente de bondad; tengo la intención de presentarlos a él en todos los momentos de mi vida, con todos los movimientos y latidos de éste, mi corazón. Escúchenlos, les ruego, bendíganlos y cúmplalos por su gran misericordia y para la gloria de su santo Nombre. Amén.

III – A las Religiosas de Nuestra Señora de Caridad

Dirijo ahora a ustedes, mis muy querida Hermanas, mi voz y mi palabra para decirles: Ánimo, Hijas muy amadas del corazón amabilísimo de la Madre de amor, permanezcan en ese Corazón maternal de su muy querida Madre, que no es sino uno con el Corazón divino de su Hijo Jesús; que sea el lugar de su reposo, su ciudad de refugio, su fortaleza inexpugnable, su jardín de delicias, su Paraíso terrenal.

Vivan de la vida de este santo Corazón, tengan en ustedes sus sentimientos, entren en sus disposiciones, sigan sus inclinaciones, amen lo que él ama, odien lo que él odia y nada más; sólo deseen lo que él desea; alégrense con lo que a él alegra, sólo teman lo que él temería si estuviera todavía sometido al temor, que las entristezca sólo lo que a él entristecería, si fuera todavía capaz de tristeza, trabajen por el cumplimiento de sus designios; entréguese continuamente al espíritu que le anima a fin de que ese mismo espíritu las posea y conduzca en todo; que su gracia las santifique, que su caridad las inflame, que su amor las abrase, y sobre todo que su celo por la salvación de las almas las devore.

Finalmente graben esto en sus corazones: que ustedes son las Hijas del muy santo Corazón de la Reina del Cielo. Jamás olviden ese hermoso nombre; ténganlo siempre ante los ojos; grábenlo en el espíritu; imprímanlo en lo más íntimo de su alma; escríbanlo en sus manos; llévenlo en los labios; hagan de manera que, con la gracia de Dios, todos sus pensamientos y afectos, todas sus palabras y acciones

tiendan a hacerla digna Hijas del muy sagrado Corazón de la Madre de Jesús, y a dar contento y a regocijar ese mismo Corazón en todas las formas posibles, pero especialmente observando exactamente sus Reglas y Constituciones, y cumpliendo con fidelidad sus votos, sobre todo el cuarto que han profesado, el de ocuparse en la conversión e instrucción de las almas extraviadas.

Sepan, mis querida Hermanas, que mientras permanezcan en esta santa ocupación, que las asocia de manera maravillosa con el salvador del mundo, con su muy preciosa Madre, con sus Apóstoles y con todos los Santos, llamados todos para esta obra, ustedes serán en verdad las Hijas del muy santo Corazón de la Madre de Dios, que la mirará y amará como a tales, y las colmará de todos los favores y bendiciones.

Pero si, bajo cualquier pretexto que pueda darse, ustedes se alejan de esta ocupación, perderán de inmediato esta hermosa calidad. No tendrán ya el nombre de Hijas del muy santo Corazón de María, Madre de Jesús, sino llevarán el nombre de Hijas de Belial. La bendición del cielo se retirará de ustedes y la maldición se les acercará. Quiera la divina bondad que no caigan en esta desgracia. Suplico a la Madre de misericordia, invocando toda la bondad de su Corazón de Madre, que desde que empiece a seguir ese camino, las reprenda con tanto poder que las obligue a retornar por el camino de su vocación, a fin de que después de haber gastado todo su tiempo y sus fuerzas por el mismo motivo por el que nuestro muy adorables Jesús empleó toda su sangre y su vida, ustedes sean encontradas en la hora de su

muerte conformes al Corazón de Dios, y entreguen su alma su alma en el seno y en el Corazón de su muy buena Madre y reposen eternamente con ella y con su Hijo muy amado en el seno y en el Corazón del Padre celestial, para bendecir, glorifica y amar incesantemente, con Jesús y María, y con todos sus hijos, a la santísima Trinidad pro siempre jamás. Amén.

Viva Jesús y María

VIVA JESÚS Y MARÍA
LAS CONSTITUCIONES DE LAS RELIGIOSAS
DEL MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DE CARIDAD
Con la aprobación de monseñor Francisco de Nesmond,
Consejero del rey en sus Consejos,
obispo de Bayeux, como consecuencia de la autorización y
confirmación
del dicho monasterio por nuestro S. Padre el Papa
Alejandro VII

Constitución I

**Fin de este instituto y motivos que deben animar
a las que profesan en él para hacer de corazón sus
funciones**

Como hay varias habitaciones en la casa del Padre de los cielos, también hay diversas familias y varios oficios diferentes. Entre estas familias están las Congregaciones y Comunidades religiosas que tienen cada una su misión y su oficio particular de acuerdo al fin especial para el cual fueron fundadas. Si bien todas tienen un mismo fin último general, que es el de servir y glorificar a Dios por la práctica de los consejos evangélicos, sin embargo cada una se fija uno que le es propio y característico según el designio particular de su instituto.

Tal es la Congregación de Hijas religiosas de Nuestra Señora de Caridad, cuyo fin general, que le es común con las

demás Congregaciones que hay en la Iglesia, es servir y honrar a Dios por la observancia exacta de los santos votos de pobreza, de castidad y de obediencia, y por imitación perfecta de todas las otras virtudes de Nuestro Señor y de su muy santa Madre. Pero su fin propio y característico, que la distingue de las demás, es imitar, en cuanto posible, mediante la divina gracia, la muy ardiente caridad de que el muy amable Corazón de Jesús Hijo de María, y la María, Madre de Jesús, están abrasados por las almas creadas a imagen y semejanza de Dios, rescatadas por la preciosa sangre de su Hijo. Para ello se ocupan de todo corazón, mediante el ejemplo de una santa vida, el fervor de sus oraciones y la eficacia de sus instrucciones, en la conversión de las jóvenes y mujeres que han caído en el desorden de una vida licenciosa, y que, movidas por Dios, quieren salir del estado de pecado para hacer penitencia bajo su guía, y para aprender más fácilmente los medios de servir a su divina Majestad y salvarse.

Como en la Iglesia de Dios hay religiosas hospitalarias que se destinan a cuidar los cuerpos enfermos, así también es necesario que existan religiosas cuyos monasterios sean como hospitales para recibir las almas enfermas para trabajar en hacerles descubrir la salud espiritual. Y como hay religiosas Ursulinas cuyo fin principal es ocuparse e formar en el temor de Dios las almas inocentes, igualmente es muy importante que haya quienes tengan como fin particular trabajar en restablecer este mismo temor en las almas penitentes. Pero para que se entreguen con mayor afecto y coraje a las funciones de este santo instituto es

necesario que las que entran en él consideren a menudo las verdades siguientes.

A saber

1. Que éste es el más digno servicio y el mayor honor que puedan tributar a Dios, y la obra más agradable a su divina Majestad que puedan realizar, puesto que nada hay que quiera tanto como la salvación de las almas.
2. Esta obra encierra, por excelencia, todas las otras obras buenas, tanto corporales como espirituales que sea dable practicar. Todas estas son solo medios para alcanzar aquella que es su fin.
3. Un alma vale más que un mundo, y por consiguiente, tenderle la mano para sacarla del abismo del pecado es obra mayor que crear un mundo entero y hacerlo salir de la nada. Dirigir y guiar un alma por los caminos espirituales de la gracia es más excelente que gobernar un mundo en las cosas temporales.
4. Una sola alma es más preciosa a los ojos de Dios que todos los cuerpos que hay en el universo, y por tanto, contribuir a revestirla de la gracia de Dios y a alimentarla y fortalecerla con los buenos ejemplos y con las santas enseñanzas que se les dan es acción más santa que revestir y alimentar todos los cuerpos que existen en la tierra. Librar un alma de la esclavitud del pecado y del demonio es obra más digna que poner en libertad a todos los cautivos y prisioneros que hay en el mundo. Dar muerte al pecado en un alma es un bien mayor que aniquilar una peste que cubriera el universo.

Hacer pasar un alma de la muerte del pecado a la vida de la gracia es cosa más agradable a Dios que resucitar todos los cuerpos que existen en las tumbas.

5. Según san Juan Crisóstomo, ocuparse en la salvación de las almas es verdadero espíritu de caridad, es cosa mejor que ejercitarse en las más severas austeridades y mortificaciones corporales.
6. Según el mismo santo, emplear el tiempo y la vida en este santo trabajo es cosa que complace más a su divina Majestad que sufrir el martirio. Por eso santa Teresa decía que ella sentía más envidia por quienes están en este empleo que por los mártires.
7. Según san Dionisio, la cosa más divina entre todas las cosas es cooperar con Dios en la salvación de las almas y especialmente en la de aquellas que están abandonadas y sin ayuda pues nuestro Señor dijo que vino para llamar no a los justos sino a los pecadores.
8. Con esta intención fue fundado y establecido en la Iglesia este Instituto. Las Hermanas no han entrado en él sólo para salvarse ellas mismas sino para ayudar a la salvación de las almas en la manera en les prescriba la obediencia.
9. Esta vocación es para ellas una gracia muy particular y un extraordinario favor del cielo de los que son infinitamente indignas. Es estar asociadas en esta obra con Nuestro Señor Jesucristo, con su muy santa Madre, con sus Apóstoles, y con tantos grandes santos. Mientras ellas se apliquen a las tareas de un tan santo Instituto Dios las bendecirá con grandes bendiciones

espirituales y temporales pues no hay nadie en el mundo a quien él ame tanto como aquellas que se cooperan con él en la salvación de las almas.

10. Finalmente consideren que es la primera y principal de sus Constituciones y la más importante de sus obligaciones, que es el espíritu y el alma de su Instituto; que es el camino que Dios les ha señalado para ir a Él y para hacerse agradables a su divina Majestad. Por tanto deben emplearse con todo su espíritu y corazón, con todo cuidado e iniciativa, para hacerse dignas coadjutoras y cooperadores de Jesucristo Nuestro Señor en la obra de la salvación de las almas que él rescató con el precio de su sangre, y abrazar con amor todas las mortificaciones y dificultades que encuentren en esta vocación por amor de aquel que sufrió tantos ultrajes por esta causa. Serán así en verdad Hijas de Nuestra Señora de Caridad, pues el más perfecto ejercicio de la caridad consiste en sacar las almas de la perdición para llevarlas a la salvación eterna.

Constitución II

Personas que componen la comunidad de Religiosas de Nuestra Señora de Caridad

Esta comunidad se compone sólo de jóvenes o de mujeres libres, de costumbres honestas y de vida irreprochable, fuera de toda sospecha. No se admitirá nunca en ella, por

cualquier causa o pretexto que sea a ninguna, cualquiera sea su condición o calidad, que haya vivido licenciosamente, aunque esté perfectamente convertida, o incluso aquellas sobre las que recae alguna sospecha de haber llevado una vida depravada.

Se será muy estricto en observar esta constitución pues es muy importante y necesaria para conservar el buen olor de esta Congregación y para que trabajen más eficazmente en la salvación de las almas extraviadas.

Habrà como en toda comunidad femenina dos clases de religiosas: unas serán Hermanas de coro, otras serán Hermanas conversas, destinadas a los quehaceres de la casa. Estas no tendrán voz ni activa ni pasiva. No serán tratadas en forma diferente de las demás ni en los hábitos (menos que llevarán velo blanco), ni en los lechos, ni en la alimentación, ni en el cuidado de la salud, ni en los ejercicios propios a su provecho espiritual, ni en ninguna otra cosa. Se las tratará con afecto y cordialmente por parte de la superiora y de todas las demás Hermanas, pues en esta Congregación Marta y María deben vivir sin murmuraciones ni menosprecio, sino con igual afecto, como verdaderas Hermanas, muy amadas de Nuestro Señor. El número de Profesas de coro no pasará de cuarenta; el de las Hermanas Conversas no será mayor de seis, y si es menor tanto mejor²⁴

²⁴ Aunque es posible aumentar estos números con la autorización de la superiora, la intención del santo fundador es no sobrepasar ese número a menos que se presente una vocación de extraordinaria condición sea por su virtud o por su nacimiento, o que haya muchas enfermas que haya que cuidar o reemplazar. *Anales de N.S. de Caridad de Caen*. Actualmente las hijas de san Juan Eudes han visto crecer sus obras y por tanto han tenido que sobrepasar el número fijado por el P. Eudes.

Constitución III

El Oficio divino

Una de las más santas ocupaciones de las Hermanas es recitar o cantar las alabanzas de Dios. Es un ejercicio que les es común con los ángeles, con los santos, con la santa Virgen y con su divino Esposo y su adorable Cabeza que es Jesús, quien no sólo en el cielo donde está a la derecha de su Padre, sino también en la tierra, donde está con nosotros en el santísimo Sacramento, alaba, adora y glorifica sin cesar a su Padre eterno. Por tanto esmérense en hacer esta acción santamente.

Puesto que su primera y principal ocupación es trabajar según su Instituto en la salvación de las almas, para que dispongan de más tiempo y fuerzas para entregarse a ella, no están obligadas sino al Oficio parvo de Nuestra Señora. Pero al recitarlo o cantarlo se esforzarán por “por pronunciar clara y distintamente todas las palabras” de modo que pueda entenderse fácilmente lo que dicen. También deben “observar las pausas, asteriscos intermedios y acentos. Moderen de tal modo su voz que se ajuste bien a las de las otras”; que no se escuchen discordancias, no anticipen los versículos y esperen que el precedente haya sido terminado del todo para comenzar el siguiente; guarden la compostura exterior con la mayor modestia posible y no usen gorgoritos ni cosas semejantes, sino

canten sencilla, seria y piadosamente. No tendrá órgano²⁵ y no cantarán música ni la aprenderán como tampoco a tocar instrumento alguno.

“Irán prontamente al coro al sonido de la campana. Lo harán con dignidad y modestia y entrarán en él con respeto hacia la majestad divina, presenté allí como en el cielo. Y luego de hacer genuflexión y adoración al Santísimo Sacramentos ocuparán sus puestos con calma sin hacer ruido, No hablarán entre sí sino por razones urgentes y lo harán en voz baja y en pocas palabras. Saldrán sólo por razones apremiantes, y terminado el Oficio sólo saldrán cuando se dé la señal.

“Si alguna comete alguna falta que se pueda reparar, las que se den cuenta, la corregirán con amabilidad y si es posible sin hacerlo notar, como por ejemplo, si las que comienzan el salmo toman uno en lugar de otro, las que se aperciban de ello, sin dar ninguna seña, tomen el salmo que fue omitido, prosiguiéndolo sencillamente. Pero la que haya hecho alguna falta notable, luego pedirá perdón a la superiora con espíritu de humildad y sumisión. Y dado que es muy humano darse secretas complacencias con sus propias iniciativas incluso bajo pretexto de piedad y devoción, y puesto que a menudo la multitud de oficios impide la atención, el júbilo y la reverencia con la que se debe hacer, no será de libre voluntad, bajo cualquier

²⁵ “Habiendo venido un día el fundador a nuestra iglesia, según su costumbre, observó que teníamos un órgano. Nos lo había regalado monseñor de Langrie, nuestro director. Nos ordenó guardarlo en el granero para venderlo luego. Lo aceptó bien el P. Langrie dado el respeto que tenía por el P. Eudes. Cuando le hicimos notar que no había nada en el mundo que atrajera más la devoción, nos respondió que no era lo que Dios pedía de nosotras. Que nuestro atractivo propio eran la humildad y la sencillez. Y para que no nos apartásemos luego de su voluntad añadió un artículo a nuestra Constituciones que todavía no habían sido aprobadas ni impresas por el que nos prohibía expresamente tener órganos” *Anales de N.S. de Caridad de Caen*.

pretexto, recargarse de otros oficios u oraciones ordinarios, fuera de los que están previstos en estas Constituciones y en el Directorio. Así las Hermanas oirán decir o cantar mejor el oficio, con la dignidad y el respeto debidos.

“Las Hermanas conversas en lo posible no falten a la santa Misa diariamente. En las fiestas asistan también a todos los oficios, en un lugar donde no interrumpen a las Hermanas coristas, ni les causen distracción si tuvieran que salir o entrar. No están obligados a la recitación del oficio, pero las que no saben leer, en lugar de Prima, Tercia, Sexta y Nona, dirán en la mañana el Padre nuestro, el Ave María, y una vez el Credo. En lugar de visperas y completas siete Padre-nuestros y Ave-Marías; y en lugar de Maitines y Laudes diez Padre-nuestros y Ave-Marías; las que saben leer digan el Oficio parvo del santísimo Corazón de la santa Virgen.

Constitución IV

Diversidad del canto

En los días de trabajo todo el oficio se dice con voz plana o salmodia, excepto los Cánticos del Te Deum, Benedictus y Nunc dimittis que se recitan con un tono más alto. El Magnificat se canta todos los días menos en Cuaresma, y la Antífona mariana propia del tiempo, al fin de Completas, se canta en todo tiempo. Todos los domingos y en las Fiestas de guarda se cantan Tercia, vísperas, y el Nunc dimittis en Completas como se dice en el Directorio; y en las principales fiestas, se cantan las primeras vísperas. En cuanto posible tienen dos misas los domingos y fiestas. Una se dice hacia las siete de la mañana, para comodidad de las enfermas, y

la otra, que es la misa conventual, a las 8 o las 9 de la mañana. Esta se canta en cuanto posible, y la comunidad puede comulgar en ella.

Observen fielmente lo que está indicado en el Directorio sobre la dignidad del canto, sobre la manera y el tiempo de tocar para los Oficios, sobre la duración, modestia y respeto con los que deben decirse las Horas, y sobre la práctica de todas las otras ceremonias a fin de que el Oficio divino se celebre devotamente y con edificación. Si disponen de un lugar cómodo para hacer la procesión, la harán al fin de vísperas, siempre que no haya sermón, los domingos y fiestas principales del año, cantando un responsorio propio del día, o algún himno o las letanías²⁶. Canten también la misa conventual en las tomas de hábito, las profesiones, entierros y ocasiones semejantes. Digan el Oficio canonical en los tres días de Tinieblas y en las tres fiestas de Pascua, pero sólo canten el primer nocturno de Tinieblas. Los viernes se canta el Stabat después de Completas menos en el tiempo pascual, en las octavas de la Asunción y otras y cuando caiga alguna fiesta solemne en viernes y también desde el adviento hasta la Purificación. No se haga salir a las Hermanas del Oficio ni de la oración, a menos de razón grande y urgente. Si salen, en cuanto sea posible las retomarán en otro tiempo.

²⁶ “Gustaba mucho a nuestro Padre que se cantaran las letanías de la Virgen con un tono bello y devoto. Un día vino y notó que cantábamos Completas bastante bien pero decíamos en seguida las letanías salmodiadas. Nos lo reprochó. Le dijimos que si las cantábamos más solemnemente no quedaría tiempo entre el fin de la oración y la cena. Nos respondió que era mejor salmodiar Completas y cantar las letanías con devoción y solemnidad. Desde entonces seguimos sus deseos. En otra ocasión se le mostró esas mismas letanías con notación musical que a algunas Hermanas les parecían demasiado rebuscadas. Estuvo a punto de prohibírnoslas pero luego las devolvió a la Madre María del Niño Jesús de Bois-David y le dijo que era preciso tolerar algo a favor de la Madre de Dios” *Anales de N. S. de Caridad de Caen*.

CONSTITUCION V

La santa comunión

« Habiendo pedido el Concilio de Trento que hubiera comulgantes en cada misa, a fin de cumplir en cuanto posible esta inclinación de la Iglesia, se distribuirá el beneficio de la comunión de manera que algunas la reciban por turnos parezca bien a la superiora.

“Además de esto, todas las Hermanas comulgarán en los domingos y las fiestas de guarda, los jueves y en algún otro día de la semana según el orden establecido por la misma superiora. Si alguna desea comulgar fuera de esos días no podrá hacerlo sin el parecer del confesor y sin el permiso de la superiora. Si juzga que alguna no saca suficiente fruto de la santa comunión no estando lo bastante mortificada para frecuentarla a menudo, le prohibirá su uso cuantas veces le parezca bien y por tanto tiempo como estime conveniente para el progreso espiritual de su alma²⁷. En cuanto a las Hermanas enfermas que no pueden venir al coro se les llevará la comunión cada quince días si su enfermedad se lo permite.

CONSTITUCIÓN VI

La predicación

²⁷ En la edición de a670 se añadía: “tomando parecer en tal caso del Padre espiritual y de las Hermanas que ella suela consultar, y no lo hará sino por faltas extraordinarias y conocidas de la comunidad”. El decreto *Quemadmodum* de 1890 anuló todas las reglas de este género que se encuentran en las Constituciones, incluso las aprobadas.

Todas, en cuanto sea posible, asistirán a las predicaciones, exhortaciones y conferencias que se hagan en la casa. La superiora, en cuanto lo juzgue a propósito, cuidará de que se hagan, pero estará muy atenta a que sean hechas por personas de gran virtud, que instruyan sólidamente las almas en la fe y en la práctica de las virtudes cristianas. Tendrán lugar de ordinario después de vísperas y las Hermanas las escucharán con atención, recogimiento y devoción digna de la santa palabra de Dios. Una vez dictadas no comentarán nunca ni del predicador, ni de lo que haya dicho sino con respeto, imitando a las abejas que de todo hacen miel y no como las arañas que todo lo convierten en veneno.

CONSTITUCIÓN VII

Horarios desde Pascua hasta la fiesta de san Miguel

Las Hermanas se levantarán a las cinco de la mañana desde Pascua hasta la fiesta de san Miguel. A las cinco y media se reunirán en el coro y luego de la adoración al Santísimo Sacramento se leerán los puntos de la meditación; dicho el Veni sancte Spiritus se entregarán a la oración mental hasta las seis y media. Inmediatamente después de la meditación recitarán Prima con voz plana, luego se retirarán para hacer lo que necesiten. A las ocho dirán Tercia y Sexta con voz plana. Luego se dirá la santa Misa que será seguida de Nona. Al concluir se hace el examen durante un Miserere. A las diez tomarán su comida a la que sigue el recreo hasta las once menos cuarto cuando

se tocará la obediencia. Luego las Hermanas se retirarán en silencio para hacer lo que tengan a bien.

A las dos de la tarde harán media hora de lectura y reflexionarán sobre ella de manera que puedan dar cuenta en asamblea. A las tres dirán las vísperas. A las cuatro se reúnen las Hermanas en asamblea y mientras hacen sus obras se entretienen sobre las lecturas hasta Completas. A las cinco recitarán las Completas y las Letanías, a las que seguirán media hora de oración. Luego quedarán en libertad de dejar descansar su espíritu mediante algún ejercicio exterior, guardando sin embargo el silencio. Hacia las seis tomarán la cena, y luego recibirán las obediencias. A las ocho y media se toca Maitines y el gran silencio comienza. Un cuarto de hora después se dicen Maitines y Laudes, seguidos del examen de conciencia y de la lectura de puntos para la meditación. En seguida las Hermanas se retirarán para recogerse en sus lechos a las diez exactas.

“En las fiestas, además de la oración ordinaria, las Hermanas no ocupadas en algún oficio, podrán, si les parece bien, hacer una media hora de oración después de la santa Misa o de Nona, y otra media hora entre el recreo de la tarde y las vísperas. En todo tiempo se tocará el Ave María de la tarde, al oscurecer, y a partir de ese momento no se podrá permanecer en el locutorio ni abrir la puerta sino por causa urgente que no pueda ser postergada.

CONSTITUCIÓN VIII

Horarios entre la fiesta de san Miguel y Pascua

Las Hermanas se levantarán a las cinco y media y continuarán todos los ejercicios como se dijo arriba, con un retardo de media hora, hasta las doce y media, momento en que termina el recreo que acabará como antes. Los ejercicios de la tarde tendrán lugar de la manera y en las horas que se dijo en el capítulo precedente.

En cuaresma se hace todo como se ha dicho, menos las vísperas que se dirán a las diez y media y serán seguidas del examen; la lectura se hará a las tres de la tarde y después de Completas se canta todos los días el Stabat, seguido de las letanías de la Pasión.

CONSTITUCIÓN IX

Las obediencias

“Después del recreo de la comida del medio día todas se presentarán a la superiora que les mandará lo que deben hacer hasta la tarde; igualmente, después del recreo de la tarde les indicará lo que deben hacer hasta la comida de medio día del día siguiente. Si no tiene nada para ordenar les recomendará que se amen mutuamente en la santa paz de Nuestro Señor”.

Una vez recibidas las obediencias todas se retirarán en silencio, pero las que tienen cargos en la casa “podrán permanecer con la superiora para advertirle las cosas requeridas de las que no se puede hablar delante de las otras a fin de no perturbar su espíritu”, como también para hablar entre ellas de sus oficios si necesitan hacerlo, pero lo

harán brevemente y luego se retirarán en silencio. (*Const. De la Visitación*).

CAPITULO X

Ayuno, abstinencia y otras mortificaciones corporales

«Ninguna Hermana se comprometerá a hacer ayunos, disciplinas u otras austeridades corporales sino con autorización de la superiora; si alguna es suficientemente fuerte para ello le concederá el permiso según juzgue conveniente, pero siempre con moderación, recomendándole hacer ayunar y mortificar su amor propio, su propio espíritu, su propia voluntad y todas sus pasiones.

“Además de los ayunos mandados por la Iglesia ayunarán en la vigilia de la Circuncisión, de la Epifanía, de la Ascensión, de Pentecostés, del Corpus y de la Inmaculada Concepción de María, de su Natividad, de su Presentación, de su Purificación, de su muy santo Corazón, de la Visitación y de la fiesta de san Agustín; además todos los viernes desde la fiesta de san Miguel hasta Pascua, a menos que caiga alguna fiesta de Guarda. En ese caso el ayuno pasará al sábado, pero si ese sábado es fiesta el ayuno cesa.

“En los demás viernes del año se hará sólo abstinencia, comiendo sólo una especie de avío con pan. Se darán la disciplina todas juntamente durante el espacio de un Ave maris stella, todos los viernes, menos en Pascua. Cuando el viernes caiga una fiesta importante se adelantará o se postergará, como lo juzgue la superiora.

CONSTITUCIÓN XI

Alimentación corporal

Las Hermanas no deben ir al comedor por la satisfacción de beber y comer sino para hacer la voluntad de Dios que quiere den a sus cuerpos lo necesario para mantener la fuerza y el vigor de que tienen necesidad para su servicio y también para alimentar su alma con las lecturas espirituales que se hacen allí, y por los actos de humildad y mortificación que en él se practican.

Al entrar al comedor lo harán con dignidad y modestia, los ojos bajos hacia la tierra, las manos ocultas entre las mangas, y sus vestidos no recogidos. Harán la inclinación a la imagen y se filarán como debe hacerse para la bendición.

“La superiora dirá el *Benedicite* y las *Gratias*, con voz modulada. Esto para el primer servicio pues para el segundo basta el *Benedicite* corto y las *Gratias* breves pues la primera bendición se extiende también a la segunda”.

Dicha la bendición, se sientan a la mesa ocupando cada una su puesto ordinario, y estando todas sentadas la lectora dirá en voz alta estas palabras: *In nomine Domini Jesu Christi* (en el nombre del Señor Jesucristo). Las Hermanas responderán Amen. Luego de una corta pausa, la superiora dirá: *En el nombre de Dios*, y entonces las Hermanas

despliegan sus servilletas. La que hace la lectura comenzará, a medio día, con el Martirologio del día siguiente, y en la tarde con un capítulo de las Constituciones. Luego se leerá un libro de piedad. Los viernes la lectura del Martirologio se hará en la tarde y se leerá la Regla todo el tiempo de la cena. La lectura se hace en el primer servicio. Para el segundo servicio es suficiente leer un cuarto de hora, si puede hacerse fácilmente. “La lectura se hará clara y distintamente, con las pausas debidad, de período en período, y para que se haga mejor la que preste este servicio hará bien en prever lo que va leer. Cada Hermana leerá una semana, siguiendo el orden, menos la superiora. Se exceptuará a las que tienen voz débil y las que no saben leer convenientemente, según juzgue la superiora. “Se podrá permanecer una hora en la comida para que las que comen lentamente puedan tomar su alimento cómodamente ».

Las que hubieran acabado antes su comida permanecerán atentas a la lectura, sin salir de sus puestos antes de la acción de gracias, a menos que lo requiera alguna necesidad. Ninguna comerá o beberá fuera de la comida sin autorización. Pedirán ésta con confianza. Observarán esto en toda ocasión en que crean tener alguna necesidad. La superiora cuidará atentamente de que se dé a las Hermanas lo necesario, conforme se dice en el Directorio²⁸

²⁸ En la edición de 1670 se añade: “En algunos días del año, cuando la Priora lo juzgue a propósito, hará que sé algo mejor y con mayor abundancia, para alivio y agrado de las Hermanas. Pero no darán golosinas y otras semejantes exquisiteces, sino en caso de enfermedad y sólo por esa causa”.

CAPITULO XII

El retiro anual

“En la fiesta de san Miguel, la superiora advertirá a las Hermanas profesas que se preparen para renovar sus votos el día de la Presentación de Nuestra Señor, y para ello ellas harán el retiro como lo ordene la superiora. Además las Hermanas tres días de retiro antes de Navidad, de Pentecostés, de la Presentación de Nuestra Señor y antes de la fiesta del muy santo Corazón, y además toda la Semana Santa hasta después de la misa del sábado. Durante los días de retiro no se hará ninguna reunión, excepto en el recreo de la tarde que se dedicará a hablar de cosas santas y de devoción. Renovarán cada año la profesión cristiana que hicieron en su bautismo durante los tres días de retiro que precederán a Pentecostés. En la manera establecida en el Directorio. Harán también cada año los ejercicios de preparación a la muerte. Los comenzarán el miércoles de ceniza como está determinado en el Directorio”.

CONSTITUCIÓN XIII

Renovación de la profesión que hará todas cada mes

“El primer día de comunión de cada mes, cada una hará en particular la renovación de su profesión al terminar la

oración de la mañana. Cada Hermana tendrá por escrito la fórmula de renovación de su profesión, firmada de su mano, que leerá entonces. La víspera de renovación de cada mes, al darles la obediencia del medio día, se recordará esto a las Hermanas de modo que se preparen para hacer esta acción lo más devotamente posible”.

CONSTITUCIÓN XIV

Los votos

Siendo los votos de religión el vínculo sagrado que ata a las almas religiosas con Dios y un medio muy excelente por el que contraen una divina alianza con Nuestro Señor Jesucristo, las Hermanas novicias debe desear ardientemente un tan gran beneficio y declarar su propósito algunos meses antes de la profesión, en tres reuniones de capítulo diferentes, y pedir a la madre superiora y a la comunidad su cumplimiento.

Además de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, harán un cuarto: el de dedicarse al servicio, en cuanto se lo permita la obediencia, a la conversión e instrucción (*formación*) de muchachas y mujeres penitentes que se pondrán voluntariamente bajo su guía. Para este efecto, será aconsejable que la superiora las ocupe en esta labor algún tiempo antes de la profesión, de modo que conozcan la misión en que se comprometen.

CONSTITUCIÓN XV

La obediencia

« La obediencia, dice la Sagrada Escritura, narrará las victorias. Para que las Hermanas puedan derrotar a sus enemigos espirituales y contar un día a Nuestro Señor varias santas victorias, deben ejercitarse mucho en la virtud de la obediencia.

“Todas obedecerán fiel, pronta, sencilla, franca y cordialmente a la superiora como a su madre, es decir, con afecto del todo filial, manifestándole exterior e interiormente, el honor y respeto a que están obligadas, por amor de Nuestro Señor y de su muy santa Madre, a quienes deben mirar en ella. Harán que su obediencia sea alegre y gozosa, no por temor a la reprensión, si llegaren a faltar a lo que se les ha mandado. Obedecerán con gran amor y voluntad franca, demostrando incluso exteriormente el contento que sienten en el corazón de hacer el beneplácito de Dios y su santa voluntad, que les es manifestada por la obediencia a sus Reglas, Constituciones y Costumbres. Que su obediencia se extienda a todo, a lo pequeño y a lo grande, tanto a lo que incomoda y fastidia como a lo fácil y llevadero. Que todo se haga sin murmuraciones ni contradicciones pero con corazón grande y afecto ardiente, por amor a aquel que se hizo obediente a la muerte de cruz por amor a nosotros. Que todas manifiesten disposición para asumir, dejar o continuar determinados cargos, oficios, ejercicios y cosas semejantes como plazca a la superiora, sabedoras que es la voluntad divina la que ordena, de lo que la superiora es solo instrumento.

“La obediencia debe ser pronta. Tan pronto como escuchen la voz de la superiora o de otra que las llame su parte, o al oír el sonido de la campana para las horas ordinarias de la comunidad, acudirán de inmediato dejando incluso sin acabar una letra comenzada o un punto imperfecto.

“Si alguna quebranta la obediencia debida a la Regla y a las Constituciones, o a la superiora, será corregida con cuidado, incluso imponiendo penitencias y mortificaciones, según la calidad de la falta, pero todo con espíritu de caridad.

“Todos los mensajes y las cartas que lleguen a la casa o que deban enviarse afuera, se presentarán primero a la superiora, quien ordenará lo que juzgue mejor. Se exceptúan sin embargo las cartas del Padre espiritual, las cuales, una vez recibidas por la superiora, serán entregadas a sus destinatarias cerradas. También las que las Hermanas escriban a su Padre espiritual no serán leídas por la superiora, pero ella las entregará a quien debe ponerles el debido sello, y hará que se envíen al dicho Padre espiritual”.

Si la superiora se enferma o está tan ocupada que no pueda ejercer el oficio de la superioridad, la Asistente tomará su puesto y se le dará humilde y respetuosamente la misma obediencia que a la superiora.

“Si ambas caen enfermas u ocupadas la superiora encargará a la que ella estime más capaz de llenar su cargo. Si por accidente repentino e imprevisto, o por falta de atención, la superiora no encomienda este encargo, la mayor de las Hermanas vigilantes lo ejercerá”.

CAPITULO XVI

La castidad

Puesto que la pureza es una virtud tan agradable a Nuestro Señor, y dado que el voto de castidad ha sido estimado fundamental en las congregaciones de jóvenes y mujeres, no hay necesidad de declarar cómo las Hermanas están obligadas a ella. Baste decir que ellas no deben vivir, ni respirar, ni aspirar sino por su Esposo celestial, con toda honestidad, pureza, limpieza y santidad de espíritu de cuerpo, de palabras, de comportamiento y de acciones, mediante una convivencia inmaculada y angelical; se ve muy bien en la Regla el celo que el glorioso Padre san Agustín tiene respecto a esta virtud para las Hermanas, cuando reprende severamente las solas miradas descompuestas.

Si todas las casas religiosas tienen un afecto singular por esta virtud cuanto mayor debe haberlo entre las Hijas religiosas de Nuestra Señora de Caridad, puesto que no solamente deben velar por conservarla en ellas sino también por hacerla amar por las muchachas y mujeres penitentes que tienen bajo su guía. Las Hermanas destinadas a la instrucción de las mismas penitentes será muy circunspectas en este punto y se cuidarán muy bien de no hablarles nunca, ni directa ni indirectamente, del pecado

contrario a esta virtud. Les bastará que les hablen del horror del pecado en general y que les hagan ver la desgracia de un alma que vive en la enemistad de Dios y que es objeto de su ira.

No habrá en la casa ni en la capilla imágenes ni cuadros que no sean propias para excitar la devoción; se tendrá cuidado de que no exista ninguna desnudez ni otra cosa que sea contraria al decoro y a la modestia. No se tolerará bajo ningún pretexto los libros llamados novelas, ni libros de versos a menos que sean en verdad piadosos, ni otros semejantes.

CONSTITUCIÓN XVII

La Clausura

Siendo la clausura uno de los principales medios para conservar el espíritu de la verdadera religión, se observará siguiendo los términos exactos del santo Concilio de Trento que son: que no sea permitido a ninguna religiosa, después de su profesión, salir del monasterio, ni siquiera por un tiempo corto y breve ni bajo ningún pretexto, si no es por causa legítima que debe ser aprobada por el obispo. Y en lo que mira a entrar en el recinto del monasterio, que no esté permitido a nadie, de cualquier género, condición, sexo o edad que sea, sin licencia expresa del obispo, obtenida por escrito, bajo pena de excomunión en la que se incurre apenas se cometa la falta. El obispo debe dar este permiso solo en casos necesarios. Cuando el concilio habla del

obispo, está incluido aquel a quien el obispo haya autorizado conceder tales licencias.

“Cuando el confesor, el médico, el farmaceuta, el dentista, los albañiles, carpinteros, los que reparan los techos, u otras personas semejantes que por necesidad y con licencia entren en el monasterio, lleguen a la puerta, vendrán dos Hermanas a acompañarlos hasta el lugar donde deben cumplir su tarea, habiendo antes tocado una campanilla para avisar a la Hermanas que se retiren a sus habitaciones o a los lugares de su trabajo, para evitar que las encuentren. Se hará lo mismo a la salida de esas mismas personas, sin que las Hermanas encargadas de acompañarlos hablen con ellas si no es para responder.

“Cuando el confesor entre en la casa para escuchar la confesión, administrar la unción de los enfermos o asistir a las moribundas, vestirá siempre un hábito decente, a saber, con sobrepelliz y estola, y permanecerá de manera que sea visto por las Hermanas que lo hayan conducido, y la puerta de la habitación permanecerá siempre abierta mientras permanezca en ella.

“Todas estas personas no se detendrán en el monasterio sino el tiempo requerido por la necesidad. Si se llega a la necesidad urgente y útil de llamarlas de noche, cuatro Hermanas, provistas de varias luces, las acompañarán a la entrada, a la salida y durante su permanencia en la casa, que se procurará sea lo más corta posible”.

La superiora estará muy atenta a que los muros que sirven de clausura estén en buen estado, y si es posible de tal

altura que los de afuera no puedan ver a las Hermanas, ni ellas a los de afuera. Cuidará también de que no haya nada, cerca de los muros, que pueda servir para entrar o salir por encima. En los locutorios habrá doble reja, distante una de la otra seis o siete pulgadas. Se guardará cuidadosa atención de que el torno, tanto en la sacristía como en otros lugares, sea de tal altura y anchura, que nadie pueda pasar por él.

No saldrán nunca para ir a los baños públicos, ni a las aguas, ni para cambiar de aire. Si llegara a haber la peste en la casa y estuvieran las Hermanas tan estrechamente alojadas y sin aire que no tuvieran modo de asearse y limpiarse, o que el socorro espiritual o temporal les faltare, en ese caso podrán cambiar de lugar y retirarse a otro lugar, todas juntas, pero no separarse para ir donde sus parientes, observando también todo lo que es propio del Instituto en la casa en que se alojen, como si estuvieran en el monasterio, en cuanto el sitio lo permita.

CONSTITUCIÓN XVIII

La pobreza

El voto de pobreza pide perfecta desapropiación de todo a las personas religiosas, para seguir los santos ejemplos que Nuestro Señor Jesús les ha dado tanto en su nacimiento como a lo largo de su vida. Siendo él rey del cielo y de la tierra se hizo pobre para enriquecernos con sus gracias y quiso morir desnudo en la cruz para revestirnos de su gloria.

“Como consecuencia de este voto, todo lo que se hay y haya sido aportado a la casa, de cualquier forma que sea, se tendrá perfectamente en común, sin que jamás ninguna Hermana pueda tener propiedad sobre algo por pequeño que sea y sin pretexto alguno para alegar. Cada una, al hacer profesión, resignará y renunciará pura y simplemente a favor de la comunidad, en manos de la superiora, no sólo la propiedad y usufructo sino también el uso y la disposición de todo aquello que en el monasterio se ponga a su disposición”.

Como a ninguna le está permitido recibir presente de quien sea, sin permiso, tampoco le está permitido hacer presente alguno. Si se hace que sea a nombre de la comunidad y se mantendrán siempre en los límites de la moderación. No está permitido tampoco tener en su habitación, ni en cualquier otro lugar, oro o plata u otra cosa alguna, ni ningún depósito sin el permiso de la superiora quien no lo concederá fácilmente.

“Y para que esto tan importante sea observado por siempre exactamente y para que todas las ocasiones de propiedad y de apego al goce y uso de las cosas temporales sean eliminadas, de modo que las Hermanas vivan en perfecta abnegación de las cosas que usan, se distribuirá todo lo que sea necesario para la vida, sea en alimentos o en vestidos o muebles, en ropa y en lo que sea, sin preferencias ni distinción, sólo según la necesidad de cada una”.

Y para desterrar todo apego a ciertas cosas, aunque santas y piadosas, pues es contrario al espíritu de pobreza, “las celdas y los lechos, e incluso medallas, corazones, camándulas, imágenes y otras cosas puestas a servicio de las Hermanas no permanecerán indefinidamente uso de ellas, sino que se cambiarán cada año, el último día del año, echando suertes según se acostumbre, y todas y cuantas veces la superiora lo juzgue a propósito. Sin embargo, la superiora puede proveer, a pesar de lo que ha tocado en suerte, a las Hermanas que tienen mucho que escribir, como la ecónoma, y las que a juicio del médico, para su descanso y salud, necesitan que se les dé una habitación más aireada. La superiora podrá escoger para ella, mientras dure su cargo, la habitación más apta para que las Hermanas puedan recurrir a ella fácilmente y para el acceso a los oficios. Ninguna Hermana tendrá reloj ni se sufrirá en la casa ningún mueble que atente contra la verdadera sencillez. No habrá vajilla de plata, salvo algunas cucharas podrán ser de plata a causa de la buena presentación y para seguir en eso el ejemplo del santo Padre Agustín que no tuvo jamás vajilla o mueble de plata. “Se exceptúan sin embargo el altar y la iglesia, donde los muebles pueden ser más ricos y preciosos, según se puedan tener santamente, para servir a Nuestro Señor que reside en los altares”, guardándose sin embargo de excesos y conservando siempre la moderación y sencillez religiosas, la que se observará mucho más en las construcciones, jardines y cosas semejantes.

CONSTITUCIÓN XIX

La caridad

Por sobre todo tengan las Hermanas cuidado extraordinario de conservar y acrecentar siempre más y más la caridad mutua y continua, que debe reinar en la casa de Nuestra Señora de Caridad. Recuerden que se llaman y deben ser en verdad Hijas de Nuestra Señora de Caridad o las Hijas del muy caritativo Corazón de la Madre del amor hermoso. Tendrán siempre ante ellas la maravillosa caridad, bondad, misericordia y mansedumbre de su muy buena Madre, quien les declara por sí misma que su espíritu es más dulce que la miel. La Iglesia honra e invoca especialmente su clemencia, su compasión, su suavidad y benignidad: *O clemens* (le dice), *o pia, o dulces, o benigna*. Se esforzarán por grabar en su corazón una imagen perfecta de estas amables virtudes de su incomparable Madre. Para esto se empeñarán en tener y testimoniar verdadera, sincera, franca y cordial caridad a toda suerte de personas, y especialmente las unas a las otras. No aceptarán en su corazón ninguna animosidad, envidia, celos, amargura, frialdad, disgusto para con nadie. Cuando alguna sienta en sí alguna antipatía o aversión para con otra, la combatirá fuertemente, humillándose ante Dios, invocando la ayuda de su gracia, dándose a menudo al espíritu de caridad de Nuestro Señor, y hará varios actos interiores y exteriores de caridad para con ella, y descubrirá su mal a la madre superiora para que ella ayude a sanarla. Si no puede vencer del todo ese sentimiento que tenga cuidado de

consentirlo y que no produzca ningún efecto de obra o de palabra.

Detestarán burlas y mofas, incluso cuando son leves, como cosa abominable ante Dios. Se abstendrán de toda acritud, aspereza y melancolía en gestos y palabras. Evitarán toda clase de controversia incluso en cosas buenas; asimismo las murmuraciones, detracciones y juicios temerarios, como también las palabras hirientes, como pestes que son de la caridad. Cuando una Hermana ofenda a otra Hermana por palabra o por acción no dejará pasar el día sin pedir perdón y reparar su falta. Si dos Hermanas se ofenden mutuamente sea bendita la primera que se humille y busque a la otra para reconciliarse con ella, aunque piense que ha sido la peor ofendida. Si no lo hacen, la superiora les dará una buena penitencia y las reconciliará lo más pronto. Que no tengan ojos para ver las faltas del prójimo, ni oídos para oír hablar mal de él, ni boca para acusarlo, ni entendimiento para juzgarlo, ni voluntad para condenarlo ni memoria para recordar faltas, sino un corazón misericordioso para tener compasión, lengua caritativa para excusar, espíritu paciente para soportarlo. Esa debe ser la verdadera caridad que Hijas de Nuestra Señora de Caridad deben practicar cuidadosamente.

Sin embargo esto no debe impedir que, quienes están obligadas por su oficio, no tengan cuidado de las faltas de las demás, pero sin hablar u oír hablar de ellas cuando sea preciso para aportar remedio. Y que las reglas sobre la corrección que se leen en los capítulos 21 y 27 se guarden con fidelidad, porque uno de los más señalados efectos de

la verdadera caridad es ayudar al prójimo a vencer sus defectos advirtiéndolo de ellos y corrigiéndolo con espíritu de amabilidad y benignidad.

Harán fuerte y generosa profesión de poner su gloria y su contento en cumplir este mandamientos que Nuestro Señor hace a los suyos: Amen a los que los odien, bendigan a quienes los maldigan, oren por los que los calumnian y persiguen, a fin de ser hijos de su Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos como sobre buenos, y envía la lluvia tanto sobre las tierras de los impíos como sobre las de los justos (Mt 5, 45).

“Que jamás se haga algún proceso sin buscar en primer lugar la contraparte para avenirse por la vía amable de arreglo, de lo cual se pueda levantar acta; y que se recurra al parecer del Padre espiritual y de algunos de los principales amigos de la casa y de los mejor entendidos. Si ellos aconsejan entrar en proceso la Congregación estará sobre aviso para que dé su parte no se cometa ninguna injusticia, por animosidad, dureza y pasión, ni por palabras ni escritos ni hechos. Si se pierde el proceso, que la superiora y toda la congregación se abstenga de murmuraciones, juicios temerarios y palabras hiriente sea contra el juez sea con las partes”.

En resumen, la caridad debe preocuparlas de modo muy especial en hacer el bien a todos no solo por amor a Dios, en considerar a cada una como amigo y nunca como enemigo, en cuanto posible, al menos no ser causa de ello para nadie, y hacer con todo gusto lo más pronto que se

pueda, todo lo que sea posible a favor del prójimo y esto sin ninguna otra pretensión que agradar al que dio este precepto: *Este es mi mandamiento, que se amen unos a otros como yo los he amado* (Jn 15, 12).

En fin, que la caridad sea la reina, la regla, el alma y la vida de esta congregación. Que una todos los corazones, las almas y los espíritus de la Hermanas tan estrechamente que no tengan entre sí sino un corazón, un alma y un espíritu; que resplandezca en sus rostros, en sus labios, en sus manos, en sus palabras, en sus acciones, en todo lugar y en toda cosa; que les haga llevar el efecto de estas divinas palabras: *La caridad es paciente y magnánima; es suave y benigna; la caridad no es envidiosa ni se llena de celo amargo; no hace nada contra el orden ni es aduladora, no se vanagloria ni es orgullosa; pone su gloria en las más humildes acciones; no es ambiciosa no busca sus intereses, no se enoja, ni se entristece, ni menosprecia; no se goza de la iniquidad pero se regocija de la verdad; no encuentra nada difícil; soporta todo, ama todo, cree todo, espera todo, espera con paciencia el efecto de las promesas de Dios* (1 Cor, 13, 4 ss.)

CONSTITUCIÓN XX

Gratitud y reconocimiento

Nada hay tan ingrato y falto de agradecimiento que un espíritu soberbio y orgulloso. Está persuadido de que todo le es debido y que es merecedor de cuanto se hace por él.

Por el contrario, el alma humilde está llena de gratitud porque sabe que no es nada y que nada se debe a una nada. Por eso se manifiesta llena de reconocimiento por las menores muestras de favor que se le hace. Así deben ser la Hijas de Nuestra Señora de Caridad y para ello tendrán gran devoción a la virtud de gratitud, y darán muestras especiales de reconocimiento para su Fundador y sus bien hachotes, así como a todos sus amigos, manifestándoles mucho respeto y tratándolos con sencillez, cordialidad y confidentemente. Se esforzarán por darles, en cuanto les sea posible a los ojos de Dios, toda suerte de contentamiento y satisfacción de modo que nunca experimenten disgusto ni arrepentimientos de la caridad que ellos han tenido con ellas.

En cada casa se llevará un libro, bien encuadernado en cuero, en el que estarán escritos los nombres de los fundadores y bienhechores con lo que han dado a la comunidad o lo que hayan realizado en su favor. Se leerá este libro dos veces por año, en las primeras reuniones de toda la comunidad que se tengan en marzo y en septiembre, para que la congregación conozca a aquellos con quienes está obligada. Luego, el día siguiente o cuando sea factible, se dirá una misa cantada y se hará comunican general por ellos y por los que les pertenecen. Todos los sábados se hará que dos Hermanas comulguen con la misma intención. Todos los días, después de las oraciones de la noche, la comunidad dirá en voz alta un Ave María por ellos. Finalmente todas las Hermanas tendrán cuidado de tratar a toda clase de personas con extraordinaria

amabilidad y respeto cordial, en especial a aquellas de quienes se reciben particulares ayudas, mostrando siempre gran gratitud, por poco que sea lo que se recibe, y agradeciendo cuidadosamente a quienes nos lo proporcionan sin usar de lisonjas ni exageraciones.

CONSTITUCIÓN XXI

La humildad

“En la humildad se compendia toda la disciplina religiosa. Ella es el fundamento sólido de toda la vida espiritual, el verdadero sello y la marca infalible de los hijos de Dios. Por ello todas las Hermanas tendrán atención especial por la práctica de esta virtud, haciendo todo en espíritu de profunda, sincera y franca humildad”.

Tendrán en cuenta de que por sí mismas no son nada, no pueden nada, no saben nada, no valen nada, y que su herencia es la nada, el pecado, la ira de Dios y las penas eternas. Por consiguiente deben ser infinitamente indignas de estar en la casa de Nuestro Señor y de su muy santa Madre. Se aplicarán cuidadosamente en conocer sus defectos particulares para aprender por ello a despreciarse y humillarse. Cuidarán de modo particular de considerar y meditar el ejemplo de humildad de Nuestro Señor y de su muy santa Madre; les pedirán instantemente que destruyan en ellas todo orgullo y vanidad y que hagan vivir y reinar en ella su humildad.

Tendrán cuidado de no despreciar a nadie ni de manifestar preferencia por quien quiera que sea. Se esforzarán por abajarse por debajo de todas las criaturas y de humillarse en todo, acordándose de que al que se humilla Dios lo exalta, y que quien se exalta rebaja a Dios. No se excusarán de sus faltas sino que se humillarán por ellas y agradecerán a las personas se las adviertan, y tendrán contento en que la superiora las conozca para que reciban la debida corrección y humillación.

Habiendo sido advertidas en reunión comunitaria de sus efectos, recibirán con humildad esta advertencia, sin réplica ni excusa, ni hablarán de ello fuera de la reunión, ni de ninguna otra cosa que allí se haya dicho o hecho, pero guardarán el respeto debido a todas esas acciones, mortificaciones, humillaciones, no sólo hechas por propia iniciativa, pero mucho más cuando vienen de afuera o son hechas por la superiora, considerando con estima todos esos medios como inspirados por Dios para su progreso.

“Cuando alguna Hermana sea corregida o sea reprendida en presencia de las otras, nadie se empeñe en defenderla o excusarla; pero alguna conoce algo a favor de su inocencia podrá decirlo a la superiora en particular con humildad y modestia”.

Si alguna experimenta en sí algún deseo o inclinación por el superiorato o por algún otro oficio de importancia en la casa, que se humille, que tiemble y que tenga horror de sí misma, sabiendo que la serpiente del orgullo está alojada en su corazón, y que no cese de orar a Dios hasta que se vea

liberada de esto, y haya recibido sentimientos contrarios a esos. Si se da el caso de que alguna cayera en tal ceguera de orgullo y presunción que intrigara por sí misma o por otra, directa o indirectamente, para obtener el superiorato o cualquier otro cargo importante de la comunidad, debe ser considerada como un monstruo abominable, como serpiente venenosa, como persona detestable, maldita y excomulgada; huir de ella como de la peste, la ruina y el enemigo jurado de la comunidad, calificarla como un nuevo Lucifer que no contenta con perderse quiere precipitar con ella a todas las demás en la condenación; se debe orar en comunidad por su conversión.

Si bien es cierto que por humildad cada Hermana debe desear el último puesto sin embargo debe haber un orden establecido en la casa de Dios. Por tanto, “la superiora tendrá en todas partes el primer puesto y la asistente el segundo, como vicaria de la superiora, pero por ello no se abstendrán de ejecutar los oficios humildes como barrer, lavar la loza y servir a las enfermas cada una por turno. Las demás Hermanas, cualquiera que sea el oficio que desempeñen, no ocuparán puesto especial sino el que pida su cargo”. Por ejemplo la vigilante más antigua debe hacer sus advertencias antes que las otras aunque ocupe el último puesto en el año. “Todas las Hermanas cambiarán de puesto cada año, según el número que les toque en suerte, según se acostumbre hacer, menos la que haya dejado el superiorato. Ella ocupará por un año el último puesto, aunque la superiora puede emplearla como consejera y que en toda circunstancia se le deba respeto. No se dará a

ninguna Hermana, ni a la superiora, el título de Señora, o Mi Señora, o Reverenda o su Reverencia. Pero durante su cargo al hablarle se le dirá: nuestra Madre o Madre mía; ella y todas las demás Hermanas se llamarán Hermanas; al hablarse entre ellas se dirán mi querida Hermana, y también podrán usar el título de Su Caridad o Su Dilección.

Las jóvenes honrarán a las de mayor edad, incluso si están recién llegadas al monasterio; y todas, con noble, generosa y cordial humildad, se tratarán mutuamente con honor y respeto como ordena el Apóstol". Al encontrarse se saludarán con una inclinación de cabeza. "También tendrán respeto para toda clase de personas, incluso seglares, y las nombrarán con honor a cada una según su calidad, sin menospreciar a nadie, por pobre, plebeya o abyecta que sea".

CONSTITUCIÓN XXII

La modestia

« Que las Hermanas en todas sus acciones observen gran sencillez, modestia y tranquilidad, huyendo del fasto y la vanidad de comportamientos mundanos y afectados. Que sus palabras sean humildes y en voz baja, su modo de caminar moderado, los ojos dulces y serenos y de ordinario dirigidos al suelo, especialmente en el coro, en el refectorio, en las reuniones de comunidad y cuando se presenten ante los seglares.

"Evitarán en cuanto les sea posible toda clase de ligerezas en sus ademanes, no usarán de ninguna caricia entre ellas,

que huela a inmodestia y a modales infantiles, o que produzcan diversión sensual, tan expresamente prohibido en la Regla. Incluso cuando algunas veces se den el beso de la paz como en el día de la toma de hábito y en la profesión, en la renovación general, que se haga solamente en la mejilla y no en la boca, y que se haga muy sencillamente según el orden en que se encuentren en el coro al fin del Oficio y después de la Misa”.

Que dondequiera que estén se mantengan siempre en un estado de mucha modestia recordándose de la presencia de Dios y de su ángel de la guarda, que está siempre a su lado. “Que observen siempre la limpieza y la honestidad de la decencia religiosa en sus hábitos, sin ninguna afectación ni curiosidad”. Que huyan como de la peste las modales del mundo en sus palabras, acciones, en sus muebles y en todas las cosas, en particular las que están al servicio del altar.

CONSTITUCIÓN XXIII

La manera de hablar con los extraños

“Cuando sea menester que las Hermanas hablen a las personas de afuera se observará que la que deba hablar esté acompañada de otra que pueda oír lo que se diga, a menos que por algún respeto la superiora juzgue que la Hermana que hable sea vista y no oída por la que la acompañe, quien se retirará aparte entreteniéndose en alguna ocupación, o si es en día de fiesta, leyendo algún libro, pero sin embargo estará atenta a las palabras si debe

oírlas y a los comportamientos de la Hermana para dar cuenta a la superiora.

“Se cubrirán el rostro con el velo delante de los hombres a menos que la superiora las dispense por alguna buena razón. Se dará con mayor facilidad dispensa a las novicias de hablar a sus padres y madres, a sus hermanos y hermanas, tíos y tías, incluso con el rostro descubierto, como por el contrario se las preservará, en cuanto buenamente pueda hacerse, de hablar a todos los otros.

“Mantendrán sus manos ocultas en las mangas y nos las mostrarán si no es cuando estén al trabajo. No tocarán las rejas cuando estén hablando, sino que se mantendrán un poco alejadas a menos que tengan permiso de obrar de manera distinta”.

Al hablar se cuidarán de no escuchar ni decir palabras inútiles, cortando prontamente en todo caso de charla, a menos de que se trate de lo que se refiere al bien espiritual. No podrán estar en el locutorio de ordinario más de media hora sin permiso expreso de la superiora. Observarán allí humilde y dulce gravedad, sin familiarizarse con los que les hablan, pero comportándose con tal recato y modestia en sus palabras y comportamientos que los seglares algún edificados. En los días laborables irán al trabajo conversando para ocuparse en él. Ninguna Hermana hablará a los de afuera de lo que se hace en la casa a menos que sea algo que sea edificante. “Ninguna irá al locutorio o al torno o a otra parte para hablar a los extraños ni para escuchar lo que hablan, ni indagará a la portera o a alguna

otra persona que haya estado allí, lo que se haya hablado allí”.

CONSTITUCIÓN XXIV

Recreos y conversaciones

“Las Hermanas permanecerán juntas en los recreos y, ocupadas en sus menesteres, se entretendrán con charlas agradables y santamente alegres, con paz, amabilidad y sencillez, y podrán incluso hablar las unas con las otras en particular, de tal suerte sin embargo que no sea menos de cuatro o cinco que puedan escucharse mutuamente, sin decir con todo cosas inconvenientes y groseras, ni hacer burlas ni decir palabras de menosprecio sobre la gente de los pueblos, provincias o sobre la condición y origen. En otras conversaciones se esforzarán por hablar útil, santa y modestamente. No jugarán ni tendrán en la casa pájaros o animales de pasatiempo como ardillas, perritos y otros para divertirse inútilmente.

CONSTITUCIÓN XXV

Las labores

« Las labores que las Hermanas reciban de parte de personas de afuera para su elaboración serán recibidas por la superiora o por la que ella designe, sin que ninguna otra

se inmiscuya en esto. El precio que se obtenga por ese trabajo se pondrá en común, y no será propuesto ni pedido sino muy amable y caritativamente, y no medido ni caro. No se mezclarán en asuntos del mundo aceptando alguna comisión para vender o comprar a los extraños y gente de fuera.

“En una palabra, no harán ninguna labor curiosa o por vanidad, como será lavar guantes, hacer rizos, disfraces, pulseras, bolsos o cosas semejantes, ni en oro ni en plata, a menos que sea para la iglesia. No se dirá qué Hermanas hacen las labores, ni se dirá a las Hermanas para quien son las obras que hacen, sino que serán entregadas por la Hermana encargada de ello. Si es cierto que todas las Hermanas deben hacer las labores que se les asignan con mucha fidelidad y diligencia; para evitar toda clase de prisa y dejar a las Hermanas la libertad para entregarse a la oración interior y no sofocar el espíritu de devoción por demasiado apremio en los trabajos, la superiora no pondrá ningún término a las Hermanas, en el que deban terminarse los trabajos sino que dejará esto a la diligencia y a la fidelidad que deben a Dios. Con todo si las nota negligentes les llamará la atención o hará que otra lo haga para que se corrijan.

CONSTITUCIÓN XXVI

Sencillez, naturalidad y relación mensual de cuentas

Las jóvenes que deseen servir a Nuestro Señor en esta congregación deben cultivar una sencillez inocente y una

santa simplicidad, que aleje totalmente de sus labios y de sus acciones todo fingimiento, artificio o disimulo. Se empeñarán de corazón en que su interior sea bien conocido de su superiora y para ello “cada mes le ofrecerán su corazón sumaria y brevemente, con toda sencillez y fiel constancia, le harán ver sus pliegues y repliegues, le manifestarán sus penas, dificultades y tentaciones, con la misma sencillez y sinceridad con las que un hijo muestra a su madre los rasguños y picaduras que las avispas le han hecho, yendo donde ella con confianza totalmente filial, como a su bondadosa madre, haciéndole conocer tanto sus avances y progresos como sus derrotas y defectos en los ejercicios de la oración, de las virtudes y de la vida espiritual para consolarse, humillarse y confortarse, y para entrar en la santa infancia espiritual tan recomendada por el Señor”.

Como no hay que detenerse en las pequeñas incomodidades que pueden superarse fácilmente, así, cuando se sienta que se tiene necesidad de algo, que se pide a confianza y con toda sinceridad. Con todo, luego de haber mostrado sus necesidades, sea oralmente o por escrito, que se deje la libertad a la superiora de hacer lo que quiera, no procurando ni por sí ni por otro que se otorgue lo pedido, sino esperando de la mano de Dios lo que le plazca ordenar. Todas deben estar persuadidas que su Madre es tal que no faltará en darles lo que sea conveniente para la mayor gloria de Dios y para su bien espiritual.

CONSTITUCIÓN XXVII

Corrección, penitencias y castigos

“Cuando alguna cometa alguna falta ligera las demás no la reprenderán. Pero si reincide lo pondrán en conocimiento de la superiora a fin de que ella ponga orden. Si la falta es importante y secreta, la que lo haya percibido hará, suave y amigablemente, la corrección fraterna, según el Evangelio, hasta tres veces. Luego, si la que falla persevera en sus falta, llevará el asunto a la sola superiora, a fin de que por todos los medios posible ponga remedio. Pero si la falta no es secreta primero lo pondrá en conocimiento de la superiora.

“La superiora no reprenderá las faltas que se cometan, bruscamente y de inmediato, en presencia de las otras sino en particular y con caridad; a menos que la falta sea de tal naturaleza que para edificación de las que la han visto cometer, requiera pronto castigo” y remedio actual.

Cuando la superiora reprenda o castigue alguna Hermana, ésta se pondrá al punto de rodillas, las manos juntas, los ojos bajos, hasta que la madre cese de hablarle; luego besará la tierra. Cuando las Hermanas sean reprendidas o castigadas por algo no juzguen que la superiora lo hace por pasión o mala voluntad sino consideren que es una sea cierta del amor que ella les tiene y del deseo que ella abriga de darles los remedios convenientes para sus enfermedad espirituales, y para hacerlas agradables a Dios mediante la humildad.

“Para que la enmienda de las faltas se haga más fácilmente en esta congregación, la superiora tendrá cuidado de dar a cada Hermana una ayuda,

encomendándoles que se exhorten recíprocamente al amor de Dios, a corregirse de sus defectos, en espíritu de dulzura y caridad; y cuando ellas se pidan mutuamente hacer con cuidado este oficio recíproco, que practicarán luego fielmente, sin mostrar ninguna clase de disgusto o desconfianza, guardándose sin embargo de mezclar en sus juicios ninguna censura ni murmuración sobre sus imperfecciones ni en las de las demás.

“Y dado que la costumbre hace que no sólo las vigilantes sino también las demás Hermanas, después de la Acción de Gracias, hagan advertencias en el comedor referentes a las faltas que hayan observado, lo que es altamente provechoso, dicha costumbre será guardada y cumplida inviolablemente, como también la de decir las culpas y hacer las penitencias antes del Benedicite. En lo que toca a las penitencias y castigos, como ampliamente lo testimonia el glorioso padre san Agustín pues quiere él que la justicia punitiva sea empleada en el servicio y en la conservación de la caridad en la congregación, deja él al juicio de la superiora la calidad y cantidad de penitencias y puniciones que deba imponer según la diversidad de las culpas.

“Le corresponde por tanto que los castigos y las faltas sean proporcionados, añadiendo pequeñas o grandes penitencias a medida que las faltas lo merezcan. Pero si las faltas son graves, y si en ellas hay malicia, terquedad y obstinación, entonces ella hablará con sus coadjutoras para conocer su parecer sobre la penitencia adecuada; y si es necesario hará comparecer a la culpable ante ella para convencerla, y si se juzga a propósito será llevada ante el confesor o el padre

espiritual, y allí se le dictará la sentencia, para darle la santa confusión que lleva a la penitencia.

“Si llega a suceder, que lo que Dios nunca permita, que alguna se haga del todo incorregible e incurable en su obstinación, entonces será necesario reunir en capítulo a toda la comunidad delante del padre espiritual para proveer a los remedios. Si es oportuno, se hablará de ello no sólo con el padre espiritual sino también con el obispo si está presente en el lugar, y si no lo está con su vicario general, para tomar los medios requeridos para remediar este mal”.

CONSTITUCIÓN XXVIII

El silencio

Hay que recalcar que el silencio es cosa maravillosamente santa y agradable a Dios pues nuestro Señor, que es el Verbo y la Palabra eterna del Padre, que vino a este mundo para hablar a los hombres y que tenía cosas grandes e importantes para decir y de cuya boca no podía salir nada que no fuera santo y divino, quiso sin embargo permanecer tanto tiempo en silencio, durante el tiempo de su santa Infancia, durante los treinta años de su vida oculta, durante los cuarenta días de su retiro en el desierto, y que por siglos lo ha estado en el Santísimo Sacramento y lo seguirá estando hasta el fin del mundo

Si este muy adorable Salvador, que vino a la tierra sólo para glorificar al padre y para mostrarnos por su ejemplo los medios más apropiados para honrar y para santificar

nuestras almas, practicó el silencio con tanto cuidado, no es preciso concluir que éste es muy excelente y muy poderoso medio para conducirnos a este fin. Además su muy santa Madre y todos los santos se han esforzado por seguirlo especialmente en este camino, que es uno de los más cortos para ir a Dios y a la perfección cristiana. Se añade que Santiago nos asegura que la persona que no peca en sus palabras es perfecta y que por el contrario la que se estima religiosa pero no sabe refrenar su lengua se engaña a sí misma y su piedad es falsa y vana.

Por consiguiente, a imitación de Nuestro Señor y de su muy santa Madre, las Hermanas tendrán afecto extraordinario al silencio y tendrán cuidado especial de guardarlo en los tiempos y en los lugares siguientes:

“El primer silencio empieza desde el primer toque de campana para maitines hasta después de Prima del día siguiente.

“El segundo, desde que se da el último toque para el almuerzo hasta el recreo.

“El tercero, desde el fin del recreo hasta vísperas.

“El cuarto, desde que se toca para completas hasta el recreo que sigue a la cena.

“En todo tiempo se observa silencio en el coro, en el dormitorio y en el comedor. En esos lugares sólo se podrá hablar en ocasiones necesarias”, y en todo caso brevemente y en voz baja. Fuera del tiempo de los recreos se deben abstener de hablar si no es de paso y en cosas que no sean vanas e inútiles.

“Sin embargo en todo tiempo se puede hablar a la superiora y las novicias a su maestra cuando es necesario.

“En los días de ayuno, el silencio se observa desde Tercia hasta el fin del recreo que sigue al almuerzo, y desde el fin del recreo hasta las tres de la tarde”.

CONSTITUCIÓN XXIX

El capítulo

El capítulo (asamblea comunitaria) tiene lugar una vez a la semana, el viernes, a menos que ese día caiga una gran fiesta, porque entonces se hará la víspera de la fiesta. Todas las Hermanas asistirán a él sin que ninguna tenga excusa a menos de causa legítima y con orden de la superiora. Una vez dicho el Veni sancte Spiritus, la superiora leerá o hará leer un capítulo de las constituciones, o un trozo de un libro de piedad sobre el que dirá lo que juzgue deber decir para el bien e instrucción de las Hermanas, y para no olvidarlo, hará una lista de las cosas que quiere decir.

Una vez que la superiora haya terminado, si hay algún aviso para dar de parte de las que desempeñan cargos, se hará en forma sucinta. Luego todas las Hermanas dirán dos o tres faltas en espíritu de humildad y se les corregirá amable y suavemente, sin atenuar sus faltas, imponiéndoles alguna penitencia conforme a la calidad de sus fallas.

“Y puesto que en toda asamblea hecha en el nombre de Dios, él está ahí en medio, las Hermanas deben asistir a ésta que se hace en verdad en este santo nombre, con gran

reverencia, devoción y atención, recordándose que Nuestro está en medio de ellas, y por su voluntad e inspiración les son dichas muchas cosas para su perfección”.

Cuando en una semana haya caído una de las fiestas principales y la víspera haya tenido lugar el capítulo, no se hará otro en esa semana. En lo que respecta a las deliberaciones hechas en el capítulo, sea que se trate de las elecciones de las superiores, sea se refiera a las recepciones de las jóvenes al noviciado y a la profesión, así como a todo asunto semejante o importante, la dicha casa y monasterio, y en general en todo lo que requiere deliberación, la resolución y conclusión será puesta por escrito según el parecer de quienes componen el capítulo, a saber, todas y cada una de las religiosas de coro, que tiene en esto voz activa y pasiva, si han alcanzado y cumplido al menos cuatro años de profesión, y sin que puedan ser admitidas a este trámite antes de que hayan cumplido del todo sus cuatro años.

Y si sucediera que una de las dichas capitulares y vocales se apartara de su deber, sea en la obediencia debida a la superiora o en la observancia de las Reglas y Constituciones, en cosas de importancia, la superiora podrá, con el parecer del padre espiritual, privarla de voz en el capítulo por un tiempo, o incluso indefinidamente, se así lo juzgan la dicha superiora y el padre espiritual.

CONSTITUCIÓN XXX

Recepción y distribución de los medios de la casa

“Los víveres serán recibidos por la Depositaria que dará cuenta de ello mes por mes a la superiora, en presencia de la portera y de una de las vigilantes. Pero el dinero se depositará en una caja con triple llave. La superiora guarda una, la otra la portera y la tercera la Depositaria. Se llevará nota de las sumas recibidas, con el detalle del día y de las personas que las han entregado y el fin porque son entregadas. Cuando por mandato de la superiora se tome lo que se requiera para las necesidades de la casa y de las Hermanas, se establecerá otra cuenta que contenga las sumas tomadas de la caja, escrita de la mano de las que guardan las llaves y los motivos por los cuales dichas sumas fueron retiradas, y estará firmada por la mano de la superiora y de la otra que guarda las llaves, para que al finalizar el año, un poco antes de la navidad, todas las encargadas, juntamente con la superiora, hagan sumariamente un estado de todo lo que se ha pasado en la administración externa de la casa. Este documento sea presentado al superior con ocasión de su visita”.

CONSTITUCIÓN XXXI

Los hábitos

Las Hermanas harán que se refleje en sus vestidos el amor que tienen por la pobreza, vistiéndose todas lo más sencillamente que se pueda, tanto en la materia como en la forma. Sus hábitos serán blancos, pero la túnica interior será cuatro dedos más corta. “Los vestidos serán un saco

largo, suficientemente amplio de modo que puedan hacerse pliegues al ceñirse; usarán las mangas largas hasta la extremidad de los dedos, lo bastante amplias para contener las manos y los brazos cruzados uno sobre otro”. Llevarán un escapulario, ancho de un tercio, incluidos los pliegues, del mismo color y longitud que el vestido externo, el cual irá hasta a flor de tierra. Tendrán también un manto del mismo color, dos dedos más largo que el vestido, que usarán en la Misa solemne y en las vísperas cantadas solemnemente, en las procesiones, tomas de hábito y profesiones de las jóvenes, en las comuniones, entierros, capítulos, en las Actas y las visitas, y otras ocasiones semejantes.

“El velo de todas las Hermanas profesas será de doble ancho, en etamina negra, sin ningún doblez, al menos de otro color; su anchura y longitud descenderá una media cuarta más debajo de la cintura”. La toca y la venda serán de tela blanca, de calidad mediana, sin pliegues. No llevarán adornos ni almidonados, ni ninguna otra cosa que afecte la sencillez religiosa y el desprecio del mundo. Las Hermanas conversas se vestirán del mismo modo que las otras, excepto que sus túnicas serán grises, y que no llevarán velo negro sino de tela blanca.

CONSTITUCIÓN XXXII

Celdas y camas

En cuanto posible, cada Hermana tendrá una celda pequeña, o al menos y sin excepción, cada una tendrá su cama, que se compondrá de un jergón, de un colchón, una

almohada que puede ser de plumas, con sábanas y frazadas suficientes, con una colgadura en torno, de fustán blanco, excepto en la enfermería donde podrá ser de sarga. Ninguna de estas habitaciones estará cerrada con llave ni ninguna otra cosa habrá dentro, excepto que la superiora podrá tener un caja pequeña que se cierre con llave, como también la depositaria, para guardar el dinero que se le haya entregado entre las manos para los gastos ordinarios.

No entrarán en las celdas de las demás para detenerse por poco tiempo, sin permiso expreso de la superiora y sin advertir a la que está dentro golpeando primeramente la puerta y esperando que responda, en el nombre de Dios. Pero cuando se trate de prestar un servicio urgente de caridad se podrá entrar sin permiso. La superiora entrará en todas partes donde quiera sin golpear, y la maestra de novicias en lo que respecta a las novicias. Tampoco entrarán en los lugares de oficios sin permiso ni tomarán de allí alguna cosa a menos que tengan autorización expresa, y que lo adviertan a la Hermana encargada, y tendrán cuidado de devolver la cosa que hayan tomado, en tiempo oportuno.

CONSTITUCIÓN XXXIII

El Padre espiritual

“Esta Congregación estará bajo la jurisdicción ordinaria del obispo como lo dice la Regla”. Tendrá también un director o padre espiritual que la gobernará de su parte y bajo su autoridad. Su escogencia se hará así: la superiora, luego de

haber tomado los votos del capítulo en este punto, propondrá a alguien al obispo. El señalado será de gran virtud, doctrina y experiencia en el acompañamiento espiritual, y le pedirá que sea su padre espiritual, que la gobierne en su hombre y de su parte.

“Quien desempeñe este cargo estará atento a que la Regla y las constituciones sean observadas exactamente, y que ningún abuso, novedad o cambio se introduzca en ellas. Hará la visita a la comunidad una vez por año, asistido de un acompañante de edad madura, discreto y virtuoso. Estará presente en la elección de la superiora y del confesor ordinario. Firmará los causales de salidas extraordinarias de las Hermanas, legítimas si se da el caso, y las de las entradas de hombres y mujeres que ingresen a la casa por cualquier servicio necesario o por otra razón. Cuidará de que se rinda cuenta anual de lo tocante a lo espiritual y material del monasterio, y de que se vea qué progresos se han hecho en la conversión e instrucción de las penitentes, y cómo se han comportado las hermanas en ese ministerio.

“La superioras y las Hermanas recurrirán a él cuando haya necesidad de una especial intervención”. Ellas le manifestarán gran sumisión y respeto en el temor de Nuestro Señor, para que saquen provecho de su dirección, y que él mismo reciba consuelo de los cuidados que él tome con miras a las salvación y avance espiritual en los caminos de la gracia.

“En cuanto a la visita, sería aconsejable que la haga el obispo personalmente con la asistencia del padre

espiritual”. Cuando el obispo o el padre espiritual la hagan no entrarán sino una vez en el monasterio para visitar la clausura; todo lo demás lo tratarán en la reja. Cuando el padre espiritual esté obligado a hacer algún viaje largo, la superiora cuidará de que entregue el cargo a alguno otro bien calificado, a fin de que ella pueda recurrir a él en caso de urgencia. Finalmente, “este padre debe ser de gran virtud, bien reconocido por su doctrina, experto y de gran caridad para que pueda guiar la congregación sin cansarse del agobio que este cargo le implique”.

CONSTITUCIÓN XXXIV

El confesor ordinario

« En todos los casos en que sea necesario o aconsejable elegir un confesor ordinario, el padre espiritual, con la superiora y las Hermanas consejeras, hablarán juntos acerca de las calidades y condiciones de los eclesiásticos que se piense pueden asumir este cargo tan importante; luego, todo bien considerado, el padre espiritual y la superiora escogerán aquel que en buena conciencia juzguen más apto para esto.

“Es necesario que sea hombre de doctrina, prudencia y vida irrepreensible, discreto, honesto, estable y piadoso, y tal que el obispo y el padre espiritual y la superiora puedan estar tranquilos en lo que toca al cuidado y celo que deben tener por el buen estado de la conciencia de las Hermanas. Porque, si bien es cierto que puedan emplearse en esto varios otros medios, como son las confesiones

extraordinarias y los diálogos con personas espirituales y en particular con la superiora, el confesor ordinario tiene más poder para mantener las conciencias de las Hermanas en pureza y sinceridad como ningún otro, siendo él como el ángel visible, asignado a la conservación de las almas del monasterio.

“E incluso si llegara el caso en que hubiera que prescindir de alguno por algún motivo, la superiora y las Hermanas coadjutoras hablarán con el padre espiritual, y hecho este diálogo, el padre espiritual y la superiora se decidirán sea por su ratificación o por su deposición, y se notificará de ello al obispo o a su vicario general, a fin de obtener su aprobación, y que en caso en que la superiora y la padre espiritual no estuvieran de acuerdo, determine por su autoridad sea la ratificación sea la deposición.

“Cuando las Hermanas y también la superiora se dirijan al confesor lo llamarán sea Señor, sea mi Padre, y le manifestarán grande y santa reverencia, como a aquel de quien Dios se sirve para distribuirles sus gracias y misericordias mediante los santos Sacramentos. El tendrá cuidado de que ni por imposición de penitencias extraordinarias ni por consejos o pareceres dados en confesión, no haya nada que pueda perturbar el orden del monasterio, en cuanto posible. Finalmente, como las Hermanas lo deben respetar en alto grado, como se ha dicho, así también él las tratará con mucha caridad considerándolas como esposas sagradas del Hijo de Dios”.

CONSTITUCIÓN XXXV

El confesor extraordinario

“Cuatro veces al año, más o menos cada tres meses, la superiora pedirá al obispo o al padre espiritual un confesor extraordinario, hombre bien apreciado, con el que todas las Hermanas se confesarán. Este confesor cuidará de no imponer penitencias ni dar ningún consejo que pueda ir en contravía del orden o el espíritu del instituto, como sería imponerles o aconsejarles quedarse en oración durante las asambleas comunitarias, o levantarse antes de la hora, o velar y permanecer en algún ejecución luego de la hora ordinaria de recogerse en la noche, o no compartir los tiempos de recreos, o ayunar con mayor frecuencia que el resto, o practicar cuaresmas en los tiempos en que la congregación no lo hace.

“Además, cuando alguna desee confesarse o tratar de su conciencia con alguna persona bien reconocida y de buena condición, la superiora se lo permitirá gustosa, sin preguntar por el tema por el cual este diálogo o confesión es pedido. Sin embargo, si la superiora ve que alguna Hermana requiere a menudo tales diálogos o confesiones, especialmente si se hace con el mismo confesor, lo pondrá en conocimiento del padre espiritual para que, según lo juzgue él, se provea con cautela a que la santa libertad de la confesión y del diálogo, ordenada al bien y la mayor pureza, consuelo y tranquilidad de las almas, no se convierta en deterioro del corazón, inquietud de espíritu, curiosidad, excentricidad o melancolía, para alimentar alguna tentación

secreta de presunción o de aversión al confesor ordinario, o finalmente de singularidad y vana inclinación a las personas. Si alguna persona de calidad llegara a pasar y la superiora juzgara que hablar con él podría traer edificación, podrá, si bien le parece, invitarlo a esto, y permitirá a las Hermanas hablar con él sea en confesión o de otra manera.

CONSTITUCIÓN XXXVI

Oficios de la casa, en primer lugar el de la superiora

“Como el alma y el corazón difunden su presencia, movimiento y acción en todas las partes del cuerpo, así la superiora debe animar con su caridad, su preocupación y su ejemplo toda la congregación, animando con su celo a todas las Hermanas que están bajo su cuidado, procurando que las Reglas sean observadas lo más exactamente que sea posible, y que la caridad mutua y una santa amistad florezcan en la casa. Para ello abrirá su regazo maternal y amable a todas sus Hijas por igual, de modo que llenas de confianza recurran a ella en sus dudas, escrúpulos, dificultades, oscuridades y tentaciones.

“Que observe en cuanto pueda las Reglas y Constituciones sin practicar ninguna singularidad. Que no saque ni reciba ninguna ventaja en hábitos, alimentación u otras cosas, y sea como las demás, en la medida en que la necesidad lo requiera. Dará sus órdenes a cada una de las Hermanas, y a todas en general, con palabras y actitudes serias pero suaves; con rostro y comportamiento seguro pero dulce y humilde; con corazón lleno de amor y del deseo del

progreso de las que ella gobierna. Tendrá los ojos atentos sobre este pequeño cuerpo de Congregación, a fin de que todas sus partes respeten paz, concordia, unión y el servicio muy afectuoso de Jesucristo. Y por consiguiente, cuando una vez al mes ellas le rindan cuenta de sus almas, las examinará, inquiriendo discretamente sobre el estado presente de su espíritu, para luego ayudarles, animarlas, corregirlas y consolarlas.

“Se ocupará con cuidado especial de las necesidades de las enfermas y muy a menudo las servirá con sus propias manos en enfermedades graves. Formará con amor de madre a las Hermanas, que como niñas pequeñas, son todavía débiles en la devoción recordando las palabras de san Bernardo a aquellos que sirven a las almas: La carga de las almas no es precisamente de almas fuertes sino débiles, pues ai alguien te socorre más de que es socorrido por ti, reconoce que no eres para él un padre sino un igual. Los justos y perfectos no tienen necesidad de superior y de guía; son para sí mismos ley y dirección por gracia de Dios y hacen lo suficiente sin que se les mande.

La superiora por tanto está principalmente para las débiles y decaídas, si bien tampoco debe abandonar a las perfectas para que ellas perseveren sin desfallecer. Y por consiguiente esté atenta a las necesidades de las Hermanas según la sinceridad y el afecto cristianos y no por inclinaciones naturales; y sin tener miramiento a la extracción u origen de las Hijas, a su amabilidad, su buen semblante u otras consideraciones atrayentes; no se familiarice en tal forma con unas que despierte envidia en otras; no reprenda de

inmediato las faltas que se cometan delante de las demás, sino hágalo en particular y con caridad a menos que la falta sea tal que, para edificación de quienes fueron testigos, requiera pronto castigo, y en ese caso actuará de manera que, desaprobando el defecto, consuele a la falla, procurando ser de verdad temida, pero sin embargo más amada, como dice la santa Regla.

“No autorice fácilmente a alguna el uso de los Sacramentos más allá de la frecuencia que indican las Constituciones, no sea que en lugar de una amorosa y respetuosa comunión, llegue a hacerse por imitación, rivalidad, estima propia y vanidad. Haga que las Hermanas marchen siempre en el temor de Dios, que estén bien instruidas en la verdades de nuestra santa fe, que reverencien los sagrados misterios con gran devoción, que traten todas las cosas que pertenecen al honor de Dios y al uso de la iglesia con sumo respeto, que practiquen sólidamente las virtudes cristianas de mortificación, humildad, paciencia, caridad y demás; y finalmente que ellas lleven el dulce y agradable yugo de Nuestro Señor Jesucristo en paz e íntima unión de espíritu.

“Estará atenta a que el Oficio divino se haga todos los días exacta, devota y lentamente, en las horas establecidas; a que las Hermanas practiquen fielmente los ejercicios espirituales de oración, meditación, examen de conciencia, preparación de la mañana, oraciones jaculatorias y lecturas. Igual exigirá a que todas las encargadas de oficios tengan un directorio particular sobre todo lo que deben observar en su cargo.

“Cuidará muy especialmente que no sea recibida nunca en la congregación ninguna muchacha o mujer cuya vocación no haya sido probada y a que ninguna consideración humana incida en su aceptación sino solamente la inspiración. Y por consiguiente que se las haga permanecer algunas semanas en la casa antes de darles el hábito del noviciado, a fin de observarlas detenidamente en sus humores, inclinaciones y comportamientos.

“Tenga gran cuidado de impedir que nada haya en la casa y nada se haga en ella que no sea conforme al pudor y la pureza, a la perfecta pobreza y a la exacta obediencia. Por consiguiente si una Hermana manifiesta demasiada inclinación a tratar con los del mundo, aunque sea de profesión eclesiástica o religiosa, o parientes cercanos, que se le retiren todas las facilidades. En cuanto a los consejos espirituales o comunicación de conciencia, la superiora les permitirá hacerlo libremente. Cuidará de que lo han con personas dignas de que se les confíe este oficio angélico con el cuidado mencionado”

Tendrá cuidado de que nada se introduzca de nuevo que sea contrario a la Regla, a las Constituciones y a las Tradiciones del Monasterio.

Si se da el caso de dispensar del habitual modo de vivir según la Regla, de moderar los ejercicios a alguna hermana, incluso en ocasiones para todas las hermanas (lo que no debe hacerse sino en muy raras y bien señaladas ocurrencias), como también de dispensar a una hermana de venir al coro para el Oficio, de ayunar los ayunos de las Constituciones,

de sentarse a la mesa común, de hablar a alguien habiéndose removido el velo, de acercarse a la santa comunión, de despenar incluso a toda la comunidad del silencio, por justa ocasión, de comer tres o cuatros veces al año fuera de las comidas ordinarias, y de cosas semejante, está facultada para hacerlo por su propia autoridad, estando sin embargo atenta a observar mucha discreción para no ser ni demasiado condesciéndete ni demasiado severa. Pero en las cosas de importancia que traen consecuencias, como por ejemplo dispensar del todo del ayunan o de la residencia del coro a una hermana, en semejantes ocasiones, consultará al Padre espiritual. Si ella misma debe dispensarse de la Regla, podrá hacerlo por propia autoridad, luego de hablar con la hermana asistente, solo en cosas de consecuencia recurrirá al Padre espiritual o al Obispo.

“Reciba con humildad y aceptación las observaciones que ser hagan; que las hermanas tengan justa confianza y libertad, de advertirle o hacerle advertir en ocurrencias de que se hablará luego.

“Finalmente la superiora se debe mantener tan bien ante Dios que sea espejo y modelo de toda virtud para sus hermanas y pueda sacar del seno del Salvador, la fuerza y la luz que necesita” tanto para sí como para las demás.

CONSTITUCIÓN XXXVII

Manera como debe comportarse la superiora en los asuntos

“Una vez elegida la superiora, en primer lugar, debe escoger cuatro hermanas que juzgue más idóneas para aconsejarla en las ocurrencias. Se reunirá con ellas cada quince días para examinar los asuntos tanto espirituales como temporales de la casa, sin comunicarles sin embargo el estado de las almas que haya conocido en la rendición de cuentas que mensualmente hace con las hermanas.

“De esto no se sigue sin embargo que la superiora deba seguir siempre el parecer de dichas hermanas. Basta que las escuche para resolver por sí misma luego de haber considerado y sopesado lo que las hermanas adujeron. Si bien no está obligada a seguir ese parecer, escuchado con tranquilidad y pacíficamente sin manifestar ni desdén ni disgusto, a fin de dejar la libertad y la confianza a las hermanas de decir lo que les parezca mejor.

“Hay circunstancias en las que, según los cánones y los usos generales de los monasterios de jóvenes y mujeres, es necesario oír y seguir la pluralidad de voces de todo el capítulo de hermanas, por ejemplo cuando se trate de enajenar, cambiar o reducir los bienes del monasterio, o recibir a una joven al noviciado o a la profesión, o elegir la superiora, o despachar una hermana, o pedir un padre espiritual o cuando se presenten otras ocasiones en las que el padre espiritual y la superiora juzguen conveniente que las cosas se estudien en el capítulo.

“En los casos en que el padre espiritual y la superiora no estén de acuerdo se recurrirá al obispo o a su vicario general quien determinará lo que se seguir y hacer.

Constitución XXXVIII

Las hermanas escogidas para aconsejar a la superiora llamadas coadjutoras

« Las cuatro hermanas escogidas para aconsejar a la superiora pedirán a menudo la asistencia del Espíritu Santo para desempeñar bien su cargo ; se esforzarán por no dejarse llevar de sus inclinaciones o estados de ánimo o aversiones en lo que toca a las deliberaciones que se examinan; obrarán con intención pura y sencilla ; dan santamente su parecer, pero sin ETRIVER o discutir juntamente y sin desdeñar o menospreciar el parecer de las obras cualquiera que sea. Si es necesario contradecir que se haga con suavidad y modestia.

« Luego de la consulta se someterán al juicio de la superiora permitiéndole tomar la resolución que juzgue conveniente, sin murmurar ni revelar a las demás hermanas lo que se ha dicho.

« Pero si dichas hermanas ven que la superiora toma un decisión notablemente perjudicial o manifiestamente perniciosa lo advertirán al padre espiritual, o incluso al

obispo, lo más discretamente posible, para que pongan remedio. Por lo demás deben ser más humildes, sumisas y obedientes que las demás a la superiora ».

Constitución XXXIX

La asistente

« Siempre que la superiora no pueda estar presente la asistente ejercerá el poder en su lugar, menos en el coro, donde se quedará en su puesto que será siempre el primero después del de la superiora; cuidará de estar siempre presente donde las hermanas estén reunidas para mantenerlas en respeto y hacer que se observe la Regla. Tendrá cuidado especial de la dirección de las tareas del coro cuyos oficios repartirá los sábados y la víspera de las fiestas en que se cambia el Oficio, luego del recreo que sigue a la cena. Tenga cuidado de que las pausas, mediaciones, pronunciación, ceremonias, seriedad y reverencia se observen devotamente.

« Si alguna hermana comete una falla, se lo advertirá en el capítulo a fin de que se corrija, pero si son errores reparables, como tomar un salmo en vez de otro, o tono demasiado alto o demasiado bajo, o accidentes semejantes, los corregirá de inmediato lo más discretamente posible.

« Estará atenta a que no se reciba en la casa ningún libro sino con permiso del padre espiritual o del confesor ordinario, si son libros nuevos.

« Escogerá las lecturas, y para ello dispondrá de los libros apropiados, los que mantendrá en buen orden, y los distribuirá según lo mande la superiora entre las hermanas profesas. Si se trata de las novicias según ordene la directora.

« Distribuirá semanalmente las lecturas tanto para la primera como para la segunda mesa y corregirá los defectos de las que leen si leen precipitadamente o no pronuncian bien, o cometen alguna otra falta. Personalmente hará la letra que se hace en la noche para la meditación del día siguiente, o pedirá a una hermana que lea bien y claramente que lo haga.

« Tendrá cuidado y celo particular de la Regla y advertirá a la superiora de las fallas que se den; que como acompañante de la superiora debe en todo y por doquier estar atenta con ella al buen estado de la casa y al progreso de las hermanas en la perfección, acompañándolas lo más cerca posible no solo con sus mandato sino de acuerdo a las intenciones de la superiora.

« Si se presenta algún asunto cuya solución no se pueda diferir, cuando la superiora, impedida por enfermedad u otra causa no pueda atender, resolverá por sí misma con el parecer de las hermanas que la superiora suele consultar, y lo pondrá en conocimiento de la superiora tan pronto como sea posible.

« Procurará que todas las hermanas vayan a los ejercicios espirituales y vigilará si observan el orden requerido, cuando vayan a la confesión o a la comunión.

« Estará atenta en la noche a que todas las puertas que dan acceso afuera estén bien cerradas y dará vuelta, un cuarto de hora después que las hermanas se hayan recogido, para ver si se han acostado y hayan apagado sus lámparas; cuando alguna falte lo dirá a la superiora.

Constitución XL

La directora

« De una buena alimentación y de la dirección de las novicias depende la conservación y la alegría de la congregación; por consiguiente, la Directora, a quien corresponde este punto, no solo debe ser discreta, dulce y devota sino que debe ser por así decirlo la dulzura, la sensatez y la devoción misma, para que con un amor más que maternal conduzca a sus novicias, de grado en grado a la perfección religiosa como a futuras esposas del Hijo de Dios.

« Tratará ante todo que conciban y entiendan bien que la intención que tuvieron al elegir abandonar el mundo para retirarse al monasterios es unirse más perfectamente a Dios » y trabajar en la salvación de las almas. « Busque que entiendan que esta congregación está fundada espiritualmente en el monte Calvario », para contemplar y servir a Cristo crucificado y para continuar en la tierra las santas virtudes que practicó en especial el celo muy

ardiente de la salvación de las almas. Por tanto todas las hermanas deben crucificar « con él sus sentidos exteriores e interior, sus imaginaciones, pasiones, aversiones, inclinación y temperamento ». Deben « servirlo en castidad muy pura, en pobreza despojada de todo, en obediencia basada en perfecta abnegación de su propia voluntad y considerar que les dio ese ejemplo ; y finalmente deben, a imitación suya, ofrecer en sacrificio al Padre eterno su sangre, su vida y generalmente todo su ser para su gloria y la salvación de las almas.

« Hará que practiquen la humildad, la obediencia, la dulzura y la modestia; que robustezcan su energía y arranquen de sí, en cuanto posible, todas las niñerías, ternuras y comportamientos FADES que suelen languidecer y debilitar los espíritus, en especial el sexo femenino, para que sean mujeres fuertes, que se ejerciten en obras de perfección sólida y vigorosa.

« Y como la empresa es grande les enseñará a no confiar en sí mismas sino a poner toda su confianza en Dios y en la intercesión y protección de la gloriosa Virgen María. Les enseñará a hacer bien la oración, meditación y demás ejercicios espirituales, y también a confesarse breve, clara y cordialmente, y a usar debidamente las confesiones y comuniones ; que pronuncien, reciten y canten bien el Oficio, con toda la modestia y buen comportamiento que debe observarse en el coro y todas otras circunstancias. Practicará todo esto también con las hermanas torneras en cuanto su capacidad se lo permita ».

Se esforzará porque las novicias adquieran un amor ardentísimo por la salvación de las almas, que tengan gran empeño en rogar a Dios que traiga al buen camino de la salvación a cuantos se han desviado; que oren también en especial por la muy santa Iglesia católica, por todos los Prelados y servidores ; que quiera Dios darle buenos sacerdotes y santos obreros que trabajen eficazmente en salvar las almas.

Sobre todo que tengan gran celo por rogar a Dios por su obispo, a fin de que lo haga según su corazón, y que oran a menudo por las intenciones señaladas, « asimismo por todos los príncipes cristianos en especial de país donde se encuentra la congregación.

« Les hablará a menudo de la sincera dilección que hay que tener a las Órdenes religiosas que hay en la Iglesia de Dios para que no solo oren por ellas sino que aprendan a estimarlas y respetarlas colegialmente.

« Sobre todo se esforzará por imprimir en el corazón de las novicias que todas las hermanas de la congregación deben tener un solo corazón y una sola alma, recordando de continuo que Nuestro Señor, mediante la vocación que les inspiró, y Nuestra Señora, mediante la secreta visita que ha hecho a su corazón, las ha unido y reunido para que nunca se separen del amor y de la dilección que les dio para que estuviera siempre en su corazón en unidad de espíritu mediante el vínculo de caridad que es el vínculo de la perfección. « La directora debe tener un espíritu humildemente generoso, noble y universal, para dar a las

jóvenes una devoción no femenina, tierna y muelle, sino poderosa, vigorosa, elevada y universal, llevando sin embargo diversamente los corazones de las novicias según la diversidad de su temperamento y condición de espíritu, para formarlas según el beneplácito de aquel a cuyo servicio están destinadas. Si llega el caso, que puede llegar, que tengan el corazón rudo, basto y agreste pero que sin embargo desean obedecer y hacer bien, y dan esperanza de que se pulan y eduquen, las tratará con amor muy particular y generoso, paciente y perseverante; se trata de cultivar y hacer crecer esas plantas tan duras, pues muy a menudo, mediante la mano y el cuidado del agricultor, producen frutos muy deliciosos.

« Las novicias se dirigirán en todas sus necesidades a la directora. Si se trata de necesidades importantes y de consecuencias, lo comunicará a la superiora; pero en los casos ordinarios y menudos que pueda solucionar fácilmente lo hará para no molestar a la superiora.

« No se complacerá en las apariencias exteriores de las novicias, en su buen semblante, arreglo y exterior corporal, o habilidad de la mente y la propiedad en el lenguaje. Se esforzará por ahondar en cuanto posible en el fondo del corazón y del alma de las jóvenes a fin de saber discernir sus defectos y con qué mano hay que llevarlas.

« Será liberada en cuanto posible de toda otra tarea que se entregue a esta que es tan importante.. Ocasionalmente puede, si lo juzga útil, poner en ejercicio la dulzura y bondad

de las novicias al encomendarles enseñar a las otras a leer, coser, y recitar el Oficio según sus capacidades.

Los miércoles, luego de *Prima*, reunirá a las novicias en forma de un pequeño capítulo, donde digan sus culpas. Las corregirá, las instruirá y les pondrá una penitencia según lo que digan. En seguida les dirá algo en general para su progreso espiritual, según le parezca a propósito, o les hará que escojan virtudes o detestación de vicios.

Puede diversificar los ejercicios espirituales según las circunstancias pero no introducirá nuevos y extraordinarios sin el parecer del padre espiritual y de la superiora. Cuide de que las novicias estén sobrecargadas de ejercicios sea espirituales, sea temporales.

Constitución XLI

Las vigilantes

« La superiora escogerá dos de sus ayudantes, u otras según juzgue conveniente, que con ella estén atentas a las faltas o fallas particulares que se cometan, para que esté enterada, y estudien los remedios apropiados. Aún más, cuando la superiora lo ordene, podrán decir en el capítulo dichas faltas y fallas con modestia y sencillez ; pero la superiora no hará esto sino luego de madura y grave deliberación y cuidará bien de proponer públicamente lo que pueda infamar, a menos que sea público. Dichas dos hermanas deben estar muy unidas entre sí y penetrarse del

celo de la observancia de las Reglas, en espíritu de humildad.

Luego de diálogo con la superiora sobre las faltas que han conocido y propuesto su parecer se atenderán a lo que decida la superiora a menos que vean que está en abierta connivencia que pueda causar daño a la congregación ; en ese caso se dirigirán al padre espiritual con toda sumisión y reverencia.

Nunca revelarán lo que se ha tratado y resuelto entre ellas y la superiora, o incluso referirlo al capítulo, dejando a la superiora que prosiga la corrección que tenga a bien hacer.

« En ausencia de la asistente y de la superiora la mayor de entre ellas ocupará el puesto de superiora y en lugar de la mayor, otra la sucederá a menos que la superiora haya nombrado a otra. Esto queda a su arbitrio.

Constitución XLII

Ayudante de la superiora

« La superiora escogerá libremente una de sus hermanas que tenga el cargo de amonestarla de la faltas que cometa. A ella se dirigirán todas las hermanas para que corrija a la superiora de modo que la superiora, que debe ayudar y corregir a las demás, no quede privada del servicio de ser ayudada y corregida.

« En pleno capítulo dará a conocer la que haya escogido como su ayuda y correctora, y exhortará a todas las hermanas, y sobre todo a la que haya escogido, a hacerle

sincera y fielmente, con plena confianza, ese oficio de caridad. La hermana escogida debe ejercer su cargo sin faltar en nada al honor, respeto y obediencia que debe a la superiora; más bien se esforzará por ser ejemplo para todas las hermanas.

« Cuidará de no importunar el espíritu de la superiora con frecuentes e inútiles reprensiones como sería que por faltas ligeras y pasajeras que no tienen consecuencia, a propósito de todo hiciera advertencias.

« Nunca dará a conocer a la superiora el nombre de las hermanas que le hayan pedido advertirla, ni tampoco dirá a las hermanas ni a nadie lo que la superiora haya respondido. Pero si ve que la superiora se hace incorregible en cosas de consecuencias, podrá hablar con el confesor ordinario, o mejor, si le parece conveniente, con el padre espiritual, quien a su turno debe guardar discretamente el secreto, remediando el mal de modo que la ayudante no quede contristada.

« Tendrá el sello para sellar todas las cartas de las hermanas una vez que la superiora las haya visto. No le está permitido verlas a menos que la superiora le pida hacerlo.

Constitución XLIII

La ecónoma

« Una de las hermanas tendrá el cuidado de toda la casa como ecónoma general. Con fidelidad y alegría desempeñará este cargo a imitación de las santas mujeres

que seguían a Nuestro Señor y a los apóstoles para suministrarles lo requerido para su vida corporal, con la diligencia y fervor de santa Marta, pero evitando su perturbación y afanes.

« Pondrá en conocimiento oportunamente de la superiora de lo que vaya ocurriendo; le hará ver todas las necesidades de la casa para recibir de ella órdenes e instrucciones.

« Atenderá las provisiones de la casa a tiempo, guardándolas con limpieza y en lugar conveniente, y atenta a que nada se dañe. Cuidará de que las responsables de sus cargos tengan todo lo que les es necesario.

« Se hará acompañar dos veces al año de las vigilantes para visitar cuidadosamente todas las dependencias y el resto de la casa ; luego presentará a la superiora un informe si todo está en orden. Por sí misma hará esta visita cuando lo juzgue expediente » y para ver si el edificio no se deteriora. Mantendrá una relación bien fechada del dinero que se da para la despensa y de lo que entra por ventas o aportes caritativos.

« Ordenará a la encargada de la despensa, cada mes, lo necesario para la mesa y examinará repetidas veces lo que le haya entregado para que todo esté en orden. En febrero y en agosto cuidará de que a nadie falte la ropa de invierno y de verano.

« Guardará inventario de todos los muebles de cada oficina y procurará que cada encargada tenga los necesarios, los que verá de nuevo cada año en una de las visitas generales que haga a toda la casa.

« Distribuirá las tareas, como devanar o coser entre las hermanas según se necesite. Una vez terminadas las tareas se las entregarán para que ella las almacene.

« Hará un inventario de lo que las novicias aporten a la casa y hará que lo firmen, si saben firmar, si no la superiora los firmará.

« Cada mes rendirá cuentas a la superiora, tanto lo recibido como lo gastado.

« Será pronta y caritativa con las necesidades de las hermanas, según lo ordene la superiora; estará atenta a que las hermanas del oficio y de la cocina y las hermanas toreras cumplan bien su tarea ; lo hará con la bondad y el soporte requeridos. Cada día estará anotará las compras que hace hermana tornera.

« Cuidará de que las hermanas toreras no estén sobrecargadas de tareas como también de que no pierdan el tiempo ; lo hará igualmente con las hermanas domésticas ; estará atenta a que las hermanas toreras tengan tiempo, los días de fiesta, para oír o hablar de Cosas espirituales y santas, para animarse a la devoción, según sus capacidades.

Constitución XLIV

La portera

« La portera sea en extremo discreta para recibir juiciosamente las respuestas y mensajes que llegan a la casa

o salen de ella, y para hacer esperar bondadosamente a las personas a las que no es posible atender de inmediato.

« No abrirá nunca la puerta a nadie sin licencia de la superiora o de su asistente; y estará atenta al abrir de que no sea vista desde afuera ni tampoco su compañera.

« Verá lo que sale de la casa y lo anotará si es cosa de importancia; si las hermanas están en sus tareas, en oración o a la mesa, se excusará por no llamarlas a menos que sea algo urgente e importante.

« Entregará todas las cartas que lleguen a la superiora y no dejará salir ninguna sin su orden. Si alguien da algo a la congregación en la noche, luego del recreo, lo contará para orar por los bienhechores.

« Sea breve en sus palabras con los que vengan a la puerta y no se informará de lo no necesario.

« No dejará las llaves en la puerta sino que en la noche las entregará a la superiora, así como las del locutorio y del torno.

« No transmitirá ningún mensaje del exterior a las hermanas ni de las hermanas a los de afuera a menos que reciba orden de la superiora o de la directora en lo que concierne a las novicias.

No usará de autoridad con su compañera y sencillamente dejará que sea testigo de sus actos y para ser asistida por ella a cerrar, a la hora apropiada, las puertas.

Constitución XLV

La sacristana

« La sacristana tendrá un inventario de cuanto pertenece a la capilla o a la iglesia, mantendrá ordenadamente, aseada y limpiamente, todos los ornamentos, adornos y muebles que respectan al servicio del altar y de la iglesia; preparará los ornamentos sacerdotales con suma diligencia según las fiestas y los tiempos recordando que Nuestro Señor gustó siempre de la limpieza y la pulcritud y que José y Nicodemo son alabados por haber enterrado su cuerpo, limpia y delicadamente utilizando perfumes y ungüentos preciosos.

« Avisará a la superiora cuando se presente algún sacerdote externo a decir la misa, y averiguará si tiene licencia del obispo. Si alguno llega a la sacristía a hablar de negocios lo despachará a menos que por la calidad de la persona fuera mejor advertirlo a la superiora.

« Avisará temprano si hay confesiones o comuniones que atender. Tocaré la campana para el Oficio, las misas y los Ave María, cuando sea el caso. No se pondrá a conversar con el padre confesor o el capellán ordinario, ni menos aun con el clérigo ni con extraños a menos que sea necesario.

« En la mañana, antes de tocar para la oración, pasará por todas las celdas de las hermanas para ver si alguna sufre de algún malestar que le impida ir al Oficio. Si se da el caso advertirá a la superiora.

« No se harán muñecas en toda la casa y menos aun se pondrán en el altar, ni para representar a Nuestro Señor, o

a Nuestra Señora, ni a los ángeles, ni cosa alguna, por el contrario se habrá imágenes bien hechas y aprobadas por el padre espiritual, especialmente las que se ponen en el alar.

« Y como son muy numerosos los detalles que debe tener la sacristana para mantener todas las cosas sagradas que tiene bajo su responsabilidad limpia y decorosamente, se hará un directorio aparte que debe tener siempre ante la vista; lo leerá mensualmente para no faltar a lo que allí esté escrito. La congregación tiene el mayor interés en que este cargo se ejerza perfectamente.

Constitución XLVI

La enfermera

« La enfermera solo debe respirar bondad y caridad, tanto para servir a las hermanas enfermas como para soportar las fantasías, fastidios y malos humores que el mal causa a las pobres enfermas. Debe alejarlas de su impresión lo más acertada y suavemente que le sea posible, sin manifestar nunca disgusto ni fastidio al servir las.

« Debe mirarlas como imagen viva de Jesucristo crucificado; si los antiguos cristianos, como asegura san Juan Crisóstomo, iban muy adentro de Arabia para ver y reverenciar el estercolero en el que el santo hombre que fue Job sufrió trabajos, con cuánta mayor reverencia debemos acercarnos al lecho en el que nuestros hermanos y

hermanas están tendidos para sobrellevar la enfermedad en el nombre de Dios.

« Se encargará de todo lo que pertenece a la enfermería y al servicio de los enfermos de lo cual tendrá inventario. Tendrá extremo cuidado de que las habitaciones estén limpias y aseadas, adornadas de imágenes, matas y ramos, según lo permita el clima. Que no haya nada cerca de los enfermas que algo que pueda provocar malos olores, por el contrario, si el médico lo permite, procure que haya buenos aromas y olores. Se esforzará por infundir en los enfermos total confianza sin acceder sin embargo a deseos que pudieran perjudicarlos.

Constitución XLVII

Oficios menudos de la casa

La ropería

« La ropera se encarga de los hábitos y calzado de las hermanas, como también de las camas y de todas las pertenencias de lo cual habrá inventario que guardará cuidadosamente. Atenderá a que todo esté en buen orden y listo para las necesidades. Que nada se deteriore por negligencia y que no haya nada que sea contrario a la pobreza y la sencillez.

« Bajo las órdenes de la superiora distribuirá las cosas y no permitirá que las hermanas escojan, pero atenderá sencillamente la necesidad de cada una. Tendrá una lista de

la ropa aportada por las novicias al entrar y la guardará cuidadosamente para dar cuenta de ella el día de la profesión.

Ropa interior y lavandería

« La encargada debe tener el mismo cuidado de la ropa interior que la ropera de los hábitos. La conservará, al almacenará y distribuirá según las necesidades de las hermanas. Luego la recogerá, lavará, secará y doblará. Tendrá un listado y dará cuenta al final de cada año ; la mantendrá en buen orden, separando la de mayor tamaño de la más pequeña. para encontrarla con mayor facilidad y distribuirla sin escogencia.

« Cuando las hermanas tengan necesidades extraordinarias las atenderá caritativamente. Se hará un pequeño directorio para tener en cuenta las particularidades del cargo.

El refectorio

« La encargada debe mantener bien aseado todo lo que concierne al moblaje del refectorio y preparar todo oportunamente.

La despensa

« El oficio de la despensera depende del de la ecónoma. Le toca tener en detalle el vino, el pan, el aceite, la sal, la mantequilla y demás cosas requeridas para la alimentación de las hermanas, para la limosna y otras ocasiones. Hará las porciones y cuidará de que todo se haga debidamente en la cocina.

Constitución XLVIII

Las hermanas domésticas

« Las hermanas empleadas en la cocina y en otros servicios del mantenimiento lo harán con alegría y consuelo. Recuerden que santa Marta lo hizo y traigan a la memoria las dulces meditaciones que hacía santa Catalina de Siena, quien durante esas tareas no cesaba su arrobamiento en Dios, Así las hermanas, en cuanto posible, mantengan el corazón recogido en la divina Bondad. Si son fieles dirá un día ante todo el mundo que lo que hicieron a sus servidoras a ella lo hicieron.

« Cumplirán con los ejercicios espirituales según lo que haya que hacer y la superiora les ordene. Ella tendrá cuidado especial de no dejar a las hermanas sin el alimento necesario al espíritu pues sirven al alimento corporal de toda la congregación.

« Todas serán iguales en este oficio y se ayudarán mutuamente en paz y caridad. Y cuando los descansos lo permitan participarán alternativamente en las reuniones comunitarias. Será cuidadosas de todos los muebles que sirven en este oficio, como de enseres y otros, y rendirán cuenta de todo una vez al año a la ecónoma.

Constitución XLIX

Las hermanas torneras

« Se recibirá lo menos posible hermanas torneras y se procurará que las que entren sean de buena reputación, sanas, fuertes, de carácter dulce y apacible. Sobre todo que tengan gran deseo de servir a Nuestro Señor y a su santísima Madre, trabajando por la Congregación con obediencia, sencillez y humildad. Se les dará lo suficiente para su honesta sustentación y si no quieren recibirlo, serán alimentadas y gozarán de mantenimiento conveniente.

« Vestirán de negro o gris, sencilla y modestamente, sin aderezo ni afectación alguna. Nadie, fuera de la superiora y la depositaria, les dará órdenes. Se les asignará una hermana para instruir las en las cosas espirituales y para enseñarles lo que deben creer y lo que deben hacer para agradar a Dios, en especial la digna recepción y santo uso de los sacramentos, y en cuanto a las principales virtudes que deben practicar como la humildad, la obediencia, la modestia, la caridad y la mansedumbre.

« La superiora y la depositaria les mandarán siempre con amor y todas las llamarán hermanas, recordando que aunque sirven al exterior en su interior nunca dejan de hijas de Dios, coherederas de Jesucristo, iguales en naturaleza y en la llamada a la gracia y a la gloria como los más grandes del mundo, y que finalmente, como dice san Pablo, ellas y nosotros no tenemos sino un solo dueño, Jesucristo, igualmente Señor y Salvador de unos y otros.

« Se confesarán cada ocho o quince días, más o menos, según el confesor y la directora lo encuentren conveniente. La directora tendrá cuidado de todas sus necesidades espirituales y corporales.

Se levantarán y acostarán a la misma hora que las religiosas y harán sus oraciones como se indica en el libro *Ejercicio de piedad*. En seguida tenderán su cama y arreglarán su pieza, y barrerán los locutorios y demás lugares exteriores que mantendrán siempre en limpieza y pulcritud.

Oirán diariamente la santa Misa con toda la devoción que les sea posible, y si se dicen varias, irán unas después de otras a fin de que haya siempre una para responder a los asuntos que se presenten.

Dirán diariamente el rosario y en las fiesta y domingos, si no están ocupadas, asistirán a las vísperas. Cuando tengan tiempo, tanto en los días de fiesta como en los demás días, harán una lectura espiritual según les indique su directora, a quien acudirán en todas sus necesidades y urgencias, con sencillez y confianza, y le comunicarán abiertamente sus penas y dificultades a fin de que las aconseje, consuele y anime.

Deben aportar toda la diligencia posible para satisfacer a quienes vengan al monasterio y les hablarán bondadosa, respetuosa y cortésmente. Que nadie se retire fastidiado, en cuanto les sea posible, según Dios. Solo recibirán de la superiora, de la depositaria y de la portera comisiones para hacer. Solo las harán para ellas y no para quienes se

encuentren en los locutorios. Las harán cuidadosamente. No irán afuera sin permiso.

« Cuando vayan a hacer las provisiones se conducirán con tanta modestia y recato que todos reciban edificación. Que se comporten por doquier como si estuvieran en la casa, a la vista de la superiora. No entrarán en ninguna casa ni comerán en el exterior sin autorización de la superiora, a menos en caso de necesidad no prevista antes de salir. No charlarán ni se divertirán por la calle. Solo se ocuparán de los asuntos encomendados. No traerán noticia alguna de la ciudad, ni cartas ni recomendaciones. Solo lo harán con la superiora.

Sean muy cuidadosas de estar siempre ocupadas útilmente y empleen bien el tiempo que nos es dado para servir a Dios y del que él nos tomará cuenta minuciosa. Que se ocupen puntual, pronta y alegremente de lo que se les pida, por amor de aquel que se hizo obediente hasta la muerte en la cruz por amor de ellas. Que se interesen y amen el bien de la comunidad conservando cuidadosa y fielmente cuanto pertenece a la casa de Nuestro Señor y de su santísima Madre sin dejar que nada se pierda ni se deteriore por su culpa.

Irán por turno al mercado. Antes de salir dirán un *Ave María*, para ofrecerse a Dios por mediación de la santísima Virgen y para pedirle la gracia de no hacer nada que le desagrade. Cuando compren algo procurarán hacerlo con sencillez y modestia. Ofrezcan en pocas palabras lo que juzguen razonable sin usar querellas, discusiones o palabras

vanas e inútiles. Serán exactas en traer a la hora propicia lo necesario para la comunidad a fin de que nada sea irregular.

Que no inviten ni reciban a nadie a charlar con ellas sino las que hayan sido autorizadas por la superiora. Que no reciben regalos de nadie para su beneficio particular sin autorización de la misma.

Sobre todo que se empeñen en vivir juntas con gran caridad, bondad y humildad, sin altercados entre ellas sino hablando suave y benignamente. Sopórtense mutuamente los defectos e imperfecciones y estén listas y de buena voluntad para ayudarse y conformarse en las ocasiones que se presenten por amor de Nuestro Señor y de su santísima Madre.

Constitución L

Primera recepción de las que deseen ingresar a la congregación

« No se recibirá ninguna joven para entrar en la congregación que no sepa leer, si se presenta para ser hermana de coro, y que no testimonie gran deseo de la perfección cristiana » y un amor muy particular de la salvación de las almas arrepentidas, de lo cual se hace especial profesión e esa congregación. « En cuanto a los medios requeridos para el sostenimiento de tiempo en tiempo se revisarán según los recursos de la casa.

« Cuando alguna joven o una mujer se proponga para ser recibida, en primer lugar se le hará venir a la casa donde

estará algunos días para ser observada y considerada por la superiora y las hermanas. Cuando la superiora juzgue que sea tiempo pedirá a la pretendiente que presente su petición en el capítulo en pleno. Luego lo someterá a votación y si la superiora y la mayoría de las hermanas estén de acuerdo en recibirla se la admitirá para primer ensayo. Que todo tenga el parecer previo del padre espiritual quien por su parte se informará de las condiciones de la candidata a fin de aconsejar mejor a las hermanas en esta ocurrencia.

« Las viudas están en la misma condición menos que se debe en cuenta de no recibir a quienes tienen niños para cuya educación es mejor que se pueden en el mundo, ni las que son demasiado tiernas con sus hijos y propensas a perturbarse. Aunque tales viudas al parecer están bien dispuestas, mientras el fervor de las primeras impresiones las animan, sin embargo fácilmente caen en la tentación a inquietarse por la mínima dificultad que se presenta y se imaginan que si estuvieran en el mundo harían milagros por sus hijos. No cesan de hablar de ellos y de extrañarlos. Y si bien su entrada fue grandemente útil para los mismos hijos, por poco se impresionan y toman ocasión para censurar y lamentar su retiro con escándalo de unos cuantos.

« En general se evitará aceptar jóvenes o mujeres que sean rebeldes o tercas, o demasiado distraídas o alocadas, unas se aferran a su manera de pensar y otras no se aferran a nada. En cuanto sea posible cuidarán de no recibir las que son demasiado mimadas y compasivas de sí mismas.

Constitución LI

La entrada de las novicias

La candidata que tiene seguridad de ser recibida podrá, cuando la superiora lo quiera, hacer el primer ensayo con su vestido ordinario con el que permanecerá algunas semanas. Cuando la superiora juzgue que podrá acomodarse a las Reglas u observancias de la congregación comenzará a practicarlas exactamente y se le dará a entender que la congregación es una escuela de abnegación de sí misma, de mortificación de los sentidos, y de renuncia a las voluntades humanas, o, en resumen, un monte Calvario donde con Jesucristo sus castas esposas deben estar crucificadas espiritualmente para después de esta vida ser glorificadas con él.

« Se la preparará, por meditaciones y oraciones, para hacer una buena confesión general a menos que ya la haya hecho de modo que el padre espiritual y la superiora juzguen que no hay necesidad de repetirla. En ese caso se le pedirá hacer una confesión desde la última confesión general que haya hecho. Dirá luego generalmente sus inclinaciones, estados de ánimo y pasiones que hasta entonces la han dominado. Hará un breve relato de su vida, de lo bueno y de lo malo, con confianza y fidelidad, a fin de que la superiora conozca bien cómo debe llevarla, pero guardará el secreto de todo lo que haya dicho como secreto de conciencia.

« Pasado el tiempo previsto, se someterá a votación. Si la votación le favorece se preparará y se le dará el hábito del noviciado.

« Durante el noviciado de las hermanas se procurará fortalecer sus corazones, hacer que sean devotas, no con devoción fingida, tierna, llorosa sino con devoción bondadosa y al tiempo vigorosa, humilde y confiada. Sobre todo se tratará de que la novicia sea igual, que someta su estado de ánimo e inclinaciones a la regla de la aridez y de la discreción. Es decir, que aprenda a no vivir según sus estados de ánimo, pasiones, inclinaciones y aversiones sino conforme a la piedad, no llorando, hablando y callando sino razonablemente, y no cuando el capricho y la fantasía le vengan. Que reserve las demostraciones de su alegría ordinaria para los recreos, la inclinación a callarse para el silencio, la de llorar cuando la gracia la incite a lágrimas de devoción, sin emplearlas en ocasiones frívolas. Y finalmente se hará que entienda que no debe servirse de su corazón, sus ojos, sus palabras sino para el servicio de la dilección de su Esposo y no para servicio de sus estados de ánimo y inclinaciones humanas.

Constitución LII

Elección de la superiora y demás encargadas

« La superiora quedará en su cargo por tres años al final de los cuales el sábado que sigue a la Ascensión de Nuestro Señor, el capítulo, reunido en el coro, presente el padre espiritual, que estará sentado en la reja, la superiora se

pondrá de rodillas en medio de las hermanas y renunciará. Pondrá su superiorato entre las manos del padre espiritual, el cual habiendo aceptado la renuncia, la absolverá de su cargo diciendo *La congregación te descarga en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*, y entregará el cargo a la asistente. La superiora quedará así desprovista del superiorato, dirá sus culpas de faltas cometidas en su oficio, y el Padre espiritual le dará la penitencia. Luego irá a ocupar el último puesto.

« Luego el padre espiritual exhortará a pensar seriamente en una nueva elección para el jueves siguiente, sin otra consideración que la mayor gloria de Dios y la santificación de su nombre, en seguida se dirá el *Veni, Creator Spiritus*, y se retirarán.

El domingo siguiente habrá comunión general y se expondrá el Santísimo Sacramento para la elección que viene. Las hermanas no hablarán de la elección ni de la deposición ni en los recreos ni en las reuniones. Cada una pensará en elegir la que estime ser la mejor según Dios. Cada día se dirá la misa y por la noche las letanías y el *Veni, Creator Spiritus*.

« Luego el jueves, luego de la comunión general hecha con esta intención, todas las hermanas salen del coro, y luego de puesta una mesa en medio del coro, con papel, tinta y secante, la asistente, entrará primero, y de rodillas, hecha la señal de la cruz, escribirá el nombre de la que quiere elegir, dobla y se retira. Las demás, una tras otra, harán lo mismo. Una hora después del medio día, el padre espiritual,

habiendo regresado, si hay hermanas enfermas, irá a tomar sus votos, y los escribirá en boletas y los pondrá en la urna en que las demás depositaron.

« Si hay hermanas que no saben escribir las hará ir al locutorio y él mismo escribirá las boletas. Escritos todos los votos van al coro como el sábado precedente, y dicho el *Veni Crator Spiritus* todas las hermanas vendrán unas tras otras, a traer sus boletas al padre espiritual, quien teniendo todos los votos en la urna, los sacará y los leerá. Dos hermanas que tengan una lista del nombre de todas las hermanas que pueden ser elegidas, con líneas escritas en el lugar de cada hermana, marcarán con una línea el nombre leído.

« Se verá luego qué hermana ha tenido la mayoría de votos y ella será la superiora sin que le sea posible rehusar o excusarse ni decir bellas palabras. Se pondrá de rodillas y hará la profesión de fe. El padre espiritual confirmará la elección en nombre del obispo y dirá: *Y Nos, con la autoridad que tenemos, confirmamos esta elección; que seas la vicaria de la santísima Virgen María, fundadora y verdadera Madre de esta Congregación, a fin de que la gobiernes en cuanto te sea posible, con la gracia de su Hijo y su asistencia, con el mismo espíritu de caridad, prudencia, vigilancia, exactitud y mansedumbre con el cual la gobernaría si estuviera visiblemente en tu lugar. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

Luego se entregan las llaves del monasterio a la elegida quien va a sentarse en el puesto de la superiora, donde hay

una imagen en relieve de la Madre de Dios, a cuyos pies depositará las llaves. Luego todas las hermanas, unas tras otra, irán a besarle la mano de rodillas. Se cantarán el *Te Deum*, y *Ave Maris Setella*, y luego la asistente irá a escribir en el libro la fecha de la elección.

« Si se da empate entre dos hermanas será necesario que el padre espiritual escriba sus nombres en una papeleta y trace una línea frente a cada nombre. Las hermanas salen y regresan una tras otra y dirán cuál prefieren y la marcará de través, de modo que nadie pueda ver el papel donde se hacen las señales, ni oír las voces, fuera del padre espiritual y su acompañante. Si hay enfermas irá a pedir sus nombres como antes.

« Reunidos los votos el padre espiritual quemará las papeletas a fin de que no quede memoria y los votos queden secretos.

« No se puede elegir a una hermana como superiora que supere los cuarenta años y que sea profesa de menos de ocho años. Si no la hay se da en el monasterio se podrá elegir a una hermana de otro monasterio o del mismo instituto » de nuestra Señora de Caridad, « o al menos, será necesario que quien sea elegida tenga cinco años de profesión y treinta de edad, según lo ordena el sagrado concilio.

« La superiora elegida se escogerá las que según Dios juzgue ser las más idóneas para los cargos de asistente y coadjutora. Las propondrá al capítulo y la elección se hará por mayoría de votos. Si no alcanzan los dos tercios, la

superiora propondrá otras, y hecha la elección escogerá, con el parecer de dichas hermanas las que de entre las hermanas juzgue ser las más aptas para los demás cargos. Todas quedarán en ejercicio de sus cargos hasta cuando la superiora juzgue oportuno hacer un cambio ».

Tendrá especial atención al escoger la maestra de novicias y las demás maestras destinadas a la instrucción de las penitentes. Que sean muy espirituales, prudentes, virtuosas y muy llenas de celo por la finalidad del instituto,

Constitución LIII

Breve declaración de la obligación de las hermanas respecto de la observancia de las Reglas y constituciones

« Es opinión de los doctores de la verdad que ni la Regla de San Agustín y la mayor parte de las Reglas de los religiosos obligan por sí misma bajo pecado, a menos que se den las siguientes circunstancias:

« 1. Cuando lo que prohíben es en sí pecado o lo que prescriben es necesario para la salvación.

« 2. Cuando algo se deja de practicar por desprecio o desdén de la Regla.

« 3. Cuando se contraviene la obediencia impone en estos o semejantes términos: *Ordenó en el nombre del Espíritu Santo, o bajo pena de pecado mortal*. Pero la superiora no acuda a esto sino en cosas de muy grande importancia y por escrito si posible.

« 4. Cuando el padre espiritual o el obispo ordenan o prohíben algo bajo pena de excomunión mayor en que se incurra por la misma transgresión.

«5. Cuando se quebranta absolutamente la Regla en los votos esenciales de castidad o pobreza o de la vida regular, como se daría al dar, tomar o guardar algo notable sin permiso, al romper la clausura o quitarse del todo el hábito religioso y cosas semejantes. g

« 6. Cuando se falta a la Regla con escándalo y en consecuencia hay algún perjuicio al monasterio.

« 7. Cuando se comete alguna falta contra la Regla por pasión desordenada, como por ejemplo no asistir al coro en las horas determinadas por gran negligencia y pereza, o se come fuera de las comidas por avidez grande y gusto de golosinas, o se interrumpe el silencio por cólera y cosas semejantes, si bien esos pecados al parecer no son de ordinario mortales no es la Regla o las Constituciones las que los causan sino circunstancias que por su naturaleza los causarían en otra ocasión. Sería siempre pecado incluso para los seglares hacer lo que en sí es pecado, descuidar lo necesario para la salvación, infringir una ley por desprecio, violar los votos, escandalizar al prójimo, dejarse llevar de una pasión desordenada.

« La Regla por tanto, como está dicho, menos aun las Constituciones, no obligan bajo pecado por sí mismas. Sin embargo las hermanas temerán siempre infringirlas recordando que su vocación es especial de la que habrá que dar cuenta al morir. Tengan siempre en la memoria la

máxima sapiencial, *Quien descuida su camino morirá* (Prov 19, 16). Ahora bien, el camino de las hermanas de Nuestra Señora de Caridad son las Reglas y Constituciones, por el que avanzarán de virtud en virtud hasta llegar a contemplar al Esposo eterno en Sion. Marchen pues sabia y cuidadosamente sin desviarse ni a derecha ni a izquierda ».

Constitución LIV

Sepultura de las hermanas

« Cuando mueran las hermanas se invitará al padre espiritual, o en su ausencia al confesor, con otros dos sacerdotes asistentes para la sepultura como está señalado en el Directorio.

deber de hacerlo, o de quienes su devoción singular merece hacer excepción, sin embargo con permiso y dispensa especial del obispo.

« Las hermanas no se ocuparán de lo requerido para las sepulturas y dejarán que lo haga a quien corresponda con los provechos y emolumentos ».

FORMULARIO PARA LA RENOVACIÓN DE LOS VOTOS

« Escuchen, cielos, lo que voy a decir y escucha tierra los propósitos de mis labios. A ti, Jesús, Salvador mío, mi

corazón te habla a pesar de ser solo polvo y ceniza. Oh mi Dios, reafirmo y renuevo con todo mi corazón los votos que hice a tu divina Majestad, de vivir en perpetua castidad, obediencia y pobreza » y de ocuparme de la instrucción de las jóvenes y mujeres que luego de haber vivido licenciosamente entren en este monasterio para hacer penitencia, en cuanto la obediencia me emplee en ello, « según la Regla de san Agustín y las Constituciones de nuestra Señora de Caridad para cuya observancia me ofrezco y consagro mi persona, mi vida a tu divina Majestad, y a la sacratísima Virgen María, Madre tuya, Señora nuestra, y a dicha congregación. Recíbeme, Padre eterno, entre los brazos de tu piadosa paternidad, a fin de que lleve constantemente el yugo y la carga de su santo servicio y me abandone para siempre a tu divino amor, al que de nuevo me dedico y consagro.

« Oh muy gloriosa, sagrada y dulce Virgen María, te suplico por el amor y la muerte de tu Hijo que me recibas en el regazo de tu protección maternal. Escojo a Jesús, mi Señor y mi Dios, como único objeto de mi dilección. Escojo a su santa y sagrada Madre como mi protectora y a su congregación para mi perpetua dirección.

« Gloria sea al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Amén. »

VIVA JESÚS Y MARÍA

REGLAMENTO PARA LAS JÓVENES Y MUJERES PENITENTES

CAPÍTULO I *ACOGIDA*

Esta comunidad, integrada de jóvenes y mujeres viudas cuya vida es irreprochable, fue fundada para acoger a jóvenes y mujeres que habiendo caído en el pecado deshonesto quiere, recibirá en cuando la capacidad de la casa lo permita a todas las que se presenten con tal que en retirarse de él para convertirse a Dios, recibirá, en cuanto la capacidad de la casa lo permita, a las que den las siguientes cualidades:

1. Que parezcan atraídas por Dios y quieran convertirse.

2. Que ingresen voluntariamente a dicha casa. No será recibida la que venga forzada u obligada.

3. Que no estén en embarazo o afectadas de enfermedad que pueda perjudicar a las demás.

Cuando estén dentro del monasterio estarán separadas algún tiempo de las demás penitentes para conocer su carácter, los motivos que tienen para entrar y que no haya nada que les impida estar con las demás.

No se permita a nadie de fuera de quien haya sospecha, sea hombre o mujer, hablar con ellas, incluso a sus mismos familiares, Tendrán su comedor, dormitorio, capilla, jardín, patio y todo lo demás enteramente separado de las religiosas por una pared en la que haya un torno por el que se les pasará lo que sea necesario para beber, comer y otras necesidades. Aunque estén en el mismo monasterio no tendrán comunicación alguna con las religiosas sino solo con las que las dirigen como se dirá luego.

Habrà una puerta en la pared por la que dos religiosas, por orden de la superiora, entrarán al lugar donde están las penitentes, para quedarse con ellas durante el día, en una sala donde estén todas reunidas, a fin de vigilar sus comportamientos, hacerlas orar a Dios y hacerles algunas lecturas espirituales a determinadas horas y hacerlas trabajar el resto del tiempo. Al llegar la noche, luego del examen y de las oraciones, las penitentes se retirarán a sus habitaciones y las dos religiosas cerrarán la puerta de la pared y entregarán la llave a la superiora. Luego se reirán a su celda que debe estar al lado de las penitentes y en la que habrá una puerta cuya llave tendrán las religiosas a fin de

poder entrar en el dormitorio de las penitentes en caso de accidente.

Debe haber además en la misma pieza una ventana pequeña con reja, que cierra del lado de las religiosas y una lámpara encendida ante una imagen de la santa Virgen; esta imagen estará en el dormitorio de las penitentes al lado opuesto de la reja.

Si la superiora lo tiene a bien, la maestra podrá tener la llave a lo largo del día, para entrar y salir, ella y su compañera, cuando sea necesario. Entre las religiosas se escogerá las de mayor edad y de costumbres para enviarlas durante el día donde las penitentes; no está permitido a otras entrar allí sino con orden de la superiora. No se enviará siempre las mismas sino que se irán turnando, una de las dos o las dos, para mayor seguridad. Si hay sospechas de una penitente se la encerrará con llave en una celda durante la noche.

Manifestarán respeto y obediencia a sus maestras, es decir, a las religiosas que las dirigen. Las mirarán y respetarán como a personas que ocupan el lugar del Salvador y que cooperan con él en la salvación de sus almas.

Al momento de entrar en la casa se hará un listado de todas las maletas y muebles que traigan y se hará que lo firmen. Una vez que hayan entrado dejarán todos los adornos de vanidad y se hará que todas estén vestidas sencilla y modestamente. No entrarán a las celdas de las demás sin permiso.

Se podrá tener en la casa alguna viuda honesta o alguna persona mayor, ejemplares, que estén resueltas a quedarse siempre para ayudar a dirigir las. Estas podrán tener su lecho en el dormitorio de las pendientes para vigilarlas en ausencia de las maestras y tendrán además libertad de salir del monasterio para ir a buscar trabajo y traer lo que han hecho.

CAPÍTULO II

Salida

No se las tendrá siempre en el monasterio sino que una vez que han sido suficientemente instruidas y sólidamente establecidas en el temor de Dios se entregarán a sus padres o serán colocadas en alguna buena condición, o se hará que se casen si Dios suscita la ocasión. Si algunas no quieren salir de la casa y desean acabar su vida en ella se las guardará con tal que tengan las condiciones requeridas de humildad, docilidad, obediencia y observancia de lo que se les ordene, con amor y apego a su vocación más que a ninguna otra, como medio que Dios les da de alanzar su salvación.

Si alguna desea ser religiosa será enviada a los monasterios de penitentes que hay en otras ciudades, pues nunca serán religiosas en esta casa por buena calidad y talento que tengan.

Si alguna quiere retirarse antes de estar suficientemente instruida y sólidamente restablecida en el temor de Dios, o

que se vuelva terca y maligna, primero se hará lo posible por tenerla usando de bondad y reproches, y si es necesario se empleará el rigor y algún castigo como la prisión u otras penitencias. Si a pesar de todo persiste en querer salir se le abrirá la puerta y se entregará a sus familiares o a quienes la trajeron.

CAPÍTULO III

Horario

- Se levantarán durante el verano a las cinco de la mañana, y en invierno a las cinco y media.
- Una vez vestidas se reunirán al sonido de la campana en su oratorio para las oraciones de la mañana que les serán prescritas.
- Harán juntas una media hora de oración, las que sean capaces de hacerlo.
- Una hora después de su levantada, por tarde, se filarán para su trabajo, el que no dejarán sino para ir a la santa misa y al comedor y a los que la obediencia les permita.
- Escucharán cada día la santa misa en cuanto las circunstancias lo permitan.
- Durante la hora de Tercia dirán juntas la corona de Nuestro Señor mientras trabajan.
- Durante el trabajo después de la misa pueden cantar cánticos espirituales.

- Un cuarto de horas antes del almuerzo dirán las letanías de Nuestro Señor y al final harán el examen de conciencia.
- Tomarán su comida después de la comunidad, durante la cual algunas de las religiosas, si la superiora lo juzga oportuno, les harán la lectura y les servirán a la mesa.
- Una vez dicho el *Benedice* se sentarán a la mesa, cada una según su puesto, y se ubicarán con modestia y sin ruido ; esperarán la señal para desdoblar la servilleta.

Las maestras tomarán su alimento con ellas, a menos que la superiora disponga otra cosa, para estar atentas a su comportamiento, pero tendrán su mesa aparte a la que no se invitará a ninguna penitente, cualquiera que sea su condición. Si alguna termina de comer antes que las demás permanecerá en su puesto, escuchando la lectura, y en espera de que las otras terminen, y no se levantarán sino cuando todas hayan acabado y cuando se dé la señal.

Terminada la acción de gracias irán todas a decir un *Ave María* ante la imagen de Nuestra Señora y ofrecerán a Nuestro Señor el resto de la jornada. El recreo durará una hora aproximadamente, durante el cual se les permitirá hablar de lo que deseen con tal de que en su conversación se abstengan de cosas malas.

No se les permitirá hablar de modas, vanidades o curiosidades del mundo ni de nada que no sea honesto, modesto y lleno de temor de Dios. No les estará permitido hablar en secreto entre sí, y cuando hablen que sea en voz

alta a fin de que pueda ser escuchada. Durante el recreo continuarán siempre su labor hasta las dos de la tarde.

- A las dos se les hará una lectura piadosa y en ocasiones, si es necesario, se les dará catecismo.
- Entre las tres y la cinco dirán vísperas y completas, y si es bueno, harán un cuarto de hora de lectura sobre la que dirán su opinión, o bien cantarán las letanías de la santa Virgen o algunos cantos espirituales.
- A las cinco dirán juntas en voz alta, mientras trabajan, el rosario de Nuestra Señora y luego guardarán silencio, durante el cual podrán hacer oración las que sean capaces, luego dirán a su maestras las prácticas que hicieron.
- A las seis y media cenarán y durante la cena se hará lectura como al medio día. Luego tendrán una hora de recreo.
- El resto del tiempo hasta las oraciones finales las maestras las ocuparán en lo que juzguen mejor y siempre mientras laboran.
- A las 9 se hará la oración de la noche conforme al libro *Ejercicio de piedad*. Luego se retirarán para acostarse a las 10.

CAPÍTULO IV

Observancia del silencio

A fin de satisfacer, en parte al menos, a la divina justicia por los pecados de palabras que se cometen y aprender a mortificar la lengua que, según el apóstol Santiago es fuente

de toda iniquidad, se abstendrán de hablar y guardarán silencio,,

1.A partir del primer golpe de *Maitines* hasta *Prima* del siguiente.

2.Desde la una hasta la dos de la tarde.

3.Desde *Completas* hasta el recreo que sigue al almuerzo.

Fuera de esto no les está permitido hablar en el lugar donde escuchan la santa misa, ni en el dormitorio ni en el comedor.

No se les permitirá hablar a la gente de afuera, sin asistente, a menos que se trate de sus padres o madres, y que sean ellos quienes las trajeron a la casa.

CAPÍTULO V

La penitencia que deben practicar

Se preguntarán a sí mismas, a imitación de san Bernardo, *¿por qué viniste aquí?* Tendrán presente que vinieron para aprender a conocer, amar y servir a Dios y comenzar una nueva vida.

Sabrán que no existe otro medio de evitar la condenación eterna y de hacerse dignas de ver un día el rostro de Dios que el de una verdadera penitencia. Para ello, una vez entradas a la casa, se prepararán para una confesión general mediante un buen examen y mediante varias oraciones que harán a Nuestro Señor, a su santa Madre y a todos los santos para alcanzar de Dios verdadera contrición de sus pecados y la gracia de confiarlos clara, humilde y enteramente y corregirse de ellos para siempre.

Además es esforzarán en cuanto les sea posible, por hacerse agradables a Dios y confundir al diablo durante el resto de sus vida mediante oraciones, ayunos y toda suerte de santa acciones, en especial por el ejercicio de la humildad, la obediencia y la mortificación de sus sentidos e inclinaciones.

Ayunarán y aplicarán la disciplina todos los viernes menos en la semana de Pascua para mantener y acrecentar en ellas las santas virtudes y el temor de ofender a Dios. Ayunarán también todas las viglias de las fiestas de la santa Virgen. Las que estén llevadas a austeridades exteriores y corporales declararán sus deseos a su maestra la cual les permitirá hacerlas según lo juzgue a propósito para ejercitarlas a la práctica de la penitencia.

Las que estén atraídas a verdadera y perfecta humildad, y otras virtudes interiores, la superiora podrá hacerles la caridad de dirigirles una corta exhortación, en forma de capítulo, donde dirán sus faltas en voz alta, tres o cuatro, una tras otra. Hecho esto la corregirá y las exhortará, según se los inspire el Espíritu Santo, a que lo hagan todos los viernes del año, a menos que caiga una fiesta notable en la semana, que anticipe o aplase ese ejercicio según considere.

No harán nada sin la autorización de su maestra y no beberán ni comerán fuera de la comida ordinaria, ni se darán ni prestarán algo sin el mismo permiso.

Se les leerá la *Vida de lo santos*, o *La guía de pecadores de Granada*, o el *Memorial de la vida cristiana*, o algún otro

libro que trate de los novísimos del hombre, de la Pasión de Nuestro Señor y otros parecidos, según lo considere la superiora.

CAPÍTULO VI

Confesión y comunión

Se tendrá cuidado especial de instruir las sobre los santos sacramento de Penitencia y Eucaristía, y de enseñarles las disposiciones con las que deben ser recibidos y el fruto que se debe sacar de ellos.

Se confesarán al menos cada ocho días y comulgarán cada mes, más o menos, según el juicio del confesor y de la superiora quienes no serán fáciles de permitir la santa comunión sino a las que la usen bien.

CAPÍTULO VII

Otras reglas que deben observar todas las hermanas penitentes

Tendrán siempre ante los ojos el tiempo perdido, el menosprecio que han hecho de las gracias que Dios les hizo al sacarlas de la desdicha. Se esforzarán por reparar el tiempo perdido y doblar el paso para satisfacer el pasado y soportar valerosamente las dificultades que se encuentren en el camino de la Penitencia que abrazaron.

Se les encomienda únicamente el cuidado de la castidad. Para combatir de manera muy consciente las inclinaciones y hábitos que han podido contraer tendrán siempre gran cuidado en sus conversaciones. No se tocarán unas a otras ni por juego ni por amistad. Mucho más aún se abstendrán de besarse y de toda acción indecente, de palabras deshonestas y canciones mundanas, y de cuanto hiera la honestidad.

Para diversas necesidades que pueden darse en la casa habrá siempre una pieza separada, retirada de los lugares de Regla, y sana en cuanto se pueda, pero fuerte, bien cerrada con llave y tranca si es necesario, donde se pueda encerrar por un tiempo las que den motivo por su mal comportamiento. Si alguna se resiste a entrar se le hará entrar por fuerza y mientras esté allí, será tratada como ordene la superiora.

La obediencia es pedida a todas, como lo más importante de la casa. Entiendan que las faltas contra ella serán castigadas como se merece, pues es la virtud por la que principalmente el buen orden de la casa debe ser mantenido y conservarse.

Cuidarán grandemente la modestia y se guardarán de cuanto le sea contrario especialmente gritos, burlas, bromas, risotadas excesivas y todo movimiento o gesto indecente. De ordinario tendrán la mirada baja, caminarán despacio, hablarán en voz baja y moderadamente, sin interrumpirse unas a otras, y sin ser altaneras o ligeras en su discurso. Si sus manos no están ocupadas las tendrán

dentro de las mangas. Se mantendrán limpias cuidadosamente en todo pero sin afectación.

Se amarán como hermanas pues de veras lo son y solo así y se llamarán. Se dedicarán con afecto a servir a las demás y a consolarlas en sus enfermedades, a apoyarlas y prevenir por honor y a evitar conscientemente en su trato todo cuanto pueda herir y alterar la caridad. Deben saber que no se les tolerará ninguna burla o mofa, reproches o querellas, ataques injuriosos y palabras hirientes y mordaces, muestras de desprecio o desdén, camorras, ofensas, altercados y discusiones, ni nada que quebrante la unión. Sepan que serán castigadas como merezcan sus faltas. Sobre todo si se presenta alguna que con mala intención reprochara a otra su pasado será castigada como autora de una de las mayores faltas y de las más nocivas que puedan cometerse en la casa.

No hablarán mal de nadie presente o ausente. Si alguna por indiscreción, por malicia o ligereza de espíritu, lance alguna palabra que huela así sea poco a detracción las demás cuidarán de separarla y poner a otro propósito por delante.

Cuando sean regañadas o amonestadas por la superiora o la maestra por alguna falta cometida, sea al hablar o de otra forma, se pondrán de inmediato de rodillas y escucharán humildemente, sin interrumpir o excusarse; si alguna responde atrevida e irrespetuosamente, serán castigada de inmediato o en otro momento de modo que esté sobre aviso. No les está permitido hablar con alguna religiosa de la

casa, excepto con las que conviven con ellas, si no es con expresa autorización de la superiora.

No irán a las rejas sino para hablar al superior o a aquellos con quienes dialoguen de sus conciencias. Solo la superiora podrá permitirlo en ocasión urgente. En todo caso no se permitirá que sean vistas por los extraños que solo les hablarán con la reja cerrada y en presencia de la superiora o al menos de la maestra o de otra religiosa.

Cuando estén en su trabajo o en alguna reunión de la comunidad no se permitirá a ninguna ausentarse o retirarse sin autorización expresa de la maestra o de la que preside; cuando salgan todas juntas marcharán de a dos modestamente y se dirigirán en este orden al lugar a donde deben ir.

Si alguna se encuentra mal o tuviera necesidad de reposar en la mañana extraordinariamente con permiso, o de ir a la cama antes que las otras, la directora cerrará con llave el dormitorio. Si fueran dos o varias, la acompañante, o alguien destinada para ello, quedarán en dormitorio hasta que se levanten o que las demás se retiren.

Si se encuentran mal extraordinariamente avisarán a la maestra para sean auxiliadas y aliviadas con caridad. Si son enviadas a la enfermería obedecerán no solo a la maestra y a la superiora sino también a la enfermera y al médico en lo que respecta a la salud. Recordarán recibir la enfermedad de la mano de Dios y aceptarla en satisfacción de sus pecados pasados. Se esforzarán por no manifestar ningún signo de impaciencia o desagrado, sea por su enfermedad,

sea por el servicio que se les brinda. En cambio den buena edificación tanto a los médicos como a los confesores y a quienes las visiten y las traten.

Si el mal empeora y se vea que corren peligro serán socorridas en lo espiritual ni más ni menos que las religiosas. Si llegan a morir será sepultadas en el monasterio y se harán todas las oraciones acostumbradas para la sepultura. Se rezará el Oficio y se dirá una Misa con comunión general de toda la comunidad y las hermanas penitentes dirán un rosario por su descanso.

El día primero de cada mes, si no está ocupado por una solemnidad, o el día siguiente, se leerán las Reglas en el comedor y su lectura continuará sin intermisión de otra lectura, hasta que se terminen.

ORACIONES DE CADA DIA

Al servicio de las penitentes²⁹

Al finalizar el rezo de Prima, la maestra entona el Ave María Filia Dei Patris, el Memorare, el Ave María, el Veni Sancte, el Sub tuum, tres veces el Monstra te, el Salve Regina. La joven que esté de semana dice en seguida la

²⁹ Evidentemente son inspiradas por el Fundador. Era normal decirlas en latín por todas.

profesión de humildad. Si antes se dice la Misa, dirán estas oraciones después de la Misa.

Al salir de la Misa, antes de comenzar las ocupaciones, dicen de rodillas el Ave María. La maestra lo entonará.

En la hora de Tercia comienza el Veni sancte y la corona de Nuestro Señor. Cantan luego los mandamientos de Dios o bien se va a Misa si no la ha habido y se canta a las diez.

A las nueve de la mañana y de la noche la maestra hace el acto de adoración al divino Corazón de Jesús.

Un poco antes del almuerzo la maestra comienza las letanías del Santo Nombre de Jesús y dice el Confiteor hasta el mea culpa, y luego del examen, hace el acto de contrición y termina el Confiteor.

Antes de empezar el recreo hacen el acto de ofrenda y dicen el Ave María. Al fin del recreo la maestra empieza el Veni sancte y luego de una media hora de silencio, las jóvenes cantan el Veni Creator, el Miserere, o bien algún himno o cántico hasta la lectura

Una vez que la maestra ha dicho sus vísperas comienza el oficio de la Concepción.

A las cuatro entona las letanías de la santa Virgen y el Ave maris stella.

En Completas comienza el rosario y al finalizarlo dicen el Salve Regina y el De Profundis. Luego la maestra lee el punto de la oración.

En cuaresma cantan el Stabat Mater al fin de la oración, y en seguida en voz alta la maestra reza las letanias de la Pasión.

En el silencio de la noche comienza el Veni Sancte y uego se dice la corona de la santa Virgen, el versículo María, Mater gratiae y el Jesu tibi. Luego la maestra empieza la oración O Passio magna, Anima Christi y el de Profundis. Los sábados cantan el Inviolata y tres veces Monstra te, con el versículo y la oración.

A las nueve comienza el Ave María, Ave Cor sanctissimum, seguido las letanias de los santos ángeles y viene en seguida el punto de oración y comienza el Salve Regina durante el cual las jóvenes se ponen de rodillas para hacer las oraciones y la preparación a la muerte.

Los domingos y las fiestas luego de las oraciones de la mañana la maestra empieza el Ave María Filia Dei Patris, y demás oraciones que se dicen antes de Prima.

Luego de la acción de gracias la semana entona el Tibi laus, para decir la corona de la santa Trinidad ; en seguida se dice la de la santa Virgen y oras oraciones que se hacen los demás días durante el silencio de la noche y se termina con las letanías del Santo Nombre de Jesús y el examen.

A la una la maestra dice el Veni sancte y comienza el rosario y luego lee el punto de oración. Luego de vísperas entona el Ave María, el Ave Cor y las letanías de los ángeles. La semana lee el ejercicio de la muerte y en seguida la maestra comienza el Salve Regina. Terminada la oración de

la noche todas cantan las letanías de la santa Virgen y el Ave maris stella.

ACTO DE ADORACIÓN AL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS

Oh sagrado Corazón de Jesús, te adoro con todas las facultades de mi alma. Te las consagro para siempre con todos mis pensamientos, palabras y obras. ¡Ojalá pudiera tributarte, oh divino Corazón, tantas adoraciones, amor y gloria como tributas a tu Padre eterno. Sé tú mismo el que suple mis defectos, el protector de mi vida, mi asilo a la hora de mi muerte. Te pido la misma gracias para todos los pobres pecadores, los corazones afligidos, lo agonizantes y por todos los hombres que hay en la tierra, a fin de que el precio de tu preciosa sangre no se pierda para ellos. Haz que se aplique también al descanso de las almas del Purgatorio. Es o que quiero pedir, oh Corazón adorable, con todas las palpitaciones de mi corazón y de mis vnas hasta el último suspiro de mi vida. Amén.

DIRECTORIO ESPIRITUAL PARA LAS HERMANAS DE NUESTRA SEÑORA DE CARIDAD³⁰

Artículo I

Al levantarse y la rectitud de intención

³⁰ Es íntegro de san Fancisco de Sales. San Juan Eudes hizo algunas precisiones sobre todo de fiestas.

En primer lugar, las hermanas deben, al despertar, arrojar todas sus almas en Dios con algunos pensamientos como los siguientes:

El sueño es imagen de la muerte. El despertar es imagen de la resurrección. Es como escuchar la voz que proclamará en el último día: ¡Muertos, levántense y vengan al juicio! O con Job: Creo que mi redentor vive y que en el último día resucitaré. Oh Dios mío, que sea para la gloria eterna. Es la esperanza que abriga mi seno. « En aquel día me llamarán, Dios mío, y yo los responderé. Pondrás tu diestra en la obra de tus manos. Contaste todos mis pasos. Las hermanas harán así santas aspiraciones u otras que el Espíritu Santo les sugiera. Sigán con libertad su atractivo interior.

Al comenzar a vestirse, hecha la señal de la cruz, dirán: Cúbreme, Señor, con el manto de la inocencia y con vestido de la caridad. Jamás permitas que me presente desnuda de buenas obras en tu presencia.

Luego se preparan para el ejercicio de la mañana pensando brevemente en las imperfecciones a que están más sujetas y en las resoluciones que deben tomar contra ellas.

Cuando se toque el Ave María se pondrán de rodillas en el lecho, o por tierra si ya están vestidas. Luego hacen el ejercicio de la mañana adorando a Nuestro Señor desde lo más profundo de sus almas. Le agradecen por todos los beneficios y le ofrecen sus corazones con sus afectos y resoluciones y todo su ser, en unión de la ofrenda amorosa que el Señor hizo de sí mismo a su Padre eterno en el árbol

de la cruz. Le pedirán su ayuda y bendición. Saludan también a Nuestra Señora y le piden su bendición así como de su ángel y de los santos protectores y dirán el Pater noster, etc., si les parece bien.

Todo esto se hace viva, corta y brevemente, y de rodillas. En el resto del tiempo ocuparán su mente con el punrto de la meditación.

En verano tenderán sus camas y si es posible se lavan las manos y la boca antes de la oración. Para ello es necesario que sean ágiles para levantarse y vestirse.

Para la oración seguirán las enseñanzas de la *Introducción a la vida devota*, del *Tratado del amor de Dios*, de los *Diálogos espirituales*, y otros buenos libros conformes a estos. Particularmente sigan el atractivo y la guía del Espíritu Santo y de la dirección que les será acordada. No se diviertan nunca en sutilezas y vanas supereminencias que son solo engaños y decepciones. La práctica seria de este ejercicio es una de las más importantes que hay en la Religión y la Vida espiritual.

Artículo II

Fijar la intención de los ejercicios

Las hermanas que quieren avanzar y hacer progresos en el seguimiento de Nuestro Señor, deben al comienzo de todas sus actividades, tanto interiores como exteriores, pedir su gracia y ofrecer a su divina voluntad todo lo que hagan de bueno preparándose para recibir penas y mortificaciones

que encuentren en paz y dulzura de espíritu, como que vienen de la mano paternal de nuestro buen Dios y Salvador, cuya muy santa intención es hacerles merecer con tales medios para luego recompensarlas con la abundancia de su amor. No descuiden las cosas pequeñas que les parezcan de menor importancia ; más aún empléenlas para cosas que les sean del todo agradables y conformes a su voluntad y necesidad como beber, comer, reposar, recrearse y cosas semejantes, y siguiendo el consejo del apóstol que cuanto hagan sea hecho en el nombre de Dios y para su beneplácito.

Artículo III

El Oficio divino

Las hermanas recitarán de ordinario el Oficio parvo de Nuestra Señora pues esta Orden fue fundada especialmente para trabajar en la instrucción de jóvenes y mujeres penitentes y en honor de la bienaventurada Virgen Nuestra Señora.

Los domingos y fiestas de guarda añadirán las conmemoraciones como se marca en el ordo del Oficio.

Se recomienda instantemente a las hermanas la sencillez y prontitud en la obediencia, y por tanto cuando se toque para el Oficio deben correr a la voz del Esposo que las llama, es decir, partir alegremente al primer golpe de la campana a ponerse en la presencia de Dios, y a imitación de san Bernardo pedir para las almas lo que van a hacer al coro. Podrán ejercitarse en esta conducta en los demás ejercicios

para que lleven a cada uno de ellos el espíritu necesario, pues hay que tener la misma actitud en el coro y en la recreación.

Es necesario en los ejercicios que miran inmediatamente al honor y al servicio de Dios aportar un espíritu humilde y rebajado, grave, devoto y seriamente amoroso.

Antes de comenzar el Oficio las hermanas encenderán sus almas con afectos semejantes y después del acto de adopción, ofrecerán a Nuestro Señor esta acción para su gloria y para el honor de la santa Virgen Nuestra Señora y Maestra y para salvación de todas las criaturas.

Al decir Deus in adjutorium... deben pensar que Nuestro Señor les responde: « Estén también atentas a mi amor ».

Para mantener el respeto y la atención convenientes deben considerar de tiempo en tiempo que es para ellas un honor y una gracia hacer acá en la tierra lo que hacen en el cielo los ángeles y los santos. Aunque con lenguajes diferentes proclaman las alabanzas del mismo Señor, cuya grandeza y majestad hacen estremecerse a los más altos serafines.

Las que entienden un poco lo que dice el Oficio empleen fielmente ese talento según el beneplácito divino. Es regalo de Dios para ayudarles a mantenerse recogidas mediante buenos afectos que pueden sacar de los textos. Las que nada entienden estén sencillamente atentas a Dios haciendo jaculatorias amorosas mientras el coro dice el versículos y ellas hacen las pausas.

Pero la principal atención y mayor cuidado que deben tener las hermanas que todavía no están habituadas al Oficio es pronunciar bien, hacer los acentos, pausas, intermedios, y prever lo que van a decir según la indicación que se les ha dado. Estén listas para comenzar y hacer las ceremonias con seriedad y devoción, sin exceder en el temor de fallar ni en la presunción de hacerlo bien.

En resumen, las hermanas tendrán afecto y atención especial para que el Oficio sagrado se celebre con la reverencia y devoción debidas a la divina Majestad y con la observancia del ceremonial.

Artículo IV

Manera de escuchar la santa Misa

Mientras el sacerdote se prepara hay que ponerse en la presencia de Dios. Cuando diga el Confiteor hay que prosternarse ante Dios, reconocer los pecados, detestarlos y pedirle perdón. En seguida se dice el Misereatur y el Confiteor con el ayudante. Luego se puede decir el rosario o alguna oración que se prefiera, hasta el evangelio durante el cual hay que ponerse rápidamente en pie para testimoniar que estamos prontos para caminar en la vía de los mandamientos del evangelio y decir: Jesucristo fue obediente hasta la muerte y muerte en cruz. Al hacer la señal de la cruz en la frente, en los labios y en corazón decir: Dios esté en mi espíritu, en mis labios y en mi corazón a fin de que reciba su santo evangelio. Si se dice el Credo se dice

el común afirmando mentalmente querer vivir y morir en la fe de la santa Iglesia.

Después del Sanctus, con gran humildad y reverencia, hay que pensar en el beneficio de la pasión y muerte del Salvador y suplicarle que lo aplique a la salvación del mundo y particularmente de la nuestra, y la de todos los hijos de su Iglesia, a la conversión de las jóvenes y mujeres extraviadas, a la gloria y felicidad de todos los santos y al alivio de las almas del Purgatorio.

En la elevación del Santísimo Sacramento, con gran contrición del corazón hay que adorarlo, luego con el sacerdote ofrecerlo a Dios Padre para la remisión de nuestros pecados y los de todo el mundo, y ofrecernos a nosotros mismos a él con toda la Iglesia. Pasada la elevación hay que agradecer a Jesucristo por su pasión y por la institución del Santísimo Sacramento del altar.

Cuando el sacerdote dice el Pater hay que decirlo con él vocal o mentalmente, con gran humildad y devoción, como si lo estuviéramos escuchando de labios del Señor y repetirlo palabra por palabra con el celebrante. Luego, si no se quiere hacer la comunión real hay que hacerla espiritual, allegándose a Nuestro Señor con el santo deseo de estar unidos a él y recibirla en su corazón.

En la bendición pensemos que Jesucristo mismo nos da su bendición.

Artículo V

El examen de conciencia

Las hermanas deben hacer el examen dos veces al día, en la noche después de maitines y en la mañana después de nona. Sigamos este esquema.

Después del Pater, del Ave y del Cedo, que se dicen al finalizar los Oficios, las hermanas darán gracias a Nuestro Señor por todos sus beneficios, en especial por el de su pasión, sus divinos sacramentos, el bien de la vocación y de haberlas conservado en este día, socorriéndolas durante él en todas sus necesidades. Es necesario que confiesen y reconozcan ante Dios que este día no pasó sin que en algo hayan ofendido a Dios. Y porque somos ciegos en nuestros propios asuntos hay que pedir la gracia de la luz del Espíritu Santo para reconocer las faltas.

Luego dicen el Confiteor hasta el mea culpa, y se entregan a buscar en sus acciones, palabras, pensamientos a partir del último examen. Habiendo identificado el número y la especie de sus pecados los añadirán a los del último examen y por todas ello piden humildemente perdón a nuestro Señor, y terminan el Confiteor. Formularán el propósito de corregirse, mediante la gracia de Dios, que pedirán con este fin con todo el afecto y la devoción que les sea posible. En seguida encomendarán a la divina misericordia sus almas, sus cuerpos y su ser. Oran por la Iglesia, por sus familiares y por los que tengan especial deber sin olvidar a las pobres almas penitentes y las almas del Purgatorio y saludan a Nuestra Señora, al ángel de la guarda y a los santos patronos.

Si al examinarse no encuentran nada que notar se humillarán profundamente ante Dios y le darán gracias, reconociendo sin embargo que de seguro han cometido faltas de que no guardan memoria ni conocimiento.

Para facilitar su examen les será útil, cuando caen en alguna falta durante el día, examinarse de inmediato y pensar en qué circunstancia la hicieron para humillarse ante Dios y grabarla en su mente para considerarla en su examen del final del día.

En el examen de la mañana no hay que tener tantas formalidades. Solo, luego del Pater, el Ave y el Credo hay que decir el Confiteor y considerar un poco cómo se han comportado en la mañana en los oficios y la oración. Si se descubre alguna falta añadirla a las precedentes y hacer el acto de contrición con el firme propósito de enmendarse.

Como ayuda de la memoria para conocer bien las faltas consideran cómo se han comportado en la oración, en las tareas, en los silencios, en las reuniones comunes y si han sido empleadas en algo extraordinario, y también, si han tenido autorización para hablar en particular, de qué estuvieron hablando pues allí hay peligro de fallar.

Además de ese examen general podrán practicar el particular que gira en torno a una virtud especial que sea más conveniente y que se oponga directamente a las imperfecciones a las que se está más inclinado.

No solo las hermanas harán estos exámenes. Pueden también, con ocasión de las Fiestas y cuando la superiora lo

juzgue bien, podrán emprender conjuntamente acciones y desafíos para la práctica de algunas virtudes.

Artículo VI *El comedor*

Que las hermanas no vayan al comedor solo para comer sino también para obedecer a Dios y a la Regla, escuchar la santa lectura, decir las culpas, recibir las advertencias y hacer las mortificaciones que de ordinario se practican en él.

Entren en él con gravedad y modestia, los vestidos no arremangados, los ojos bajos. Hagan la inclinación al crucifijo y se filen de coro en coro. Tres de ellas pueden ponerse de rodillas ante la mesa de la superiora para decir cada una falla, breve y claramente, hablando a voz media, que pueda ser escuchada fácilmente.

La superiora, en su puesto, dice el Benedicite. Las hermanas, juntas las manos, se inclinan durante la bendición, antes de tomar asiento.

La lectora, en pie, las manos juntas, inclinada con la que va servir la mesa, dice el Jube, Domine, benedicere. La superiora responde, Mensae, etc. La lectura sube a la tarima, o de pie, las manos juntas, dice In nomine Domini Jesucristi. Las hermanas responden Amén.

Comienza la lectura. La superiora dará la señal diciendo *En el nombre de Dios*. Las hermanas despliegan sus servilletas.

No dejarán puestos vacíos sino en los dos extremos para las que falten. Estas besarán el piso en medio del comedor antes de sentarse, si por negligencia llegan tarde.

Si alguna es muy delicada o demasiado ávida de comer que al entrar tome la resolución, invocada la gracia de Nuestro Señor, de sobreponerse vigorosamente. La delicada que recuerde la hiel que dieron a Nuestro Señor en medio de amargos dolores. La que es ávida piense en las abstinencias y ayunos rigurosos de los Padres del desierto y de tantos otros santos que vencieron poderosamente su sensualidad.

Que no se levanten de la mesa sin haber hecho alguna mortificación en algo. Que usen sin escrúpulo ni ceremonia los alimentos que se les dan para alivio de sus enfermedades tomando indiferentemente de la mano de Nuestro Señor todas las comidas, las que gustan y las que nos les agradan, incluso aún en la enfermería. Reciban con acción de gracias lo que se les da reconociendo que nos son merecedoras de trato tan delicado y caritativo.

Cuando se hacen las mortificaciones usadas (lo que se hace cuatro o cinco veces), las hermanas a quienes se les besan los pies, avanzan uno un poco y se mantendrán en pie e inclinadas cuando es la superiora. Al final, las que besaron, regresan al medio de comedor y besan la tierra y vuelven a sus puestos. Las que comen en el suelo al acabar se mantendrán de rodillas o sentadas en su fila en el mismo sitio hasta la señal. Los días de fiestas y capítulos, en

ausencia de la superiora, la asistente o la comisionada, no habrá culpa ni advertencias.

La que sirve remangará su vestido, y sus anchas mangas, hasta el codo, se ceñirá un delantal, y tomará de la ventana del servicio la bandeja con las porciones. Hará inclinación en medio del comedor y luego a la superiora, y cuantas veces pase delante de ella. Le presentará su porción y dará la porción a la asistente y continuará con el lado de la superiora y luego con el de la asistente. Cada una tomará su porción sin escoger. No se pasarán nada unas a otras, menos a la superiora cuando lo juzgue conveniente.

La que sirve ese atenta de que nada falte a las hermanas. Al fin del primer plato pondrá las sopas de la segunda. Las hermanas deben mantenerse tranquilas y limpias en el comedor.

Durante la comida se leerá una vez al año el Costumbrero y el Directorio, excepto el de la directora y las mortificaciones que se harán un poco antes de la visita; una segunda vez en el mismo año el Prefacio de las Reglas y una vez al año los diálogos y sermones según las fiestas que caigan.

Luego de la comida la superiora dará la señal de terminar. La lectora dirá Tu autem Domine miserere nobis y todas responderán Deo gratias. Vendrá con la que ha servido, la cual remangará el vestido y las mangas y besarán la tierra en medio del comedor, harán la venia a la superiora e irán a sentarse a la mesa.

La superiora comienza nuevamente las gracias del breviario, según los tiempos, desde su puesto, y las hermanas en filas responderán como en el Benedicite. Luego se harán las advertencias. Las hermanas domésticas y las dispenseras dicen sus culpas, de rodillas, ante la superiora y una vez dichas se retiran.

La semanera entona el De Profundis, que las hermanas responden alternativamente, y acercándose de a dos, una de cada grupo, harán la venia a la superiora y se van, terminado el De Profundis, en silencio, al lugar del recreo.

La lectora de la segunda mesa comenzará y terminará la lectura como la primera pero sin repetirse. A la colación solo se dirá el Ave María, santiguándose, como Benedícite y acción de gracias. Se repartirán tres onzas de pan con un poco de fruta cocinada o cruda y se hará lectura todo el tiempo.

Los domingos todas, de rodillas, reciben la bendición de la superiora después de la de la lectora.

Artículo VII

El recreo

Las hermanas, camino del recreo, pedirán a Nuestro Señor la gracia de no decir ni hacer nada que no sea para su gloria. Al entrar a la sala la primera palabra será *Dios sea bendito*, que será el primer saludo incluso en el locutorio. Se acomodan prontamente y toman sus labores, que

mantendrán siempre en el lugar de la reunión, o muy cerca de modo que lo puedan tomar cómodamente.

No manifiesten en el recreo actitudes tristes o disgustadas sino un rostro gracioso y afable y se mantengan así como prevén las Constituciones. Y como las hermanas deben, con sencillez y franqueza, recrearse por obediencia, deben también por devoción acostumbrarse a hablar con frecuencia de cosas buenas.

Si alguna está inclinada a hablar de sí misma, a estallar en risas, a hablar con voz fuerte, y otras inmodestias, eche al entrar una mirada sobre esta imperfección y se resuelva a estar atenta a no caer en ello, invocando la gracia del Espíritu Santo y el socorro del ángel de la guarda.

No consideren como de poca virtud pasar el recreo como debe ser y por tanto no vayan simplemente por cumplir y por costumbre y no con preparación y devoción. Una hermana, por turno, traerá a la memoria la presencia de Dios y por intervalos durante el recreo y al final dirá algo bueno y santo para ser recordado.

La última media hora del recreo de la noche se empleará para la lectura de la epístola y del evangelio del día siguiente si es fiesta, o de algún punto para la comunión, o de devoción, o para hablar y dialogar en torno a temas piadosos como la superiora lo estime.

Al final pensarán en lo que estén necesitando tanto para sus labores como para sus cargos a fin de pedirlo. Las encargadas dirán a las hermanas la hora cómoda de entregarles lo que necesitan. Lo observarán fielmente.

Las que tengan muchas cosas para traer de fuera las escribirán en una boleta que entregarán a la ecónoma.

La asistente avisará lo que habrá de hacerse cuando haya algo extraordinario.

Artículo VIII

El silencio

Cuando se suena la campana para recibir la obediencia las hermanas se levantan prontamente y se quedan en pie, humilde y devotamente, en espera de la obediencia mientras en silencio dicen: « Habla, Señor, que tu sierva escucha; Dios mío, haz que sea digna de hacer tu santa voluntad ». Recibirán así lo que les sea indicado por la superiora, sin réplicas ni excusas, aunque tengan otra cosa para hacer. Si es algo urgente y necesario lo dirán luego a la superiora y si son novicias se dirigirán a su maestra la cual lo pondrá en conocimiento de la superiora.

Una vez dada la obediencia las hermanas que no tengan nada para pedir se retiran a sus celdas o a otro lugar conveniente para hacer sus labores y lo que les haya sido ordenado. Al entrar se ponen en la presencia de Dios muy especialmente y le piden la gracia de emplear el silencio según el fin por el cual ha sido santamente instituido que no es solo el de impedir la vana palabrería sino también para desechar los pensamientos vagabundos e inútiles, hablando con el Esposo para tomar nuevas fuerzas para trabajar sin cesar en su divino servicio.

Pueden servirse de la oración de la mañana contemplando a Nuestro Señor en el misterio que meditaron. Se detienen en algunos puntos de que hayan disfrutado mejor. Por ejemplo, si meditaron en el misterio de la flagelación y la mirada tierna y amorosa que el benigno Salvador de tanto en tanto lanzó a quienes lo flagelaban conmovió sus corazones, deben representarla repetidas veces con esta jaculatoria: « Amoroso Jesús, mírame con tus ojos misericordiosos », o también « Oh Señor, quítame todo cuanto te desagrada ».

Pueden quedarse buenamente los pies de Nuestro Señor, como Magdalena, para escuchar lo que diga a sus corazones, contemplando su bondad y su amor, y repitiéndolo de tanto en tanto con estas u otras jaculatorias brotadas del corazón.

- « Dios mío, eres mi Padre, recíbeme en los brazos de tu providencia ».
- « Dios mío, compadécete de mi miseria ».
- « Oh Dios, que no viva sino para ti ».
- « Ea, Salvador mío, dame tu amor ».
- « Tú eres, Dios mío, toda mi esperanza ».
- « Jesús, sé Jesús para mí ».
- « ¿Salvador de mi alma, cuando seré toda tuya ?
- « Recíbeme, buen Jesús, en los brazos de tu providencia ».
- « Dios mío, haz de mí lo que plazca a tu voluntad ».
- « Señor, que no viva si no vivo para ti ».
- « Rey mío, ¿cuándo te veré en tu gloria ? »
- « Señor, compadécete de mí, pobre pecadora ».

« Ea, Señor, ¿cuándo te amaré perfectamente ? »
« Señor, dame un corazón humilde y bueno »
« Mi salvación y mi amor ».
« Dios mío, tú eres mi todo ».
« Oh Jesús, eres las delicias de mi corazón ».
« Ea, Señor, que cumpla todas tus voluntades ».
« Por tu bondad, guárdame de desagradarte ».
« Mi soberano bien, solo te quiero a ti ».

A la santa Virgen

« Mi querida Maestra, de todo corazón te saludo y venero ».
« Madre de misericordia, ruega por mí ».
« Reina del cielo, te encomiendo mi alma ».
« Amada Madre mía, alcánzame el amor de tu Hijo ».
« Mi querida esperanza ante Jesús ».
« Me arrojo a tus pies, dulce refugio de los pecadores ».
« Haz que sienta tu poder, ante la santa Trinidad, oh gloriosa Virgen ».

Al ángel de la guarda

« Ángel glorioso que me cuidas, ruega por mí ».
« Querido custodio mío, dame tu bendición ».
« Espíritu bienaventurado, defiéndeme del enemigo ».
« Amado protector mío, dame gran fidelidad a tus santas inspiraciones.

Harán lo mismo a los santos y santas a los que tienen especial devoción, como a san José, san Agustín, san Juan

Bautista, los apóstoles Pedro y Pablo, san Juan Evangelista, patrono de las vírgenes, san Bernardo, san Francisco, santa Ana, santa Magdalena, las tres santas Catalinas, y demás santos cuyas vidas se han leído en el comedor.

Cuando suene el reloj suspiren por las horas inútilmente pasadas. Piensen que hay que dar cuenta de esta hora y de todos los momentos de sus vidas. Que se acercan a la eternidad. Que las horas son siglos para los desdichados condenados. Que corremos a la muerte. Que quizás nuestra última hora sonará pronto.

Que los hermanas hagan en seguida de tales pensamientos alguna devota aspiración a fin de que Dios les sea propicio en la última hora. Esto les llegará infaliblemente a las que son cuidadosas de realizar este ejercicio, que podrán practicar en todo tiempo y ocasión. Por su medio crecerán y avanzarán todos los días de virtud en virtud, hasta la perfección del amor divino.

Las que sufren tentaciones o pasiones podrán estimularse y fortalecerse al considerar los trabajos de Nuestro Señor y lo contemplarán en ellos. Cuando encuentren dificultad en la práctica de las virtudes que ejercitó mientras estuvo en esta vida. Esto las instruirá y ayudará.

Artículo IX

El reposo de la noche

Estén las hermanas prontas para desvestirse y ocupen en cuanto les sea posible su espíritu al tema que se tendrá en la oración de la mañana. Que sean muy atentas en observar

la honestidad y santo pudor, no descubriéndose de ninguna manera. Cuiden de no ser vistas al levantarse o al acostarse cuando no tengan celda propia.

No salgan de su habitación sin estar vestidas a no ser por alguna necesidad urgente sin tener el velo en la cabeza. Mientras estén en el lecho recuerden que Nuestro Señor y muchos santos durmieron en el suelo frío, y cómo están obligadas a amarlo y servirlo pues su amable bondad les ofrece paternalmente pequeñas comodidades.

Que se acuesten en la misma postura en la que quisieran estar si las viera Nuestro Señor con sus propios ojos. Él las mira en esta acción como en las otras. Acostadas se imaginarán que un día estarán así extendidas como en la tumba y pedirán a Dios que las asista en la hora de la muerte.

Que traten de dormirse siempre con un buen pensamiento pues hay un demonio que espía su sueño para infectarlo de alguna mala imaginación y otro que espía su despertar para llenarlo de vanas e inútiles imágenes.

Durante la noche llevan la imagen de su corazón, un pequeño velo en su cabeza y un peto.

Artículo X

La confesión y la orden de frecuentarla

Cuando las hermanas se vayan a confesar se prepararán así. Se postran con espíritu de humildad a los pies de Nuestro Señor crucificado, dicen lentamente el Confiteor

hasta mea culpa y piden la gracia y la luz del Espíritu Santo para conocer bien sus faltas. Agrupan las que han descubierto en sus exámenes diarios a partir de la última confesión, piensan un poco si hay algo más, y terminan el confiteor diciendo mea culpa. Luego piden humildemente perdón a Nuestro Señor y la gracia de corregirse con clara resolución, sobre todo de lo más importante que hayan descubierto detestándolo y tratando de tener en el alma verdadero dolor de sus faltas por pequeñas que sean. Siempre será muy malo haber desagradado demasiado la soberana bondad de Nuestro Señor que a diario nos ofrece su misericordia.

Después de haber identificado sus faltas añaden algo de lo que han hecho en el mundo, que sea manifiestamente pecado, como un calumnia por odio o una mentira por vanidad o hacer daño a alguien y hacen por todo ello el acto de contrición.

Luego van con humildad ante el confesor, le harán profunda inclinación, las manos juntas y los ojos bajos, honrando a Dios y al sagrado sacerdocio en la persona del sacerdote a quien consideran en confesión como un ángel de Dios enviado por él para reconciliarnos con su divina bondad.

Digan pura y sencillamente lo que les toca y cuiden de no acusar a nadie por sus faltas. Sean breves y claras en sus confesiones. Que no sean tan cortas que olviden decir lo necesario para declarar cómo pasaron las cosas de la manera más inteligible que puedan. No vayan a la confesión

por simple costumbre ni por vanos escrúpulos sino con devoción y atención como a una acción de gran importancia y gravedad.

Estando de rodillas hacen la señal de la cruz y dicen Benedic, Pater, quia peccavi. Recibida la bendición dicen cuanto han descubierto en su examen y añaden al final de cada una de sus confesiones un pecado pasado, como se dijo antes, así: Me acuso de haber dicho, estando en el mundo, una mentira por vanidad, o bien, me acuso de haber injuriado en alguna ocasión a alguien por odio, o, me acuso de haber murmurado en alguna ocasión del actuar de los demás.

Terminada la confesión escuchen con humildad y tranquilidad lo que les diga el confesor. Si les aconseja algo contrario a las Reglas y costumbres de la casa le dicen que las excuse por creer que eso no es conforme lo que está prescrito. Si les aplican alguna penitencia que se salga de carril de la comunidad le dicen: Padre, le suplico humildemente que me cambie la penitencia porque me sería imposible cumplirla.

Si el confesor las interroga sobre algo que no es de la confesión, como por ejemplo, de algunas tentaciones o dificultades, pueden, si lo quieren, responder solo por lo que les toca personalmente. Si desean no hablar con él le dicen: Excuse, Padre, por favor me parece que me voy a confundir interiormente si hablo de eso. No tengo al respecto ningún escrúpulo o remordimiento de conciencia.

A partir de ese momento no deben hablar de lo que se les dijo en confesión a menos que sea algo útil y piadoso y que sirva para instruir y edificar al prójimo sin dejar aparecer por donde o conocieron.

Si algún confesor las ha perturbado en la confesión luego de haber invocado a Nuestro Señor pedirán humildemente a la superiora que en adelante no sea su confesor.

Se confesarán dos veces por semana, la víspera antes de la confesión ordinaria del domingo y del jueves, o sea, el sábado y el miércoles. Si se anticipa o se retarda el día de comunión se anticipará o retardará igualmente el día de la confesión. Ninguna adelantará o postergará su confesión sino por legítima ocasión y con la licencia de la superiora, sin por ello abrir la puerta a esa práctica. No se confesarán durante el Oficio en cuanto posible menos las que son de coro.

Cuando suene la campana para la confesión irán al lugar asignado y que no haya que ir a buscarlas. La que termina la confesión irá de inmediato a buscar la que sigue, en turno de a dos a tres que esperan. Irán ordenadamente, primero las aspirantes, después las novicias y profesas domésticas, en seguida las novicias y profesas y termina la superiora.

Terminada la confesión irán a cumplir la penitencia lo más pronto posible con gran contrición y generosa resolución.

Artículo XI

La santa comunión

La intención principal de las hermanas será la santa comunión hecha para la gloria de Nuestro Señor y la unión con él. Para prepararse mejor a ella, la noche anterior será bueno que en la oración y en su recogimiento dirijan su pensamiento a Nuestro Señor en este santo sacramento, avivando en su alma santa reverencia y gozo espiritual por recibir dichosas a tan bondadoso Salvador. Es el momento de renovar la resolución de servirlo fervorosamente, lo que harán no por voto sino santo y buen propósito.

Para el momento de comulgar puedan usar mentalmente algunas jaculatorias como la de san Francisco: ¿Quién soy yo y quién eres tú? O con santa Isabel : ¡De dónde a mí que mi Señor venga a mí! O con san Juan Evangelista : Sí, ven, Señor Jesús, o las de la esposa sagrada : Me bese mi Señor con beso de su boca, y otras semejantes.

Luego de comulgar contemplar a Nuestro Señor sentado en nuestro corazón como en su trono, y presentarle una a una nuestras facultades y nuestros sentidos para escuchar sus mandamientos y prometerle fidelidad.

Se podrá luego multiplicar los afectos como el temor de contristarle y perderlo. Con David podemos decir: No te apartes de mí, o con los peregrinos: Quédate con nosotros porque es tarde, O Acudir a la confianza y la fuerza de espíritu con Daniel: Nada temo porque Tú Señor estás conmigo. O con la esposa: Mi muy amado es mío y yo soy de él. Encontré al que mi corazón desea. Lo guardaré cuidadosamente. O con Abraham damos gracias: Señor, pues me has hecho esa gracia te daré eternas gracias y

multiplicaré tus alabanzas como las estrellas del cielo. O las palabras de Jacob para servirle: Dios será mi Dios y la piedra de mi corazón ahora endurecido será su casa.

Se puede pensar en el ardor interior de Nuestra Señora cuando el ángel le dijo que el Espíritu Santo vendría sobre ella, en su humildad, su devoción, su confianza, su valor. Al tiempo que ella oía que Dios le daba su Corazón, que era su Hijo, ella se dio recíprocamente a Dios, y entonces esta alma bendita se fundió y se deshizo en caridad y pudo decir: Mi alma se fundió y deshizo cuando mi muy amado me habló. Nosotros recibimos gracia semejante en la comunión porque no un ángel sino Jesucristo nos asegura que al comulgar el Espíritu Santo viene a nosotros, y podría decirse que lo hace nacer en nosotros y allí es concebido.

¡Oh Dios, cuánta suavidad y dulzura ! El alma puede decir con esta santa Dama: <Soy la sierra del Señor. Que se haga en mí tu santa palabra>, pues él dijo que todo el que lo coma vivirá por él y en él y no morirá eternamente. Las hermanas pueden hacer estas consideraciones tanto durante la misa como en el momento de comulgar. Otras también como les sugiera el Espíritu Santo.

Comulgan por orden empezando por la superiora. Irán por la mano derecha, harán inclinación a la superiora al pasar y harán genuflexión antes de arrodillarse para comulgar.

La sacristana comenzará el Confiteor inteligiblemente y al tiempo la primera irá a ponerse de rodillas cerca de la ventana, bajado el velo hasta la nariz o más alto, con la cabeza recta y firme, sin moverse ni avanzar. Luego de

comulgar se retirarán de inmediato por la izquierda, hacen genuflexión al Santísimo Sacramento y la inclinación a la supera, y se dirigirán a ocupar su puesto habitual donde permanecen de rodillas.

Las hermanas comulgarán además como ordena la Constitución, una vez cada semana de cuaresma y en todas las fiestas siguientes : san Pablo, san José, santa Catalina de Siena, la santa Cruz, la fiesta del santísimo Corazón de María el 8 de febrero en memoria del día en que la congregación fue erigida, santa Magdalena, santa Ana, Nuestra Señora de las Nieves, san Bernardo, la fiesta del santo principal al que está consagrada su iglesia, san Francisco, santa Catalina mártir, san Carlos, los santos Inocentes, el día de su profesión, la conversión de san Agustín, la fiesta del santo Nombre de María, la fiesta de sus Gozos, la fiesta de la Expectación.

También en las fiestas siguientes, si no caen la víspera o el día siguiente de la comuniones ordinarias y si la superiora lo autoriza: san Antonio, santa Inés, san Ignacio de Loyola, santo Tomás de Aquino, san Benito, san Francisco de Paula, san Juan ante la Puerta Latina, santa Mónica, san Alejo, santa Marta, san Luis, la Degollación de san Juan, san Nicolás de Tolentino, del Ángel de la guarda, san Dionisio, santo Domingo, san Buenaventura, santa Teresa, san Nicolás, el día de la toma de hábito, el día del santo cuyo nombre llevan.

- La primera comunión de cada mes se hará para la renovación de votos.

- La segunda para la exaltación de la santa Iglesia, por el Papa y los Eclesiásticos.
- La tercera, para la conservación, unión y perfección d la Oren,
- La cuarta, por la conversión de los infieles y de los pecadores.
- La quinta, por la conversión de nuestras hermanas penitentes.
- La sexta, por la unión entre los príncipes cristianos, en particular los del país donde la congregación se haya establecida o por otras necesidades públicas.
- La séptima, por los bienhechores y los que hacen fundaciones.
- Una, con misa, por las almas del Purgatorio, cercana al Oficio de Difuntos.
- Una por el fallecimiento de parientes cercanos de cada hermana, si la superiora lo juzga bien.

Las hermanas puede aplicar varias de sus comuniones, con permiso, por sus padres difuntos, en el aniversario.

Si la superiora u otras comulgan extraordinariamente no impide que lo hagan otras tres según lo ordenen.

Cuando el número de hermanas es reducido solo comulgarán dos a la vez a fin de que cada una no tenga sino una comunión extraordinaria en la semana.

Al comienzo de sus comuniones generales podrán usar un perfume si es posible hacerlo.

Aviso sobre el Directorio

Es cierto que el Directorio propone cantidad de ejercicios. Es bueno y conveniente, al comienzo, mantener los espíritus alineados y ocupados. Pero con el progreso del tiempo, cuando las almas se han ejercitado en esta multiplicidad de actos interiores y están formadas, ejercitadas y habituadas, es necesario que estos ejercicios se agrupen en un ejercicio más sencillo, por ejemplo, el amor de complacencia o el amor de benevolencia, o el amor de confianza, o de unión y reunión del corazón con la voluntad de Dios como lo señale el ejercicio de la unión, de modo que esa diversidad se cambie en unidad. Toca a la superiora conocer y discernir el atractivo interior y el estado de cada una de sus hijas en particular a fin de conducir las según el beneplácito divino. Si se encuentran almas, incluso ya en el noviciado, que temen demasiado esclavizar su espíritu a los ejercicios señalados, con tal que ese temor no venga del capricho, ultra preocupación, desdén o fastidio, toca a la prudencia de la maestra llevarlas por otro camino si bien este ha sido útil como la experiencia lo ha demostrado.

Artículo XII

Las novicias y su maestra

Que las novicias tengan amor muy cordial a su maestra y confianza filial acompañada de respeto. Le testimonien gratitud y reconocimiento por la solicitud y el trabajo que se da para formar su espíritu. Sigán su dirección con humildad y le den fielmente cuenta de sus actividades y de todo su

interior. Que le hablen como se dirá respecto de la superiora.

Cuando estén reunidas y la superiora esté presente no hay necesidad d que se levanten cuando la directora entre o salga. Solo le harán inclinación de la cabeza. Si viene a hablar con alguna de ellas, donde quiera que esté, la novicia se levanta. También cuando ella entre al noviciado.

Cuando la superiora envíe a una novicia a algún sitio fuera de la reunión no hay necesidad de que pida permiso a la directora, pero si es para largo tiempo le dirá: Mi hermana, nuestra madre me envía a tal parte. E inclinará la cabeza desde el sitio donde se encuentre.

Cuando se repartan las obediencias las novicias se retiran prontamente al noviciado, se ponen en presencia de Dios, le piden su gracia para aprovechar las enseñanzas que se les imparten.

Interroguen a la directora para tener más claridad respecto de las Reglas, de las Constituciones y de las Tradiciones. Cuando la directora termine de leerles o explicarlas algún punto de la Regla, del Directorio o del Catecismo, permanecen en silencio, y se ocupan según les mande.

No salgan del noviciado sin licencia de la Directora o de la que ella designe como asistente, y que al salir, le digan el lugar a donde van. Las novicias profesas no están obligadas a permanecer en el noviciado sino solo cuando están haciendo un ejercicio.

Se dirigirán a la directora en todas sus necesidades menos cuando estén en presencia de la superiora, y le darán cuenta solo una vez a la semana.

Todas prestarán a la directora una obediencia muy sencilla en todo cuanto les ordene, sin réplicas ni excusas, y no lo hablarán de lo que se hace en el noviciado, tanto de las culpas como de otra cosas.

Para aprender a confesarse debidamente irán por la mañana, en cuanto posible, a hablar con la directora para que las instruya sobre cómo confesarse clara y brevemente, contritas, y no ir al sacramento a contar historias que no vienen al caso.

Las novicias no dejarán de hacer sus labores en todo tiempo, menos cuando la directora les hable a todas en común el miércoles en la mañana, después de las culpas. Y deben, según lo que significa su nombre, comportarse como las menores y las últimas, sirviendo y respetando a cada una con sumisión notable.

Artículo XIII

Las hermanas y la superiora

Las hermanas tendrán gran respeto a la superiora, mirando a Dios en ella, y la honrarán como el órgano del Espíritu Santo. Cuando le den cuenta de sus conciencias, se ponen de rodillas, se humillan de cuerpo y de espíritu, para recibir las advertencias, admoniciones y correcciones que

les deba hacer como si vinieran de la boca de Dios. Pero si la superiora les ordene levantarse lo harán sencillamente.

Si han causado mortificación a alguna hermana, se pondrán de inmediato de rodillas, con las manos juntas y los ojos bajos, hasta que la superiora termine de hablarles. Luego besan el suelo y si la superiora está aun presente le harán gran reverencia al levantarse. Les será muy útil recibir así mortificaciones y humillaciones como remedios convenientes y necesarios para sus enfermedades. Se imaginan que son niños pequeños a quien la bondadosa y caritativa madre da absintio y acíbar, drogas muy amargas, una para protegerse de los parásitos, la otra para alimentarlos con el pecho y acostumbrarlos a los alimentos sólidos. Cuiden de creer que cuando se les hace admoniciones es por pasión o mala voluntad ; más bien tengan por seguro que es señal verdadera del amor que se les tiene y del deseo de verlas perseverar en su vocación y llegar a alta perfección.

Al recibir alguna obediencia un poco extraordinaria se pondrán de rodillas y besarán el suelo. Cuando reciban algo de la mano de la superiora, sea cartas, libros, obras y cosas semejantes, pondrán por tierra una rodilla y besarán la mano, menos en el coro.

Donde quiera que estén, si la superiora pasa cerca de ellas, se pondrán en pie y harán una inclinación, menos cuando están de rodillas en el coro, cuando solo se inclinarán.

Artículo XIV

Documentos muy útiles

Todas las hermanas deben estar muy atentas a perfeccionarse según su instituto mediante una puntual observancia, poniendo en ello todas las luces que reciban en las lecturas, conferencias, oraciones, confesiones y predicaciones. De todo ello no retengan lo que puede ser contrario a su instituto. Por bueno que parezca, y que de hecho lo sea, si no es bueno para ellas. Cada una se debe perfeccionar según su vocación, cuanto más que los preceptos de todas las virtudes están incluidos en las Reglas y Constituciones. Solo teman descuidarlos y por ese medio relajarse de esta exactitud tan necesaria.

La superiora de cada monasterio procure cuidadosamente que no se introduzca ninguna novedad y corten toda pretensión y hagan más o menos solo lo que es del instituto. Y sobre todo es requerido que las hermanas continúen a ser sinceras con la superiora con entera sencillez y sinceridad como pide la Constitución, y recíprocamente, las superiores tengan gran cuidado de conservar esta confianza filial de las hermanas con ellas, mediante un amor cordial y suave. Esto es de gran importancia para mantener el espíritu de la congregación en su perfección y si llegue a faltar el Espíritu de la congregación vendrá a menos pero si es conservado enriquecerá el paraíso de las almas.

Las hermanas deben aspirar a la verdadera y sincera humildad de corazón, a sus ojos pequeñas. Cuando el mundo las considere tales y las menosprecie reciban ese

desdén como algo conveniente para su pequeñez. Es una muestra preciosa del amor de Dios a ellas. Dios en efecto ve con agrado lo que es menospreciado y la bajeza aceptada le es agradable.

Que estimen, en cuanto lo permitan las Constituciones, la práctica de ese documento que es de precio inestimable. *Nada pidan, nada rechacen.* Estén dispuestas a hacer y sufrir cuanto les suceda como de la parte de Dios y de la santa obediencia. Esto alimenta en ellas la santa paz y tranquilidad del corazón que tanto se les ha recomendado. Esto sirve para que no se lamenten entre ellas de sus tentaciones, disgustos, aversiones y dificultades, ni incluso de las incomodidades corporales, a menos que lo hagan a la superiora.

Que hagan gran determinación de no excusarse al recibir advertencias incluso de faltas pequeñas. Si ocurre que una hermana diga a otra palabras secas o un poco contrarias a la humildad, debe de inmediato pedirle perdón, poniéndose de rodillas y besando la tierra. La otra hermana también hará lo mismo mostrando de su parte cordialidad.

Cuando las hermanas hablen de sus defectos y de lo que toque a su persona, usen términos en singular como por ejemplo: Falté al silencio, soy imperfecta, me duele la cabeza y semejantes. En lo demás empleen el plural como: tenemos celdas, nuestro vestido está gastado, hicimos tal o cual cosa.

Las hermanas no podrán dar en su nombre ninguna cosa ni les está permitido prestarse o darse cosas unas a otras sin

autorización. Cuando se deba hacer algún presente la superiora lo dará o lo hará dar en nombre de toda la comunidad. Se mantendrán en los límites de la humildad, sencillez y pobreza religiosa que son virtudes particularmente recomendadas a la hijas de Nuestra Señora de Caridad.

Procuren ser modestas y breves en el locutorio, incluso con personas espirituales, pues en los largos encuentros fácilmente se deslizan superfluidades y ociosidades en palabras. No les está permitido comer allí, en cuanto se pueda. No irán a ese lugar en la mañana de las fiestas, en cuaresma y adviento, y durante los retiros. Sin embargo la superiora puede permitirlo si lo juzga a propósito.

La superiora, en ocasiones grandes y señaladas de calamidad pública o particular, podrá hacer que se hagan oraciones, ayunos o penitencias, y comuniones extraordinarias en algunos días, previa consulta con sus coadjutoras. Harán media hora de oración por los pecadores en los tres primeros días de cuaresma, antes o después de la lectura.

Las hermanas tendrán gran respeto a la palabra de Dios, de cualquier parte que les sea anunciada. La escuchan con atención y reverencia y hacen lo mismo con todas las cosas santas y las virtudes de las que hablarán con honor y reverencia sin hacerlas objeto de diversión.

Tanto como buenamente sea posible la superiora procurará que haya predicación en todas las fiestas

solemnes del año, n todos los primeros domingos de mes, los domingos de cuaresma y una o dos veces por semana.

Una vez al mes para entretenerse juntas y recrearse santamente mediante conferencias espiritual, una hora de silencio después del almuerzo y otra hora que la superiora señale.

Queda a su discreción reunir las de a dos o varias juntamente, o dejarlas en libertad de escogerse, o bien, la superiora con las profesas y novicias juntas. Pero no lo harán en las celdas ni en las ayudas, cuando se recrean al fin del mes, a menos que tengan permiso.

Artículo XV *Pequeñas licencias*

- Las hermanas gozan de libertad para visitar el Santísimo Sacramento para breve adoración.
- Para alguna oración vocal cuando van o vienen en la casa y cuando lo deseen.
- Para quedarse, los días de fiesta, una media hora en el coro, entre prima y tercia.
- De hacer allí la lectura o de hacerla en el jardín.
- De pasearse o retirarse en soledad, haciendo sus labores en las horas que no son comunitarias, pero que esta libertad no perjudique el recogimiento.
- De leer, en horas cómodas, algún capítulo de las Reglas o Constituciones, o algo de sus libros, para distraerse de la tentaciones o recoger el espíritu de devoción.

- De cantar cánticos espirituales en los recreos e incluso en el silencio sin interrumpir a las demás.
- De hablar en voz baja y brevemente durante el silencio para cosas necesarias.
- De retirarse un poco en soledad cuando varias trabajan en la misma labor durante el silencio, pero sin salirse de los ejercicios comunes para alguna labor, sin necesidad.
- De pasearse juntas durante el recreo y en los días de fiesta luego del informe de las lecturas, pasándola devotamente.
- Pueden hacer recreos extraordinarios por intervalo pero raramente.

Dios y la santísima Madre sean benditos

EJERCICIO DE LA MAÑANA

Como es breve y sencillo y tiende de inmediato a la unión amorosa de nuestra voluntad a la de Dios, puede ser practicado por persona que pasan por aridez, esterilidad o debilidad corporal o están agobiadas de ocupaciones.

1. Punto. Hincadas las rodillas y profundamente humillada ante la incomprensible majestad de Dios adora su soberana bondad que desde toda eternidad pronunció tu nombre y concibió el designio de salvarte. Destinó, entre otras cosas, el día presente para que en él realices obras de vida y salvación según la palabra del profeta: « Te amé con amor eterno y por eso te atraje compadecido de ti ».

- 2.Punto. Con este venerable pensamiento une tu voluntad a la de este muy benigno y misericordioso Padre celestial, con estas o parecidas palabras salidas del corazón: « Por siempre se haga la dulce voluntad de mi Dios. Adoro los designios eternos de la voluntad de mi Dios. Te consagro y dedico mi voluntad, para querer por siempre jamás lo que eternamente has querido. Que haga hoy y siempre en todo tu divina voluntad. Mi bondadoso Creador, Padre del cielo, pues así lo has querido desde toda la eternidad. Amén. Bondad muy agradable, se haga lo que quieras. Voluntad eterna, vive y reina en todas mis voluntades y sobre todas mis voluntades ahora y por siempre ».
- 3.Punto. Invoca luego el socorro de la asistencia divina, con estas o parecidas aclamaciones, internamente y desde lo hondo del corazón: « Oh Dios, ven en mi ayuda. Que tu mano segura se pose en este pobre y débil valor. Aquí tienes, Señor, este pobre y desdichado corazón que por tu bondad se llena de santos afectos. Pero lastimosamente es demasiado débil y mezquino para efectuar sin tu ayuda lo que desea. Invoco a la santísima Virgen María, a mi ángel de la guarda y a toda la corte celestial. Que su favor me sea propicio, por favor ».
- 4.Punto. Haz así una viva y vibrante unión amorosa de tu voluntad a la de Dios, Y ya que entre todas las acciones del día, tanto espirituales como corporales, se hacen en frecuentes reuniones, es decir, renueva y confirma de nuevo la unión hecha en la mañana, arrojando una simple mirada interior a la divina bondad y diciendo con pleno consentimiento: « Señor, sabes que lo quiero » o

solamente « Sí, Señor, sí Padre mío, sí, siempre sí ». Y si quieres puedes hacer la señal de la cruz o besar la que llevas, o alguna imagen. Todo eso significará que por encima de todo quieres la providencia de Dios, que la aceptas, la adoras y la amas de todo corazón y que unes inseparablemente tu voluntad a la suprema voluntad.

5. Punto. Estos movimientos del corazón, estas palabras interiores deben estar acompañadas serena tranquila, firme y pasiblemente, o sea, deben ser destiladas e hiladas hermosamente en la parte superior del alma. Como se pronuncia al oído de un amigo una palabra que se quiere entre profundamente en el corazón, sin que nadie lo perciba, así estas sagradas palabras, hiladas, ligadas, destiladas por la parte superior de nuestra alma, penetrarán y calarán más íntima y fuertemente que no lo harían si fueran dichas solo por manera de oración jaculatoria como brotes de espíritu. La experiencia te lo hará conocer con tal que seas humilde y sencillo.

Dios y la Madre santísima sean benditos

VIVA JESÚS Y MARÍA

COSTUMBRERO Y DIRECTORIO

PARA LAS HERMANAS RELIGIOSAS DE NUESTRA SEÑORA DE CARIDAD

EXTRACTOS

CARTA DEDICATORIA

de nuestro digno Padre y Fundador
dirigida a todas las Hermanas religiosas
del Instituto de Nuestra Señora de Caridad

Mis hijas amadísimas, la infinita bondad de nuestro amabilísimo Salvador se quiso servir de quien es el último de los hombres y el primero de todos los pecadores para fundar su congregación. Fue instituida para el mismo fin por el que el divino Salvador vino a este mundo, es decir, para llamar no a los justos sino a los pecadores a la penitencia y para buscar salvar al que estaba perdido. Me siento obligado por tanto a dotarlas de los medios adecuados para cumplir las obligaciones de tan santo e importante Instituto.

Fue necesario, en el nacimiento de la congregación, que fueran dirigidas por algunas buenas y virtuosas religiosas

para instruir las y formarlas en la prácticas de la vida religiosa. Se encomendó esta misión a las religiosas de la Visitación de Santa María, por orden del ilustrísimo monseñor Jacques d' Angennes, obispo de Bayeux, de feliz memoria, a quien yo mismo pedí esta gracia. Esas santas Hijas las condujeron por la misma vía que les fue señalada en las Constituciones, el Directorio y las Costumbres que les había dado su bienaventurado Padre, san Francisco de Sales.

Tomé de esas Constituciones, Directorio y Costumbres los artículos que sirven para reglamentar los ejercicios de la vida religiosa en general. Les añadí varios otros que conciernen al empleo y las funciones propias de su Instituto. Uniéndolos entre sí pensé que ponía entre sus manos medios adecuados y eficaces para perfeccionarlas y santificarlas en su vocación y para llevarlas a corresponder fielmente a los designios de la divina Providencia sobre ustedes.

En nombre y de la parte de nuestro benignísimo Redentor, que es su verdadero Fundador, Institutor, Padre y Superior, y bajo la mirada complacida de su muy buena Madre, que es su verdadera Fundadora, Madre y Superiora, y con la benevolencia, consentimiento y aprobación del ilustrísimo monseñor Francisco de Nesmond, obispo de Bayeux, les entrego dichas Constituciones contenidas en este libro, junto con todas las cosas que van a encontrar en el Directorio, Ceremonial y Costumbres, que les dirijo también, urgiéndoles, mis muy queridas y amadas hijas, recibirlas, no como de la mano del miserable pecador que

soy, sino de la mano del Corazón del Rey y de la Reina del cielo.

Consideren estas Constituciones, Directorio y Costumbrero y este Ceremonial como el fundamento, el alma y el corazón de su congregación, que no puede subsistir ni hacer ningún servicio a Dios y a las almas sino mediante la fiel observancia de las cosas allí contenidas. Por ello las exhorto de todo corazón que sean muy celosas y afectas a seguirlas puntualmente, sin desviarse ni a derecha ni a izquierda, y sin añadirles, ni disminuir, ni cambiar ninguna cosa.

Esto es lo que Dios les pide. Pongan en esto toda su devoción. Es el camino que hay que seguir para ir al cielo. No existe otro para ustedes. No lo abandonen nunca si no quieren extraviarse. Por este medio serán según el Corazón de su adorable Esposo que es Jesús, y su divina Madre las amará como a verdaderas Hijas de su Corazón. *Amen, amen, fiat, fiat, fiat.*

Caen el 19 de marzo de 1678.

Juan Eudes, Sacerdote misionero de la Congregación de Jesús y María.

I. EXTRACTOS DEL DIRECTORIO DEL OFICIO DIVINO Y DEL CEREMONIAL DEL CORO

Advertencia

El Oficio divino es una oración vocal y pública, compuesta de cuanto hay de sobresaliente e instructivo en todos los

libros de la Sagrada Escritura, en los Santos Padres y en la vida de los santos. Está organizada para ser hecha en ciertas horas del día y de la noche, en nombre de todo el cuerpo de los fieles, por quienes han sido destinados en especial para este empleo, a fin de tributar a Dios el honor que le es debido, para darle gracias por todas las gracias que recibimos a cada momento de su bondad infinita, para pedirle muy humildemente perdón de todos nuestros pecados y para implorar su ayuda divina y su misericordia infinita.

Para entender mejor esta definición hay que observar que hay dos clases de oración, una pública y otra particular. La *particular* es la que cada fiel hace según su movimiento cuando ora mental o vocalmente, repitiendo oraciones que su devoción particular le inspira. La oración *pública* es la que se hace por y en nombre de toda la Iglesia, por las personas destinadas por estado para recitar el Oficio divino, con palabras que en ella están expresamente ordenadas.

Y así cuando los religiosos y religiosas dicen su breviario o oficio, sea en público sea en particular, su oración es siempre pública, pues ha sido ordenada por la Iglesia y se hace en su nombre.

En cambio, cuando un laico dice por devoción las horas canónicas, su oración no es pública sino secreta, aunque la diga en el templo, pues no está diputado por la Iglesia, como lo están todas las personas comprometidas por su santa vocación para este digno ministerio.

Sin embargo hay que convenir en que, para que este culto sea perfecto y se cumpla dignamente esta santa obligación, las personas religiosas no pueden contentarse con asegurar lo interior (en lo que con todo consiste particularmente como lo dijo Nuestro Señor a la samaritana), sino que deben añadir además lo exterior, y que el cuerpo contribuya con la dignidad y gravedad convenientes, guardando y observando exactamente las ceremonias que la Iglesia, movida por el Espíritu Santo, nos prescribe observar santamente.

1. Extractos de las reglas generales

El Oficio ordinario.

Las religiosas de Nuestra Señora de Caridad dirán como Oficio Ordinario el Oficio parvo de la santísima Virgen como fue reformado por el santo concilio de Trento y el papa Urbano VIII. Lo cantarán conforme a la variedad e tiempos y fiestas como se explica en las Horas del Oficio.

En las fiestas obligatorias y en las que están señaladas según el calendario harán memoria tanto en Laudes como en I y II Vísperas. Podrán hacerlo igualmente en las fiestas que gozan de especial devoción en los lugares donde la congregación está implantada.

Las memorias se hacen así: Luego de haber respondido el Amén de la primera oración de Vísperas y de Laudes, todo el coro las dice juntamente y también el *Todos los santos de*

Dios. Pero cuando se cantan las Vísperas la que ha sido designada las entona y el coro continúa.

Memorias de los Sagrados Corazones.

En los días en que no hay memorias se hacen las de los Sagrados Corazones de Jesús y María. Se hace también todos los domingos y en las fiesta semidobles luego de la del domingo, antes del *Todos los santos de Dios*, excepto durante el adviento y a partir del sábado antes del domingo de Pasión hasta la fiesta de la santa Trinidad.

Canto del Oficio

En todos los domingos y fiestas del año como en los días señalados en seguida se canta Tercia, Vísperas y el *Nunc dimittis* de Completas.

Se cantan las I Vísperas de las grandes fiestas de Nuestro Señor y de nuestra Señora, y el *Nunc dimittis* de Completas, el *Venite* del *Te Deum* en Maitines y en Laudes, y asimismo en el día de la octava cuando las fiestas tienen octava, menos si no se cantan las Vísperas de la octava.

En las principales fiestas del año, el Oficio se canta gravemente y en tono un poco más alto que de ordinario, según que sean más o menos solemnes. Se hace también uso de los ornamentos más bellos según la solemnidad.

Observaciones particulares

Las Hermanas cuidarán de prever y de estudiar sus Oficios extraordinarios. Dicen el Oficio en tono medianamente alto, suavemente, sin forzar demasiado sus voces y sin brusquedades a fin de que por este medio lo digan con

mayor devoción y recogimiento. Cuiden mucho de comenzar con voz suave que van elevando y fortaleciendo, haciendo lo mismo al tomar la pausa.

Las pausas de los intermedios tienen una medida de música, o sea, el tiempo de decir *Jesús, María José*. La distancia entre versículo y versículo es una media medida, o sea el tiempo de decir *Jesús, María*.

Hacen las inclinaciones suficientemente bajas y pausadamente. Hacen genuflexiones. Se levantan, juntan las manos y se vuelven todas al tiempo y en la misma medida, con la mayor humildad, gravedad, reverencia y modestia posible. Preestan atención especial para empezar al mismo de tiempo y hacer juntamente sus ceremonias cuando van a cantar algo a la tribuna y al regresar a sus puestos. Cuando vayan al coro a prestar un servicio van con los brazos cruzados o las manos en sus mangas.

2. Extractos del calendario de las fiestas estables

El 29 de enero. San Francisco de Sales. Se hace conmemoración. Ya que el Instituto tiene obligaciones especiales de honrar a este santo como Padre y Protector, se hace oficio doble, se canta el *Te Deum* en Maitines. Es fiesta de guarda y si posible hay sermón.

El 8 de febrero. Solemnidad del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen. Es fiesta titular de esta congregación. Se celebra como de primer rango. Se cantan

las I Vísperas, usando el Oficio particular de esta fiesta. Se continúa el Oficio toda la octava. Se dicen Maitines con tres nocturnos observando lo señalado para los días solemnes en los que se canta el Oficio mayor.

Se canta el *Veni Creator* antes de empezar la misa conventual. El celebrante entona y las Hermanas continúan alternando, o bien los sacerdotes hacen un coro y las Hermanas otro. Luego el celebrante dice el versículo *Emitte Spiritum tuum, etc.*, y la oración *Deus qu corda fidelium, etc.* Al final de la misa entona el *Te Deum* que se continúa alternadamente como el *Veni creator*, y al final el versículo *Benedicamus Patrem, etc.*, y las oraciones *Omnipotens sempiterne Deus* y *Deus cujus misericordiae, etc.*, en acción de gracias pues ese día la congregación fue fundada.

La víspera de este día, al dar las obediencias al medio día, la asistente está atenta para anunciar a las Hermanas la confesión y la comunión para ganar la Indulgencia concedida a los religiosos y religiosas en la fiesta principal de su Orden, según la bula del papa Paulo V. Las Hermanas pueden ganar esa indulgencia y exponen la bula en el coro para que la vean. Ese día no se canta Nona.

El 19 de marzo. San José. Tanto en las I y II Vísperas como en Laudes se hace la conmemoración de san José sin octava. Se canta el *Magnificat* de las I Vísperas y el *Nunc dimittis* en cCompleto. Se dice *Te Deum* en *Maitines*, en tono de salmodia. El Oficio es doble...

Toda la congregación debe tener particular devoción a este santo y su fiesta se celebra dignamente. Es fiesta de

guarda. La superiora preside el Oficio y en lo posible hay sermón. Si se va en procesión a algún oratorio de este santo se cantan sus letanías. Si esta fiesta se transfiere se le da la misma solemnidad...

El 20 de marzo. San Joaquín. Se hace conmemoración.

El 5 de julio. Se hace memoria de los Gozos de la santa Virgen, en el caso que no se haya podido celebrarla el primer sábado libre después de la octava de Pascua. La intención de la comunión será dar gracias a Dios por los gozos que dio a la santa Virgen, tanto en la tierra como en el cielo, y pedirle su intercesión para poner nuestro gozo en hacer su santa voluntad.

El 22 de julio. Fiesta de santa Magdalena. Se hace conmemoración y es día de reposo. Procesión

El 6 de julio. Fiesta de santa Ana. Se hace conmemoración y se guarda reposo durante la fiesta. Si hay procesión se cantan las letanías de santa Ana, o se recitan después de Completas.

El 28 de agosto. San Agustín. Se hace conmemoración a lo largo de la octava. Es fiesta de segunda clase para nuestra congregación. Se hace Oficio solemne como está marcado para las grandes fiestas. Se guarda la fiesta y hay sermón si posible.

El 2 de octubre. El ángel de la guarda. Se hace memoria El domingo dentro de la octava se hace procesión en el oratorio de las pensionadas. Si solo es costumbre de algunos

lugares se transfiere a otro día. Se cantan las letanías del santo ángel de la guarda.

El 20 de octubre. Solemnidad del divino Corazón de Jesús. Se dice el Oficio propio de la fiesta que es solemnidad de primera clase. Se cantan las I Vísperas. Se dice Maitines de tres nocturnos y se observa lo que está prescrito para la fiesta del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen, tanto para el oficio durante la octava como para la exposición y bendición del Santísimo Sacramento, menos que no se dice el *Veni Creator* ni el *Te Deum* al final de la misa. Ese día hay el saludo de paz.

El 1o de noviembre. Día de Todos los Santos. Todos los días de la octava se dicen después de Completas las letanías de los Santos que hay en los diurnales; se suprime todo lo que sigue al versículo *Omnes sancti et sanctae Dei*, después de lo cual se dice tres veces el *Agnus Dei* y en seguida el *Laetamini in Domino*, etc., y la oración *Omnes sancti*, etc.

El 21 de noviembre. Fiesta de la Presentación de Nuestra Señora. En la misa se hacen las renovaciones. Después del *Domine non sum dignus* las Hermanas, una después de otra, antes de recibir la comunión dicen las siguientes palabras con voz inteligible y pausada.

Yo, María n.n. confirmo y renuevo de todo corazón los votos que hice a mi Dios de servirlo por siempre en esta Congregación en obediencia, castidad y pobreza, y en la instrucción de jóvenes y mujeres que entran en esta casa para su conversión, en el nombre del Padre, y del Hijo y del

Espíritu Santo, y en honor de la santísima Virgen María, Madre de esta Congregación. Amén.

As Hermanas Torneras dicen: Yo, n.n. reafirmo el voto de obediencia que hice a mi Dios, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y en honor de la santísima Virgen, Madre de esta Congregación. Amén.

A la comunión de las novicias, si son varias, se canta el versículo *Audi, filia, et vide* del salmo *Eructavit*, hasta el fin de la comunión, y si el salmo no se ha terminado, se suprime el resto y se canta el *Gloria Patri*. Terminada la misa las Hermanas cantan el *Laudate Dominum omnes gentes*, con los *Alleluias*, y se pasa al abrazo de la paz. Luego se dice Nona.

El 25 de noviembre. Santa Catalina, virgen y mártir. Se hace conmemoración. Se guarda reposo en memoria del día que Dios dio comienzo a nuestra Congregación en 1640. (Nota : ¿falsa fecha ?)

El 8 de diciembre. La Concepción de Nuestra Señora. Se hace memoria y el Oficio es doble con octava. Se observa lo señalado para fiestas de 2a clase. Se expone el Santísimo Sacramento.

Por costumbre establecida desde el comienzo de la Congregación se canta el Oficio de la Inmaculada Concepción luego de las obediencias del medio día o en otra hora que disponga la superiora. Lo entona desde su puesto. La primera cantora inicia el primer himno y dice la primera oración, la otra cantora el segundo himno y la segunda

oración y se continúa alternadamente. Las del coro dicen cada una su versículo sin salir de su puesto. La superiora comienza el *Haec est virga*, y dice el versículo y la oración que sigue.

3. Extractos de las fiestas movibles

Las cuarenta horas. Cuando se celebran las Cuarenta Horas, en los tres días que preceden el miércoles de ceniza: el domingo se canta la misa que trae el misal. El lunes, una misa votiva del Espíritu Santo, el martes la del Santísimo Sacramento, a menos que esos días coincidan con la octava del Corazón de la santa Virgen, cuya misa se celebra. Se toma el *Kyrie* solemne o el de la santa Virgen si se dice su misa, menos el domingo en los que se canta el ordinario en señal de penitencia... Se cantan las Vísperas y el *Nunc dimittis* de Completas. En la bendición de esos tres días se canta el *Miserere* por los pecadores.

El miércoles de ceniza. A lo largo de la cuaresma se dice el *Stabat* en Completas y en seguida las letanías de la Pasión. El canto del *Stabat* empieza el primer viernes de cuaresma. Los domingos se cantan las letanías de la Pasión y no se dice el *Stabat*.

Los tres días de Tinieblas. Se dice el gran Oficio como está en el Breviario. Solo se canta el primer Nocturno y el resto se salmodia, pero se canta la antífona y el *Benedictus* de Laudes, y el versículo *Christus factus est*.

La Ascensión de Nuestro Señor. Al medio día la comunidad se reúne en el coro para cantar el himno *Salutis humanae Sator*. Al final la superiora lee o hace leer en alta voz la oración a Jesucristo en forma de elevación.

Vísperas de Pentecostés. Al fin de la oración de Vísperas, se dan cinco campanazos para llamar a las ausentes que vengan a sacar los *Dones del Espíritu Santo*, como se dijo a propósito de las Bienaventuranzas.

Corpus Christi. En la primera misa se consagran dos hostias y si no se celebra esa primer misa, se prevé la víspera, a fin de poder hacer la Exposición del Santísimo Sacramento en el comienzo de la misa de comunidad. Para ello, después de Sexta, el celebrante, hecha la incensación entona el *Tantum ergo*, que todo el coro prosigue con la estrofa *Genitori Genitoque* y en seguida se canta la misa muy solemnemente. Una vez terminada las Hermanas se levantan sin salir de sus puestos para cantar el *Laudate Dominum omnes gentes*, con los *Alleluias*.

Los demás días de la octava, si hay misa después de Prima, se puede hacer la Exposición del Santísimo Sacramento al comienzo, observando lo que ya se dijo, menos que no se cna el *Laudate Dominum*.

No se toca la campana para la exposición del Santísimo Sacramento pero si se expone para la misase dan cinco campanazos para reunir la comunidad en el coro.

Durante la misa se pone un velo al Santísimo Sacramento fuera del tiempo de las misas, de los Oficios, de las oraciones, menos los días de fiesta. Mientras esté descubierto las Hermanas se turnan de a dos en dos para visitarlo, fuera de los tiempos de Oficios y oraciones.

La bendición del Santísimo Sacramento se hace todos los días después de Completas... Después de las letanías el sacerdote, revestido según la costumbre del lugar, en el altar, empieza el himno *Pange lingua* y lo alterna con el coro, o bien, luego de que lo ha entonado los dos coros prosiguen alternando, menos la estrofa final que todos dicen al tiempo. Al final el celebrante entona la antífona *O sacrum convivium* que todo el coro continúa y responde luego los versículos y oraciones que dice el sacerdote, cuidando de que si dice *Alleluia* todos hagan lo mismo. El último día de la octava, después de la bendición, las Hermanas cantan el salmo *Laudate Dominum*, con *Alleluia*.

Inviolata los sábados. Es costumbre los sábados, después de las obediencias de la noche, ir al coro para cantar el *Inviolata*, en reparación de las faltas de la semana. La superiora se pone en el centro con un cirio encendido. La cantora lo entona y quien oficia dice el versículo y la oración.

4. Lo que se hace cuando se canta la misa

Cuando la comunidad es numerosa se canta la misa los domingos, las fiestas de guardar y las de especial recomendación y celebridad en la Congregación, y también en las tomas de hábito, las profesiones, entierros, servicios solemnes de difuntos y otras ocasiones que pueden darse en el curso del año.

En las fiestas de 1a y 2a clase y otras de solemnidad en la Congregación, como también en las tomas de hábito, profesiones, entierros, servicios solemnes de difuntos, en los domingos, en las octavas, en la octava del Santísimo Sacramento y en otras ocasiones se celebrará solemnemente la misa, si posible diaconada, con el incienso requerido. Pero en los domingos y fiestas ordinarias... e incluso cuando no puede celebrarse con diácono y subdiácono, bastará tener un clérigo con sobrepelliz para ayudar en el altar y cantar la epístola. Nadie debe extrañarse de esta práctica pues así se hace universalmente y los que trabajan en ceremonias y rúbricas lo han tratado. El Espíritu Santo la autoriza al hacer que las grandes fiestas sean celebradas de forma más solemne que los domingos y fiestas ordinarias.

Cuando se cante la misa conventual se hará en lo posible después de Sexta. Durante Tercia y Sexta los ministros del altar se revestirán con ornamentos sacerdotales para ir al altar inmediatamente después de Sexta.

Cuando el coro haya respondido el último *Amén* del Oficio, las dos cantoras se unen para entonar juntas el *Introito* y dicen las dos el versículo y el *Gloria Patri* hasta la

pausa. Una vez que el corazón haya acabado los versículos empiezan el *Introito*. Juntas cantan el resto de la Misa.

En las principales fiestas se cant adurante y después de las dos elevaciones *O salutaris Hostia*, y en las fiestas de Nuestra Señora *Ave verum*. En las misas de difuntos tres veces *Pie Jesu, dona eis requiem*, y al terero se añade *sempiternam*.

Cuando el sacerdote dice *Dominus vobiscum*, u otra cosa que tenga respuesta, las Hermanas muy atentas lo hacen juntas. En las fiestas solemnes cuidan de tomar un tono más alto que el ordinario que debe ser mediano. Siguen las rúbricas del misal para el canto de los *Kyrie, Sanctus, Agnus Dei*, según las fiestas. En las tomas de hábito y profesiones de las jóvenes, cuando se dice la misa de *Beata*, aunque sea votiva, se toma el *Kyrie* solemne. Los domingos, en las octavas se toma el *Kyrie* dominical, a menos que ese día caiga el último día de la octava cuando se toma el *Kyrie* de las fiestas dobles. En el domingo dentro de la octava del *Corpus Christi*, a causa de la exposición del Santísimo Sacramento, se toma el *Kyrie* solemne.

Al comienzo del año la asistente designa las Hermanas cantoras de la misa. Encarga a una de ellas cuidar que señale lo que debe cantarse en la tribuna, voltear las hojas y cerrar el libro. Es su deber también ensayar la misa los sábados y vísperas de las fiestas, después de vísperas, o a otra que la superiora diga, y las conmemoraciones, el domingo, luego de las obediencias.

II. EJERCICIOS Y FORMULARIOS PARA LAS TOMAS DE HÁBITO Y LAS PROFESIONES DE LAS HERMANAS DE NUESTRA SEÑORA DE CARIDAD

I. Ejercicio

*Para los tres días en que las Hermanas
están en soledad para prepararse a recibir el santo hábito*

Tomarán en Dupont, como tema de sus meditaciones los siguientes puntos.

-El *primer* día el nacimiento de Nuestro Señor en el que considerarán atentamente cómo se despojó de su gloria para revestirse de nuestra mortalidad. Con qué amor deben dejar su vestido del mundo para revestir el de la vida religiosa, que las adornará de gloria inmortal si se mantienen fieles.

-El *segundo* día, tomarán el sermón de Nuestro Señor sobre las Bienaventuranzas para encenderse en la práctica de estas verdaderas virtudes a las que están llamadas y de las que su alma debe estar revestida, si quieren compartir la gloria de los bienaventurados.

-El *tercer* día meditarán cómo Nuestro Señor fue coronado de espinas, abofeteado y burlado por los judíos. Que hagan penetrar en su corazón el dolor que este amado Salvador sintió y la vergüenza que experimentó al tener su rostro cubierto de sangre y salivazos. Con qué fervor y amor deben

ceñir el velo de la vida religiosa para imitar a su Salvador y para que un día puedan ver su divinidad del todo descubierta y sin velo.

En esos días de retiro se ocuparán en leer las consideraciones siguientes propias para suscitar los buenos afectos que han tenido en la oración de cada día.

El primer día

Consideren que la ceremonia de dejar y desvestirse de los trajes del mundo significa que hay que despojarse del hombre viejo, es decir, de todos los hábitos mundanos y aseglarados, como también de las inclinaciones de la naturaleza pervertida, y no como simple deseo sino de hecho. Porque así como se cambia de vestido exterior es necesario cambiar el interior dejando las máximas según las que se ha vivido hasta ahora y que el pecado ha causado en nosotros por su corrupción. Y así despojados, es posible revestirse del hombre nuevo que es caminar en santidad, justicia y verdad ante Dios. Ese fue el estado feliz en el que fuimos creados antes del pecado pues la vida religiosa es un encaminamiento hacia la renovación de la primera inocencia.

Hay que grabar en el alma que lo que se emprende es hacer lo contrario de lo que se ha hecho hasta el presente, pues ser religioso es el revés del mundo. El mundo ama placeres, riquezas, grandezas, libertad. Los verdaderos discípulos de Jesucristo aman los sufrimientos, la pobreza, la humildad, y la obediencia para ser más conformes con el

Esposo y poner en práctica lo que dijo que « quien quiera ser mi discípulo renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga ».

El segundo día

Hay que considerar que el vestido blanco que se recibe significa candor, pureza y constancia necesarios toda la vida para aniquilar y destruir las pasiones, inclinaciones y malos hábitos para en sí reinar la razón, el espíritu de la vida religiosa y las máximas del Hijo de Dios. Además del requerimiento que Nuestro Señor hace a todos los religiosos de seguirlo las Hijas de la Caridad están especialmente invitadas a seguir la vida de convivencia y laboriosa de Jesucristo en la tierra y de sus apóstoles, al trabajar por la salvación de las almas. Todo el que tiene el valor de ir a la perfección tendrá toda su vida penalidades y al terminarla no habrá hecho cosa que valga. Su empeño es amar la pobreza de espíritu, las lágrimas, la vida dura, la persecución a causa de la justicia y del resto de las Bienaventuranzas que el mundo, para su mal, desestima, y ellas hasta el presente han hecho.

El hábito y el escapulario se les han dado como señal de las libreas del Corazón sagrado de Jesús y de María, a fin de que sus corazones sean otras tantas imágenes vivientes del amor purísimo, de la caridad excelentísima y de la profundísima humildad, de la abnegación de sí misma, del perfecto menosprecio del mundo, del celo ardentísimo por la salvación de las almas y de las demás virtudes muy

eminentes que reinan en el Corazón divino de Jesús. Siendo sus esposas, no deben extrañar practicar sus divinas virtudes, sobre todo la paciencia y la compasión, con las almas descarriadas. Al tener el honor de ser esposas y compañeras de Jesucristo en la obra de la salvación de las almas se obligan a pasar toda su vida en ese santo empleo, siguiendo las huellas de su divino Maestro, lo que es para ellas prenda muy segura de salvación. Por tanto partearán arriba de su gloria eternamente. Pero no se engañen a sí mismas. La religiosa que haga todo esto superficialmente se encontrará al final de sus días con las manos vacías y responsable de los medios que Dios le dio para su adelantamiento.

El tercer día

Tengan presente que el velo blanco que reciben significa varias cosas. La primera, que no deben tener otro objeto para gozar de su vista que el benignísimo Salvador, por amor de ellas, quiso ser cubierto en su Pasión con un velo de oprobio y de burlas. En segundo lugar, ocultar a sus ojos no solo exteriores sino interiores, todas las vanidades, pensamientos y recuerdos del mundo a fin de ocuparse más fácilmente en Dios, su soberano bien. Tercero, denota la pureza tanto interior como exterior, necesaria para el servicio de Dios. Y por consiguiente que es necesario cortar cuanto pueda desagradar a los ojos de nuestro divino Salvador, guardándole fidelidad muy exacta y hacer cuanto se vea y sepa que le es agradable.

Este velo es también señal de sumisión, tanto a Dios como a los superiores y superiores que la providencia de su divina majestad han puesto en su camino.

Añadirán que la luz corporal que reciben del cirio que les ha sido dado es para ellas señal de la luz y amor interior que consumirá felizmente su corazón si son fieles a la verdadera práctica de las virtudes que dicho hábito les significa y a la cual las exhorta. Que Nuestro Señor les conceda esta gracia.

El día de la toma del hábito meditarán en la crucifixión de Nuestro Señor como sigue.

Primera consideración

Considerarán atentamente cómo Nuestro Señor, en todo el tiempo de su vida, deseó con ardiente deseo esta hora dichosa para nosotros y dolorosa para él. El amor que profesaba a su Padre eterno y a la salvación de las almas le hizo escoger morir en la cruz desde donde enseña perfectamente cómo es necesario despojarse para revestirse y ser cubierto con un velo.

Al llegar al monte Calvario, se le quita su ropa, que estaba pegada a su sagrado cuerpo a causa de sus heridas, lo que lastimosamente le causó dolor incomparable. El Cordero inocente no dijo una palabra. Sentía vivamente el dolor que ese despojo le causaba. Sabía bien que resucitaría y goza y se complace en ese sufrimiento.

Oh infinita bondad de mi Salvador, ¿podrían decir ellas por qué no desprenderse gustosamente no solo de los vestidos seculares sino también de los malos hábitos de que mi alma se ha revestido hasta el presente, pues el sufrimiento que entonces tendré son solo rosas comparados con tus sufrimientos que serían insoportables para otro que no sea tu bondad? Lo quiero con todo mi corazón, pero, Dios mío, revísteme de la fuerza y constancias necearías para realizarlo, y la gloria sea solo tuya.

Segunda consideración

Luego este amoroso Jesús fue puesto en la cruz, vestido nupcial de que se revistió. Se deja clavar y amarrar fuertemente, más por las cadenas del amor que nos tenía, que por los clavos que lo sostenían, y no quiso ser declarado sino una vez que entregó su espíritu al Padre.

Con cuanta energía deben aferrarse a esta vocación por amor de su Maestro y Señor. Quizás alguna se pregunte ¿por qué tan tarde vine a abrazar este bien tan inexpresable? Y pues tu bondad me lo ofrece, tomo y me aferro de todo corazón a esta vocación.

Salvador mío, al revestirme de este santo hábito exterior, adórnname también de tu santa gracia y de tu puro amor, para que estos bienes me mantengan más fuertemente adherida a ti que al santo hábito. No me despojaré de él sino luego de haber entregado mi alma a tus santas manos.

Tercera consideración

Nuestro buenísimo Salvador, elevado en la cruz, recibió un velo de parte de su pueblo; era un velo de oprobio y vergüenza, de ignominia y blasfemias, que le daban para ocultar el rostro de su divinidad. Ella no se manifestaba. En ese estado no lo tenían sino como hombre mortal, menos a quienes daba conocerlo así.

Con qué fervor deben recibir ellas el santo velo de religiosas, para ocultarse a los ojos del mundo y no ser vistas ni reconocidas sino por su Salvador y por aquellos a quienes conceda esta gracia.

Queridísimo Salvador, dirán: qué, escoges para ti el velo del dolor y la amargura y el que me das es solo suavidad. Compartes así mi debilidad, y lo acepto de todo mi corazón. Concédeme la gracia de recibirlo dignamente. Que solo te vea a ti, solo piense en ti, y que haga todo puramente para ti. Te lo ruego con todas mis fuerzas del alma, por tus méritos y los de tu santa Madre, a fin de que cante eternamente tus alabanzas y vea tu santa faz en tu eternidad. Amén.

Podrán hacer una revisión breve sobre las principales afecciones que tuvieron en esos tres días y harán resoluciones firmes para realizarlas. Las escribirán en pocas palabras, si lo tienen a bien, para recordarlas según necesidad. Que por su fiel práctica puedan alcanzar de Dios la gracia de llegar a la santa perfección.

2. Toma de hábito de las Hijas de Nuestra Señora de Caridad

Terminado el tiempo de dar el hábito a la novicia se hará de la siguiente manera.

La sacristana cuidará de proveer temprano todo lo necesario para la ceremonia. Adornará el altar de la manera más pulcra y conveniente para el día de la ceremonia.

Dispuesto todo ordenadamente en el coro de las religiosas extenderá ante la reja un tapiz lo bastante grande para que dos o tres Hijas estén cómodamente de rodillas. Habrá un reclinatorio pequeño a fin de que puedan arrodillarse. Cerca de la reja pondrá en el lugar más cómodo una mesa pequeña cubierta con un mantel. En ella se pondrán los hábitos que se van a bendecir.

Las religiosas se reúnen en el lugar destinado para revestir los mantos de iglesia. Una vez que los hayan revestido se filarán por orden, cada una con un cirio encendido en la mano, menos la que va a tomar el hábito y esperan que la sacristana las llame.

La misma sacristana, u otra que la superiora designe a propósito, habiendo tomado la cruz, se colocará entre dos coristas y precederán a las religiosas... Las cantoras empiezan el *Ave maris sella*, canto que alternadamente se prosigue cantado por todas las religiosas. Se pondrán de rodillas durante la primera estrofa o versículo. Luego se levantan y caminan procesionalmente, de a dos, según su

rango, hasta el medio del coro. Cuando lleguen allí harán profunda reverencia al Santísimo Sacramento, y luego se ubicarán en sus puestos.

La sacristana con dos coristas se quedan en medio del coro, cerca del tapiz extendido, y dejan un sitio entre ellas y una de las coristas a fin de que la que va a tomar el hábito pueda pasar, tenida de una mano por la superiora, y de la otra por la asistente, u otra la superiora designe. Cuando lleguen cerca de la reja y hecha profunda reverencia, esperan a que el himno se termine.

El sacerdote oficiante, con las vestiduras convenientes y acompañado de sus ministros vendrá a al reja. Llegado allí y terminado el himno, las coristas cantarán el versículo que siguen:

V/. Ruega por nosotros, Madre de la eterna Caridad

R/. Para que seamos dignas de la caridad de Cristo.

Luego el oficiante dice :

Oremos

Señor Jesucristo, que por la gran caridad con que amaste
esta humilde congregación, por ti elegida
bajo el título de la Caridad de tu amantísima Madre,
y quisiste fuera consagrada a tu eterna caridad ,
concédenos, te rogamos,
por la intercesión de beatísima Madre de tu Hijo,
que, permaneciendo tú en nosotros y nosotros en ti,
podamos hacerlo todo en la caridad y por la caridad.
Tú que vives y reinas...

El coro responde *Amén*. La sacristana deposita la cruz en un lugar, y con las coristas van a sus puestos.

Luego el oficiante bendice el cirio que debe estar fuera en una credencia. Bendecido el cirio, lo presenta a la postulante que se pone de rodillas, lo recibe y lo besa y presta atención a las palabras que se le dicen:

« Recibe, hija querida, la luz corporal como signo de la luz espiritual de la que rogamos al Señor seas iluminada, a fin de que con el fervor del Espíritu Santo, puedas llegar a la eterna sociedad del Esposo sagrado de la santísima Iglesia, Nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos. Amén ».

Oremos

Señor Jesucristo, luz del mundo,
y esplendor de la gloria del Dios Padre omnipotente,
haz brillar tu rostro hermosísimo sobre esta sierva
tuya,
para que iluminada con la luz de rostro,
y encendida en el fuego de tu amor,
conozca lo que es tu agrado y lo lleve a término. Amén.
Te proteja la intercesión gloriosa
de la beata y gloriosa siempre Virgen María,
y te lleve a la vida eterna. Amén.

Después de la misa, el sermón y el canto del *Veni Creator*, el oficiante interroga a la postulante.

El Oficiante: Hija mía ¿qué pides ? Declara tu intención ante toda la asamblea.

La postulante: Una cosa he pedido al Señor, la que ahora requiero: que habite en la casa de Nuestro Señor y de su santísima Madre todo el tiempo de mi vida. Amé la bondad de la casa de Dios y el lugar donde reside su gloria (Sal 26, 8). Escogí humillación, pobreza, mortificación en la casa de nuestro Dios antes que habitar en los tabernáculos de los pecadores (Sal 84, 11).

El Oficiante : Bendito sea Dios autor de todo bien que te dio la gracia de hacer tan buena opción. Mejor vale un día en la casa de Dios que mil otros en otra parte. A ti se dirigen estas palabras del Espíritu Santo: Escucha, hija mía, presta el oído. Considera y entiende las grandes cosas que se te anuncian de parte de Dios. Si olvidas la casa de tu padre y tu madre y a ti misma, el gran Dios del cielo te amará como a su esposa y como su Corazón, pues él es el Señor, tu Dios.

Luego añade: ¿Deseas de corazón y con plena libertad habitar en esta casa de Nuestro Señor y de su santísima Madre, para trabajar en ella en la salvación de las almas, y en especial de la tuya, según la gracia que le plazca concederte ?

La postulante: Sí, Padre mío, de todo corazón y con todas las fuerzas de mi voluntad lo deseo y para ese fin me doy a Nuestro Señor.

El Oficiante se levanta y con la cabeza descubierta pronuncia esta oración:

Señor Jesucristo, sin ti nada podemos hacer,
concede a esta sierva tuya, querer siempre,
bajo tu inspiración y tu ayuda, realizar sus deseos.

Tú que vives y reinas... Amén.

Y continúa : El Señor quebrante en ti al hombre viejo con
sus usos y acciones.

La postulante responde: Amén.

Se pone en pie, saluda al altar, al Oficiante y al coro, y se dirige a la sacristía interior o a otro lugar, para quitarse la vestidura del mundo y tomar la de la congregación. Durante ese tiempo, el Oficiante bendice el vestido, el cíngulo, el escapulario y el manto, depositados en el coro, en una credencia cercana a la reja.

Cuando la postulante regresa al coro, debe haber revestido su vestido con griñón y un pequeño velo. Con el cirio encendido en la mano se aproxima a la reja, hace profunda reverencia al Santísimo Sacramento, y comienza sola el responso que sigue:

Por amor de Nuestro Señor Jesucristo
desprecié el mundo y toda sus vanidades.

El coro responde: Al que vi, al que amé, aquel en quien creí
y al que amé.

La postulante ; Escogí ser despreciada en la casa del Señor
nuestro Jesucristo.

El coro : A quien vi...

La postulante : Gloria al Padre...

El coro : A quien vi...

Hecho esto la postulante, de rodillas, recibe la bendición del Oficiante: Te revista el Señor del hombre nuevo que fue creado en justicia, santidad y verdad, en el nombre del Padre + del Hijo + y del Espíritu Santo +.

Luego canta:

V/. Señor Dios de las virtudes, conviértenos.

R/. Muéstranos tu rostro y seremos salvos.

V/. Es el Señor este con ustedes,

R/. Y con su espíritu

Oremos

Señor Dios de las virtudes, te rogamos suplicantes,
que purifiques por tu clemencia a esta sierva tuya
de toda la antigua corrupción,
usando de la abundancia de tu misericordia,
y la hagas capaz de renovada santidad. Amén.

Al término de esta oración, la superiora hará que la postulante se levante y después de profunda reverencia al Santísimo Sacramento, pase el cirio a la asistente y permanezca en pie.

Luego el Oficiante dará el escapulario a la superiora y mientras la postulante se lo reviste dice: « Toma, Hija mía, el yugo de Jesucristo que es dulce y liviano ; y aprende de él que es bueno y humilde de corazón y encontrarás reposo para tu alma ».

Al darle el velo: «Recibe este santo velo como señal de modestia, pudor, sumisión y mortificación a fin de que al

llevar la mortificación de Jesucristo en tu cuerpo, se manifieste en ti la vida de Jesucristo».

Al darle el rosario: «Recibe este rosario como señal de tu pertenencia especial a la santísima Virgen y de la devoción muy particular que le debes para honrarla y hacerla honrar en cuanto te sea posible».

Al darle el manto: «Los que siguen al Cordero inmaculado, marcharán con él con vestiduras blancas. Que por tanto tus vestiduras estén siempre blancas como señal de pureza interior para que seas digna de llevar y glorificar a Dios en tu corazón y en tu cuerpo».

Al darle el nombre: «Al vencedor, dice Nuestro Señor, le daré un nombre nuevo. Aquí tienes uno del todo nuevo y santo que te da, para comprometerte a vencer al demonio, al mundo y al pecado en tí misma. En adelante te llamarás María N.N. Sé sierva fiel e Hija verdadera de esta augusta María cuyo nombre llevas».

El Oficiante la asperja con agua bendita y dice:
V/. El Señor esté con ustedes. R/. Y con su espíritu

Oremos
Omnipotente y misericordioso Dios,
que quieres siempre la enmienda de la vida,
mira propicio a esta humilde sierva tuya

a quien en tu nombre impusimos el velo,
y entrégala al patrocinio de santa María Virgen,
para que, renunciando a los halagos mundanos,
la guardes bajo tu protección
segura contra toda vanidad mundana
y libre de todo impedimento del mundo
persista devota en su santo propósito,
y en la santa comunión de tus elegidas
comparta con ellas u manera de vivir
y llegue feliz a ti y te alabe por siempre. Amén

En seguida la bendice: Te bendiga el Padre, y el Hijo + y el Espíritu Santo, te corone de santidad y dilección, y cumpla todos tus ruegos por siempre. Amén.

Luego la asperja sin añadir nada y se retira a la sacristía con sus ministros para dejar sus ornamentos.

Hecho esto, la superiora y la asistente dejan la novicia y se van a su puesto. La sacristana, u otra, vienen donde la novicia y ambas, hecha reverencia al Santísimo Sacramento, se van donde las religiosas.

Llegadas donde la superiora, le hacen profunda inclinación y la novicia entrega su cirio a la que la ha acompañado y de rodillas recibe el beso de paz de la superiora. La novicia al recibirla dice: *Ore por mí, madre mía*. Y la madre al dar la paz dice: *Hermana mía, Dios te da su paz*.

Luego, sin besar la tierra, pues solo se hace con la superiora, irá donde las otras de lado de la superiora y hará lo mismo. Terminado ese lado irá al medio del coro, junto

con la que la ha acompañado, donde, hecha la reverencia al Santísimo Sacramento, irá a encontrar a la asistente y las del otro lado, y dirá y hará lo mismo. Recibida la paz de todas las Hermanas la recibirá de la que la ha acompañado.

Si hay dos para la toma de hábito, la una será acompañada por la superiora, la otra por la asistente, cada una por lado. Terminado el rito irán al medio del coro hacen reverencia al Santísimo Sacramento al mismo tiempo, y luego se juntarán para hacer la inclinación a la superiora. Hecho esto, cada una irá al lado donde no ha recibido el beso de paz. Regresan al medio del coro, reverencia al Santísimo Sacramento, reciben el beso de paz de la que acompaña y dirán: *Hermana mía, Nuestro Señor nos toma bajo su protección*, y responde la otra: *y su santa Madre*. Mientras las novicias reciben el beso de la paz el coro canta alternadamente los salmos 133, 122, 121, 126.

Se dirán todo o en parte según dure el beso de paz y terminan con el *Gloria* que solo se dice al final del último.

La que acompaña a la novicia la llevarán donde la superiora y ambas se inclinan ante ella, entregan el cirio y lo deja y regresa a su puesto. La superiora tiene a su lado a la novicia, de frente al altar y luego todas cantan el *Laudate Dominum omnes gentes*, con los *Alleluias*, si la liturgia lo permite.

Luego la sacristana, acompañada por dos del coro, va a tomar la cruz y se sitúa en medio del coro, cerca de la reja, entre las dos del coro. Luego, las cantoras, entonado el *Laudate pueri Dominum*, la sacristana y las dos del coro se van, y las demás las siguen procesionalmente de a dos en

dos, como vinieron. Se juntan en mitad del coro, hacen la reverencia al Satísimo Sacramento y se marchan cantando ese salmo hasta el noviciado para que allí la novicia firme su toma de hábito que debe estar ya escrita en el libro destinado para ello.

Yo... hija de NN, y de NN, de ... años de edad, libremente y con pleno consentimiento de mis padres, después de haber estado... en esta casa, haber visto y considerado las Reglas y ejercicios que allí se siguen, voluntariamente pedí ser recibida a la toma de hábito en el rango de Hermana de coro (o doméstica), lo que obtuve por la gracia de Dios. Cambié de nombre al tomarlo y recibí el de María de NN, el día... del mes de... del año de...

Sor María de NN.

3. Formulario para la profesión

Terminado el tiempo de noviciado y llegado el día de la profesión, se dispondrá y procederá a la manera prescrita para la toma de hábito, hasta el fin del *Veni Creator*. Luego el Oficiante, con sus ministros, delante de la reja, se sienta y hace este cuestionario a la novicia.

El Oficiante: Mi muy querida Hermana ¿qué pides ? Di tu intención ante toda esta asamblea.

La novicia: Solo una cosa pedí al Señor y ahora la reitero: habitar en la casa de Nuestro Señor y de su santísima Madre todos los días de mi vida. Para ello pido ser recibida a la profesión en la Congregación de Nuestra Señora de Caridad, para servir en ella a Dios toda mi vida en el ejercicio de la obediencia, de la castidad y de la pobreza, y para emplearme, con la gracia que me dé, en la salvación de las almas de las jóvenes y mujeres penitentes que vengan a esta casa.

El Oficiante: ¿Tienes firmemente en tu corazón, no obligada ni forzada, la voluntad de guardar obediencia, castidad y pobreza a Jesucristo Nuestro Señor, y de cooperar con él en la salvación de las almas según el Instituto de esta Congregación ? Querida Hermana, tu vestido del mundo está guardado y aquí tienes el velo de la Congregación. Ahora tienes ante ti uno y otro para que extiendas tu mano al que quieras para escogerlo y tomarlo.

La novicia: Voluntariamente me despojé de la vestidura del mundo. Jamás, con la ayuda de Dios, la tomaré de nuevo. Abandoné la vanidad y de ella me lavé mis pies. Nunca volveré a ella.

El Oficiante: Ciertamente es un bien para ti hacerlo así. Si perseveras recibirás la bendición del Señor y la misericordia

de Dios nuestro Salvador. ¿Piensas que estás suficientemente instruida en lo que es el Instituto de este monasterio, de los votos esenciales de la vida religiosa, de las Reglas y Constituciones? En una palabra, ¿conoces bien lo que buscas al hacer la profesión?

La novicia: Sí, Padre, por gracia de Dios. Quien confía en el Señor jamás será confundido. Por eso me dirijo a él y le elevo esta oración: Señor, confírmame en esta hora para que haga lo que veo debo hacer con tu gracia. Dios mío, acudo a ti porque me has llamado. Recíbeme conforme a tu palabra y viviré. Mi esperanza no será confundida (Sal 119, 116).

El Oficiante se dirige a la superiora: Madre mía, has escuchado la petición y sus consecuencias que nuestra Hermana ha hecho. ¿Ha recibido el asentimiento de la comunidad?

La superiora: Sí, Padre, con la gracia de Dios. Nuestras Hermanas le desean la felicidad de vivir y morir unida a ellas y que para ello haga ahora los votos sagrados y la santa profesión según todo lo que ella requiere.

El Oficiante: Querida Hermana, si tal es tu voluntad, ven a Dios tu Creador y seas iluminada, que tu rostro nunca quede confundido (Sal 34, 6). Haz al Señor tu sacrificio, espera en él, y él te mostrará el bien (Sal 4, 6).

De inmediato la novicia y las Hermanas que la acompañan se levantan y hacen reverencia al Santísimo. Luego la novicia viene a ponerse de rodillas en la grada cercana de la reja y se queda allí en silencio, las manos juntas, los ojos bajos, y sus asistentes a sus lados, de rodillas, mientras el coro canta: *Te ofreceré im sacrificio de alabanza, invocando tu nombre, Señor. Cuumpliré mis votos en presencia de todo el pueblo* (Sa1 l16, 17-18).

El Oficiante bendice en seguida el velo negro y la imagen³¹, que estarán en una bandeja o en la credencia. Luego se sienta, recibe el bonete. La novicia pronuncia clara y distintamente la profesión conforme a lo que sigue.

« En el nombre del Padre, + del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Yo, Sor María de ... en presencia de nuestra madre... superiora de este monasterio, y de la comunidad de Hermanas que hay en él, hago voto y prometo a Dios guardar toda mi vida pobreza, castidad y obediencia según la Regla de San Agustín y de las Constituciones de Nuestra Señora de Caridad, bajo la autoridad de monseñor el ilustrísimo y reverendísimo obispo de ..., como también de emplearme en la instrucción de las jóvenes y mujeres penitentes que después de haber vivido licenciosamente se sometan voluntariamente y sin coacción a la dirección de las religiosas de dicho monasterio para convertirse a Dios y hacer penitencia. Que todo sea para la gran gloria de mi Dios y en honor de la sacratísima Virgen María, Madre de esta Congregación.

En el año de Nuestro Señor... el día...

³¹ La imagen de la santa Virgen con el Niño Jesús, grabada en un cofrazón de plata.

Sor María de ...»

La que hace los votos tendrá su profesión escrita con su propia mano en un papel que firmará en ese momento.

Terminados los votos el coro se pone en pie y vueltas unas a otras cantan el salmo: *Te escuche Dios en día de tu profesión* (Sal 20, en que se cambia *tribulación* por *profesión*).

Terminado el salmo el Oficiante se pone en pie y dice
Dominus vobiscum... Et cum spiritu tuo.

Oremos

Te rogamos, oh Dios, que por intercesión de santa María
Virgen,
te dignes defender de toda adersidad a esta sierva tuya,
postrada ante ti de todo corazón
y liberarla de todas las asechanzas del enemigo.
Por Cristo...

Luego se acerca a la reja y tomando la imagen de Nuestra Señora, la presenta a la profesa y le dice: « Recibe, querida hija, esta imagen de las sacratísima Virgen María, Madre de Jesús, como señal de la pertenencia perpetua que le has hecho, como a tu muy venerada Señora y a tu muy querida Madre. Pon en tu pecho esta imagen, llévala día y noche, en testimonio del deseo que tienes de estarle siempre unida con especial devoción y perfecta imitación,

para amar, glorificar y alabar desde ahora y por siempre, con ella y con su Hijo Jesús, a la santísima Trinidad ».

La profesa toma la imagen, la besa y la cuelga en su cuello, ayudada por la superiora y la asistente.

Luego el Oficiante le da el velo y le dice: «Pon este velo en tus ojos para no ver ya ese mundo al que has renunciado para siempre».

Mientras la superiora y la asistente acomodan el velo en la cabeza de la profesa, el Oficiante dice:

Oremos

Señor nuestro Jesucristo, inspira misericordioso
a esta sierva tuya sincera y firme piedad,
para que lleve dignamente
el hábito de la santa profesión,
y pueda cumplir lo que ha prometido
y persevere en su santo servicio,
y con los elegidos llegue a los gozos eternos. Amén.

Luego la nueva profesa se pone en pie y canta: *Aquí descanso para siempre. Aquí habitaré pues así lo escogí* (Sal 132, 14)

El Oficiante la bendice: Hermana mía, has muerto para el mundo y para ti misma; ya no vives sino para Dios.

El coro entona: *Felices los muertos que mueren en el Señor* (Ap 14, 13).

La profesa se prosterna en el tapiz en forma de cruz y será cubierto de inmediato con un paño negro preparado

para el caso. El Oficiante canta la lectura: *Porque me sacaste del vientre*, etc. Y comienza el *Libera me Domine*, que el coro continúa : *de morte aeerna*, hasta el versículo: Tremens sum facta ego... El coro : Quando coeli movendi sunt.... Etc.

El Oficiante entona: Kyrie, eleison. Christe, eleison. Kyrie, eleison, Pater...

- No nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal.
 - Salva a tu sierva, que tiene en ti su esperanza.
 - Sé torre de fortaleza, frente al enemigo.
 - Nada alcance en ella el enemigo, y el hijo de la iniquidad con le haga daño.
 - Ora POR ELLA, SANTA Madre de Dios para que sea digna de las promesas de Cristo.-Señor, escucha mi oración y mi clamor llegue hasta ti.
- Dominus vobiscum, et cun spiritu tuo

Oremos

Te rogamos, Dios nuestro, que absueles
por tu misericordia a esta sierva
a la que mandaste salir de este mundo,
y muerta para este mundo perverso,
viva para ti, y preservada de sus contagios,
devuélvele la herencia de la salvación eterna. Amén.

La asperja con agua bendita y le dice: « Levántate, hija mía, en el nombre de Dios, para que salida de las sombras

de muerte de este mundo maligno, te inunde la luz de vida que es Jesucristo Nuestro Señor ».

La profesa se levanta de inmediato y, haciendo profunda inclinación, toma de nuevo el cirio. El Oficiante le dice: « Haz que tu senda avance como aurora resplandeciente y que cruce hasta la perfección del día ».

La profesa, cirio en la mano, canta: *El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?* Luego se pone de rodillas frente a la reja y el Oficiante dice:

Oremos

Te rogamos, Señor, que la fuerza encendida y dulce de tu
amor
penetre nuestra alma, para que ardamos en el amor de tu
amor,
que por nuestro amor te dignaste morir. Amén.

Luego pone en mano de la nueva profesa un crucifijo y le dice: *Lejos de mí gloriarme sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por el que el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo.*

Y el coro canta: Vivo yo, pero soy el que vive sino Cristo en mí. Y la novicia añade: *Gloria al Padre*, etc. Y el Oficiante:

Oremos

Oh Dios, que por nosotros quisiste que tu Hijo
padeciera el patíbulo de la cruz,
para desterrar de nosotros el poder del enemigo,
concede a tus siervos y siervas
conseguir la gracia de la resurrección. Amén.

Terminada la oración, la superiora y la asistente, hecha la reverencia al Santísimo, pasan a sus puestos. La sacristana, u otra, va donde la profesa y se pone de rodillas junto a ella, mientras el oficiante la bendice, diciendo: Te bendiga el Padre, + el Hijo y el Espíritu Santo, te colme de amor y santidad y atienda por siempre todas tus súplicas. Amén.

La asperja con agua bendita. La profesa y su acompañante se ponen en pie y el Oficiante le dice: Vete, hija mía, Dios te sea propicio. Permanece en tu morada porque Dios te ha colmado de su gracia.

Dicho esto, el Oficiante y sus ministros regresan a la sacristía. La nueva Profesa, conducida por su asistente, va a recibir el abrazo de paz, luego de hacer reverencia al Santísimo. El resto se hace como en la toma de hábito. Van procesionalmente al noviciado para que allí la nueva profesa firme su profesión que debe estar escrita y lista en el libro.

BREVE ADVERTENCIA

Las superiores deben examinar bien a las novicias sobre si están decididas a perseverar en su vocación. Si

hubiera alguna joven que no estuviera bien deseosa de la profesión sería bueno retardarla o si es el caso despacharla. Este don es tan grande que habría que ser muy insensible para no testimoniar deseo ardiente de tomarlo.

Si se quiere conservar el espíritu primitivo de esta vocación hay que ser fieles e inflexibles a no conceder la profesión a quienes no tengan las condiciones requeridas. Se atraería la ruina sobre el bien y la paz de la casa.

Se acostumbra poner una corona de flores en la cabeza de las Hermanas cuando profesan que lleven todo el día. La superiora la pone cuando amarra el velo.

II. EXTRACTOS DEL CEREMONIAL QUE SE TIENE EN LA ORDEN

CUANDO SE ADMINISTRAN LOS SANTOS SACRAMENTOS DE LOS ENFERMOS

1. El santo viático

El confesor, con sobrepelliz y estola, hace encender un cirio en el altar y toma el copón que llevará a la reja, depositándolo en un corporal desplegado. Cierra la ventanilla y va a la puerta para ser conducido al coro de las Hermanas. Cuando llegué allí se pone de rodillas ante el Santísimo Sacramento, con el cual, vuelto hacia las religiosas, les da la bendición y comenzará el *Misserere mei Deus* y se queda en el lugar hasta que las Hermanas y el acólito hayan pasado.

Cuando el confesor llega a la puerta de la enfermería, acabado o no el salmo, dirá en voz alta: *Paz a esta casa*. La

sacristana responde *Y a cuantos la habitan*. Lleva el Santísimo Sacramento al altar preparado, ante el que estará de rodillas hasta que las Hermanas hayan entrado. Luego, en pie, da la bendición a la enferma con el Santísimo Sacramento, la asperja en signo de cruz, y también a las Hermanas diciendo *Rocíame Señor* y luego dice las oraciones siguientes.

Luego la enferma se reconcilia si tiene necesidad y pedirá perdón a las Hermanas y les suplica que oren por ella. El confesor le hace hacer los actos siguientes:

-1. ¿Crees que en el muy augusto y adorable Sacramento que te traigo se contiene el precioso Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que da la vida eterna a quienes lo reciben dignamente? R/. Sí.

2. ¿Lo adoras con todo el respeto y sumisión que te es posible, lamentando no poder adorarlo tanto como lo hacen los serafines y bienaventurados que están prosternados ante el trono de su majestad? R/. Sí.

3. ¿Quieres con todo tu corazón a este Dios de caridad que viene a darse a ti amorosamente? R/. Sí.

4. Ten dolor de tus pecados, sean los que fueren, no por temor del infierno o de los juicios divinos, sino solo por haber ofendido la soberana majestad y bondad de Dios.

5. Acepta amorosamente las penas y sufrimientos que te da como justa reprimenda de tus infidelidades. Ofrécete a Dios para sufrir lo que le plazca y repite a menudo: Salvador mío, con todas mis fuerzas uno mi entendimiento a tus soberanas verdades y mi corazón a tus amables voluntades.

Luego el confesor advertirá a la enferma a ganar la indulgencia plenaria acordada a las religiosas en trance de muerte por el papa Paulo V. Así dice en la bula:

« Todos los religiosos en trance de muerte que estén contritos y se hayan confesado y comulgado, o que no pudiendo comulgar invoquen de corazón el santo nombre de Jesús, si no pueden hacerlo con los labios, ganarán la indulgencia plenaria ».

Esta indulgencia se gana sin cruz ni medalla, solo en virtud de su profesión religiosa.

Dicho esto, la asistente dice el *Confiteor*, y el Confesor el *Misereatur*.. En seguida el sacerdote toma la santa Hostia, la mantiene elevada ante la enferma y dice estas palabras interrogándola:

¿Crees que este es el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que da la vida eterna a quienes lo reciben dignamente?

La enferma responde que sí, y él le dirá que lo adore y que recite tres veces: *Señor, no soy digna...* luego le da la comunión diciendo *Recibe, Hermana, etc.*

Terminada la oración podrá exhortarla brevemente a dar gracias... :

Si la enferma estuviera urgida se omiten estas oraciones y ceremonias. Si le da algún achaque mientras el Santísimo esté en la enfermería que le impidiera comulgar realmente, el confesor, recita las oraciones, excepto las que conciernen la santa comunión. Se pone de rodillas reverentemente con toda la asamblea para orar por la enferma la cual se dispondrá a actos de adoración y de

deseo de comulgar espiritualmente. El sacerdote se levanta y le da la bendición con el Santísimo Sacramento y la exhortará a acatar con amor el beneplácito divino y la comunión espiritual. Entona luego el *Benedictus* y regresa como vino. Si no hay hostias para llevar, dos Hermanas lo llevarán a la puerta para salir a menos que haga de inmediato la recomendación del alma.

2. Cómo se administra la Extrema Unción

La sacristana da lentamente seis toques de campana para reunir a las Hermanas en la enfermería. Allí ponen de rodillas. A cada una se le da una vela a menos que el calor de la época cause molestia a la enferma. Antes de que se traigan los santos óleos la enfermera limpia las partes del cuerpo donde se hacen las unciones.

El confesor, con sobrepelliz y estola morada, entra a la enfermería con los santos óleos. Al entrar dice: *Paz a esta casa*, etc. Se acerca a la enferma y le da agua bendita, lo mismo que a las Hermanas y recita el *Asperges*, etc. Luego le presenta el Crucifijo para que lo bese.

Si la enferma está en buen juicio, le habla con pocas palabras de la necesidad de los efectos de este sacramento que culmina la penitencia cristiana. Le dice que pida a Dios el espíritu del sacramento y que trate de moveré a él mientras se lo aplique. Puede ser que la enferma no esté lo bastante vigorosa para expresar por sí misma estos sentimientos. Puede, discretamente sin embargo, ayudarla con estas o parecidas palabras.

Al ungir los ojos. Por la muerte se pierde la vista y se acepta que sea en satisfacción por haberse servido de los ojos para ver la vanidad u objetos prohibidos o derramar lágrimas inútiles. Pedir perdón por ello. Aspirar a que contemplen a Jesús en el paraíso. Pedirle que con sus ojos nos mire amorosamente como miró a los que lo crucificaban y bendecir las lágrimas que vertió por nuestra salvación. « Quién derramará en mi cabeza el agua y en mis ojos una fuente de lágrimas para llorar noche y día » (Jer 9, 1). « Elevo hacia ti mis ojos, que habitas en el cielo » (Sal 123, 1).

Al ungir los oídos. Aceptar que no se volverá a escuchar. Dolerse de haber escuchado el mal y haberse gozado de él. Pedir perdón a Dios. Desear a que el poco oído que nos queda sea para oír hablar de la salvación. Pedir a Jesús la aplicación del mérito de su paciencia al escuchar las injurias y blasfemias durante su pasión. « Dame escuchar tu voz, Señor, porque tu voz es amable » (Ct 2, 14).

Al ungir la nariz. Pedir perdón a Dios por los pecados del olfato. Sobre todo por haber sido, con conducta poco edificante, mal olor para el prójimo. Ofrecer en satisfacción a su justicia la corrupción del cuerpo y pedir a Jesucristo la aplicación del mérito de los malos olores que experimentó en el establo y en el Calvario. « Recibe, Señor, mi vida, mi corazón y mi cuerpo en olor de suavidad ».

Al ungir los labios. Aceptar el silencio de la muerte para satisfacer la justicia de Dios en castigo de todos los pecados cometidos por la palabra y por los excesos en el comer. Al recibir la unción implorar la divina misericordia con corazón de veras humilde, y pedir a Jesús la aplicación del mérito de su silencio, de sus predicaciones y sus santos ayunos. «Si me empeño en justificarme, mis propios labios me condenarán » (Job 8, 20).

Al ungir las manos. Sufrir que esas manos se sequen en castigo por las faltas cometidas al tocar, por las injusticias, y por la omisión del bien que se hubiera debido hacer. Pedir perdón a Dios, y a Jesucristo la aplicación del mérito de las santas acciones que obró mediante sus sagradas manos que fueron clavadas a la cruz. « En tu nombre elevo mis manos» (Sal 63, 59).

Al ungir los pies. Aceptar que en satisfacción de la justicia de Dios que los pies reposen en la tumba y hagan penitencia por haberse apartado de él. Pedir a Jesucristo la aplicación del mérito de sus sagrados pasos hechos por la salvación de los hombres, sobre todo al llevar la cruz. « Me extravié como oveja perdida ; busca a tu sierva» (Sal 119, 176). « Señor, concédeme entrar por el camino de tus mandatos » (Sal 119, 35).

El sacerdote añade luego las oraciones del ritual de sacramentos.

3. Visita de la enferma

Siempre que el confesor entre a visitar la enferma dice *Paz a esta casa y a cuanto la habitan.*

Cuando lo juzgue a propósito, o la superiora, le hará hacer los actos siguientes, y en su ausencia, la superiora podrá, si necesario, hacer que la enferma los haga.

g1. ¿Crees los artículo de la fe que la Iglesia católica, apostólica y romana cree y enseña porque Dios reveló todas esas verdades que son infalibles y necesarias para nuestra salvación? *Sí, los creo.*

2. ¿Quieres vivir y morir en la creencia y confesión de esta misma fe apostólica? *Sí, quiero.*

3. ¿Amas a Dios de todo corazón, y pides humilde perdón de todos tus pecados cometidos contra su infinita bondad y quisieras tener un dolor mil veces mayor que el que tienes por haberlo ofendido, y no por temor de la muerte o de cualquier otra pena que hayas merecido sino solo por haber ofendido la soberana bondad? *Sí.*

4. Si es voluntad de Dios que vivas todavía un tiempo en el mundo ¿estás decidida, mediante su santa gracia, a hacerte más agradable a su divina majestad y perfeccionarte más y más en el servicio y en el amor que le debes ? *Sí.*

5. ¿Si te recuerdas de pesados que olvidaste en tu confesión los confesarías ahora y harías penitencia durante el tiempo que te queda? *Sí.*

6. ¿Esperas que Dios te tenga misericordia y te dé la vida eterna por los méritos y satisfacciones infinitas de Nuestro Señor Jesucristo? *Sí lo espero*

7. ¿Perdonas de todo corazón por amor a Dios a todos y todas que te hayan ofendido y tienes el deseo de que Dios también los perdone? *Sí, lo pido de todo corazón.*
8. ¿Pides también perdón a todas las personas que hayas podido ofender de cualquier manera que sea? *Si, lo pido de todo corazón.*
9. ¿Pides a Dios de todo corazón que te dé la gracia de no cambiar jamás de la resolución tomada de permanecer siempre en la contrición de tus pecados, en la perseverancia de su santo amor, y en la voluntad de agradarle en cuanto desea de ti? *Sí.*
10. ¿Aceptas de corazón la aflicción y el mal que te trae la enfermedad para satisfacción de tus pesados y para hacerte más conforme con la pasión de Nuestro Señor Jesucristo? *Sí.*
11. ¿Deseas con sumo anhelo ver a nuestro Dios, soberano bien de nuestras almas, objeto único de nuestras esperanzas, para bendecirlo, adorarlo y glorificarlo eternamente? *Sí, lo deseo con todo el afecto.*
12. ¿Si Dios te pide devolverle la vida que te dio y te ha conservado hasta el presente, estás dispuesta a ponerla entre sus manos y adorar su inmensa bondad en la muerte como en la vida? *Sí*

En seguida dicen el *Confiteor* y el confesor recita el *Misereatur*, etc. Y pronuncia esta absolución que no es sacramental:

Señor nuestro Jesucristo, por virtud y mérito
de su pasión te absuelva y yo, por su autoridad,

te absuelvo de todo vínculo de excomunión,
y de toda censura eclesiástica, que por derecho
o por voluntad te haya sido impuesta,
y ruego al Señor Redentor nuestro,
que, liberada de todo lazo de pecado,
se digne conducirte al reino de los cielos. Amén.

4. Protestaciones de la enferma, o de otra persona en su lugar

1. Yo ... en tu presencia, Ángel de Dios, a quien fue encomendada mi custodia desde el momento de salir del vientre de mi madre, y en presencia de ... aquí presentes protesto que quiero morir en la verdadera fe católica, apostólica y romana, en la que todos los santos han muerto y fallecido.
2. Hago igualmente protesta de querer vivir y morir en la esperanza de que voy a alcanzar de mi Dios el perdón de todos los pecados cometidos, así hayan sido en gran número, pues una sola gota de la sangre que Nuestro Señor derramó en el árbol de la cruz era suficiente para rescatar a todo el género humano.
3. Pongo de manifiesto además que si por la debilidad de mi espíritu o la violencia del mal, o el temor de los juicios divinos, o la tentación del enemigo me hicieran caer en desesperación o en alguna duda de la fe, ahora que estoy en uso de mi mente sana, revoco todo ello y renuncio desde

ya a todos los pensamientos contrarios a las voluntades de mi Dios.

4. Manifiesto además que todos mis pecados me desagradan grandemente, porque desagradan a Dios. Por eso le suplico muy humildemente que me haga misericordia, y le suplico por los méritos de la muerte y pasión de Nuestro Señor Jesucristo, por la virtud de su sangre preciosa y por los méritos e intercesión de su Madre santísima, de sus ángeles y de todos sus santos, me conceda la remisión de todas ofensas cometidas contra su divina bondad.

5. Declaro que no quiero vivir un momento más del tiempo que Dios quiera concederme. Cuando quiera enviarme la muerte la acepto de todo corazón en castigo por mis pecados. Deseo hacerle reparación honorable de las injurias que hice a su divina majestad.

6. Manifiesto además que no tengo otros deseos en el mundo que ver a mi Dios en el trono de su gloria, para adorarlo y glorificarlo por siempre con todos los elegidos y predestinados. Le ruego de todo corazón que me reciba un día en el número de las almas bienaventuradas, sea que quiera admitirme por los sufrimientos que pueda tener en este mundo, sea que quiera reservármelo en el purgatorio. En todo caso adoro su justicia y su misericordia y me considero muy feliz de hacer por entero todas sus voluntades.

7. Oh santa Virgen, Madre de piedad y misericordia, luego de estas protestaciones mías, te encomiendo por testimonio de mi alma, mis últimas voluntades y quereres.

Te pido, con suplicación humilde, que por tu medio, pueda obtener una de tus miradas compasivas o uno de los suspiros que Nuestro Señor Jesucristo exhaló de su pecho sagrado durante las tres horas del tiempo que permaneció clavado en la cruz, para suavizar y aliviar los suspiros que pudieran entristecer y afligir mi alma a la salida de mi cuerpo.

Oh Ángel bueno, que me diste como tutela y guardia, ruego también a tu angélica piedad, que continúes tu muy favorable asistencia y hagas que cuando mi alma sea separada de mi cuerpo, pueda encontrar a Nuestro Señor como Juez muy clemente y misericordioso, en consideración del amor inaprensible que testimonió en la cruz por la salvación de los hombres.

Oh sagrada Madre de mi divino Jesús, oh Ángel de mi guarda, siempre fiel, ruego a los dos de todo corazón, que en la última hora de mi vida se dignen defenderme de todos los enemigos de mi salvación, y den testimonio fiel de estas protestaciones mías ante mi Dios para que, mediante ustedes, pueda estar más digno de comparecer delante de su divina majestad.

5. Testimonio del alma hecho por la enferma al Ángel de la guarda

Luego de hechas estas protestaciones, oh santo Ángel de Dios, como testamento de mi alma, te recomiendo mi

última voluntad y deseo, y te ruego que pidas tres cosas de la muerte y del testimonio de mi Salvador.

Primero, déjame una de sus miradas llenas de lágrimas y uno de sus dolorosos suspiros de los incontables padecimientos sufridos durante su crucifixión por espacio de tres horas, para suavizar y mitigar mis dolores, penas, sollozos y suspiros que ahora me agobian. Que por tu intercesión, su santa Madre quiera compartir conmigo uno de sus gemidos y dolorosos suspiros de su Corazón virginal, por los incontables tormentos sufridos junto al árbol de la cruz, mirando a su querido Hijo, el Redentor del género humano. Que se digne recibirme en el número de sus pobres pecadoras que deben obtener misericordia de parte de Dios, en el día de su temible juicio último.

Segundo, me socorra tu angélica compasión cuando mi pobre corazón se rompa con mi muerte y mi pobre alma sea separada de mi cuerpo encuentren a mi bondadoso juez por el amor de la divina caridad por la cual su Corazón amoroso se rompió en la cruz para la salvación del mundo y su santísima alma fue separada de su cuerpo.

Finalmente, mi muy santo Ángel, te encomiendo la última hora de mi vida y la salida de mi alma. Que te plazca gobernarla y defenderla de los enemigos de mi salvación. Sé fiel testigo y protector de mis protestaciones, donde sea preciso, contra los peligros de mi salvación. Amén.

6. La recomendación del alma

Cuando se juzgue que la enferma entra en agonía se hace entrar al confesor para asistirle y decir las oraciones de los agonizantes. Tendrá los ornamentos dichos. La Hermana sacristana dará cinco golpes de la campana grande para convocar a las Hermanas a la enfermería para unir sus oraciones a las del sacerdote y cumplir los últimos con la Hermana.

El sacerdote pasa el crucifijo a la Hermana para que lo obedezca y le hace repetir algunos de los actos siguientes u otros semejante. Deben ser cortos pero conmovedores.

« Señor y Dios mío, mi Salvador, confío en ti y nada tendré que temer » (Is 12).

San Juan Eudes insinúa muchos textos cortos de la Palabra de Dios.

Durante las oraciones que se hacen en el tiempo de la agonía se da a la enferma un cirio bendito para oponerla al espíritu de las tinieblas y ponerlo en fuga en virtud de la bendición recibida y para reconocerse culpable ante Dios y hacer cumplida reparación a su justicia. El sacerdote hace que la enferma bese el crucifijo y le inspira algunas palabras como estas:

-«Sagrada Cabeza coronada de espinas, te adoro, glorifícame».

-«Ojos benditos de Jesús que la muerte cerró, mírenme».

-«Benditas manos, traspasadas por los clavos, defiéndame».

-«Divino Corazón de Jesús, herido por mi amor, recíbeme».

- «Brazos extendidos por tu amor, abrácenme".
- «Pies adorables, fatigados por mi salvación, levántenme».
- «Sangre preciosa, derramada por mis pecados, purifíquenme».

7. Expiración

Nada hay más deseable que una muerte preciosa ante Dios. Es importante por tanto, cuando el alma está lista para ir a él que es el centro de sus deseos que esté llena de fervor y de atención. Como la enferma, en ese momento extremo, no puede actuar con la libertad ordinaria y con toda la fuerza de su alma, el sacerdote y las religiosas presentes pueden suplirla por caridad. Se celebrará una misa en honor de la Pasión para obtenerle la gracia final, por los méritos de Jesucristo. Sin embargo se le sugerirá producir actos cortos, llenos de ardor, como:

- Creo, Señor, ayúdame.
- Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí,
- No lo que yo quiero, Dios mío, sino lo que tú quieres.
- Buen Jesús, refugio y paz mía, defiéndeme y reconcíliame.
- Dios mío, pon tu cruz y tu Pasión entre tu juicio y mi alma.
- Santa María, Madre de gracia y misericordia, defiéndeme del enemigo.
- San Miguel, combate por mí,
- Ángel de mi guarda, asísteme.

- Mártires del Señor, rueguen por mí.
- Todas las santas vírgenes y viudas reciban mi alma al salir de mi cuerpo.
- En tus manos, Padre, pongo mi espíritu.

Cuando la agonizante ha perdido la palabra y se piensa que ya no oye, lo mejor es orar por ella para que alcance una buena muerte, pedir que sea perdonada de todo pecado, sea fortalecida en sus sufrimientos y alcance misericordia en el momento de su juicio.

Es bueno que cada una recite en particular tres veces el Padre nuestro y tres Ave Marías, el Ave Cor y el Ave María Filia Dei Patris. No está por demás decirle al oído estas palabras:

«Creo, Dios mío, espero, amor. Te pido perdón. Se haga tu voluntad. Me abandono en ti. Te deseo». Entremezclar los nombres sagrados de *Jesús, María*. «Virgen santa, ruega por mí. Jesús mío, recibe mi espíritu». Y al expirar decir fuerte: Jesús, Jesús, Jesús.

III. DIRECTORIO

Para la Hermana encargada de las penitentes

Es muy importante que la encargada de esta misión tenga gran celo por la salvación de las almas, muy propio del Instituto, y tenga las cualidades siguientes:

Que sea muy prudente y discreta, humilde y llena de bondad, tanto para soportar pacientemente todas las contradicciones, resistencias y oposiciones inherentes a este cargo, debido a la inconstancia de estas almas débiles

que ordinariamente son muy extrañas, y para hacerles concebir y practicar el bien.

Debe sobresalir en la virtud de paciencia para sobrellevar amablemente los defectos de las que descubra tienen un corazón bueno y se hagan fieles a la observancia de su reglamento. Y también deber ser generosa para corregir y castigar a las rebeldes.

Tendrá también especial solicitud de que sean asiduas a sus labores. Cuide lo espiritual pero esté muy atenta también a no dejarlas ociosas en ningún momento.

No las deja solas pero, en cuanto posible, ella y su compañera estarán siempre las dos con ellas. Si tuvieran necesidad de ausentarse por un tiempo lpedirán a la Hermana designada para suplirlas quedarse co ellas hasta que vuelvan con el fin de aseurar que hagan sus labores.

Cuando vayan a confesarse las preparará de antemano ayudándoles a hacer su examen y los actos señalados en el libro *Vida y Reino de Jesús*, Les leerá, o hará se les lea, el ejercicio de la santa Misa mientras se canta en las fiestas y en los domingos, con los actos preparatorios a la santa comunión cuando haya algunas para comulgar. También la acción de gracias después de la santa Misa a menos que la superiora ordene algo distinto.

Cuando sea necesario cambiar, aumentar o disminuir algunas de sus prácticas, o que hagan sus ejercicios en horas diferentes de las fijadas, solo lo hará con autorización de la superiora. Cuando sea necesario permitir mayor frecuencia o rehusar el uso de los sacramentos no podrá hacerlo por su propia autoridad sino según el parecer de la superiora con

la que dialogará a menudo sobre los acontecimientos o dificultades que se presenten en esta tarea, para recibir de ella luces necesarias para la conducción de las almas. Solo por orden de la superiora les enseñará la manera de hacer la oración y recitar el Oficio divino. Sobre todo, presten cuidadosa atención para que no haya entre ellas choques, ni enemistades, ni envidias, ni desprecios, ni odios de unas contra otras, corrigiendo y previniendo en cuanto posible esos desórdenes que son verdadera peste de la vida espiritual y la perdición de las almas.

Tendrá la llave de la puerta de las penitentes, si la superiora lo juzga bien, a todo lo largo del día, para salir y entrar ella y su compañera, cuando la necesidad lo requiera, como también si hay necesidad de que las pendientes salgan para un servicio en la casa o para otra cosa necesaria.

Cierra esa puerta todas las noches y lleva la llave a la superiora. Tendrá consigo, como prevén las Constituciones, la llave de la puerta que da a la pieza de las responsables en el dormitorio de las penitentes para poder entrar si ocurre algún accidente durante la noche. Fuera de ese caso esa puerta estará siempre en llave de modo que no sea posible entrar o salir durante el día. Lleva dicha llave a la celda de la superiora, cuando vaya en la mañana por las llaves y las toma de nuevo al llegar la noche al devolverlas.

Cuando las directoras tomen sus alimentos con las penitentes no pueden darles sino lo que les dado para su uso particular. No podrán darles algo extraordinario, por ejemplo colaciones o frutos. O cuando alguna esté

indispuesta pedir algo especial a la cocina, o distribuir sopas a algunas, o la porción que alguna haya dejado o permitirles guardarlas para más tarde, y cosas semejantes, sin autorización de la superiora a la que acudirán con confianza y fidelidad. Cuidará de que cuando la superiora u otra encargada haya rehusado alguna cosa manifieste contrariedad, especialmente ante las penitentes. Más bien hará lo posible, compadecida de sus enfermedades y debilidades, exhortarlas a privarse, por amor de Nuestro Señor, de cuanto pudiera complacer a sus gustos..

En lo tocante al vestido, ropa u otras necesidades, seguirá siempre el parecer de la superiora y no podrá, sin licencia, pedir a las encargadas, como ropera, lencera, enfermera, dispensera u otras subvenir a sus necesidades. Lo que se le haya dado con permiso no lo distribuirá sino por orden de la superiora, de quien recibirá asimismo hilo, cordones, agujas y otras menudencias útiles para remendar la ropa.

No les permitirá que rasguen su vestido o su ropa, ni que lo den o intercambien unas con otras sino con orden de la superiora. Seguirá también sus órdenes en cuanto a la labores ni le está permitido emplearlas para su servicio personal como sería para remendar su velo o su ropa, ni que hagan algo para las Hermanas o pensionadas de la comunidad.

Tendrá cuidado de señalar, al momento de las obediencias, lo que se necesite comprar afuera para las penitentes o incluso para las encargadas lo necesario para

su oficio. Fuera de ese momento no podrá pedir nada, sin autorización.

Tratará con gran humildad y deferencia a su compañera, la que también se empeñará por hacerse recomendable por su cordialidad, sumisión y respeto. Tendrán sumo cuidado de desestimar ni contrariar los sentimientos mutuos, ni establecer amistad particular con alguna. Tratarán de que la unión y buen entendimiento mantengan la paz entre las que tienen bajo su cuidado. No se divertirán trayendo a cuento los informes o quejas que se les hubieran hecho. Sostendrán siempre la buena estima que se deben mutuamente. Ese punto es de suma importancia para no hacer inútil el fruto que deben sacar de su trabajo.

No está permitido a la segunda directora imponer penitencias, a menos que se trate de reparar una falta de inmediato, en ausencia de la primera directora. No las tratará en particular, ni las instruirá en lo que concierne a la oración o a la confesión, o en otras temas, sin orden de la directora. Aunque la directora lo permita no se darán las manos, sino que se excusarán con franca y sincera humildad.

Si algunas se dirigen a ella para que les compre algo o para pedir algo a las encargadas, incluso para sus labores, lo comunicará a la directora y se acomodará a sus directivas, lo que tratará de observar exactamente.

Si las directoras juzgan a propósito que hagan sus lecturas en los libros señalados para el año, o prestarles

alguno distinto de los señalados en el reglamento, pedirán permiso a la superiora.

La directora se comportará de esta manera respecto de la que haya sido encargada conforme a las Constituciones. Ayudará al gobierno de las permitentes y a mostrarle las labores con tal prudencia que trate de que la obedezcan de manera que pueda estar tranquila durante su ausencia y la de su compañera. De qué serviría que no le hiciera ninguna reprensión delante de las penitentes, respecto de las faltas que podría cometer al hablar o de otra manera, y aun si tratara de disimularlas, para mantener su buena estima y se precaviera de darle alguna advertencia en particular con bondad y caridad. Debe saber además que no le está permitido servirse de esa Hermana, bajo el pretexto que sea, para hacer alguna comisión o recibir algo de fuera, sea para lo particular o lo general de las penitentes. Referirá todo a la superiora o a la ecónoma pues, según las Constituciones, no se debe enviar ningún mensaje sino por orden de ellas, a menos que la superiora encomendará a la ecónoma algo al respecto, la cual debe tener el dinero que pertenece a las penitentes.

IV. REGLAMENTOS relativos al pequeño noviciado³²

Artículo I Niñas en pensión

³² Los dos primeros tomados de la Visitación. El último propio de Nuestra Señora de Caridad.

Pueden acogerse niñas entre diez o doce años para alguna ocasión digna. Si se reciben de edad menor que estén al menos en capacidad de no perturbar la quietud del monasterio. Que sean de buena índole y en cuanto posible inclinadas a ser religiosas o que sus padres lo deseen. Para los sitios donde se desarrolla más la inteligencia y también el cuerpo, más que en estos barrios, como en Provenza y Languedoc, se podrán recibir más jóvenes esto por alguna circunstancia especial y extraordinaria útil a la gloria de Dios y al bien del monasterio, pero siempre con la aprobación y permiso del superior y de las Hermanas consejeras. Las casas que se juzguen exentas de esta práctica hacen bien.

Conservarán su indumentaria seglar tanto como la superiora lo juzgue a propósito. Luego se les dará un hábito pequeño que consiste en un pequeño velo simple, un griñón pequeño y un hábito blanco, de mangas anchas, y un corazón pequeño en plata blanca.

Artículo II

Reglamento de nuestras queridas Hermanitas

En primer lugar, amarán a Nuestro Señor con todo su corazón, haciendo todo por su amor. Se ofrecerán a menudo a la divina bondad mediante santas aspiraciones. Amarán y respetarán al prójimo, sobre todo a las Hermanas, como a Esposas sagradas del Hijo de Dios. Se abstendrán de toda mentira y no tomarán ni comerán nada sin permiso.

Serán humildes, sometidas a todas las Hermanas. Serán afables y condescendientes.

Se levantarán en todo tiempo cuando suena la campana para Prima. Luego de haberse encomendado brevemente de rodillas a Nuestro Señor y haberle pedido su bendición, la de Nuestra Señora, la del ángel de la guarda, al que tendrán especial devoción, se vestirán, se peinarán. En todo ello gastarán una media hora.

Una vez vestidas irán a lavarse las manos e irán luego al coro. Luego de adorar al Santísimo Sacramento, harán un cuarto de hora de oraciones. Luego irán donde las encargadas para conocer lo que será útil.

Desayunarán y tomarán merienda a la hora que se les señale. Tendrán libertad de recrearse algún rato en la mañana y después del almuerzo. Durante la misa dirán algunas oraciones vocales en francés según se les enseñe. Entrarán al comedor luego de que se haya hecho la reunión de culpas. En el comedor se sentarán en su mesita, y en invierno saldrán, luego de haber almorzado, con la que se encarga de la calefacción. Harán recreo con las Hermanas. Durante el silencio se retirarán con su directora para hacer sus labores y aprender lo que se les enseñe.

Harán la lectura. Luego de esta y hasta la vísperas podrán pasearse después de haber merendado. Asistirán a vísperas, al intercambio de máximas edificantes, a las completas, y luego de las letanías harán un cuarto de hora de oraciones, y luego, paseándose en grupo o solas, dirán el rosario. Irán a hacer el examen de conciencia una vez que se hayan dado la obediencias al llegar la noche, y se retirarán

para acostarse al mismo tiempo que las Hermanas domésticas.

Observarán el gran silencio y no hablarán ni en el coro, ni en el dormitorio, ni en el comedor. Se acostumbrarán a hablar en voz baja y a caminar pausadamente. Se comportarán modestamente en el locutorio, con la vista modestamente baja, para edificar a quienes conversan con ellas.

Podrán ir al noviciado siempre que sean llamadas para escuchar el catecismo y la explicación de las Reglas y Directorios.

Observarán muy fielmente sus pequeños Reglamentos, con alegría y de corazón, a menos que la superiora ordene algo distinto. Por este medio, llegarán un día, con la edad, a ser capaces de observar las grandes normas con la ayuda de Nuestro Señor quien les dará su eterna bendición. Amén. G

Artículo III

Directorio espiritual para nuestras queridas Hermanitas

Al despertar

Apenas despierten hacen el signo de la cruz y dicen : *Bendita sea la santa e individua Trinidad, ahora y siempre, y por los siglos infinitos. Amén.*

O también : *Viva, Jesús, viva María a quienes doy mi corazón y mi vida.*

En otra ocasión pueden decir: Renuncio a ti, Satanás, y adhiero a ti, Jesucristo, que eres camino, verdad y vida.

Al salir de la cama, de rodillas dicen esta oración, al menos a partir de doce años:

Dios mío, mi Señor y mi Padre, te adoro con todas las criaturas razonables que hay en cielo y tierra. Te agradezco el amor eterno que me tienes en Jesucristo, tu Hijo, por todos los bienes que bondadosamente me has hecho por sus méritos y en especial por haberme protegido esta noche. Dame la gracia, tú, esperanza única de mi alma. Que pase este día en tu santo amor, que pueda cumplir fielmente mis pequeños reglamentos. Presérvame de todo pecado y mejor envíame la muerte antes que pierda tu gracia. Haz, Dios mío, que haga tus santas voluntades hoy todos los días de mi vida, para que viviendo y muriendo en tu gracia entre en el gozo eterno de tu gloria. Amén.

Oh Madre del Altísimo, luego de agradecerte muy humildemente por todos tus favores, pongo bajo tu protección mi cuerpo, mi alma y cuanto es mío. *Nuestra que eres Madre... Ángel custodio mío...*

Terminan luego de vestirse y se dirigen al coro para hacer durante un cuarto de hora las oraciones contenidas en los Reglamentos. Empiezan por un acto de adoración: Te adoro, cuerpo verdadero de mi Salvador, nacido de la gloriosa Virgen, verdadero cuerpo inmolado entre dolores increíbles en el altar de la cruz. Creo tu real presencia en el Santísimo Sacramento, dulce y bondadoso Jesús, Hijo de la Virgen. Entrégate a mí en la hora de mi muerte y haz que te honre todos los momentos de mi vida. Amén.

En seguida dicen *Pater noster, Ave Maria, Credo, Confiteor, Misereatur, Indulgentiam*, los Mandamientos de

Dios y de la Iglesia, cuatro veces a la semana, y los otros días las Obras de Misericordia, espirituales y corporales, recordando que es el bien que tenemos para hacer. Se podrá que digan algunas veces los siete pecados capitales para grabar en su alma el horror que inspiran y las consecuencias que traen.

Las que no hacen oración añadirán las siguientes plegarias para emplear el cuatro de hora: Mi Señor y mi Dios, en honor de la grandísima pureza, la muy profunda humildad, y ferviente caridad con que tus elegidos, en tierra y cielo, te adoran, me ofrezco y me entrego a ti, Dios mío, te amo y te doy gracias un millón de veces por todos los beneficios que recibí de tu infinita bondad, muy particularmente el haberme creado a tu imagen y semejanza, haberme salvado y rescatado a precio de tu preciosa sangre, con sufrimiento de penas y tormentos por mí, , por haberme llamado a la religión santa y católica y también por haberme justificado perdonándome mis pecados. Finalmente, Dios mío, te agradezco que me hayas preservado esta noche de muerte súbita, y de todas las tentaciones y pecados en los que hubiera podido caer si tu mano poderosa y compasiva no me hubiera sostenido. ¿Qué podría darte por tantos favores yo que soy nada y nada puedo? Me tomo el atrevimiento de ofrecerte y consagrarte mi cuerpo con todos sus sentidos, mi alma con toda su capacidad de obrar, mi voluntad con todos sus deseos, obras, movimientos y respiraciones, protestándote, con ayuda de tu gracias, no querer, ni pensar, ni hacer cosa

alguna, hoy y siempre, que no sea para tu gloria, amor y alabanza. Amén.

A la santísima Virgen

Si llamara a todos los santos para que vengan en mi auxilio, Reina de los ángeles, no tendrían ni tanto querer, ni tanto poder para auxiliarme. Tú sola, pues tal ha sido la liberalidad de Dios, tu Hijo, tu Padre, tu Esposo, los sobrepasas a todos en caridad y autoridad, pues por encima de ti solo está él, y debajo de ti miras todo lo que no es Dios. Por ello, digna Madre de Dios, recurro a ti únicamente, después de él, pues ella conoce de una parte que tu clemencia es igual a tu grandeza, y por otra parte que no desdeñas la obra de las manos de su propio Hijo, manos, digo, de su divinidad en mi creación, manos de su humanidad, traspasadas por mi redención. Eres, pues, la mayor entre las grandes, la más santa de los santos, la más misericordiosa de los misericordiosos, la más amable de los amables. Socorre esta minúscula ovejita del rebaño de tu Hijo, devuelve a ese buen Pastor la alegría de que sea como él me quiere. Eres más dichosa por haberlo concebido en su Corazón que por haberlo llevado en tu cuerpo. Haz que a ejemplo tuyo, yo lo conciba por afecto, lo lleve por deseo y lo dé a luz mediante obras agradables a tu majestad.

Al ángel de la guarda

Ángel de Dios, mi guardián amado, te encomiendo mi vida y mi alma. Te suplico me preserves de las asechanzas del mundo, del diablo, de la carne, y me guíes de tal manera que pueda correr por la vía de los mandamientos de Dios y llegar a la gloria eterna. Amén.

A todos los santos

Almas hermosísimas, que están en posesión de la eterna felicidad, me regocijo del gozo que las anima y de la gloria que rinden a nuestro común creador. Las honro y venero de todo corazón, les ruego me obtengan la gracia de aspirar continuamente al cielo, por santa imitación de sus virtudes, de su odio perfecto al pecado, a fin de que llevando desde mi juventud el yugo del Señor, llegue en la dichosa compañía de ustedes a alabar su santo nombre por los siglos infinitos. Amén.

A los santos patronos

Bienaventurado san NN, o santa NN, que he corrido con la suerte de que sean mi protector este año; bienaventurados santos o santas que la Iglesia venera hoy; santos Padre y Madre de esta Congregación, los reverencio de todo corazón y les ruego que por su intercesión, Dios tenga a bien quitar de mí cuanto le desagrada y hacerme según su Corazón. Amén.

En ocasiones, en lugar de estas oraciones en francés pueden decir *Veni, Creator Spiritus, Salve Regina, Ave Cor*

sanctisssimum, Sancti Dei omnes con la oración *Protege, el oremus* de san José, o las letanías del santo nombre de Jesús, o *AVE Maria, Filia Dei Patris, Omnes sancti et sanctae Dei*, o las letanías de los ángeles de la guarda. El domingo, el lunes y el jueves las oraciones en francés. El martes, el viernes el *Veni Creator* y lo que sigue. El miércoles y el sábado las letanías del santo Nombre de Jesús y el resto.

La santa Misa

Cada vez que entren al coro procurarán hacerlo modesta y pausadamente. Harán un acto de adoración al Santísimo Sacramento y besarán la tierra. Cuando sea para la misa harán con el sacerdote es la señal de la cruz y luego dirán la siguiente oración:

Dios mío, me duele haberte ofendido, a ti, que eres mi buen Padre y Salvador, a quien debo amar por encima de toda criatura. Jesús mío, quisiera perderlas todas antes que desagradare. Por los méritos de tu pasión y por el santo sacrificio que dejaste a tu Iglesia ayúdame. No permitas que te sea infiel. Que prefiera morir antes que ofenderte y concédeme que con auxilio de tu gracia, asista a esta acción con respeto y devoción. Que pueda participar en los méritos de tu santa pasión si bien soy indigna de comparecer ante ti, que con el esplendor de tu majestad haces temblar a los más elevados serafines.

Dicen luego el *Confiteor* con el ayudante. Al fin del *Confiteor* comienzan su Oficio hasta el Evangelio, para el cual se pondrán en pie suavemente y de inmediato, para

escuchar con respeto la palabra del Señor. Cuando el sacerdote dice *Sequentia sancti Evangelii*, se santiguan en la frente, la boca y el corazón. En lugar de decir su Oficio pueden decir esta oración:

Dios de mi corazón, ilumina los ojos de mi entendimiento e inflama con afectos mi corazón para escuchar y cumplir tus mandamientos, consejos e inspiraciones. Amén.

Al fin del evangelio recitan el *Credo* cuando lo dice el sacerdote y pronuncian esta aspiración: Dios mío, creo pero ten presente mi incredulidad. Luego continúan el Oficio hasta el *Sanctus*, cuando dirán:

Oh Santo de los santos, dame conocer lo que eres y tu Ser eterno para que mi alma, ilustrada con tu luz, te alabe, te glorifique y te bendiga en tu eternidad. Haz, Señor mío, que tu pasión y muerte sea aplicada a mi salvación y a la de todo el mundo pero en especial a los hijos de la Iglesia, mis parientes y amigos, y para alivio de las almas del Purgatorio.

Cuando se eleva la Hostia: *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos porque por tu santa cruz redimiste al mundo. Señor Jesús, que por nosotros sufriste, apiádate de nosotros.*

Cuando se eleva el Cáliz: Preciosísima Sangre de mi Salvador, enciéndeme en el exceso del amor por el que fuiste derramada y péntrate del dolor con el que fuiste extraída de la venas de mi Salvador. Amén.

Oh Dios de amor que por mí moriste, no deseo sino vivir para ti. Arranca de mí todo afecto desordenado a las cosas terrenas a fin de que te ame solo a ti y por tu amor ame a todos.

Con el sacerdote dicen el *Pater*, y continúan su Oficio hasta el *Agnus Dei*, o se prefieren dicen:

Señor, pues tú eres el Cordero de Dios que viniste para lavar los pecados del mundo en tu sangre, que te agrade ahora borrar los míos a fin de que tales impurezas no me impidan unirme a ti y participar en los frutos de tu divino banquete.

Con la sacristana dicen el *Confiteor* y tres veces *Domine, non sum dignus*, y luego durante la comunión dicen:

Oh Jesús, Salvador mío, Dios de mi corazón, ilumina te suplico, mi entendimiento con la luz de una viva y santa fe, calienta mi voluntad con la llama de tu ardiente caridad y dame entera esperanza en tu bondad, con la memoria de tus beneficios para darte gracias. Para recompensar tu amor con amor, mi alma desea unirse a ti. ¿Cuándo será, Amado de mi corazón, que me visites con tu real presencia? Que sea pronto y para tu gloria.

Mientras el sacerdote dice las últimas oraciones pueden continuar su Oficio o bien, decir alguna de las oraciones que hay en nuestro Oficio por las necesidades publicas.

Cuando se da la bendición se inclinan para recibirla como también en la elevación del Santísimo Sacramento, en el *Domine non sum dignus* y en el *mea culpa* del *Confiteor*.

El Oficio

Dirán el Oficio parvo de Nuestra Señora cuando la maestra se lo aconseje. Deben tener la intención de honrar a Dios al alabar a su santa Madre, al bendecir a su divino Hijo y al mostrarle desde muy temprano la señal de que quieren permanecer toda la vida consagradas a su divino servicio.

Al recitarlo se empeñarán en pronunciar bien y no apresurarse demasiado. Antes de empezar dirán esta oración:

Señor, abre mis labios para bendecir tu santo Nombre, purifica mi corazón de vanos e inútiles pensamientos, ilumina me entendimiento, da calor a mi voluntad, para que pueda digna y atentamente recitar el santo Oficio de tu divina Madre. Amén. O bien esta otra:

Reina de los ángeles, mejor que nadie sabes con qué reverencia hay que alabar y bendecir la divina majestad. Concédeme la gracia de que pueda, en cierto modo, imitar la perfecta devoción de tu sagrado Corazón cuando desde tu infancia recitabas en el templo los salmos. Santa Señora mía, acepta gustosa que la acción que voy a realizar sea unida a ella y dame tu santa bendición para hacerla para la gloria de mi Dios y la tuya.

Dividen el Oficio de esta manera a menos que la superiora o la maestra dispongan distinto. Un cuarto de hora después de Completas de la comunidad dicen Maitines. Después Laudes durante el cuarto de hora de Maitines. En la santa misa prima y tercia. Durante Nona sexta y Nona. Durante Completas Víspera y Completas.

Luego de haber diho Completas que es final del Oficio, dirán en latín o en francés la oración *Sacrosanctae* para ganar la Indulgencia.

Se hará que de tanto en tanto algunos libros que traen de la devoción del santo rosario para que aprendan a no decirlo port urina.

Alimentos y recreos

Entrarán al comedor como su Regla ordena, con mmodestia, sin correr, ni mirar para acá y para allá, ni se precipitarán al decir el *Benedicite*. Cuando la superiora, o la maestra, lo juzguen a propósito, lo dirán cada una por semana ante la mesa, en voz medianamente alta, y las demás lo responderán o lo dirán en voz baja, y añaden al final esta corta aspiración: Señor mío, voy a tomar mi alimento para fortalecer mi cuerpo y manenerlo apto para tu servicio. No permitas que lo emplee en nada distinto, ni que haga algo que vaya contra tu santa voluntad. Esto no se hacce si están con toda la comunidad.

Se acostumbrarán a comer modestamente, y de todo, recordando que una joven que vive pendiente de su boca no es estimada en el mundo ni en la vida religiosa, y que las hijas de la santa Virgen deben imitar su sobriedad como las demás virtudes. Por tanto, tratarán de hacer algunas pequeñas prácticas según les enseñe la maestra, especialmente en las fiestas especiales y en los tiempos de mayor devoción, y en los días de ayuno.

Después de la comida, saldrán tranquilamente de la mesa, harán inclinación a la superiora y dicen Gracias, cuando no hay calefacción, con nuestras Hermanas hasta el primer *Pater*, cuando saldrán, de a dos en dos, para hacer la inclinación. Al irse podrán decir esta corta oración:

Buen Jesús, norma de todas nuestras acciones, enséñame a recrearme inocentemente por intercesión de tu santa Madre y en unión de las recreaciones inocentes que con ella hiciste.

Durante el recreo estarán atentas a no hacer inmodestias ni causar incomodidades a nuestras Hermanas. Cuidarán de practicar el artículo III y el V de su reglamento, evitando de hacer demasiado ruido, ni estar circulando demasiado frecuentemente entre nuestras Hermanas. Se acostumbrarán a trabajar algo durante parte del recreo según les diga la maestra.

Cuando se les autorice harán alegremente algún juego, como después del desayuno y de la merienda, y luego de la oración de la noche, cuidando de no hacer nada contra la modestia que es adorno y embellecimiento de las hijas de la santísima Virgen. Para ello, durante sus fiestas podrán dirigirle esta corta aspiración:

Oh tú la más perfecta de todas las jóvenes, santa María Madre de Dios, hazme partícipe de la humildad, modestia, dulzura y caridad que manifestaste al tratar con toda clase de personas. Amén.

Después de la cena

Cuando se toca la campana para las obediencias de la mañana se retiran a su celda y ahí, de rodillas, y una por todas dice en alta voz:

Humildemente postradas a los pies de tu Majestad divina, te adoramos, Dios mío, y nos reconocemos indignas de estar en tu presencia y menos aun de alabarte. Sin embargo, Dios mío, ya que nos has creado para este noble fin, no nos rechaces y dignate aceptar que te ofrezcamos lo que hoy vamos a hacer con intención de alabarte y glorificarte. Por ello queremos aprender a trabajar, e incluso a recrearnos y a tomar lo que necesitamos. No permitas, Jesús mío, que hagamos algo contra tu voluntad sino ayúdanos con tu gracia, y por intercesión de la santísima Virgen, del glorioso san José, de santa Ana, de nuestros santos protectores y Ángeles de la guarda, te ofrecemos todas las alabanzas y adoraciones para suplir nuestros defectos.

Cuando la superiora y su maestra tengan a bien que observen algo de silencio lo aceptarán de todo corazón y se habituarán desde temprano a ser exactas en todo lo que se les pida, reordando que los desobedientes son hijos del diablo como también los mentirosos, y que los auténticos y obedientes son hijos muy amados del Salvador y de su santa Madre.

Cuidarán de no distraer a las Esposas de Nuestro Señor dedicándose a hablarles ni a consentirlas fuera del tiempo de los recreos a menos que la superiora lo permita y en ocasiones extraordinarias.

Gustarán de decir algunas cortas jaculatorias cuando les inspire el ángel de la guarda, como por ejemplo:

-Jesús amor del cielo y de la tierra, ¿cuándo será que seré toda tuya como tú eres todo para mí?

-Dios de amor, dame la caridad. Dios hecho hombre, dame humildad. Espíritu divino, dame pureza.

-Infinita omnipotencia socorre mi debilidad. Sabiduría eterna ilumina mis tinieblas. Bondad incomparable, perdona mi malicia.

-Mi buen Jesús, por el amor eterno que has querido tenerme haz que te ame siempre.

-Señor mío, mi Dios y mi Padre, como no puedo vivir sin ti, que también sin ti nada quiera, diga o haga.

-Dios de mi alma, nada quiero esperar de los bienes, placeres y honores perecederos de esta vida. Solo lo espero todo de tu bondad.

-Oh amor crucificado, por tu amor adhiéreme a ti y a mi santa vocación.

-Jesús, obediente hasta la muerte de la cruz, dame santa obediencia y victoria sobre mis repugnancias.

-Llagas sagradas de mi Salvador, las venero con todo el corazón.

-María, Madre de Jesús, querida Señora mía, me regocijo al verte Madre digna de Dios.

María, ilustrísima Señora, me regocija verte reina de los ángeles.

-Oh la Purísima ente todas, obtenme pureza de cuerpo y de corazón.

-Hermoso lirio de la Trinidad, conserva mi alma y mi cuerpo en pureza perfecta.

-Bendita seas, amabilísima María, por haber alimentado a Jesús, que es mi amada vida.

-Recíbeme, santa Madre mía, entre el número de tus hijas.

-Ángel de mi guarda, príncipe de la corte celestial, te agradezco el cuidado que tienes de mí, pobre criatura.

-Ángel de mi guarda, cuídame por el amor de Jesús.

-Ángel mío, espíritu fiel, alcánzame la fidelidad de hacer lo que debo hacer.

-Ángel mío, mi querido protector, defiéndeme del enemigo.

Pueden servirse de estas santas aspiraciones para desterrar el espíritu maligno cuando les sugiera algún mal pensamiento o deseo de faltar al deber y de incurrir en alguna falta. De qué les serviría hacer la señal de la cruz devotamente, usar el agua bendita, a la que deben tener gran devoción. Cuando la maestra lo juzgue a propósito, por ejemplo en las grandes fiestas, hará que digan de tanto en tanto algunas de estas jaculatorias en voz alta para fijarlas en la memoria. En las vísperas y en los días de sus comuniones las jaculatorias pueden ser sobre el tema del Santísimo Sacramento o de la fiesta que se celebre.

Reuniones

Asistirán a las reuniones conforme a su reglamento. Antes de ir la maestra les hará decir esta oración:

Oh buen Jesús que dijiste que donde dos o tres estén reunidos en tu nombre, tú estarías en medio de ellos, voy a

esta reunión de tus Esposas unidas y congregadas en una sala por tu orden y en tu santo nombre. Creo que estás ahí, Salvador mío, según tu santa promesa. Concédeme la gracia de honrarte y que no sea causa de distracción para tus siervas por mis ligerezas y palabras inútiles.

Se comportarán modestamente, haciendo sus labores y tratarán de no ir y venir sin necesidad y cuando lo hagan sea discretamente.

Relaciones con la superiora y con la maestra

Serán muy respetuosas con la superiora, honrándola y amándola como a buena madre y le obedecerán sencillamente.

No pasarán delante de ella sin hacerle una inclinación. Si las reprende un tanto severamente por sus faltas se pondrán de rodillas para escuchar lo que les diga y al levantarse le harán una reverencia y tratarán de corregirse.

Recibirán de su parte las que les envíe como maestras como si fueran Nuestro Señor. Se acordarán de lo que dice el catecismo, que el mandamiento de Dios que pide honrar a padre y madre se extiende a quienes ocupan sus lugares, como son superioras y maestras. En consecuencia las amarán y seguirán su conducta con humildad y sumisión. Tratarán de manifestarles gratitud por tantos cuidados y preocupaciones que se dan por ellas, pues los ingratos son aborrecidos por Dios y por los hombres.

Darán cuenta detallada a la que tiene el cargo de su interior en el tiempo establecido y no guardarán nada en

su mente que no aclaren con la superiora sobre la manera de comportarse con ella. Es muy importante abrir desde la juventud la puerta del corazón al Espíritu Santo y cerrarla al demonio. Darán cuenta también de sus ejercicios pequeños.

Le hablarán respetuosamente y no harán nada extraordinario sin su permiso. Cuando tengan necesidad de salir de su celda o de los lugares comunitarios le pedirán permiso a menos que la superiora las envíe y solo le avisarán si se demoran largo tiempo.

Cuando ninguna de sus maestras esté presente y tengan necesidad de salir de los lugares indicados antes, pedirán a una de sus compañeras que avisen del lugar a donde van apenas las encuentren. Harán todo esto de corazón por amor de Nuestro Señor.

Locutorio

Cuando la comunidad va al locutorio, las Hermanas de hábito pequeño irán con modestia si son llamadas. Cuidarán de no decir necedades. Si son interrogadas responderán ponderadamente, sin mostrarse avergonzadas ni esconderse. No hablarán demasiado precipitadamente ni demasiado alto. A las personas que las interrogan testimoniarán aprecio y gratitud. No hablarán de lo que pasa en la casa, ni tomarán, ni darán, ni pedirán nada sin autorización.

Las de más edad y devotas no irán sin antes pedir a la santa Virgen y a su ángel de la guarda su bendición para

comportarse bien. Que no traigan a la casa noticias oídas en el locutorio ni hagan recomendación alguna sin autorización de la superiora.

El examen

Al comienzo del primer o segundo salmo de Maitines dicen: Te doy gracias, Dios mío, que me sacaste de la nada y me has conservado hasta hoy. Te agradezco haberme rescatado con tu preciosa sangre, por haberme hecho miembro de su santa Iglesia y por haberme llamado a tu servicio desde mi infancia. Seas bendito, Padre mío bondadoso, por haberme dado hoy vestido y alimento, por haberme librado en cuerpo y alma de grandes peligros. Haz hecho que reciba grandes enseñanzas y me has ayudado a hacer el bien. A ti se dé toda la gloria y que todos los ángeles y los santos te alaben y agradezcan en lugar mío por todos tus favores. Amén.

Pero infortunadamente, mi gran benefactor, soy tan desdichada por haberte ofendido en muchas cosas, y ciegamente no sé reconocerlo. Ayúdame, mi buen Jesús, y dame la luz de tu Espíritu Santo por los méritos de tu santa pasión.

Luego dicen el *Confiteor* hasta el *mea culpa*, y pasan al examen. Consideren si han hecho sus ejercicios de devoción solo por cumplir y negligentemente, si han omitido algo sin debida autorización. Si han faltado a la verdad, por cualquier pretexto que sea. Si se han enojado contra alguien, cualquiera que sea, y cómo obraron luego. Si han

faltado a la obediencia, si se han quejado, si han dicho algo contra la caridad, la modestia o cosas semejantes.

Luego de haber encontrado en qué han ofendido a Dios tratarán de tener dolor por ello, sobre todo de las cosas más importantes y de faltas con consecuencias, y dirán:

Señor mío, Jesucristo, Dios y hombre verdadero, mi redentor y salvador, estoy dolido de todo mi corazón por haberte ofendido porque tú eres mi Dios a quien debo amar más que a toda criatura, pues eres infinitamente mejor y más amable, con quien estoy infinitamente obligado. Por tanto reconozco que al ofenderte he caído en extrema ingratitud. Te pido perdón, Salvador mío, por los méritos de tu preciosa sangre.

Terminan entonces el *Confiteor*. Dirán luego esto para pedir la gracia de no volverlo a ofender: Dios mío, te suplico que hagas que mi resolución de nunca volver a ofenderte sea eficaz, en especial esta noche y el día de mañana. Te ruego me lo concedas. Ayúdame, Salvador mí, con tu santa gracia y no rechaces la obra de tus manos pero concédeme tu santa bendición haciendo uso de tu bondadosa protección.

Dirán el *Padre nuestro* y el *Ave María* por todos os parientes y amigos; pedirán la bondadosa protección de la santaVirgen, la asistencia de los santos y del Ángel de la guarda.

Al examen de la mañana dirán solo el *Confiteor* hasta el *mea culpa*, y luego: Mi Dios y mi Padre benignísimo, te doy gracias por todos los beneficios recibidos de ti esta mañana.

Te suplico que me des la luz para conocer en qué te he ofendido.

Pensarán luego en sus faltas y habiéndolas identificado dirán: Mi Salvador bueno, me duele haberte ofendido. Humildemente te pido me perdones. Deseo corregirme y cumplir mis deberes el resto de la jornada para tu gloria, en señal de lo cual *mea culpa*, etc.

Al llegar la noche, al acostarse, toman agua bendita, hacen la señal de la cruz, y dicen: Tomo este descanso en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo que por mí fue crucificado. Que él nos lleve a la vida eterna. Amén.

La confesión

Para aprender a confesarse bien van a buscar a la maestra los días de la confesión, en la hora indicada para que les enseñe a confesarse breve, clara y respetuosamente, con dolor de sus faltas, sin contar historias que de nada sirven.

Comienzan con el examen matinal, recogiendo sus faltas principales desde la última confesión y pueden decir esta oración: Mi buen Jesús, desde lo más profundo de mi corazón, te pido perdón de todos los pecados cometidos contra tu divina bondad. Me has amado tanto que me preparaste un baño sagrado con tu sangre preciosa para borrar mis ofensas. Dame la gracia de tener en mi alma verdadera contrición, de recordar mis faltas, y confesarlas enteramente, con la firme resolución de corregirme y de satisfacer tu justicia con humilde penitencia para no perder

el fruto de algo tan precioso. Que purificada por este sacramento avance cada vez más por el camino de tu santo amor.

Cuando se llame para la confesión irán las primeras y de rodillas, luego de adorar al Santísimo Sacramento del altar, hacen pequeñas aspiraciones para moverse a la contrición.

Mi Señor y mi Dios, me confieso pecadora pues en lugar de amarte y servirte por los muchos favores recibidos de ti, he olvidado y desobedecido tu santa voluntad. He preferido la mía y he ofendido tu divina bondad.

Dame Dios mío, verdadero horror del pecado y la gracia de confesar los cometidos.

Lávame con tu sangre pues una gota de ella puede lavar todo el mundo. No permitas que oculte algo que debo decir por algún temor. Quiero hablarte a ti que penetras mis pensamientos y no me perdonarás si no los acuso humildemente, y si no tengo deseo de corregirme.

Luego de decir alguna de estas aspiraciones dicen el *Confiteor* hasta el *mea culpa*, repasando en la memoria las faltas descubiertas en el examen de la mañana y piensan si queda algo más. Luego tratan de recordar algo que sea claramente pecado, cometido antes de entrar o durante la vida religiosa, como una mentira por vanidad, o haber causado daño a otros, o haberse distraído voluntariamente durante la misa de las fiestas o domingos, o haber sido tercas y haber resistido a la obediencia o haber desobedecido por desdén o menosprecio de lo que se les

decía. Hacen un acto de contrición y si les es difícil hacerlo pueden decir:

Salvador mío, dulce amor de mi alma, me duele de todo corazón haber hecho todo esto que te ha ofendido a ti mi Dios a quien debo amar más que a mi vida. Quiero satisfacer todo ello, mi buen Padre, pero no lo puedo sino por la humilde confesión que voy a hacer. Quiera tu bondad aceptarla pues eres tan misericordioso que basta confesarla para alcanzar tu perdón. Lo quiero hacer, mi Señor, con la firme resolución de no ofenderte y de corregirme de tal y cual cosa.

Especifican las faltas mayores y terminan el *Confiteor*. Van con la manos juntas, humildes de corazón, ante el confesor al que harán inclinación profunda considerando que es representante de Jesucristo. Ya de rodillas se santiguan y dicen *Bendíceme, Padre, porque pequé*. Y hacen su confesión como se dijo. Mientras el sacerdote les da la absolución se inclinan ante Dios para recibirla y escucharán humildemente la penitencia y lo que el sacerdote les diga procurando cumplirlo lo más pronto posible. Luego dicen:

Dios y Señor mío, que por tu misericordia y los méritos de mi Salvador perdonaste mis pecados, ¿qué gracias puedo darte por semejante beneficio? Que tu santa Madre te alabe y por mí te bendiga. Que mi Ángel y toda la corte celestial te tribute mil gracias. Me uno a ellos para cantar eternamente tus maravillosas misericordias. Amén. O también:G

Bendice, alma mía, al Señor. No olvides tantos bienes que te ha hecho. Ha perdonado tus pecados y sanado tus enfermedades. Te rescató de la muerte y te coronó de misericordia. No te ha castigado como mereces. Más aún, reconoce la bondad de tu Dios y cuídate de irritarlo de nuevo. No, Jesús mío, no quiero volver a desagradarte. Ayúdame con tu gracia pues sin ella nada puedo.

La santa comunión

Las niñas de la santa Virgen deben mostrarse muy devotas de la santa comunión. No se contentarán con testimoniarlo de palabra y se empeñarán de disponerse a ella con santas practicas y devotas aspiraciones.

Tres días antes de las felices fiestas en que deberán comulgar, luego de haber manifestado su deseo, la maestra podrá señalarles una virtud para practicar o una imperfección para corregir, a todas en general y a cada una en particular, según necesidad, de las que más tarde drán cuenta. Se les sugieren algunas aspiraciones:

- Padre eterno, muestra tu misericordia y danos al autor de la salvación.
- Padre soberano ¿es posible que luego de tres días me des a tu Hijo amadísimo?
- Oh bondad infinita, ¿qué puedo hacer para prepararme a alojar tu adorable Majestad?
- Dios mío, recibe, te ruego, los deseos de mi corazón. Quisiera tener todo el amor, la pureza y demás virtudes de

los ángeles y de los santos, no para mi provecho, sino para glorificarte, dulcísimo huésped que mi alma desea y anhela.

-Ven, fuego divino que todo lo consume. Ven, quema y consume en mí cuanto te desagrada.

-Dios de amor, ven a mí y yo a ti.

-Grandeza infinita, al venir a mí te olvidas de ti. Que yo me olvide de mí para ser tuyo.

-Divino Sol, esclarece las tinieblas de mi corazón.

-Dios, Salvador mío, para venir al mundo escogiste un establo. ¿Qué es mi alma sino un pobre establo? Ve, te ruego, y haz en mí un nuevo nacimiento.

-Ven, gozo y deleite del cielo y de la tierra, ven y destierra de mi corazón toda vana tristeza.

-Ven, divino fuego, ven, oh pan de vida, ven, inflama y vivifica mi corazón.

La mañana del día en que van a comulgar, se empeñarán de que, desde el despertar, repitan alguna de estas aspiraciones, o digan:

Sean benditos los días en que Nuestro Señor, nació, murió y resucitó. Bendito el día en que espero renueve en mi su nacimiento, su pasión y su resurrección. Mi dulce y querido Salvador, que así sea para tu gloria.

Las que hacen la oración, harán un cuarto de hora, en la víspera, entrada la noche, lo mismo que en la mañana y la noche del día de la comunión. Meditarán en la comunión o en el misterio que se celebra. Las que no hacen la oración emplearán esos cuartos de hora en oraciones vocales en francés o latín.

Durante la santa misa de los días de comunión, después del *Confiteor* dirán un corto rosario de doce *Ave María*, para pedir a la santa Virgen el favor de que las presente a su Hijo. Si no lo han terminado antes del Evangelio lo harán después del *Credo*. Luego dirán, para ofrecer a Dios su comunión, unidas al santo Sacrificio, lo siguiente:

Dios grande y tododeroso, recibe este santo sacrificio del Cuerpo y de la Sangre de mi Señor Jesucristo, tu Hijo muy amado. Te lo ofrezco por las manos del sacerdote para la mayor gloria de tu divina Majestad, en honor de la gloriosa Virgen María, de todos los espíritus angélicos y de todos los santos y santas, y en acción de gracias por todos los beneficios que he recibido de tu mano generosa y como satisfacción de mis pecados. Dame, Dios mío, en virtud de este divino misterio las virtudes que me faltan en todo y que me son necesarias para hacer tu santa voluntad. Dirán:

Compadécete de tu Iglesia y asístela siempre con nuevas luces de tu Espíritu. Apíadate de todos aquellos por quienes derramaste tu sangre preciosísima. Convierte a los miserables pecadores. Trae a tu santa fe a los herejes y cismáticos. Ilumina a los infieles para que te conozcan. Socorre, Dios mío, a quienes atraviesan por alguna necesidad o tribulación. Socorre a mis parientes y amigos. Derrama, sobre todo, Dios mío, tu espíritu de humildad, de caridad y de santa sencillez en esta amada comunidad y vierte tu santa gracia en nuestra superiora y nuestras maestras.

Finalmente, Dios mío, te pido perdón, gracia y misericordia para mí, para todos mis prójimos, para tus fieles difuntos y para cuantos me han cauado algún disgusto. Los perdono de todo corazón y a todos en general.

Dios mío, te ofrezco tu Cuerpo y tu Sangre preciosa, te ofrezco todo cuanto quisiste sufrir y padecer por nuestra salvación, y esta comunión que deseo hacer en unión de tu divino amor.

En la elevación

Te adoro, Salvador mío, que bajo este velo quisiste ocultar tu cuerpo, tu sangre, tu alma y tu divinidad. Rey mío y Dios mío, si bien no percibo claramente, me basta saber que estás aquí para venerarte, amarte, adorarte y glorificarte como si te viera.

Después del Padre nuestro

Espero, Salvador mío, que si como este Pan de vida no moriré para siempre. Viviré eternamente y estaré en ti y tu en mí. Amabilísimo Jesús, pues vienes a mi pobre alma con tus llagas sagradas te pido que me des cinco virtudes correspondiente a ellas. Por las llagas de tu pies te pido bondad y humildad; por las llagas de tu santas manos, obediencia y perseverancia; por la llaga amorosa de tu santo costado lléname de ardorosa caidad para que amándote y obedeciéndote siempre en esta vida te ame eternamente en tu bloria. Amén.

Después del Agnus Dei

Oh Pan de vida, me llego a ti llena de confianza y creo que tu bondad suplirá mis faltas. Reconozco y confieso que soy infinitamente indigna a causa de mis pecados. Por ellos te pido humildemente perdón y espero todo de la bondad inefable de tu buen Corazón. Amable Salvador mío, deseo convertirme enteramente a ti e imitar tus virtudes. Te adoro y te reconozco como a mi Dios y me regocijo de la misericordia que me vas a manifestar.

Luego de haber dicho el *Confiteor* y el *Domine non sum dignus*, humildemente rendidas ante Dios y atento el espíritu con algunas jaculatorias o aspiraionews uqe se dijeron antes, esperando su turno irán con graavedad y modestia y siguen las ceremonias que hacn las Hermanas.

Para recibir la santa Hostia mantendrán la cabeza recta y firme y abren medianamente la boca. Dejan humedecer un poco el pan de vida y lo pasar lo más pronto que puedan, con gran respeto, evitando que toque los dientes y el paladar. Teniéndolo ya en el corazón se entretendrán amorosamente con él con estas o semejantes palabras:

Aquí tienes mi alma, Señor, aquí está la que deseas. Seré feliz si puedes permanecer por siempre en ella. ¿De dónde a mí que mi Señor me venga a visitar ? Bendito sea el que vino de lo más alto de los cielos sin que yo lo mereciera. Tesoro inestimable ¿quién no se estimaría rico por haberte encontrado y por poseerte? Qué desgracia tendría si perdiera tu gracia. No permitas, Dios mío, que tal desgracia

me suceda. Concédeme la gracia de no decir nada que no sea de tu agrado, que no tenga pensamientos voluntarios que no vayan dirigidos a ti, que no haga acciones que no imiten las tuyas y que mi trato no sea conforme, en cuanto me sea posible, con el tuyo.

Podrán decir algunas oraciones que vengan al caso, según les indique la maestra, o hacer un poco de oración personal, dialogando tiernamente con Nuestro Señor y despertando en sí viva creencia de que es él quien está en ella. Luego hay que dejarse llevar de actos de amor, humildad, adoración, acción de gracias y confianza.

A lo largo del día ofrecerán a Dios todas sus buenas acciones para agradecerle la merced recibida. Estarán más recogidas que de ordinario, recordando con frecuencia la majestad de quien vino a su corazón. Repetirán a menudo: Hoy, Señor, viniste a mí y has renovado en mí tu santa pasión

No se obliga a nuestras queridas Hermanitas a hacer oración diaria. Sin embargo, su devoción las llevará a desear hacerla, al menos a partir de los doce años, y se les aconsejará que a partir de los catorce años la hagan cada día para ejercitarse en los afectos y ocuparse en esta acción angélica y disponere más para cuando pasen al noviciado.

V. DIRECTORIO PARA LOS CONFESORES DE LOS MONASTERIOS DE NUESTRA SEÑORA DE CARIDAD

Los confesores deben decir sus misas por la comunidad, o según la intención que la Hermana sacristana les diga, y no pueden dispensarse de ello sin pedirlo a la superiora. Cuando no puedan decir la por estar impedidos por enfermedad u otra causa, hará que la superiora lo sepa y hablarán con quien hayan dejado en remplazo.

Dejarán libremente decir la misa conventual a los eclesiásticos que la superiora haya invitado. Si se trata de personas de consideración estarán en la sacristía para ayudarles si es necesario. Se ceñirán enteramente a las rúbricas y ceremonias del misal del concilio de Trento, sin sacar nada de los misales diocesanos, si bien deben seguir las fiestas particulares de la diócesis donde de los monasterios están establecidos. .

Saldrán de la sacristía de modo que puedan comenzar la misa inmediatamente después de Sexta, a menos que, en ocasiones, la Hermana sacristana les diga algo distinto.

En la misa seguirán las fiestas de devoción de la congregación. Cuando haya fiestas transferidas sabrán por la sacristana el día en que las religiosas celebrarán el Oficio para estar de acuerdo con ellas en sus misas.

Se harán una obligación estar en las ceremonias de las Hermanitas, toma de hábito y profesiones, y acompañarán a los prelados u otros que las presidan, revestidos del ornamento indicado.

Vendrán puntualmente todos los miércoles y sábados, después de las vísperas de las religiosas, o al final, para confesarlas. Cuando sea fiesta de guardar procurarán venir

en la mañana, a menos que la superiora piense que se hagan las confesiones la vispera.

Se tomarán el trabajo de venir en la mañana a confesar a las penitentes en los días en que ellas se confiesen. Los miércoles y los sábados vendrán más o menos un cuarto de hora antes del Oficio, para confesar a las que van a comulgar.

Cuidarán de forma especial a que ni por la imposición de penitencias extraordinarias, ni por los consejos que dan en la confesión, se haga algo que pueda perturbar el orden del monasterio.

Aconsejarán a las Hermanas a mantener gran unión y cordialidad entre ellas, y muy en especial con la superiora. No manifestarán ninguna familiaridad con las Hermanas ni hablarán a nadie de las imperfecciones que podrían reconocerse en ellas.

No tendrán nada especial con ninguna Hermana más que con otra y las amarán a todas igualmente.

Inculcarán a las Hermanas que tengan entera y filial confianza y dependencia con la superiora como lo ordena la Regla, y no ocultar secreto alguno ante ella. Ellos mismos deben tener con ella gran unión y confianza manifestando estima y afecto con ella y con la casa.

No se darán ninguna autoridad respecto del monasterio ni sobre las Hermanas en particular. Les manifestarán reverencia al hablarles y en toda circunstancia, considerando que son Esposas sagradas del Hijo de Dios.

Estarán muy atentos para hablar del monasterio y de las Hermanas con respeto. Que jamás por sus palabras se dé

ocasión de que se observe algún defecto o imperfección que pudiera cometerse allí, tanto en general como en particular porque las palabras de un confesor tiene mucho peso y también su silencio y frialdad, en ocasiones, podrían causar perjuicio al monasterio y a las Hermanas.

Si se les pide algún servicio en asuntos temporales deben hacerlo con mucho afecto y prestarlo con cordialidad y franqueza de modo que la superiora pueda acudir a ellos con plena confianza.

No se comprometerán con nadie que les pida obtener gracias y favores de las religiosas y pedirán a las personas que piden que se dirijan a ellas. No deben en efecto entrometerse en los asuntos de la casa sino cuando a la superiora le parezca bien, ni recibir comisión alguna de los particulares en ningún caso.

Siempre que los confesores entren en la casa para administrar los santos sacramentos deben hacerlo revestidos de sobrepelliz, estola y bonete, y el ayudante con su vestido y sobrepelliz. Estarán donde la enferma en cuanto sea necesario para hacer la recomendación del alma oportunamente.

Bendito sea Dios y su santa Madre



EUDISTAS
Provincia de Colombia

CARTAS DE SAN JUAN EUDES A LOS MIEMBROS DE LA CONGREGACIÓN.

TOMO X

CARTAS DE SAN JUAN EUDES

A LOS MIEMBROS

DE LA CONGREGACIÓN DE JESÚS Y MARÍA

***Tradujo Álvaro Torres Fajardo, eudista
Valmaría, febrero de 2011
OBRAS COMPLETAS 10,383-490***

Introducción

En medio de su infatigable labor apostólica san Juan Eudes mantuvo nutrida correspondencia con los miembros de su naciente Congregación de Jesús y María, con las Hermanas de la Orden de Nuestra Señora de Caridad, y con religiosas y seglares con quienes lo ataban vínculos de amistad y compromiso apostólico. Se conservan en total 251 cartas, nueve de ellas fuera de la colección de Obras Completas.

Infelizmente solo conservamos algunas de sus cartas y de la mayoría apenas tenemos fragmentos. Existieron, sobretudo en el seminario de Caen, colecciones que los primeros biógrafos de san Juan Eudes pudieron consultar. Las utilizaron en la medida en que servían para reconstruir momentos de la vida y la obra de san Juan Eudes. De ahí que no dudaron en recortar el texto de las cartas para sólo citar fragmentos de ellas. La Revolución Francesa no sólo dio muerte a la Congregación como institución al declararla suprimida sino que además causó la pérdida definitiva de muchos tesoros de su historia, entre ellos varios escritos de san Juan Eudes.

Si queremos conocer a Juan Eudes en sus dimensiones humana, cristiana, sacerdotal, apostólica tenemos en las cartas un valioso testimonio. Allí se nos presenta con sus sentimientos, sus ideales, sus convicciones profundas, sus reacciones ante los acontecimientos que le trae la vida, su talante de

hombre de Dios, enamorado del Verbo Encarnado, habitado por tierna devoción a María, servidor de la Iglesia, apóstol infatigable, cultor de la que llama seguidamente la *muy amada y amable Voluntad de Dios*.

De manera especial podemos encontrar en estas cartas su amor a la Congregación que ha fundado, su constante preocupación por ella, su convicción de que responde al querer de Jesús y de María, a quienes él considera como los verdaderos fundadores, como el Padre y la Madre, de todos los miembros de la Congregación. Van pasando ante nuestros ojos algunos miembros de la Congregación, con sus nombres propios, sus cualidades y también, en ocasiones, sus durezas. Le causa dolor grande en su corazón verlos partir hacia la eternidad antes que él, los consuela en sus penalidades, los mantiene en sus luchas, en adhesión total a la Voluntad divina.

No deja de referirse a quienes se han opuesto a su proyecto de fundar la Congregación o a su fidelidad inquebrantable a la Iglesia. Pasa en silencio sus nombres, apenas de pronto alude a ellos. Cuando se siente herido por la actitud de un miembro de su Congregación no revela su identidad. Su confianza en el Señor es grande en medio de esas luchas, e incluso, con un tanto de humor, se siente como un “cachorrillo” atacado por grandes mastines.

El misionero ocupa primer puesto en sus cartas. En ocasiones se firma simplemente como *Sacerdote misionero*. A veces toma el compromiso del profeta como cuando habla con valentía a la reina Ana de Austria e inmediatamente después, previendo posibles reacciones, escribe a la comunidad de Caen sobre lo acontecido. Esta carta (54) nos ha dejado un testimonio valioso de su entereza de apóstol comprometido con los pobres.

Recoge adolorido horas de prueba vividas en su comunidad y también gozoso rememora los momentos felices que vive en ella como son las fiestas del Corazón de María y del Corazón de Jesús (72), de las cuales es pionero indiscutible. En su carta de Honfleur (26) fija de manera lapidaria cual es su pensamiento sobre la índole propia de la Congregación.

La mejor interpretación del Evangelio es la vida de los santos, decía recientemente el Papa Benedicto XVI. Lo podemos notar muy bien en san Juan Eudes. Las cartas nos dejan entrar en la profundidad de su corazón de cristiano y de sacerdote, penetrado de la fuerza y de la misericordia del Evangelio.

Ponemos en manos de los cristianos de hoy este texto que nos revela el poder de la gracia de Dios en un hombre lleno de fe, comprometido con la realidad de su tiempo. Sobre todo, lo ofrecemos a los eudistas de habla española. Es un testimonio vivo de la imagen del eudista de todos los tiempos, seducido por el amor a Cristo y a

su Iglesia, para servirlos *Corde magno et animo volenti*,
“con entusiasmo e intrepidez”.

Álvaro Torres Fajardo, eudista

1. A los sacerdotes del seminario de Caen

París, 9 de diciembre de 1643

Dejo al Padre Manchon el encargo de transmitir a ustedes las noticias. De mi parte les escribo sólo unas palabras para asegurarles que los llevo a todos muy dentro de mi corazón, con sin igual afecto y ternura. Todo esto no significa nada porque lo que debe alegrarles es que Nuestro Señor y su santa Madre los llevan en el suyo. Llevémoslos a ellos en el nuestro y esforcémonos para que en nosotros vivan y reinen mediante nuestra humildad verdadera y profunda, la caridad perfecta y cordial, el desprecio absoluto del mundo y de nosotros mismos y el puro amor a Dios. Así encontrarán ustedes la paz de sus almas y el paraíso en la tierra. Suplico a Nuestro Señor y a su santa Madre que nos hagan a todos según su corazón, en cuyo amor los abrazo a todos y a cada uno repitiéndome con todo mi afecto todo suyo.

JUAN EUDES, sacerdote de la
Congregación de Jesús y María.

2. Al Padre Ricardo Le Mesle sobre un asunto del que se ocupó con éxito

1644 (?)

Alégrese de que la santa Virgen lo haya fortalecido, asistido y guiado hasta ahora en todo este asunto, y continúe agradeciéndole pues es muy evidente. Entre

menos ayuda tenga del lado terreno mayor será la ayuda que tendrá del lado del cielo. Pongamos nuestra confianza en Nuestro Señor y en su santa Madre y abandonémonos a su santa voluntad, sin omitir nada de cuanto podamos hacer a favor de sus intereses. Aceptemos por su amor todas las contrariedades que se presenten y que él permite para justificar cada vez más, embellecer y enriquecer su alma y la haga más agradable a la divina Majestad.

**3. A los Padres Ricardo le Mesle y Tomás Vigeon para
invitarlos a venir para hacer sus promesas de
Incorporación**

Lion-sur-Mer, 23 de septiembre de 1646

Les encarezco que vengan aquí para realizar perfectamente su sacrificio y para permanecer con sus hermanos quienes los aman con ternura y desean vivamente que estén con ellos *ad convivendum et ad commoriendum*, en la vida y en la muerte. Saben bien ustedes que ninguno de los que miran hacia atrás, una vez que han puesto la mano en el arado, es apto para el reino de Dios. Acudan, pues, mis hermanos amadísimos, en el nombre de nuestro Señor y de su santísima Madre, y sean fieles al que los ha llamado; vengan sin tardar para que empleemos juntos lo que nos queda de vida en el servicio de nuestro amado Maestro, y para conquistarle almas rescatadas con el precio de su sangre. Tengan cuidado de que el tentador no los sorprenda y que el

mundo no los seduzca; cierren sus oídos a la voz de la serpiente y ábranlos a la del cielo.

4. Al P. Mannoury, en París, sobre la misión de Bec-Thomas

Le Bec-Thomas, 24 de julio de 1647

Estamos en Bec-Thomas, con gran afluencia de gente; la misión aquí es en extremo necesaria. Fue grande el dolor al dejar a Nogent-le-Rotrou para venir aquí. Nunca he visto cosa semejante. Armémonos de valor, mi muy querido Hermano. Entre más cruces encontremos en los asuntos de Dios tantas mayores y abundantes son las bendiciones.

5. Al P. Mannoury en Roma, sobre la misión de Autun

Autun, 12 de diciembre de 1647

Llegamos el día de san Andrés, gozando de buena salud, gracias a Dios, luego de haber experimentado palpablemente cada día de nuestro viaje la asistencia muy particular de Nuestro Señor y de su santa Madre. Fuimos acogidos con grandes testimonios de afecto de la parte del señor Obispo, de los sacerdotes, de los magistrados y de todo el pueblo. Somos trece misioneros y pronto llegaremos a ser veinte. Si fuéramos ciento no daríamos abasto pues nuestro amado Dios derrama sobre esta misión bendiciones extraordinarias. Creo que permaneceremos aquí unos dos meses, o sea, hasta la fiesta de la Purificación. En seguida iremos a misionar

doce o quince días en Arnay-le-Duc, y de allí pasaremos a Beaume para la cuaresma.

6. Al P. Mannoury en Roma, sobre las dificultades que ha encontrado en sus gestiones para obtener la aprobación de la Congregación

7 de abril de 1648

Ánimo, mi querido hermano, sólo queremos la voluntad de Dios. De nuestra parte hagamos cuanto podamos en pro de los asuntos de nuestro amado Dueño y de nuestra querida Señora, y luego, abandonémonos en todo a su santa voluntad. Si nuestro momento ha llegado, todo el mundo junto no es capaz de resistir a lo que ellos quieran. Si todavía no ha llegado *expectemus Dominum, viriliter agamus et confortetur cor nostrum* (*Pongamos en el Señor nuestra esperanza, trabajemos varonilmente, y se confortará nuestro corazón* Sal 27, 14). Una cosa nos debe llenar de fortaleza y es que no nos es posible dudar de que ésta sea una obra de Dios, habida cuenta de las grandes y extraordinarias bendiciones que a él le place conceder a nuestros humildes trabajos. Por esto conocemos con evidencia que ellos proceden sólo de él y por consiguiente él no abandonará su obra... Lo hará en su tiempo y de la manera que sea más conveniente y mucho mejor de lo que podríamos desear. Nos toca sólo ser fieles y seguir nuestro camino con humildad, fortaleza y confianza.

**7. Al P. Mannoury sobre la dependencia de la
Congregación respecto de los Obispos
*¿1649?***

Nuestros bienhechores remueven cielo y tierra; han dicho bellezas contra nosotros al Obispo de Bayeux; que queremos establecernos por privilegio de Roma sin los obispos. Esto lo ha enojado y ha resuelto no tolerarlos más. Le escribí para defendernos de esta calumnia.

**8. Carta al Padre Ricardo le Mesle para agradecerle los
consuelos recibidos
*(1649)***

Le agradezco, en cuanto me es posible hacerlo, su caritativa carta cuya lectura me arrancó lágrimas al ver en ella la muy sincera y cordial caridad que Nuestro Señor le ha dado para conmigo, y la parte muy especial que Usted toma en mis aflicciones. Le aseguro, mi muy querido hermano, que no existe en el mundo alguien que lo quiera tanto como yo lo hago. Usted ha sido el único entre todos mis hermanos que me ha dado consuelo en esta tribulación, la mayor que he tenido en mi vida¹.

¹ Se trata de las innumerables penas que causó al P. Eudes la hostilidad de monseñor Molé, obispo de Bayeux, quien quería destruir la Congregación de Jesús y María

**9. A uno de sus hijos en misión en Gatteville sobre la
sumisión a la voluntad de Dios**

París, junio de 1650

Esperaba encontrarlo pronto en la misión de Gatteville, pero Nuestro Señor no me considera digno de ello y, a causa de mis pecados, me retiene aquí en mi Purgatorio de París, más tiempo de lo que yo pensaba pero no más de lo que hubiera deseado, pues gracias a su misericordia me hace el favor de no desear nada en el mundo sino hacer su muy santa voluntad; y puedo decirle con verdad que donde quiera que la encuentro, descubro en ella mi centro y mi paraíso. Por eso, París, que en otro momento era mi Purgatorio, es actualmente mi Paraíso, pues veo claramente que la divina Voluntad me ha hecho venir aquí y me retiene aquí todavía por unos días... No me importa donde esté ni lo que suceda, con tal de servir a mi Dios y cumplir su santa voluntad. Es cuanto debemos hacer en este mundo y solamente en eso debemos poner nuestro gozo.

**10. A los sacerdotes de la Congregación en misión
en Gatteville sobre la fidelidad que es preciso
tener en los ejercicios de piedad**

París, junio de 1650

Les ruego que los ejercicios que miran directamente a Dios, como el sacrificio de la Misa, el oficio divino, las oraciones de la mañana y de la noche, las del *Benedicite* y la Acción de gracias no se hagan jamás apresuradamente,

bajo cualquier pretexto que sea, sino pausada, clara y devotamente.

Así, amémonos mutuamente, *no solo de palabra y con los labios*, como lo hacen los del mundo, *sino con obras y de verdad* (1 Jn 3, 18), como deben hacerlo quienes son en verdad hijos de Dios. Para que esta palabra del Espíritu Santo quede gravada en nuestro corazón y en nuestras palabras y acciones: *Humíllate en todo y encontrarás gracia en Dios, pues sólo al él le pertenece el poder, y es honrado por los humildes* (Sir 3, 20).

Gracias a Dios nuestros asuntos van bien. Prepárense para tres grandes misiones, Bernay, Pontoise y San Sulpicio. Ruego a Nuestro Señor y a su santísima Madre que nos preparen para cumplir sus muy santas voluntades. En el amor sagrado de su amabilísimo Corazón los abrazo una vez más, en unión de nuestros muy amados hermanos, los Padres Ameline, Delaunay, Paillot y los otros que están con ustedes; soy, mis muy queridos hermanos, más de ustedes que de mí mismo,

JUAN EUDES, sacerdote misionero.

**11. A los misioneros de Gatteville, sobre la pena
que experimenta por estar separado de ellos
y sobre la divina Voluntad, que ellos deben
considerar como su Madre**

París, 9 de julio de 1650

J. M. J.

Mis queridos hermanos, de todo mi corazón los abrazo *en las entrañas de Cristo*. Estamos ya a 9 de julio y creo que no podré salir de París antes de quince días. Pierdo así la esperanza de verlos en la misión de Gatteville. Les aseguro que esta mortificación es una de las más grandes que he experimentado desde hace largo tiempo pues me parece que estoy separado no sólo de mi propio corazón y de mis mismas entrañas, sino de algo que me es todavía más querido, pues al decir verdad los amo más, a todos y a cada uno, que a mi propio corazón y a mis propias entrañas, y me parece que no hablo con exageración sino con toda sinceridad.

La voluntad adorable de Dios, que es nuestra madre, ha ordenado esta separación. ¡Sea por siempre bendita! La llamo nuestra amada madre, pues de ella recibimos el ser y la vida, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia. Ella nos debe gobernar y por nuestra parte debemos obedecerle y abandonarnos a su dirección con inmensa confianza, pues tiene un amor maternal para con nosotros. Les suplico, mis hermanos amadísimos, que la miremos, honremos y amemos como a nuestra muy amable madre y que pongamos nuestra principal devoción en aferrarnos fuertemente, de espíritu y de corazón a ella, para seguirla fielmente en todo y para

obedecer todas sus órdenes *corde magno et animo volenti* (2 Mc 1, 3). Pongamos en ello toda nuestra gloria y nuestro gozo, y tengamos lo demás por pura locura.

Nada podemos contra la verdad, pero sí a favor de la verdad, dice san Pablo (2 Co 13, 8). Quiera Dios concedernos tantas gracias que podamos decir verdaderamente: *Nada podemos contra la voluntad de Dios, pero sí a favor de la voluntad de Dios*: “Nada podemos, es decir, no podemos ni pensar ni decir ni hacer cosa alguna contra la divina Voluntad, pero somos fuertes y poderosos para obedecerle en todo”.

Pero cuando llamo a la divina Voluntad nuestra madre, esto no impide que la santísima Virgen no sea también nuestra Madre. Porque la divina Voluntad la colma, la posee y anima de tal manera que ella es como su alma, su espíritu, su corazón y su vida, hasta el punto de que ella no es sino una misma cosa, si es posible hablar así, con la misma divina Voluntad. Así la muy preciosa Virgen es nuestra Madre y la divina Voluntad lo es también. Sin embargo, no se trata de dos madres sino de una sola a la cual me doy y me abandono con todo mi corazón, con mis muy queridos hermanos, a fin de que viva y reine en nosotros, y que cumpla todos sus designios, según su manera y no según la nuestra, ahora y por siempre. Mis hermanos amadísimos, digan *amen*, pero díganlo de todo corazón, y que no sea solamente con los labios sino mucho más, con sus obras. Para que esto se cumpla, les ruego practicar fielmente lo que les he escrito en mi última carta. Les pido que la lean de nuevo todos juntos si todavía la conservan.

12. A los sacerdotes del seminario de Caen, para darles ánimo en medio de la persecución de que son objeto de parte del obispo de Bayeux, monseñor Molé, quien quería prohibir la capilla²

Coutances, 6 de noviembre de 1650

Espero que esta tormenta va a pasar y Nuestro Señor sacará de ella gran bien. El obispo de Coutances me manifiesta caridad y cordialidad extraordinarias. No les digo lo demás. Ustedes lo conocerán por sus efectos³. Continuemos a humillarnos ante Dios y a rogarle que cumpla los designios que se digna tener sobre nosotros. Por lo demás, por efecto particular de la Providencia me encuentro aquí en este tiempo. Permaneceré en esta ciudad todavía unos días no tanto por los asuntos que me han retenido aquí hasta el presente, sino por otra razón que les diré oralmente y por la que les ruego oran mucho a Nuestro Señor y a su santa Madre.

13. Al Padre Manchon en el seminario de Caen. Le señala la conducta que debe seguir si se llega a prohibir la capilla del seminario

Coutances, otoño de 1650

No se perturbe, mi muy querido hermano. Esta tormenta pasará. Si recibe alguna notificación no responda nada; diga que estando yo ausente usted no tiene nada que responder hasta mi regreso. Sin embargo,

² En Los Anales, el P. Costil dice que el P. Eudes comenzaba su carta manifestando a sus hijos “la alegría que sentía al verlos firmes en medio de la tempestad que los amenazaba y los exhortaba a permanecer en silencio y paciencia, y en sumisión total a la divina Voluntad”.

³ San Juan Eudes hace alusión al próximo establecimiento de la Congregación en Coutances.

si se le ordena cerrar la capilla, ciérrela, y vayan a celebrar la misa donde puedan; infunda ánimos a nuestros hermanos y exhórtelos a humillarse ante Dios y a poner toda su esperanza en él y en su santísima Madre; que empleen el mayor tiempo posible ante el Santísimo Sacramento; envíe a algunos a Nuestra Señora de la Délivrande.

14. A uno de sus hermanos con ocasión de la admisión de un postulante a la probación

Fecha desconocida

Mi muy querido hermano, envíe a Coutances al joven del que me ha escrito, con tal que esté bien resuelto a renunciar por entero a su propia voluntad, a recibir las observaciones que se le hagan respecto a sus defectos, y a vivir y morir en la Congregación.

15. Al Padre Simón Mannoury en Coutances, a propósito de un postulante admitido a la probación

Corbeil, abril-mayo de 1651

Ponga sumo esmero en formarlo en el espíritu de Nuestro Señor. Es espíritu de desprendimiento y de renuncia a todas las cosas y a sí mismo; es espíritu de sumisión y abandono a la divina Voluntad que se nos manifiesta por las normas del Evangelio y por los reglamentos de nuestra Congregación, que son sólo expresión de las máximas evangélicas, y por las directivas

de los que ocupan entre nosotros el puesto de Dios. Es espíritu de puro amor a Dios que nos inclina a no hacer nada sino para agradarle. Es espíritu de devoción singular a Jesús y María, a los misterios de su vida, y a los santos que les fueron más cercanos. Es espíritu de desprecio y de aversión al mundo que es el cuerpo de Satanás, y de todo cuanto el mundo ama. Es espíritu de amor a la cruz de Jesús, es decir, a los desprecios, a la pobreza y el dolor. Es espíritu de odio y horror por toda especie de pecado, que nos lleva a hacerle guerra sin cuartel, y a aplastarlo en nosotros y en los demás. Es espíritu de humildad, de menosprecio, de aversión y anonadamiento respecto de nosotros mismos, según la palabra de *La Imitación de Cristo: Desea ser ignorado y tenido en nada* (Imitación, cap. 11, 39). Es espíritu de caridad fraterna y cordial hacia el prójimo, especialmente por los hermanos de la Congregación, y por los pobres; y de celo por la salvación de las almas. Es espíritu de virtud, para amar todas las virtudes y practicarlas sólidamente en el espíritu de Jesús como está explicado en el libro del *Reino de Jesús*, cuya lectura usted debe recomendar vivamente a los que están bajo su guía. Es espíritu de amor, de aprecio y de respeto por la Iglesia y por todo lo que le pertenece, como también por las órdenes religiosas. Debemos tener, en efecto, espíritu católico, es decir, universal, amplio, que honre y ame todo lo que es de Dios y para Dios, pues no debemos despreciar ni aborrecer nada fuera del pecado y de nosotros mismos. Finalmente, es espíritu de oración y de piedad, para hacer todas nuestras acciones en el espíritu, es decir, con las disposiciones con las que Nuestro Señor ha hecho las suyas.

Esmérese cuanto pueda por llenarse de este espíritu, con la gracia de nuestro Señor, y por comunicarlo a los demás mediante su ejemplo, sus oraciones, sus enseñanzas y meditaciones, lecturas y otros ejercicios. Pida, sobre todo, a Dios que le dé el espíritu de bondadosa paciencia, y procure hacerse querer, para ganar los corazones y para infundir luego en ellos lo que Dios nos conceda para este fin.

Conserve esta carta y léala de cuando en cuando.

**16. Al Padre Mannoury en Coutances,
sobre la misión de Corbeil**

Corbeil, 18 de mayo de 1651

Todos los hermanos de Corbeil envían su abrazo a sus hermanos de Coutances. Nuestro querido Padre Jourdan sufre de fiebres. Estamos aquí en medio de un pueblo *de dura cerviz*, pero la misión terminará ganando unos cuantos.

17. Al Padre Mannoury sobre la misión de Bernay

2 de junio de 1651

Mañana salimos para Bernay a comenzar allí la misión el domingo. Me parece que es aconsejable que el Padre Saché venga a esta misión, pero hágale hacer antes tres días de retiro.

**18. Al Padre Mannoury para pedirle obreros
para la misión de Bernay**

Bernay, junio de 1651

Le escribí para pedirle que nos enviara al Padre Saché pero usted nada me responde al respecto. Esta es una misión que empieza por donde otras terminan. Tenemos gran carencia de obreros. Me temía que no íbamos a tener cruces, pero Dios nos ha enviado una, pues nuestro muy querido hermano el P. de Montagu está enfermo desde el domingo en la mañana con una fiebre continua, y el Padre Jourdan está del todo ocupado atendiéndolo. Apresúrese a enviarnos al Padre Saché. ¿Y no podría privarse del Padre Le Mesle para que viniera a ayudarnos? Lo dejo a su criterio. Escriba al Padre de Saint-Gervais para rogarle encarecidamente que nos envíe algunos de sus buenos obreros para esta misión, pero adviértale que no nos mande sino aquellos que ya conocemos.

**19. Al Padre Mannoury sobre la oportunidad de una
misión en Coutances y sobre las concesiones que
pueden hacerse a monseñor Molé, obispo de Bayeux**

Verano de 1651

Escribí al obispo de Coutances para pedirle tuviera a bien permitirnos hacer ahora la misión de Coutances. Ruéguele que nos responda para comenzar lo más pronto posible. Hay cantidad de personas que la desean y sería muy conveniente que al comienzo de

nuestra entrada en Coutances podamos prestar este servicio a Dios y a la gente...

Le ruego que no salga de París sin haber empleado y puesto en marcha, en cuanto posible, todos los medios que la Providencia de Dios ha puesto y pondrá en sus manos para ganar al obispo de Bayeux y a su señor P. Conceda al obispo de Bayeux todo lo que desea, menos que sea él quien nombre al superior del seminario, sino que acepte que sea elegido por la comunidad.

20. A los Padres del seminario de Coutances sobre la reapertura de la capilla del seminario de Caen

J. M. J Caen, 15 de mayo de 1653

Hermanos míos, muy amados, muy queridos,
Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo que nos consuela en todas nueStras tribulaciones (2 Co, 1,4). ¡Alleluia! ¡Alleluia!

Nuestra capilla está abierta, y en ella celebramos la Misa. ¡Alleluia! ¡Alleluia! ¡Alleluia!

Fue abierta el martes último, pero el documento respectivo fue hecho y firmado el sábado, día de la fiesta de la aparición de Nuestro Señor resucitado a su santísima Madre.

¡Alleluia! ¡Alleluia! ¡Alleluia!

Ha sido efecto del poder incomparable y de la bondad inefable de nuestra muy amada Madre que ha querido diferir el desenlace de este asunto hasta el día de las mayores alegrías que tuvo mientras vivió en la tierra.

Lo hizo cuando nosotros ya casi no pensábamos en ello, y luego de haber empleado en vano todos nuestros esfuerzos y los de nuestros amigos.

¡Alleluia! ¡Alleluia! ¡Alleluia!

Quiso esta Madre de misericordia servirse de la querida Madre superiora de la Misericordia de París⁴ para hacernos este favor, con el fin de hacernos ver que es efecto de su muy grande misericordia y que nosotros somos los misioneros de la divina Misericordia, enviados por el Padre de las misericordias para distribuir los tesoros de su misericordia a los miserables, es decir, a los pecadores, y para tratarlos con espíritu de misericordia, de compasión y de amabilidad.

¡Alleluia! ¡Alleluia! ¡Alleluia! ¡Alleluia! ¡Aleluya! ¡Alleluia!

¿Cómo vamos a pagarle a esta amable Madre? ¿Y cómo pagaremos a su Hijo amadísimo por quien todo nos es dado por el Padre del cielo? ¿Cómo pagaremos a este divino Padre que es la fuente primera de todos los bienes?

¡Que todos los ángeles y todos los santos bendigan por siempre a Jesús y María! ¡Que Jesús y María, con los ángeles y los santos, alaben, y glorifiquen al Padre eterno! Que todas las potencias y perfecciones de la Divinidad magnifiquen infinitamente al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo: *Den gracias al Señor por su misericordia, por las maravillas que hace con los hombres* (Sal 107, 8). Pero no basta. Les suplico, mis amadísimos hermanos:

1. Que para memoria y acción de gracias del favor infinito que Nuestro Señor nos ha hechos al venir a visitarnos y consolarnos con su divina presencia en el santísimo

⁴ La madre María de la Santa Trinidad, fundadora de la Orden de Religiosas de la Misericordia, destinada a recibir a las jóvenes de la clase alta que no tenían la dote suficiente para entrar en otra Orden.

Sacramento, por medio de la Madre de misericordia, tomemos la resolución de celebrar cada año la fiesta de su aparición a esta divina Madre y de la primera visita que le hizo una vez resucitado;

2. Que cada uno diga una misa votiva en honor de este misterio y que además cada uno diga siete misas, según su devoción particular, para agradecer a Dios y pedirle tres cosas: la primera, por todos los que se han opuesto a nosotros, que *no se les tenga en cuenta* (2 Tm 4, 16); la segunda, por todos nuestros amigos para que Nuestro Señor les recompense centuplicadamente todos los efectos de su caridad para con nosotros; la tercera, por nosotros, para que nos dé la gracia de hacer uso santo de sus favores y de comenzar a servirlo y amarlo de verdad, con la perfección que pide de nosotros, es decir, por la práctica de verdadera humildad, de obediencia exacta, de caridad cordial, de celo ardentísimo por la salvación de las almas, de amor puro a Dios y sobre todo de una perfecta sumisión y abandono a su divina voluntad.

3. Que en la oración al santísimo Corazón de nuestra Madre de misericordia, después de ***Ave, Cor beatissimum***, añadamos ***Ave, Cor misericordissimum***; y que en la oración ***Ave Maria, filia del Patris***, después de ***Ave Maria, Mater admirabilis***, añadamos el saludo: ***Mater misericordiae***; también en las letanías de Nuestra Señora, luego de ***Mater admirabilis***, añadamos ***Mater misericordiae***. Todo esto en memoria y acción de gracias de la misericordia que Dios nos ha hecho en esta ocasión mediante esta Madre de gracia y de misericordia; ofrezcámosle, y por ella a su Hijo, todos cuantos están en la miseria espiritual o corporal, especialmente los que

están en la espantosa miseria del pecado; démonos a la divina Misericordia a fin de que nos anime con su espíritu hacia todos los menesterosos; que tengamos piedad de ellos y que hagamos todo cuanto podamos para asistirlos y consolarlos.

4. Que puesto que Nuestro Señor nos ha hecho la gracia de volver a su casa, y ya que tenemos la dicha de poseerlo en la santa Eucaristía, entremos en renovado deseo de tributarle y hacerle tributar en este sacramento todo el honor y el respeto que podamos; comportémonos en el templo con toda la modestia, reverencia y piedad posibles; no hablemos si no es por alguna necesidad, poco, y en voz baja; no toleremos en nuestros templos y capillas que los niños jueguen haciendo ruido, que los pobres pidan limosna, que entren perros, o que haya personas charlando o en posturas indecentes, comportándose de forma irreverente.

Entréguense todos a Nuestro Señor Jesucristo, y con todo el corazón, para entrar en estos sentimientos y para llevarlos a la práctica, por amor de nuestro amabilísimo Jesús y de su dignísima Madre.

En el amor sagrado de su santísimo corazón los abrazo a todos y cada uno, con el renovado deseo de servirles de todas las manera que pueda hacerlo. Dense el abrazo mutuo en ese mismo amor, *Corde magno et animo volenti*. Por ustedes me entrego enteramente a ellos, y todo a ustedes por ellos, en mi calidad de su muy indigno servidor; soy de ustedes su hermano afectísimo,

JUAN EUDES, sacerdote misionero
de la Congregación de Jesús y María.

21. Al Padre Ricardo Le Mesle, sobre sus persecuciones⁵

15 de junio de 1654

Agradezco con todo mi corazón a nuestro adorabilísimo Jesús y a su amantísima Madre por la cruz que han tenido a bien dispensarme. Es el único tesoro de la tierra, el bien soberano de los verdaderos hijos de Jesús y María, la fuente de toda bendición, la gloria y la corona, el amor y las delicias de los verdaderos cristianos. Hablo según el espíritu, y no según los sentidos.

Mi amado hermano, adoremos, bendigamos, alabemos, glorifiquemos y amemos con todo nuestro corazón la amabilísima voluntad de nuestro amado Dios que lo dispone todo de la mejor manera, y que sabe sacar gloria del mismo pecado, el cual es el mayor de todos los males. Digamos con la totalidad de nuestra alma: *Bendeciré al Señor en todo momento; no temeré lo que puedan hacerme los hombres*. Es cierto que si el Señor no construye personalmente la casa, en vano trabajan los que la quieren edificar; pero también es cierto que si el Señor por sí mismo no destruye la casa, en vano trabajan los que la quiere destruir. Después de todo, que se haga la voluntad de Dios. Él es el Señor, y se cumpla cuanto le plazca.

Seamos fuertes en el Señor y en el poder de su fortaleza, persuadidos de que nuestro trabajo no es inútil en el Señor. Arrojemos todas nuestras inquietudes en su regazo y él se ocupará de nosotros. Los que nos combaten no lo hacen a nosotros; lo hacen al Rey y a la

⁵ Carta escrita con ocasión de las disposiciones hostiles que los adversarios del P. Eudes habían logrado infundir en el ánimo de Monseñor Servien, recientemente trasladado de Carcassone a Bayeux.

Reina del cielo y de la tierra; ellos sabrán desvanecer todos sus planes cuando sea tiempo. Sin embargo, hagamos por nuestra parte todo lo que podamos por los asuntos de nuestro Señor, y permanezcamos en paz. No olvidemos orar mucho, como por bienhechores, por aquellos de quienes el Señor ha querido servirse para castigarnos.

**22. Al Padre Manchon, superior del seminario de
Lisieux, sobre la muerte de la Hermana
María des Vallées**

Caen, 2 de marzo de 1656

J. M. J.

Mi muy querido hermano,

Jesús, el santísimo Corazón de María, sean siempre nuestro consuelo. Dios ha tenido a bien quitarnos lo que teníamos de más querido en el mundo, nuestra muy querida Hermana María. Murió el viernes 25 de febrero, a las doce y cuarto.

Nuestro mayor dolor ha sido que se nos privó de su cuerpo para enterrarlo en San Nicolás. Casi todos los canónigos querían que se enterrara en la catedral. Otros querían que fuera inhumada donde los dominicos, en la capilla del Santo Rosario. Pero el Padre de la Foulery, que construyó una capilla de San José en la iglesia de San Nicolás, logró, por intervención del Padre d'Urville, pues no quería hacerlo por sí mismo, que fuera enterrada en dicha capilla. Y nosotros hemos quedado privados de semejante tesoro, lo que ha causado mucha tristeza a nuestros hermanos de Coutances, y a todos nuestros

amigos, tanto en aquella ciudad como en ésta. La señora de Saint-Simon y la señora de Malherbe, tiempo atrás señorita de Pleimaret, hicieron cuanto estuvo a su alcance en esta coyuntura, pero todo fue en vano. El Gran Preboste se ofreció incluso para apoderarse del santo cuerpo mediante sus guardias y traerlo a nuestra iglesia; pero nosotros se lo agradecemos, temerosos de llamar la atención. Esta misma razón nos impidió quedarnos con el corazón a pesar de que hubiéramos podido hacerlo fácilmente. Nos ha dolido mucho posteriormente no haberlo hecho. Dios lo ha dispuesto así por razones que nos son desconocidas.

Desde hacía tres meses esta muerte había sido figurada y predicha de diversas maneras. Murió en medio de una gran paz interior y exterior, sin ninguna turbación interior, sin ningún esfuerzo o agitación exterior.

La enfermedad de que murió sólo duró veinte horas, durante las cuales mantuvo, casi hasta el final, su conocimiento. Durante ese tiempo habló poco no diciendo más que *sí*, *no*, o *así sea*, a lo que se le decía, y el santo nombre de Jesús que brotaba casi continuamente de sus labios. Recibió todos los sacramentos y nuestros hermanos de Coutances y yo no la dejamos sola durante sus últimas veinticuatro horas, y todos estuvieron presentes en el momento de su muerte, alrededor de su lecho, pues la habitación estaba llena de gente.

No olvidé, querido hermano, encomendarlo a su oración, antes de su muerte, como también a todos nuestros hermanos; me aseguró que tendrá cuidado de usted y no lo abandonará. Yo la escuché tres veces en

confesión en estos últimos ocho días; investigué y examiné cuidadosamente su vida, y puedo asegurar con entera verdad, que no encontré el más mínimo pecado venial en esta vida de sesenta y siete años. Sin embargo no hay que dejar de elevar por ella las oraciones ordinarias, según lo ordena la Iglesia. En nuestra casa recitamos todo el Oficio de difuntos y hemos cantado tres misas, a saber, del Espíritu Santo, de Santa María y de Difuntos. Aquí, en el seminario de Caen, haremos otro tanto; le ruego que ustedes hagan también lo mismo. Además, en todas nuestras casas, diremos sesenta y siete misas con las siguientes intenciones: 1. Para honrar todos los designios de Dios sobre la Hermana María, y de todo cuanto él es en ella; 2. En acción de gracias de todos los favores que le hizo y que por ella nos ha hecho; 3. En satisfacción y reparación de todas las faltas que hayamos cometido en este punto; 4. Para que se cumplan todas las voluntades de Dios en esta obra; 5. Para pedir a su divina Majestad que nos conceda participar de su espíritu que es espíritu de odio extremo al pecado, de amor muy puro a Dios y de desprendimiento entero de sí mismo y de todas las cosas, de sumisión total a la muy adorable voluntad de Dios, de amor ardentísimo por la cruz y de desprecio grande de sí mismo, de odio irreconciliable por los honores, de afecto muy particular al desprecio, la confusión, y la ignominia, pero sobre todo de incomparable caridad, bondad, amabilidad y mansedumbre para con el prójimo, que hacía que ella tuviera sumo cuidado de no ir a contristar o a enojar a nadie, sino más bien contentar y regocijar a cada uno en cuanto le fuera posible. Tenemos que tratar de imitarla

sobre todo en esta virtud, y en su humildad, sencillez y sinceridad. Ruego a todos nuestros queridos hermanos tener gran cuidado de pedir a Dios estas virtudes y esmerarse mucho por practicarlas. Por lo demás, las intenciones antes dichas y estas sesenta y siete misas no impedirán que se digan igualmente por las intenciones principales según comprobante de la sacristía. No olvido tampoco a la señorita Obègne (*Nota: Benefactora del seminario de Lisieux*).

Saludo muy afectuosamente, abrazo de todo corazón a todos nuestros queridos hermanos. Escriban por favor una carta a los de Coutances. Los dejé llenos de pesar, en particular el Padre de Montagu, pero me vi obligado a venir aquí debido a un asunto urgente e importante acerca del cual les escribiré pronto.

Saludo con toda mi consideración y afecto al Padre le Promoteur, y soy *corde magno*,

Su muy querido hermano,

JUAN EUDES, sacerdote misionero.

Olvidaba decirles que casi todos los habitantes de Caen dicen públicamente que la Hermana María es una santa, incluso quienes la menospreciaron durante su vida.

23. A la comunidad de Lisieux sobre la muerte del Padre Le Duc

Lingèvres, 18 de abril de 1656

La muerte de nuestro bueno y muy amado hermano, el Padre Le Duc, nos causa un pesar muy sensible, pues un buen sacerdote es un tesoro inestimable en la Iglesia,

y su privación no puede menos de ser muy lamentada. Era excelente obrero a quien Dios había dotado de excelentes cualidades, y pocos son los que se le parecen. Pero Nuestro Señor y su muy santa Madre, que son los verdaderos superiores de nuestra Congregación y tienen mayor interés por ella que nosotros mismos, sabían todo esto; sin embargo han tenido a bien llevárselo con ellos y nada hacen que no sea lo mejor. Me consuela que su muerte haya ocurrido durante el tiempo del Jubileo, en Semana Santa, y mientras trabajaba en la salvación de las almas.

24. Al Padre Mannoury en Lisieux sobre diversos asuntos que interesan al colegio de Lisieux y a las religiosas de Nuestra Señora de Caridad.

Coutances, 20 de julio de 1656

Mi muy querido hermano,

Jesús, el muy santo Corazón de María, sea el nuestro por siempre.

Envié su carta al Padre Manchon y le rogué que le responda acerca del testamento del Padre Le Promoteur. Si él no lo ha hecho, pienso por mi parte que hay que evitar el proceso más que la peste, y preferir tener menos, incluso perderlo todo, antes que querellar, a menos que se entre en el proceso incidentalmente y no como parte principal, y que se esté bien seguro de ganar.

En cuanto al colegio este es mi sentir: Padre Marion para primero; Padre de Longval para segundo; Padre Saché para tercero; Padre Franco para quinto: Padre Doucet, prefecto de los pensionados; P. Dudy, prefecto del colegio; o también el Padre Yon para primero; P. Marie para segundo y el resto según lo dicho antes, de suerte que, por este medio, sacaríamos al P. de la Haye y el Padre de Longval del colegio para destinarlos a otras cosas. Pero todavía no hable de este proyecto; simplemente dígame lo que piensa, y yo dialogaré con el Padre Manchon.

Estoy muy contrariado por el descontento del P. de Langrie; ¿pero qué hacer? Si me dejara llevar de mis sentimientos tendría sobrados motivos para abandonar esa casa; pero tenemos que olvidarnos y no considerar sino a Nuestro Señor y a su santa Madre, y hacerlo todo por su amor. Dios permite todo esto por bondad para con nosotros, a fin de protegernos de la vanagloria y de la vanidad que quizás nos harían perder todo el fruto de nuestro trabajo.

No se me ha citado sobre el caso del P. de Saint-Julien. Sucedió antes de que yo hubiera oído hablar. Ignoro si vino de él solo, o de él y de la Madre juntos; pero no creo que haya venido de las jóvenes. Es muy cierto que esa buena Madre no quiere contar con nosotros. Tengamos paciencia y abandonémonos a la divina Providencia, y sigamos por nuestro camino sirviendo siempre esa casa en cuanto nos es posible, por el amor de Nuestro Señor y de su santa Madre. Hablé con la Madre y le escribí desde aquí, que es necesario enviar expresamente a Roma a alguien, pero no me responde

nada sobre ese punto. Es cierto que el camino escogido por el Padre Saint-Julien no es bueno y que no terminará bien. Todo esto lo he escrito al Padre de Langrie y le he pedido que nos sea benevolente. Espero ir dentro de cierto tiempo a Caen y me encontraré con el Padre de Saint-Julien para hacerle conocer mis razones y le rogaré que nos reunamos para resolver lo que sea mejor.

Escribo al Padre de Langrie para decirle que escoja de las cosas de la Hermana María de Vallées ropa empapada en su sangre o una medalla que llevó mucho tiempo en su cuello, o que diga qué desea y yo se lo daré de todo corazón si está en mi poder hacerlo.

Usted ha usado de mucho rigor con la pobre oveja; hay muchas razones para que ella pueda hacer eso. Le escribo para que lo haga sin temor.

Abrazo a todos nuestros queridos hermanos y saludo a todos nuestros amigos, en particular a nuestra amada señorita Ozenne, y soy de todo mi corazón, mi muy querido hermano, todo suyo,

JUAN EUDES, sacerdote misionero.

**25. A los directores del colegio de Lisieux,
sobre su tarea y su conducta**
Caen, 15 de octubre de 1657

Que Jesús, el santísimo Corazón de María, sea su corazón, su espíritu y su fortaleza en la tarea que desempeñan y en la obra que ustedes comienzan por su amor, en la diócesis de Lisieux. Es tarea muy importante. ¡Es la obra de Dios y de Jesucristo pues tiene que ver con

la salvación de las almas! ¡Es la obra de la Madre de Dios, de los Apóstoles y de los más grandes santos! Es una misión de muy grande consecuencia, a la cual, Jesús, el soberano Misionero, los envía y les dice: ***Como mi Padre me envió, así los envío yo*** (Jn 20, 21).

Ustedes van a realizar esta misión en niños en los que van a poner los fundamentos del reino de Dios, y en los que hay muchos menos obstáculos, de ordinario, a la gracia divina que en las personas adultas.

Misión en niños, que son hijos de Dios por el bautismo, que han costado la sangre del Hijo de Dios, que fueron creados para ver la faz de Dios, poseerlo y bendecirlo eternamente; en niños que son tan amados del Padre celestial que dio a cada uno de ellos un príncipe de su corte para que hagan de ángeles de su guarda y en cierto modo estén a su servicio: ***todos ellos espíritus al servicio de Dios, enviados en ayuda de los que han de heredar la salvación*** (He 1, 14); finalmente en niños por los que nuestro amado Jesús tuvo mucho amor y ternura, y de los cuales dijo: ***permitan a los niños acercarse a mí y no se lo prohíban, pues de los que son como ellos es el reino de los cielos*** (Mt 19, 14).

Ponderen seriamente todas estas verdades, mis muy queridos hermanos; harán que agradezcan a Dios por la señalada gracia que les ha hecho de ejercer tan santa misión y de empeñarse de todo corazón en servirse de todos los medios que les sean posibles para hacerla bien.

Para esto ustedes deben:

1. Tener en su corazón una purísima intención de no buscar cosa distinta de la gloria de Dios en todo lo que hagan.

2. Tener una decisión fuerte de aportar toda la diligencia posible para enseñar a los niños, en primer lugar, la ciencia de la salvación, y en segundo lugar las letras humanas.

3. Conservar y acrecentar en ustedes el espíritu de piedad y de virtud para evitar este reproche: ***enseñas a los otros pero a ti mismo no te enseñas*** (Ro 2, 21); y para imitar al Salvador y cumplir en ustedes estas palabras: ***Empezó por hacer y enseñar*** (Hechos 1, 1). Les ruego por tanto que observen fielmente, por amor a su santa Madre, lo que sigue:

-que nunca falte una hora de oración en la mañana, todos juntos, ante el Santísimo Sacramento, excepto los directores y prefectos, que sólo harán media hora en los días de clase, y una hora en los demás días;

-que los sacerdotes celebren todos los días la santa Misa, previa preparación, con gran atención y recogimiento al decirla, y una acción de gracias no precipitada, luego de celebrarla; y que los que no son sacerdotes la oigan y la ayuden como ministros todos los días con las disposiciones interiores y exteriores requeridas;

-que se hagan las comuniones, con piedad, en los días acostumbrados;

-que cada uno se confiese siempre con el confesor que le sea asignado;

-que los directores tengan sumo respeto y sumisión al rector que les sea dado, y que él tenga gran caridad, bondad y atención con ellos.

-que cada uno haga cada día un cuarto de hora de lectura espiritual en la Sagrada Escritura, y en el recreo de la tarde cada uno traiga a colación un pasaje de ella en la

conversación; y que los dirigentes la hagan en el santo Evangelio, para aprender las principales máximas e imprimirlas en el corazón de los estudiantes;

-que la conferencia espiritual y la humillación se hagan semanalmente de la manera acostumbrada;

-que todos los sábados, en honor de la humildad de Nuestro Señor y de su santísima Madre, haya dos que vayan a la cocina para lavar parte de la vajilla;

-que cada semana se traiga a un pobre a comer con la comunidad;

-que se observe exactamente el silencio en los lugares y horas prescritos;

-que fuera de los tiempos de recreación no se pierda el tiempo conversando unos con otros;

-que nadie entre en la habitación de otro sin permiso o necesidad; y que nadie permita a los estudiantes, pensionados o internos, entrar a la suya;

-que no se coma nunca fuera del comedor, excepto en caso de enfermedad; ni fuera del tiempo de las comidas, menos por necesidad y con permiso; ni en la ciudad sino raramente y con licencia;

-que la uniformidad sea observada cuidadosamente en el beber y en el comer, en el vestido y en todas las cosas;

-que toda singularidad y propiedad sea desterrada de la comunidad como peste muy perniciosa;

-que no se reciba nada de parte de los estudiantes ni de nadie, para apropiarse de ella, sea dinero para misa, sea ropa, vestidos, mantequilla, frutas, etc., pero que se ponga de inmediato en manos del superior o del ecónomo;

-que no se dé ni se preste nada de la comunidad sin permiso del superior, so pena de ser considerado y castigado como autor de robo, como en el caso precedente:

-que la caridad y la cordialidad fraterna sea observada cuidadosamente, y que cada uno cuide de no herirlas con palabras o de otra manera; y si sucede algo contrario, que no se deje pasar el día sin reparar su falta y sin reconciliarse con su hermano;

-que se ponga en conocimiento del superior, por espíritu de caridad, las fallas de los particulares, que no puedan ser remediadas por otros medios; y que se esté dispuesto a ser advertido también de los defectos propios, y a recibir las advertencias con espíritu de humildad y de sumisión, sin excusarse ni justificarse; y que se evite más que la peste los altercados, y que para esto, se esmere cada uno en renunciar a su propio parecer;

-en cuanto a los estudiantes, que los dirigentes tomen cuidado de inculcarles lo siguiente: 1. gran respeto para los lugares sagrados, los sacramentos y todo lo que concierne a lo religioso; 2. gran amor a Nuestro Señor Jesucristo; 3. devoción especial a la santa Virgen; 4. obediencia perfecta a sus padres; 5. gran caridad de unos con otros; 6. gran temor de la vanidad y del orgullo, y ardiente afecto por la humildad; 7. vergüenza extrema de toda suerte de pecado; 8. entera resignación en todo a la santa voluntad de Dios. No hablo del horror que es preciso infundirles de todo lo es que contrario a la pureza, así como la diligencia particular que es necesario emplear para enseñarles a ayudar la Misa;

-que cada uno honre a sus superiores como a quienes representan la persona de Nuestro Señor Jesucristo, y que se esfuercen por renunciar enteramente a su propia voluntad más que a todos los demonios del infierno, para seguir en todo y por todas partes la muy adorable voluntad de Dios que les es manifestada por la mediación de sus superiores y por las órdenes de la comunidad;

-sobre todo que se ponga todo empeño en conocerse, para aprender a tenerse en menos y a humillarse en todo, pues nada hay más importante y necesario para agradar a Dios, para servirlo y para llegar a la perfección.

Por lo demás, tengan en cuenta todo lo que hay verdadero y noble, justo y puro, amable y loable, virtuoso y recomendable, todo lo que han aprendido y recibido; pónganlo en práctica y el Dios de la paz estará con ustedes (Fp 4, 8-9).

26. A los sacerdotes de la Congregación en misión en Honfleur. Acción de gracias por la confirmación del seminario de Caen, concedida el 2 de diciembre de 1657 por monseñor Servien, obispo de Bayeux

Diciembre de 1657

Monseñor ha escrito letras patentes muy auténticas que confirman las cartas del rey y de monseñor d'Angennes, y ha hecho registrar todo esto en su secretariado de Bayeux, en la oficina de la oficialidad de Caen y en los archivos eclesiásticos. Ordenó en consecuencia que el párroco de San Julián de Caen publicara en voz alta esto por doquier y que, el domingo

pasado, enviara por escrito avisos a todos los predicadores a fin de anunciar a todo el mundo la confirmación del establecimiento del seminario de Bayeux en nuestra casa y que la ceremonia tuviera lugar en nuestra capilla el mismo día, con toda la solemnidad posible; todo esto se realizó. Cantamos una misa mayor en la mañana y vísperas después del medio día muy solemnemente. El párroco de San Pedro, canónigo de Bayeux, vino expresamente, por solicitud del vicario general y mía, a presidir el oficio.

El Padre Larderat me pidió que escribiera, de parte de Monseñor, al presbítero de Brissac para solicitarle que predicara; pero no habiéndole sido posible, el Padre rector de los Jesuitas ocupó su puesto e hizo un muy hermoso sermón. Vino tanta gente a nuestra casa durante todo el día que, aunque nuestra capilla hubiera sido tan espaiosa como la iglesia de la abadía de San Esteban, hubiera estado llena. Benditos sean Nuestro Señor y su santa Madre que son los verdaderos y únicos autores de esta obra, pues de nuestra parte nada hicimos, ni por nosotros mismos ni por otros para pedirlo a monseñor de Bayeux. Por el contrario fue poderosamente requerido por una Congregación⁶, a la que está unido por especial amistad desde hace varios años, la cual hizo cuanto pudo por impedirlo, así como varias otras personas que le ofrecían grandes ventajas para su seminario, y que nada omitieron de cuanto podían hacer, por sí mismos y por sus amigos, para inducirlo a separarse de nosotros y vincularse a ellos; y sin embargo resistió por su propio movimiento a todas

⁶ Se trata de la Congregación del Oratorio. Testigo de ello el mismo Batterel en su Vida del P. Eudes.

esas presiones, y luego de haber roto con todos los otros, escogió para confiar su seminario a estos insignificantes que somos nosotros. ***Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes*** (Lc 1, 52)..

Es cierto que el Padre Larderat y el Padre Julián trabajaron mucho en este asunto; pero lo hicieron por la inspiración que Dios les dio y sin que alguien les hubiera rogado hacerlo.

Entremos, pues, todos en sentimientos de profunda humildad a la vista de tantos favores; demos gracias a Dios de todo corazón, y en la debida medida también a la santa Virgen, a san José, a los otros patronos de la Congregación y a todos los santos obispos de Bayeux.

Hemos resuelto emplear la octava de Navidad en acción de gracias y exponer el Santísimo Sacramento en nuestra capilla, los tres primeros días, según el permiso que nos ha acordado el Vicario general, e invitar a todos nuestros amigos para adorar y agradecer a Nuestro Señor unidos a nosotros.

Durante esos ocho días, diremos misas los cuatro primeros días, según el ordo de la Iglesia, para honrar a la santa Trinidad, a Nuestro Señor Jesucristo, al Espíritu santo y a la santa Virgen; el quinto, en honor de los santos ángeles; el sexto en honor de san José, de san Juan Evangelista, de san Joaquín y de santa Ana; el séptimo, en honor de los santos apóstoles, mártires, sacerdotes y levitas, vírgenes, Santos Inocentes, obispos de Bayeux, y de todos los santos; el octavo en honor de Nuestro Señor y de su santísima Madre.

Añadiremos tres intenciones: la primera, por monseñor el obispo de Bayeux y por aquellos de los

cuales Dios se ha servido para cumplir su santa voluntad en este asunto; la segunda, por todos aquellos que se han opuesto a este proyecto; y la tercera, para obtener todo lo que sea necesario para hacer bien cuanto se nos pide.

Además, recitaremos todos los días un rosario que será compartido por nosotros; y todas las noches el *Te Deum* y un *Sub tuum praesidium*.

Dejo a la devoción de ustedes hacer lo que puedan pero me gustaría saber qué hicieron...

Lo tercero que les recomiendo es que, para conocer lo que Dios nos pide en esta ocasión, íntimamente convencidos, recuerden que la Congregación ha sido establecida por Dios en su Iglesia, y que les dio la gracia de ser llamados a ella para tres fines:

El primero, para darles los medios de alcanzar la perfección y la santidad requeridas para el estado eclesiástico.

El segundo, para trabajar en la salvación de las almas mediante las misiones y las demás funciones del sacerdocio. Esta fue la obra de los apóstoles, la obra de Nuestro Señor, tan grande y divina, que podemos pensar que no existe nada que pueda ser más grande y más divino: *divinorum divinissimum*.

Sin embargo, hay una que las supera a todas y es trabajar en la salvación y santificación de los eclesiásticos, porque es salvar a los salvadores, dirigir a los que dirigen, enseñar a los que enseñan, apacentar a los apacientan, iluminar a los son la luz del mundo, santificar a los que son la santificación de la Iglesia, y hacer en la jerarquía de la Iglesia lo que los serafines y los querubines hacen en la patria celestial. Este es el tercer fin que Dios se propuso al

establecer en la Iglesia nuestra pequeña Congregación y para el cual nos ha llamado con misericordia inescrutable, de la que somos infinitamente indignos. Quiere poner en nuestra manos lo que tiene de más precioso, la más ilustre porción de su Iglesia, lo que él quiere más que la niña de sus ojos, el corazón de su cuerpo místico, es decir, los eclesiásticos; es la familia santa de la que él quiere que nosotros nos preocupemos y que la dirijamos.

Juzguen entonces, nuestros muy queridos hermanos, cuanta perfección nos pide. El quiere que los sacerdotes sean modelo y ejemplo para los fieles, pero quiere que nosotros seamos modelo y regla de los sacerdotes.

Humillémonos ante todas estas cosas tan grandes: reconozcamos nuestra indignidad e incapacidad infinitas para semejante tarea. Entremos por tanto en gran desconfianza de nosotros mismos, pero, al mismo tiempo, tengamos gran confianza en el que nos llama, porque él tiene gracias muy poderosas para darnos, proporcionadas a nuestra vocación, y con su gracia todo lo podremos. Entremos también en gran deseo de no poner impedimento y dispongámonos a recibirlas. Para esto, tomemos nueva resolución y démonos a él fuertemente para hacer santamente todas las funciones eclesiásticas, para ejercer fielmente todos los oficios que tenemos en la comunidad, para ejecutar puntualmente todas las órdenes, para obedecer exactamente a nuestros superiores, para amarnos cordialmente unos a otros, y sobre todo para humillarnos continuamente en todo.

Con referencia a los eclesiásticos que Dios no envíe dispongámonos a hacer tres cosas: 1. Darles siempre buen ejemplo de piedad, de modestia y de toda clase de

virtudes; 2. Recibirlos y tratarlos con gran caridad, cordialidad, urbanidad, honestidad, amabilidad y bondad, y no omitir nada de cuanto podamos hacer para formarlos y modelarlos en todo lo que tiene que ver con la vida, las costumbres y todas las funciones clericales. 3. Orar mucho por ellos, en nuestras misas y en las otras oraciones, a fin de que Dios les conceda el verdadero espíritu eclesiástico.

Mis muy amados hermanos, ahí tienen lo que Dios pide de nosotros; son cosas grandes y sobrepasan enteramente nuestra capacidad; pero: *Estén atentos, permanezcan fuertes en la fe, obren con valor y apóyense en el Señor, y en la fuerza de su poder* (2 Cro 32, 7)

Ruego a nuestro amadísimo Jesús y a su dignísima Madre que cumplan en nosotros de manera perfecta sus muy santas voluntades.

En el amor sagrado de su muy santo Corazón, con toda verdad, sin reserva y para siempre, abrazo a todos y a cada de ustedes en particular, con todo respecto y afecto. Soy, mis muy queridos y venerados hermanos, su muy indigno servidor.

*JUAN EUDES,
Sacerdote misionero de la Congregación
de los seminarios de Jesús y María.*

27. Al superior de una de sus casas sobre el precio de las humillaciones a propósito de una ordenación que edificó a toda la ciudad de Caen

1658

Entre todas estas ventajas he reconocido claramente que el tiempo de las humillaciones, las tribulaciones, las angustias y las cruces es un tiempo mucho más deseable, amable y ventajoso, más útil y más precioso que el de los aplausos, las alabanzas y las consolaciones; recibamos ambos de la mano de Dios y esforcémonos por hacer su muy santa voluntad.

28. Al Padre Dupont, superior del seminario de Coutances. El P. Eudes le recuerda que hay que preferir las ocupaciones de la comunidad a las obras exteriores y poner toda la confianza en Jesús y en su santísima Madre

1658

Haré cuanto esté a mi alcance para enviarle alguien que le ayude en las funciones de la comunidad. Sin embargo, estando las cosas como me las presenta, el Padre Yon debe permanecer en la casa, si es necesario, para ayudar a confesar y a cantar vísperas. Hay una máxima que se debe observar: las cosas de la comunidad deben preferirse a todo lo que se puede hacer en el exterior. Por tanto, si usted juzga que él sea necesario en la casa, haga que desista de sus predicaciones fuera.

Su carta me traería congoja si yo no supiera que tenemos un muy buen Padre y una muy buena Madre, que todo lo disponen en cielo y tierra, y que, hasta el presente, han provisto con inmensa caridad a todas nuestras necesidades, y lo seguirán haciendo siempre, si nos esmeramos en servirles y ponemos toda nuestra confianza en ellos: *Encomendemos a ellos todas nuestras preocupaciones, porque tienen cuidado de nosotros.*

**29. Al Padre Dupont, superior del seminario de
Coutances sobre la obediencia**

2 de noviembre de 1658

Conozco bien la prudencia de que Dios lo ha dotado, y la sinceridad y rectitud de sus intenciones. Pero es necesario que usted y los demás superiores de nuestras casas toleren que yo les repita mis pensamientos en las ocasiones en que, creo, estoy obligado a hacerlo. Si les propongo cosas en las que encuentran dificultades, pueden escribírmelo con sencillez y sumisión; pero luego deben acatar la instancia renovada que les haga al respecto, sin aferrarse a esto o aquello. Cada uno debe tener la libertad de escribirme lo que juzgue necesario para el bien de la casa.

30. Al Padre Dupont, superior de Coutances, sobre la adquisición de un lugar para construir el seminario de Caen en la plaza de Petits-Prés

16 de diciembre de 1658

El asunto de la plaza de Petits-Prés ha sido felizmente concluido. El contrato está hecho y fue firmado por todos. La mano todopoderosa de Nuestro Señor ha obrado esta maravilla. ***Dios lo ha hecho y es admirable a nuestros ojos*** (Sal 118, 23). Ruego a todos nuestros queridos hermanos agradecersele y también a su santa Madre; pidámosle que suscite ahora a algunos para construir allí una iglesia en honor del santísimo Corazón de la santa Madre de Dios.

31. A los sacerdotes del seminario de Lisieux sobre el rechazo de recibir al Padre Bernard como superior

Enero o febrero de 1659

Mis muy queridos, muy amados hermanos,

Ustedes saben que todos los sacerdotes, en especial los misioneros, están obligados a practicar todas las virtudes con tanta perfección que sean modelos de santidad para todos los fieles. Ustedes saben por consiguiente, que deben tener obediencia ciega a todas las órdenes de sus superiores.

Si así lo hubieran practicado habrían hecho algo muy del agrado de Nuestro Señor y de su santísima Madre, de mucho provecho para sus almas, y de gran consuelo para

mí. Pero si ustedes no han tenido la suficiente virtud para hacerlo; al menos hubieran debido contentarse con exponerme sus sentimientos con espíritu de humildad y de sumisión.

Si yo les hubiera enviado al último de nuestros hermanos coadjutores para que los presidiera, hubieran debido someterse a él, siguiendo el ejemplo de Nuestro Señor que se sometió, por amor de ustedes, a Herodes, a Pilatos, a los verdugos que lo crucificaron, y al poder de las tinieblas. Les envié un hombre que es uno de los más antiguos de nuestra Congregación, muy prudente, virtuoso y caritativo, y ustedes me lo menosprecian, lo rechazan, y, por consiguiente, censuran al superior de la Congregación por haberlo escogido, prefiriendo su parecer al de él. Pero lo que es peor, uno de ustedes me escribe en nombre de todos que esto equivale a exacerbar a todos hasta el extremo de que renuncia a la economía, y de que los demás amenazan con retirarse y salir de la Congregación. ¿Qué clase de lenguaje es ese? ¿Hablan ustedes como sacerdotes y misioneros? ¿Dónde está la humildad, la sumisión, la abnegación de sí mismos, de su propio parecer y de su voluntad propia? ¿Es ese el fruto de tantas meditaciones, de tantas lecturas espirituales y de tantas misas?

Mis queridos hermanos, abran sus ojos y vean los pecados que han cometido:

1. Ustedes han resistido a la santísima voluntad de Dios, manifestada por quien ante ustedes ocupa su puesto;
2. Ustedes han afligido y contristado a su pobre padre que los ama más que a sus entrañas;

3. Ustedes han despreciado a su hermano y le han inferido notable injuria, ¿pues por quién será tenido él en adelante en la Congregación? Si yo siguiera sus puntos de vista él sería un hombre del todo desacreditado y marginado; y esto podría hacerlo salir de la Congregación;

4. Ustedes han hecho un grandísimo mal a la Congregación por el pernicioso ejemplo que han dado, de consecuencias peligrosas. Porque cuando el superior de la Congregación envíe a una casa un superior que no sea del gusto de un ecónomo o de cualquier otro, diría éste de inmediato que renuncia a la economía o amenaza con salirse. Finalmente, mis queridos hermanos, es ponerme un puñal en la garganta para forzarme a seguir sus inclinaciones; es hundírmelo hasta el corazón, pues me causa dolor muy sensible el comprobar tan poca virtud en ustedes, sabiendo, como les escribía, que era por poco tiempo.

Ojalá todas estas consideraciones los lleven a reconocer sus faltas, a humillarse a causa de ellas, a pedir perdón a Dios, a nunca más hacer cosas semejantes y a someterse de todo corazón a la adorabilísima voluntad de Dios que les es manifestada por quien ocupa su puesto.

De todo corazón soy, mis muy amados hermanos, enteramente suyo,

JUAN EUDES sacerdote misionero

32. Al Padre Manchon, superior de Ruan, sobre la conducta que debe observarse con los jansenistas

10 de febrero de 1659

Mi muy querido hermano,

Recibí de París dos cartas el mismo día, de dos personas notables, amigos nuestros.

La una me escribe que, encontrándose en una reunión muy célebre, dos hombres de buena posición, dijeron que refiriéndose a nosotros el obispo de Ruan hizo publicar su documento sobre la paz, como queriendo decir que nosotros nos embarcamos en celos indiscretos y en arranques demasiado violentos contra el partido jansenista.

La otra me escribe lo siguiente: le digo con sencillez que, encontrándome en una casa muy conocida de París, se me quejaron de que, a partir de cierto tiempo, ha sido notoria en Ruan cierta facilidad extraordinaria en la comunicación de unos de los suyos con algunos que con razón están demasiado convencidos de compromiso con el partido; y especialmente el que dirige la casa, cuya virtud me es bastante conocida, pero, por falta quizás de valor y de vigor para oponerse abiertamente a esas personas, sería capaz, sin proponérselo, de causar un notable perjuicio a su seminario, e impedir todo el bien que podría hacer, e incluso alejar a los candidatos que podrían ingresar a él, los cuales atribuirían esta conducta al que tiene el cuidado universal de la Congregación.

Esto es lo que me han escrito, y nos debe enseñar a vigilar nuestra conducta. No conozco mejor medio que

andar por nuestro gran camino, sin mezclarnos en nada, sino observando los mandamientos de Dios y de la Iglesia y las reglas de nuestra profesión, y exhortando a todos, en nuestros diálogos particulares y en nuestras predicaciones y exhortaciones a hacer lo mismo, evitando, en cuanto nos sea posible, hablar de cuestiones que están en el ambiente, sea las que conciernen a la fe, sea las que tienen que ver con la moral, especialmente en la predicación.

Mi muy querido hermano, le ruego también: 1. Rehuir en cuanto posible el contacto con todos los que militan en esa reprobable conducta: ***sus discursos se propagan como gangrena*** (2 Tm 2, 17), y además nos haría aparecer como sospechosos lo que nos acarrearía mucho daño; 2. Testimoniar siempre a los reverendos Padres Jesuitas y a todos los religiosos, toda la caridad y amistad posibles.

33. Al Padre Dupont, superior del seminario de Coutances sobre la apertura del seminario de Ruan *Febrero de 1659*

Luego de muchas dificultades y obstáculos, no solo de parte del mundo, sino incluso de parte de nuestros amigos, finalmente el seminario de Ruan, fue abierto el domingo pasado, en la octava de la fiesta del santísimo Corazón de nuestra muy buena Madre, con gran solemnidad y enorme regocijo de todos nuestros hermanos y de todos nuestros amigos, que, luego de haberse dividido a causa de este asunto, se reunieron

nuevamente de forma admirable, como me lo ha escrito el Padre Manchon, de modo que todo ha vuelto actualmente a la paz. Ayúdenos a dar gracias por ello a Nuestro Señor y a su santísima Madre, a todos los ángeles y los santos, y ruegue a Dios que perdone a los que se han opuesto, que bendiga a los que han contribuido a esta obra, especialmente al señor de la Boissiêre, a quien, después de Dios y de nuestros amigos del cielo, debemos gratitud por este asunto, pues trabajó en él durante nueve meses con celo, paciencia y perseverancia maravillosas.

**34. Al Padre Manchon, superior de Ruan
sobre sus dificultades
*¿1659?***

Puesto que Dios lo escogió para fundar un seminario tan importante como el de Ruan, usted debe considerar las dificultades y contrariedades como don preciosísimo de su divina bondad, agradecerse como por favor inestimable, pues es señal que él sabrá sacar de aquí grandes frutos.

Si yo lo viera rodeado de prosperidad y de satisfacción, temería mucho por usted y por la obra que tiene entre manos; pero al verlo agobiado de cruces y persecuciones, me regocijo y doy gracias a Nuestro Señor de hacerlo seguir por el camino que él siguió y porque quiere fundamentar su casa sobre los mismos fundamentos en los que él estableció a su Iglesia.

Escuchemos, mi queridísimo hermano, escuchemos al Espíritu Santo que nos dice: ***Fijos los ojos en el que inició y consumó la fe, Jesús, el cual, por la dicha que le esperaba, sufrió la cruz, despreciada la humillación... Piensen en aquel que soportó tal oposición por parte de los pecadores, y no se desalienten pues todavía no han tenido que resistir hasta derramar su sangre*** (He 12, 2-4).

Finalmente, mi querido hermano, *no desmaye en su fe en Dios y entréguese totalmente a él*. Son palabras de san Agustín a las que añado éstas de la Iglesia: ***Encomienda a Dios tus afanes y él te sostendrá*** (Sal 55, 23). Abandonémonos a su divina voluntad, con plena y entera resignación, y tengamos gran confianza en su infinita bondad y en la caridad incomparable de nuestra amadísima Madre, la santa Virgen.

**35. Al Padre Manchon, superior de Ruan
sobre la pobreza de su seminario
1659**

Sé valiente y tu corazón se fortalecerá; espera en el Señor. Él dijo: no te dejaré ni te abandonaré (Sal 27, 14; He 12, 5). Él es fiel en sus promesas y en sus palabras y ha dicho: ***El cielo y la tierra pasarán, pero sus palabras no pasarán*** (Mt 24, 35); ***Encomendemos a Dios nuestras preocupaciones y depositemos en él todas nuestras ansiedades, porque él se ocupa de nosotros*** (cf 1 Pe 5, 7).

Nuestro Señor y su santísima Madre, que habían predicho el establecimiento de Ruan desde mucho antes,

y que lo han realizado de manera maravillosa, no abandonarán su obra. No han dado una casa a sus hijos para vivir en ella sin tener el designio de darles con qué alimentarse; pero quieren darnos la ocasión de ejercitarnos en la paciencia, la sumisión a su muy adorable voluntad, en el amor de la pobreza y en la confianza en su inmensa bondad.

Mi queridísimo hermano, nos toca cuidarnos muy bien de no perder esta confianza que el Espíritu Santo nos recomienda tanto en las divinas Escrituras; ella es muy del agrado de su divina Majestad, y, en cambio, la desconfianza le ata las manos y le impide realizar los efectos de su santa generosidad.

Finalmente, Dios no falta nunca en la necesidad, pero quiere que le pidamos con confianza y perseverancia. Háganle entonces una novena con esta intención.

36. Al mismo en otra ocasión

1659

Pienso de continuo en las necesidades de su casa, pero no puedo dudar de que nuestro amadísimo Padre y nuestra Madre admirable manifestarán su bondad en esta apremiante necesidad. No, no, no, mi queridísimo hermano, ellos no abandonarán a sus pobres hijos aunque sean muy indignos y faltos de fidelidad; primero se derrumbarían el cielo y la tierra. En qué quedaría aquella divina palabra: ***El alimenta a todo viviente***

porque es bueno, porque es eterna su misericordia (Sal 136, 25)

¿Aquel que enriquece de bienes a tantos turcos, blasfemos, impíos y ateos, abandonaría a sus propios y verdaderos hijos? ¡Es imposible! ¡Imposible! Solo podemos temer una sola cosa en demasía: no tener suficiente confianza.

La necesidad es urgente pero espero que el socorro no esté lejano. Por mi parte, no omito ningún esfuerzo ni diligencia, en cuanto me es posible hacer razonablemente en este asunto, pero, gracias a Dios, sin angustia, sin inquietud y sin apoyarme en todo lo que hago. Haga usted lo mismo de su parte.

Sobre todo, le ruego ser exigente en que Dios sea bien servido y bendecido, mediante la fiel y exacta obediencia a todas las órdenes y reglas de la Congregación y a todo lo que ha querido Dios inspirarme establecer en ella. Sepa, mi queridísimo hermano, que practicando todo esto y haciéndolo practicar en cuanto sea posible, usted hará algo muy del agrado de Nuestro Señor y de su santísima Madre, y atraerá su santa bendición sobre nosotros y sobre nuestra comunidad. ***Encomienda a Dios tus preocupaciones y él te alimentará*** (Sal 55, 23).

37. Al ecónomo del seminario de Ruan

1659

Si considerara yo humanamente todo lo que me escribe sobre las necesidades de su casa de Ruan me

llenaría de pesar; pero lo miro en el orden de Dios, que todo lo dispone de la mejor manera. Su conducta ordinaria está en fundar sus obras en la pequeñez, la insignificancia, la pobreza, y la nada. ***Eligió Dios lo despreciable y lo que no cuenta para confundir a los fuertes en su fortaleza*** (1 Cor 1, 28).

Esto no impide sin embargo en que debamos hacer todo lo que esté de nuestra parte pues así lo quiere él. Pero cuidemos bien de perder la confianza y dejarnos llevar de la desconfianza, pues ata sus manos a la divina Bondad. *Depositemos nuestra fortaleza en el Señor, en la fuerza de su poder y en la inmensidad de su bondad.* Si tiene cuidado de los cabellos de nuestra cabeza, cuanto más lo hará de cosas más importantes. Tengamos el esmero solamente de agradarle, de cumplir fielmente lo que él pide de nosotros, y él cuidará de todo lo que nos es necesario y conveniente.

38. Al Padre Blouet de Camilly sobre la misión de Vasteville

Vasteville, 9 de julio de 1659

No serían suficientes treinta misioneros en este momento, pues viene tanta gente de todos los lados a las predicaciones que, sintiéndose conmovidos poderosamente, están en ocasiones hasta ocho días en torno a los confesores en espera de ser confesados. Finalmente, la bendición de Dios es muy abundante en esta misión.

39. Al Padre Blouet de Camilly en París, sobre el éxito de la misión de Vasteville, en la diócesis de Coutances

Vasteville, 23 de julio de 1659

No tengo palabras para expresarle las bendiciones que Dios concede a esta misión. Ciertamente es algo prodigioso.

Hace días que no predico en la iglesia, porque, aunque es muy grande, resulta sin embargo demasiado insuficiente para la ocasión. Puedo decir con verdad que los domingos tenemos más de quince mil personas.

Hay doce confesores, pero sin exageración, cincuenta tendrían buen trabajo. Llegan gente de ocho y diez leguas, tan conmovidos de corazón, que no se ven sino llantos, que no se escuchan sino gemidos de los pobres penitentes, hombres y mujeres. Los frutos que los confesores ven en el tribunal son maravillosos. Pero lo que nos contrista es que no alcanzamos a confesar sino una cuarta parte. Estamos abrumados. Los misioneros encuentran a algunos que pasan ocho días de espera, sin poderse confesar, y que se arrojan a sus rodillas donde los encuentran, rogándoles con lágrimas y las manos juntas, que los escuchen. Y todo esto pasa cuando ya estamos en la sexta semana de misión.

¡Qué bien inmenso son las misiones! ¡Cuán necesarias son! ¡Qué mal tan grande es oponerse a ellas! ¡Si los que nos han impedido hacer algunas supieran el mal tan grande que han hecho! ***Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.***

Oremos, mi muy querido hermano, al Señor de la mies que envíe a ella obreros, y digámosle a menudo de

todo corazón: ***Señor de la mies, envía obreros a tu mies.***
¿Qué hacen en París tantos doctores y tantos bachilleres, mientras las almas perecen a millares, por falta de personas que les tiendan la mano para retirarlas de la perdición y preservarlas del fuego eterno? Ciertamente, si me dejara llevar de mí mismo, me iría a París a gritar en La Sorbona y en los otros colegios: ¡Fuego, fuego, fuego del infierno que consume todo el universo! Vengan, señores doctores, vengan señores bachilleres, vengan todos, señores eclesiásticos, para ayudar a apagarlo.

40. A un miembro de la Congregación sobre la utilidad de las misiones

¿1659?

Nunca he gozado de consuelos más sensibles que los que experimento aquí. Veo una multitud prodigiosa de gente que viene al sermón y que asedia nuestros confesonarios. ¡Ah! Si los sacerdotes y los eclesiásticos que pierden su tiempo y entierran sus talentos hubieran disfrutado una migaja de estas dulzuras y de estos consuelos, estoy seguro de que se apresurarían a trabajar en las misiones y vendrían a ayudarnos.

41. Al Padre Blouet en París sobre la misión de Villedieu *Otoño de 1659*

Estamos aquí más apretujados de gente que en Vasteville. Tenemos catorce confesores pero ciertamente cincuenta no darían abasto. Vemos gran cantidad de pobres gentes, que vienen desde tres o cuatro leguas, a pesar del mal estado de los caminos. Piden llorando que se les escuche en confesión y pasan seis u ocho días sin haber podido ser escuchados, pues es tanto el gentío, y pasan la noche tirados en la plaza de mercado y en las galerías a pesar el tiempo que hace. Todo esto hace estremecer el corazón de compasión. ***Roguemos al Señor de la mies que envíe obreros a su mies*** (Mt 9, 38).

42. Al Padre Blouet de Camilly sobre la curación del señor de Langrie *1659*

Que Jesús sea eternamente bendecido por la mejoría de nuestro muy querido señor de Langrie.

Su carta de hoy me ha devuelto la vida. Ciertamente no hemos depositado nuestra seguridad y nuestra confianza en la criatura. No, Dios nos preserve de hacerlo. ¿Pero cómo no sentir la pérdida de tan bueno y cordial amigo que Dios ha tenido a bien darnos? Sin embargo, cuando él quiera privarnos de él, y de todos los otros, nos esforzaremos por decir tan sinceramente como nos sea posible: ***El Señor nos lo dio; el Señor nos lo quitó; que***

se haga como al Señor le plazca; sea bendito su Nombre
(Job 1, 21).

Por favor asegúrele que oramos a Dios por él, pero que no pedimos cosa distinta de que su muy adorable voluntad se cumpla en él.

**43. Al Padre Blouet de Camilly, a propósito del plano
de la capilla de Caen, diseñado por los cuidados
del Padre Mannoury**
1659

Si el Padre Mannoury ha puesto algo en su dibujo que sea superfluo y que vaya en contra de la sencillez yo lo suprimiré totalmente, con la ayuda de Dios. Soy enemigo jurado de todo lo que es contrario a esta virtud y no aceptaría sino lo que sea necesario y sin adornos.

**44. Al Padre Blouet en París, sobre la conducta
edificante de los Ordenandos en el seminario de Ruan**
Ruan, 15 de diciembre de 1659

Es cierto que nuestro amado Dios nos da grandes bendiciones llevado de su infinita misericordia, y que así manifiesta que él es el autor y el fundador, el superior y el protector de nuestra pequeña Congregación. ¡Sea por ello bendito por siempre!

Estamos cerca de cien personas en esta casa, entre las que se cuentan muchos ordenandos y varios pensionados o seminaristas. Esto nos da gran satisfacción

debido a la gracia de Nuestro Señor, pues en su mayoría son dóciles y modestos. Los ordenandos saldrán mañana; les hice una exhortación todos los días. Espero que por ello Dios sea glorificado.

45. Al Padre Blouet de Camilly sobre las calumnias de que fue objeto el Padre Eudes en 1659

Ruan, 17 de diciembre de 1659

Los mastines de este país no han ladrado ni mordido, que yo sepa, al perrito blanco orejinegro. Pero en Caen ha sido mordido y es destrozado, y tasajeado por la causa que usted conoce⁷. Su dueño sabrá defenderlo como bien le plazca. Si le place ver que es maltratado y devorado, ¡fiat, fiat! Sin embargo espero que él defenderá a su perrito y le dará fuerzas para morder, degollar y dar muerte a los enemigos de su Dueño, que son los pecados de los hombres.

46. Al Padre Dupont sobre la cruz que soporta

4 de marzo de 1660

Mi querido hermano, me llueven cruces de todos los lados; si mi amado Dios no me sostuviera estaría aplastado. Desde hace poco llevo las más pesadas y sensibles que haya tenido en mi vida.

⁷ El P. Eudes alude a las calumnias de que fue objeto en las calles de Caen por los seguidores de J. de Bernières, luego de su muerte el 3 de mayo de 1659.

**47. Al Padre Blouet de Camilly sobre el comportamiento
de los ordenandos del seminario de Ruan durante la
ordenación de cuaresma de 1660**

31 de marzo de 1660

Nuestros ordenandos nos han proporcionado inmensa satisfacción; eran ciento veinte. Dios nos otorgó una bendición del todo extraordinaria. El señor arzobispo dio orden de que los lleváramos procesionalmente el sábado para la ordenación que tuvo lugar en la iglesia de Nuestra Señora. Allí les confirió las sagradas órdenes. Regresaron luego como habían ido pero con tanta modestia, piedad y recogimiento, al ir y volver, y durante el tiempo de la ordenación, que todos han estado de acuerdo en que no es posible ver cosa semejante en los religiosos más estrictos. Todos cuantos vieron esto quedaron muy edificadas, y el señor arzobispo manifiesta tanta satisfacción que no le basta decirlo y repetirlo a todo el mundo dondequiera que va sino que hace público el regocijo que le brinda su seminario. Dé muchas gracias al Señor y a su santísima Madre por ello y comuníquelo a nuestros queridísimos hermanos, a los que abrazo con todo mi corazón.

**48. A un sacerdote de la Congregación de
Jesús y María sobre el Padre Paillot
*¿1660?***

Este venerable sacerdote es nuestro cordial amigo, o mejor, nuestro muy querido hermano, al que amamos y

miramos como a uno de los nuestros, como si fuera de nuestra Congregación, pues la ama verdaderamente, como el que más entre nosotros. Desde hace varios años ha trabajado en todas nuestras misiones con grandes bendiciones y muchos frutos, pues Dios le ha dado verdadero espíritu misionero y todas las cualidades requeridas para desempeñarse en ellas con perfección.

49. Al Padre Dupont, superior del seminario de Coutances, sobre la conducta que debe seguir respecto del seminario de Valognes, que pasaba por estar infectado de jansenismo

París, 25 de septiembre de de 1660

Tuve conocimiento de que un joven, enviado por su padre a Coutances donde nosotros, para pedir a Dios su vocación, habiendo deseado ir a Valognes para estudiar allí la teología, escribió a su padre que existe gran amistad entre ese seminario y el de Coutances, y que usted le aseguró que no corre ningún peligro. Esto sorprendió vivamente a su padre a causa de lo que se dice del seminario de Valognes.

Si usted dio ese consejo, de seguro lo hizo honradamente, e ignora qué reputación tiene ese seminario, pues aquí, en opinión de la Reina, de La Sorbona, y de varios otros, pasa por estar contaminado de jansenismo. Todo esto nos puede causar mucho daño y hacernos aparecer por lo que no somos, gracias a Dios.

Le ruego por tanto, mi muy querido hermano, reparare lo mejor que pueda, y le pido terminantemente comentar con nadie que yo le escribí.

50. Al Padre Dupont, sobre La Ermita de Caen

¿27 de noviembre de 1660?

Usted hizo muy bien en no recibirlos en nuestra casa⁸, pues nuestros bienhechores hacen circular aquí, secretamente, un impreso que afirma maliciosamente que yo era el director de la Ermita, y otros andan diciendo que los que hicieron locuras en las calles de Caen y en otros lugares eran de los nuestros... La fuente de semejantes engaños es la vanidad, pues cuando ella ha entrado una vez en la mente, no sale de ella sino difícil y raramente. Es lo que una persona piadosa dijo varias veces a Juan de Bernières que cuantas almas él iniciaba en la vía de la oración pasiva (pues sólo Dios las introduce en ella) él las ponía en el camino del infierno.

51. A los Padres de la Congregación sobre su forzada permanencia en París

¿1660?

Les aseguro que si prestara atención a mis inclinaciones naturales me aburriría extremadamente en París, y hace tiempo me hubiera ido. Pero la divina Voluntad me retiene aquí, y no tengo ni pies ni manos

⁸ Algunos miembros del grupo reunido por J. de Bernières en su Ermita, que luego de la muerte del maestro quisieron entrar a Coutances.

para defenderme de ella. Por el contrario, me dejo atar a sus muy amorosas manos, y sus cadenas me son tan deliciosas que encuentro todo mi contento y mi paraíso en mi cautividad. Mi hermano muy querido, ¡bienaventurada el alma que se desprende de todo y que solo se ata a la amabilísima Voluntad de su Dios!

**52. Al Padre Dupont, superior del seminario de
Coutances, sobre la práctica de la obediencia
*¿1662?***

El Padre Bernard hará dentro de poco un viaje a Coutances, pero a mi pesar será por breve tiempo, pues debe regresar a Lisieux, ya que no tengo al presente a nadie para reemplazarlo. Esto dará a usted una bella ocasión de practicar la obediencia...

En días pasados vi a la madre superiora de las religiosas de la Visitación de esta ciudad de Caen, quien vino hace poco desde Toulouse, o sea, un viaje de 250 leguas. Me dijo que el motivo principal que la llevó a aceptar con agrado esta cruz y todas las fatigas e incomodidades de semejante viaje ha sido el pensamiento de que tal vez nunca tendría otra ocasión tan hermosa de practicar la obediencia. ¡Oh, el ejemplo que da esta mujer hará avergonzarse, en el día del juicio, a cantidad de eclesiásticos que deben tener todas las virtudes en grado mayor que las religiosas!

**53. Al Padre Dupont, superior del seminario de
Coutances, sobre las quejas recibidas de su parte**
Hacia 1660

Usted no tiene motivo para quejarse, mi muy querido hermano, ni de decir que se le alimenta con hiel. Estas palabras son muy amargas para el corazón de quien se esfuerza en todo por guardar la hiel para sí mismo y dar a los otros la miel.

**54. A los sacerdotes del seminario de Caen. Refiere lo
que dijo a la Reina Madre en un sermón predicado
donde las Benedictinas del Santísimo Sacramento de
París el 8 de febrero de 1661, día en que celebraban la
fiesta del santo Corazón de María**
París, 17 de febrero de 1661

La Reina llegó al final de mi sermón. Le dije muchas cosas respecto al incendio que consumió parte del palacio del Louvre. Comencé a hablarle así:

Señora, no tengo cosa distinta para decir a su majestad que suplicarle humildemente, ya que la divina Majestad la ha traído a este lugar, que no olvide nunca la vigorosa predicación que Dios ha dirigido a usted y al rey, con este incendio del Louvre. Usted sabe que para el cristiano no existen cosas fortuitas pues todo sucede por la Providencia y disposición de Dios. Este incendio es por tanto efecto de su querer y quiere decir varias cosas:

1. Que no se debe trabajar ni el domingo ni en los días de fiesta;

2. Dice además que está permitido a los reyes construir palacios como el Louvre, pero Dios les manda dar alivio a sus súbditos, tener compasión de tantas viudas, de tantos huérfanos, y de tanta gente agobiada de miserias;
3. Que está permitido a los príncipes y a los reyes disfrutar de algunas diversiones honestas, pero que emplear en ellas todos los días, y semanas y meses y años y toda la vida, no es seguir el camino que lleva al paraíso.
4. Que París está lleno de ateos que ponen a Dios bajo sus pies, y que hacen actos de los que los diablos tienen horror; y que, si sus majestades tenían conocimiento de esto y no empleaban el poder real para castigar crímenes tan horribles, se harían responsables ante Dios y atraerían venganza y maldiciones sobre sus cabezas;;
5. Que si el fuego temporal no perdonó la casa del rey, el fuego eterno no perdonará ni a príncipes ni a princesas, ni a reyes ni a reinas, si no viven como cristianos, si no tienen compasión de sus vasallos; y que si este fuego material no había respetado sus retratos y las pinturas de los reyes, que estaban guardados en el lugar consumido por el fuego, el fuego de la ira de Dios no perdonaría los originales, si no empleaban su autoridad para destruir la tiranía del diablo y del pecado y para establecer el reino de Dios en las almas de sus súbditos:
6. Que al decir estas cosas no me movía otro interés que el de mi Señor y mi Dios, y el de la salvación de mi rey y de mi reina, por quienes estaba dispuesto a dar mil veces la vida.
7. Que es muy lamentable ver a los grandes de este mundo asediados de una tropa de aduladores que los envenenan con sus elogios y los pierden, de modo que

nadie les dice casi nunca la verdad. Que los predicadores serían criminales ante Dios si mantuvieran la verdad cautiva en la injusticia, y que yo me consideraría reo de condenación si callara estas cosas a su majestad.

Finalmente le supliqué que no recibiera mis palabras como las de un hombre mezquino y miserable pecador, sino que las recibiera como palabras de Dios, ya que por el lugar en que me encontraba y por ocupar el puesto de Dios, yo podía exclamar con san Pablo y con todos los que tienen el honor de anunciar la santa Palabra de Dios: ·"Nosotros actuamos como enviados de Jesucristo" (2 Co 5, 20). Desempeño aquí el oficio de Embajador de Jesucristo, para anunciar la palabra del Rey de reyes a una gran Reina, y que le rogaba lo tomara así.

Concluí rogando a las Religiosas y a los asistentes, pues la iglesia rebosaba de fieles, que elevaran sus oraciones a Nuestro Señor y a su santísima Madre, para obtener de la divina Majestad las gracias necesarias a nuestro Rey muy cristiano, y a nuestras Reinas, para reconocer tantos beneficios y bendiciones como el cielo había derramado sobre sus personas reales, y para que emplearan su autoridad en derrocar la tiranía del infierno y establecer el reino de Dios en las almas de sus súbditos.

Esto fue, casi palabra por palabra, lo que le dije. Lo escribo para que ustedes y nuestros amigos conozcan la verdad.

Supe después, por varias personas que la acompañaban y que salieron con ella, que la reina recibió muy bien mis palabras, y que cuando algunos aduladores quisieron criticar algo les había tapado la boca sin contemplaciones.

El obispo de Coutances, que vive en la corte y está al tanto de lo que allí pasa, me ha testimoniado su mucha satisfacción; y cantidad de otras personas de categoría han venido a visitarme para expresarme los sentimientos de gozo que las animaban.

Quiera Dios bendecirlo todo y darnos la gracia de no buscar jamás cosa distinta de agradarle y de hacer y decir lo que El pide de nosotros.

55. Al Padre Dupont, superior del seminario de Coutances, quien pretendía que no era voluntad de Dios que él permaneciera en ese cargo

*J. M. J.
1661*

Paz a los hombres de buena voluntad, es decir, paz a los hombres que han renunciado por entero a su propia voluntad y que no tienen otra distinta de la de Dios que les es manifestada por la santa obediencia.

Querido hermano, ¡es engaño grande decir que se está cierto de que Dios quiere de nosotros cosa distinta de la obediencia! Humillémonos, mi muy querido hermano, y no hagamos pasar nuestros inclinaciones y sentimientos por la voluntad de Dios, cuando son contrarios a la obediencia, sin la que es imposible agradar a su divina Majestad, especialmente en una Congregación de eclesiásticos que deben ser ejemplos de toda suerte de virtudes.

Usted sería muy dichoso si por la obediencia muriera en el cargo en que está. Pidamos a Nuestro Señor que nos haga partícipes de su divina obediencia que lo llevó a morir en la cruz, y, por nuestra parte, trabajemos por hacer morir nuestra propia voluntad, y seguir a nuestro amadísimo Padre, si queremos ser del número de sus hijos. Le suplico de todo corazón que nos conceda esta gracia. Sin embargo, puesto que usted me obliga a ello, muy pronto le quitaré la carga, con la ayuda de Dios, cueste lo que cueste.

Con toda verdad, soy de todo corazón, enteramente suyo,

JUAN EUDES, sacerdote misionero

56. Al Padre Hubert, durante una enfermedad

1661

Siento muy de corazón su enfermedad. Usted tiene una palúdica fiebre cuartana, y yo en el corazón tengo tres: la suya, la de nuestro hermano el Padre Jourdan, la del hermano André; y además las recurrentes fiebres tercianas de nuestro muy querido señor Blouet, y todos los males de nuestro muy querido Padre Le Mesle y los de todos nuestros demás hermanos.

**57. A los sacerdotes de la Congregación sobre la muerte
del señor Blouet, señor de Camilly, acaecida
el 18 de octubre de 1661**

1661

La divina Voluntad sea nuestro único consuelo en nuestras aflicciones. Ella lo hace todo con tanta sabiduría y bondad que nos basta contemplarla en todos los accidentes que nos llegan para ser consolados.

Confieso sin embargo que este consuelo no impide que, según mis sentimientos, sufra mucho el dolor del fallecimiento de nuestro amado señor de Camilly. Hemos perdido un muy sincero y fiel amigo.

Al hablar así me expreso muy humanamente diciendo que hemos perdido, porque, viéndolo bien, quien no pierde a Dios nada pierde. Además, no perdemos nuestros amigos cuando Dios lo llama a su lado; por el contrario, los poseemos mejor, y nos son más útiles en el cielo que en la tierra. Pero es preciso que les ayudemos a llegar allí pronto, pues sucede a menudo que se permanezca largo tiempo en camino.

Ruego a todos mis queridos hermanos que entreguemos a Dios lo que le debemos en este tiempo de aflicción, humillándonos bajo su poderosa mano, adorando su divina voluntad y sometiéndonos a ella de todo corazón, sacrificándole nuestra vida y la de todas las personas que nos son queridas, y sobre todo esforzándonos por estar en el estado en que quisiéramos hallarnos a la hora de la muerte y renovando para este fin el deseo de cumplir exactamente todas nuestras obligaciones.

**58. Al Padre Manchon sobre la muerte del Padre Le
Mesle, fallecido el 21 de octubre de 1661**

1661

Experimento mucho dolor por el fallecimiento de nuestro muy amado señor de Camilly, y más aún por el del Padre Le Mesle, uno de nuestros mejores hermanos, de los más útiles y afectos a la Congregación.

**59. A un Padre de la Congregación de Jesús y María,
sobre la muerte del Padre Pedro Jourdan, acaecida el 27
de diciembre de 1661**

Diciembre de 1681

La divina Voluntad sea en todo nuestra norma y nuestro único consuelo en las aflicciones.

Tengo una pena que me es muy sensible y que me ha causado dolor extraordinario. Se trata del fallecimiento de nuestro muy amado hermano el Padre Jourdan. Pero es justo, mi amadísimo hermano, que Dios sea el Señor y que su adorable voluntad se haga por encima de la nuestra. Si me dejara llevar de mis sentimientos, gritaría con dolor y lágrimas: *¿Es así como nos separa la amarga muerte?* (1 Sm 15, 32 según la Vulgata). Pero considerando la santísima, la muy sabia y bonísima voluntad de Dios, grito desde lo más profundo de mi corazón: *Así sea, Padre justo, así sea, óptimo Padre, porque así te ha parecido bien.*

60. Obediencia al Padre Sesseval, conocido como Damville, para ir a las misiones extranjeras

1661

Juan Eudes, sacerdote misionero, superior de la Congregación de Jesús y María, a quienes vean esta carta, salud.

Nuestro muy querido y amado hermano Pedro Sesseval, sacerdote misionero de nuestra Congregación, ha tenido conocimiento de que un número altísimo de almas se pierden en el reino de China, y en los reinos vecinos, por falta de obreros evangélicos que les tiendan la mano para sacarlos de la perdición y ponerlos en el camino de la salvación. Se ha sentido animado de un ardentísimo deseo de unirse a varios otros eclesiásticos que se disponen a viajar a esas regiones. Pero como no quiere hacer nada que esté fuera del ejercicio de una perfecta obediencia a los superiores que Dios le ha dado, nos ha suplicado que acojamos con agrado este deseo y le demos nuestra aprobación, consentimiento y permiso.

Nosotros, luego de haber encomendado cuidadosamente esto a Dios, y luego de haberlo dialogado con algunos de los principales de nuestra Congregación, con el deseo de cooperar a tan santa empresa, por la cual sacrificaríamos muy de corazón, mediante la divina gracia, cien mil vidas si las tuviéramos, hemos consentido y consentimos con mucho agrado, por la presente carta, que dicho Padre Sesseval cumpla su piadoso y loable deseo, conociendo como conocemos su piedad, prudencia, capacidad y varias otras virtudes y buenas cualidades que Dios le ha dado.

Sí, hermano muy querido, con todo nuestro corazón aprobamos la santa obra que emprendes por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Vete, pues, en el nombre de la santa Trinidad, para hacerla conocer y adorar donde aún no es conocida ni adorada.

Vete en nombre de Jesucristo, Hijo único de Dios, para aplicar a las almas el fruto de la sangre preciosa que él derramó por ellas.

Vete bajo la protección y el amparo de la divina Madre, para imprimir en los corazones el respeto y la veneración que ella merece. Te protejan y guíen san José, san Gabriel, tu ángel de la guarda, los santos apóstoles de los lugares a donde vayas para trabajar con ellos en la salvación de las almas perdidas y abandonadas.

Vete en nombre y de parte de nuestra pequeña Congregación para realizar en China y en los demás lugares a donde te conduzca la Providencia lo que ella quisiera realizar en todo el universo, derramando hasta la última gota de sangre, para destruir en él la tiranía de Satanás y establecer el reino de Dios.

Recuerda, empero, que en esta obra, eminentemente apostólica, te son dispensables gran pureza de intención para no buscar sino la gloria de Dios, profunda humildad y desconfianza de ti mismo, gran confianza en su infinita misericordia, sumisión total a su adorable voluntad y a los prelados que hacen sus veces, paciencia invencible en los trabajos y fatigas, celo ardiente por la salvación de las almas y cordialidad sincera hacia los demás eclesiásticos, en particular hacia los religiosos de la santa Compañía de Jesús, con los que

te pedimos con mucha insistencia que vivas siempre en perfecta unión y armonía. Medita a menudo en estas virtudes y pídelas con insistencia a Dios y esfuérzate por practicarlas con fidelidad.

Quiera la bondad de Dios concedértelas junto con las demás gracias que necesitas para cumplir perfectamente su santa voluntad y para comportarte en todo lugar como auténtico misionero de la Congregación de Jesús y María y como verdadero hijo de su amabilísimo corazón.

Que este adorable Jesús y esta divina María te den con este fin su santa bendición y que ella permanezca siempre en ti, que te preceda, te acompañe y te siga por doquiera y en todas las cosas.

Con este deseo pronunciamos sobre ti, en el nombre de Jesús y María, y con el amor sagrado de su muy caritativo corazón, estas palabras de la santa Iglesia: *Nos cum Prole pia benedicat Virgo Maria*. (Que te bendiga la Virgen María en unión de su divino Hijo).

61. Al Padre de Longueval, sacerdote del seminario de Ruan, sobre la satisfacción que el arzobispo manifiesta tener respecto de ese seminario

París, 10 de marzo de 1662

El señor arzobispo se hace lenguas por doquier respecto de los frutos del seminario de Ruan. Expresa la gran satisfacción que ha tenido acerca de la modestia y la piedad que aparecían visiblemente en los rostros de aquellos a quienes confirió las sagradas órdenes en Pontoise.

Esto me alegra grandemente al comprobar la bendición que Dios tiene a bien dar a los trabajos de mis muy amados hermanos. Sea por ello eternamente bendecido.

¡Ah, cómo es de agradable a Nuestro Señor y a su santísima Madre esta labor! ¡Cuánto contento da a los ángeles y a los santos! Son maravillosos los beneficios que la Iglesia recibe. ¡Cuántas almas se salvarán por este medio! ¡Cuanta gratitud debemos tener para con la divina Bondad porque, a pesar de nuestra indignidad, se ha dignado escogernos para tan santa tarea, que es la más necesaria, más digna y más provechosa entre todas las tareas que hay en la Iglesia de Dios!

Sean dichosos los que perseveren en tan santo ejercicio, que no escuchan los sentimientos de la naturaleza corrompida buscando sólo su propia satisfacción y en cambio renuncian al reposo que el amor propio desea tener, y se entregan a trabajar, a imitación de nuestro divino Maestro y por su amor; él no tuvo nunca reposo en este mundo, y puso todo su contento en hacer la santísima voluntad de su Padre. Dichosos sean quienes trabajen con él pues su trabajo terminará pronto y gozarán con él de reposo eterno. Y así: *No nos cansemos de hacer el bien que a su debido tiempo cosecharemos sin fatiga* (Ga 6, 9).

**62. Al Padre Faucon, conocido como de Santamaría,
sucesor del P. Manchon como superior del seminario de
Ruan, sobre la pobreza de su casa
*¿1663?***

Nuestro Señor nos hace pobres para darnos la gracia, de ser conformes a él, y para darnos ocasión de humillarnos y someternos a su santísima voluntad, y depositar en él toda nuestra confianza. Entreguémonos a él por entero, mi muy amado hermano, y a nuestra divina Madre. Ella nos dio la casa de Ruan. No pensemos que nos dio una casa para dejarnos morir de hambre. Es demasiado buena para que eso pase, y no carece de poder pues es todopoderosa en cielo y tierra. Recorra a ella, pero por su parte, no deje de aportar toda la diligencia que le sea posible.

63. Obediencia al Padre Avenel

J. M. J.

14 de noviembre de 1663

Nuestro muy querido hermano, el Padre Avenel, permanecerá en nuestra casa de Lisieux para encargarse allí de los cursos cuarto y quinto, según lo juzgue el superior.

*JUAN EUDES Sacerdote misionero de la
Congregación de Jesús y María*

64. Al Padre de la Haye de Bonnefond, sobre la misión de Gretteville, en la diócesis de Coutances

Otoño de 1664

Estamos haciendo una misión en el Cotentin, en Beauptois, parroquia de Gretteville, donde pasa sus vacaciones el Presidente de Francotot. Dios derrama sobre esta misión bendiciones del todo extraordinarias, pues aunque ha llovido casi de continuo desde que llegamos aquí, hace seis semanas, y las inundaciones son grandes, y los caminos en muy mal estado, tenemos mucha gente en las predicaciones y en los demás ejercicios de la misión. Hay mucha afluencia a los confesonarios y se ven allí muchas personas que vienen desde cuatro y cinco leguas, y pasan tres y cuatro días a los pies de los confesores, desde la mañana hasta la caída la tarde, sin comer ni beber, y tan arrepentidos que los que los escuchan en confesión no encuentran dificultad en hacerlos dejar sus malos hábitos y todas las ocasiones de pecado, y todos los demás obstáculos a la salvación. Dicen ellos que jamás han visto misión donde las gracias del cielo hayan sido tan abundantes, Esto nos debe animar mucho a trabajar por la salvación de tantas pobres almas que perecen todos los días. Ayúdenos, mi muy querido hermano, a bendecir a Nuestro Señor y a su santísima Madre, por todos los favores que dan a nuestra pequeña Congregación, pues son ciertamente muy grandes.

**65. A uno de sus hijos luego de una enfermedad,
sobre la sumisión a la divina Voluntad**
¿1665?

Ayúdeme a agradecer a Nuestro Señor y a su santa Madre por haberme librado de una gran enfermedad que solo duró ocho días –era una pleuresía- y a pedirle que me conceda entregarme a la divina Voluntad tan fuertemente que yo no emplee un solo momento de la vida que él me ha dado, sino en hacer en todo y por doquier lo que sea más de su agrado. Su sumisión a esta adorable Voluntad me ha edificado y consolado mucho. Permanezca firme en esta santa disposición. Suplico a Nuestro Señor que la fortalezca y la haga crecer en usted cada vez más.

**66. A los Padres del seminario de Ruan, para
anunciarles el nombramiento de su nuevo superior,
el Padre Jacques de la Haye de Bonnefond**
1665

Luego de haber orado mucho a Dios para obtener la gracia de conocer su adorable voluntad en lo que respecta al superior que debía enviarles me ha parecido que no hay nadie más indicado que nuestro muy querido hermano el Padre de Bonnefond. Es muy virtuoso y piadoso, es muy prudente y ponderado, posee la ciencia, fue ecónomo, lo que lo preparó para ser superior. Por una parte no desea grandemente el cargo pero por otra manifiesta sumisión. Son dos señales de su idoneidad

para esa misión, pues es sabido que quien no sabe obedecer no es apto para gobernar. Por otra parte no adolece de enfermedad que le impida dar buen ejemplo. Así pues, goza de todas las cualidades requeridas a un superior, lo que es raro encontrar en una misma persona.

**67. Al Padre de la Haye de Bonnefond, superior
del seminario de Ruan, sobre la misión
de Châlons-sur-Marne**

Châlons, 22 de mayo de 1665

Esta misión empieza por donde otras terminan, es decir, con gran fervor. La iglesia, a pesar de que es muy grande, se llena siempre a la hora de nuestros sermones como si fuera Viernes Santo. Esperamos recoger grandes frutos que ya se dejan ver abundantes. Gracias a Dios, tengo tantas fuerzas para predicar como nunca las he tenido. Hasta el presente he predicado todos los días. Nuestros dos hermanos, los Padres Blouet y Yon, comienzan a darme alivio cuando doy las conferencias a muchos eclesiásticos y religiosos, pues el señor obispo de Châlons ha hecho venir a todas las Órdenes: agustinos, benedictinos, dominicos, franciscanos, jesuitas, etc.

**68. Al Padre de la Haye de Bonnefond, superior del
seminario de Ruan, sobre las precauciones que deben
tomarse ante la peste**

14 de septiembre de 1668

He esperado recibir noticias tuyas todos los días, mi muy querido hermano, pues me encuentro muy preocupado por usted y por todos los queridos hermanos, desde el mayor hasta el menor. Cada día oramos y celebramos misas por ustedes; escribí a todas nuestras casas para se haga lo mismo, a fin de ponerlos bajo la protección de la santísima Virgen.

Le ruego que haga una novena de misas en honor de su Corazón maternal y otro en honor de san Carlos para pedirle que nos haga de intercesor ante ese muy caritativo Corazón, no solamente para que usted goce de su protección sino primera y principalmente por todos aquellos que se encuentran en angustia y en el peligro de la peste.

Ruego igualmente a todos nuestros queridos hermanos que rindan a Dios, en esta ocasión, todo el honor que le debemos y que saquen de ella todo el provecho que nos pide:

1. Adorar su divina justicia y humillarnos a la vista de nuestros pecados y en nombre de todo el pueblo;
2. Darle gracias por esta aflicción, viendo en ella un efecto no solo de su justicia sino, más aún, de su misericordia que nos castiga para corregirnos y salvarnos, y no para perdernos;
3. Adorar la divina Voluntad en sus designios sobre nosotros y abandonarnos por entero a ella a fin de que

haga de nosotros lo que le plazca y le sea más agradable. Es claro que esta peste es el efecto de nuestros pecados. Que por consiguiente cada uno de nosotros se examine cuidadosamente para reconocer aquellos mediante los cuales ha contribuido a esto, para humillarse y corregirse, procurando ponernos en el estado en que quisiéramos hallarnos en la hora de la muerte, pues cuando se está enfermo no hay tiempo para prepararse.

4. Adorar a Nuestro Señor Jesucristo en su cruz y en el amor infinito con el que padeció tantos sufrimientos; y ofrecernos a él para sufrir todas las cruces que le plazca darnos, en acción de gracias por las suyas.

5. Ofrecerle todos los afligidos y suplicarle que les conceda la gracia de hacer buen uso de sus penalidades.

6. Encomendarlos a aquella que se llama *Consuelo de los afligidos*.

7. Entregarse al amor inmenso por el que nuestro muy amable Salvador tomó sobre sí todos los pecados del mundo y se ofreció a su Padre para hacer satisfacción de ellos; que seamos inmolados en calidad de víctimas a la divina justicia por los pecados de nuestros hermanos y de nuestras hermanas y por los nuestros, y para asistir a los apestados, si es ese su beneplácito, en unión de la caridad que lo hizo venir a la tierra para servir y socorrer a los apestados, es decir, a los pecadores.

Finalmente rogar a nuestra divina Madre, a nuestros ángeles y a nuestros santos para que ellos hagan todo esto por nosotros.

**69. Al superior de Ruan para pedirle que
le envíe al Padre Vaguel**

Adviento de 1670

Le pido al Padre Vaguel no por acto de autoridad ni como superior, sino rogándole como un hermano. Le suplico que nos lo preste por poco tiempo, o mejor, que se lo dé a Nuestro Señor y a su santísima Madre. Espero que usted no les niegue esto.

**70. Al Padre de Bonnefond, superior del seminario de
Caen, sobre el registro de las letras patentes obtenidas
con miras a una fundación en París**

Primavera de 1672

Todavía no hemos presentado nuestras letras patentes al Parlamento. Preparamos los medios para coronar con éxito este proyecto. Lo esperamos como gracia del cielo. Haga orar a Dios para encomendarle este asunto. Pienso que lo emprenderemos la semana próxima. Quisiera que con este fin fueran a Nuestra Señora de la Délivrande. *Me rodearon multitud de perros*, pero toda mi confianza, después de Dios, está en nuestra muy poderosa y muy amada Madre. Pase lo que pase, con la ayuda de Dios, estaré siempre contento, y saldré ganando, pues no quiero otra dicha ni otro provecho que el de mi Dios.

71. Al Padre de Bonnefond, sobre el mismo asunto

Julio de 1672

El Parlamento ha emitido un decreto pero los magistrados piden tantas cosas que me desanimo mucho. Estoy casi para abandonar este asunto; me queda la duda sin embargo de si es la voluntad de Dios que sigamos insistiendo. Haga que se ore por esta intención.

72. A los sacerdotes de la Congregación de Jesús y María sobre el establecimiento de la fiesta del divino Corazón de Jesús

J. M. J

París, 29 de julio de 1672

Mis muy queridos y muy amados hermanos,

Nuestro muy amado Salvador nos ha concedido la gracia inexplicable de darnos en nuestra Congregación el Corazón admirable de su santísima Madre. Pero su bondad que no conoce límites no se ha detenido allí, y ha pasado adelante, al darnos su propio Corazón para ser, con el Corazón de su gloriosa Madre, el fundador, el superior, el principio y el fin, el corazón y la vida de esta Congregación.

Nos ha otorgado este gran regalo desde el nacimiento de la Congregación, pues, si hasta el presente, no hemos celebrado una fiesta propia y particular del Corazón adorable de Jesús, jamás hemos tenido la

intención de separar estos dos corazones que Dios ha unido tan estrechamente, como son el Corazón muy augusto del Hijo de Dios y el de su bendita Madre. Al contrario, nuestro designio ha sido siempre, desde los comienzos de nuestra Congregación, contemplar y honrar estos dos amables Corazones como un mismo Corazón, en unidad de espíritu, de sentimiento y de afecto, como aparece de manera muy clara en la Salutación (*Ave Cor*) que a diario dirigimos al divino Corazón de Jesús y de María, como también en la oración y en varios lugares del Oficio y de la Misa que celebramos en la fiesta del Corazón sagrado de la misma Virgen.

Pero la divina Providencia que conduce todo maravillosa sabiduría, ha querido que la fiesta del Corazón de la Madre precediera la fiesta del Corazón de Jesús, para preparar los caminos en los corazones de los fieles a la veneración de este Corazón adorable, y para disponerlos a obtener del cielo la gracia de esta segunda fiesta, merced a la gran devoción con la cual han celebrado la primera. Si bien esta fiesta ha sido combatida inicialmente por la mentalidad del mundo, que no ahorra ocasión para oponerse a todo lo que procede del espíritu de Dios, sin embargo, apenas comenzó a aparecer a los ojos de los que hacen profesión de honrar particularmente a la santísima Madre de Dios, la consideraron con gozo, la abrazaron con ardor y la han celebrado desde hace varios años con mucho fervor; y hoy es solemnizada en toda Francia y en varias órdenes y congregaciones religiosas, con tantas bendiciones, que hay motivo para esperar que un día se celebrará solemnemente en todo el universo.

Esta ardiente devoción de los auténticos hijos del Corazón de la Madre de amor, la obligó a obtener de su Hijo amadísimo el señalado favor de dar a su Iglesia la fiesta del Corazón de su Rey, que será una nueva fuente de infinidad de bendiciones para los que se dispongan a celebrarla santamente.

¿Quién no lo haría? ¿Es posible encontrar una solemnidad más digna, más santa, más excelente que ésta? Ella es el principio de cuanto hay de grande, de santo y de venerable en todas las demás solemnidades. ¿Habrá un corazón más adorable, más admirable y más amable que el Corazón de este Hombre-Dios que se llama Jesús? ¿Qué honor merece ese Corazón divino que por siempre ha tributado y tributará a Dios más gloria y amor, en cada momento, que todos los corazones de los hombres y de los ángeles le puedan tributar por toda la eternidad? Cuánto celo debemos tener en honrar este Corazón augusto que es la fuente de nuestra salvación, que es el origen de todas las alegrías del cielo y de la tierra, que es hoguera inmensa de amor hacia nosotros, y que no sueña, día y noche, sino en hacernos infinidad de bienes, y que, finalmente, está traspasado de dolor por nosotros en la cruz, como el Hijo de Dios y su santísima Madre lo han declarado a santa Brígida, según refiere el excelente doctor Bail.

Si se objeta que esta devoción es una novedad, responderé que las novedades en las cosas de la fe son muy perniciosas, pero que son muy buenas en lo que se refiere a la piedad. De otra manera, habría que reprobar todas las fiestas que se hacen en la Iglesia, que fueron nuevas cuando se empezó a celebrarlas, especialmente

las que han sido establecidas últimamente, como la fiesta del Santísimo Sacramento, del santo Nombre de Jesús, de la Inmaculada Concepción de la santa Virgen, del santo Nombre de María, de sus grandezas, de Nuestra Señora de la Misericordia, de la Expectación, de Nuestra Señora de la Victoria en la diócesis de París, y de varias otras; y gran número de fiestas de santos que han sido añadidas al breviario romano. Si se dice que se basa en la autoridad de nuestro santo Padre el Papa, respondo, con san Francisco de Sales, y con grandísimo número de muy ilustres y sabios Prelados y de grandes Doctores, que cada Obispo, en su diócesis, especialmente en Francia, tiene el mismo poder en este campo que el que tiene el Soberano Pontífice en toda la Iglesia.

Reconozcamos pues, mis queridísimos hermanos, la gracia infinita y el favor incomprensible con que nuestro bondadosísimo Salvador honra a nuestra Congregación al darle su adorabilísimo Corazón junto al Corazón amabilísimo de su santa Madre. Son dos tesoros inestimables que encierran inmensidad de bienes celestiales y riquezas eternas, de las que la hace depositaria para difundirlas enseguida, mediante ella, en todos los corazones de los fieles.

Humillémonos infinitamente a la vista de nuestra grandísima indignidad ante semejantes favores. Entremos en profunda gratitud hacia la bondad inefable de nuestro benignísimo Salvador y hacia la caridad incomparable de su amadísima Madre que es también la nuestra. No nos cansemos de bendecirlos, alabarlos y glorificarlos, e invitemos a todos los santos y a todas las criaturas a que lo bendigan y le agradezcan con nosotros. Acojamos con

gozo exultante la solemnidad del divino Corazón de nuestro amabilísimo Jesús.

Les envío el Oficio y la Misa de la fiesta, aprobados por los señores Prelados; despleguemos todo el cuidado, la diligencia y el fervor posibles para celebrarla dignamente. Para ello:

1. Inviten a todos nuestros amigos y a todas las personas de devoción.
2. Si reciben oportunamente este paquete háganlo publicar; y si hay tiempo prediquen al respecto.
3. Ayunen la víspera de la fiesta.
4. Hagan comer a doce pobres en el comedor, en la víspera o la antevíspera.

La Octava no está impresa todavía, por eso no la envío.

Finalmente, los exhorto, mis muy queridos hermanos, a celebrar esta fiesta con toda la devoción y solemnidad posibles; escríbanme luego sobre lo que haya pasado. Ustedes alegrarán así extremadamente a aquel que les desea las más santas bendiciones de nuestro muy amado Salvador y de su amabilísima Madre, y que, es, en el amor sagrado de su divino Corazón, mis muy amados hermanos,

*Su indigno servidor, JUAN EUDES, sacerdote de
la Congregación de Jesús y María.*

73. Al Padre Mannoury, sobre la petición que hizo monseñor de Maupas, obispo de Everux, para que fuera su coadjutor

Septiembre de 1672

Esta noticia no me causado la más mínima perturbación, pues estoy persuadido de que, a pesar de lo que se dice, no sucederá lo que se proyecta, y si sucediera, sería de seguro porque Dios así lo ha querido. Dígalo claramente a monseñor de Evreux: no quiero ningún beneficio fuera del que mi Salvador Jesucristo escogió para sí, es decir, la cruz. Hasta ahora me han sobrevenido de todas las especies, y por la gracia de Dios, no he sucumbido bajo la carga. Frente a esta nueva cruz, con la cual se me amenaza, no siento ningún temor. Conozco a los hombres y estoy cierto de que ellos, de buena gana, se empeñarán en ahorrármela.

74. Carta al Padre de Bonnefond sobre el mismo punto

17 de septiembre de 1672

Le ruego mantenga muy en secreto el siguiente asunto: monseñor de Evreux quiere que esta nada grandísima sea su coadjutor. Ha consultado al respecto a varios obispos y doctores y a otras personas religiosas de alta piedad, y a sus dos vicarios generales, y todos lo han exhortado a ello... Ha escrito un *placet* para presentarlo al Rey, y ha escrito sobre el asunto al P. Ferrier (*Nota: Jesuita, confesor del rey*). Debe enviar el lunes al Padre du Vaucel, su vicario mayor, a París, quien, con el P. Cipriano,

carmelita descalzo, debe entrevistar al P. Ferrier y rogarle que entregue el *placet* al Rey.

Desde que estoy al tanto de esta noticia, solo conocida por el Padre Mannoury, no me he entregado a la pena, tanto por la certeza que tengo de que todo terminará en humo, como el temor de resistir a la divina Voluntad, si viniera de Dios. Pero desde que supe la declaración de monseñor de Evreux, escribí al Padre Mannoury que no quiero beneficio distinto del que mi Salvador escogió para sí mismo, es decir, la cruz. Es la única que deseo, la que abrazaría, y la que amo por amor de este amabilísimo Redentor, quien la prefirió por encima de todo lo que el mundo estima y ama como lo que más. Que yo le rogaba decir esto a monseñor de Evreux y a sus altos vicarios. Sobre mi cabeza no veo sino cruces por montones si esto culmina; en cuanto a las otras, es decir, a las que están unidas a cargo tan eminente, no las temo tanto, pues no puedo persuadirme de que esto vaya a suceder.

75. Al Padre de Bonnefond sobre el mismo punto

18 de octubre de 1672

Mi muy querido hermano, el sacerdote Vaucel, vicario general de Evreux, estará mañana en París para el asunto que usted conoce, que me hace estremecer y que debería hacerme morir de pavor si no fuera por la grandísima confianza que tengo en la bondad incomparable de mi benignísimo Salvador y de mi amadísima Madre.

Le ruego, queridísimo hermano, que haga celebrar una novena de misas en nuestra casa, en honor del santísimo Corazón de Jesús y de María; que solo se celebre la misa del divino Corazón de Jesús; que de mi parte escriban a Coutances, a Rennes, a Lisieux para que se haga allí otro tanto, y que en Ruan se haga una novena de misas a san José, todo por mis intenciones; que se pida también a nuestras Carmelitas rezar una novena según su devoción, en honor de la bienaventurada Virgen y de santa Teresa.

76. Al Padre de Bonnefond, de Caen, sobre la misión de Saint-Germain-en-Laye, dada por orden de Luis XIV

Saint-Germain-en-Laye, 2 de abril de 1673

Al llegar, de inmediato saludé a sus Majestades, al Delfín y al hermano del Rey, quienes me recibieron muy bien...

El Padre Blouet predicó a las seis de la mañana con el Padre Launay, y el Padre Paillot hizo el catecismo a las dos de la tarde, al que la reina asistió una vez. Por mi parte, he predicado todos los días, al anochecer, con tanta vigor como nunca he tenido. He escogido temas que conmuevan los corazones. Gracias a Dios, todos manifiestan estar muy contentos y aseguran que sus Majestades tienen los mismos sentimientos. La Reina me dijo ayer que continuara todavía los restantes días de esta semana. En fin, todos dicen que el Rey y la Reina están muy contentos.

**77. Al Padre de Bonnefond, sobre la misión
de Saint-Germain-en-Laye**

París, 21 de abril de 1673

Ayer la Reina vino donde las Carmelitas, mientras yo me encontraba en Montmartre. Demostró tantísima satisfacción por la misión y por los predicadores, que es difícil expresarlo. Afirmó que los otros predicadores sólo eran palabras, pero que éstos llegaban al fondo del corazón; que todo el mundo estaba conmovido y que observaba cambios en la conducta del Rey. Ruegue a Dios que bendiga nuestros sencillos trabajos. Finalmente expresó tanta y tanta bondad, tanta y tanta amistad (son palabras de nuestra amada hermana Teresa, que encendía el fuego tanto como podía) para con esta nada de las nada, como es difícil imaginar. Recomendó encarecidamente a la hermana Teresa que no dejara pasar el día sin decirme todas estas cosas, ¡Dichosos aquellos que son amados por la Reina del cielo!

**78. Al Padre Bonnefond en Roma, sobre las dificultades
que encontraba en los esfuerzos que hacía para obtener
la aprobación de la Congregación**

1673

Suplico a diario a la divina Bondad que haga desaparecer del todo nuestra pequeña Congregación, si ella no existe sino para su mayor gloria, y abrazo de todo mi corazón todos los sufrimientos y humillaciones que pudieran venir sobre mí. Gracias a mi Salvador, me parece

que no me anima otro deseo, en el fondo de mi alma, que buscar en todo lo que sea más de su agrado. Armémonos de valor y regocijémonos por dos cosas que pudieran hacernos morir de gozo. La primera, que todos los enemigos de nuestro gran Dios no podrán impedir jamás que él no sea lo que él es. *Sepan que el Señor es el mismo Dios* (Sal 100, 3) dice el profeta; y la santísima Madre de Dios: *Mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador* (Lc 1, 47). La segunda, que todos los poderes de la tierra y del infierno nunca podrán interponer obstáculo alguno a nuestro grande y único empeño que es servir y amar a nuestro adorable Jesús y a su santísima Madre. Perdámoslo todo antes que perder un solo grano de la confianza que debemos tener en su incomparable bondad para con nuestra Congregación. De tantas maneras nos la ha manifestado.

Jamás hemos adelantado algo que no haya estado marcado por algunas cruces. Este es el sello de las obras de Dios. Entre más obstáculos encuentran mayores son sus frutos y bendiciones. Espero mucho de este asunto por las dificultades que ha encontrado. Confío de la bondad de Nuestro Señor y de su santísima Madre; ellos removerán todos los obstáculos. Finalmente, mi queridísimo hermano, si en las obras de Dios nos desalentamos fácilmente por los obstáculos y dificultades, jamás haríamos algo. Cuando haya hecho todo lo que esté a su alcance, si no logra nada, con la ayuda de Dios, estaré tan contento como si todo se hubiera logrado. Porque ¿qué es lo que busco? ¿Mi interés y mi satisfacción? De ninguna manera, gracias a Dios; busco solo su voluntad.

**79. Al Padre Bonnefond en Roma, sobre la necesidad de
hacer nombrar por el soberano Pontífice el
superior de la Congregación**

Octubre 28 de 1673

Sobre todo, es necesario que la bula nombre y establezca al superior de la Congregación. Mucho me agradaría que fuera Jacques de la Haye de Bonnefond. Solo una cosa me causa pesar, y es el temor de que usted viniera a morir antes que yo, si bien esto no parece verosímil.

**80. Al Padre de Bonnefond en Roma, a propósito de la
súplica del Padre Boniface**

1674

Haga lo que haga, mi queridísimo hermano, es necesario trabajar por justificarnos de lo que se me atribuye: que yo haya hecho esta súplica; es del todo contrario a la verdad. El Padre Boniface me dio un escrito por el cual declara que estando en Roma, me escribió para pedirme si yo quería que él se ocupara de nuestros asuntos, y que yo le respondí que no. Pero esto no satisface. Finalmente, el éxito de nuestros asuntos depende de esta justificación.

81. Al Padre de Bonnefond, sobre el amor de Jesús y de María, y la confianza que es preciso tener en ellos

Hacia 1674

¿Dónde encontrar un amigo fiel? Es lo más fácil del mundo. Amemos a Jesús, Hijo de María, y a María, Madre de Jesús, y depositemos en ellos toda nuestra confianza. Ellos se encargarán de mostrar su poder y su incomparable bondad.

82. Al Padre de Bonnefond en Roma. El Padre Eudes ofrece renunciar a su cargo de superior para calmar la tempestad

1674

No estoy atado a nada sino a la muy adorable voluntad de mi Dios que me será manifestada por la de nuestro Santo Padre el Papa. Por lo que a mí respecta que se haga de mí lo que se quiera; que se me tire al mar para cese la tempestad; que se me anonade y se ponga a otro en mi lugar. Qué me importa quién gobierne la Congregación, con tal que se haga el bien. ¿Qué quiero, qué busco, sino que mi Dios sea glorificado? Sí, de todo corazón renuncio, a los pies de Su Santidad, al superiorato.

83. Al Padre de Bonnefond en Roma. Le expresa el gozo de haber obtenido Indulgencias para las misiones

Caen, 21 de agosto de 1674

Recibí sus dos encomiendas, con las Indulgencias para las misiones, que me produjeron un consuelo indecible pues nunca habíamos podido alcanzar semejante favor. Le doy mil y mil gracias, mi amadísimo hermano.

84. Al Padre de Bonnefond en Roma, sobre la ingratitud de uno de sus hijos que se volvió contra él

Octubre de 1674

Puedo decirle, mi amadísimo hermano, que desde que estoy en el mundo no he experimentado persecución tan atroz como esta. Lo que más me ha causado pesar es que uno de mis propios hijos que estaba aquí, que de mí solo recibió todos los testimonios posibles de amistad, ha sido mi más cruel perseguidor. *Me devolvió males por bienes...* ¡Considere, mi muy querido hermano, qué dolor y qué angustia para mí! Como consecuencia de esto caí enfermo⁹.

⁹ No se conoce el nombre del que hizo esto. Quizás se trataba de un tal Aude, clérigo de órdenes menores, a quien el P. Eudes tuvo por un tiempo de secretario, quien habría pasado apuntes del Padre sobre María de Vallés a Carlos Dufour.

**85. Al Padre de Bonnefond en Roma, quien le había
anunciado la concesión de Indulgencias para la Cofradía
del divino Corazón de Jesús, en la capilla del seminario
de Coutances**

27 de noviembre de 1674

Mii muy querido y muy amado hermano, cuánto consuelo me ha dado su carta. ¡Alabanzas eternas al adorabilísimo Corazón del amado Jesús por haber inspirado el suyo! ¡Bendiciones inmortales al amabilísimo Corazón de nuestra divina Madre por haber llevado tan bien este asunto! ¡Que todo el Paraíso duplique sus oraciones para la conservación y santificación de nuestro muy santo Padre el Papa! Que Jesús y María lo modelen según su Corazón, mi muy querido hermano, y que ellos lo inspiren y conduzcan a usted tan acertadamente para que pueda hacer, si es posible, para las demás casas, lo mismo que ha hecho por la casa de Coutances.

**86. Al Padre de Bonnefond en Roma, sobre un libelo
difamatorio publicado contra él**

12 de diciembre de 1674

Me encuentro frente a una nueva persecución, más cruel que todas las demás; mis grandes bienhechores, los señores de la nueva doctrina, han hecho imprimir un libelo contra mí. Lo han distribuido por toda Francia y en todas las comunidades de París, referente a los escritos que hice sobre la Hermana María. Está lleno de falsedades, de calumnias, y de toda clase de señales de su

pasión. Me acusan de trece herejías, es decir, de arrianismo, de nestorianismo, de monotelismo, de jansenismo, en relación con cuatro proposiciones condenadas, etc. La causa de su cólera estriba en que yo me opongo en todas partes a sus novedades, que sostengo vigorosamente la fe de la Iglesia y la autoridad de la Santa Sede, y que prendí fuego a un libro detestable que se hizo contra la devoción a la santa Virgen, al final del cual se dice que no hay que dirigirle oraciones, como tampoco a los demás santos, y que ella de ningún modo es la Madre de Dios, aunque sin embargo sea llamada la Madre de Jesús. Un cura del pueblo del Padre de Santamaría, es el autor de ese libelo, en asocio de varios otros.

**87. A los sacerdotes de la Congregación sobre la
confianza en Dios en medio de las persecuciones.**

1674-1675

Procuremos no perder ni un solo grano de nuestra confianza. Ofenderíamos el poder y la bondad infinitos de nuestro adorabilísimo Padre y de nuestra muy amable Madre, si luego de tantos efectos de su incomparable caridad, careciéramos de confianza en ellos. Ellos suscitan algunas personas poderosas para sostenernos y defendernos. Espero que esta persecución sea un último efecto de la rabia del infierno contra nosotros. Ustedes no alcanzan a imaginar cuantas especies de calumnias el demonio difunde por todas partes contra mí. En medio de todo esto yo canto con todo mi corazón:

¡Viva Jesús, mi único deseo!
¡Viva Jesús, que es todo mi deleite!
¡Viva Jesús, mi amable Salvador!
¡Viva Jesús, Dios de mi corazón!
¡Viva la Reina de mi corazón!
¡Viva María, Madre de amor!
Día y noche quiero cantar
las maravillas de su buen Corazón.

**88. Al superior del seminario de Ruan quien le urgía que
respondiera el libelo del cura de Aulnay**
1675

Le agradezco infinitamente, mi muy querido y amado hermano, su carta tan caritativa y cordial. Mi gratitud va usted y a las personas que menciona. Le ruego que les manifieste mi reconocimiento y les dé mil gracias de mi parte. El celo y la bondad que manifiestan son muy loables. Pero dado que no encuentro en el santo Evangelio que nuestro divino y adorable maestro haya empleado el método y los medios que usted me aconseja en su carta para defenderse de la injusticia y crueldad que los judíos desplegaron contra él, no puedo resolverme a hacer cosa distinta de esforzarme por imitarlo en su paciencia y en su silencio: *Por su parte, Jesús callaba (Mt 26, 63)*. Quizás Dios suscite a alguien que responda al libelo¹⁰. Sea lo que sea, abrazo de todo corazón todas las

¹⁰ En reunión de amigos del P. Eudes en la abadía de Val-Richer se encargó al sacerdote Delaunay-Hue, doctor de La Sorbona, el encargo de responder, lo que hizo oportunamente. No pertenecía a la Congregación de Jesús y María.

cruces que le plazca enviarme, y le suplico insistentemente que me perdone y perdone a los que me persiguen. Mis numerosos pecados merecen mil veces más...

89. Al Padre de Bonnefond para insistirle que aceptara el cargo de visitador de las casas de la Congregación

7 de enero de 1678

Desconozco por qué usted tiene tanta repugnancia al oficio de Visitador con facultad de hacer los cambios y tomar las medidas que sea muy importante hacer. En nombre de Nuestro Señor y de su Santísima Madre le suplico que renuncie a su sentimiento y se entregue a ellos para seguir su muy amable voluntad.

90. Al Padre de Bonnefond para confiarle el cargo de Visitador

28 de enero de 1678

He pedido al Padre de Bonnefond, nuestro muy querido hermano, reemplazarme, dándole todo mi poder, para que ponga remedio a todas las fallas que encuentre, que haga los cambios tanto de superiores como de inferiores que juzgue convenientes, y renueve en los corazones el deseo de observar exactamente las Constituciones, a fin de que nuestro muy amable Salvador y su muy amable Madre sean servidos, honrados y amados en la Congregación, en conformidad a los

designios por los que la divina Providencia la ha establecido en la santa Iglesia. Ruego por tanto a mis muy queridos hermanos que reciban a nuestro querido hermano de Bonnefond en calidad de Visitador, que le demuestren todo el honor, el respeto y la obediencia que deben a quien ocupa el puesto de Dios.

**91. Al Padre Raúl de Bon, para anunciarle su
nombramiento como superior del seminario de Evreux**
Primavera de 1679

Me consuela la contemplación de la muy adorable voluntad de Dios, que lo hace todo buscando lo mejor, y la confianza que tengo de que usted se someterá de todo corazón a las órdenes de esta divina voluntad que lo ha escogido para tomar la sucesión de nuestro querido difunto. Le pido esto, tomándome la audacia de asegurarle que Nuestro Señor y su santísima Madre estarán con usted, que conducirán su casa por su intermedio, y le concederán todas las luces y gracias requeridas para este fin. Asuma, pues, el cargo de su mano, o mejor de parte de su muy caritativo Corazón; tómelo *Corde magno et animo volenti*, con gran deseo de gobernar su familia en su espíritu, que es espíritu de humildad, de caridad, de amabilidad.

**92. Al Padre Dufour, su secretario, para darle
cuenta de su entrevista con Luis XIV**

Paría, 17 de junio de 1679

Tuve ayer el honor de ver al Rey, en San Germán. Todo ocurrió de la siguiente manera: se me hizo entrar en la estancia del Rey, donde me encontré rodeado de buen grupo de obispos, de sacerdotes, de duques, de condes, de marqueses, de mariscales de Francia y de la guardia del Rey. El arzobispo de París, me hizo ocupar un ángulo de la habitación. Cuando el Rey entró a la sala, pasó en medio de todos esos grandes señores y se dirigió directamente a mí, con rostro lleno de bondad. Comencé entonces a hablarme de nuestro asunto y me escuchó con mucha atención, y demostró mucho interés en escuchar lo que yo le decía:

“Sire, estoy a los pies de su Majestad para agradecerle muy humildemente por la bondad que manifiesta al permitir que yo tenga el honor y el consuelo de verlo una vez más antes de morir, y para manifestarle con toda verdad que no existe en el mundo nadie que tenga tanto celo y ardor por su servicio y sus intereses como los que tengo yo. Movidó por estos sentimientos deseo emplear y gastar lo que me resta de vida. Le ruego muy humildemente, Sire, que nos honre con su soberana protección, y que continúe dispensándonos el honor de sus gracias y favores. Lo espero de su maravillosa bondad que regocija y cautiva los corazones de los que tienen el honor de hablar a su Majestad, pues nadie sale de su presencia sin haberse sentido colmado de gozo y consuelo”.

Luego de escuchar esto el Rey me dijo:

“Estoy contento de verlo. Me han hablado de usted. Estoy convencido de que hace mucho bien en mis Estados; continúe trabajando como lo viene haciendo. Gustoso espero volver a verlo, y le serviré y lo protegeré en todas las ocasiones que se presenten”

Estas fueron las palabras del Rey. Me llenaron de indecible satisfacción. El señor arzobispo de París las escuchó, lo mismo que todos los señores que se encontraban presentes, y que se admiraron de ver a tan gran Rey hablando con tanta amabilidad y bondad al último de todos los hombres.

Luego fui a decir la Misa donde los Recoletos, quienes me llevaron a comer con los capellanes y me recibieron con gran bondad y caridad.

Escriba a todos los superiores de nuestras casas de mi parte, y dígales que les pido tres cosas: la primera, hacer una octava de acción de gracias a Nuestro Señor y a su santísima Madre por el buen término de este asunto; la segunda, orar mucho por el Rey y por toda la casa real, por los obispos de París y de Coutances, y demás; la tercera, tomar una vigorosa resolución de servir y amar en adelante a nuestro benignísimo Salvador y a su muy buena Madre, con mayor fervor que hasta ahora, mediante la práctica de las santas virtudes...

**93. Al Padre Raúl de Bon, superior del
seminario de Evreux**
16 de febrero de 1680

En lo que toca a las mil doscientas libras, en primer lugar hay que sacrificarlas a Dios; en seguida, me parece que usted debe hacer celebrar una novena de misas de difuntos por las almas del Purgatorio, para obtener por su intercesión poderlas recobrar.

**94. A un superior de misioneros, sobre la conducta
que se ha de observar en las misiones**

Debe consolarlo y animarlo saber que Nuestro Señor está con usted (en sus misiones) de manera especial, según lo prometió: *Estaré con ustedes todos los días* (Mt 28, 20). No solo está con nosotros sino que está en usted para continuar allí la misma obra de redención de las almas, que comenzó por sí mismo. Permanezca también en él, muy amado hermano, y con este fin, esfuércese por salir de sí mismo y renunciarse fuertemente a sí mismo, y acogerse a él; dese a él enteramente, puesto que fuera de él no puede nada, y con él todo lo puede. Recuerde que predicar es hacer hablar a Dios, y por consiguiente quien predica debe anonadarse para que Dios sea todo en él. Tenga, pues, sumo cuidado de anonadarse a los pies de Nuestro Señor antes de subir al púlpito, y entréguese a él suplicándole que él mismo lo anonade y se establezca en usted a fin de que sea él mismo quien

hable, pues solo a él pertenece anunciar la palabra de su Padre.

Procure también, muy querido hermano, hacer siempre un poco de oración, recitar debidamente el breviario y celebrar la misa.

Le ruego que cuide su salud, y por ello le suplico no predicar más de una hora; le recomiendo igualmente la salud de nuestros queridos hermanos; con este fin, haga que todos regresen de la iglesia a la misma hora, para tomar su alimento comunitariamente; que los de salud frágil digan la misa temprano y sobre todo que se retiren a las nueve de la noche, a tomar el necesario reposo.

Recomiéndeles a menudo la piedad interior y la modestia exterior, y darse a menudo a Nuestro Señor, para hacer su labor en su espíritu, es decir, con las disposiciones interiores y exteriores con las que él hacía todas sus acciones mientras estuvo en la tierra. Suplico a todos que se entreguen a él fuertemente para hacer las acciones divinas, quiero decir las funciones sacerdotales *digne Deo*, para tratar a los pecadores con espíritu de caridad y bondadosamente, y para vivir y tratarse mutuamente con respeto y amor fraterno, *no buscando los propios intereses sino los de los demás* (Fp 2, 4). Sobre todo les pido tener en horror extremo y huir más que la muerte y el infierno las mínimas sombras de ese vicio abominable que no está permitido ni siquiera nombrar, y para ello, tratar a las personas del otro sexo con gran recato.

Bendigo a Dios infinitamente por todas las gracias que les da en sus misiones. Si en la que están no tienen mucha afluencia de gente no se desanimen por eso; si al

principio hay pocos, habrá muchos más después. Y sobre todo recuerden que una sola alma vale un mundo ante Dios, y que Nuestro Señor se detuvo para predicar a una sola mujer; además es necesario dar muerte a la vanidad y al amor propio que se mezclan incluso en las obras de Dios. Tengan cuidado, sin embargo, de poner sumo empeño en la preparación de sus predicaciones; pues es precisamente entonces cuando hay que aportar más diligencia y fervor.

95. Al superior del seminario de Coutances sobre la fiesta del santo Corazón de María

Le agradezco el inmenso consuelo que me trajo su carta. Me llenó de gozo que la fiesta del santísimo Corazón de nuestra Madre admirable fuera tan solemnemente celebrada y que el obispo de Coutances hizo y prometió repetirlo el año entrante. Por ello doy gracias infinitas a Nuestro Señor y a su santísima Madre.

96. A un superior sobre la manera de celebrar la santa Misa

Ruego a cada uno de nuestros queridos hermanos decir la misa con suma aplicación de espíritu y de corazón a tan grande y divino misterio; no apresurarse jamás y pronunciar bien todo lo que se dice en el altar.

97. Al superior de una de sus casas, sobre desconfiar de sí mismo y recurrir frecuentemente a Nuestro Señor

Recurramos a menudo a nuestro oráculo, que es Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, para rogarle que nos conduzca y dirija en todos nuestros caminos; reconozcamos que somos solo tinieblas, y que tenemos extrema necesidad de desconfiar de nosotros mismos y de recurrir de continuo a la luz de su gracia.

98. Al superior de uno de sus seminarios sobre a confianza en Dios

Se me vino a la mente un medio para encontrar ayuda; lo he comunicado a sus amigos que lo han aprobado. Sin embargo no me apoyo en él totalmente; pero si es del agrado de Nuestro Señor, sabrá utilizarlo; de otro modo, que se cumpla su santa voluntad. Solo en él hay que poner nuestro apoyo y nuestra confianza. Sin embargo, es su querer que de nuestra parte hagamos todo lo que nos sea posible.

99. Al mismo superior en cierta ocasión

Nos guarde Dios de apoyarnos en algo distinto a su infinita bondad. No esperemos nada, no aguardemos nada, no queramos nada distinto de él; y sólo en él depositemos toda nuestra seguridad y confianza.

100. Al superior del seminario de Ruan, sobre la necesidad de hacer cada día una hora de oración

Mi querido hermano, sin oración es imposible que una Congregación permanezca en el espíritu de piedad y de virtud que le es necesario para ser del agrado de Dios y para servir útilmente a la Iglesia. Hacer solo media hora de oración y no hacer nada es casi lo mismo. Sin embargo, nada hay tan necesario a los eclesiásticos; no conozco seminario donde no se haga una hora entera. Si se quiere de todos modos establecer media hora para los seminaristas, le ruego hacer de tal modo que nuestros hermanos hagan siempre una hora entera; de otro modo sería preferible abandonar el seminario.

101. Al superior de una de sus casas para pedirle que se ore por los pobres que tienen procesos

Le ruego que mande hacer una novena de misas y de rosarios por todos los que tienen procesos justos y que son pobres indefensos; roguemos así que Nuestro Señor sea él mismo su juez, la santísima Virgen su abogada, san José su procurador, y san Gabriel su solicitante.

102. A un superior que había descuidado celebrar un día recomendable en la Congregación por un favor recibido de Dios

¿Es posible, mi querido hermano, que usted tenga tan poca estima y afecto hacia esta gracia que le es bien conocida? Le confieso que sentí y siento todavía un dolor que no puedo expresar. Le ruego, y a todos los demás también, reparar esa falta lo mejor que les sea posible. Con este fin, dé orden que el primer día vacante, luego de recibir esta carta, se celebren misas votivas, una del Espíritu Santo, otra de la Santa Cruz, otra de la santa Virgen, y que se cante una de la santa Virgen; todo en acción de gracias por los favores que Dios nos ha hecho y en satisfacción del descuido que hemos tenido; y en el futuro, que se haga lo mismo cada año.

103. A un superior sobre la manera de dirigir a los súbditos

Siempre use de amabilidad y cordialidad para con todos. Es de esa manera como entre nosotros se debe gobernar. Tal es el espíritu de nuestro Padre y de nuestra Madre, de quien se dijo: *Mi Espíritu es más dulce que la miel.*

104. Aun superior que rehusaba dejar partir a un Padre que el P. Eudes pedía

Si usted persiste en su pasión y en su desobediencia, me quejaré ante Nuestro Señor y ante su divina Madre, y tengo gran confianza de que ellos proveerán, y que no permitirán que usted eche a perder y a desfigurar su Congregación.

Solo movido por la caridad me he sentido obligado a escribirle esto. Le ruego, mi muy amado hermano, por el sagrado Corazón de nuestro benignísimo Padre y de nuestra muy amada Madre, que haga buen uso de esta oportunidad y la reciba con espíritu de humildad, de sumisión y de caridad.

105. A un superior demasiado exigente con los enfermos

La parte espiritual de una comunidad no sufre jamás daño alguno cuando no se hace lo que Dios quiere que no se haga. Pues bien, Dios no quiere que se observen normas cuando es imposible practicarlas por causa de debilidad o de enfermedad. No queramos hacer más de lo que Dios quiere. Hagamos lo que nos es posible, mi muy querido hermano, sin turbarnos y sin inquietarnos, sometidos con paz y con tranquilidad a lo que nos manda su muy adorable voluntad.

106. Aun miembro de la Congregación; el Padre Eudes manifiesta su caridad para con un enfermo

Doy mi abrazo cordial a nuestro querido enfermo, con el amor sagrado del santísimo Corazón de Jesús y María, y le ruego que se regocije y bendiga a Dios por las gracias que él le ha hecho, abandonándose totalmente a su muy adorable voluntad, y confiando enteramente en su infinita bondad. Suplico de todo corazón al muy amado Jesús y a su muy bondadosa Madre que le den su sagrada bendición, no para morir sino para que se sane y pueda vivir, a fin de ganarles todavía muchas almas que los bendigan eternamente. Con esta intención, en el nombre y de parte del Hijo y de la Madre, y con la fuerza de su divino Corazón, yo pronuncio estas palabras sobre nuestro muy amado hermano: *Con su divino Hijo nos bendiga la piadosa Virgen María.*

107. A uno de sus hijos al comienzo de un nuevo año

Dios nos conceda la gracia de emplear perfectamente este nuevo año en su servicio y en el de su santísima Madre, con tanto cuidado y fidelidad como si fuera el último de nuestra vida. Deseo hacerlo con todo mi corazón. Con este fin me he recogido en la soledad, para practicar allí con la ayuda de Dios, un buen retiro tanto tiempo cuanto me sea posible. Ayúdeme, mi muy querido hermano, con sus santas Misas.

**108. A un Padre de la Congregación para anunciarle
que olvida sus errores pasados**

Me encuentro en Evreux donde recibo su carta que me hubiera regocijado mucho si hubiera hallado, en lugar de un largísimo discurso, esta palabra de humildad: *Pequé*. Todo el mundo sabe que Usted llevó al Padre... Pero no hablemos más de esto. Basta ya, mi muy querido hermano; le confieso que mi corazón es del todo suyo muy sincera y verdaderamente.

**109. Aun hermano que se encontraba en misión
sobre las persecuciones de era objeto**

Mientras usted, donde está, combate la bestia de siete cabezas y diez cuernos, ella se esfuerza por hacernos aquí la guerra. Pero gracias a Dios, no logra quitarnos la paz. Dios otorga paz perfecta a quienes no quieren ser, ni tener, ni hacer sino lo que él quiere, precisamente porque quieren ser, tener y hacer solo lo que él quiere. Y además, me entiendo bien con mis bienhechores pues he resuelto tomar partido contra mí mismo y contra mis pecados, pues considero que tienen razón de querer destruir a un pecador que merece la cólera de Dios y de todas sus criaturas, con tal que hagan lo que hacen con el celo de la divina justicia y en el espíritu de la caridad cristiana. Es lo que propongo creer.

110. A los sacerdotes de la Congregación sobre el cumplimiento de la divina voluntad

Cumplir la voluntad divina es la única finalidad por la que estamos en este mundo, es nuestra única ocupación, y nuestro *unum necessarium*. Lo pedimos a diario a Dios cuando decimos: *Fiat voluntas tua sicut in caelo et in terra*. Es nuestro centro y nuestro elemento, en el que encontraremos nuestro auténtico reposo y la vida verdadera. Pero para que la divina Voluntad reine en nosotros y nos conduzca, es absolutamente necesario renunciar a la propia voluntad que le es tan contraria a ella como el diablo es opuesto a Dios. Con la ayuda divina, debemos esforzarnos por ponerla bajo nuestros pies, aplastarla como a una serpiente y como al Anticristo, persuadidos de que no hay nada en nosotros que ponga tanto obstáculo al cumplimiento de la divina Voluntad como nuestra propia voluntad.

111. A uno de sus hijos sobre la obediencia

La obediencia perfecta es pronta y no necesita muchas razones y discursos para dejarse persuadir. ¿Qué pasaría si cuantas y tantas veces es necesario disponer de alguien para que cambie de casa o para asignarle un empleo, cada uno escuchara su naturaleza y sus inclinaciones?

112. A algunos de sus sacerdotes durante una misión sobre la devoción a la santa Virgen

Por encima de todo les encarezco, mis muy amados hermanos, que honren y hagan honrar de todas las formas posibles, a nuestra muy buena y amada Madre, la sacrosanta Madre de Jesús, la amadísima de Dios, y el consuelo de los afligidos.

113. A un sacerdote de la Congregación sobre las cruces

Sea bendito por siempre Jesús por la parte de su cruz que le place darnos. ¡Cuándo podremos decir con verdad: *Líbrenos de gloriarnos si no en la cruz del Señor nuestro Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para nosotros y nosotros para el mundo!* (Ga 6, 14). ¡Cómo es de verdadero que nada hay en el mundo que podamos desear más sino estar con Jesucristo enclavados en ella! Abracemos de corazón nuestras cruces, muy querido hermano, y esforcémonos por llevarlas en el espíritu de nuestro muy adorable Crucificado.

114. A un sacerdote de la Congregación para indicarle la respuesta que debe dar a una carmelita de Caen que creía haber recibido la inspiración de cambiar de comunidad

Por respuesta, dígame que la exhorto a seguir el ejemplo de su santa madre santa Teresa, quien habiendo

recibido un mandato de la propia y auténtica boca de Nuestro Señor, para ir a hacer una fundación, que era para ella mucho más importante que el cambio de convento; habiéndolo declarado a su superior, éste le impidió hacerlo y la obligó a ir a otra parte, lo que ella obedeció de inmediato, no solo sin acusarlo de resistir a la voluntad de Dios, sino incluso sin abrir la boca para hacer alguna réplica ni instancia. En seguida Nuestro Señor le dijo que ella le había sido más agradable al obedecer así a su superior que si hubiera ido a hacer la fundación. Que la Hermana Santa Ana permanezca tranquila donde está, siguiendo este ejemplo, hasta que yo vaya a Caen para examinar la cuestión más de cerca. En esto veo muchas cosas que me parecen contrarias al espíritu de Dios. Es posible que me equivoque, pero prefiero profundizar esto en el lugar. La obediencia nada deteriora. Es posible que la joven se engañe siguiendo sus revelaciones, pero no se engañará nunca si obedece.

115. Al superior del seminario de Coutances, sobre la confianza en Dios en medio de las pruebas

Dejé en Lisieux a todos nuestros hermanos, tanto eclesiásticos como laicos, enfermos, menos dos. Sin embargo esto no abate mi ánimo, gracias a Dios, porque yo contemplo la divina Voluntad que todo lo hace y lo hace bien. Tengo suma confianza en Nuestro Señor en su santa Madre, que no nos abandonarán, y que proveerán a todo de la manera que les parezca más agradable. Gracias a Dios, eso es lo que quiero.



EUDISTAS
Provincia de Colombia

CARTAS DE SAN JUAN EUDES A NUESTRA SEÑORA DE CARIDAD.

TOMO X

CARTAS DE SAN JUAN EUDES
A LA ORDEN
DE NUESTRA SEÑORA DE CARIDAD

Tradujo Álvaro Torres Fajardo, eudista
Valmaría 2011
Obras Completas 10, 491-581

INTRODUCCIÓN

En 1641 san Juan Eudes fundó la Orden de Nuestra Señora de Caridad. Venía madurando ese proyecto desde hacía varios años. Los comienzos fueron tormentosos. Solo en el verano de 1643 san Juan Eudes encontró una persona que quiso correr su aventura, Renata Eustaquia de Taillefer. La acompañó en ese comienzo una sobrina del Padre Eudes, María Magdalena, de solo 13 años de edad. El santo mantuvo una presencia confortante en esa incipiente comunidad pues residía en la misma ciudad de Caen donde nacía la Orden femenina.

La correspondencia epistolar que nos ha llegado empieza en 1644. A lo largo de toda su vida va a ser un recurso frecuente para mantener el espíritu de la inspiración fundadora, animar la débil y vacilante vocación de las primeras, acompañar espiritualmente en una rica dirección espiritual a la madre Francisca Patin, religiosa visitandina que apoyó decididamente la fundación, y a otras Hermanas, seguir de cerca algunos momentos cruciales de la Orden.

Es digna de notarse la discreción y la prudencia que san Juan Eudes une a su interés incansable por la vida de la Orden. En ningún momento toma el papel de superior o director. Está atento, aconseja, ruega, insiste con la tenacidad que lo caracterizó siempre, pero se mantuvo fiel a su papel de acompañante.

El trato con las Hermanas a quienes dirige sus cartas es lleno de afecto, cariñoso incluso, pero siempre respetuoso. Insiste y repite, incluso cuando sugiere pasos difíciles de asumir, en que escribe a sus “Hijas”, a

“nuestras Hermanas”, “queridísimas, amadísimas”. Les anuncia su visita, se excusa de silencio en sus ausencias de Caen, pero les repite que “nunca las olvida”, “que las ofrece siempre con amor en el altar”. Incluso en momentos llama a algunas de ellas, en especial a su sobrina, con el delicado trato de “niña”, “*mon enfant*”, distinto de “*Fille o Filles*” que ordinariamente emplea.

Hubo incluso momentos difíciles en esa relación. Era hombre de carácter y tenía sus puntos de vista que defendía con ardor. Pero no manifiesta resentimiento alguno. Por razones conocidas en su vida, en especial con el difícil trato con el obispo Eduardo Molé, no pudo visitarlas (Carta 5). Pero se sirvió de sus cartas, dentro de la misma ciudad de Caen, para mantener viva su presencia afectuosa en la comunidad.

Notable es su relación con sus sobrinas María Magdalena, sor María de la Natividad, y con Francisca, en religión sor María de San Francisco, débil y enfermiza. Es tierna la carta en que él agradece que la Orden la haya mantenido a pesar de su frágil salud (Carta 17). También está presente cuando Juan, su sobrino, enviuda en 1671. Recoge ese momento significativo en la vida de la familia en carta a sor María de la Natividad (Carta 37).

Mucho de la experiencia espiritual, de su carácter, de su ternura en medio de su austeridad, de su constancia y su espíritu luchador nos revelan estas cartas de san Juan Eudes. Ellas son una fuente no solo de historia sino también testimonios de fe y de amor en la vida de un santo.

Álvaro Torres CJM

1. A la señorita Eustaquia de Taillefer, más tarde sor María de la Asunción. El Padre la fortalece en su vocación y le habla de Margarita **Morin con quien entonces residía**

1644

JESÚS, MARÍA

Mi muy querida hija,

Ruego a Nuestro Señor y a su santísima Madre que ellos sean tu fortaleza en medio de la aflicción y la prueba en que estás y que son para mí motivo de gran pesar. ¿Y cómo no sentirlo al ver a las almas que Dios me ha entregado y que he amado más que a mí mismo, sumidas en la angustia y en gran peligro de perder su vocación, y caer luego entre las garras del lobo infernal, y que no me sea permitido verlas y hablarles para confortarlas? Ciertamente la persona que pone este impedimento debe temer mucho el castigo de Dios. Ruego a él con todo mi corazón que la trate con misericordia; y en cuanto a ti, mi muy querida hija, te suplico que no hagas nada distinto de lo que te he hablado. Ten todavía un poco de paciencia y no te dejes vencer por la tentación. Puedes estar cierta de que dentro de pocos días estarás tan llena de gozo y de consuelo como al presente estás colmada de amarguras.

Ten presente, mi querida hija, que la divina Providencia te ha hecho encaminar hacia mí, y ha querido servirse de mí para traerte a su servicio. Por eso te pido, en nombre de Nuestro Señor y de su santísima Madre que me concedas lo que te pido: no salgas de la casa de la que te hablé antes. La persona a quien escuchas quiere hacerte creer que yo la saco de la casa lo que no es cierto;

le he dicho siempre, y lo repito una vez más, que si ella quiere permanecer en la obediencia sin actuar rebeldemente a lo que le he dicho, y someterse como debe hacerlo, estaré muy complacido de que permanezca allí; pero si ella abandona la casa no será por orden mía sino a causa de su desobediencia. Finalmente, mi querida hija, te suplico una vez más que tengas paciencia y verás que esta tormenta se disipará como el humo.

Lo que te digo, lo digo igualmente a todas nuestras queridas hermanas a quienes amo de veras con todo mi corazón. Hazles saber esto, te lo ruego, y harás algo muy del agrado de Dios.

Tu padre que te quiere mucho,

JUAN EUDES,
Sacerdote de la Congregación de Jesús y María.

P. S. Ponte un rato a los pies de la santísima Virgen y entrégate a ella pidiéndole que te fortalezca; ella te ama como Madre y no te abandonará.

2. A las religiosas de Nuestra Señora de Caridad de Caen, sobre la fiesta de los Gozos de la santísima Virgen

París, 5 de julio de 1650

J. M. J.

Mis muy queridas Hermanas,
¡Jesús, que es el muy santo Corazón de María, sean la vida y el gozo de nuestros corazones por siempre!

Su bella y caritativa carta me ha traído gran gozo. Mil gracias. Espero que la comunión que ofrecieron a Dios por mis intenciones en la fiesta de san Juan me sea provechosa lo mismo que a ustedes ya que mis intenciones no buscan otra finalidad que la santificación de sus almas y el establecimiento del reino de Dios en sus corazones. En esto debemos trabajar sin descanso. Hacerlo debe ser toda nuestra felicidad, y nuestro gozo debe venir de allí.

A propósito de alegrías, les escribo esta carta el 5 de julio, que es la fiesta de los Gozos de la santísima Virgen, nuestra amada Madre. Si no lo han pensado ruego a nuestra querida madre superiora que les señale otro día en el cual puedan celebrar esta fiesta; que les permita comulgar a todas ese día y que la ofrezcan por cinco intenciones:

1. En acción de gracias a la Santísima Trinidad por todos los gozos que concedió a la santa Virgen, en la tierra y en el cielo;
2. En satisfacción y reparación por los dolores y tristezas que le hemos causado con nuestros pecados, mientras estuvo en la tierra;
3. En aumento y crecimiento de las alegrías de que ella goza en el cielo;

4. Para pedir a Dios que nos conceda la gracia de menospreciar todas las falsas alegrías que ofrece el mundo, y tener aversión a ellas;

5. Para pedirle que nos conceda la gracia de poner toda nuestra felicidad en seguir en todo y por doquier su muy amable Voluntad, y llevar la cruz con nuestro muy adorable Salvador. Porque, al decir verdad, mis muy queridas Hermanas, el único verdadero motivo de alegría que existe en la tierra es hacer la voluntad de Dios, ser despreciado y crucificado con Jesucristo. Cuándo será que tendremos los sentimientos de san Juan de la Cruz, al que Nuestro Señor, habiéndole pedido que deseaba en cambio de los buenos servicios que él le había prestado, le dio esta respuesta: “Señor, no te pido otra cosa sino sufrir y ser despreciado por tu causa” Ciertamente el Espíritu Santo le inspiró pedir el mayor bien de esta vida.

Luego de que hayan comulgado por estas intenciones, les pido, mis muy queridas Hermanas, que piensen seriamente, cada una en su interior, qué podrían hacer por acrecentar los gozos de la muy preciosa Virgen.

Por lo demás, el Padre Mannoury y yo, no omitimos nada de cuanto podamos hacer en bien de su Casa, o mejor, de la Casa de Nuestro Señor y de su santísima Madre. Pero los asuntos de Dios sólo se logran con mucha paciencia y resignación. Espero de todos modos que pronto podamos terminarla y que sea como ustedes y nosotros la deseamos. Escribo esta carta para la madre y para las hijas a las que saludo en general y en particular.

Les ruego igualmente que la compartan con nuestros queridos Hermanos (*Los Padres del seminario de Caen*), para que si olvidaron celebrar la fiesta de los Gozos de la

santísima Virgen, reparen la falta, pues en el momento no dispongo de tiempo para escribirles.

De todo mi corazón, mis muy queridas Hermanas, soy todo de ustedes.

**JUAN EUDES,
Sacerdote misionero**

3. A las primeras hermanas de nuestra Señora de Caridad, sobre el documento de establecimiento del Instituto. El Padre Eudes las exhorta a tener auténtica devoción al santísimo Corazón de la santa Virgen

París, 11 de febrero de 1651

Mis muy queridas Hermanas,
¡Que Jesús y María sean nuestra vida y nuestro gozo por siempre!

Les tengo una gran noticia. Pónganse de rodillas para recibirla, no de mi parte, sino de la parte de nuestro muy adorable Jesús y de su muy digna Madre. Son ellos quienes se la dan.

Finalmente, luego de varios años de espera y de paciencia, el miércoles último, 8 de febrero, día de la fiesta del santísimo Corazón de la santa Virgen, el documento que aprueba su establecimiento fue firmado por el obispo de Bayeux, y el contrato de fundación fue firmado igualmente por él y por el señor y la señora de

Langrie; por consiguiente ustedes son la Hijas del Corazón de la Reina del cielo, y están obligadas a honrar y a amar especialmente su muy amable Corazón, a celebrar su fiesta con devoción muy particular, y a no tener sino un corazón con ella, y entre las unas y las otras, y a imprimir en su corazón una imagen perfecta del amor, de la caridad, de la obediencia, de la humildad, de la bondad, del celo por la salvación de las almas, y de las demás virtudes que reinan en su Corazón, a fin de que, por este medio, ustedes sean según el Corazón de su Hijo.

Ya no tienen qué temer. Su comunidad y su Instituto están fundados en el sacratísimo Corazón de la soberana Emperatriz del universo. Es un fruto no de la habilidad humana sino de una orden especial del cielo. En efecto, el último martes, el obispo de Bayeux, luego de otros varios aplazamientos y dificultades, había una vez más retardado el asunto para el viernes; pero el mismo día hizo saber que se haría el miércoles, como de hecho se hizo. Gracias eternas sean dadas a la Santísima Trinidad, a Nuestro Señor Jesucristo, a su preciosísima Madre y a todos los ángeles y santos que han contribuido a este proyecto, y que sean alabados por siempre con las más santas alabanzas del cielo todos aquellos y aquellos que han cooperado en este propósito en cualquier forma que haya sido.

Como acción de gracias, me parece, mis muy queridas hijas, que hagan lo siguiente: recitar todos los días, durante una semana, todas juntas, el *Te Deum*, el *Ave Cor sanctissimum*, y cada día una de las ocho letanías del santísimo Corazón de la santa Virgen, que se encuentran al final del libro de la devoción a ese mismo

Corazón, y después de la oración del Corazón, decir la oración de san José, la de san Gabriel, la de los santos ángeles de la guarda, y la de todos los santos, como se encuentra el día de la fiesta de Todos los Santos.

Además, hacer treinta y cuatro comuniones, según les sea más fácil, en acción de gracias a la Santísima Trinidad, a Jesús, al santísimo Corazón de su gloriosa Madre, a los ángeles y a los santos, por el obispo de Bayeux, por sus fundadores y bienhechores, y por todos aquellos y aquellas que han contribuido a la obra.

Y también, me parece que ustedes deben escribir cuatro cartas de agradecimientos: 1. al obispo de Bayeux, 2. al presidente, señor de Langrie, 3. a la señora del presidente, 4. a la señora de la Porte, a quien ustedes deben muy grandes favores. Ruego a nuestra querida Hermana de San Francisco Javier que escriba estas cuatro cartas. Sobre todo les suplico que comiencen ya, muy conscientemente, a vivir como verdaderas Hijas del santísimo Corazón de la Madre de Dios.

En el amor de este Corazón, soy y seré eternamente, mis muy queridas Hijas, todo suyo,

JUAN EUDES,
Sacerdote misionero

PS. Esperen para cantar solemnemente el *Te Deum* a que el Padre Mannoury y el señor de Langrie lleguen a Caen; entre tanto no dejen de recitarlo como se dice en esta carta.

4. A la Hermana María de la Asunción Eustaquia de Taillefer. El Padre Eudes le ruega que se prepare para la profesión

París, 11 de marzo de 1651

J. M. J.

¡Que Jesús, Corazón santísimo de María, sea el nuestro para siempre!

Es mi deseo muy grande que usted haga profesión lo más pronto; si por mí fuera, ya lo habría hecho. Pero es necesario que usted antes esté acompañada de Religiosas, y pronto las tendrá en su casa. Permanezca en paz hasta entonces, mi muy querida Hija, y prepárese para esta santa acción.

Ruego a Nuestro Señor y a su santísima Madre que ellos, por sí mismos, la preparen, y que las hagan a todas según su Corazón. En el amor de este santísimo Corazón soy de usted y de todas mis muy querida Hija, todo suyo,

**JUAN EUDES,
Sacerdote misionero**

PS. Presenté a la señora de la Porte el libro del Corazón con su firma y su carta. Quedó muy llena de satisfacción, y me dijo que le escribirá para agradecerle.

5. A su sobrina María Herson, más tarde Sor María de la Natividad, sobre las disposiciones que debe tener para su toma de hábito

3 de septiembre de 1651

Mi muy querida sobrina y también Hija en Nuestro Señor Jesucristo.

Bendigo de todo corazón a este muy amable Salvador por los buenos sentimientos que te ha dado en tu retiro, y le suplico que te conceda la gracia de serle fiel en la buena experiencia que él quiere que hagas.

Me duele, y te duele también, que yo no pueda estar presente en tu toma de hábito, pero la ceremonia pasará igualmente bien y estará llena de bendiciones pues es muy cierto que cuantas más cruces haya en los asuntos de Dios tanto más provechosos serán. Esto no impedirá que esté presente de espíritu y de corazón para suplicar a Nuestro Señor y a su santísima Madre que se dignen emplear ellos mismos sus divinas manos para despojarte de ti misma y de todas las cosas, para revestirte de su espíritu y de su virtud.

Por tu parte haz estas ocho cosas:

La primera: encender en ti gran deseo de renunciar enteramente a ti misma, y a todo lo que no es de Dios, y de entregarte perfectamente a Nuestro Señor, a fin de que él ordene en ti cuanto le agrade, sin reservas.

La segunda: ofrecerte a la santa Virgen con gran deseo de servirla, honrarla e imitarla como a tu muy

querida Madre, y tener devoción especial a su muy amable Corazón.

La tercera: consagrarte al Hijo y a la Madre para dedicarte, siguiendo su santísima voluntad, a la salvación de las almas extraviadas que para él son muy preciosas.

La cuarta: es manifestar públicamente a Nuestro Señor que quieres hacer todo esto, y especialmente lo que vas a proclamar el día de la Natividad de la santísima Virgen, que no lo haces por recompensas del cielo, ni por los méritos y consuelos de la tierra, sino por su puro amor, exclusivamente por su gloria y por el cumplimiento de su adorabilísima voluntad.

La quinta: recordar que vas a hacer una acción que ha sido hecha por tan gran numero de santos religiosos y de santas religiosas que la han hecho muy santamente, y de unirte a sus santas disposiciones, y de rogarles que te hagan partícipe de ellas.

La sexta: rogar a san José, a san Gabriel, a tu santo ángel, a los santos ángeles de la guarda de la casa, y a todos los santos que han tenido un celo especial por la salvación de las almas perdidas, que te asistan en esta acción.

La séptima: es la principal. Humíllate profundamente a la vista de tu indignidad, insignificancia y pequeñez, y suplica incansablemente a la santísima Virgen que te obtenga de su Hijo la gracia de mirarte y relacionarse contigo, y de estar bien dispuesta a ser mirada y tratada, toda tu vida, como la última de la casa. En este momento, mi querida Hija, te encarezco especialmente: pon todo esto que te digo en tu corazón; que jamás se salga e ahí y

así serás una de las hijas de la Madre del amor y de la humildad.

La octava: luego de de que hayas hecho de tu parte todo cuanto te sea posible para prepararte a tan gran acción, no pongas tu confianza, ni te apoyes en lo más mínimo, en tus capacidades y preparaciones, sino que te ofrezcas y te des a Jesús y a María, suplicándoles que hagan en tu lugar todo cuanto debes hacer, y te preparen ellos mismos según su buen querer y en conformidad con su santísima voluntad.

Por lo demás, todos los sentimientos de nuestra amada Madre me son tan preciosos que no puedo querer sino lo que ella quiere. Por eso, me agrada mucho que lleves el nombre de la Natividad de la santísima Virgen, a fin de que consideres ese día como el día de un nuevo nacimiento tuyo en una vida del todo nueva; y que en ese día empieces a vivir con la Madre del amor hermoso, una vida que sea imagen de la suya.

Ruega a nuestra amada Madre que piense lo que convendría dar a cada una de nuestras amadas Hermanas y a todos los demás, que lo haga comprar, que yo me encargará de todo con el mayor gusto.

Voy a escribir a mi sobrino, tu hermano, que sería bueno que venga. No me será posible verlo pues no me está permitido salir de mi casa y no es aconsejable que venga aquí. No olvides preguntarle como se está manejando, si se confiesa a menudo y a un mismo y buen confesor; si de rodillas ora a Dios por la mañana y por la noche; si va al catecismo y a las predicaciones. Dale algunas buenas enseñanzas: 1, que por encima de todo tema ofender a Dios; 2. que viva en paz y caridad con

todo el mundo; 3. que nunca mienta ni jure cuando venda o compre; 4. que ponga toda su confianza en Dios; 5. que tenga devoción a la santa Virgen y a san José.

Saludo a nuestra madre superiora y le agradezco toda la solicitud y afán que muestra por ti, y suplico a Nuestro Señor y a su santísima Madre que le recompensen en tu lugar y en el mío. Saludo igualmente a todas nuestras muy querida Hermana y me encomiendo a sus oraciones

En el amor sagrado del muy santo Corazón de Jesús y María, mi muy querida sobrina e hija en Nuestro Señor, soy todo tuyo,

JUAN EUDES

Sacerdote misionero

PS. No olvides decirle a tu hermano que te dé noticias de tu hermanita, qué hace, y cómo podría ayudarla si quisiera ser Religiosa.

6. A la madre Patin, sobre diversos asuntos

1651

Mi muy querida y buena madre,
¡Jesús, corazón santísimo de María, sea el nuestro por siempre!

Es para mí motivo de mucho regocijo recibir cartas tuyas. Incluso cuando no me escribe, no podría dudar de

su caridad muy cordial para conmigo, ni tampoco de la parte que usted toma en mis pequeñas aflicciones, junto con mis queridas Hermanas. Se lo agradezco de corazón, mi muy querida madre, y le suplico me obtenga de Nuestro Señor la gracia de que las tenga en su Corazón.

Confié su carta dirigida al obispo de Bayeux a las buenas manos del Padre le Tardif quien está bien al corriente de su asunto y quien dirá lo que sea necesario y conveniente. Por propia iniciativa se ofreció para llevarla. Ruegue a Dios que se digne bendecir todo y que se cumpla en todo su divina voluntad.

Me llena de gozo saber que nuestras queridas Hermanas marchan alegres y animadas por los caminos del cielo, mediante la práctica de sólidas virtudes; les encarezco que continúen creciendo cada vez más sobre todo en humildad, en obediencia y en la caridad mutua, y en el amor de nuestro muy amable Jesús y de su muy digna Madre. En ese mismo amor las saludo a todas y a cada una, y soy de todo mi corazón, mi muy querida Madre, todo suyo,

JUAN EUDES

Sacerdote misionero

7. A la madre Patin, superiora de Nuestra Señora de Caridad. Le habla de la Hermana María des Vallées y le da consejos para su vida interior

Enero de 1652

Mi muy querida madre, a quien amo muy cordialmente en el amor sagrado del santísimo Corazón de Jesús y de María. Que ellos sean por siempre el Corazón de nuestro corazón.

Nuestra querida Timotea pasa en este momento por graves sufrimientos. Por esa razón no es posible hablarle de cosa alguna. Una vez que recobre su estado normal le leeré su carta y si me comunica algo para decir a usted, no echaré en olvido decírselo. Sin embargo, puedo asegurarle, mi muy querida madre, que ella la ama fuerte y cordialmente, y que, de manera poco común, la tiene en su corazón, junto con toda su querida comunidad,

En cuanto a su estado, luego de encomendarla a Nuestro Señor y de haberme dado a él para decirle lo que sea de su agrado comunicarle al respecto, le escribo lo que se me ha venido a la mente.

Es cierto, mi querida madre, que las miserias de los hijos de Adán son infinitamente más grandes de lo que se podría decir o pensar. En efecto, llevamos en nosotros dos abismos sin fondo de miserias. El primero es el abismo de nuestra nada y el segundo el del pecado. Dios permite, mejor dicho, le concede la gracia especial de ver en sí misma alguna parcela de esas dos fuentes inagotables de miserias, y eso por dos razones:

En primer lugar, para cerrar por este medio todas las puertas de su corazón a la maldita vanidad que hace un incomprensible estrago en muchas almas que hacen profesión de virtud y de piedad y que, incluso, aspiran a la perfección. Y, ¡lástima grande!, precipita a muchas en la

perdición. Además, para conservar, fortificar y acrecentar en usted la más necesaria de todas las virtudes, la humildad, que transforma las almas que ella posee según al Corazón de Nuestro Señor y de su santísima Madre.

En segundo lugar, es para que usted sea conforme a nuestro muy adorable Cabeza que es Jesús. Según el testimonio del profeta Jeremías, Jesús dice hablando de sí mismo, *Yo soy un hombre que ha contemplado su propia pobreza* (Lam 3, 1). Su humanidad veía perfecta y muy claramente que por sí misma no era nada, que habiendo salido de la nada y de Adán, si no hubiera sido preservada por el gran milagro de la unión hipostática, habría nacido en el pecado original y, por tanto, hubiera sido capaz de caer en toda clase de miserias propias de los hijos de Adán. Esa humanidad penetraba hasta el fondo de esos dos abismos de la nada y del pecado, y esa vista la mantenía en una humillación muy profunda e inconcebible y le causaba un dolor inexplicable.

Mi querida madre, adore esta divina humanidad en el estado que le es propio; agradezca a Jesús haber querido llevarla por amor de usted; entréguese a ella para seguir con ella por este camino, tanto cuanto a él le plazca; ofrézcale sus pequeñas cruces, en acción de gracias de las suyas muy grandes; ruéguele que haga buen uso de ella en provecho de usted. Finalmente abandónese de todo su corazón a la divina Providencia, a fin de que ella la conduzca a su modo y como bien le plazca. Por su parte, aférrese siempre a la humillación y a la sumisión a la dirección de Dios sobre usted; pero tenga cuidado de nunca caer en el desánimo, y por el contrario regocijarse y agradecer a Nuestro Señor por las gracias

que le hace; pues, y se lo digo una vez más, mi muy querida madre, y así lo veo con toda claridad, y es cierto, que solo como gran beneficio de Dios está usted en el estado en que me describe. *Dichoso*, dice san Pablo, *el que no se juzga a sí mismo según lo que siente y experimenta en sí* (Ro 14, 22). Sucede a menudo que cuando uno se siente o cree sentirse muy bien es precisamente cuando no se está bien; y cuando uno se siente muy mal es entonces cuando ante Dios se está muy bien. Pero olvidémonos y abandonémonos por entero al juicio, a la voluntad y a la dirección de aquel que nos conoce y nos ama infinitamente más que nosotros mismos. Permanezcamos en nuestra nada; ésa es nuestra morada, y esperemos con paciencia, humildad, sencillez y sumisión a aquel que no quiere otro material ni otro ingrediente para hacer todo lo que le place sino la nada. Por mi parte, la entrego, mi muy querida madre, a su poderosa bondad y le ruego que la anonade enteramente a fin de que él sea todo en usted. Diríjale a él la misma oración por mí.

Saludo muy afectuosamente a todas nuestras queridas Hermanas, y les encarezco que no olviden visitar cuidadosamente, todos los días, al muy amable Niño Jesús, durante los cuarenta días que permaneció en el establo de Belén, para adorarlo, alabarle, amarlo, darse a él y rogarle que les conceda el espíritu de su divina Infancia, que es espíritu de inocencia, de humildad, de pobreza, de sencillez, de sumisión y de caridad, como también, para saludar a su dignísima Madre, agradecerle, darse a ella, y rogarle que les obtenga el mismo espíritu

de su muy querido Hijo, y para hacer lo mismo, guardadas las proporciones, respecto de san José.

El Padre de Montagu me ha dicho que es necesario que la deuda del señor de Taillefer sea ratificada por sus yernos; que no ha ahorrado nada hasta el presente para hacerla ratificar, y que pondrá en este asunto sumo cuidado, pero que es necesario esperar a que el señor de Taillefer venga aquí; que si no obstante, usted desea que él se la remita, él lo hará.

Haré en cuanto me sea posible todo lo que me dice en su carta respecto de Timotea.

En Jesús y María soy de todo corazón, todo suyo

JUAN EUDES

Sacerdote misionero

8. A la comunidad de Nuestra Señora de Caridad de Caen, sobre la fiesta de la Asunción de la santísima Virgen y del cielo por la salvación de las almas

Antes de 1656

J. M. J.

Mis muy queridas Hermanas y muy queridas Hijas en el amor sagrado del santísimo Corazón de Jesús y de María, la gracia, la paz y el amor de este mismo Jesús estén con ustedes por siempre.

No pudiendo hablarles directamente ahora, les hablo por escrito para invitarlas y exhortarlas a que se preparen

debidamente a la celebración de la solemnidad de la gloriosa Asunción de nuestra Madre admirable. Es su fiesta mayor, el día de su triunfo y de sus grandezas. Es el día que pone fin a todos sus trabajos y sufrimientos, y que da comienzo a su reposo y a sus felicidades eternas. Es el día que la establece en el trono de gloria y de majestad que es debido a su dignidad de Madre de Dios. Es el día en el que ella puede decir, después de su Hijo y en su dependencia: *Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra*. En este día ha sido constituida en el uso de la soberanía que la santísima Trinidad le ha otorgado sobre cielo y tierra, sobre el infierno y sobre todas las cosas. Por todo esto todas las criaturas están obligadas a mostrarle su veneración y sus homenajes, como a su Reina y a su Soberana, a la que ellas pertenecen y de la cual dependen con dependencia eterna.

Ustedes tienen obligaciones muy especiales, mis muy queridas Hermanas, de honrar, de todos los modos posibles, a esta gran Princesa. Ustedes le pertenecen no solo en calidad de siervas o esclavas, como lo hacen la mayoría de las otras criaturas, que hay en su imperio, que es el universo, sino en calidad de hijas, y de hijas de su Corazón, y de hijas muy queridas y amadas. Dispónganse a rendirle lo que le deben en esta gran fiesta.

Antes de que ella abandone la tierra para ir al cielo, ustedes deben tributarle cuatro deberes. ¿Si una gran reina viniera a visitarlas, cuando ella estuviera pronta a regresar, que harían ustedes? Lo siguiente:

- 1, Le agradecerían el favor que les hizo;

2. Le presentarían sus excusas y le pedirían perdón por no haberla recibido ni tratado a la altura de sus méritos;
3. Le manifestarían que quisieran servirla, respetarla y obedecerle;
4. Si se percataran de que tuviera algún deseo, por ejemplo de un libro de devoción, alguna imagen, algún rosario, o cosa semejante, ustedes se lo regalarían llenas del mayor afecto posible.

Deberán hacer lo mismo a la Reina del cielo, antes de su salida de la tierra. Deben tributarle cuatro deberes:

1. Darle gracias por todo lo que hizo y sufrió acá abajo para cooperar con su Hijo en la obra de nuestra salvación y de nuestra santificación. Agradecer igualmente a la santísima Trinidad por habérmola dado y por todas las gracias que ella nos ha hecho y que nos ha impartido por su mediación.
2. Pedirle perdón por todas las injurias, ofensas y ultrajes que ella recibió y repararlos debidamente; todo eso le sobrevino por nuestra causa y nuestra con ocasión nuestra. Y para reparación y satisfacción, ofrecerle el amabilísimo Corazón de su Hijo lleno de amor a ella, junto con todo el honor, la gloria y las alabanzas que le han sido, son y le será tributados por siempre en el cielo y en la tierra.
3. Repetirle que ustedes desean servirla, honrarla, amarla, obedecerle, imitarla en sus virtudes, e invitar con ardor a todo el mundo, en cuanto les sea posible, a practicar todo esto.
4. Considerar lo que les pide y lo que ustedes le pueden presentar, que sea más de su agrado, y con todo el corazón ofrecérselo.

En seguida, rogarle como a muy buena Madre que les dé su santa bendición, lo que sin dudarlo ella hará si ustedes perseveran en la firme resolución de vivir como sus hijas muy queridas, lo que equivale a decir, a ser semejantes a ella, en cuanto les sea posible, por una cuidadosa imitación de su santidad.

Es la tarea que deben hacer en vísperas de la fiesta. El día mismo de la fiesta procuren hacer nueve cosas:

1. Dar gracias a la Santísima Trinidad e invitar a todos los ángeles, a todos los santos, y a todas las criaturas a unirse a ustedes en esta acción de gracias, por todos los favores que ella ha hecho a esta bondadosa Madre, en su vida y en su muerte, en su resurrección y en su gloriosa ascensión, y desde que está en el cielo donde permanecerá por siempre.
2. Regocijarse con ella por todas las glorias y felicitaciones que posee y poseerá eternamente en el cielo.
3. Saludarla y honrarla en el momento en que ella recibió puesto a la derecha de su Hijo y al ser constituida Señora y Soberana, Emperatriz de todo el universo; y darle, en nombre y de parte de todas las criaturas, los homenajes, respetos, sumisiones, ofrendas y firmes promesas de servicio, dependencia y obediencia que le son debidas; y unirse a todas las alabanzas que le son tributadas por todos los habitantes, y por el mismo Rey, del cielo.
4. Hacerle entrega por entero de su espíritu, su voluntad, sus personas y rogarle que ella las separe y las desarraigue de la tierra, que ella las lleve consigo al cielo, que imprima en ustedes una imagen de la nueva vida que ella tiene, del todo santa y celestial, y que las una y asocie

al amor, a la gloria, a las adoraciones y a las alabanzas que ella rinde y rendirá por siempre a la Santísima Trinidad.

5. Buscar los medios para acrecentar su felicidad y su gloria. Les sugiero cuatro excelentes:

El primero, grabar en el fondo de sus corazones, una fuerte resolución y una intención constante de no buscar en todas sus acciones, mortificaciones y ejercicios nada distinto de la sola gloria de su Hijo y del cumplimiento de su muy adorable voluntad.

El segundo, mostrarse exactas y fieles en la obediencia que deben a su buena madre superiora, a quien deben considerar y honrar como a quien ocupa el puesto de la santísima Virgen y es para ustedes como su reemplazo. María santísima es su verdadera Madre y su primera Superiora. Igualmente deben prestar obediencia sus Reglas y Constituciones.

El tercero, amarse y estimarse mutuamente con un amor sincero, sencillo, tierno y cordial, que elimine de sus pensamientos, palabras y acciones cuanto le sea contrario por mínimo que sea. Ese amor las debe llevar a reparar pronta y eficazmente las menores faltas que puedan cometer con la caridad mutua.

El cuarto, es adherir fuertemente al fin de su santo Instituto. Ese fin es trabajar mediante la oración, el ejemplo, la enseñanza y otras maneras que la obediencia les prescriba en la salvación de las almas perdidas que la divina Providencia traiga a ustedes.

Este fin es, mis queridísimas hijas, el medio más adecuado y poderoso para acrecentar la gloria, los gozos e incluso el señorío de nuestra gran Reina. En efecto, la

conversión de un alma le causa más alegría que todas las demás buenas obras que puedan hacerse en este mundo. Por ello ella recibe mayor regocijo que el que puedan proporcionarle todos los habitantes del cielo juntos; ayudar a liberar un alma de la tiranía de Satanás, para someterla a su dominio, es hacerle mayor servicio que si se le diera un reino de este mundo. Esto es lo que ella más estima, lo que es más de su agrado. Serán entonces las hijas de su Corazón y compartirán con ella la misma vocación.

Sí, mis muy queridas hijas, ustedes, en cierta manera, no tienen sino una misma vocación con la Madre de Dios. En efecto, como Dios la escogió para formar a su Hijo en ella, y por ella, en el corazón de los fieles, así él las ha llamado a esta santa comunidad en que están para hacer vivir a su Hijo en ustedes y para resucitarlo por ustedes en las almas pecadoras, en las que él se está muerto. Dios la envió a la tierra y la hizo Madre de su divino Hijo, y la adornó con todas las gracias y cualidades que ella posee, en bien de las almas pecadoras; sin ellas María no sería lo que es; así él las ha traído a esta santa Casa y tiene muchas gracias para darles para el mismo fin. ¡Mis muy queridas Hermanas, qué vocación tan santa tienen! ¡Viven una condición ventajosa! ¡Como es de prodigiosa la bondad de Dios para con ustedes al llamarlas a un Instituto del todo apostólico! ¡Cómo sería de condenable su ingratitud, si no reconocen la obligación indecible que tienen por esta causa con la divina Misericordia!

Sepan que como esta tarea desagrada inmensamente al espíritu maligno y como no existe nadie

que él odie tanto como las personas que trabajan en la salvación de las almas, no ahorrará ocasión para ponerles tentaciones en su vocación.

Les pondrá de manifiesto las molestias y las dificultades que tendrán que sufrir en su vocación. Pero, recuerden, mis muy amadas hijas, que no existe ninguna condición humana en este mundo que esté exenta de trabajos y penalidades; y que si no sufren unidas a Jesús no reinarán con él; que toda nuestra felicidad en esta vida consiste en estar crucificados con él; por consiguiente nada podremos temer tanto como carecer de cruces. Pongan los ojos en un crucifijo y podrán contemplar cuanto padeció para salvar las almas. ¿Estaría bien que estén asociadas con él en la más grande obra por la que vino a este mundo, como fue salvar a los pecadores, misión que tanto le costó, y que ustedes estén exoneradas de todo sufrimiento? ¿Qué sería de ustedes si el temor que tuvo de los suplicios, tan violento que lo hizo sudar sangre, le hubiera impedido trabajar por la salvación de ustedes?

Consideren además los dolores, las lágrimas y las angustias por las que fue necesario que la santísima Virgen pasara, para cooperar, con su Hijo, en la redención de las almas perdidas.

Lean la vida de santa Catalina y verán los espantosos tormentos que sufrió para dar alivio a las almas del purgatorio; y sepan que ayudar a una sola alma, a salir de un pecado mortal, incluso si no va a perseverar en la gracia, es sin embargo más que sacar a todas las almas del purgatorio.

Pongan sus ojos en aquellas santas jóvenes que salen de su país, atraviesan los mares, y se marchan donde los canadienses. De continuo viven allí en medio de grandes peligros con el afán de ganar algunas almas para Dios.

Conozco a una joven, mujer como ustedes, débil, tímida, frágil igual que ustedes, que durante varios años rogó a Dios, con fervor increíble, sufrir las penas espantosas del infierno por algún tiempo, a fin de preservar algunas almas perversas de la eternidad infeliz. Y Dios la hizo sufrir con este fin tormentos indecibles que no hay lengua ni pluma que pueda expresar la menor parte de ellos. Hace cuarenta años que pasa por estos suplicios (*Nota: se trata de María de Vallées*).

Me pregunto, entonces, mis muy queridas Hermanas, si no deberíamos morir de vergüenza a la vista de nuestros miedos y cobardías. Las menores dificultades nos abaten, las más pequeñas pruebas nos desaniman, las más débiles tentaciones nos derrotan, moscas que nos parecen elefantes; nos causa tristeza lo que debiera regocijarnos; temblamos cuando no hay causa alguna de temores. Queremos disfrutar de las ventajas de la santa Religión pero no queremos tener cruces. Nos imaginamos que la devoción consiste en una vida ociosa y sin trabajo. ¡Qué tristemente nos engañamos! Toda devoción que no implica renuncia a sí mismo, a la propia voluntad y a las satisfacciones personales, llevar la cruz y seguir a Jesús por la senda que recorrió en búsqueda de almas descarriadas no es más que pura ilusión y engaño.

¿No saben, mis muy queridas Hermanas, que el camino directo para ir al cielo es el camino de la cruz, que no hay otro posible que el de las auténticas y sólidas

virtudes, que nos son necesarias para agradar a Dios, y que no se adquieren sino a través de penalidades, de sudores, de mortificaciones y de violencias que debemos ejercer sobre nosotros mismos? ¿No han escuchado acaso que el Señor nos dice que el reino de los cielos sufre violencia y que solo los que se esfuerzan como debe ser lo alcanzan (Mt 11, 12), y que fue necesario que él mismo pasara por infinidad de tribulaciones para entrar en su propia gloria (Lc 24, 26) que por tantos títulos le pertenecía? ¿Cómo podrían ser del número de sus miembros ni de sus esposas si no están dispuestas a asemejársele? ¿Pretenden que se haga un evangelio distinto para ustedes o desean que Dios les envíe otro Mesías, un Mesías azucarado y de rosas? ¿Quieren entrar al Paraíso por un camino distinto del que la Madre de Dios y todos los santos han seguido para llegar a Cielo, o bien, quieren ir solas y dejar a sus pobres hermanas en el camino del infierno, por ser ustedes tan delicadas que temen el sufrimiento que hay al tenderles la mano para retirarlas del mal camino?

Quizás dicen que ellas van por un camino lleno de barro y que ustedes temen ensuciarse al retirarlas. El diablo es lo bastante astuto para proponerles esta tentación tanto más peligrosa cuanto aparenta ser hermosa. Por mi parte yo les digo, mis muy queridas hijas, que es imposible que Nuestro Señor deje caer a quienes por su amor ayudan a los demás a levantarse. La pureza no puede jamás mancillarse cuando va unida a la caridad así como los rayos del sol no pueden mancharse cuando caen sobre el barro. Rechacen, pues, esos vanos temores y pongan su confianza en quien las ha llamado a esta

tarea, si dejan de poner su seguridad en sí mismas y en cambio se apoyan en el Señor.

Finalmente, mis muy queridas hijas, si desean acrecentar el gozo y la gloria de nuestro digna Princesa, sean fieles a su Hijo en su vocación; cierren los oídos a los silbidos de la serpiente; no sean hijas de Eva, que los escuchó y se dejó seducir, en cambio sean hijas de María que venció la serpiente y la aplastó bajo sus pies. Ruego a ella de todo mi corazón que la aplaste enteramente bajo los pies de ustedes, y las haga dignas de ser auténticas hijas de su sagrado Corazón, abrasado de amor y de celo por la salvación de las almas pecadoras, que le costaron la preciosa sangre de su Hijo Jesús.

En este amor sagrado del muy amable Corazón del Hijo y de la Madre, soy seré por siempre, mi muy amadas Hermanas y muy queridas hijas, completamente suyo,

JUAN EUDES

Sacerdote de la Congregación de Jesús y María

9. A la hermana María de la Asunción Eustaquia. El Padre Eudes le reafirma su caridad invariable por la comunidad

Coutances, 12 de agosto de 1656

**Mi muy querida hija,
¡Jesús, santísimo Corazón de María, sea el nuestro
para siempre!**

**En el amor sagrado de este divino Corazón, hoguera
de amor inmortal, amo invariablemente y por igual, sin
ninguna preferencia, a todas mis muy queridas
Hermanas, hijas muy amadas de mi muy venerada
Madre.**

**¿Quién podrá arrancar de mi corazón el afecto
santo que debo tener hacia la muy querida casa de tan
amada Madre? ¿La tribulación o la angustia o la
persecución o la espada o alguna otra cosa? No, no.
Estoy cierto de que, mediante la gracia de Dios que me
comprometió ante él a ocuparme de esta misión, ni los
ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni la altura, ni
la profundidad, ni la muerte, ni la vida, ni ninguna otra
criatura podrá separarme de la caridad que debo tener
hacia Nuestra Señora de Caridad; en efecto, todo cuanto
pueda hacer en servicio de esta bendita casa de mi
divina Madre, lo haré siempre con todo mi corazón. Y
pase lo que pase, ni el cielo, ni la tierra, ni el infierno
podrán impedirme nunca hacer, en este campo como el
todo lo demás, la muy adorable voluntad de mi Dios,
que es la muy única cosa que deseo, que pretendo y que
busco.**

**Haré de todo corazón lo que nuestra amada Madre
y usted, y nuestras queridas Hermanas desean. Por el
momento tengo cierto malestar que me impide
ponerme en camino sin peligro de caer enfermo, como**

sucedió al Padre Manchon, al venir aquí. Me urge tomar algunas medicinas pero habrá que esperar a que pasen estos días caniculares. Así pues que no creo poder ir a Caen antes del mes de septiembre. Finalmente le aseguro que será lo más pronto que me sea posible, mediante la ayuda de Nuestro Señor.

Con todo mi afecto, como lo hago a diario, le encomendaré a él sus personas y sus tareas. También usted ofrezca a él y a su santísima Madre a quien es de veras y por siempre, en el amor del muy amable Corazón, mi muy querida hija, del todo suyo,

JUAN EUDES
Sacerdote misionero

PS. Saludo muy humilde y cordialmente a nuestra muy querida madre y a todas sus amadas hijas, mis muy queridas Hermanas, en general y en particular; y le ruego que les imponga penitencia por haber seguido la moda del mundo al escribir, moda que las Hijas del muy santísimo Corazón de María deben huir y aborrecer más que la peste, tanto en esto como en las cosas, pues todas las modas del mundo desagradan mucho a su Hijo y a Ella.

10. A la madre Patin. El Padre Eudes le agradece su dedicación entera a la obra de Nuestra Señora de Caridad; le anuncia que tiene en su poder un documento del rey referente al trámite de Roma, y le indica la conducta que debe seguir frente a los funcionarios de

Caen en circunstancia difícil en la que era de temer su oposición

París, 7 de marzo de 1657

Mi muy querida madre y de veras muy amada en aquel que es el Amor eterno.

De todo corazón le agradezco que haya puesto en el suyo tanto celo y caridad por la Casa de su santísima Madre, y tanta bondad para con una persona que es tan indigno como lo soy yo; le doy mil gracias, mi muy querida madre, por todas las muestras de simpatía que usted nos da en sus muy cordiales cartas. Puedo asegurarle también que Nuestro Señor me ha dado sentimientos para con usted que no puedo expresar mediante palabras.

Lo que me escribe en torno a nuestras queridas Hermanas me regocija hondamente; de todo corazón bendigo a Nuestro Señor y a su santísima Madre, por todas las gracias que les concede y ruego encarecidamente a todas que se muestren fieles a él, y rivalicen entre ellas por llevar en su corazón la imagen perfecta de su muy adorable Padre, y de su muy amable Madre, mediante cuidadosa y continua imitación de sus santas virtudes, en especial de su humildad, de su obediencia, de su caridad, de su bondad y del amor sin medida que ellos tienen a la cruz.

Hace bastante tiempo que tengo el documento del rey concerniente a al asunto de Roma. Espero, Dios mediante, llevárselo pronto, pues me siento mejor,

gracias a Dios, y sólo espero recuperar un tanto las fuerzas necesarias para mi regreso.

Nada tema, mi querida madre, porque Dios está con usted y a favor suyo. ¿Y si él está a su favor quién podrá estar en su contra? Si usted ha experimentado tantísimas veces los efectos de su protección sobre la casita de Nuestra Señora de Caridad ¿por qué temer entonces? Confíe, él dará término feliz a lo que comenzó. Es cierto que de nuestra parte debemos hacer todo lo que podamos. Tres cosas son viables: la primera, ir tan en secreto que no se sepa la hora en que se alojaron en esa casa; la segunda, que Juan de Bernières escriba a la señora de Longueville para rogarle que escriba a los funcionarios para que no las perturben en esta ocasión, o, si lo juzga conveniente, yo mismo le pediría esta ayuda cuando pase por Ruan, pero quiero que me haga llegar su consentimiento; la tercera, hablar del asunto con los funcionarios y la gente del Rey para pedirles que aprueben que ustedes puedan tomar posesión de esta casa. Puesto que este procedimiento pide sumisión y humildad, Dios lo bendecirá y terminaremos felizmente este asunto. Si rehúsan conceder esta petición quedará siempre el recurso de acudir a la señora de Longueville.

Vaya más allá de lo que pienso; ruegue a los amigos de la casa, el señor de Bernières, el señor y la señora de Camilly, que se reúnan para examinar y dar su opinión sobre lo que es aconsejable hacer. Nuestro Señor les inspirará su santa voluntad.

Saludo en el amor sagrado del santísimo Corazón de Jesús y de María a todas y cada una de nuestras muy

queridas Hermanas y me declaro, sin fin ni reserva, mi muy querida madre, del todo suyo,

JUAN EUDES

Sacerdote misionero

11. A la señora de Bois-David, en ese tiempo postulante en el monasterio de Nuestra Señora de Caridad

1658

¡Jesús, el santísimo Corazón de María, sea el nuestro para siempre!

Le agradezco los testimonios que me da de su sincera y cordial caridad. Le aseguro, mi muy querida hija, que mi corazón rebosa de ella para con usted, y que tengo gran deseo de prestarle mi servicio según toda la capacidad que Dios tenga a bien concederme.

Todo lo que pasa en su oficio es para bien, no lo dude. Usted tiene un Esposo y una Madre que tienen todo poder en cielo y tierra, que la aman más que lo que usted se ama a sí misma y que gozan de la prudencia necesaria para llevarlo todo de la mejor manera. Por consiguiente esté atenta, mi muy querida hija, a no dejarse llevar de la inquietud pero ponga toda su confianza en ellos. Aniquile a sus pies todos sus pensamientos, designios, deseos, inclinaciones y voluntades, y entréguese del todo y de todo corazón, sin

reserva alguna, a su santísima voluntad, suplicándoles que la guíen en todas las cosas según la manera que para ellos sea más agradable. Y sepa que harán por usted todo lo que sea útil y provechoso mejor de lo que usted lo puede desear.

Saludo lleno de afecto a nuestra muy querida madre en unión de todas sus hijas, mis muy queridas Hermanas, y soy en el amor sagrado del santísimo Corazón de Jesús y María, mi muy querida hija, del todo suyo,

JUAN EUDES
Sacerdote misionero

12. A la Madre Patin, sobre su vida espiritual

Ruan, 24 de diciembre de 1659

Mi muy querida y buena madre,

El divino Niño Jesús sea el corazón de nuestro corazón y el espíritu de nuestro espíritu.

Todo cuanto me escribe respecto del estado y de las disposiciones de su alma es prueba cierta de que este muy amable Salvador tiene amor muy particular por usted. No hay nada que temer, mi querida madre: el estado de su alma es bueno. Permanezca en paz y confianza; y en abandono de cuanto es, en tiempo y eternidad, a la muy adorable voluntad de Dios, que ha establecido su reino en su corazón y reinará en él

dichosamente por toda la eternidad. Pero le ruego, mi muy querida madre, que no se persuada de que pueda llegar a hacer lo que hizo antes. Por el contrario debe moderar mucho sus mortificaciones y dar a su cuerpo el reposo y los alivios que son necesarios para conservar su salud. Si hace esto, esté cierta de que hace algo muy del agrado de Dios, y mucho más agradable que si actúa de manera distinta.

Envío mi saludo muy cordial a todas nuestras queridas Hermanas en general y a cada una en particular; les ruego que rindan a diario plena veneración al Divino Niño, a su santa Madre y a san José; y que se esmeren, rivalizando entre ellas, por imitar la humildad de este Divino Niño, su sencillez, su inocencia, su obediencia, su bondad, su ternura y la cordialidad de su caridad, sobre todo su gran amor hacia su muy bendita Madre; y no olvide encomendar al Hijo y al Madre a quien es, en el amor sagrado de sus muy santos Corazones, mi muy querida y buena madre, del todo suyo,

JUAN EUDES

Sacerdote misionero

13. A la Hermana Natividad Herson. El Padre Eudes reconoce su conformidad con la voluntad de Dios y le da su parecer en lo que concierne a su vida espiritual

Ruan, 7 de enero de 1660

Mi muy querida Hermana,

Sea en todo nuestra norma la divina Voluntad

Cierto que mis meses son muy largos, y más de lo que pienso, pero no más de lo que quiero. Por misericordia de mi Señor me parece que no quiero nada, en este mundo y en el otro, distinto de abandonarme por entero entre las suaves manos de la muy adorable voluntad de mi Dios, para que ella me conduzca a donde le plazca, y que haga de mí, siempre y en todo lugar, cuanto le sea más agradable. Por eso no puedo decirte aún cuando será mi regreso a Caen; sé muy bien, que mediante la gracia de Nuestro Señor, será cuando yo quiera, pero no sé todavía cuando será que lo quiera, o sea, no sé cuando lo querrá Dios.

Me describes muy bien tu vida espiritual, mi querida Hermana; no tengo más que decirte fuera de que trates de no inquietarte por tu pobreza y tus debilidades; permanece en paz, en humildad, en paciencia, en sumisión y abandono a la divina voluntad, en obediencia y confianza a tu superiora, en fidelidad en el cumplimiento de tus santas Reglas,

Sobretudo, mi querida Hija, te recomiendo tres cosas: la primera, conservar siempre en tu corazón una fuerte y generosa resolución de vencer los defectos de que tengas conciencia en ti. La segunda, mantener siempre tu intención recta y pura, reconociendo a menudo ante Nuestro Señor que no quieres hacer nada que no sea por su gloria y su amor, y para cumplir en todo su muy adorable voluntad. La tercera, tener en tu corazón

gran amor, amabilidad y cordialidad con todas tus Hermanas.

Ruego al muy amado Niño Jesús que viva y reine en tu corazón y en los corazones de todas nuestras queridas Hermanas a las que saludo en conjunto y a cada una en particular, con todo el afecto que me es posible, deseándoles mil y mil bendiciones y gran abundancia de gracias para emplear santamente este nuevo año, según la santísima voluntad de Dios.

Me alegra inmensamente saber que tu hermano¹, mi sobrino, está muy próximo al día en que debe consagrarse a la divina Majestad por los votos solemnes de la santa Religión. Suplico a la divina bondad que le conceda todas las gracias necesarias y convenientes para realizar bien esta acción. Cuando le escribas te pido que le trasmitas mis mejores augurios.

Soy de todo mi corazón, mi muy querida sobrina, Hermana e Hija, totalmente tuyo,

JUAN EUDES
Sacerdote misionero

14. A la madre Patin, con ocasión del fallecimiento de la Hermana María del Niño Jesús de Bois-David

¹ Isaac Herson, nacido en 1638.

Ruan, febrero de 1660

J. M. J.

Mi muy querida y buena madre,
Nos guíe en todo la divina Voluntad.

La muerte de nuestra muy querida Hermana María del Niño Jesús me causó inicialmente mucha sorpresa, pero habiendo fijado mis ojos en la muy adorable Voluntad, que todo lo dispone tan bien que no es posible que suceda mejor, mi corazón quedó en paz y mis labios no han podido pronunciar sino: ¡Dios mío, no se haga mi voluntad sino la tuya! Y esto es muy cierto, mi muy querida madre, pues tal ha sido el beneplácito del divino Niño Jesús, que ha querido llevarse a esta querida Hermana, consagrada a la divina Infancia, en el tiempo dedicado a este gran misterio. Se marchó al cielo para tomar posesión de él en nombre de todas las Hermanas y comenzar allí una fundación eterna de la Comunidad de Nuestra Señora de Caridad. Se fue al Paraíso para adorar y amar continua y eternamente la santísima Trinidad, con Jesús y María y con los santos, en el nombre y de la parte de sus queridas Hermanas. En ella usted ofreció las primicias de su casa a la divina Majestad; es el primer sacrificio que será muy agradable ante el trono del gran Dios.

Pero cuando digo que se marchó al cielo no digo que ya llegó, pues a veces se permanece largo tiempo en ese camino. Por eso hay que orar mucho por esta querida Hermana. Por mi parte lo haré sin falta, con la ayuda de Dios.

Temo que el fervor de nuestras amadas Hermanas y el deseo de mortificarse no les haga soportar el frío excesivamente y lleguen a enfermarse. Le ruego, mi muy querida madre, prestar atención a este punto.

En lo que toca a la comunión de las enfermas disponga como juzgue bien. Agradezco a Nuestro Señor y a su santísima Madre por haberles dado la casa de la Monnaie.

Envío mi cordial saludo a todas las queridas Hermanas. Soy de todo corazón, mi muy querida madre, del todo suyo.

JUAN EUDES

Sacerdote misionero

15. A la madre Patin. El P. Eudes la felicita por haber celebrado la fiesta del Corazón de María. Le expresa además su temor de que sea elegida para la fundación de Saint-Lô, y le indica la conducta que debe seguir durante la cuaresma

Ruan, 15 de febrero de 1660

J. M. J.

Mi muy querida y buena madre,
Nos guíe en todo la divina Voluntad.

Me he alegrado grandemente por lo que me escribe acerca de nuestra muy querida Hermana María del Niño Jesús. Por ello doy gracias infinitas a Nuestro Señor y a su santísima Madre. Haré cuanto sea del caso luego de que hayamos hablado.

Igualmente he sentido mucho gozo, mi muy querida madre, por lo que me dice de la celebración de la fiesta del santísimo Corazón de nuestra Madre admirable. Agradezco infinitamente a su Hijo amadísimo y a ella por todas las gracias que han dado en ese día a usted y a todas nuestras queridas Hermanas. Los bendigo también y los alabo de todo mi corazón por que la llevan, mi muy querida madre, por el camino por el que ellos anduvieron que es camino de cruz y de aridez. Gran favor le hacen, no lo dude, mi muy querida madre. Abrace de todo corazón su cruz por amor del amabilísimo Crucificado y de su divina Madre, y abandónese totalmente a la divina Voluntad.

El jueves pasado hice una vehemente exhortación al gran monasterio de la Visitación, y ayer al monasterio menor. Encontré a las madres superiores de ambos monasterios, lo que me produjo gran satisfacción, especialmente la del primero que es una santa. Hablamos mucho de la madre Francisca Margarita Patin, por quien tiene mucho afecto. Pero me manifestó algo que me

causó mucho pesar: que podemos temer que sea elegida para la fundación de Saint-Lô, a donde debía ir la madre Chary. Le suplico, mi muy querida madre, que me haga saber lo más pronto posible si esto tiene alguna verosimilitud y por tanto si hay lugar para albergar temores, pues si es así debemos anticiparnos a este golpe que traería la ruina de la casa de Nuestra Señora de Caridad. Le ruego que me escriba con toda sinceridad lo que usted sepa y lo que piense al respecto. Me dijo además que pronto espera tener las Vidas de las primeras madres y que se las enviará.

Envío mi saludo a todas nuestras queridas Hermanas, en conjunto y a cada una en particular, en el amor sagrado del santísimo Corazón de Jesús y de María. Les ruego que no dejen de ir todos los días, durante la cuaresma, a visitar en el desierto a nuestro muy amable Salvador, en nombre de todo el género humano; que se prosternen a sus pies a fin de adorarlo en todo lo que en él se pasa allí, exterior e interiormente; que le agradezcan todo lo que hizo y sufrió por ellas y por todos los hombres; le pidan perdón de todos los pecados por los que hace tan rigurosa penitencia; que se den a él para unirse a las santas disposiciones con las que ayuna, ora y observa silencio y soledad; que se empeñen en imitarlo en todo esto. Y además, que vayan a visitar también a su santísima Madre, que está en un estado conforme al de su Hijo para saludarla y honrarla en este estado, para darle gracias, para unirse a ella, para rogarle, etc.

De todo corazón, al dirigirme a la muy querida madre y a sus muy queridas Hijas, mis muy amadas Hermanas, soy del todo suyo,

JUAN EUDES
Sacerdote misionero

**16. A la comunidad de Nuestra Señora de Caridad, sobre
la sumisión al beneplácito de Dios**

París, 20 de julio de 1660

J. M. J.

Mis muy queridas y muy amadas Hermanas,
Nos guíe en todo la divina Voluntad.

De todo mi corazón les agradezco su muy hermosa y
cordial carta que me llenó de gozo.

Cuando salí de Caen pensaba que mi viaje duraría
dos meses, pero mi voluntad no estaba de acuerdo con
mi pensamiento, pues quería permanecer más de ocho
meses, sin saber que esa era en realidad mi voluntad. Así
lo quería, pues Dios lo quería así. Su voluntad es la mía.
Yo no sabía que esa era mi voluntad pues no conocía cual
era la voluntad de Dios en este caso, como tampoco se
todavía cual será en el futuro. Es muy evidente que su
santa Providencia nos ha hecho venir aquí para, mediante
instrumentos insignificantes, para hacer lo que nos cuesta
todavía creer; pero no sabemos aún lo que quiere hacer
de nosotros en el futuro. Ruéguenle, mis queridas
Hermanas, que haga lo que sea más de su agrado para la

sola gloria de su santo Nombre, sin tener en cuenta nuestras indignidades y miserias.

Es verdad que no tengo inquietud en lo que respecta a ustedes, mis muy queridas Hermanas; pues, además del cuidado grande y del amor muy ardiente que sé que nuestra Madre admirable tiene por las hijas de su Corazón, conozco igualmente en qué manos las he dejado. Esto no impide sin embargo que tenga cuidado especial de ofrecerlas cada día a Nuestro Señor Jesucristo en el santo sacrificio de la Misa, y que yo las visite espiritualmente a diario; así también les ruego que vengan a trabajar todos los días con nosotros en esta misión mediante sus oraciones y demás ejercicios de piedad. Es lo más agradable que pueden ofrecer a su divina Majestad.

Gozo grandemente por las bendiciones que su infinita bondad da a su pequeña comunidad, y le suplico muy humildemente que las aumente cada vez más; que no permita que ustedes les pongan obstáculo. Y para que esto no suceda, les ruego, mis muy amadas Hermanas, que se examinen especialmente en tres puntos: en la humildad, en la obediencia y en las caridad y cordialidad mutuas. Soy, mucho más de lo que ustedes pueden pensar, en el amor sagrado del santísimo Corazón de Jesús y de María, mis muy amadas Hermanas, el enteramente suyo,

JUAN EUDES Sacerdote misionero

17. A la madre Patin, sobre el terreno de Launay y otros asuntos

París, 1660

J. M . J.

Mi muy querida y buena madre,
Nos guíe en todo la divina Voluntad.

Alabo a Dios con todo mi corazón por todas las gracias que le hace y por las santas disposiciones que pone en su alma. Le doy gracias además por multiplicar el número de nuestras muy queridas Hermanas, sus muy buenas Hijas, pero sobretodo por sus bondades para con mi sobrina. De esto le quedo muy agradecido, mi muy querida madre, y le manifiesto mi gratitud en cuanto me es posible²

Me regocijó grandemente saber por su carta que la cuestión de Roma marcha bien. Pero ese modelo de Avignon me causa mucho pesar pues temo que se esté queriendo unir las a las religiosas de Avignon, lo que nunca no se debe aceptar. Ciertamente preferiría que la casa se derrumbara y no aceptar esa posibilidad³. Espero que Nuestro Señor y su santísima Madre provean solución. Cuando el Señor de la Boissière esté aquí como lo esperamos, sabré por sus mismas palabras lo que ha querido decir.

Conversé con la querida madre de Maupeon y la entrevistaré otra vez, Dios mediante, luego la misión que estamos haciendo finalice. Si logro encontrar al joyero me ocuparé de sus deseos.

² Se trata de Francisca Herson, hermana de sor María de la Natividad Herson. A la edad de 21 años tomó el hábito y profesó como Hermana conversa en 1665. Murió en 1733. Recién entrada al monasterio un cirujano torpe le perjudicó un brazo, y durante mucho tiempo no pudo servirse de él. La madre Patin la conservó sin embargo en el monasterio. A este hecho alude el P. Eudes en la carta.

³ En el Refugio de Avignon las penitentes estas dirigidas por antiguas penitentes que habían llegado a ser religiosas. Es lo que no aceptar el P. Eudes.

La cuestión del terreno de Launay me causa mucha pena pues nuestros Padres de Coutances piensan que nos causaría deterioro de nuestra casa si no se le pone remedio. Le ruego, mi muy querida madre, que considere que inicié este asunto para favorecer a su casa y que lo hice en contra del sentimiento de nuestros Padres y que adquirimos ese terreno que nadie quería. Es muy cierto entonces que no lo compramos por barato. En verdad que luego de que el negocio se hizo, usted y alguien más, me hacen saber que el Padre de San Nicolás lo pedía. Pero entonces yo ya me había comprometido de palabra con otra persona que también lo quería, y que luego, cuando el Padre de San Nicolás lo hubiera adquirido y que los mismos disgustos le hubiera venido como a nosotros no hubiera dejado de recurrir a usted para indemnizarse.

En vista de esto le ruego, mi muy querida madre, que actúe en esto como hubiera querido que se hubiera hecho con usted en iguales circunstancias. Es un asunto en el que fuimos engañados. Si la persona que nos lo vendió lo tuviera todavía hubiera tenido que indemnizarnos, y sucede que ella se lo regaló en buena parte. Por eso, a usted le corresponde hacer lo que ella hubiera debido hacer si estuviera todavía en su poder. Es lo más justo y equitativo. Pero para que yo no haga de juez, le suplico, mi muy buena madre, para impedir que esto no sea causa de herir la caridad cristiana, actuar en esto según lo que sus Reglas de la Visitación le piden, cuando se presenta alguna dificultad en procesos, es decir, escoger algunos amigos comunes, conocedores de estos asuntos, a cuyo juicio nos atendremos en este caso. Es necesario servirse del expediente y no dudo que usted

lo acepta pues conozco su sentido de la justicia, y sé que se guía por la razón; además, como buena cristiana, no lo rehúsa⁴.

No obstante, con toda la cordialidad posible, envió mi saludo a todas y cada una de nuestras queridas Hermanas y le ruego que les diga que nos colaboren en esta importantísima misión mediante sus oraciones.

De todo corazón, mi muy querida y buena madre, soy todo suyo,

JUAN EUDES
Sacerdote misionero

18. A la madre Patin, sobre sus tribulaciones interiores y los medios que deben tomarse para obtener de Roma la aprobación de la Orden

1660

J. M. J.

Mi muy querida y bondadosa madre,
Nos guíe en todo la divina Voluntad.

De todo corazón bendigo a Nuestro Señor por el favor que le hizo al sosegar el viento y la tempestad y haberle traído la calma y la tranquilidad a su alma. Pero le agradezco todavía más por haberle concedido la gracia de sufrir lo que sufrió en el estado, en que por su carta, veo

⁴ El terreno de Launay en cuestión fue vendido por su dueña, Ana le Conte, al seminario de Coutances. Ella entró a la Orden de Nuestra Señora de la Caridad. Allí los eudistas en esa casa tuvieron el noviciado de la Congregación a partir de 1678.

que estaba. Querida madre, ¡qué precioso es ese estado! Es un rico regalo de la divina bondad. Cuántas acciones de gracias debemos darle por las desolaciones más que por los consuelo. Son los mayores dones que Dios concede en este mundo a las almas que le son muy queridas. Aunque pasáramos cien años de rodillas agradeciéndole la más pequeña de las aflicciones que nos pueda sobrevenir, no sería suficiente para agradecerle dignamente. Así lo decía él mismo al beato Enrique Suso de la Orden de los dominicos. Pero, mi muy querida madre, le suplico que cierre firmemente la puerta al pensamiento de no tener vocación para la casa de nuestra Señor a Caridad; tal pensamiento no viene de Dios pues ciertamente es contra la verdad, pues nunca he conocido vocación que sea más visible, clara y manifiesta.

Quiera Dios que la noticia de Roma sea falsa; temo que no sea verdadera pues el cardenal Antonio Barberini, del que se hace mención, y el cardenal Antonio son la misma persona. Es cierto que de parte nuestra nunca se ha hablado de Hijas del Corazón de la santísima Virgen, No sé de donde salió tal especie.

Pase lo que pase, tenemos que aceptar totalmente la muy adorable voluntad de Dios y tener confianza en su infinita bondad que lo conducirá todo de la manera que le sea más agradable; eso es lo único que queremos; sin embargo, imposible desanimarnos; hagamos por nuestra parte cuanto podamos para culminar bien este asunto.

Le he dicho siempre, mi muy querida madre, y se lo repito ahora, que es necesario enviar un comisionado especial a Roma por las razones que le he manifestado. Soy del parecer que se esperen otras

noticias, pero, con todo es preciso prepararse para enviar a alguien si es necesario. No es suficiente que hayamos recomendado esto a monseñor du Puy. Es necesario además enviar un eclesiástico para urgir esta cuestión. Conozco en París a alguien muy idóneo para este asunto y pienso que no me rehusará este servicio. Escribí a París para saber cuando partirá monseñor du Puy para ir a visitarlo y hablarle una vez más del asunto, y para encontrarme con dicho eclesiástico. Si monseñor Du Puy acepta de buen grado que lo acompañe en su viaje sería muy bueno. Le ruego, mi muy querida madre, preparar el dinero que le sea necesario, si lo veo dispuesto a partir; hay que mandar a hacer copias bien escritas de las cartas de monseñor Molé y del último decreto de verificación, como también de las constituciones de la Orden; esto último no es urgente.

Envío mi saludo muy cordial a todas nuestras Hermanas y soy, de todo corazón, mi muy querida y bondadosa madre, todo suyo,

JUAN EUDES

Sacerdote misionero

19. A la madre Patin, sobre sus congojas interiores, y sobre el envío a Roma de un comisionado encargado de solicitar la aprobación del Instituto

21 de septiembre de 1660

J. M. J.

**Mi muy querida y bondadosa madre,
Nos guíe en todo la divina voluntad.**

Si hablara según lo temporal, la compadecería mucho por todo lo que sufre. Pero si hablo de acuerdo a lo espiritual me parece que usted es más digna de envidia que de compasión, pues la mayor felicidad que usted puede experimentar es la de ser conforme con Jesucristo, Nuestro Señor, nuestra adorable cabeza. El estado de abandono, de privación, de muerte y de anonadamiento que soporta, es muy conforme con el que este amadísimo Salvador llevó en este mundo. Entréguese, pues, a él, mi muy querida madre, para vivir este estado unida a él y en su espíritu, todo el tiempo que a él le plazca, y trate de hacer tres cosas: 1. Esfuércese por no dejarse abatir y ponga atención en este punto; entréguese al poder y a la fuerza divina para que ellos la sostengan. 2. Acepte este estado de muerte y de anonadamiento y repita con el Hijo de Dios: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23, 46). 3. Abandónese por entero a la muy santa voluntad de Dios y diga con Nuestro Señor: *Que no se cumpla mi voluntad sino la tuya* (Lc 22, 42).

Comento ahora su asunto, mi muy querida madre: entrevisté hace poco a algunos que han estado en Roma para tratar asuntos semejantes al suyo. Me dijeron que es imposible lograr algo si no se envía a alguien

expresamente. Todo por las mismas razones que tantas veces le he expuesto.

Recuerde igualmente lo que monseñor du Puy me dijo al respecto como se lo escribí: que lo que me escribió referente a la madre de Maupeou no la haga tomar decisiones pues estoy cierto que luego de que yo le haya dicho las cosas como son, ella estará bien de acuerdo conmigo.

Me informé también conversando con diversas personas que han estado hace poco en Roma sobre cuanto podía costar. Me dijeron que viajando con austeridad hay que contar con al menos doscientas libras para ir y otro tanto para regresar, y que la estadía costaría cuatrocientas por año pero creo que no sea necesario tanto tiempo. Aunque no sea posible precisar bien lo que va a costar, creo que usted podría lograr este asunto con unas seiscientas libras. Eso no es nada ante una cuestión de tantas consecuencias. No se preocupe por el dinero, mi muy querida madre, en esta necesidad tan urgente y que Nuestro Señor no venga a decirle un día lo que dijo a santa Teresa, cuando no se resolvía a hacer un gasto para la fundación de una de sus casas por la cuantía que le parecía elevada. Oyó decir entonces al Hijo de Dios: “Todavía te preocupas por el dinero”.

El que por cien escudos le ofrece ir a Roma y hacer sus trámites es un burlón o alguien que desea ir a Roma y que le gustaría hacer ese viaje a costa suya. ¿Tiene todas las capacidades requeridas para cumplir esta misión? Si es así, haga como bien le parezca. Pero recuerde, mi muy querida madre, lo que le escribí respecto de aquel que se ofreció ir por pura caridad y sin

ningún interés; es hombre honrado, capaz, inteligente, bien presentado, conoce la lengua italiana y tiene en Roma amigos y relacionados.

En fin, el tiempo de partir para hacer este viaje urge. Déme a conocer lo más pronto posible su última decisión, y, en nombre de Dios, créale a una persona que ama, como yo lo hago, la casa de la bondadosa Virgen y que le habla con tanta verdad como sinceridad. Es precisamente aquel que de todo corazón es, mi muy querida madre, todo suyo,

JUAN EUDES
Sacerdote misionero

20. A la Hermana María de la Asunción Eustaquia de Taillefer sobre la conformidad con la voluntad de Dios

París, septiembre-octubre de 1660

J. M. J.

Mil veces le agradezco, mi muy querida hija, y también a todas nuestras muy queridas Hermanas, por sus recuerdos caritativos y por sus sinceras cordialidades. Le aseguro que no las olvido ante Dios y que las llevo todos los días, a todas y a cada una en particular en el sagrado altar.

Si me dejara llevar de mis inclinaciones le aseguro que preferiría estar en Caen para hablarles algunas veces de las bondades incomparables de nuestro muy bueno y muy adorable Salvador, en lugar de estar aquí, andando las calles de París. Pero Dios nos libre de hacer nuestra propia voluntad y nos conceda la gracia de reconocer que no tenemos otra ocupación en este mundo distinta de hacer en todo y por doquier su voluntad, *Corde magno et animo volenti*. Qué gozo saber que tal es nuestra única ocupación. Todas las fuerzas de la tierra y del infierno no podrán, si así lo queremos con la gracia de Dios, impedirnos por un momento cumplir nuestro único deber. Entre más se empeñen en crearnos obstáculos en esta tarea tanto más nos ayudan a cumplirla.

Con lo mejor de mi corazón, o mejor, en el amor sagrados del santísimo Corazón de Jesús y María, saludo a todas y cada una de nuestras muy queridas Hermanas, pero sobre todo a nuestra muy querida y bondadosa madre, cuya palabra despierta en mí toda confianza. El completamente suyo,

JUAN EUDES

Sacerdote misionero

21. A la madre Patin, sobre los trámites que hay que hacer en Roma y sobre la dirección de las penitentes

París, verano de 1661

J. M. J.

**Mi muy querida y bondadosa madre,
En todo nos guíe la divina Voluntad.**

Envié ayer el dictamen de los señores grandes vicarios, que usted me hizo llegar, junto con varios otros testimonios que el Padre Boniface me pidió, de parte de los señores grandes vicarios de París, con referencia a las religiosas del Hospital de París. Allí viven ellas en medio de muchos enfermos, convalecientes, médicos cirujanos, farmaceutas y empleados del hospital. Allí acuden también algunas jóvenes de mala conducta para dar a luz. Y referentes también a sus Hermanas de la Visitación sirven a las arrepentidas, para que conste que unas y otras cumplen su oficio sin que se produzca ningún desorden.

Hace tiempo hablé de esto con el obispo de Bayeux y le comenté lo que se hace en Roma al respecto. Incluso escribió por petición mía a algunos de sus amigos de Roma, para rogarles que presten ayuda para esta petición. Volví a hablarle en esta semana y me aseguró que cuando llegue a su sede dará su declaración y que hará que igualmente la presenten los que sea necesario, y que empleará todo su poder con sus amigos en Roma para hacer que éste asunto culmine exitosamente.

Espera que mañana le lleguen sus bulas. Se hará consagrar de inmediato y espera estar en su diócesis para la fiesta de Todos los Santos. Por esto escribí al Padre Bonifacio que si ve peligro de ser rechazado no

urja el asunto, sino que lo aplaze hasta que le llegue el documento del obispo.

En efecto, recibí ayer su carta en la que me dice que se insiste mucho en el peligro que ellos creen que existe en que religiosas tengan la dirección de penitentes; que algunos le dan alguna esperanza; que trabaja noche y día para que el asunto avance; que se ocupa del todo en esto y no hace cosa distinta.

Para remover esta dificultad ha expuesto que las penitentes están separadas de las religiosas por un muro que media entre ellas; que tienen dormitorio, comedor y capilla aparte; que en el muro hay una puerta por donde dos religiosas mayores entran al lugar donde están las penitentes, y regresan al caer la tarde; que durante la noche se las vigila por una reja; que en su dormitorio hay siempre una lámpara encendida ante una imagen de la santísima Virgen; que algunas de las penitentes que se considera más firmes en el temor de Dios son encargadas de vigilar a las otras; que durante la noche se encierra bajo llave a las que se piensa que podrían perjudicar a las otras; que nadie entra forzosamente a la casa sino solo las que voluntariamente entran para convertirse y hacer penitencia.

Me dice que ha dicho todo esto para responder a esta dificultad y que cree que todo pasa así; me dice que se lo haga saber a usted para que si no es así usted se encargue de poner en práctica todo esto, en cuanto sea posible, porque si llega a suceder, como seguramente sucederá, si el proyecto es aceptado, que se escriba desde Roma al señor nuncio, como se acostumbra en casos semejantes, para que rinda su informe respecto a

la verdad de estas cosas; es necesario que todo sea verdadero. Dé, pues, la orden mi muy querida madre, se lo suplico.

Yo le escribí que no eran vigiladas por una reja y que trate de suprimir esta frase, pero que se hará todo lo demás. El sacerdote Brisacier no ha hecho nada en este asunto y el banquero no ha hecho más que perjudicarlo. Si se hubiera enviado un hombre como el que está allí, hace tiempo todo estaría concluido con menos sufrimientos y sin tantos gastos.

Me entrevisté ya con la buena madre de Maupeon y espero encontrarla de nuevo hoy.

Saludo muy cordialmente a todas y cada de nuestras queridas Hermanas y le ruego que les diga que me encomiendo insistentemente a sus oraciones; soy, para la madre y la Hijas, en el amor sagrado del santísimo Corazón de Jesús y de María, mi muy querida madre, todo suyo,

JUAN EUDES
Sacerdote misionero

22. A la madre Patin. Le pide copiar las Reglas de las Penitentes para enviarlas a Roma y anota su contenido

París, 10 de septiembre de 1661

J. M. J.

**Mi muy querida madre,
Nos guíe en todo la divina Voluntad.**

Le envío la carta del Padre Boniface que recibí ayer para que ponga en práctica el plan que pide de acuerdo al que él ha hecho más o menos; le ruego enviármelo lo más pronto que pueda.

No es necesario que me envíe todas las Reglas sino que me haga una copia de las que conciernen a las Penitentes, cómo se las dirige; que consten en ellas los puntos siguientes:

1. Que solamente se recibe a las que, impulsadas por la gracia, entran voluntariamente en la casa para hacer penitencia.

2. Que durante su permanencia en la casa observen la clausura.

3. Que nunca son recibidas en este monasterio para ser religiosas; que si algunas desean serlo sean remitidas a los monasterios de Convertidas que hay en otras ciudades, siempre que quieran ir.

4. Que tengan su dormitorio, su capilla y su comedor separados de las religiosas.

5. Que si alguna se muestra incorregible sea despachada.

6. Que aunque vivan en un mismo monasterio con las religiosas están separadas al menos por un muro para que no exista ningún trato entre ellas sino con permiso de la superiora.

7. Que haya una puerta en el muro por donde dos religiosas, por mandato de la superiora, entren cada mañana al lugar donde están las Convertidas, para permanecer durante el día con ellas, en una sala donde están todas reunidas, para vigilar sus comportamientos, hacer que oren a Dios, hacerles alguna lectura espiritual en las horas señaladas y obligarlas a trabajar el resto del tiempo. Llegada la noche, luego de las oraciones y el examen, las Convertidas se retiran a sus celdas, y las dos religiosas vuelven donde las otras religiosas; luego se cierra la puerta y la llave se entrega a la superiora.

8. Que de entre las religiosas se escoja las mayores en edad y buenas costumbres para enviarlas durante el día a acompañar a las Penitentes, y que no se envíe siempre a las mismas sino que se cambie oportunamente a una u otra de las dos, para mayor seguridad.

9. Que si sobre alguna de las Convertidas recae una sospecha, sea recluida bajo llave en una celda, durante la noche.

10. Que durante la noche haya siempre una lámpara encendida en el dormitorio de las Convertidas ante una imagen de la santa Virgen, y que haya una religiosa que las vigile a través de las rejas. Estas estarán colocadas de tal manera que la religiosa que las vigile no pueda hablar con ninguna de las Convertidas sin dejar de ser escuchada por las otras religiosas que están a su alrededor.

11. Que no se permita a nadie del exterior sobre quien recaiga alguna sospecha, sea hombre o mujer,

hablar a las Convertidas, ni siquiera tratándose de familiares.

Todo esto ha sido pedido por el Padre Bonifacio para que sea consignado en las Reglas que usted me ha de enviar con intención de conservarlas cuanto tiempo sea posible y necesario.

La designación de *Convertidas* que usted va a leer en la carta del Padre Boniface es el nombre que en ese país se da a las Penitentes o Arrepentidas.

Si usted recurre al Padre Mannoury, él le pondrá muy pronto estas reglas bien presentadas y le hará el plano que pide el Padre Boniface; quedará todo como se pide y cada lugar en conformidad a su lugar propio⁵. Es necesario enviar expresamente una persona y un caballo a Lisieux para que el Padre se traslade pronto a Caen. No me parece prudente que se aloje en nuestra casa de comunidad a causa de las enfermedades que hay allí ahora, sino que, luego de haber dialogado con usted, mi muy querida madre, y luego de haber visto la casa, usted le entregue las Reglas de las Penitentes y que él se vaya dos días a casa de los Camilly para hacer allí su trabajo. Le he escrito que vaya a encontrarse con usted con esta intención si usted manda a buscarlo.

Le pido que me envíe lo más pronto posible los testimonios escritos de los señores párrocos y de las personas importantes de esa ciudad tal como pueda conseguirlos; en efecto, el obispo de Bayeux todavía no ha recibido las Bulas y no se ha ido todavía a su diócesis. Devuélvame la carta del Padre Boniface y adjúnteme la suya, dirigidas al palacio Mazarin de París, pues estoy

⁵ Probablemente se refiere a los lugares propios de las Hermanas y de las Penitentes.

alojado allí; el obispo de Coutances, que permanece, allí me ofreció una habitación en el palacio para tomar los remedios en reposo por causa de una incomodidad que padezco pero que no es de mucha consecuencia.

Soy de todo corazón, mi muy querida madre, todo suyo,

JUAN EUDES
Sacerdote misionero

23. A la comunidad de Nuestra Señora de Caridad sobre la observancia de las constituciones y la práctica de algunas virtudes en especial

París, 3 de diciembre de 1661

J. M. J.

**Mis Hermanas muy queridas,
Nos guíe en todo la divina Voluntad.**

Doy gracias infinitas a nuestro bondadosísimo Jesús y a su santísima Madre por las grandes bendiciones que derraman sobre su comunidad. Les suplico que las concedan cada vez mayores y les den la gracia de aprovecharlas como ellos lo piden. Les ruego, mis muy queridas Hermanas, que sean muy fieles y exactas en la

observancia de las Reglas y Constituciones y en la práctica de todas las virtudes, en especial de la humildad, la obediencia, la caridad mutua, el celo por la salvación de las almas, la sumisión a la santísima voluntad de Dios, el puro amor de Jesús y la devoción especial a su divina Madre. Su bondadosa madre superiora les enseña a diario todo esto por su ejemplo y sus palabras. Es lo que yo les he predicado siempre, mis muy queridas Hermanas, y les predicaré a todo lo largo de mi vida, pues, nada tenemos que hacer en esta vida que no sea dedicarnos a agradar a Dios, y solo existe un modo de agradarle que es ése. Por lo demás, les agradezco, mis muy queridas Hermanas, por su caritativo recuerdo; sigan haciéndolo conmigo, les pido; y estén seguras de que nos las olvido nunca en el santo altar, pues son para mí mucho más amadas ante Dios de lo que puedo expresar.

Si no tuviera ante mí la muy adorable voluntad de Dios, me aburriría terriblemente en París. Ella me retiene por asuntos necesarios, los que tienen que ver ustedes son de primer orden. Si no tuviera otros, estos sólo serían capaces de retenerme. Rueguen a Nuestro Señor y a su santísima Madre por mí, mis muy queridas Hermanas, para que me otorguen la gracia de hacer en todo y por doquier, a cualquier precio que sea, lo que les sea más agradable, pues les aseguro que es lo único que pretendo. Les suplico que las hagan a todas, la madre y las hijas, según su Corazón. En este sagrado Corazón soy y seré eternamente, mis muy queridas Hermanas, todo suyo,

JUAN EUDES
Sacerdote misionero

24. A la madre Patin sobre los asuntos de Roma

Comienzos de 1662

J. M. J.

Mi muy querida madre,

Sea siempre nuestra norma la divina Voluntad.

Esta semana recibí carta del Padre Boniface, en la que me dice que sus asuntos van cada vez mejor, gracias a Dios, y que es tiempo de duplicar los votos al cielo pues grandes cosas, dice, están por venir.

Me dice también que ha sido advertido de que el costo, es decir lo que hay que dar en Roma, aumentará pronto en cinco por ciento, y que así, en lugar de los diez francos que costaba, pasará a costar quince, todo a causa del mucho dinero que habrá que retirar de París, cuando el embajador, el cardenal de Retz, que saldrá pronto de aquí para ir a Roma, esté allí; que pronto tendrá necesidad, pues solo le quedan unos cien escudos; sus gastos ascienden a diez escudos por mes; su habitación, tres escudos, sin contar el lavado de ropa, la leña y las velas. Al llegar a Roma tuvo que gastar cien escudos en vestidos y ropa blanca, pues salió de aquí

con vestidos raídos por temor de ser asaltado en el camino; el vestuario es caro en Roma y no dura mucho lo que obliga a conseguir vestidos de sarga para pasar el invierno; tiene necesidad de una sotana y un manteo para el verano, lo que cuesta veinte escudos; que no hay que molestar por lo que hace al mantenerse con ropa de menos de sesenta u ochenta escudos por año; que le costará mucho más hacer elaborar varios escritos, y mucho más gastar en regalos que está obligado a dar a diversas personas, sin lo cual es imposible obtener algo en ese país; y finalmente, que yo me abismaré cuando él me presente sus cuentas.

Es lo que me escribe y considero que es un hombre muy sincero y veraz, que no malgasta el dinero en cosas no necesarias. Podemos darnos por bien servidos por haberlo encontrado y porque da su tiempo y su trabajo, que es grande, pues se afana mucho por su asunto, y no ahorra ningún cuidado ni ninguna diligencia, y no hace otra cosa sino solo esto, Por todo esto, le ruego, mi muy querida madre, que ordene que se encuentre se dinero para enviárselo.

Le escribí que en el mes de septiembre le envié quinientas libras y que me costó cincuenta el porte de ese envío. Como yo tenía ese dinero y él me escribía que tenía necesidad no quise causar molestia a usted en ese momento. Si ahora lo tuviera se lo enviaría gustosamente como lo hice en aquella ocasión confiado en que un día usted me lo reembolsaría, pero en este momento carezco de fondos. Sírvasse encontrarlo pronto y enviármelo de inmediato pues el cambio aumentará en estos días y además no estaré aquí. Si no hace esto el

trámite se quedará estancado y el Padre Boniface se vería obligado a abandonarlo y a dejarlo ahí. Luego de tantos sufrimientos y gastos no estaría bien abandonarlo ahora que marcha bien. En los asuntos de Dios no hay que quejarse de gastos; si no tiene dinero disponible habrá que prestarlo o conseguirlo con intereses, y no enviar menos de cuatrocientas o quinientas libras; los gastos de las bulas serán mayores y se le rendirá cuenta de todo. Hágalo de prisa, mi muy querida madre, se lo ruego.

Saludo muy cordialmente a todas nuestras queridas Hermanas y soy de todo mi corazón, mi muy querida madre, todo suyo,

**JUAN EUDES
Sacerdote misionero**

PS. Le envío una oración propia que la querida madre de Monçon me hizo llegar para recitarla en el oficio y la misa del beato Padre⁶. Esta oración fue hecha por el mismo santo Padre, el Papa.

25. A la madre Patin. El Padre Eudes le urge que envíe el dinero necesario al Padre Boniface, para continuar en Roma el trámite de la aprobación de la Orden

⁶ San Francisco de Sales, beatificado por Alejandro VII el 28 de diciembre de 1881.

Comienzos de 1662

J. M. J.

Mi muy querida madre.

Nos guíe en todo la divina Voluntad.

Si me dejara llevar por sentimientos humanos, la enfermedad que la aqueja me afectaría vivamente; pero además de que espero que Nuestro Señor le devolverá la salud, cuando pienso en su adorabilísima voluntad, solo acierto a decir: *Sí, Padre, pues lo has querido* (Mt 11, 26).

Le ruego encarecidamente, mi queridísima madre, que cuide un poco más de su salud y que se someta al juicio de los médicos para recuperarla.

Pero, por Dios, mi muy querida madre, ¿qué la mueve para decirme lo que me escribe acerca de sus asuntos? ¿Quiere usted abandonarlos cuando van por tan buen camino y tan adelantados? ¿O piensa usted que se puede hacer algo en Roma sin dinero, o que el Padre Boniface puede mantenerse allí sin él? ¿No es suficiente que le dé su trabajo y su tiempo? Le he asegurado a usted y lo reafirmo que se trata de un eclesiástico muy honorable y hombre de bien, que ha acometido esta empresa únicamente movido por su celo de la gloria de Dios, de la salvación de las almas y por pura caridad, ya que tiene los medios para vivir sin ello. ¿Me toma usted por mentiroso o embaucador y cree que él malgasta el dinero de usted, o más bien el mío? ¿Le paga usted sus desvelos con esta moneda?

Usted dice que amigos allegados suyos se sorprenden de que una persona permanezca tanto tiempo en Roma para un asunto como el que usted le ha encomendado. Ojalá esos amigos tomaran el puesto del Padre Boniface para que se dieran cuenta de la manera romana y de cómo los más pequeños asuntos no se logran allá sino con gran lentitud y paciencia. Sepa usted, mi querida madre, que si el Padre Boniface hubiera apresurado su trabajo antes de recibir las últimas certificaciones que se le enviaron habría fracasado sin remedio porque sin ellas lo habrían rechazado de nuevo y como consecuencia ya no quedaba esperanza alguna.

Sepan también usted y sus íntimos amigos que se trata de uno de los asuntos más difíciles que se ventilan en Roma, pues, en primer lugar, allá se considera que se trata de un instituto nuevo y que, por consiguiente, es, entre los asuntos que se tramitan allá, algo muy importante y difícil. En segundo lugar, consideran que se trata de un Instituto y de una Comunidad de personas honestas que deberán dedicarse a dirigir jóvenes y mujeres de mala vida. Esto constituye un obstáculo que hasta ahora nadie ha podido superar en Roma, porque allá piensan que es una obra que no pueden hacerse sin peligro evidente de perderse ellas mismas.

Y para que vea que nadie ha podido superar esta dificultad debe saber que las religiosas del Refugio de Nancy, que tienen casas también en Avignon, en Dijon y en Ruan, todavía no han logrado obtener las bulas de nuestro santo Padre el Papa por más esfuerzos que han hecho; sin embargo el caso de ellas no es tan difícil

como el suyo, porque su comunidad está compuesta de jóvenes penitentes que no están en peligro con las penitentes, y también de jóvenes correctas que ya fueron recibidas y aprobadas en Avignon por el Legado del Papa; y no obstante aún no han obtenido su aprobación de Roma aunque tienen allá una persona que se ocupa de esto para ellas desde hace más tiempo que el Padre Boniface, por más que es persona muy estimada en Roma. El Padre Boniface ha dialogado con él y me escribe que esta persona está de acuerdo con él, y que espera que lo nuestro termine para ver el camino que debe seguir según lo que acontezca. Entonces tomará las medidas apropiadas para continuar el asunto de las religiosas de Nancy.

Al respecto escribí al Padre Boniface que me alegra que esa persona haya tomado esta decisión pues si su asunto hubiera pasado antes que el suyo, querida madre, hubiera sido aprobado sí o no: si hubiera sido negado no habría nada que esperar en su caso; si hubiera sido aprobado y en seguida se hubiera entrado a estudiar el suyo, la habrían obligado a unirse a ellas y aceptar sus Reglas. Juzgue en consecuencia que un asunto como el suyo no es tan fácil como piensan sus íntimos amigos.

Pero hay todavía un tercer aspecto que hace esto difícil y es que ya se recibió un vez. Comunique, `por favor, todo esto a sus íntimos amigos y cambiarán de parecer, o dejarán de ser los íntimos amigos de la casa.

Dígales igualmente, y usted misma persuádase de ello, mi queridísima madre, que no está permitido emitir juicios con detrimento de la caridad que debemos al

prójimo en asunto de tanta trascendencia como éste, sin fundamento alguno, exponiéndose a ofender gravemente a Dios. Ya le he dicho a usted repetidas veces, y se lo reafirmo ahora, que el Padre Boniface no se dedica en Roma a asunto diferente del de usted. Es tan cierto esto que no he querido siquiera que me consiga alguna indulgencia u otra cosa para nosotros, para no distraerlo de su trabajo. Así no podrá decir usted que se ocupa en cuestiones distintas de las suyas.

Le aseguro a usted que una vez concluido su cometido, si se queda en Roma aunque sea por un solo día, no será a expensas de usted. Él le rendirá buena cuenta de su dinero y del que yo le he enviado en lugar de usted. Pero no espere que yo le mande más. Si usted no se lo envía puede estar segura de que cuando se le acabe el que le queda todavía, deduciendo lo que necesite para el viaje de regreso, abandonará el encargo de usted, se volverá y todo quedará trunco. Y los grandes esfuerzos que usted ha hecho por la casa de Nuestra Señora de Caridad resultarán inútiles. En efecto, si no se consiguen las bulas de nuestro santo Padre el Papa, la comunidad no podrá subsistir: la primera religiosa que se vea tentada contra su vocación se persuadirá fácilmente de que sus votos son nulos, si la comunidad no está aprobada por el Papa. Se retirará y toda la casa se derrumbará y se le echará la culpa ante Dios y ante los hombres a la buena madre Margarita Patin, que se rehusó a proporcionar lo necesario para conseguir la Bula.

¡Oh mi querida madre! los santos jamás ahorraron dinero cuando era necesario en las cosas de Dios. Usted

lo encontró para comprar la casa de La Vieille Monnaie, que le venía bien aunque no era absolutamente necesaria. ¿Quiere ahora ahorrarlo en lugar de proveer a una cosa que es fundamental para su comunidad y sin la cual no podrá subsistir? En nombre de Dios, mi muy querida madre, déjese de desconfianzas y sospechas mal fundadas, como de una cosa que es indigna de una santa tal como la madre Patin. No escuche tanto a esos amigos íntimos de que me habla, y confíe en una persona que tiene más estima y afecto por usted y más celo por el bien de su casa como nadie. Esa persona es aquel que, en el amor sagrado de muy santísimo Corazón de Jesús y de María, mi muy querida madre, es del todo suyo,

**JUAN EUDES
Sacerdote misionero**

26. A la madre Patin. Reiteradas instancias para que decida proveer al Padre Boniface el dinero que necesita

Marzo de 1662

J. M. J.

**Mi muy querida y buena madre,
Nos guíe en todo la divina Voluntad.**

Doy infinitas gracias a Nuestro Señor y a su santísima Madre por la mejoría de su salud y les suplico que se la conserven y que la fortalezcan; que le devuelvan su entera salud y la hagan muy santa para su gloria y para la santificación de la muy querida casa de su divina Caridad.

Le agradezco asimismo una y mil veces, mi muy querida madre, del consuelo que me da por haber recibido a mi sobrinita⁷; pero me extraño de algo que no he podido saber antes, por usted o por otras, cosa que yo deseaba desde hacía largo tiempo.

Usted me consuela con esto, pero permítame decirle, mi muy querida madre, que también me entristece, al saber que usted abandona el asunto de Roma que iba en tan buen camino. Esta semana recibí nuevamente una carta del Padre Boniface en la que me asegura que marcha bien. Usted me hace saber que no puede enviar dinero si no se le asegura que todo culminará bien. ¿Puede pensarse que la madre Patin, religiosa tan virtuosa como reflexiva, haga semejante propuesta? ¿Quiere tratar al Padre Boniface, que emprendió tan largo viaje y que se ha llenado de penalidades por causa suya, y todo por pura caridad, como si fuera un banquero? ¿Quisiera usted que él le devuelva lo que ha gastado en sus necesidades asumidas

⁷ Ver arriba las cartas 5 y 17.

en servicio de usted? Si él le estuviera prestando el servicio de criado no podría obligarlo a hacer semejante cosa. ¿No le basta que él le prometa rendirle cuenta fiel de sus gastos?

Dice usted que le escribí que la divina Providencia proveerá. Esto es cierto. ¿Pretende usted decirme que estoy obligado a enviar el dinero que sea necesario? Si lo tuviera lo enviaría gustosamente, pero yo he aportado a esta causa todo lo que tenía, e incluso más, pues me endeudé mucho por este motivo. He invertido más de seiscientas libras, tanto de lo que tenía como de lo que tomé prestado. Sin embargo, si usted me asegura que me lo va a devolver buscaré el modo de encontrarlo. Pero es necesario que me lo escriba y que me envíe un documento en que me asegure esto, por el correo de jueves o a más tardar el de viernes, pues con la ayuda de Dios yo me ausentaré pronto, y no llegaré en seguida a Caen pues me voy a detener en Ruan y en Lisieux. ¿Y si usted me deja partir de aquí sin ordenar este asunto que será de él? ¿Y qué hará el Padre Boniface, a quien tendría que escribir antes de salir, que usted rehúsa enviar el dinero y prefiere que se abandone este asunto y que por consiguiente se venga? ¿Y cómo se responderá a Nuestro Señor y a su santísima madre por haber abandonado su caso, tan importante para su servicio y para la salvación de las almas? Y no haga recaer esta falta sobre otros, mi muy querida Madre, pues estoy muy seguro de que todo depende de usted.

En el nombre de Dios, mi buena y querida madre, no ahorre dinero en una causa que es fundamental para

la casa de Nuestra Señora de Caridad, por la que usted se ha desvivido y fatigado tanto hasta ahora, y sin la cual estaría en peligro evidente de desaparecer. Si usted no tiene el dinero envíeme un escrito en el que me asegura que me lo devolverá y yo haré todo lo que me sea posible por encontrarlo.

Envío mi saludo muy cordial a todas nuestras queridas Hermanas, y soy de todo mi corazón, mi muy querida y buena madre, del todo suyo,

JUAN EUDES
Sacerdote misionero

PS. Encomiendo a sus oraciones y a las de sus queridas Hijas al obispo de Bayeux que será consagrado el domingo.

27. A la madre Natividad Herson a quien asegura que olvida de corazón algunas molestias que él había recibido

1662

J. M. J.

Mi muy querida sobrina y muy amada Hija,
Con inmenso gozo y consuelo leí tu carta. De todo corazón olvido por entero todo lo que pasó. Solo te pido que sirvas fielmente a nuestro benignísimo Salvador y a

su bondadosísima Madre y que los ames con todo tu corazón.

Envío mi saludo muy cordial a la buena madre superiora y a todas mis muy querida Hijas.

Si quieren darme un gozo grande reciban a la pobre huérfana que han despachado.

Viva Jesús y María.

JUAN EUDES

Sacerdote de la Congregación de Jesús y
María

28. A la madre Patin, quien le había anunciado la aprobación apostólica de la Orden de Nuestra Señora de Caridad

París, 11 de octubre de

1665

J. M. J.

De todo corazón le agradezco, mi muy querida madre, las gratísimas noticias que me escribe; me producen un gozo indecible. Por ello se den gracias infinitas por siempre a la Santísima Trinidad; gracias infinitas a nuestro amabilísimo Jesús; gracias eternas a

su santísima Madre también nuestra; gracias inmortales a nuestro muy venerada Hermana María de Vallées, quien ha contribuido mucho a este triunfo; gracias inmortales a todos los Ángeles y a todos los Santos, en especial a san Francisco de Sales; bendiciones, muchas bendiciones, a todas las personas que han trabajado en esta tarea.

Alegrémonos en Nuestro Señor, mi muy querida Madre y mis muy queridas Hermanas. Que estos favores del cielo nos animen a amar y servir con mayor ardor y fidelidad a nuestro bondadosísimo Jesús y a nuestra amabilísima Madre, mediante la práctica de sólidas virtudes, especialmente la humildad, la obediencia, la caridad y sobre todo, sobre todo, el celo por la salvación de las almas perdidas y abandonadas. Así podrán manifestar el amor que tienen a Aquel que se sacrificó por ellas y su deseo de agradar a su amantísima Madre.

Por lo demás, estoy seguro de que ustedes han cantado fervorosamente nuestro santo *Alleluia*. Cómo deseo cantarlo yo también, en compañía de ustedes, mis queridísimas madre y Hermanas. Les voy a llevar una sagrada reliquia de los santos mártires, compañeros de san Dionisio, que me obsequió para ustedes la abadesa de Montmartre⁸. Yo no las olvido, mis queridísimas Hermanas, aunque parece que ustedes sí me han olvidado totalmente, pues no he recibido noticia alguna desde mi partida mi corazón de Caen. Les aseguro que a diario las llevo, a todas y a cada una sobre mis hombros como a mis pobres ovejas, y en mi corazón como a mis amadas hijas; sí las llevo al santo altar, para ofrecerlas

⁸ Se trata de Francisca Renata de Lorraine, abadesa de las Benedictinas.

en sacrificio, con nuestra Hostia adorable, a gloria y alabanza de la santísima Trinidad, y para hacer por ustedes muchas otras cosas que sería largo escribir.

Le ruego, mi queridísima madre, que lea esta carta a todas nuestras Hermanas y que no olvide ante Dios a éste que es en verdad, en el santísimo Corazón de Jesús y de María, todo suyo,

JUAN EUDES

Sacerdote misionero de Caen

29. A la madre Patin; el Padre Eudes le recomienda algunas prácticas de piedad para consuelo de las moribundas

1666

J. M. J.

Mi muy querida madre,

La enfermedad de nuestras queridas Hermanas me conmueve, en especial la de mi querida Hija María del Espíritu Santo⁹; pero se haga en todo y por doquier la adorabilísima voluntad de Dios. Le ruego, mi querida

⁹ La señorita de Saillaufaye fue llevada a Nuestra Señora de Caridad para protegerla de raptos por pretendientes. Allí descubrió la vocación y quiso hacer parte de la comunidad. San Juan Eudes celebró tres misas por ella al Espíritu Santo y le dijo que esa era su vocación. Murió pronto en diciembre de 1666.

madre, le diga que la tendré presente en el altar santo, donde nunca olvido a ninguna de todas las otras.

Cuando alguna de nuestras Hermanas se encuentre en grave peligro, es bueno que algunas de las otras se repartan entre ellas los ejercicios de preparación a la muerte que se encuentran en la parte séptima de *Vida y Reino de Jesús*, a fin de hacerlos por la enferma y decírselo a ella, a fin de que consienta y se una de corazón y voluntad. Le suplico, mi querida madre, que diga esto a todas nuestras Hermanas, para que no lo olviden.

Saludo a todas muy cordialmente y les agradezco sus oraciones en bien de esa casa sobre la que Dios derrama grandes bendiciones.

De todo corazón soy, mi muy querida madre, todo suyo,

JUAN EUDES, Sacerdote misionero

30. A la madre Patin sobre la redacción de las Constituciones

Evreux, 12 de noviembre de 1666

J. M. J.

Mi muy querida madre,

Sería muy bueno que usted pusiera el *Directorio* al final de las Constituciones, y añadiera a las mismas tres capítulos: **1. Admisión de las jóvenes; 2. Entrada de las**

novicias; 3. Obligación de las Reglas. En el artículo segundo del primero, quisiera eliminar estas palabras: “Se las detendrá durante algunos días como a extranjeras”. En efecto, esto no me parece viable. Por lo demás, cuide de poner esos dos primeros capítulos en el lugar de las *Constituciones* que parezca conveniente. En cuanto al tercero, su lugar propio es al final. Dios mediante, el *Ceremonial* se hará en otra ocasión.

Le doy mil gracias, mi muy querida madre, así como a todas las queridas Hermanas, por sus oraciones por la misión, en la cual Dios ha derramado grandes bendiciones, por las que sea alabado eternamente, lo mismo que la santísima Virgen.

Envío mi cordial saludo a todas mis muy queridas Hermanas y soy de todo mi corazón, mi muy querida madre, todo suyo,

JUAN EUDES Sacerdote misionero

31. A la madre Patin, sobre diversos puntos

Evreux, 13 de enero de 1667

J. M. J.

Mi muy querida madre,

Su larga y hermosa carta, plena de bondad, de caridad y de cordialidad llenó mi corazón de un gozo y

un consuelo del todo particulares. Mil gracias, mi muy querida madre, y le aseguro que este mismo corazón está colmado de afecto y de ternura hacia usted y hacia mis muy queridas Hijas. Cada día tengo el cuidado muy especial de ofrecer a Nuestro Señor, en el santo sacrificio de la Misa, a la madre y a las Hijas, y de rogar por todas sus necesidades espirituales y corporales.

Infinitas gracias doy a Nuestro adorable Salvador y a su muy amable Madre por todos los favores que ellos han hecho a la hija del señor de Bellecourt, y les suplico hagan que sea digna hija de su santísimo Corazón, cuya fiesta está ya aprobada, y se celebra en seis iglesias de esta ciudad.

Estamos terminando nuestra misión. En ella Dios ha derramado inmensas bendiciones. Le ruego, mi muy querida madre, lo mismo que pido a nuestras queridas Hermanas, que nos ayuden a agradecer a Nuestro Señor y a su santísima Madre por este motivo; y también por una nueva cruz que ellos han descargado sobre mis débiles hombros. Se trata de la fundación de una nueva casa de lo que actualmente nos ocupamos.

Por lo demás, mi muy querida madre, monseñor (*de Maupas, obispo de Evreux*) la reconoce y la ama como a una de sus más queridas hijas, y le da en esta calidad su santa bendición. Todavía me quedo aquí ocho o diez días. Luego me veo obligado a ir a Ruan para una nueva misión, en la que tengo mucha necesidad de sus oraciones, mi muy querida madre, y de las de todas nuestras queridas Hermanas. Hubiera querido tener el gozo grande de ir a visitarla antes, si el tiempo me lo hubiera permitido, pero es demasiado corto.

Adiós, mi muy querida madre; nunca la olvido ante Dios, no me olvide usted tampoco. Soy de todo corazón de usted y de todas mis muy queridas Hijas, todo suyo,

JUAN EUDES

Sacerdote misionero

32. A la madre del Santísimo Sacramento Pierre, primera superiora elegida en la Orden luego de la muerte de la madre Patin. Consejos para el desempeño de su cargo

París, 9 de enero de 1669

J. M. J.

Mi queridísima Hija,

Doy gracias de todo mi corazón a Nuestro Señor y a su santísima Madre por haberla escogido para encomendarle la carga de su casa. Y digo *la carga* porque usted hace bien, mi queridísima Hija, en no considerarla como un honor o un privilegio, sino como una cruz y un fardo muy pesado, ya que los superiores y las superiores están obligados a responder ante Dios por la salvación de las almas que Él les ha confiado.

Usted no debe considerarse como superiora pues la verdadera es la santísima Madre de Dios. Usted es solo su vicaria y su delegada. Por tanto, póstrese a menudo ante ella, especialmente cuando tenga que intervenir como superiora y renúnciese a sí misma; entréguese a ella y supplíquese que aniquile su propio espíritu y la haga partícipe del suyo que es el mismo de su Hijo, para poder conducir a sus hermanas mediante el espíritu del Esposo y de la Madre de todas ellas.

Para ello, mi queridísima Hija, haga cuatro cosas:

- 1. Hable a sus hermanas más con sus obras que con sus palabras. Sea la primera en acudir a todo y trate de comportarse de tal manera que sirva de ejemplo en toda clase de virtudes.**
- 2. Diríjalas con inmensa caridad, bondad y benignidad. Trate de adivinar sus necesidades corporales y espirituales, y demuéstreles en toda circunstancia un verdadero corazón de madre, lleno de solicitud, de ternura, de cordialidad.**
- 3. Vele por la exacta y cuidadosa observancia de sus *Reglas y Constituciones*; para ello estúdielas con esmero especialmente las que le conciernen.**
- 4. Tenga cuidado especialísimo de las penitentes y no omita nada de lo que pueda hacer para lograr su perfecta conversión pues la casa ha sido fundada con este fin; de esto dependen todas las gracias que Dios quiere derramar sobre ella. Si se cumple cuidadosamente lo propio de este Instituto, Dios derramará abundantes bendiciones sobre su comunidad; pero en el momento**

en que se deje de cumplir Dios la abandonará y todo se derrumbará, en lo espiritual y lo temporal.

Espero, con la ayuda de Dios, dar pronta respuesta oral al resto de su carta. No hay que apresurarse tanto a escribir la vida de una persona que acaba de morir por múltiples razones.

Saludo cordialmente a todas mis queridas Hijas, Siempre he tenido y tendré para ellas un verdadero corazón de padre. Y con toda verdad, mi queridísima Hija, soy todo suyo,

JUAN EUDES

Sacerdote misionero de la Congregación de
Jesús María

33. A la madre del Santísimo Sacramento Pierre, sobre la fundación de Rennes y sobre el celo que es preciso aportar en estas ocasiones

Rennes, 19 de enero de 1670

J. M. J.

Recibí las copias que me envió, mi queridísima Hija, pero falta la decisión de la comprobación del Parlamento. Viene una, la que ordena solamente que se informe en Caen acerca de las comodidades o

incomodidades de la ciudad, y esa no es la que necesitamos; es otra posterior que usted tiene, donde se ordena que las Letras patentes del rey sean registradas. Le ruego hacer sacar una copia cuanto antes y enviármela sin tardanza porque monseñor de Rennes desea verla.

Me sorprende que usted me diga que no es posible enviar tan pronto para acá Hermanas nuestras. ¿De dónde viene la dificultad, mi querida Hija? ¿No hay Hermanas que quieran venir? No puedo imaginar que las Hijas de la Caridad tengan tan poco amor a Dios y tan escasa caridad para con almas que han costado la sangre de su Hijo.

¿Será que tienen sus reservas acerca de la superiora de acá? ¡Pero si ella es toda caridad, bondad y benignidad!

¿Será acaso que usted piensa que le van a exigir la dote o la pensión o los gastos del viaje de las que vengan? Le doy mi palabra que no se le va a pedir nada de eso. Hay una Presidenta que ofrece su carroza para transportarlas. Caso dado de que no se encuentren contentas podrán regresar. Y mientras permanezcan allí, su casa quedará libre de la alimentación y sostenimiento de dos de sus hijas, y se fortalecerá la unión con esta nueva casa, y así se abre camino a otras fundaciones de su Instituto.

Finalmente, no sé de dónde provienen esta oposición y esta tardanza. Solo sé que el demonio se enfurece contra las comunidades que se dedican a la salvación de las almas y hará todo lo posible por obstaculizar este proyecto y diferir su ejecución,

sabiendo que cuando salgamos de aquí le será fácil lograrlo.

¿Por qué, mi querida Hija, tiene usted reservas conmigo? No tengo otra preocupación que la gloria de Dios y la salvación de las almas, y el provecho de su casa. Dígame con toda sinceridad cuál es el motivo y trataré de remover el impedimento. Usted puede confiármelo por escrito u oralmente con la misma seguridad, porque las cartas del correo nunca se pierden.

Saludo muy cordialmente a todas mis queridas Hijas y les encarezco que tengan devoción muy especial al divino Niño Jesús y a su santísima Madre.

Y en el amor del santísimo Corazón del Hijo y de la Madre, soy de usted, mi muy querida Hija, y de las demás Hermanas, todo suyo,

JUAN EUDES

Sacerdote misionero

34. A la hermana María de Santa Inés des Champs, en Caen, sobre el amor de Jesús y de María, y de la unión a las disposiciones con las que murieron

Evreux, 12 de octubre de 1670

J. M. J.

De todo mi corazón te agradezco, mi muy querida Hija, tu carta, plena de caridad y de cordialidad, y doy gracias infinitas a nuestro muy benigno Salvador y a su amabilísima Madre, por las santas disposiciones que han sembrado en tu alma. Se trata de una gracia muy particular que viene de su purísima bondad. Les suplico que la fortalezcan y aumenten en ti más y más. Y para cooperar de nuestra parte, ejercítate mucho en el amor del Hijo y de la Madre; entrégate a menudo a ellos suplicándoles que te sumerjan, te abismen, te pierdan, te consuman en las llamas sagradas de la hoguera ardiente de su muy amable Corazón. Une siempre la humildad al amor, y así mismo la confianza y un entero abandono de todo lo que eres a la divina voluntad.

Finalmente, mi muy querida Hija, entrégate más de una vez a Jesús, para unirte a las santas disposiciones con las que él y su santísima Madre murieron. Les suplico humildemente y con toda instancia que te den su santa bendición en todos los momentos de tu vida, y en especial en el último, y te asistan ellos mismos en este último paso, y que te reciban y alberguen en su benignísimo Corazón para siempre. Tengo inmensa confianza en la incomparable bondad de este Corazón admirable de Jesús, Hijo de María, y de María, Madre de Jesús, de que te concederán este favor.

Todo esto les suplico con toda instancia y soy, en el amor sagrado de este divino Corazón, mi muy querida Hija, todo tuyo,

JAUN EUDES
Sacerdote misionero

**Muy cordialmente a todas mis muy querida Hijas.
Saludo**

**35. A la madre del Santísimo Sacramento, superiora de
Nuestra Señora de Caridad, sobre cómo celebrar el
nuevo año**

París, 14 de enero de 1671

J. M. J.

Le agradezco, mi muy querida Hija su cariñosa carta. Mi corazón está demasiado comprometido con usted y con su comunidad para olvidarlas ante Dios. Ni lo hago ni lo haré nunca. La llevo siempre, así como a todas mis querida Hijas, al altar santo, y en todas mis otras pobres oraciones. Les pido que las informe de esto. Las saludo a todas y a cada una en particular y suplico a Nuestro Señor y a su santísima Madre que las colme a todas de sus santísimas bendiciones, y que nos dé la gracia de emplear este nuevo año como si fuera el último de nuestra vida, como si tuviéramos sólo este para amar a nuestro amabilísimo Jesús y a su muy querida Madre, también nuestra, y para reparar las

faltas que hayamos cometido en el pasado en su amor y su servicio.

No olvidaré a las personas que me encomienda. Le ruego igualmente, mi querida Hija, que haga hacer una novena en la comunidad, en honor del santísimo Corazón de Nuestro Señor y de su divina Madre por mis intenciones.

En el amor sagrado de su santísimo Corazón, soy para todas, y especialmente para usted, mi muy querida Hija, del todo suyo,

JUAN EUDES

Sacerdote misionero

36. A sor María de la Asunción Le Grand sobre varios puntos

Vernon, 19 de julio de 1671

J. M. J.

Le estoy muy agradecido, mi muy querida Hija, por la carta que me escribió para participarme el gozo que nuestro buen Salvador le concedió de contarla entre sus Esposas y entre las Hijas del santísimo Corazón de su divina Madre. A él doy gracias infinitas y le ruego muy humildemente que le conceda todas las virtudes que convienen a tan santas calidades.

Me he demorado largo tiempo en responderle porque, desde hace cerca de un mes, estoy muy ocupado en una misión que hago a una comunidad de religiosas por orden del señor obispo de Evreux. No he tenido tiempo libre para escribirle.

Envío mi saludo muy cordial a todas mis queridas Hijas, desde la primera hasta la última.

Cuando se encuentre con su señor tío le ruego que le presente mis muy humildes respetos.

Mis dos queridas sobrinas conocen bien que tengo para ellas un corazón de tío y de padre al mismo tiempo.

No se olvide, mi muy querida Hija, en sus oraciones de quien es, en la caridad del santísimo Corazón de Jesús y de María, mi muy querida Hija, del todo suyo,

JUAN EUDES

Sacerdote misionero

37. A sor María de la Natividad Herson, su sobrina, sobre la muerte de su cuñada

Evreux, 27 de septiembre de 1671

J. M. J.

Siento muy vivamente el gran dolor de tu afligido hermano, mi muy querida sobrina. Roguemos mucho al

Señor por él para que le conceda la gracia de hacer buen uso de este sufrimiento y para encomendar sus hijos a la santísima Virgen, rogándole que ella haga con ellos el oficio de Madre. Le escribí lo mejor que pude y he celebrado y celebraré todavía más la santa Misa por la difunta, por él y por sus hijos. ¡Somos muy afortunados de vivir en un estado muy ventajoso por encima de los muy felices estados del mundo! ¡Cuánta obligación tenemos de bendecir, amar y servir fielmente a Nuestro Señor y a su santísima Madre, por habernos sacado del infierno del mundo para trasladarnos al paraíso de su santa casa! ¡Cómo debemos abrazar de todo corazón las obligaciones de nuestro estado!

Saldré de aquí, Dios mediante, el martes para ir a Lisieux donde permaneceré quince días o tres semanas, luego iré a Caen, y tendré ocasión de ir a verte.

Saludo cordial para todas mis queridas Hijas. Soy de todo mi corazón todo tuyo,

JUAN EUDES

Sacerdote misionero de la Congregación de Jesús y María

38. A la Hermana de la Natividad Herson, sobre la dirección de las penitentes y sobre la manera de prepararse para la fiesta del Santo Corazón de María

París, comienzos de 1672

J. M. J.

Estaba a punto de ir a verte, mi muy querida sobrina y al tiempo querida Hija, y también a las demás queridas Hermanas, cuando nuestro querido hermano, el Padre Hubert, vino expresamente de París a Caen, para hacerme ir a París donde me encuentre en este momento para seguir la divina Voluntad por doquiera que ella quiera que yo vaya. Ruégale que me dé la gracia de morir antes que separarme por poco que sea de sus órdenes.

Ella te ha puesto al cuidado de nuestras hermanas penitentes. Es el oficio más santo que puedas tener en el mundo. Aplicate a él con toda la dedicación, caridad y fidelidad que te sea posible.

Les envío a todas ellas mi muy cordial saludo, lo mismo que a todas mis queridas Hijas. Que a todas llegue la bendición, en particular a mi muy querida hija María del Niño Jesús, cuya profesión anhelo de todo corazón.

Les recomiendo tres cosas para que se preparen a la fiesta del santísimo Corazón: 1. Humillarse y pedir perdón por el pasado; 2. Entrar en gran deseo de imprimir en sus corazones una imagen perfecta de las virtudes de este sagrado Corazón y trabajar en ello incansablemente; 3. Entregarse todas al amor infinito del divino Corazón de Jesús hacia el Corazón de María a fin de que él sea quien las prepare.

Todo tuyo, JUAN EUDES
Sacerdote misionero

39. A la hermana María del Niño Jesús, de Bois-David, segunda de ese nombre, con ocasión de su profesión

Caen, 18 de febrero de 1672

J. M. J.

Mil gracias, mi muy querida y buena Hija, por tu carta muy amable y muy sincera, y por todas las señales que me das de verdadera caridad. Agradezco asimismo a mis muy queridas Hijas, cuyos nombres aparecen en tu carta, por su cariñoso recuerdo. Si las demás estuvieran animadas por los mismos sentimientos, serían de verdad las hijas de Nuestra Señora de Caridad.

Me causa inmenso y sensible dolor no poder estar presente en tu sacrificio, mi muy querida Hija¹⁰. Sin embargo estaré presente de espíritu y te entregaré al sacrificio con mi Salvador, en su gran sacrificio que voy a ofrecer por ti, suplicándole, lo mismo que a su santísima Madre, que se dignen suplir mi ausencia y asistan en mi lugar a tu santa profesión, y que te hagan del todo conforme a su divino Corazón.

¹⁰ “¿Cómo explicar que el Padre Eudes, presente en Caen, no asistiera a la profesión de esta hermana? lo ignoramos. Su carta deja entrever penas muy íntimas que no hacen sino subrayar mejor su amor a su querida comunidad” (Ory, Orígenes, p. 150).

En ese Corazón amabilísimo, seré por siempre, a pesar de todo el infierno, para ti y para todas mis verdadera Hijas, el todo suyo,

JUAN EUDES

Sacerdote misionero de la Congregación de Jesús y María

40. A la hermana María de Santa Inés des Champs para consolarla en sus penas

¿1672?

J. M. J.

Su carta, mi muy querida Hija, me conmueve en mi sensibilidad mucho más de lo que puedo expresar al considerar los sufrimientos por los que pasa. No se deje llevar del desánimo, sino ponga toda su confianza en nuestro benignísimo Salvador y en su divina y bondadosísima Madre que es también la nuestra. Ellos la aman infinitamente y sabrán sacar bien de todo a su mayor gloria y para usted grandes favores. Esto les pido y les pediré siempre, y les ruego que le den sin cesar su santa bendición. Con este fin les digo siete u ocho veces al día, por usted y por todas mis queridas Hijas que Dios conoce: *Nos bendiga la Virgen María en unión de su divino Hijo*. Las saludo a todas y a cada una y me

encomiendo con insistencia a sus santas oraciones pues debo salir lo más pronto que me sea posible para París.

Viva Jesús y María.

Todo suyo, JUAN EUDES

Sacerdote misionero

41. A la hermana María de la Natividad Herson, sobre su oficio de directora de las penitentes y sobre la fiesta del santo Corazón de María

París, 26 de mayo de 1672

Te agradezco, mi queridísima niña, por haberme comunicado tus noticias, y doy gracias infinitas a mi muy querido Jesús y a su divina Madre por el favor inconcebible que te conceden de ocuparte en la obra que les es más agradable entre las de este mundo, es decir, en la gran obra de la salvación de las almas. ¡Cuánto costó a nuestro amado Salvador sacarnos de la perdición! No te extrañes, pues, mi muy querida Hija, si encuentras sufrimientos y cruces al cumplir la obra de Dios. Es para ti lo mejor que hay en tu oficio. Pero acuérdate de la caridad, de la paciencia, de la bondad y de todas las demás virtudes con las que nuestro

benignísimo Salvador realizó la obra de su Padre en este mundo.

¡Gracias infinitas a su inmensa bondad y a la benignidad incomparable de su sacratísima Madre por haberte dado finalmente la fiesta de su amabilísimo Corazón! Haga Dios del obispo de Bayeux un gran santo por habérselo concedido. Te aseguro que me produce inmensa alegría. ¡Alleluia! ¡Alleluia! ¡Alleluia! ¡Alleluia!

A tu vez debes esforzarte por adquirir todas las virtudes necesarias para ser verdadera Hija del sagrado Corazón de Jesús y de María, especialmente la humildad, la paciencia, el amor, la caridad y el celo por la salvación de las almas.

En este santo amor del divino Corazón soy, mi muy querida Hija, todo tuyo,

JUAN EUDES

Sacerdote misionero'

42. A sor María de Jesús Allain, con ocasión de la fiesta del santo Corazón de María. Virtudes que deben practicarse

¿1672?

J. M. J.

Dios te bendiga, mi queridísima niña. Si tienes un corazón de hija para conmigo, te aseguro que tengo un corazón de padre para contigo, todo lleno de ternura y de cordialidad, como igualmente para todas mis verdaderas Hijas. A todas las arrojo cada día en la hoguera ardiente del amabilísimo Corazón de Jesús y de María.

Te agradezco, queridísima hija, la feliz noticia que me escribes al participarme que el obispo de Bayeux las ha autorizado a celebrar la fiesta del Sagrado Corazón de nuestra divina Madre. Que él reciba la gracia de ser un gran santo. ¡Alleluia! ¡Alleluia! ¡Alleluia! ¡Alleluia!

Te exhorto, mi querida niña, lo mismo que a todas mis queridas hijas, a esforzarse por adquirir todas las virtudes que les son necesarias para ser verdaderas hijas del santísimo Corazón de Jesús y de María, en especial la humildad, la obediencia, el amor, la caridad y el celo por la salvación de las almas.

Saludo muy cordialmente a nuestra querida madre superiora y a todas mis queridas Hijas. *María, piadosa Madre, nos bendiga en unión de su Hijo.*

Agradezco a nuestra querida madre por el regalo de la pequeña imagen del Espíritu Santo que me envió. Me ocuparé de las Indulgencias para ustedes. Permítanme hacerlo solo, y sobre todo no se inmiscuyan en esto.

43. A sor María de Santa Inés des Champs sobre el restablecimiento de su salud

París, 23 de octubre de 1672

J. M. J.

Doy infinitas gracias a nuestro amabilísimo Salvador y a su amabilísima Madre por el alivio que le han dado, mi muy querida Hija. No ha sido obra mía, pues de la nada nunca sale nada. Es efecto de su sola bondad por el cual sean bendecidos y alabados eternamente.

Entréguese a ellos con todo su corazón, mi querida Hija, para servirlos y honrarlos con alegría, amor y confianza. Tenga cuidado de rechazar todos los pensamientos que puedan perturbarla e inquietarla; y acuda a la bondadosísima Virgen en todas sus tribulaciones como una hija a su Madre. Nunca ha rechazado a nadie y no va comenzar con usted.

En su retiro límitese a su confesión ordinaria. No hable tampoco con el obispo de Bayeux; toca a su superiora restablecer las cosas. La saludo muy cordialmente, también a su sobrina, a sor María de la Natividad, a su hermano, etc. Soy de todo mi corazón, en Jesús y María, mi muy querida Hija

JUAN EUDES
Sacerdote misionero

44. A sor María de Santa Inés des Champs; la exhorta a la confianza en la santísima Virgen

Fecha desconocida

J. M. J.

Estoy muy triste, mi muy querida Hija, de no poder ir a verla, pero recurra a nuestra divina Madre; jamás ella ha rechazado a alguien; no tema, no va a ser usted la primera. Ella es solo misericordia, caridad, bondad, dulzura, benignidad. Usted es su hija y ella es su Madre, una Madre que la ama tanto que, si el amor de todos los padres que ha habido, hay, y habrá se juntara en un solo corazón, sería apenas una chispa del amor que ella tiene a usted. Acuda a ella con plena y entera confianza; expóngale sus necesidades y sufrimientos; implore con todo su corazón su auxilio, y usted sentirá los efectos de sus incomprensibles bondades.

Ruego de todo corazón a muy amado Hijo y a ella también, que le den su santa bendición: *Nos bendiga María Virgen en unión de su divino Hijo.*

Viva Jesús y María.

Saludo afectuoso a toda la comunidad.

45. A sor María de la Natividad Herson, sobre la dirección de la casa de la Caridad de Bayeux

1673

Le envío, mi muy querida y muy amada hija, dos libros cuya lectura me ha servido mucho. Le ruego que los lea detenidamente, y sobre todo que los ponga en práctica, especialmente en lo que mira a la bondad; el humor rudo, agrio, seco, áspero, altivo y dominante que

todo lo echa a perder; destruye el afecto, la confianza y la ternura filial que deben encontrarse en los corazones de las personas que dirigimos; en su lugar, hace nacer el temor, el miedo, el desprecio, la aversión, el odio. En una palabra, acaba con una comunidad y pone a la superiora en aprietos.

No creo, mi muy querida Hija, que este sea su caso y nadie me ha comentado nada al respecto; pero sé por experiencia que el ejercicio de la autoridad pierde a muchos superiores cuando crea en ellos un espíritu altivo y dominante, rudo y áspero, seco y agrio; y esto me hace abrigar grandes temores.

Esmérese, pues, se lo encarezco, por conducir a sus Hijas con toda la bondad, benignidad, cordialidad y ternura que le sea posible. Es el espíritu de Nuestro Señor y de su santísima Madre. Ruégueles a menudo que nos lo concedan, a usted y también a mí; y pida a alguna de sus Hijas que le haga caer en cuenta de las faltas que usted cometa en esta materia.

Soy todo suyo,

JUAN EUDES,
Sacerdote misionero

46. A sor María de la Natividad Herson, sobre los consuelos que Dios derrama sobre sus cruces y de varios puntos concernientes a la casa de la Caridad de Bayeux a donde había sido enviada

París, 16 de febrero de 1674

J. M. J.

De todo corazón te agradezco, mi muy querida Hija y mi buenísima sobrina, tu carta plena de afecto y cariño.

Es cierto que nuestro amabilísimo Salvador me da muchas cruces, pero al mismo tiempo, me da tal abundancia de gracias que todas mis aflicciones se convierten en consuelos. Han sido publicadas contra mí, por doquier, gran número de mentidas y falsedades. Pedro esto redundará en mayor gloria de Dios y el padre de la mentira, que es su verdadero autor, quedará avergonzado.

Doy infinitas gracias a mi queridísimo Jesús y a su divina Madre, por todas las bendiciones que derraman sobre tu trabajo en la casa donde estás, y les suplico que las acrecienten más y más, tanto en ti, como en tu querida compañera, a la que envío mi saludo afectuoso.

Soy deudor del R. Padre Gardien, del cual me escribes, por las caridades que hace contigo y por las bondades que tiene para conmigo, por lo que le doy mil y mil gracias.

Mis asuntos marchan por muy buen camino, gracias a Dios; las falsedades quedan al descubierto y espero que Nuestro Señor y nuestra divina Madre nos harán ver pronto los efectos de su especial protección.

No basta que hayas manifestado tus motivos y tus dificultades a la madre superiora: debes también exponerlos al señor obispo de Bayeux y recordarle la palabra con que se comprometió contigo. Sobre todo,

sobretudo, sobretudo, te suplico, mi muy querida Hija, que imprimas muy dentro del corazón de todas tus Hijas una tierna y afectuosa devoción a la sacratísima Madre de Dios, que es fuente inagotable de toda clase de bendiciones y medio infalible para llegar a la salvación eterna. A ella ruego de todo mi corazón que bendiga a todas y que derrame sobre ti, mi muy querida niña, y sobre tu muy amada compañera, mi muy querida Hija, copiosa y continuamente sus más santas y preciosas bendiciones.

Nos cum Prole pia benedicat Virgo María.

En el santo amor del amabilísimo Corazón de Jesús y de María, soy, mi querida Hija, todo tuyo,

JUAN EUDES

Sacerdote de la Congregación de Jesús y
María

47. A las hermanas María de la Natividad Herson y del Niño Jesús de Bois-David que estaban en la Caridad Bayeux. El Padre les urge su regreso

1674

J. M. J.

Sólo tengo una cosa para decirles, mis muy queridas Hijas, y es repetirles lo que varias veces se les ha dicho,

que tienen obligación de hacer todo lo que les sea posible para regresar a la casa de su Instituto y de su vocación. No hace mucho tiempo hablé de esto con el señor obispo de Bayeux, y me dijo que la última vez que habló con ustedes le habían manifestado que se sentían muy bien donde estaban y deseosas de permanecer allí. Si esto es así, no entiendo lo que me escriben; si no es así, úrjanle, apoyadas en su palabra y a causa del aburrimiento que las agobia por estar fuera de su centro tanto tiempo; añadan que hay muchas religiosas en su diócesis y puede con ellas reemplazarlas en sus puestos. Y no se limiten a hablarle una vez, o cuatro, o doce; no se cansen de rogarle suplicarle y presionarle, oralmente y por escrito.

En Jesús y María y de todo corazón soy todo suyo,

JUAN EUDES

Sacerdote misionero de la Congregación de Jesús y María

48. A sor María de la Natividad Herson, su sobrina, sobre la confianza en Dios

Cuidemos de no dejar estrechar y abatir nuestro corazón por la tristeza y el desánimo; esforcémonos por dilatarlo, sostenerlo y levantarlo por la confianza y por nuestro amor a aquel es todo amor y bondad para con nosotros.

49. A las religiosas de Nuestra Señora de Caridad sobre la humildad

Sean muy humildes, mis queridas Hijas, sean muy humildes. ¡Oh cuánto deseo que sean humildes! Pues cuando lo sean, Dios derramará con abundancia sus gracias en sus corazones. Un alma verdaderamente humilde es muy rica; lo tiene todo. Pero un alma que no tiene humildad nada tiene. Es como un cedazo por donde todo pasa. Y así Dios no cuida de darle y de derramar sus gracias en esa alma pues se desperdician.

50. Ala comunidad de Nuestra Señora de Caridad de Caen sobre la preparación para la fiesta de Pentecostés

J. M. J.

Mis muy queridas Hermanas,

Que el Espíritu Santo de nuestro Jesús quiera él mismo prepararnos para recibirlo. La mejor preparación que podemos aportar de nuestra parte es humillarnos sin cesar, purificar nuestros corazones y renunciar a nuestro propio espíritu, al que debemos temer más que a todos los espíritus malignos del infierno.

Pidan a Nuestro Señor esta preparación para ustedes y para nosotros, mis muy queridas Hermanas. De mi parte, no ceso de ofrecerlas a Él y a su santísima Madre y rogarles que cumplan en ustedes los designios de su infinita bondad, y que no permitan que ni ustedes ni nosotros pongamos obstáculo a su acción.

Me llena de consuelo lo que nuestra querida madre superiora me escribe acerca de la fidelidad y la perseverancia de ustedes. ¡Oh qué corona de gloria está preparada para las que perseveren! Quiera Nuestro Señor, por las oraciones de santísima Madre, fortalecerlas más y más y hacerla digna hijas de Nuestra Señora de Caridad.

Soy, en Ellos y por ellos, *Corde magno et animo volenti*, mis muy queridas Hermanas, todo suyo,

JUAN EUDES
Sacerdote misionero

51. A una religiosa de Nuestra Señora de Caridad Consuelos.

Mi muy querida Hija, su carta me traspasa el alma de compasión, pero mi consuelo es que su mal no es para la muerte sino para la gloria de Dios. No, mi querida niña, su alma no está en estado de muerte, y no morirá con la muerte de aquellos de los quienes el autor de la vida habla diciéndoles: *Morirán en su pecado*. Su alma en cambio vivirá eternamente para amar y glorificar por siempre a su muy amable Redentor. Destierre de su espíritu todos esos pensamientos que la inquietan y deposite toda su confianza en nuestro benigno Salvador y en su muy buena Madre. Ellos la aman infinitamente más que lo que usted misma se ama. Ellos son todo corazón y todo amor para usted. Les

**ruego que le impartan su santa bendición: *Nos cum
Prole pia benedicat Virgo Maria.***



EUDISTAS
Provincia de Colombia

CONSTITUCIONES DE NUESTRA SEÑORA DE CARIDAD

TOMO X

Centenario de la edición de Obras Completas

SAN JUAN EUDES

**Constituciones para las Hermanas religiosas
de Nuestra Señora de Caridad**

PRESENTACIÓN

San Juan Eudes fundó la Orden de Nuestra Señora de Caridad en 1641. Con el correr del tiempo y luego de la experiencia formadora de las primeras Hermanas por las religiosas Visitandinas fundadas por san Francisco de Sales, pensó en dar a la nueva Orden unas Constituciones. Siguiendo lo acostumbrado en la época se sirvió de la tradicional Regla de San Agustín para encabezar el texto normativo. Eran las grandes líneas que debían fundamentar la vida consagrada y comunitaria del nuevo Instituto. Para las Constituciones propiamente dichas usó de base el texto venerable de las Constituciones que dio san Francisco de Sales a la Orden de la Visitación. Cuidó bien de poner entre comillas el texto salesiano. Pero tuvo en cuenta lo específico y distintivo de la nueva Orden, su propia finalidad apostólica e insertó en el texto de san Francisco de Sales apartes que recordaban a las Hermanas para qué habían sido fundadas y el cuarto voto apostólico que le señaló. Esas partes no llevan comillas.

Es un texto valioso. Recuerda a las Hermanas actuales su origen, su historia, aquellas modalidades perdidas, como el precioso texto dedicado en los comentarios a las Hermanitas menores, niñas de doce y un pocos más de años, que hacían una elemental experiencia que podía hacer nacer en ellas el deseo de pertenecer de tiempo completo a la Orden. Se diría que especie de seminario menor.

San Juan Eudes, de acuerdo a la legislación canónica de entonces solo podía fundar una Orden, en monasterios autónomos, con reglas de clausura muy estrictas. ¿Cómo conjugar esto con un Instituto volcado hacia el mundo exterior donde estás las personas a quiénes se dirige? Es bueno leerlo entre líneas.

Miremos el pasado y busquemos la inspiración fundante. Dejémonos contagiar del fervor, la fe y la esperanza de los primeros días. Admiramos su vida espiritual y comunitaria. Nos puede hacer bien.

*Álvaro Torres Fajardo, eudista
Valmaría 2019.*

Introducción

I. Comienzos de la Orden de Nuestra Señora de Caridad ¹

La orden de Nuestra Señora de Caridad fue fundada por san Juan Eudes para procurar asilo a jóvenes y mujeres de mala vida que quieren hacer penitencia por su vida desarreglada. A partir de 1635 san Juan Eudes había confiado la dirección de algunas arrepentidas a una humilde mujer, Magdalena Lamy, que vivía en una casa humilde del barrio San Julián en Caen. Repetidas veces Magdalena Lamy suplicó a san Juan Eudes que fundara una casa para esas pobres pecadoras que se perdían en gran número por falta de recursos y de dirección. Ese era exactamente el deseo del piadoso apóstol. Comenzó a realizar este deseo en 1641, con la ayuda del señor de Bernières, tesorero de Francia en Caen, y de los esposos de Camilly.

El inicio del Instituto fue muy modesto. El P. Eudes instaló sus penitentes en una casa alquilada situada en la calle San Juan, cerca de la puerta Mollet, y confió la dirección a una piadosa mujer llamada Margarita Morin, que, luego de abjurar del protestantismo, se había dedicado a la práctica de buenas obras. El 25 de noviembre, fiesta de santa Catalina, la comunidad se estableció en la casa de la puerta Mollet, pero sólo el 8 de diciembre siguiente el Padre Eudes celebró la primera misa en la capilla y dejó en ella la reserva del Santísimo Sacramento.

El Padre Eudes tenía la autorización verbal de monseñor d'Angennes, obispo de Bayeux. Pero esto no bastaba. Necesitaba también la autorización del poder civil. En un viaje a París en 1642 obtuvo de Luis XIII Letras patentes que autorizaban el establecimiento de la comunidad bajo el nombre de Nuestra Señora del Refugio, y permitían a sus miembros hacer profesión conforme a la Regla de San Agustín. Les aseguraba así todas las ventajas y privilegios de que gozaban en Francia las religiosas de la Orden de San Agustín.

El Padre Eudes no tardó en enviar a Margarita Morin algunas auxiliares en las que fundaba hermosas esperanzas. Infortunadamente la directora no pudo entenderse con ellas y abandonaron la comunidad. Solamente la señorita de Taillefer y una muy joven sobrina del Padre Eudes, María Herson, perseveraron luchando contra grandes obstáculos. Margarita Morin tampoco se entendió con el Padre Eudes y en 1644 abandonó también la obra naciente para ir a fundar en Bayeux una nueva comunidad en la que murió en olor de santidad el 1º de octubre de 1657².

Para salvar su desorganizada obra el Padre Eudes no vio otra solución que confiarla provisionalmente a la dirección de las religiosas de la Visitación³. A monseñor d'Angennes le costó aceptarlo⁴. Finalmente dio su

² Ory, Orígenes, p. 160o

³ No era la primera vez que las hijas de san Francisco de Sales se encargaban de una obra de arrepentidas. En 1629, de acuerdo con el arzobispo de París y de la madre Angélica l'Huillier, superiora de la Visitación de la calle de San Antonio, de la que hablaremos más adelante, san Vicente de Paul puso a cuatro religiosas de esta Orden a la cabeza de la casa de la Magdalena, que la marquesa de Maignelay había establecido en inmediaciones del templo. Este hecho era conocido ciertamente por el Padre Eudes. Cf. Maynard, *San Vicente de Paul*, t. 3, p. 459ss. Boulay, *Vida de san Juan Eudes*, t. I, p. 381.

⁴ Testigo de ello esta carta que escribió al P. Eudes el 30 de julio de 1644: "Padre, ya que usted, el señor Bernesq y las Hijas de la Visitación han tenido a bien enviar algunas hermanas para dirigir las del Refugio, yo

consentimiento y las hermanas de la Visitación pusieron a disposición del P. Eudes a la madre Margarita Patin y otras dos hermanas. Su presencia y su atinada dirección trajeron la paz y la confianza a la pobre casa de El Refugio. Infortunadamente no fue por mucho tiempo. La muerte de monseñor d'Angennes, ocurrida el 16 de mayo de 1647, trajo, en efecto, nuevas y duras pruebas. Su sucesor, monseñor Molé, se declaró contra el Padre Eudes y sus obras. Manifestó su hostilidad contra la obra de El Refugio rehusando aprobar la profesión de la señorita de Taillefer. El desánimo se apoderó entonces de las Visitandinas que abandonaron El Refugio para regresar a su propia comunidad. Sin embargo, Dios intervino pronto de manera visible. Presionado por el señor de Langrie, presidente del Parlamento de Ruan, que ofrecía 14.000 libras para la fundación del nuevo instituto, monseñor Molé terminó por ceder, y el mismo día de la fiesta del Corazón de María, 8 de febrero de 1651, concedió el acta de institución de la comunidad de Nuestra Señora de El Refugio, que entonces tomó el nombre de Nuestra Señora de Caridad.

El 14 de junio siguiente volvió la madre Patin a la Caridad, y asumió de nuevo el gobierno que conservó hasta su muerte. A partir de este momento la comunidad se organizó y desarrolló de manera regular y cuando faltó la madre Patin pudo ser reemplazada por una religiosa perteneciente a la Orden. En 1657, las Hermanas, que se habían visto

me conformo con sus sentimientos si bien los míos tienen gran repugnación ante esto. Si las que son enviadas allí no son muy prudentes y juiciosas, y dotadas de grandes cualidades para resistir al mal, corremos el riesgo de perder dos casas queriendo salvar una. Pido a Dios que no lo permita. Espero que la experiencia que usted y el señor de Bernesq tienen del gobierno de los dichos monasterios, y la dirección de la superiora de las hijas de la Visitación pondrán remedio a estos inconvenientes que estoy temiendo... "Ory, *Orígenes*, p. 24.

obligadas a cambiar varias veces de residencia, compraron un terreno situado en el borde de los muelles, cerca del obispado, y se instalaron en la deteriorada casa que tenía. Más tarde construyeron allí un convento espacioso y cómoda que las Hermanas de Caen ocupan hasta hoy. Unos años después las Hermanas alcanzaron un favor todavía más precioso. El 2 de febrero de 1666, luego de mucha insistencia sin resultado, el Papa Alejandro VII se dignó aprobar el instituto y erigirlo como Orden religiosa. En el intervalo el Padre Eudes se vio privado de su cargo de superior de la comunidad por monseñor Servien, obispo de Bayeux, que había nombrado en su lugar al sacerdote Legrand, cura de San Julián de Caen. Inútil decir cómo fue de dolorosa esta nueva cruz para el corazón del fundador y para el de sus hijas.

A la muerte del Padre Eudes, la Orden de Nuestra Señora de Caridad contaba cuatro casas. Cuando la gran revolución solo contaba siete. En el curso del siglo XIX se desarrolló en proporciones considerables, pero se dividió en dos ramas, la de Nuestra Señora de la Caridad de El Refugio y la de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor de Angers. Las casas de El Refugio conservaron en su integridad la organización establecida por el fundador y son independientes entre ellas. Según el autor de los *Orígenes de Nuestra Señora de Caridad*, en 1891 existían 31 monasterios, de los cuales 18 en Francia, 1 en Italia, 1 en España, 1 en Austria, 2 en Irlanda, 2 en Inglaterra, 2 en Estados Unidos y 3 en Canadá. En total había 1512 religiosas

y novicias, 1043 Magdalenas, 2119 penitentes y 1824 preservadas⁵

En 1835, la madre María de Santa Eufrasia Pelletier, superiora del monasterio llamado del Buen Pastor de Anger, obtuvo del soberano Pontífice que las casas fundadas o por fundar, partiendo de su monasterio quedarían bajo la dependencia de la casa madre, cuya superiora recibiría al mismo tiempo el título y la autoridad de superiora general. Esta admirable religiosa, “que tenía la talla para gobernar un reino” estaba animada de un celo extraordinario por la salvación de las almas. Logró comunicar su ardor a sus hijas e imprimió a su instituto un impulso tal que bien pronto el Buen Pastor tuvo conventos en todas las partes del mundo. Según el Padre Ory, el instituto, en 1891 contaba 187 conventos, 4.800 religiosas y novicias, 1425 Magdalenas, 10.500 penitentes y 13.000 preservadas. La madre María de Santa Eufrasia fue canonizada en 1936⁶. El recuerdo del Padre Eudes se conserva preciosamente en el instituto de Nuestra Señora de Caridad.

⁵ Las preservadas son jóvenes que las religiosas recogen para arrancarlas del vicio en el que la pobreza o la mala conducta de sus padres las exponen a caer. (Ests últimas llevan el nombre de Martas en varios monasterios). Luego de tres años de prueba durante los cuales pasan sucesivamente por diversos grados son recibidas definitivamente en el rango de “Magdalenas” o de “Martas”, y hacen ante el capellán y sus compañeras una consagración total y perpetua de sí mismas a Nuestro Señor. Si emiten entonces votos temporales o perpetuos lo hacen solamente en el confesonario. Al menos así pasa en el monasterio de Caen, que es la cuna de la Orden.

⁶ Sobre Santa Eufrasia ver la vida de la venerable madre María de Santa Eufrasia por el padre Pasquier. París, Lethieuleux, 1894.

II. Composición e historia de las Constituciones

Desde su origen el fundador había adoptado para el instituto de Nuestra Señora de Caridad la Regla, sabia y benigna, de San Agustín como lo muestran las Letras patentes de 1642. Pero esta Regla no bastaba. Era necesario aplicarla a las necesidades y a las obras del instituto añadiéndole un cuerpo de Constituciones. Las Constituciones que san Francisco de Sales había dado a las religiosas de la Visitación eran del gusto de san Juan Eudes. Apreciaba su espíritu y quería darlas a sus hijas. En parte esto provocó la desavenencia entre él y Margarita Morin que prefería la espiritualidad de las Ursulinas. Ella quería introducirlas en Nuestra Señora de Caridad. Al tomar la dirección de la obra de El Refugio, la madre Patin trajo consigo las Constituciones de la Visitación. Ellas sirvieron de base a las que san Juan Eudes dio a sus hijas. Pero, en varios aspectos, debió modificar la obra de san Francisco de Sales para armonizarla con sus puntos de vista personales y con el fin del nuevo instituto. Lo explica san Juan Eudes en la carta de dedicatoria que escribió, al fin de su vida, para servir de prefacio al Costumbrero, y que, de hecho, las religiosas de Nuestra Señora de Caridad pusieron a la cabeza de las dos ediciones de este libro que aparecieron, la primera en 1682 y la segunda en 1738.

“Puesto que fue necesario, dice el Padre Eudes a sus hijas, ponerlas, al momento del nacimiento de su Congregación, bajo la guía de algunas buenas y virtuosas religiosas, a fin de que fueran instruidas y formadas en las prácticas de la vida

religiosa, y que para este fin, ustedes estuvieron, por varios años, bajo la dirección de las religiosas de la Visitación de Santa María, por orden de Monseñor, el Ilustrísimo y Reverendísimo Jacobo d'Angennes, obispo de Bayeux, de feliz memoria, según la humilde petición que yo le hice, y que estas santas hijas las guiaron por la misma vía que les marcó en sus Constituciones, Directorio y Costumbrero, que su bienaventurado Padre y fundador, san Francisco de Sales, les dio. Yo he tomado de esas Constituciones, Directorio y Costumbrero, los artículos que sirven para regular los ejercicios de la vida religiosa en general, a los que yo he añadido varios otros, que miran al empleo y las funciones de su Instituto particular; y habiendo unido unos a otros, creí que no podía poner entre las manos de ustedes otros medios más apropiados y eficaces que las perfeccionen y santifiquen en su vocación, y las lleven a corresponder fielmente a los designios que su divina bondad tiene con ustedes”.

Hay en las Constituciones algunos detalles que el Padre Eudes debió añadir para obviar la objeción que se le hacía de continuo, a saber, que religiosas no podían, sin exponerse a peligro, vivir en contacto continuo con penitentes. Cuando solicitaron a Roma la aprobación del Instituto, los comisionados por san Juan Eudes, encontraron siempre esta dificultad. En una carta a la madre Patin, el piadoso fundador cuenta los esfuerzos hechos por uno de entre ellos para dar respuesta: “Recibí ayer una carta (del padre Boniface) en la que me escribe que se concede gran dificultad al peligro de que religiosas dirijan a las

penitentes... Para vencer esa dificultad él expuso que las penitentes están separadas de las religiosas por un muro; que ellas tienen su dormitorio, comedor y capilla aparte; que hay una puerta en el muro por la que dos religiosas mayores, escogidas por la superiora, ingresan por la mañana en las salas de los penitentes y salen de allí por la tarde; que durante la noche son vigiladas por una reja; que hay una lámpara siempre encendida en el centro de su dormitorio, ante una imagen de la Virgen María; que se da autoridad a aquellas penitentes bien fundadas en el temor de Dios, para que vigilen a las otras; que no se reciben en la casa a las que son forzadas a venir sino a aquellas que, dóciles al llamado de Dios, entran voluntariamente para convertirse y hacer penitencia. Me escribió diciéndome que dijo todo esto para responder a esa dificultad y convencido de que todo ocurría así; le pido finalmente que haga practicar todo esto en cuanto posible si es que ya no se hace... Ordénelo, mi querida Madre, se lo ruego.

Las Constituciones fueron redactadas poco a poco. Se Juan Eudes se puso en esa tarea desde el comienzo del Instituto. A decir del P. Ory “trabajó de acuerdo con la Madre Patin y con la Madre María de la Natividad Herson. Su humildad y condescendencia eran tales que se dejaba llevar más por las luces de ellas que por las propias”.⁷ Una carta a la Madre Patin, fechada el 12 de noviembre de 1666, nos da una idea del cuidado minucioso que él aportaba a este trabajo. “Hará bien, le dice, en poner el Directorio al final de las Constituciones y añadir a las mismas los tres capítulos: 1.

⁷ Ory, *Orígenes*, p. 141.

Recepción de postulantes; 2. Entrada de las novicias; 3. Obligación de las Reglas. Pero en el artículo segundo del primer capítulo, yo suprimiría estas palabras: “Se las mantendrá algunos días como extrañas” porque pienso que es impracticable. Por el resto cuide de poner esos dos capítulos de las Constituciones de ustedes en los lugares más convenientes; el tercero deberá ir al final. En lo tocante al Ceremonial, lo haremos, con la ayuda de Dios, en otra ocasión”⁸.

En vida de la Madre Patin, la comunidad no poseía sino un ejemplar manuscrito de las Constituciones. Estaba en el comedor y allí lo consultaban las Hermanas. En 1670, la Madre María del Santísimo Sacramento Pedro, que había reemplazado en 1668 a la Madre Patin, se puso de acuerdo con el padre Legrand para hacerlas imprimir. Ella solicitó para ese efecto la aprobación de monseñor de Nesmond, obispo de Bayeux, quien la concedió el 20 de abril de 1670. Infortunadamente la impresión se hizo mientras el Padre Eudes predicaba la gran misión de Rennes, y, sin su conocimiento, la Madre María del Santísimo Sacramento introdujo en su obra algunas modificaciones que le disgustaron.

La primera edición de las Constituciones apareció en Caen con el título de **Reglas de San Agustín y Constituciones para las Hermanas Religiosas de nuestra Señora de Caridad**. Caen, Marin Yvon, impresor ordinario del rey, 1670. en 32o, 534 pp. El 30 de mayo de 1675, la Madre María de la Natividad Herson, sobrina de san Juan Eudes, fue elegida

⁸ *Ibid.*

Superiora del monasterio de Caen para reemplazar a la Madre María del Santísimo Sacramento. El P. Eudes se puso de acuerdo con ella para preparar una segunda edición de las Constituciones pues las fundaciones de Rennes, Hennebont y Guingamp lo hacían necesario. Sólo hizo ligeros cambios a la primera edición, tanto así que, para la reimpresión del libro en 1682, las Hermanas juzgaron que no era necesario solicitar nueva aprobación del obispo de Bayeux.

En 1744 se debió pensar en una tercera edición de las Constituciones, pero entonces surgió la cuestión de saber si se conservaba el texto de 1682 o se tomaba el texto de 1670, único que llevaba la aprobación del obispo de Bayeux. El monasterio de Guingamp pidió atenerse al texto primitivo. En Caen las Hermanas estaban divididas: las mayores se decidían por el texto revisado por san Juan, las otras por el de 1670. El asunto se zanjó en 1734, en asamblea general del Instituto, convocado por la Madre María de Santa Catalina Blouet de Camilly⁹, superiora del monasterio de Caen. Los monasterio de Rennes, de Vannes, de la Rochelle y de París estuvieron representados por sus superioras y por una Hermana de cada casa. Pero las superioras de Tours y de Guingamp no pudieron obtener la autorización del Ordinario para ir a Caen para tomar parte. Se rogó a los padres Costil y Martine, eudistas, muy conocedores el uno y el otro de la historia y de las intenciones del Padre Eudes, prestar su concurso a la

⁹ La Madre Blouet de Camilly era nieta de la señora Blouet de Camilly, bienhechora insigne de Nuestra Señora de Caridad de Caen, y sobrina del padre Blouet de Camilly, segundo superior general de la Congregación de Jesús y María. Murió a los 70 años el 28 de julio de 1738.

asamblea. Estuvieron presentes en ella y prestaron grandes servicios. Una vez verificados los documentos, la asamblea escogió como presidente a la Madre María de Santa Catalina. Las sesiones duraron alrededor de un mes, del 9 de octubre al 5 de noviembre.

Definitivamente fijado por la Asamblea, el texto de las Constituciones fue impreso en 1737, con aprobación de monseñor de Luynnes, obispo de Bayeux; y el 26 de septiembre de 1741, bajo petición de la Madre María de Santa Catalina y de la Madre María del Corazón de Jesús de la Grêve, superiora de la casa de París, fue aprobado por el Papa Benedicto XIV.

III. Análisis de las Constituciones de nuestra Señora de Caridad.

Su relación con las de la Visitación.

Las Constituciones de Nuestra Señora de Caridad empiezan por un prefacio que contiene un compendio sobre la humilde gloria del Instituto, unos buenos deseos del fundador a sus hijas, y algunas recomendaciones que les dirige.

Estas Constituciones constan de 54 capítulos, en los que el Padre Eudes trata del fin del Instituto, de la vida y de las virtudes religiosas, y finalmente del gobierno de la Comunidad y sus servicios.

A grandes rasgos presentemos los puntos de vista y las prescripciones del santo fundador sobre cada uno de estos puntos.

-1. La humilde gloria de las religiosas de Nuestra Señora de Caridad.

Como encabezamiento del Directorio de la Visitación, san Francisco de Sales declara que sus hijas no tienen otro bien que el amor que es el vínculo de la perfección. El santo llama a esto la humilde gloria de las religiosas de la Visitación, y las conjura a conservarla viviendo siempre unidas en Jesús y en su santa Madre. Las religiosas de la Visitación tenían también la gloria de ser las hijas del Corazón de Jesús. El obispo de Ginebra les recomendaba por tanto imitar constantemente la bondad y la humildad. “Hija mía, escribía un día el santo a la Madre de Chantal, ¿no somos acaso hijos adoradores y servidores del Corazón amoroso y paternal de nuestro Salvador? ¿No hemos construido acaso sobre este fundamento nuestra esperanza? Él es nuestro Maestro, nuestro Rey, nuestro Padre, nuestro todo”¹⁰.

Las Hermanas de la Visitación habían comprendido ese lenguaje y se consideraban hijas del Corazón de Jesús. “Consideren, dice la Madre l’Huillier en sus Ejercicios espirituales¹¹, consideren que no sólo nuestro bondadoso Salvador nos mostró a todos los cristianos su amor por toda la obra de nuestra Redención, sino que nos obliga especialmente a nosotras de la Visitación, por el don y el favor que hizo a nuestra Orden, y a cada una de nosotras en

¹⁰ *Cartas*, libro 4, carta 96, sin fecha

¹¹ *Ejercicios espirituales para los diez días de soledad*, según el espíritu de san Francisco de Sales, sacados de sus escritos.

particular, al darnos su Corazón, o por decirlo mejor, las virtudes que residen en él, puesto que fundó nuestro amado Instituto en estos dos principios: Aprendan de mí que soy bondadoso y humilde de corazón. Es la herencia que nos ha tocado de todos sus tesoros, o para decirlo mejor, el resumen del conjunto de todos sus bienes habiendo dado a las demás Ordenes: a una la eminencia de la oración, a otra la soledad, a otra la austeridad, a nosotras nos dio lo que estimaba como más amado, puesto que su precioso Corazón es su depositario...Podemos tener esta satisfacción si aprendemos y practicamos bien la lección que este amoroso Salvador nos da, que tendremos el honor de llevar el título de Hijas del Corazón de Jesús. Mi querida alma, qué dulce es que este bondadoso Salvador nos haya escogido para hacer de nosotras, si lo queremos, las Hijas de su Corazón”.

El Padre Eudes conocía todo esto y nos parece evidente que al explicar a las Religiosas de Nuestra Señora de Caridad la humilde gloria de su Instituto, se hubiera recordado de las meditaciones de la Madre l’Huillier¹² así como del Directorio de la Visitación y de las cartas de san Francisco de Sales. Sea lo que sea, la humilde gloria de las Religiosas de Nuestra Señora de Caridad es la de ser las hijas del Corazón de María. Es cierto que todas las almas cristianas pueden pretender este título. Pero conviene de manera especial a las Religiosas de Nuestra Señora de Caridad por su vocación que tiene su origen en el Corazón de aquella que es refugio

¹² El P. Eudes estaba en relación con cierto número de coventos de la Visitación, entre otros los de París. Sabemos además que a la Madre Angélica l’Huillier se debió la fundación de la Visitación de Dol y que la primera superiora de Dol que no tardó a establecerse en Caen fue la madre Patin.

de pecadores. Y también por los beneficios señalados que ellas han recibido del Corazón de María en las duras pruebas que marcaron los comienzos del Instituto, y sobre todo por la consagración de la Orden al santísimo Corazón de la Bienaventurada Virgen. “Porque, dice el Padre Eudes, cuando Dios tuvo a bien inspirar el proyecto de esta comunidad en el corazón de los que su divina misericordia tuvo a bien servirse para formarla, les dio también el pensamiento de consagrarla al honor del muy digno Corazón de su muy honorable Madre, al cual fue dedicada y consagrada efectivamente, afin de que las jóvenes que allí sean recibidas se esfuercen por imprimir en su alma una imagen y semejanza perfecta de la muy santa vida y de las virtudes muy excelentes del muy sagrado Corazón de su buena Madre, y que, por este medio, ellas se hagan dignas de ser las verdaderas Hijas del muy amable Corazón de la Madre del amor hermoso”.

Además el santo fundador pide con insistencia a Jesús y María que todos los corazones de sus hijas sean imágenes vivientes del amor purísimo, de la caridad muy excelente, de la humildad muy profunda, de la obediencia muy exacta, de la pureza más evangélica. De la paciencia invencible, de la mansedumbre como de niño, de sencillez como de paloma, de la sumisión total a la voluntad de Dios, de la abnegación entera de sí mismo, del amor muy fuerte a la cruz, y de todas las demás virtudes muy eminentes que reinan en el Corazón divino de Jesús y de María.

Sobre todo el P. Eudes pide a Dios “que los corazones de sus hijas, unidos entre sí por el vínculo de una perfecta

caridad no sean sino uno con el Corazón de María y con el de su divino Hijo”, “que este Corazón único sea el trono de la divina Voluntad, que sea consumido en las llamas del amor eterno y que, como hostia santa, sea continuamente sacrificado para la gloria de la santísima Trinidad.

Luego, dirigiéndose a sus hijas, el santo fundador les suplica permanecer en el Corazón de su Madre y en el de su divino Hijo, y buscar allí “su lugar de reposo, su ciudad de refugio, su fortaleza inexpugnable, el jardín de sus delicias, su paraíso en la tierra.

“Vivan, les dice, de la vida de este bienaventurado Corazón, tengan en ustedes sus sentimientos, entren en sus disposiciones, sigan sus inclinaciones, amen lo que él ama, odien lo que él odia, no deseen sino lo que él desea, no se regocijen sino con lo que él goza, no teman sino que él teme si estuviera todavía bajo el dominio del miedo, no se entristezcan sino de lo que él se entristece, si fuera todavía capaz de tristeza. Trabajen por el cumplimiento de sus designios. Dense de continuo al espíritu que lo anima, afin de que ese mismo espíritu las posea y las guíe en todo. Que su gracia las santifique, que su caridad las inflame, que su amor las enardezca, y sobre todo que su celo por la salvación de las almas las devore”. “Finalmente pongan esto en sus corazones: ustedes son las hijas del santísimo Corazón de la reina del cielo. No olviden jamás este hermoso nombre, ténganlo siempre ante los ojos, grávenlo en su espíritu, imprímanlo en lo más íntimo de su alma, escríbanlo en sus manos, llévenlo siempre en sus labios. Que todos sus pensamientos y afectos, todas sus palabras y

acciones tiendan a hacerlas dignas Hijas del santísimo Corazón de la Madre de Jesús”.

Como se ve, el prefacio que hemos analizado, está impregnado totalmente de la más exquisita y ardorosa piedad y contiene en sustancia toda la doctrina del P. Eudes sobre la devoción al Corazón de María. En ese prefacio encuentran a la vez sus títulos de nobleza, una prenda del tierno afecto de su fundador, la explicación de la devoción que debe animar la vida de la Orden y, si ellas son fieles a su vocación, la promesa de las más abundantes bendiciones. Las Hermanas lo han entendido bien y por eso el 8 de febrero de cada año, día consagrado por ellas para honrar el Corazón de María, se lee públicamente este prefacio en todas las casas del Buen Pastor.

2. El fin del Instituto

Dijimos ya que el fin propio del Instituto de Nuestra Señora de Caridad es trabajar en la conversión e instrucción de las penitentes. Lo explica el santo fundador en la primera constitución, y luego de haberlo hecho, se empeña en poner a la luz la excelencia de esta obra y los motivos que deben animar a las Hermanas a entregarse a ella totalmente. Quiere que ellas miren esta primera constitución como el alma de su Instituto, que ellas empleen su espíritu, su corazón, su preocupación, su creatividad en procurar la salvación de las pobres pecadoras que les son confiadas, que acepten con amor todos los sufrimientos y dificultados que se encuentran en esta obra ingrata si las hay. Quiere

que nunca se reciba en la Orden a una postulante que no tenga gran celo por la salvación de las almas y para que sus hijas no cedan jamás a la tentación de abandonar la obra de las penitentes les impuso, además de los tres votos ordinarios de religión, el de trabajar toda su vida en la conversión e instrucción de las arrepentidas. En las Constituciones todo está orientado hacia esta obra que es la razón de ser del Instituto y más de una vez san Juan Eudes declaró con toda claridad a sus hijas que si él hubiera previsto que algún oficio o ejercicio pudiera desviarlas de su obligación principal lo hubiera prohibido de inmediato¹³.

Se colige de esto, en muchos puntos, que las Constituciones de Nuestra Señora de Caridad no son sino la reproducción de las de la Visitación, que sin embargo no pretendían el mismo fin, y la espiritualidad que las anima no es absolutamente idéntico. La Visitación es una Orden contemplativa, instituida para poner al alcance de personas de edad ya avanzada o que por razón de debilidad física no pueden asumir la austeridad de las antiguas Ordenes¹⁴, los beneficios de la vida religiosa. Se busca allí la perfección del divino amor. Dice graciosamente monseñor Bougaud que “es un santuario suave, recogido, del todo interior... un arca silenciosa con querubines en oración”¹⁵. Aunque sometidas a la soledad y al silencio de la vida clausurada las Religiosas de Nuestra Señora de Caridad se dedican al apostolado. No pueden santificarse sino entregándose a la obra de la salvación de las almas, y todo en su vida, en sus votos en

¹³ Manuscrito de Nuestra Señora de Caridad de Caen, titulado *Explicación de las Constituciones*.

¹⁴ Ver el preámbulo de las Constituciones de la Visitación.

¹⁵ Vida de Santa Margarita-María, p. 208.

sus trabajos, en sus oraciones, en sus sacrificios es condición y medio de apostolado¹⁶. Esas mismas observancias y ejercicios entre las visitandinas son sólo un medio de mortificar la naturaleza y de unirse a Dios.

Loa Anales de Nuestra Señora de Caridad de Caen observan que en esta primera constitución el santo fundador parece haberse sobrepasado a sí mismo, y añade que “no puede leerse sin estar impactado y animado del deseo ardiente de trabajar con todas las fuerzas en la salvación de las almas descarriadas”¹⁷. Sabemos de buena fuente que despierta la admiración de los sacerdotes y religiosos que vienen a los monasterios de Nuestra Señora de Caridad para predicar retiros. Confiesan no haber encontrado algo semejante en alguna parte. De hecho, las ideas expuestas en esta constitución son muy elevadas y bellas. Es extraño que al hablar del cielo se alcance esta altura. Pero son ideas familiares a san Juan Eudes. Las desarrolló con mucha unción en *El buen confesor*, y para tener un buen comentario de este primer capítulo de sus Constituciones las Hermanas harían bien en dirigirse a esas páginas admirables consagradas en ese libro al cielo por la salvación de las almas.

3. Vida y virtudes religiosas

¹⁶ Lo entendió bien santa Eufasia al decir: “La oración de ustedes es oración de celo, oración de abnegación, oración de sacrificio, oración que puede llamarse oración apostólica, animada no solo del deseo de agradar a Dios y darle gloria, sino también del deseo ardiente de llevar todo el mundo a amarlo y servirlo con el gasto incluso de la vida” *Entretiens*, cap. 13.

¹⁷ *Explicación de las Constituciones*.

Una vez explicado el fin del Instituto, san Juan Eudes se ocupa de las personas de que se compone, de los ejercicios que se siguen en él, y de las virtudes que las Hermanas están llamadas a practicar especialmente.

3.1 La Orden de Nuestra Señora de Caridad se compone en su mayoría de comunidades de mujeres de dos categorías de Hermanas: las Hermanas de coro y las Hermanas conversas; pero el santo quería que el número de estas últimas fuera lo menor posible. Fuera del velo, que es negro para las coristas y blanco para las conversas, todas las Hermanas llevan el mismo vestido. Se compone de una túnica, de un cinturón, de un escapulario, de un manto blanco. Además, las Hermanas llevan colgado del cuello un corazón de plata en el cual aparece en relieve, entre una rama de flor de lis y una rama de rosa, la imagen de María que sostiene a Jesús en sus brazos. Este corazón representa el de las religiosas y les recuerda la consagración que han hecho de sus personas y de su vida la santísima Virgen y a su divino Hijo. El color blanco del hábito es a la vez símbolo de la pertenencia de las Hermanas a la Reina de las Vírgenes y de la eminente pureza que pide su vocación¹⁸.

Además de las Hermanas de coro y de las Hermanas conversas, la comunidad admite algunas torneras que se encargan del servicio exterior. Llevan el corazón de plata pero

¹⁸ Ver en las Obras Completas (VIII, nota página 603) el simbolismo de este vestido indicado por la misma Virgen María de María de Vallées.

titular de la Orden es la del santo Corazón de María, que tiene lugar el 8 de visten de negro y no hacen sino el voto de obediencia¹⁹.

La fiesta febrero. Las Hermanas celebran igualmente con la mayor solemnidad la fiesta del sagrado Corazón de Jesús, fijada por san Juan Eudes para el 20 de octubre. Finalmente, por devoción a la santa Virgen, todas las Hermanas llevan el nombre de María, al cual añaden, para distinguirse unas de otras, el nombre de un misterio o de un santo.

3.2 San Francisco de Sales había puesto después de las constituciones relativas a los recreos, a las comidad y a los hábitos, lo que concierne al Oficio divino y a la santa Comunión. Por espíritu de religión, san Juan Eudes creyó deber modificar ese plan. Al principio de las Constituciones, incluso antes de las que fijan el orden de los ejercicios de cada día, él puso las prescripciones relativas al Oficio divina y a la santa Comunión, y las hizo seguir de una constitución sobre la predicación, que no se encuentra en la obra de san Francisco de Sales.

Al tratar del Oficio, el santo comienza, como lo hace siempre, recordando su excelencia e importancia. “Una de las más santas ocupaciones de las Hermanas es recitar o cantar las alabanzas de Dios. Este ejercicio les es común con los ángeles, con los santos, con la bienaventurada Virgen y también con su divino Esposo, el que es su muy adorate Cabeza, Jesús, el cual no sólo en el cielo donde está sentado a la drerecha de su Padre sino también en la tierra, donde

¹⁹ Actualmente entre las Hermanas del Buen Pastor las Torneras hacen los tres votos de pobreza, castidad y obediencia.

está con nosotros en el santísimo Sacramento, alaba, adora y glorifica sin cesar a su Padre eterno. Por ello se esforzarán por hacer esta acción santamente”. Sin embargo, para que las Hermanas tengan tiempo de ocuparse de las penitentes, en lugar del oficio canónico, recitan, de ordinario, el Oficio parvo de la santa Virgen. Los domingos y días de fiesta, cantan Tercia y Vísperas. En los días ordinarios sólo cantan el Magnificat y la antífona en honor de la santa Virgen con que terminan las Completas. El resto del oficio se dice con voz recitativa, pero san Juan Eudes quiere que las Hermanas aporten al rezarlo todo el recogimiento y toda la devoción interior de que sean capaces. En lugar del Oficio, las conversas recitan algunas oraciones determinadas. Sin embargo, las que sepan leer, dicen en particular el Oficio parvo del santo Corazón de María compuesto por el mismo Padre Eudes.

Los días de comunión son, como en la Visitación, el domingo y el jueves, pero la superiora distribuirá los días de comunión de forma que cada día comulguen algunas Hermanas en la misa conventual. También debe atender a que se den a las Hermanas, cuando lo juzgue a bien, las conferencias e instrucciones de que tienen necesidad y a las cuales todas deben asistir.

En la distribución del tiempo, y en todo lo tocante a las cosas materiales, el Padre Eudes se limita a copiar las Constituciones de la Visitación. Para poner la vida religiosa al alcance de todo el mundo, sin permitir sin embargo que pierda su sabor, san Francisco de Sales había reducido las austeridades corporales que las personas débiles o ancianas

no podían soportar. Pero en cambio, por la fragmentación del tiempo, la multiplicación de los ejercicios comunes y la obligación impuesta a las Hermanas de presentarse dos veces por día a la Superiora para recibir sus órdenes, se había ingeniado la manera de hacer completa la mortificación del espíritu propio y la voluntad propia²⁰. El Padre Eudes estimó que ese era el estilo que convenía a las Religiosas de Nuestra Señora de Caridad y por eso, en ese campo, se atuvo a las prescripciones del obispo de Ginebra.

Como las Visitandinas, las hijas del P. Eudes se levantan a las cinco de la mañana en verano y a las cinco y media en invierno, y se acuestan a las diez de la noche. Recitan Maitines en la noche a las ocho y media y no se levantan durante la noche; no se acuestan en el suelo, no ayunan, fuera de cuaresma y de las cuatro témporas, sino el viernes y la víspera de algunas fiestas; no observan la abstinencia sino en los días fijados por la Iglesia; y por lo demás, en asunto de mortificaciones corporales, solo les obliga la disciplina una vez por semana. Pero encuentran en la vida común, en las exigencias de la pobreza y de la obediencia, y más aún en los servicios que prestan a las penitentes, ocasión continua de mortificación.

²⁰ San Francisco de Sales, al tiempo que suavizaba la vida religiosa ponía exigencias en otros campos. En el campo de la pobreza todo se pone en común. Cada Hermana no tiene en propiedad nada por pequeño sea. Las celdas, las camas, las medallas, cruces, rosarios, imágenes se intercambian cada año a fin de que las religiosas no se apeguen a nada. En obediencia nada se hace sin permiso de la superiora. No se tiene el permiso general u ordinario. Cada Hermana, luego del recreo del medio día se presentan a la Superiora para pedirle lo que deben hacer en la tarde; y en la tarde, vienen de nuevo, como niñas pequeñas, a preguntarle qué deben hacer la mañana siguiente. Ejercicio de humildad y de obediencia que no deja a la religiosa la disposición de un minuto de su tiempo.

3. 3 Luego de las constituciones relativas a los diversos ejercicios de la vida religiosa vienen las que tratan de las virtudes. El P. Eudes no vuelve sobre el celo por la salvación de las alma, virtud que es propia del Instituto. Ya había hablado suficientemente sobre esa virtud en la primera constitución. Además de la obediencia, de la castidad y de la pobreza, que son virtudes características del estado religioso, se ocupa ahora de la caridad, la gratitud, la humildad, la modestia, la sencillez y del silencio, que sin ser virtud propiamente dicha, merece ser tenida entre las virtudes, de las que a menudo se hace guardiana. Es raro que en este parte de las Constituciones, el P. Eudes se atenga al texto de san Francisco de Sales. Casi siempre él aporta sus ideas personales y añade prescripciones de detalle que juzga de importancia, a partir de su experiencia. Es lo que sucede en particular en las constituciones sobre la obediencia, la castidad, la humildad, el silencio: en gran parte son obra del Padre Eudes. En lo que concierne a la caridad y a la gratitud son casi en su totalidad de su mano. Esta última es admirable. No creemos que haya en todo el libro alguna obra que no esté impregnada de la más exquisita suavidad. Y es porque la virtud de caridad, es con el celo por la salvación de las almas, la gran virtud que el santo quiere ver reinar entre sus hijas. Les recuerda que son las hijas de la Madre del amor hermoso, y más aún las hijas de su Corazón; les recomienda que consideren a menudo la caridad, la bondad, la misericordia, la mansedumbre admirable de su buen Madre, y esforzarse por grabar en su corazón, una imagen de sus amables virtudes. Quiere que la

caridad “sea la reina, la regla, el alma y la vida del Instituto, que una todos los corazones, las almas y los espíritus de las Hermanas tan estrechamente, que no tengan sino un corazón, un alma y un espíritu; que brille en sus rostros, sus labios, sus manos, sus acciones, en todos los lugares y en todas las cosas”. Sin embargo esta virtud tan condescendiente no debe impedir la corrección fraterna se deben entre ellas, sobre todo cuando ejercen la autoridad. Porque, como lo dice justamente el santo, “uno de los efectos más señalados de la caridad verdadera es ayudar al prójimo a vencer sus defectos, advirtiéndole y corrigiéndolo con espíritu de bondad y benignidad”.

4. Gobierno y empleos

Las últimas constituciones tienen por objeto el gobierno de la comunidad y los diversos servicios que se confían a las Hermanas. El P. Eudes lo ha tomado por entero de san Francisco de Sales; se limita a reproducir su texto, haciendo ocasionalmente algún recorte o alguna adición.

Según el uso de los tiempos, las diversas casas de la Orden de Nuestra Señora de Caridad son independientes entre sí, y enteramente sometidas a la jurisdicción del Ordinario, quien sólo tiene el derecho de visita. Sin embargo, a la cabeza de cada comunidad se encuentra de ordinario su superior eclesiástico, distinto del obispo, y que las Constituciones designan con el nombre de “Padre espiritual”. Su encargo es velar por los intereses espirituales

y temporales del convento, pero sólo interviene en los asuntos importantes.

Otro sacerdote está vinculado a la Comunidad en calidad de confesor ordinario. No basta que sea piadoso. Debe ser también hombre de ciencia y experiencia. Es el ángel visible diputado para la conservación de las almas del monasterio. Las Hermanas le deben gran respeto, y, a tu vez, él debe recordar que son las esposas de Jesucristo. Debe tratarlas con gran caridad.

El gobierno interior de la comunidad está confiado a una superiora elegida para tres años por escrutinio secreto y que no puede serlo más de dos veces de seguida. Cuando deja su cargo, toma el último puesto entre las Hermanas, y lo conserva durante un año. Mientras está en su cargo, la superiora debe ser el alma de la comunidad, tanto por su solicitud maternal con las Hermanas, como por el buen ejemplo que debe darles en todo. Procura que las reglas sean observadas puntualmente, que la caridad florezca en la casa, y para ello debe “abrir su pecho maternal” a todas las Hermanas, afin de que recurran a ella con confianza en sus dudas y dificultades. Una vez al mes, las Hermanas van a darle cuenta de su conducta y de sus disposiciones, afin de recibir de su parte los consejos y los ánimos de que tengan necesidad. En caso de ausencia, la superiora es remplazada por la asistente. Tiene además para secundarla en el gobierno de la comunidad un consejo de cuatro Hermanas que ella misma escoge luego de su elección, pero, fuera de las cuestiones que dependen del capítulo, las consejeras no

tienen sino voz consultiva, y la superiora no está obligada a seguir su parecer.

Finalmente, en cada comunidad debe haber una maestra de novicias, vigilantes, una “ayuda”, encargada de advertir a la superiora las faltas que pueda cometer en el gobierno de la casa; además una ecónoma y diversos oficiales; todas encuentran en las Constituciones las directivas para su empleo.

Estas reglas, como las demás que contienen las Constituciones, no obligan bajo pena de pecado, sea mortal o venial. Sin embargo, con san Francisco de Sales, el P. Eudes advierte a las Hermanas que es raro que se falte a ellas voluntariamente sin cierta culpabilidad, a menos que se haga por causas legítimas, con dispensa obtenida o presumida.

5. Reglamento de las penitentes

En seguida de las Constituciones de las Religiosas se encuentra el Reglamento de las penitentes que sin embargo no hace cuerpo con ellas. El santo exige que las penitentes estén completamente separadas de la comunidad y que no tengan comunicación sino con las Hermanas encargadas de dirigir las. Estas deben ser escogidas entre las religiosas más antiguas y, por prudencia el P. Eudes pide que sean cambiadas de tiempo en tiempo. No están entre las penitentes sino durante el día; al atardecer entran en la parte reservada a la comunidad. Solamente su celda debe tener una apertura hacia el dormitorio de las penitentes

para que en caso de necesidad puedan darse cuenta de lo que pasa allí.

Vimos antes que el P. Eudes se vio obligado a adoptar estas disposiciones para obtener la aprobación de la Orden. Si hubiera obrado sin presiones, habría sido tal vez menos exigente pues estaba convencido de que almas lo bastante generosas para dedicarse a la obra de las penitentes no tendrían que temer mancharse por el contacto con ellas. “Es imposible, decía a las Hermanas, que nuestro Señor deje caer en el pecado a quienes por amor de él ayudan a las otras a salir del mal. La pureza no se mancha cuando va unida a la perfecta caridad, así como los rayos del sol no se manchan con el barro. Rechacen por tanto todos esos vanos temores y tengan confianza en aquel que las ha llamado. Si desconfían de sí mismas para apoyarse sólo en el Señor, él no se retirará para dejarlas caer”.²¹ En sus enseñanzas a las Hermanas el santo volvía a menudo sobre este pensamiento. Es ésta una tradición constante en la Orden que él usaba estas expresiones seguro de que venían del cielo.

En varios aspectos la vida de las penitentes, tal como está reglamentada por el P. Eudes, se acercaba a la de las religiosas. Se levantan a las 5 de la mañana y se acuestan a las 10 de la noche. En la mañana hacen una media hora de oración y asisten a la misa; después de las comidas del medio día y de la tarde tienen una hora de recreación; en el resto de la jornada se dedican al trabajo. Pueden, sin embargo, en horas determinadas, hacer algunas lecturas

²¹ Ory, *Orígenes*, p. 143

piadosas de las que deben dar cuenta a sus directoras; además, por la mañana y por la tarde, durante el trabajo, rezan el rosario. Pueden cantar igualmente algunos cánticos espirituales menos en algunos ratos de la jornada en los que el silencio es de rigor. Para expiar sus faltas pasadas las penitentes deben ejercitarse en la práctica de la humildad, de la obediencia y de la mortificación. Como las religiosas deben ayunar todos los viernes y la víspera de las principales fiestas de la Virgen; como ellas también se dan la disciplina el viernes²².

Este reglamento supone evidentemente que las penitentes han venido voluntariamente al monasterio con el propósito de reparar sus desórdenes anteriores. Así se organizó la obra en los orígenes. Se debe tener en cuenta esto para apreciar los reglamentos del fundador. Ellos pretenden ayudar las almas de buena voluntad y conducir las del abismo del pecado a las alturas de la perfección cristiana, a las que no raramente llegaban en realidad. Aplicados a jóvenes traídas por la fuerza al monasterio parecen un tanto austeros; pero suavizados a menudo según las exigencias de tiempos y lugares por el buen sentido y la bondad de las hijas del P. Eudes, constituyen para ellas la mejor corrección, forzándolas a reflexionar y a dominar su ligereza, fuente de sus desvíos. A diario, dice el P. Ory, produce efectos saludables y muchas almas, después de haberlos practicado por obligación, los

²² La práctica del ayuno y de la disciplina no eran raras en el siglo XVII, incluso entre los fieles como lo dicen san Juan Eudes en *Vida y Reino*, segunda parte, XXVII.

aceptan felizmente y los siguen fielmente hasta la muerte (*Orígenes*, p. 146).

IV. El espíritu de las Constituciones. Su valor.

El estudio que hemos hecho de las Constituciones nos lleva a la conclusión de que el espíritu de las Constituciones de Nuestra Señora de Caridad es ante todo un espíritu de caridad, de una caridad afable, amable, paciente, misericordiosa para todos los miembros de la comunidad; es una caridad comprensiva y lista para todos los sacrificios por el bien de las pobres penitentes; las Hermanas llevan en lo profundo de su corazón la preocupación por su salvación. Es el mismo espíritu de aquellas que la Iglesia llama Madre del amor hermoso y refugio de pecadores; en efecto en el Corazón de esta Madre de bondad las hijas del P. Eudes van a beber ese amor. Quien quiera saber cómo se diferencia este espíritu del de la Visitación creemos que se distinguen únicamente en que lleva un elemento nuevo, a saber, el celo ardiente por la salvación de las almas. El P. Ory ha descubierto otra diferencia: “En las Constituciones de la Visitación, dice, que la fuerza se ocultaba en la suavidad; en las de Nuestra Señora de Caridad nos parece que la suavidad está oculta bajo la fuerza” (*Orígenes* 144-145). Esta apreciación nos parece poco fundada. En todo lo que respecta a al régimen de vida, al gobierno de la comunidad y a las relaciones de las Hermanas entre sí, las Constituciones de Nuestra Señora de Caridad no son más austeras que las de la Visitación. Allí la suavidad no se oculta

bajo la fuerza, sino que se despliega amablemente, y puede afirmarse de estas Constituciones, como igualmente de las de la Visitación, que son la bondad misma.

Al escribir la vida de la Madre santa Eufrasia los padres Pasquier y Portais han llegado a apreciar las Constituciones de Nuestra Señora de Caridad y han hecho de ellas un bello elogio que nos reprocharíamos no citar. “El P. Eudes, dice el padre Pasquier, adoptó para sus hijas la Regla de San Agustín y las Constituciones de las religiosas de la Visitación, con excepción de algunos cambios motivados por el fin particular que se proponía. Añadió a los tres votos ordinarios el de trabajar en la salvación de las almas pecadores; es el cuarto voto de las religiosas de Nuestra Señora de Caridad. En estilo diáfano, claro como el de los mejores escritores del siglo XVII, presenta a las Hermanas del Refugio la hermosura sobrenatural de su vocación. Se diría que son meditaciones de Bossuet sobre la gracia y el ministerio del sacerdote, pues los objetivos expuesto por el P. Eudes. son profundos y luminosos. Con Bossuet y con el P. Eudes se pisa el terreno sólido de la teología más autorizada. Es posible seguirlos sin fatiga en sus consideraciones sencillas y atractivas a la vez. Los sulpicianos no tenían lenguaje distinto ni puntos de vista más elevados para los clérigos de sus seminarios al proponerles la meditación de su vocación.

Por su parte el P. Portais dice que el P. Eudes impuso a sus religiosas la Regla de San Agustín como lo había hecho san Francisco de Sales con las Hijas de la Visitación. Pero se reservó añadir, a continuación, Constituciones conformes a

las necesidades particulares y a los oficios del Instituto. Sólo cuando vino la aprobación de la Orden por Alejandro VII pudo poner las Reglas y las Constituciones en posibilidad de ser impresas. Se ocupó de ello con solicitud al lado de la madre Patin y de las dos superiores que le sucedieron. Por respeto a la obra de san Francisco de Sales no cambió nada del Directorio espiritual, y si no siguió el mismo orden no modificó las Constituciones de las Visitandinas sino cuando fue necesario. Pero puso como encabezamiento, con los Deseos (*Souhais*) y las oraciones para la religiosa de Nuestra Señora de Caridad, una admirable constitución sobre el fin del Instituto y los motivos que deben animar a las que profesan en él y cómo cumplir sus funciones de todo corazón.

Finalmente dirigió Reglamentos para las jóvenes y mujeres penitentes, queriendo ante todo que estuvieran del todo separadas de la comunidad. El conjunto de este trabajo constituye una verdadera obra maestra. Todo está reglamentado en detalle con sabiduría, medida, tacto y previsión incomparables.

Observación sobre la presente edición

El texto reproducido es el de 1682. Es el único que es en su totalidad obra de san Juan Eudes. Sin embargo, se indica en notas los pasajes, poco numerosos por otra parte, que son diferentes en las ediciones de 1670 y 1737. Además, va entre comillas los pasajes tomados textual o aproximadamente, a las Constituciones de la Visitación. Así el lector podrá, de una sola ojeada, distinguir lo que el P.

Eudes tomó de san Francisco de Sales y lo que es du propia cosecha.

En el texto de las Obras Completas (10, 41-45) vienen las aprobaciones de los obispos Nesmond, de Bayeux; de Luynes, de Bayeux; Antoine obispo de Vannes; Carlos Gaspard Guillermo de Vintimille, de los condes de Marsella, arzobispo de París, y del sacerdote Redon, vicario general del obispo de la Rochelle. No se traducen los textos por brevedad.

Asimismo se omite la Bula de Benedicto XIV, cuyo texto latino viene transcrito en las páginas 46 a 48. Este texto fue dado solemnemente en Roma, en la basílica de Santa María la Mayor, bajo el anillo del Pescador, el 26 de septiembre de 1741, año segundo de su pontificado.

V i v a J e s ú s

Prefacio

Tomado del de san Francisco de Sales para la Regla de San Agustín para las Hermanas de Nuestra Señora de Caridad

“La notable autoridad de san Agustín, fundada en su muy excelente santidad de vida y en la incomparable doctrina con la que enriquece a la Iglesia, ha hecho que entre todos los legisladores de las Órdenes religiosas, haya sido muy seguido.

“Así nuestro Señor que habita en él, como dice san Jerónimo, le inspiró esta Regla, animada profundamente por el espíritu de caridad, que en todo y por todo sólo respira suavidad, bondad y benignidad, y por este medio es indicada para toda suerte de personas, de estados y de temperamentos, de tal forma que este gran hombre apostólico, al escribirla podía decir, a imitación del apóstol: *Me he hecho todo para todos a fin de salvarlos a todos*. Esto hace que no solamente varias congregaciones de religiosos de claustro, como lo Canonigos y Clérigos regulares, Ermitaños, Dominicos, Jerónimos, de San Antonio, Premonstratenses, sino también varios otros se hayan alineado bajo el estandarte de este admirable guía.

“Ya que esta Regla, visiblemente muy santa, ha recibido la aprobación de la Iglesia, está por fuera de toda censura. El solo nombre de quien la escribió la hace venerable para todos los que llevan el nombre de cristianos. Pero la loca temeridad de los hombres del mundo, movidos por su afectada curiosidad, no deja de encontrar en ella algún

reproche. Por consiguiente, para que ninguna de ustedes se deje perturbar en este campo, quiero prevenir los interrogantes y cuestiones frívolas y por ahí mismo aclarar algunas dificultades que podrían desaconsejarles en su lectura.

“Lo que el glorioso Padre recomienda ante todo es que se ame a Dios y al prójimo. No lo ha escrito en su Regla como pretendiendo que él sea el autor de este mandato. ¿Quién hay que no sepa que este mandato es de Dios y es la esencia, la médula, el compendio de toda la ley de Dios? Lo que Dios ha mandado, su servidor lo inculca como el fin y la pretensión única por que ha hecho la Regla y su Congregación, y a ello todo se refiere.

“Lo que él dice son las cosas que les pedimos para que las observen. Esto no debe traer ningún escrúpulo a las Hermanas como si esta Regla obligara en todos sus artículos, bajo pena de pecado. No es tal como siguiendo al gran Santo Tomás, los doctores más seguros lo han observado²³. De hecho, la palabra latina *precepto* que usa san Agustín no implica fuerza de mandamiento absoluto; por el contrario significa a menudo método, medio, manera, instrucción y habilidad para hacer algo; incluso sólo significa en ocasiones simple parecer sobre lo que es oportuno. Así decimos que la Lógica contiene los preceptos para argumentar bien, que la Retórica los preceptos para hablar bien y lanzar arengas, y llamamos *preceptores* a aquellos que nos mandan sino a los que nos instruyen. Así esta santa Regla no obliga bajo pecado, menos en los artículos

²³ Sum. Theol. 1. 2, q. 16; Azor, lib 3, c. 11, q. 7; Sylv. Verbo Relig. 11

principales requeridos para la observancia de los tres votos, como se declara más ampliamente al fin de las Constituciones.

“Algunos piensan que las Reglas religiosas deben fijar penas para los que las quebrantan o infringen. Estos se engañan porque fuera de la expulsión no existen castigos en la Regla de san Basilio ni en ésta. Y en verdad, puesto que es preciso que de ordinario lo superiores moderen o agraven las leyes primitivas y por la consideración de diversas circunstancias acrecienten o disminuyan las faltas, es bueno que se deje a su juicio y prudencia la imposición de penitencias. Existen en esta Regla algunos artículos que no parecen tener ninguna aplicación como por ejemplo el no ir a los baños sino una vez al mes y que las Hermanas no salgan sin compañía; en efecto puesto que las Hermanas salen solo por causas grandes, necesarias y raras podría decirse que no salen nunca. Sin embargo estos artículos de la Regla sirven de luz para hacer ver como deben observar otros que sí están en uso actualmente. En el artículo que dice que hay que domar la carne con ayunos y abstinencias en cuanto lo permita la salud, el bienaventurado Padre no da a cada religiosa la libertad de hacer austeridades según su parecer ni de discernir hasta donde lo permite su salud. En efecto, en otro artículo se dice que toca a la superiora distribuir las porciones no en cantidad igual a todas sino a cada una según la necesidad. Y en el libro I, cap. 33 de *Costumbres de la Iglesia*, al describir la manera de vivir de los religiosos y las religiosas de su tiempo, añade que varios, de fuerte constitución, vivían como los enfermos a fin de no

incurrir en singularidades, y que cuando los débiles rehusaban beber o comer lo que les era conveniente, se les regañaba, por temor de que por vana superstición, no se hicieran más débiles que sanos, más bien enfermos y no mortificados. Esto acontece a muchos, en especial a las mujeres, que engañadas por su imaginación, hacen consistir la santidad en la austeridad, y se dedican gustosamente a privar más su estómago de alimentos que su corazón de hacer su propia voluntad.

“La que tiene a su cargo otras son llamada *Prepósita*, como quin dice puesta delante y por encima de la congregación y e su presidenta. Podría también llamarse *Preferida*. Pero como estas palabras no están en uso, se ha debido camiarlas por las de Madre o Abradesa o Priora o Superiora, y como la última y la primera son más simples y significan la misma cosa que Prepósita, se ha juzgado bien retenerlas, en especial el nombre de Madre, tanto más que el santo Padre dice: Que las Hermanas obedezcan a la Superiora como a su Madre. Al fin de la Regla se lee:

“Que se obedezca a la Superiora, y mucho más al Sacerdote que tiene cuidado de todas. ¿Pero quién es ese sacerdote que tiene cuidado de todas? En verdad puesto que en la Regla de los Hermanos como también en la de las Hermanas se inculca a menudo esta obediencia al Sacerdote, los intérpretes de la Regla que he consultado dicen que es el Obispo, tanto más, dice uno de ellos, que los Canónigos Regulares dependían de él; pero una vez que los Obispos y su clero se han secularizado por dispensa apostólica, este precepto no se ha conservado. Para decir

verdad, no puedo estar de acuerdo con esta interpretación pues, si es cierto que en el comienzo de la Iglesia, los nombres de Sacerdote y de Obispo fueron a menudo confundidos y pasaban el uno por el otro, como es fácil verlo en los Actos y en las epístolas de los santos apóstoles, si es cierto que en el tiempo de san Agustín estas palabras ya no estaban en uso, y no se llamaba a los sacerdotes con el nombre de obispos ni a los obispos con el de sacerdotes, él da testimonio por sí mismo en carta escrita a san Jerónimo. No recuerdo que san Agustín haya usado esto de forma diferente. De suerte que no parece que haya usado en su Regla la palabra Sacerdote por Obispo dado que los monasterios de Jóvenes y de Mujeres en número grande estaban en la diócesis de Hipona y que el obispo no hubiera podido estar por todas partes. Pero lo que me saca de toda duda es que san Agustín en esta misma Regla de las Hermanas distingue claramente el Sacerdote del Obispo cuando dice: Que si una Hermana está convencida de haber recibido cartas o presentes en secreto debe ser corregida severamente y castigada, según que lo haya sabido la Superiora, o el Sacerdote o incluso el Obispo... Por tanto el Sacerdote de que habla la Regla era el Cura o el que el Obispo hubiera encargado ex profeso del Monasterio, como quien diría el Padre espiritual; y si la Superiora tenía la dirección ordinaria de las religiosas, también, en las cosas de importancia y extraordinarias, se llamaba al Padre espiritual, y si no era suficiente, se recurría finalmente al obispo.

“La prohibición de no llevar velos desatados a través de los cuales se puede ver el peinado se basa en que en Africa, región extremadamente caliente, las muchachas y las mujeres no enrollan su cabellera, sino que la atan con hilos muy finos para hacer una redecilla, en latín *retiola*, y en francés (antiguo ya desusado) se llaman “lassis”, o sea, borra de seda. Pero aquí las cofias de las religiosas observantes son de otra forma, porque además de que se cortan el cabello, no deben dejar observar el que sus velos no sean transparentes.

“No me he extendido con amplitud sobre lo que el santo Padre escribe en el artículo en el que prohíbe la amistad sensual entre las Hermanas, tanto más que, según la necesidad de su tiempo y de la provincia en que vivía, anota ciertas particularidades poco conocidas en nuestras regiones y cuya malicia encierra tanto horror de por sí que no hay necesidad de expresar con mayor claridad su prohibición.

“Lo que prescribe la Regla sobre pedir cada día los libros en la hora asignada se entiende en aquel tiempo en que no había imprenta y no se podía disponer de libros cómodamente; aún más, era necesario leerlos por turnos. Observen sin embargo, les ruego, que ha sido especial providencia de Dios, que entre todas las Reglas, la del glorioso padre san Agustín haya sido escogida para servir de ley en su Congregación. Lo que me invita a pronunciar osadamente esta exhortación, como le fue dicho a Ezequiel y al amigo de Jesús, el bienamado de sus almas: Tómenlo y cómanlo, devórenlo, sacien con él su pecho y que sea

alimento de sus corazones. Que sus palabras permanezcan día y noche ante sus propósitos para meditarlos, y en sus brazos para practicarlos; y que despierten en sus entrañas la alabanza de Dios. El causará amargura en su interior porque las conduce a la perfecta mortificación del amor propio; pero será más dulce que la miel en su boca porque hay consuelo sin igual en mortificar el amor de nosotros mismos para hacer vivir y reinar en nosotros el amor del que ha muerto por nuestro amor. Así esa amarga amargura se convertirá en suavidad de una paz abundante y será colmada de la verdadera felicidad. Sean fuertes, firmes, constantes e invariables y permanezcan así a fin de que nada las separe del Esposo celestial, que las ha reunido para estar juntas, ni de la unión que las puede mantener unidas a él, de modo que no teniendo todas sino un mismo corazón y una misma alma, sea él su sola alma y su corazón. Dichosa el alma que observe esta Regla porque es fiel y verdadera, y cuantos la sigan gocen de abundante gracia, paz y consolación del Espíritu Santo. Amén”.

Viva Jesús y María

Regla del Instituto de San Agustín para las Hermanas

Esto es lo que mandamos que deba ser observado por ustedes en el monasterio.

CAPITULO I

Ante todo, mis muy queridas Hermanas, que Dios sea amado, y luego el prójimo. Son los principales mandamientos que se nos han dado.

CAPITULO II

Consideren por qué están congregadas y reunidas: para habitar unánimemente en la casa y para que en Dios sólo tengan en Dios un alma y un corazón.

CAPITULO III

Que nadie de ustedes diga que algo es de su propiedad, sino que todo les sea común.

CAPITULO IV

Que lo requerido para el alimento y el vestido sea distribuido a cada una de ustedes por la superiora, no por igual a todas porque no todas tienen la misma constitución física, sino a cada una según su necesidad. En efecto, así lo leen en los Hechos de los Apóstoles (cc. 2 y 4): que todo les era común y que se distribuía a cada uno en particular según su necesidad. Que las que habían disfrutado de algo en el mundo, una vez que han entrado en el monasterio, quieran libremente que eso sea común; y las que nada tenían que no busquen en el monasterio lo que no pudieron tener fuera de éste. Sin embargo, que se les dé lo necesario para su enfermedad aunque su pobreza no hubiera podido

proporcionarles lo que les era necesario mientras estaban en el mundo. Pero que no piensen por eso ser felices por haber encontrado el alimento y el vestido que no disfrutaron afuera.

CAPITULO V

No se engrían al verse asociadas a las que no se atrevían a acercarse en el mundo. Más bien eleven sus corazones a lo alto y no busquen las vanidades terrenas a fin de que los monasterios no se conviertan en útiles para los ricos y no para los pobres, si en ellos los ricos son humillados y los pobres orgullosos. Y quienes parecían ser algo en el mundo no se atrevan a despreciar a sus Hermanas venidas de la pobreza a esta santa Sociedad: más bien se apliquen a gloriarse no de la dignidad de sus ricos padres sino de la sociedad de sus pobres Hermanas, y que no se ensoberbezcan si han contribuido, según su bienes, a la comunidad, y no se vanagloríen de sus riquezas por haberlas más bien compartido en el monasterio que si las hubieran gozado en el mundo. Otros vicios incitan a ejecutar malas obras pero la soberbia se insinúa en buenas obras para aparecer. ¿De qué sirve distribuir dando a los pobres y hacerse pobre a sí mismo si la desdichada alma se hace más soberbia despreciando las riquezas, como no lo era poseyéndolas? Vivan, pues inánimemente en buen acuerdo y honren a Dios del que han sido hechas templos, unas en la persona de las otras recíprocamente.

CAPITULO VI

Sean cuidadosas en orar en las horas y tiempos establecidos. Que nadie haga nada distinto en el oratorio de aquello para lo cual fue hecho, y de lo cual le viene el nombre, a fin de que si, por fuera de las horas determinadas, algunas, si tienen tiempo disponible, quieren orar, las que quiereren hacer otra cosa allí no les causen impedimento. Cuando oran a Dios con salmos y cánticos, que lo que pronuncian de viva voz esté también en su corazón, y que no canten sino lo que ustedes leen que debe ser cantado; pero lo que no está escrito para ser cantado no lo canten.

CAPITULO VII

Sometan la carne mediante ayunos y abstinencias en el comer y en el beber en cuanto les permita la salud. Cuando alguna no puede soportar el ayuno que tampoco coma fuera de las comidas, a menos que se encuentre enferma.

CAPITULO VIII

Estando a la mesa, escuchen sin ruido ni tensiones lo que según la costumbre se lea, hasta que se levanten de la mesa. Que no solo la boca reciba el alimento, sino que los oídos reciban también la palabra de Dios. Si algunas son tratadas en forma diferente en los alimentos, las más delicadas por su educación pasada no deben causar molestias a las otras que, por tener otra educación, son más fuertes, ni lo deben juzgar injusto. Y que estas no juzguen a aquellas más afortunadas por lo que comen ellas y que ellas no comen. Y por el contrario que se sientan más contentas

en sí mismas porque ellas son más saludables y pueden soportar lo que las otras no pueden. Si se hace un regalo en alimentos, vestidos, lechos, cobijas a aquellas que entraron al monasterio venidas de las delicadezas del mundo, regalos que no se dan a las más saludables y por tanto se juzguen más felices, aquellas a quienes no se hacen esas particularidades deben pensar cómo aquellas abandonaron su vida mundana, aunque no hayan podido llegar a la sobriedad y frugalidad de las otras que son de mejor constitución física. Las que son más vigorosas no se deben perturbar si ven que, más por necesidad de apoyo y de compasión que por honor, aquellas reciben mejores porciones; no se introduzca la detestable perversidad de que en el monasterio las ricas se vuelvan más laboriosas en cuanto les es posible, y las pobres se hagan más delicadas.

CAPITULO IX

Como las enfermas tienen necesidad de comer menos, por temor de que se agraven, después de la enfermedad deben ser tratadas de modo que puedan restablecerse pronto, aunque hayan venido de pobres lugares en el mundo; no sea que la reciente enfermedad no les haga sentir lo que experimentaban las ricas en su anterior modo de vivir. Pero una vez recuperadas las fuerzas primeras que vuelvan a su más gozosa manera de vivir tanto más adecuada a las siervas de Dios cuanto menor necesidad sientan de otra cosa; y que el placer en el comer no las retenga más, estando ya curadas, donde su condición de enfermas las mantuvo. Créanse más dichosas las que son más fuertes

para soportar la abstinencia; es mejor necesitar menos que tener mucho.

CAPITULO X

Que el porte no sea llamativo ni procuren agradar con los vestidos, sino con los comportamientos del corazón. Que los velos no sean extravagantes y que el peinado no aparezca. Que el cabello no esté al descubierto ni desarreglado ni que por artificio se muestre plegado hacia el exterior. Cuando salgan de casa vayan juntas y cuando lleguen adonde se dirigen permanezcan unidas. En la manera de andar, donde se alojen o residan, en las reuniones, en todos los movimientos, nada incite a la concupiscencia, sino que sea todo conforme a la santidad, es decir, a la santidad de su vocación.

CAPITULO XI

Si sus ojos miran a otros, no los dejen fijos en alguien. Porque yendo por la calle no les está prohibido ver a los hombres, pero desearlos o desear ser atraídas por ellos. Es una falta criminal. No es solo por el tacto como la mujer es deseada o atrae sino también por el afecto y la mirada. Y no digan que su intención es pura teniendo ojos impúdicos, porque el ojo impúdico es mensajero de un corazón impúdico. Y cuando, aun sin decirse nada, los corazones denuncian su impureza con miradas mutuas y, cediendo al deseo de la carne, se deleitan con ardor recíproco, la castidad desaparece por los comportamientos del corazón. Y la que fija su mirada en un hombre y desea que éste la mire igualmente no piense que nadie la está viendo en esta

acción. De seguro es sorprendida incluso por aquellos que menos piensa. ¿Pero, aunque piense que ha sido vista por nadie, cómo se esconderá a la mirada de aquel espectador a cuya mirada nada escapa? ¿O se puede creer que no ve nuestros actos porque lo hace con tanta mayor paciencia cuanto más grande es su sabiduría? Tema, pues, la mujer consagrada desagradar a Aquél, y así no quiera agradar pecaminosamente a un hombre. Y para que no desee ser mirada con malicia por un hombre, piense que el Señor todo lo ve. Pues él nos recomienda el temor, según está escrito: “Abominable es ante el Señor quien detiene y fija la mirada”.

CAPITULO XII

Cuando estén reunidas en la Iglesia o en cualquier otro lugar donde haya hombres, cuiden de guardar mutuamente su castidad, pues Dios, que habita en ustedes, las guardará también por medio de ustedes mismas. Y si observan en alguna de ustedes este descaro en sus miradas, de que estoy hablando, adviértanla de inmediato a fin de este inicio no haga progresos sino que sea prontamente corregido. Pero si luego de la advertencia ahí mismo, o en otro día, la ven seguir en ese mismo comportamiento, aquella que haya visto, cualquiera que sea, la debe considerar como persona muy herida para que sea curada. Antes, sin embargo, es preciso comunicar la misma falta a una o dos otras, para que, por el testimonio de dos o tres, pueda ser convencida y reprimida con la conveniente severidad. No piensen que al descubrir este mal obran con malevolencia; más bien serían

ustedes culpables pues al acusar las faltas de sus Hermanas ustedes las pueden corregir pero al callar ustedes permiten que se pierdan. Si una Hermana tuviese una callosidad que quisiera ocultar por miedo a la incisión, ¿no serías cruel al silenciarlo y caritativa el manifestarlo? Pues, ¿con cuánta mayor razón debes manifestar la úlcera espiritual para que no termine pudriendo el corazón.

CAPITULO XIII

Pero antes de poner la falta en conocimiento a las otras por quienes pudiera ser convencida, si luego de la primera admonición, no se corrige, en primer lugar, hay que advertir a la superiora, a fin de que, si es posible, sea corregida más en secreto sin necesidad de que las otras lo sepan. Y si persiste en negarlo, entonces hay que carearla con otras Hermanas, a fin de que sea no sólo reprendida por una sola o por las otras, sino para que por el testimonio de dos tres sea convencida.

CAPITULO XIV

Una vez convencida, se le corrige por castigo y punición, según el criterio de la superiora o del sacerdote. Si rehúsa aceptar la pena que se le impone y si ella no se retira, que se le expulse y sea puesta fuera de la Congregación o sociedad. No se hace esto con crueldad sino con misericordia, a fin de que por este pestilente contagio no contagie a varias otras Hermanas. Y lo que digo de esta falta, el fijar la mirada en los hombres, debe ser observado diligentemente con insistencia, prohibiendo, indicando, convenciendo y castigando los otros pecados, conservando

en esto la caridad hacia las personas y el odio contra sus vicios.

CAPITULO XV

Si alguna hubiera llegado al punto de iniquidad de recibir cartas o regalos en secreto, si ella lo confiesa libremente, que sea perdonada y se ore por ella. Y si es sorprendida en esta falta y es convencida de ella, que sea castigada severamente como parezca bien a la superiora o al sacerdote, o incluso al obispo.

CAPITULO XVI

Tengan todos sus vestidos en un lugar, bajo el cuidado y cargo de una Hermana o dos, o de cuantas Hermanas se requieran para que sean sacudidos y conservados, a fin de que la polilla no los dañe. Y así como se alimentan de una misma despensa, así deben vestirse de una misma ropería. Y si es posible, no reparen en los vestidos que se les proporcionan, según las estaciones, para ver si son los vestidos que habían usado ya o los que habían devuelto, o bien que hubieran sido usados por otras, con tal que no se rehúse a ninguna lo que necesita. Si por esto surgen entre ustedes tensiones y murmuraciones, quejándose alguna de tener peores vestidos de los que había devuelto, o de ser considerada indigna de llevar vestidos no tan buenos como los de otra Hermana, dense cuenta por esto cómo están lejanas de tener santos sentimientos interiores en el corazón puesto que se querellan y discuten por los vestidos exteriores del cuerpo. Y si su reclamo es soportado para hacer que tengan los mismos vestidos que tenían antes,

tengan sin embargo todo lo que visten en un lugar común, y entréguenlo al cuidado de las Hermanas encargadas de la ropería, a fin de que ninguna trabaje para sí misma, sea para vestirse, sea para arreglar su lecho, sea para tener con qué ceñirse o usar un vestido extravagante, sea para cubrirse la cabeza.

Que todas sus obras se hagan en común con tanto cuidado y alegría ordinarios como si los hicieran en particular. Porque la caridad, de la cual está escrito que “que no busque las cosas que le son propias” (o sea, su comodidad, sus intereses, sus ventajas) debe entenderse así: que no se prefieran las comodidades propias por encima de las comunes, sino las comunes sobre las propias. Por esto, entre más prefieran la comunidad sobre el particularismo, tanto más sabrán que se han beneficiado, porque por encima de las cosas transitorias, se ve exaltada la permanente caridad. Se sigue en consecuencia que cuando alguien dé a sus hijas, o a sus parientes o relacionadas que estén en el monasterio, sea vestidos, sea cualquier otra cosa necesaria, no debe ser recibido en secreto sino que todo eso se entregue a la superiora a fin de que poniéndose en común, cuando sea necesario, se distribuya. Si alguna guarda celosamente lo que le fue dado, que sea concenada como ladrona. Que los vestidos de ustedes se laven parezca bien a la superiora, sea por ustedes mismas, sea por los lavaderos, a fin de que el gran deseo de tener vestidos limpios ni atraiga suciedades al alma.

CAPITULO XVII

Los baños corporales y el uso de los baños no sean frecuentes, sino que sea concedido según los intervalos de los tiempos acostumbrados, es decir, una vez al mes. Pero aquellas que por necesidad de enfermedad requieran baño que no se dilate más sino que se haga sin murmuraciones, por parecer del médico, de suerte que, aunque ella no lo quisiera, se haga lo que sea necesario para la salud. Que si quiere un baño y no es necesario para la salud que no se ceda a su deseo, pues sucede que lo que deleita aparezca como provechoso así cause perjuicio. Finalmente si alguna sierva de Dios tiene algún dolor oculto del cuerpo que se le crea sencillamente pero sin embargo si aquello que le agrada es también necesario para curar su dolor. Si no es seguro que se pida consejo del médico. Y que las Hermanas no vayan a los baños o a otras partes, y si es necesario que vayan que sea en grupos de no menos de tres. Y la que tenga necesidad de ir a alguna parte no vaya acompañada de las que ella escoja sino de las que la superiora ordene.

El cuidado de las enfermas o de aquellas que luego de su enfermedad deben ser recuperadas, o de aquellas que sufren alguna enfermedad o fiebres debe ser encomendado a alguna a fin de que ella pida en la despensa lo que juzgue ser necesario a cada una. Tanto las que tienen el encargo de la despensa, como las responsables de la ropería, y las que tienen a su cuidado los libros, sirvan gustosamente, sin murmuración a sus Hermanas.

CAPITULO XVIII

Que se pidan los libros cada día a la hora asignad, fuera de la cual se rehúsen a las que pidan. Por lo que se refiere a los vestidos y zapatos, que aquellas que los tienen a su cargo no difieran darlos a las que los necesitan.

CAPITULO XIX

Que nadie tenga proceso alguno, o que si lo tiene le dé término lo más pronto, a fin de que la ira creciente no se convierta en odio, y haga de una pajilla una viga, y haga que el alma sea homicida. No sólo a los hombres se dijo: “El que odia a su hermano es homicida”. No sólo concierne al sexo masculino que Dios creó primero; el sexo femenino recibió también ese mandato.

CAPITULO XX

La que por injuria, maldición o reproche de crimen ofenda a otra, que se recuerde de repara lo más pronto, por satisfacción, la falta que ella ha cometido, y que la ofendida perdone serenamente. Si recíprocamente se ofendieron deben perdonarse la una a la otra, a causa de sus oraciones que deben ser tanto más santas cuanto son más frecuentes. Es mejor la que, a pesar de estar tentada a menudo de cólera, se apresura sin embargo a pedir perdón a aquella a la que reconoce haber injuriado, que aquella que tarda en enojarse pero de mal modo se deja persuadir de pedir perdón. La que no quiere perdonar a su Hermana no debe esperar recibir el fruto de la oración; pero la que no quiere nunca pedir perdón, o que no lo hace de buen corazón, está en vano en el monasterio, aunque no sea expulsada de él.

Por tanto guárdense de palabras duras; si su boca las profiere, que no les disguste producir los remedios por la misma boca que ha causado la herida.

CAPITULO XXI

Cuando la necesidad de corregir las impulse a decir palabras ásperas para reprimir a las inferiores, si en eso se exceden, no se pide que ustedes les pidan perdón, a fin de que por practicar en demasía la humildad hacia las que deben ser obedientes, no se desvirtúe la autoridad de gobernar. Sin embargo hay que pedir perdón al Señor de todo que conoce cuanto amor tienen ustedes para con aquella a quien corrigen quizás demasiado ásperamente.

CAPITULO XXII

No haya entre ustedes ningún afecto carnal sino espiritual.

CAPITULO XXIII

Que se obedezca a la superiora guardando el respeto que se le debe para que en ella Dios no sea ofendido; y más aún al sacerdote que tiene cuidado de ustedes.

CAPITULO XXIV

Para que todo esto sea observado y que si algo se omite no se haga por negligencia, sino que se tenga cuidado de reparar y corregir lo que ha faltado. Esto incumbe sobre todo a la superiora. Que en aquello que es extraordinario y supere su capacidad se refiera al sacerdote que se ocupa de ustedes.

CAPITULO XXV

En cuanto a ella que no se sienta dichosa por la autoridad y mando que tiene sino por el deber que tiene de servir a las demás con caridad. Que sea superiora por honor ante los hombres pero que ante Dios se prostorne bajo los pies de ustedes. Que sea modelo de buenas obras para todas. Que llame la atención de las indisciplinadas. Que consuele a las pusilánimes. Que acoja y alivie a las enfermas. Que sea paciente con todas.

Que sea exigente y severa consigo misma en la observancia de la disciplina y de los reglamentos de la casa, y reservada al imponerlos a las otras. Y si bien ambas cosas son necesarias que sin embargo prefiera ser amada más que ser temida, pensando siempre que debe dar cuenta de ustedes a Dios. Y por tanto, siendo cada vez más obedientes no sólo tengan compasión de sí mismas sino también de aquella que está en peligro tanto mayor cuanto que ocupa un cargo más elevado.

CAPITULO XXVI

Quiera Dios que todo esto sea observado por ustedes con amor, como enamoradas de la belleza espiritual, y como aromatizadoras del buen olor de Jesucristo, mediante la buena convivencia, no como esclavas de la ley sino como mujeres libres y emancipadas, viviendo bajo la gracia de Dios.

CAPITULO XXVII

Y para que a menudo tengan ante la vista este librito como un espejo, y que no descuiden algo por olvido, que sea leído una vez por semana. Y cuando tomen conciencia de que cumplen lo que está escrito en él, den gracias al Señor, distribuyendo sus bienes. Pero cuando alguna de ustedes es consciente de haber faltado que, arrepentida del pasado, vigile siempre su futuro, rogando a Dios para que su ofensa le sea perdonada y que no sea inducida a caer en tentación. Amén.

VIVA JESUS Y MARIA

DESEOS Y ASPIRACIONES

I – La humilde gloria de las Religiosas de Nuestra Señora de Caridad.

Las Religiosas de Nuestra Señora de Caridad pueden, con toda humildad y santamente, gloriarse (aunque lo sean infinitamente indignas) de ser las Hijas del santísimo Corazón de la santa Virgen María. Si les es común con los cristianos tener a Jesucristo por su Cabeza y ser sus miembros, y ser uno con aquel que, según san Agustín, es más el fruto del Corazón de la preciosa Virgen que de su vientre, y ser por tanto las Hijas de este mismo Corazón, ellas poseen esta dicha de manera más especial y singular por tres razones principales.

Primeramente, son las Hijas del muy amable Corazón de la Madre de Dios porque la vocación de quienes su divina Majestad escoge para trabajar en la salvación de las almas perdidas tiene su origen especialmente en el muy caritativo Corazón de Jesús, encendido en amor a las almas, y este Corazón no es sino un mismo Corazón con el de su muy santa Madre. Si este divino Corazón es la fuente de todos los designios, de todos los santos Institutos, y de todas las obras de misericordia sin embargo lo es de forma especial de aquellos que miran directamente a la salvación de las almas pecadoras. Son ellas lo que él más quiere y desea entre todas las cosas del mundo puesto que este benigno Salvador nos asegura que vino a este mundo no por los justos sino por los pecadores.

En segundo lugar, esta Reina de los corazones consagrados a Jesús ha manifestado que son las Hijas muy amadas de su Corazón por el amor muy particular que les ha testimoniado haciéndolas partícipes de lo que ella ama más en este mundo después de Dios, a saber, la Cruz de su Hijo. Ha permitido, en efecto, que hayan sufrido numerosas cruces, contratiempos y tribulaciones por espacio de más de diez años; además este Corazón maternal ha tenido cuidado muy particular de proveerlas de todo lo que les ha sido necesario tanto en lo espiritual como en lo temporal. Ha vencido numerosos obstáculos que se presentaron para el establecimiento de esta Congregación y ha dispuesto todo de modo que, por una secreta y admirable guía, no obstante, los esfuerzos del infierno y cuando todo parecía estar perdido, fue fundada contra todas las apariencias humanas en el día de la fiesta de este mismo Corazón, el 8 de febrero.

En tercer lugar, cuando Dios quiso poner el designio de esta Congregación en el corazón de quienes su divina misericordia se ha servido para formarla, les inculcó también el pensamiento de consagrarla en honor del digno Corazón de su muy alabada Madre, al que fue dedicada y consagrada efectivamente, con el fin de que las jóvenes que ingresen en ella se esfuercen por imprimir en su corazón una imagen y semejanza perfecta de la muy santa vida y de las virtudes muy excelentes del muy sagrado Corazón de su muy buena Madre, y que por este medio se hagan dignas de ser las verdaderas Hijas del muy amable Corazón de la Madre del amor hermoso.

II – Aspiraciones y plegarias por las Religiosas de Nuestra Señora de Caridad

Me hincó de corazón a los sagrados pies del Rey de la Reina de los corazones, Jesús y María, con toda la humildad y devoción de todos los corazones que les están consagrados, suplicándoles desde lo más profundo de mi alma, por su muy santo Corazón del todo encendido de amor por sus hijas, concedernos:

1. Que no escriban su nombre en este libro sino las jóvenes o mujeres que ingresen a esta casa, escogidas y llamadas para servir y honrar estos sagrados Corazones trabajando en la salvación de las almas pecadoras.
2. Que las que lo escriban lo hagan *Corde magno et animo volenti*, o sea, con gran corazón y con voluntad muy decidida, y por el puro amor y la sola gloria de Dios.
3. Que el año, el día y la hora en que cada Hermana escriba sus votos y oblaciones en este libro le sea un año de misericordia y de remisión de todos sus pecados; un día de bendición y de santificación para su alma y para su cuerpo; y una hora de confirmación perpetua e inviolable en la gracia y en el amor de Dios.
4. Que los nombres de quienes se escriban en este papel sean escritos para siempre en el divino Corazón de Jesús, Hijo de María, y de María, Madre Jesús.
5. Que el amor divino escriba en sus corazones todas las Reglas, Constituciones y Costumbres de esta Congregación; y que esos mismos corazones sean libros sagrados y evangelios vivientes, en los que la muy santa vida de su Padre muy amado y de su muy querida

Madre, Jesús y María, se imprima por siempre jamás. 6. Que todos sus corazones sean otras tantas imágenes vivas del muy puro amor y de la caridad muy excelente, de la humildad muy profunda y de la obediencia muy exacta, de la más angélica pureza, de la paciencia invencible, de la mansedumbre infantil, de la sencillez de paloma, de la sumisión entera a la voluntad de Dios, de la abnegación total de sí mismas, del perfecto desprecio del mundo, del celo muy ardiente por la salvación de las almas, del amor muy fuerte por la cruz y de todas las demás virtudes muy eminentes que reinan en el Corazón divino de Jesús y de María.

7. Que estos mismos corazones sólo sean uno entre ellos por el vínculo sagrado de una muy perfecta caridad, y que sea un corazón con el muy sagrado Corazón de Jesús y de María, por la virtud del divino amor.

8. Que este corazón único sea el trono de la divina Voluntad que reine en él absolutamente y que sea consumido en la llamas del amor eternos, y que como una hostia santa sea continuamente sacrificado en alabanza y gloria de la santísima Trinidad.

Estos son los deseos muy ardientes de mi corazón, oh Jesús, Hijo de María, y oh María, Madre de Jesús; los presento al de ustedes, lleno totalmente de bondad; tengo la intención de presentarlos a él en todos los momentos de mi vida, con todos los movimientos y latidos de éste, mi corazón. Escúchenlos, les ruego, bendíganlos y cúmplalos por su gran misericordia y para la gloria de su santo Nombre. Amén.

III – A las Religiosas de Nuestra Señora de Caridad

Dirijo ahora a ustedes, mis muy querida Hermanas, mi voz y mi palabra para decirles: Ánimo, Hijas muy amadas del corazón amabilísimo de la Madre de amor, permanezcan en ese Corazón maternal de su muy querida Madre, que no es sino uno con el Corazón divino de su Hijo Jesús; que sea el lugar de su reposo, su ciudad de refugio, su fortaleza inexpugnable, su jardín de delicias, su Paraíso terrenal.

Vivan de la vida de este santo Corazón, tengan en ustedes sus sentimientos, entren en sus disposiciones, sigan sus inclinaciones, amen lo que él ama, odien lo que él odia y nada más; sólo deseen lo que él desea; alégrense con lo que a él alegra, sólo teman lo que él temería si estuviera todavía sometido al temor, que las entristezca sólo lo que a él entristecería, si fuera todavía capaz de tristeza, trabajen por el cumplimiento de sus designios; entréguese continuamente al espíritu que le anima a fin de que ese mismo espíritu las posea y conduzca en todo; que su gracia las santifique, que su caridad las inflame, que su amor las abrase, y sobre todo que su celo por la salvación de las almas las devore.

Finalmente graben esto en sus corazones: que ustedes son las Hijas del muy santo Corazón de la Reina del Cielo. Jamás olviden ese hermoso nombre; ténganlo siempre ante los ojos; grábenlo en el espíritu; imprímanlo en lo más íntimo de su alma; escríbanlo en sus manos; llévenlo en los labios; hagan de manera que, con la gracia de Dios, todos sus pensamientos y afectos, todas sus palabras y acciones

tiendan a hacerla digna Hijas del muy sagrado Corazón de la Madre de Jesús, y a dar contento y a regocijar ese mismo Corazón en todas las formas posibles, pero especialmente observando exactamente sus Reglas y Constituciones, y cumpliendo con fidelidad sus votos, sobre todo el cuarto que han profesado, el de ocuparse en la conversión e instrucción de las almas extraviadas.

Sepan, mis querida Hermanas, que mientras permanezcan en esta santa ocupación, que las asocia de manera maravillosa con el salvador del mundo, con su muy preciosa Madre, con sus Apóstoles y con todos los Santos, llamados todos para esta obra, ustedes serán en verdad las Hijas del muy santo Corazón de la Madre de Dios, que la mirará y amará como a tales, y las colmará de todos los favores y bendiciones.

Pero si, bajo cualquier pretexto que pueda darse, ustedes se alejan de esta ocupación, perderán de inmediato esta mermosa calidad. No tendrán ya el nombre de Hijas del muy santo Corazón de María, Madre de Jesús, sino llevarán el nombre de Hijas de Belial. La bendición del cielo se retirará de ustedes y la maldición se les acercará. Quiera la divina bondad que no caigan en esta desgracia. Suplico a la Madre de misericordia, invocando toda la bondad de su Corazón de Madre, que desde que empiecen a seguir ese camino, las reprenda con tanto poder que las obligue a retornar por el camino de su vocación, a fin de que después de haber gastado todo su tiempo y sus fuerzas por el mismo motivo por el que nuestro muy adorables Jesús empleó toda su sangre y su vida, ustedes sean encontradas en la

hora de su muerte conformes al Corazón de Dios, y entreguen su alma su alma en el seno y en el Corazón de su muy buena Madre y reposen eternamente con ella y con su Hijo muy amado en el seno y en el Corazón del Padre celestial, para bendecir, glorifica y amar incesantemente, con Jesús y María, y con todos sus hijos, a la santísima Trinidad pro siempre jamás. Amén.

Viva Jesús y María

VIVA JESÚS Y MARÍA
LAS CONSTITUCIONES DE LAS RELIGIOSAS
DEL MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DE CARIDAD

*Con la aprobación de monseñor Francisco de Nesmond,
Consejero del rey en sus Consejos,
obispo de Bayeux, como consecuencia de la autorización y
confirmación
del dicho monasterio por nuestro S. Padre el Papa Alejandro VII*

Constitución I

**Fin de este instituto y motivos que deben animar
a las que profesan en él para hacer de corazón sus
funciones**

Como hay varias habitaciones en la casa del Padre de los cielos, también hay diversas familias y varios oficios diferentes. Entre estas familias están las Congregaciones y Comunidades religiosas que tienen cada una su misión y su oficio particular de acuerdo al fin especial para el cual fueron fundadas. Si bien todas tienen un mismo fin último general, que es el de servir y glorificar a Dios por la práctica de los consejos evangélicos, sin embargo cada una se fija uno que le es propio y característico según el designio particular de su instituto.

Tal es la Congregación de Hijas religiosas de Nuestra Señora de Caridad, cuyo fin general, que le es común con las demás Congregaciones que hay en la Iglesia, es servir y honrar a Dios por la observancia exacta de los santos votos de pobreza, de castidad y de obediencia, y por imitación

perfecta de todas las otras virtudes de Nuestro Señor y de su muy santa Madre. Pero su fin propio y característico, que la distingue de las demás, es imitar, en cuanto posible, mediante la divina gracia, la muy ardiente caridad de que el muy amable Corazón de Jesús Hijo de María, y la María, Madre de Jesús, están abrasados por las almas creadas a imagen y semejanza de Dios, rescatadas por la preciosa sangre de su Hijo. Para ello se ocupan de todo corazón, mediante el ejemplo de una santa vida, el fervor de sus oraciones y la eficacia de sus instrucciones, en la conversión de las jóvenes y mujeres que han caído en el desorden de una vida licenciosa, y que, movidas por Dios, quieren salir del estado de pecado para hacer penitencia bajo su guía, y para aprender más fácilmente los medios de servir a su divina Majestad y salvarse.

Como en la Iglesia de Dios hay religiosas hospitalarias que se destinan a cuidar los cuerpos enfermos, así también es necesario que existan religiosas cuyos monasterios sean como hospitales para recibir las almas enfermas para trabajar en hacerles descubrir la salud espiritual. Y como hay religiosas Ursulinas cuyo fin principal es ocuparse e formar en el temor de Dios las almas inocentes, igualmente es muy importante que haya quienes tengan como fin particular trabajar en restablecer este mismo temor en las almas penitentes. Pero para que se entreguen con mayor afecto y coraje a las funciones de este santo instituto es necesario que las que entran en él consideren a menudo las verdades siguientes.

A saber

1. Que éste es el más digno servicio y el mayor honor que puedan tributar a Dios, y la obra más agradable a su divina Majestad que puedan realizar, puesto que nada hay que quiera tanto como la salvación de las almas.
2. Esta obra encierra, por excelencia, todas las otras obras buenas, tanto corporales como espirituales que sea dable practicar. Todas estas son solo medios para alcanzar aquella que es su fin.
3. Un alma vale más que un mundo, y por consiguiente, tenderle la mano para sacarla del abismo del pecado es obra mayor que crear un mundo entero y hacerlo salir de la nada. Dirigir y guiar un alma por los caminos espirituales de la gracia es más excelente que gobernar un mundo en las cosas temporales.
4. Una sola alma es más preciosa a los ojos de Dios que todos los cuerpos que hay en el universo, y por tanto, contribuir a revestirla de la gracia de Dios y a alimentarla y fortalecerla con los buenos ejemplos y con las santas enseñanzas que se les dan es acción más santa que revestir y alimentar todos los cuerpos que existen en la tierra. Librar un alma de la esclavitud del pecado y del demonio es obra más digna que poner en libertad a todos los cautivos y prisioneros que hay en el mundo. Dar muerte al pecado en un alma es un bien mayor que aniquilar una peste que cubriera el universo. Hacer pasar un alma de la muerte del pecado a la vida de la gracia es cosa más agradable a Dios que resucitar todos los cuerpos que existen en las tumbas.

5. Según san Juan Crisóstomo, ocuparse en la salvación de las almas es verdadero espíritu de caridad, es cosa mejor que ejercitarse en las más severas austeridades y mortificaciones corporales.
6. Según el mismo santo, emplear el tiempo y la vida en este santo trabajo es cosa que complace más a su divina Majestad que sufrir el martirio. Por eso santa Teresa decía que ella sentía más envidia por quienes están en este empleo que por los mártires.
7. Según san Dionisio, la cosa más divina entre todas las cosas es cooperar con Dios en la salvación de las almas y especialmente en la de aquellas que están abandonadas y sin ayuda pues nuestro Señor dijo que vino para llamar no a los justos sino a los pecadores.
8. Con esta intención fue fundado y establecido en la Iglesia este Instituto. Las Hermanas no han entrado en él sólo para salvarse ellas mismas sino para ayudar a la salvación de las almas en la manera en les prescriba la obediencia.
9. Esta vocación es para ellas una gracia muy particular y un extraordinario favor del cielo de los que son infinitamente indignas. Es estar asociadas en esta obra con Nuestro Señor Jesucristo, con su muy santa Madre, con sus Apóstoles, y con tantos grandes santos. Mientras ellas se apliquen a las tareas de un tan santo Instituto Dios las bendecirá con grandes bendiciones espirituales y temporales pues no hay nadie en el mundo a quien él ame tanto como aquellas que se cooperan con él en la salvación de las almas.

10. Finalmente consideren que es la primera y principal de sus Constituciones y la más importante de sus obligaciones, que es el espíritu y el alma de su Instituto; que es el camino que Dios les ha señalado para ir a Él y para hacerse agradables a su divina Majestad. Por tanto deben emplearse con todo su espíritu y corazón, con todo cuidado e iniciativa, para hacerse dignas coadjutoras y cooperadores de Jesucristo Nuestro Señor en la obra de la salvación de las almas que él rescató con el precio de su sangre, y abrazar con amor todas las mortificaciones y dificultades que encuentren en esta vocación por amor de aquel que sufrió tantos ultrajes por esta causa. Serán así en verdad Hijas de Nuestra Señora de Caridad, pues el más perfecto ejercicio de la caridad consiste en sacar las almas de la perdición para llevarlas a la salvación eterna.

Constitución II

Personas que componen la comunidad de Religiosas de Nuestra Señora de Caridad

Esta comunidad se compone sólo de jóvenes o de mujeres libres, de costumbres honestas y de vida irreprochable, fuera de toda sospecha. No se admitirá nunca en ella, por cualquier causa o pretexto que sea a ninguna, cualquiera sea su condición o calidad, que haya vivido licenciosamente, aunque esté perfectamente convertida, o incluso aquellas

sobre las que recae alguna sospecha de haber llevado una vida depravada.

Se será muy estricto en observar esta constitución pues es muy importante y necesaria para conservar el bueno olor de esta Congregación y para que trabajen más eficazmente en la salvación de las almas extraviadas.

Habrà como en toda comunidad femenina dos clases de religiosas: unas serán Hermanas de coro, otras serán Hermanas conversas, destinadas a los quehaceres de la casa. Estas no tendrán voz ni activa ni pasiva. No serán tratadas en forma diferente de las demás ni en los hábitos (menos que llevarán velo blanco), ni en los lechos, ni en la alimentación, ni en el cuidado de la salud, ni en los ejercicios propios a su provecho espiritual, ni en ninguna otra cosa. Se las tratará con afecto y cordialmente por parte de la superiora y de todas las demás Hermanas, pues en esta Congregación Marta y María deben vivir sin murmuraciones ni menosprecio, sino con igual afecto, como verdaderas Hermanas, muy amadas de Nuestro Señor. El número de Profesas de coro no pasará de cuarenta; el de las Hermanas Conversas no será mayor de seis, y si es menor tanto mejor²⁴

²⁴ Aunque es posible aumentar estos números con la autorización de la superiora, la intención del santo fundador es no sobrepasar ese número a menos que se presente una vocación de extraordinarias condición sea por su virtud o por su nacimiento, o que haya muchas enfermas que haya que cuidar o reemplazar. *Anales de N.S. de Caridad de Caen*. Actualmente las hijas de san Juan Eudes han visto crecer sus obras y por tanto han tenido que sobrepasar el número fijado por el P. Eudes.

Constitución III

El Oficio divino

Una de las más santas ocupaciones de las Hermanas es recitar o cantar las alabanzas de Dios. Es un ejercicio que les es común con los ángeles, con los santos, con la santa Virgen y con su divino Esposo y su adorable Cabeza que es Jesús, quien no sólo en el cielo donde está a la derecha de su Padre, sino también en la tierra, donde está con nosotros en el santísimo Sacramento, alaba, adora y glorifica sin cesar a su Padre eterno. Por tanto esmérense en hacer esta acción santamente.

Puesto que su primera y principal ocupación es trabajar según su Instituto en la salvación de las almas, para que dispongan de más tiempo y fuerzas para entregarse a ella, no están obligadas sino al Oficio parvo de Nuestra Señora. Pero al recitarlo o cantarlo se esforzarán por “por pronunciar clara y distintamente todas las palabras” de modo que pueda entenderse fácilmente lo que dicen. También deben “observar las pausas, asteriscos intermedios y acentos. Moderen de tal modo su voz que se ajuste bien a las de las otras”; que no se escuchen discordancias, no anticipen los versículos y esperen que el precedente haya sido terminado del todo para comenzar el siguiente; guarden la compostura exterior con la mayor modestia posible y no usen gorgoritos ni cosas semejantes, sino canten sencilla, seria y piadosamente. No tendrá órgano²⁵ y

²⁵ “Habiendo venido un día el fundador a nuestra iglesia, según su costumbre, observó que teníamos un órgano. Nos lo había regalado monseñor de Langrie, nuestro director. Nos ordenó guardarlo en el granero para venderlo luego. Lo aceptó bien el P. Langrie dado el respeto que tenía por el P. Eudes. Cuando le hicimos notar que no había nada en el mundo que

no cantarán música ni la aprenderán como tampoco a tocar instrumento alguno.

“Irán prontamente al coro al sonido de la campana. Lo harán con dignidad y modestia y entrarán en él con respeto hacia la majestad divina, presenté allí como en el cielo. Y luego de hacer genuflexión y adoración al Santísimo Sacramentos ocuparán sus puestos con calma sin hacer ruido, No hablarán entre sí sino por razones urgentes y lo harán en voz baja y en pocas palabras. Saldrán sólo por razones apremiantes, y terminado el Oficio sólo saldrán cuando se dé la señal.

“Si alguna comete alguna falta que se pueda reparar, las que se den cuenta, la corregirán con amabilidad y si es posible sin hacerlo notar, como por ejemplo, si las que comienzan el salmo toman uno en lugar de otro, las que se aperciban de ello, sin dar ninguna seña, tomen el salmo que fue omitido, prosiguiéndolo sencillamente. Pero la que haya hecho alguna falta notable, luego pedirá perdón a la superiora con espíritu de humildad y sumisión. Y dado que es muy humano darse secretas complacencias con sus propias iniciativas incluso bajo pretexto de piedad y devoción, y puesto que a menudo la multitud de oficios impide la atención, el júbilo y la reverencia con la que se debe hacer, no será de libre voluntad, bajo cualquier pretexto, recargarse de otros oficios u oraciones ordinarios, fuera de los que están previstos en estas Constituciones y

atrajera más la devoción, nos respondió que no era lo que Dios pedía de nosotras. Que nuestro atractivo propio eran la humildad y la sencillez. Y para que no nos apartásemos luego de su voluntad añadió un artículo a nuestra Constituciones que todavía no habían sido aprobadas ni impresas por el que nos prohibía expresamente tener órganos” *Anales de N.S. de Caridad de Caen.*

en el Directorio. Así las Hermanas oirán decir o cantar mejor el oficio, con la dignidad y el respeto debidos.

“Las Hermanas conversas en lo posible no falten a la santa Misa diariamente. En las fiestas asistan también a todos los oficios, en un lugar donde no interrumpen a las Hermanas coristas, ni les causen distracción si tuvieran que salir o entrar. No están obligados a la recitación del oficio, pero las que no saben leer, en lugar de Prima, Tercia, Sexta y Nona, dirán en la mañana el Padre nuestro, el Ave María, y una vez el Credo. En lugar de visperas y completas siete Padre-nuestros y Ave-Marías; y en lugar de Maitines y Laudes diez Padre-nuestros y Ave-Marías; las que saben leer digan el Oficio parvo del santísimo Corazón de la santa Virgen.

Constitución IV

Diversidad del canto

En los días de trabajo todo el oficio se dice con voz plana o salmodia, excepto los Cánticos del Te Deum, Benedictus y Nunc dimittis que se recitan con un tono más alto. El Magnificat se canta todos los días menos en Cuaresma, y la Antífona mariana propia del tiempo, al fin de Completas, se canta en todo tiempo. Todos los domingos y en las Fiestas de guarda se cantan Tercia, vísperas, y el Nunc dimittis en Completas como se dice en el Directorio; y en las principales fiestas, se cantan las primeras vísperas. En cuanto posible tienen dos misas los domingos y fiestas. Una se dice hacia las siete de la mañana, para comodidad de las enfermas, y la otra, que es la misa conventual, a las 8 o las 9 de la

mañana. Esta se canta en cuanto posible, y la comunidad puede comulgar en ella.

Observen fielmente lo que está indicado en el Directorio sobre la dignidad del canto, sobre la manera y el tiempo de tocar para los Oficios, sobre la duración, modestia y respeto con los que deben decirse las Horas, y sobre la práctica de todas las otras ceremonias a fin de que el Oficio divino se celebre devotamente y con edificación. Si disponen de un lugar cómodo para hacer la procesión, la harán al fin de vísperas, siempre que no haya sermón, los domingos y fiestas principales del año, cantando un responsorio propio del día, o algún himno o las letanías²⁶. Canten también la misa conventual en las tomas de hábito, las profesiones, entierros y ocasiones semejantes. Digan el Oficio canonical en los tres días de Tinieblas y en las tres fiestas de Pascua, pero sólo canten el primer nocturno de Tinieblas. Los viernes se canta el Stabat después de Completas menos en el tiempo pascual, en las octavas de la Asunción y otras y cuando caiga alguna fiesta solemne en viernes y también desde el adviento hasta la Purificación. No se haga salir a las Hermanas del Oficio ni de la oración, a menos de razón grande y urgente. Si salen, en cuanto sea posible las retomarán en otro tiempo.

²⁶ “Gustaba mucho a nuestro Padre que se cantaran las letanías de la Virgen con un tono bello y devoto. Un día vino y notó que cantábamos Completas bastante bien pero decíamos en seguida las letanías salmodiadas. Nos lo reprochó. Le dijimos que si las cantábamos más solemnemente no quedaría tiempo entre el fin de la oración y la cena. Nos respondió que era mejor salmodiar Completas y cantar las letanías con devoción y solemnidad. Desde entonces seguimos sus deseos. En otra ocasión se le mostró esas mismas letanías con notación musical que a algunas Hermanas les parecían demasiado rebuscadas. Estuvo a punto de prohibírnoslas pero luego las devolvió a la Madre María del Niño Jesús de Bois-David y le dijo que era preciso tolerar algo a favor de la Madre de Dios” *Anales de N. S. de Caridad de Caen*.

CONSTITUCION V

La santa comunión

« Habiendo pedido el Concilio de Trento que hubiera comulgantes en cada misa, a fin de cumplir en cuanto posible esta inclinación de la Iglesia, se distribuirá el beneficio de la comunión de manera que algunas la reciban por turnos parezca bien a la superiora.

“Además de esto, todas las Hermanas comulgarán en los domingos y las fiestas de guarda, los jueves y en algún otro día de la semana según el orden establecido por la misma superiora. Si alguna desea comulgar fuera de esos días no podrá hacerlo sin el parecer del confesor y sin el permiso de la superiora. Si juzga que alguna no saca suficiente fruto de la santa comunión no estando lo bastante mortificada para frecuentarla a menudo, le prohibirá su uso cuantas veces le parezca bien y por tanto tiempo como estime conveniente para el progreso espiritual de su alma²⁷. En cuanto a las Hermanas enfermas que no pueden venir al coro se les llevará la comunión cada quince días si su enfermedad se lo permite.

CONSTITUCIÓN VI

La predicación

Todas, en cuanto sea posible, asistirán a las predicaciones, exhortaciones y conferencias que se hagan en la casa. La

²⁷ En la edición de a670 se añadía: “tomando parecer en tal caso del Padre espiritual y de las Hermanas que ella suela consultar, y no lo hará sino por faltas extraordinarias y conocidas de la comunidad”. El decreto *Quemadmodum* de 1890 anuló todas las reglas de este género que se encuentran en las Constituciones, incluso las aprobadas.

superiora, en cuanto lo juzgue a propósito, cuidará de que se hagan, pero estará muy atenta a que sean hechas por personas de gran virtud, que instruyan sólidamente las almas en la fe y en la práctica de las virtudes cristianas. Tendrán lugar de ordinario después de vísperas y las Hermanas las escucharán con atención, recogimiento y devoción digna de la santa palabra de Dios. Una vez dictadas no comentarán nunca ni del predicador, ni de lo que haya dicho sino con respeto, imitando a las abejas que de todo hacen miel y no como las arañas que todo lo convierten en veneno.

CONSTITUCIÓN VII

Horarios desde Pascua hasta la fiesta de san Miguel

Las Hermanas se levantarán a las cinco de la mañana desde Pascua hasta la fiesta de san Miguel. A las cinco y media se reunirán en el coro y luego de la adoración al Santísimo Sacramento se leerán los puntos de la meditación; dicho el Veni sancte Spiritus se entregarán a la oración mental hasta las seis y media. Inmediatamente después de la meditación recitarán Prima con voz plana, luego se retirarán para hacer lo que necesiten. A las ocho dirán Tercia y Sexta con voz plana. Luego se dirá la santa Misa que será seguida de Nona. Al concluir se hace el examen durante un Miserere. A las diez tomarán su comida a la que sigue el recreo hasta las once menos cuarto cuando se tocará la obediencia. Luego las Hermanas se retirarán en silencio para hacer lo que tengan a bien.

A las dos de la tarde harán media hora de lectura y reflexionarán sobre ella de manera que puedan dar cuenta en asamblea. A las tres dirán las vísperas. A las cuatro se reúnen las Hermanas en asamblea y mientras hacen sus obras se entretienen sobre las lecturas hasta Completas. A las cinco recitarán las Completas y las Letanías, a las que seguirán media hora de oración. Luego quedarán en libertad de dejar descansar su espíritu mediante algún ejercicio exterior, guardando sin embargo el silencio. Hacia las seis tomarán la cena, y luego recibirán las obediencias. A las ocho y media se toca Maitines y el gran silencio comienza. Un cuarto de hora después se dicen Maitines y Lauces, seguidos del examen de conciencia y de la lectura de puntos para la meditación. En seguida las Hermanas se retirarán para recogerse en sus lechos a las diez exactas.

“En las fiestas, además de la oración ordinaria, las Hermanas no ocupadas en algún oficio, podrán, si les parece bien, hacer una media hora de oración después de la santa Misa o de Nona, y otra media hora entre el recreo de la tarde y las vísperas. En todo tiempo se tocará el Ave María de la tarde, al oscurecer, y a partir de ese momento no se podrá permanecer en el locutorio ni abrir la puerta sino por causa urgente que no pueda ser postergada.

CONSTITUCIÓN VIII

Horarios entre la fiesta de san Miguel y Pascua

Las Hermanas se levantarán a las cinco y media y continuarán todos los ejercicios como se dijo arriba, con un

retardo de media hora, hasta las doce y media, momento en que termina el recreo que acabará como antes. Los ejercicios de la tarde tendrán lugar de la manera y en las horas que se dijo en el capítulo precedente.

En cuaresma se hace todo como se ha dicho, menos las vísperas que se dirán a las diez y media y serán seguidas del examen; la lectura se hará a las tres de la tarde y después de Completas se canta todos los días el Stabat, seguido de las letanías de la Pasión.

CONSTITUCIÓN IX

Las obediencias

“Después del recreo de la comida del medio día todas se presentarán a la superiora que les mandará lo que deben hacer hasta la tarde; igualmente, después del recreo de la tarde les indicará lo que deben hacer hasta la comida de medio día del día siguiente. Si no tiene nada para ordenar les recomendará que se amen mutuamente en la santa paz de Nuestro Señor”.

Una vez recibidas las obediencias todas se retirarán en silencio, pero las que tienen cargos en la casa “podrán permanecer con la superiora para advertirle las cosas requeridas de las que no se puede hablar delante de las otras a fin de no perturbar su espíritu”, como también para hablar entre ellas de sus oficios si necesitan hacerlo, pero lo harán brevemente y luego se retirarán en silencio. (*Const. De la Visitación*).

CAPITULO X

Ayuno, abstinencia y otras mortificaciones corporales

«Ninguna Hermana se comprometerá a hacer ayunos, disciplinas u otras austeridades corporales sino con autorización de la superiora; si alguna es suficientemente fuerte para ello le concederá el permiso según juzgue conveniente, pero siempre con moderación, recomendándole hacer ayunar y mortificar su amor propio, su propio espíritu, su propia voluntad y todas sus pasiones.

“Además de los ayunos mandados por la Iglesia ayunarán en la vigilia de la Circuncisión, de la Epifanía, de la Ascensión, de Pentecostés, del Corpus y de la Inmaculada Concepción de María, de su Natividad, de su Presentación, de su Purificación, de su muy santo Corazón, de la Visitación y de la fiesta de san Agustín; además todos los viernes desde la fiesta de san Miguel hasta Pascua, a menos que caiga alguna fiesta de Guarda. En ese caso el ayuno pasará al sábado, pero si ese sábado es fiesta el ayuno cesa.

“En los demás viernes del año se hará sólo abstinencia, comiendo sólo una especie de avío con pan. Se darán la disciplina todas juntamente durante el espacio de un Ave maris stella, todos los viernes, menos en Pascua. Cuando el viernes caiga una fiesta importante se adelantará o se postergará, como lo juzgue la superiora.

CONSTITUCIÓN XI

Alimentación corporal

Las Hermanas no deben ir al comedor por la satisfacción de beber y comer sino para hacer la voluntad de Dios que quiere den a sus cuerpos lo necesario para mantener la fuerza y el vigor de que tienen necesidad para su servicio y también para alimentar su alma con las lecturas espirituales que se hacen allí, y por los actos de humildad y mortificación que en él se practican.

Al entrar al comedor lo harán con dignidad y modestia, los ojos bajos hacia la tierra, las manos ocultas entre las mangas, y sus vestidos no recogidos. Harán la inclinación a la imagen y se filarán como debe hacerse para la bendición.

“La superiora dirá el *Benedicite* y las *Gratias*, con voz modulada. Esto para el primer servicio pues para el segundo basta el *Benedicite* corto y las *Gratias* breves pues la primera bendición se extiende también a la segunda”.

Dicha la bendición, se sientan a la mesa ocupando cada una su puesto ordinario, y estando todas sentadas la lectora dirá en voz alta estas palabras: *In nomine Domini Jesu Christi* (en el nombre del Señor Jesucristo). Las Hermanas responderán Amen. Luego de una corta pausa, la superiora dirá: *En el nombre de Dios*, y entonces las Hermanas despliegan sus servilletas. La que hace la lectura comenzará, a medio día, con el Martirologio del día siguiente, y en la tarde con un capítulo de las Constituciones. Luego se leerá un libro de piedad. Los viernes la lectura del Martirologio se

hará en la tarde y se leerá la Regla todo el tiempo de la cena. La lectura se hace en el primer servicio. Para el segundo servicio es suficiente leer un cuarto de hora, si puede hacerse fácilmente. “La lectura se hará clara y distintamente, con las pausas debidad, de período en período, y para que se haga mejor la que preste este servicio hará bien en prever lo que va leer. Cada Hermana leerá una semana, siguiendo el orden, menos la superiora. Se exceptuará a las que tienen voz débil y las que no saben leer convenientemente, según juzgue la superiora. “Se podrá permanecer una hora en la comida para que las que comen lentamente puedan tomar su alimento cómodamente ».

Las que hubieran acabado antes su comida permanecerán atentas a la lectura, sin salir de sus puestos antes de la acción de gracias, a menos que lo requiera alguna necesidad. Ninguna comerá o beberá fuera de la comida sin autorización. Pedirán ésta con confianza. Observarán esto en toda ocasión en que crean tener alguna necesidad. La superiora cuidará atentamente de que se dé a las Hermanas lo necesario, conforme se dice en el Directorio²⁸

²⁸ En la edición de 1670 se añade: “En algunos días del año, cuando la Priora lo juzgue a propósito, hará que sé algo mejor y con mayor abundancia, para alivio y agrado de las Hermanas. Pero no darán golosinas y otras semejantes exquisiteces, sino en caso de enfermedad y sólo por esa causa”.

CAPITULO XII

El retiro anual

“En la fiesta de san Miguel, la superiora advertirá a las Hermanas profesas que se preparen para renovar sus votos el día de la Presentación de Nuestra Señor, y para ello ellas harán el retiro como lo ordene la superiora. Además las Hermanas tres días de retiro antes de Navidad, de Pentecostés, de la Presentación de Nuestra Señor y antes de la fiesta del muy santo Corazón, y además toda la Semana Santa hasta después de la misa del sábado. Durante los días de retiro no se hará ninguna reunión, excepto en el recreo de la tarde que se dedicará a hablar de cosas santas y de devoción. Renovarán cada año la profesión cristiana que hicieron en su bautismo durante los tres días de retiro que precederán a Pentecostés. En la manera establecida en el Directorio. Harán también cada año los ejercicios de preparación a la muerte. Los comenzarán el miércoles de ceniza como está determinado en el Directorio”.

CONSTITUCIÓN XIII

Renovación de la profesión que hará todas cada mes

“El primer día de comunión de cada mes, cada una hará en particular la renovación de su profesión al terminar la oración de la mañana. Cada Hermana tendrá por escrito la fórmula de renovación de su profesión, firmada de su mano, que leerá entonces. La víspera de renovación de cada mes, al darles la obediencia del medio día, se recordará esto

a las Hermanas de modo que se preparen para hacer esta acción lo más devotamente posible”.

CONSTITUCIÓN XIV

Los votos

Siendo los votos de religión el vínculo sagrado que ata a las almas religiosas con Dios y un medio muy excelente por el que contraen una divina alianza con Nuestro Señor Jesucristo, las Hermanas novicias debe desear ardientemente un tan gran beneficio y declarar su propósito algunos meses antes de la profesión, en tres reuniones de capítulo diferentes, y pedir a la madre superiora y a la comunidad su cumplimiento.

Además de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, harán un cuarto: el de dedicarse al servicio, en cuanto se lo permita la obediencia, a la conversión e instrucción (*formación*) de muchachas y mujeres penitentes que se pondrán voluntariamente bajo su guía. Para este efecto, será aconsejable que la superiora las ocupe en esta labor algún tiempo antes de la profesión, de modo que conozcan la misión en que se comprometen.

CONSTITUCIÓN XV

La obediencia

« La obediencia, dice la Sagrada Escritura, narrará las victorias. Para que las Hermanas puedan derrotar a sus enemigos espirituales y contar un día a Nuestro Señor varias

santas victorias, deben ejercitarse mucho en la virtud de la obediencia.

“Todas obedecerán fiel, pronta, sencilla, franca y cordialmente a la superiora como a su madre, es decir, con afecto del todo filial, manifestándole exterior e interiormente, el honor y respeto a que están obligadas, por amor de Nuestro Señor y de su muy santa Madre, a quienes deben mirar en ella. Harán que su obediencia sea alegre y gozosa, no por temor a la reprensión, si llegaren a faltar a lo que se les ha mandado. Obedecerán con gran amor y voluntad franca, demostrando incluso exteriormente el contento que sienten en el corazón de hacer el beneplácito de Dios y su santa voluntad, que les es manifestada por la obediencia a sus Reglas, Constituciones y Costumbres. Que su obediencia se extienda a todo, a lo pequeño y a lo grande, tanto a lo que incomoda y fastidia como a lo fácil y llevadero. Que todo se haga sin murmuraciones ni contradicciones pero con corazón grande y afecto ardiente, por amor a aquel que se hizo obediente a la muerte de cruz por amor a nosotros. Que todas manifiesten disposición para asumir, dejar o continuar determinados cargos, oficios, ejercicios y cosas semejantes como plazca a la superiora, sabedoras que es la voluntad divina la que ordena, de lo que la superiora es solo instrumento.

“La obediencia debe ser pronta. Tan pronto como escuchen la voz de la superiora o de otra que las llame su parte, o al oír el sonido de la campana para las horas ordinarias de la comunidad, acudirán de inmediato dejando

incluso sin acabar una letra comenzada o un punto imperfecto.

“Si alguna quebranta la obediencia debida a la Regla y a las Constituciones, o a la superiora, será corregida con cuidado, incluso imponiendo penitencias y mortificaciones, según la calidad de la falta, pero todo con espíritu de caridad.

“Todos los mensajes y las cartas que lleguen a la casa o que deban enviarse afuera, se presentarán primero a la superiora, quien ordenará lo que juzgue mejor. Se exceptúan sin embargo las cartas del Padre espiritual, las cuales, una vez recibidas por la superiora, serán entregadas a sus destinatarias cerradas. También las que las Hermanas escriban a su Padre espiritual no serán leídas por la superiora, pero ella las entregará a quien debe ponerles el debido sello, y hará que se envíen al dicho Padre espiritual”.

Si la superiora se enferma o está tan ocupada que no pueda ejercer el oficio de la superioridad, la Asistente tomará su puesto y se le dará humilde y respetuosamente la misma obediencia que a la superiora.

“Si ambas caen enfermas u ocupadas la superiora encargará a la que ella estime más capaz de llenar su cargo. Si por accidente repentino e imprevisto, o por falta de atención, la superiora no encomienda este encargo, la mayor de las Hermanas vigilantes lo ejercerá”.

CAPITULO XVI

La castidad

Puesto que la pureza es una virtud tan agradable a Nuestro Señor, y dado que el voto de castidad ha sido estimado fundamental en las congregaciones de jóvenes y mujeres, no hay necesidad de declarar cómo las Hermanas están obligadas a ella. Baste decir que ellas no deben vivir, ni respirar, ni aspirar sino por su Esposo celestial, con toda honestidad, pureza, limpieza y santidad de espíritu de cuerpo, de palabras, de comportamiento y de acciones, mediante una convivencia inmaculada y angelical; se ve muy bien en la Regla el celo que el glorioso Padre san Agustín tiene respecto a esta virtud para las Hermanas, cuando reprende severamente las solas miradas descompuestas.

Si todas las casas religiosas tienen un afecto singular por esta virtud cuanto mayor debe haberlo entre las Hijas religiosas de Nuestra Señora de Caridad, puesto que no solamente deben velar por conservarla en ellas sino también por hacerla amar por las muchachas y mujeres penitentes que tienen bajo su guía. Las Hermanas destinadas a la instrucción de las mismas penitentes será muy circunspectas en este punto y se cuidarán muy bien de no hablarles nunca, ni directa ni indirectamente, del pecado contrario a esta virtud. Les bastará que les hablen del horror del pecado en general y que les hagan ver la desgracia de un alma que vive en la enemistad de Dios y que es objeto de su ira.

No habrá en la casa ni en la capilla imágenes ni cuadros que no sean propias para excitar la devoción; se tendrá cuidado de que no exista ninguna desnudez ni otra cosa que sea contraria al decoro y a la modestia. No se tolerará bajo ningún pretexto los libros llamados novelas, ni libros de versos a menos que sean en verdad piadosos, ni otros semejantes.

CONSTITUCIÓN XVII

La Clausura

Siendo la clausura uno de los principales medios para conservar el espíritu de la verdadera religión, se observará siguiendo los términos exactos del santo Concilio de Trento que son: que no sea permitido a ninguna religiosa, después de su profesión, salir del monasterio, ni siquiera por un tiempo corto y breve ni bajo ningún pretexto, si no es por causa legítima que debe ser aprobada por el obispo. Y en lo que mira a entrar en el recinto del monasterio, que no esté permitido a nadie, de cualquier género, condición, sexo o edad que sea, sin licencia expresa del obispo, obtenida por escrito, bajo pena de excomunión en la que se incurre apenas se cometa la falta. El obispo debe dar este permiso solo en casos necesarios. Cuando el concilio habla del obispo, está incluido aquel a quien el obispo haya autorizado conceder tales licencias.

“Cuando el confesor, el médico, el farmaceuta, el dentista, los albañiles, carpinteros, los que reparan los techos, u otras personas semejantes que por necesidad y con licencia

entren en el monasterio, lleguen a la puerta, vendrán dos Hermanas a acompañarlos hasta el lugar donde deben cumplir su tarea, habiendo antes tocado una campanilla para avisar a la Hermanas que se retiren a sus habitaciones o a los lugares de su trabajo, para evitar que las encuentren. Se hará lo mismo a la salida de esas mismas personas, sin que las Hermanas encargadas de acompañarlos hablen con ellas si no es para responder.

“Cuando el confesor entre en la casa para escuchar la confesión, administrar la unción de los enfermos o asistir a las moribundas, vestirá siempre un hábito decente, a saber, con sobrepelliz y estola, y permanecerá de manera que sea visto por las Hermanas que lo hayan conducido, y la puerta de la habitación permanecerá siempre abierta mientras permanezca en ella.

“Todas estas personas no se detendrán en el monasterio sino el tiempo requerido por la necesidad. Si se llega a la necesidad urgente y útil de llamarlas de noche, cuatro Hermanas, provistas de varias luces, las acompañarán a la entrada, a la salida y durante su permanencia en la casa, que se procurará sea lo más corta posible”.

La superiora estará muy atenta a que los muros que sirven de clausura estén en buen estado, y si es posible de tal altura que los de afuera no puedan ver a las Hermanas, ni ellas a los de afuera. Cuidará también de que no haya nada, cerca de los muros, que pueda servir para entrar o salir por encima. En los locutorios habrá doble reja, distante una de la otra seis o siete pulgadas. Se guardará cuidadosa

atención de que el torno, tanto en la sacristía como en otros lugares, sea de tal altura y anchura, que nadie pueda pasar por él.

No saldrán nunca para ir a los baños públicos, ni a las aguas, ni para cambiar de aire. Si llegara a haber la peste en la casa y estuvieran las Hermanas tan estrechamente alojadas y sin aire que no tuvieran modo de asearse y limpiarse, o que el socorro espiritual o temporal les faltare, en ese caso podrán cambiar de lugar y retirarse a otro lugar, todas juntas, pero no separarse para ir donde sus parientes, observando también todo lo que es propio del Instituto en la casa en que se alojen, como si estuvieran en el monasterio, en cuanto el sitio lo permita.

CONSTITUCIÓN XVIII

La pobreza

El voto de pobreza pide perfecta desapropiación de todo a las personas religiosas, para seguir los santos ejemplos que Nuestro Señor Jesús les ha dado tanto en su nacimiento como a lo largo de su vida. Siendo él rey del cielo y de la tierra se hizo pobre para enriquecernos con sus gracias y quiso morir desnudo en la cruz para revestirnos de su gloria.

“Como consecuencia de este voto, todo lo que se hay y haya sido aportado a la casa, de cualquier forma que sea, se tendrá perfectamente en común, sin que jamás ninguna Hermana pueda tener propiedad sobre algo por pequeño que sea y sin pretexto alguno para alegar. Cada una, al hacer profesión, resignará y renunciará pura y simplemente

a favor de la comunidad, en manos de la superiora, no sólo la propiedad y usufructo sino también el uso y la disposición de todo aquello que en el monasterio se ponga a su disposición”.

Como a ninguna le está permitido recibir presente de quien sea, sin permiso, tampoco le está permitido hacer presente alguno. Si se hace que sea a nombre de la comunidad y se mantendrán siempre en los límites de la moderación. No está permitido tampoco tener en su habitación, ni en cualquier otro lugar, oro o plata u otra cosa alguna, ni ningún depósito sin el permiso de la superiora quien no lo concederá fácilmente.

“Y para que esto tan importante sea observado por siempre exactamente y para que todas las ocasiones de propiedad y de apego al goce y uso de las cosas temporales sean eliminadas, de modo que las Hermanas vivan en perfecta abnegación de las cosas que usan, se distribuirá todo lo que sea necesario para la vida, sea en alimentos o en vestidos o muebles, en ropa y en lo que sea, sin preferencias ni distinción, sólo según la necesidad de cada una”.

Y para desterrar todo apego a ciertas cosas, aunque santas y piadosas, pues es contrario al espíritu de pobreza, “las celdas y los lechos, e incluso medallas, corazones, camándulas, imágenes y otras cosas puestas a servicio de las Hermanas no permanecerán indefinidamente uso de ellas, sino que se cambiarán cada año, el último día del año, echando suertes según se acostumbre, y todas y cuantas

veces la superiora lo juzgue a propósito. Sin embargo, la superiora puede proveer, a pesar de lo que ha tocado en suerte, a las Hermanas que tienen mucho que escribir, como la ecónoma, y las que a juicio del médico, para su descanso y salud, necesiten que se les dé una habitación más aireada. La superiora podrá escoger para ella, mientras dure su cargo, la habitación más apta para que las Hermanas puedan recurrir a ella fácilmente y para el acceso a los oficios. Ninguna Hermana tendrá reloj ni se sufrirá en la casa ningún mueble que atente contra la verdadera sencillez. No habrá vajilla de plata, salvo algunas cucharas podrán ser de plata a causa de la buena presentación y para seguir en eso el ejemplo del santo Padre Agustín que no tuvo jamás vajilla o mueble de plata. “Se exceptúan sin embargo el altar y la iglesia, donde los muebles pueden ser más ricos y preciosos, según se puedan tener santamente, para servir a Nuestro Señor que reside en los altares”, guardándose sin embargo de excesos y conservando siempre la moderación y sencillez religiosas, la que se observará mucho más en las construcciones, jardines y cosas semejantes.

CONSTITUCIÓN XIX

La caridad

Por sobre todo tengan las Hermanas cuidado extraordinario de conservar y acrecentar siempre más y más la caridad mutua y continua, que debe reinar en la casa de Nuestra Señora de Caridad. Recuerden que se llaman y

deben ser en verdad Hijas de Nuestra Señora de Caridad o las Hijas del muy caritativo Corazón de la Madre del amor hermoso. Tendrán siempre ante ellas la maravillosa caridad, bondad, misericordia y mansedumbre de su muy buena Madre, quien les declara por sí misma que su espíritu es más dulce que la miel. La Iglesia honra e invoca especialmente su clemencia, su compasión, su suavidad y benignidad: *O clemens* (le dice), *o pia, o dulces, o benigna*. Se esforzarán por grabar en su corazón una imagen perfecta de estas amables virtudes de su incomparable Madre. Para esto se empeñarán en tener y testimoniar verdadera, sincera, franca y cordial caridad a toda suerte de personas, y especialmente las unas a las otras. No aceptarán en su corazón ninguna animosidad, envidia, celos, amargura, frialdad, disgusto para con nadie. Cuando alguna sienta en sí alguna antipatía o aversión para con otra, la combatirá fuertemente, humillándose ante Dios, invocando la ayuda de su gracia, dándose a menudo al espíritu de caridad de Nuestro Señor, y hará varios actos interiores y exteriores de caridad para con ella, y descubrirá su mal a la madre superiora para que ella ayude a sanarla. Si no puede vencer del todo ese sentimiento que tenga cuidado de consentirlo y que no produzca ningún efecto de obra o de palabra.

Detestarán burlas y mofas, incluso cuando son leves, como cosa abominable ante Dios. Se abstendrán de toda acritud, aspereza y melancolía en gestos y palabras. Evitarán toda clase de controversia incluso en cosas buenas; asimismo las murmuraciones, detracciones y juicios temerarios, como

también las palabras hirientes, como pestes que son de la caridad. Cuando una Hermana ofenda a otra Hermana por palabra o por acción no dejará pasar el día sin pedir perdón y reparar su falta. Si dos Hermanas se ofenden mutuamente sea bendita la primera que se humille y busque a la otra para reconciliarse con ella, aunque piense que ha sido la peor ofendida. Si no lo hacen, la superiora les dará una buena penitencia y las reconciliará lo más pronto. Que no tengan ojos para ver las faltas del prójimo, ni oídos para oír hablar mal de él, ni boca para acusarlo, ni entendimiento para juzgarlo, ni voluntad para condenarlo ni memoria para recordar faltas, sino un corazón misericordioso para tener compasión, lengua caritativa para excusar, espíritu paciente para soportarlo. Esa debe ser la verdadera caridad que Hijas de Nuestra Señora de Caridad deben practicar cuidadosamente.

Sin embargo esto no debe impedir que, quienes están obligadas por su oficio, no tengan cuidado de las faltas de las demás, pero sin hablar u oír hablar de ellas cuando sea preciso para aportar remedio. Y que las reglas sobre la corrección que se leen en los capítulos 21 y 27 se guarden con fidelidad, porque uno de los más señalados efectos de la verdadera caridad es ayudar al prójimo a vencer sus defectos advirtiéndolo de ellos y corrigiéndolo con espíritu de amabilidad y benignidad.

Harán fuerte y generosa profesión de poner su gloria y su contento en cumplir este mandamiento que Nuestro Señor hace a los suyos: Amen a los que los odien, bendigan a quienes los maldigan, oren por los que los calumnian y

persiguen, a fin de ser hijos de su Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos como sobre buenos, y envía la lluvia tanto sobre las tierras de los impíos como sobre las de los justos (Mt 5, 45).

“Que jamás se haga algún proceso sin buscar en primer lugar la contraparte para avenirse por la vía amable de arreglo, de lo cual se pueda levantar acta; y que se recurra al parecer del Padre espiritual y de algunos de los principales amigos de la casa y de los mejor entendidos. Si ellos aconsejan entrar en proceso la Congregación estará sobre aviso para que dé su parte no se cometa ninguna injusticia, por animosidad, dureza y pasión, ni por palabras ni escritos ni hechos. Si se pierde el proceso, que la superiora y toda la congregación se abstenga de murmuraciones, juicios temerarios y palabras hiriente sea contra el juez sea con las partes”.

En resumen, la caridad debe preocuparlas de modo muy especial en hacer el bien a todos no solo por amor a Dios, en considerar a cada una como amigo y nunca como enemigo, en cuanto posible, al menos no ser causa de ello para nadie, y hacer con todo gusto lo más pronto que se pueda, todo lo que sea posible a favor del prójimo y esto sin ninguna otra pretención que agradar al que dio este precepto: *Este es mi mandamiento, que se amen unos a otros como yo los he amado* (Jn 15, 12).

En fin, que la caridad sea la reina, la regla, el alma y la vida de esta congregación. Que una todos los corazones, las almas y los espíritus de la Hermanas tan estrechamente que

no tengan entre sí sino un corazón, un alma y un espíritu; que resplandezca en sus rostros, en sus labios, en sus manos, en sus palabras, en sus acciones, en todo lugar y en toda cosa; que les haga llevar el efecto de estas divinas palabras: *La caridad es paciente y magnánima; es suave y benigna; la caridad no es envidiosa ni se llena de celo amargo; no hace nada contra el orden ni es aduladora, no se vanagloria ni es orgullosa; pone su gloria en las más humildes acciones; no es ambiciosa no busca sus intereses, no se enoja, ni se entristece, ni menosprecia; no se goza de la iniquidad pero se regocija de la verdad; no encuentra nada difícil; soporta todo, ama todo, cree todo, espera todo, espera con paciencia el efecto de las promesas de Dios* (1 Cor, 13, 4 ss.)

CONSTITUCIÓN XX

Gratitud y reconocimiento

Nada hay tan ingrato y falto de agradecimiento que un espíritu soberbio y orgulloso. Está persuadido de que todo le es debido y que es merecedor de cuanto se hace por él. Por el contrario, el alma humilde está llena de gratitud porque sabe que no es nada y que nada se debe a una nada. Por eso se manifiesta llena de reconocimiento por las menores muestras de favor que se le hace. Así deben ser la Hijas de Nuestra Señora de Caridad y para ello tendrán gran devoción a la virtud de gratitud, y darán muestras especiales de reconocimiento para su Fundador y sus bien hachotes, así como a todos sus amigos, manifestándoles

mucho respeto y tratándolos con sencillez, cordialidad y confidentemente. Se esforzarán por darles, en cuanto les sea posible a los ojos de Dios, toda suerte de contentamiento y satisfacción de modo que nunca experimenten disgusto ni arrepentimientos de la caridad que ellos han tenido con ellas.

En cada casa se llevará un libro, bien encuadernado en cuero, en el que estarán escritos los nombres de los fundadores y bienhechores con lo que han dado a la comunidad o lo que hayan realizado en su favor. Se leerá este libro dos veces por año, en las primeras reuniones de toda la comunidad que se tengan en marzo y en septiembre, para que la congregación conozca a aquellos con quienes está obligada. Luego, el día siguiente o cuando sea factible, se dirá una misa cantada y se hará comunión general por ellos y por los que les pertenecen. Todos los sábados se hará que dos Hermanas comulguen con la misma intención. Todos los días, después de las oraciones de la noche, la comunidad dirá en voz alta un Ave María por ellos. Finalmente todas las Hermanas tendrán cuidado de tratar a toda clase de personas con extraordinaria amabilidad y respeto cordial, en especial a aquellas de quienes se reciben particulares ayudas, mostrando siempre gran gratitud, por poco que sea lo que se recibe, y agradeciendo cuidadosamente a quienes nos lo proporcionan sin usar de lisonjas ni exageraciones.

CONSTITUCIÓN XXI

La humildad

“En la humildad se compendia toda la disciplina religiosa. Ella es el fundamento sólido de toda la vida espiritual, el verdadero sello y la marca infalible de los hijos de Dios. Por ello todas las Hermanas tendrán atención especial por la práctica de esta virtud, haciendo todo en espíritu de profunda, sincera y franca humildad”.

Tendrán en cuenta de que por sí mismas no son nada, no pueden nada, no saben nada, no valen nada, y que su herencia es la nada, el pecado, la ira de Dios y las penas eternas. Por consiguiente deben ser infinitamente indignas de estar en la casa de Nuestro Señor y de su muy santa Madre. Se aplicarán cuidadosamente en conocer sus defectos particulares para aprender por ello a despreciarse y humillarse. Cuidarán de modo particular de considerar y meditar el ejemplo de humildad de Nuestro Señor y de su muy santa Madre; les pedirán instantemente que destruyan en ellas todo orgullo y vanidad y que hagan vivir y reinar en ella su humildad.

Tendrán cuidado de no despreciar a nadie ni de manifestar preferencia por quien quiera que sea. Se esforzarán por abajarse por debajo de todas las criaturas y de humillarse en todo, acordándose de que al que se humilla Dios lo exalta, y que quien se exalta rebaja a Dios. No se excusarán de sus faltas sino que se humillarán por ellas y agradecerán a las personas se las adviertan, y tendrán contento en que la

superiora las conozca para que reciban la debida corrección y humillación.

Habiendo sido advertidas en reunión comunitaria de sus efectos, recibirán con humildad esta advertencia, sin réplica ni excusa, ni hablarán de ello fuera de la reunión, ni de ninguna otra cosa que allí se haya dicho o hecho, pero guardarán el respeto debido a todas esas acciones, mortificaciones, humillaciones, no sólo hechas por propia iniciativa, pero mucho más cuando vienen de afuera o son hechas por la superiora, considerando con estima todos esos medios como inspirados por Dios para su progreso.

“Cuando alguna Hermana sea corregida o sea reprendida en presencia de las otras, nadie se empeñe en defenderla o excusarla; pero alguna conoce algo a favor de su inocencia podrá decirlo a la superiora en particular con humildad y modestia”.

Si alguna experimenta en sí algún deseo o inclinación por el superiorato o por algún otro oficio de importancia en la casa, que se humille, que tiemble y que tenga horror de sí misma, sabiendo que la serpiente del orgullo está alojada en su corazón, y que no cese de orar a Dios hasta que se vea liberada de esto, y haya recibido sentimientos contrarios a esos. Si se da el caso de que alguna cayera en tal ceguera de orgullo y presunción que intrigara por sí misma o por otra, directa o indirectamente, para obtener el superiorato o cualquier otro cargo importante de la comunidad, debe ser considerada como un monstruo abominable, como serpiente venenosa, como persona detestable, maldita y

excomulgada; huir de ella como de la peste, la ruina y el enemigo jurado de la comunidad, calificarla como un nuevo Lucifer que no contenta con perderse quiere precipitar con ella a todas las demás en la condenación; se debe orar en comunidad por su conversión.

Si bien es cierto que por humildad cada Hermana debe desear el último puesto sin embargo debe haber un orden establecido en la casa de Dios. Por tanto, “la superiora tendrá en todas partes el primer puesto y la asistente el segundo, como vicaria de la superiora, pero por ello no se abstendrán de ejecutar los oficios humildes como barrer, lavar la loza y servir a las enfermas cada una por turno. Las demás Hermanas, cualquiera que sea el oficio que desempeñen, no ocuparán puesto especial sino el que pida su cargo”. Por ejemplo la vigilante más antigua debe hacer sus advertencias antes que las otras aunque ocupe el último puesto en el año. “Todas las Hermanas cambiarán de puesto cada año, según el número que les toque en suerte, según se acostumbre hacer, menos la que haya dejado el superiorato. Ella ocupará por un año el último puesto, aunque la superiora puede emplearla como consejera y que en toda circunstancia se le deba respeto. No se dará a ninguna Hermana, ni a la superiora, el título de Señora, o Mi Señora, o Reverenda o su Reverencia. Pero durante su cargo al hablarle se le dirá: nuestra Madre o Madre mía; ella y todas las demás Hermanas se llamarán Hermanas; al hablarse entre ellas se dirán mi querida Hermana, y también podrán usar el título de Su Caridad o Su Dilección.

Las jóvenes honrarán a las de mayor edad, incluso si están recién llegadas al monasterio; y todas, con noble, generosa y cordial humildad, se tratarán mutuamente con honor y respeto como ordena el Apóstol”. Al encontrarse se saludarán con una inclinación de cabeza. “También tendrán respeto para toda clase de personas, incluso seglares, y las nombrarán con honor a cada una según su calidad, sin menospreciar a nadie, por pobre, plebeya o abyecta que sea”.

CONSTITUCIÓN XXII

La modestia

« Que las Hermanas en todas sus acciones observen gran sencillez, modestia y tranquilidad, huyendo del fasto y la vanidad de comportamientos mundanos y afectados. Que sus palabras sean humildes y en voz baja, su modo de caminar moderado, los ojos dulces y serenos y de ordinario dirigidos al suelo, especialmente en el coro, en el refectorio, en las reuniones de comunidad y cuando se presenten ante los seglares.

“Evitarán en cuanto les sea posible toda clase de ligerezas en sus ademanes, no usarán de ninguna caricia entre ellas, que huela a inmodestia y a modales infantiles, o que produzcan diversión sensual, tan expresamente prohibido en la Regla. Incluso cuando algunas veces se den el beso de la paz como en el día de la toma de hábito y en la profesión, en la renovación general, que se haga solamente en la mejilla y no en la boca, y que se haga muy sencillamente

según el orden en que se encuentren en el coro al fin del Oficio y después de la Misa”.

Que dondequiera que estén se mantengan siempre en un estado de mucha modestia recordándose de la presencia de Dios y de su ángel de la guarda, que está siempre a su lado. “Que observen siempre la limpieza y la honestidad de la decencia religiosa en sus hábitos, sin ninguna afectación ni curiosidad”. Que huyan como de la peste las modales del mundo en sus palabras, acciones, en sus muebles y en todas las cosas, en particular las que están al servicio del altar.

CONSTITUCIÓN XXIII

La manera de hablar con los extraños

“Cuando sea menester que las Hermanas hablen a las personas de afuera se observará que la que deba hablar esté acompañada de otra que pueda oír lo que se diga, a menos que por algún respeto la superiora juzgue que la Hermana que hable sea vista y no oída por la que la acompañe, quien se retirará aparte entreteniéndose en alguna ocupación, o si es en día de fiesta, leyendo algún libro, pero sin embargo estará atenta a las palabras si debe oírlas y a los comportamientos de la Hermana para dar cuenta a la superiora.

“Se cubrirán el rostro con el velo delante de los hombres a menos que la superiora las dispense por alguna buena razón. Se dará con mayor facilidad dispensa a las novicias de hablar a sus padres y madres, a sus hermanos y hermanas,

tíos y tías, incluso con el rostro descubierto, como por el contrario se las preservará, en cuanto buenamente pueda hacerse, de hablar a todos los otros.

“Mantendrán sus manos ocultas en las mangas y nos las mostrarán si no es cuando estén al trabajo. No tocarán las rejas cuando estén hablando, sino que se mantendrán un poco alejadas a menos que tengan permiso de obrar de manera distinta”.

Al hablar se cuidarán de no escuchar ni decir palabras inútiles, cortando prontamente en todo caso de charla, a menos de que se trate de lo que se refiere al bien espiritual. No podrán estar en el locutorio de ordinario más de media hora sin permiso expreso de la superiora. Observarán allí humilde y dulce gravedad, sin familiarizarse con los que les hablan, pero comportándose con tal recato y modestia en sus palabras y comportamientos que los seglares algún edificados. En los días laborables irán al trabajo conversando para ocuparse en él. Ninguna Hermana hablará a los de afuera de lo que se hace en la casa a menos que sea algo que sea edificante. “Ninguna irá al locutorio o al torno o a otra parte para hablar a los extraños ni para escuchar lo que hablan, ni indagará a la portera o a alguna otra persona que haya estado allí, lo que se haya hablado allí”.

CONSTITUCIÓN XXIV

Recreos y conversaciones

“Las Hermanas permanecerán juntas en los recreos y, ocupadas en sus menesteres, se entretendrán con charlas agradables y santamente alegres, con paz, amabilidad y sencillez, y podrán incluso hablar las unas con las otras en particular, de tal suerte sin embargo que no sea menos de cuatro o cinco que puedan escucharse mutuamente, sin decir con todo cosas inconvenientes y groseras, ni hacer burlas ni decir palabras de menosprecio sobre la gente de los pueblos, provincias o sobre la condición y origen. En otras conversaciones se esforzarán por hablar útil, santa y modestamente. No jugarán ni tendrán en la casa pájaros o animales de pasatiempo como ardillas, perritos y otros para divertirse inútilmente.

CONSTITUCIÓN XXV

Las labores

« Las labores que las Hermanas reciban de parte de personas de afuera para su elaboración serán recibidas por la superiora o por la que ella designe, sin que ninguna otra se inmiscuya en esto. El precio que se obtenga por ese trabajo se pondrá en común, y no será propuesto ni pedido sino muy amable y caritativamente, y no medido ni caro. No se mezclarán en asuntos del mundo aceptando alguna comisión para vender o comprar a los extraños y gente de fuera.

“En una palabra, no harán ninguna labor curiosa o por vanidad, como será lavar guantes, hacer rizos, disfraces, pulseras, bolsos o cosas semejantes, ni en oro ni en plata, a menos que sea para la iglesia. No se dirá qué Hermanas hacen las labores, ni se dirá a las Hermanas para quien son las obras que hacen, sino que serán entregadas por la Hermana encargada de ello. Si es cierto que todas las Hermanas deben hacer las labores que se les asignan con mucha fidelidad y diligencia; para evitar toda clase de prisa y dejar a las Hermanas la libertad para entregarse a la oración interior y no sofocar el espíritu de devoción por demasiado apremio en los trabajos, la superiora no pondrá ningún término a las Hermanas, en el que deban terminarse los trabajos sino que dejará esto a la diligencia y a la fidelidad que deben a Dios. Con todo si las nota negligentes les llamará la atención o hará que otra lo haga para que se corrijan.

CONSTITUCIÓN XXVI

Sencillez, naturalidad y relación mensual de cuentas

Las jóvenes que deseen servir a Nuestro Señor en esta congregación deben cultivar una sencillez inocente y una santa simplicidad, que aleje totalmente de sus labios y de sus acciones todo fingimiento, artificio o disimulo. Se empeñarán de corazón en que su interior sea bien conocido de su superiora y para ello “cada mes le ofrecerán su corazón sumaria y brevemente, con toda sencillez y fiel constancia, le harán ver sus pliegues y repliegues, le

manifestarán sus penas, dificultades y tentaciones, con la misma sencillez y sinceridad con las que un hijo muestra a su madre los rasguños y picaduras que las avispas le han hecho, yendo donde ella con confianza totalmente filial, como a su bondadosa madre, haciéndole conocer tanto sus avances y progresos como sus derrotas y defectos en los ejercicios de la oración, de las virtudes y de la vida espiritual para consolarse, humillarse y confortarse, y para entrar en la santa infancia espiritual tan recomendada por el Señor”.

Como no hay que detenerse en las pequeñas incomodidades que pueden superarse fácilmente, así, cuando se sienta que se tiene necesidad de algo, que se pide a confianza y con toda sinceridad. Con todo, luego de haber mostrado sus necesidades, sea oralmente o por escrito, que se deje la libertad a la superiora de hacer lo que quiera, no procurando ni por sí ni por otro que se otorgue lo pedido, sino esperando de la mano de Dios lo que le plazca ordenar. Todas deben estar persuadidas que su Madre es tal que no faltará en darles lo que sea conveniente para la mayor gloria de Dios y para su bien espiritual.

CONSTITUCIÓN XXVII

Corrección, penitencias y castigos

“Cuando alguna cometa alguna falta ligera las demás no la reprenderán. Pero si reincide lo pondrán en conocimiento de la superiora a fin de que ella ponga orden. Si la falta es importante y secreta, la que lo haya percibido hará, suave y amigablemente, la corrección fraterna, según el Evangelio,

hasta tres veces. Luego, si la que falla persevera en sus falta, llevará el asunto a la sola superiora, a fin de que por todos los medios posible ponga remedio. Pero si la falta no es secreta primero lo pondrá en conocimiento de la superiora.

“La superiora no reprenderá las faltas que se cometan, bruscamente y de inmediato, en presencia de las otras sino en particular y con caridad; a menos que la falta sea de tal naturaleza que para edificación de las que la han visto cometer, requiera pronto castigo” y remedio actual.

Cuando la superiora reprenda o castigue alguna Hermana, ésta se pondrá al punto de rodillas, las manos juntas, los ojos bajos, hasta que la madre cese de hablarle; luego besará la tierra. Cuando las Hermanas sean reprendidas o castigadas por algo no juzguen que la superiora lo hace por pasión o mala voluntad sino consideren que es una sea cierta del amor que ella les tiene y del deseo que ella abriga de darles los remedios convenientes para sus enfermedad espirituales, y para hacerlas agradables a Dios mediante la humildad.

“Para que la enmienda de las faltas se haga más fácilmente en esta congregación, la superiora tendrá cuidado de dar a cada Hermana una ayuda, encomendándoles que se exhorten recíprocamente al amor de Dios, a corregirse de sus defectos, en espíritu de dulzura y caridad; y cuando ellas se pidan mutuamente hacer con cuidado este oficio recíproco, que practicarán luego fielmente, sin mostrar ninguna clase de disgusto o desconfianza, guardándose sin embargo de mezclar en sus

juicios ninguna censura ni murmuración sobre sus imperfecciones ni en las de las demás.

“Y dado que la costumbre hace que no sólo las vigilantes sino también las demás Hermanas, después de la Acción de Gracias, hagan advertencias en el comedor referentes a las faltas que hayan observado, lo que es altamente provechoso, dicha costumbre será guardada y cumplida inviolablemente, como también la de decir las culpas y hacer las penitencias antes del Benedicite. En lo que toca a las penitencias y castigos, como ampliamente lo testimonia el glorioso padre san Agustín pues quiere él que la justicia punitiva sea empleada en el servicio y en la conservación de la caridad en la congregación, deja él al juicio de la superiora la calidad y cantidad de penitencias y puniciones que deba imponer según la diversidad de las culpas.

“Le corresponde por tanto que los castigos y las faltas sean proporcionados, añadiendo pequeñas o grandes penitencias a medida que las faltas lo merezcan. Pero si las faltas son graves, y si en ellas hay malicia, terquedad y obstinación, entonces ella hablará con sus coadjutoras para conocer su parecer sobre la penitencia adecuada; y si es necesario hará comparecer a la culpable ante ella para convencerla, y si se juzga a propósito será llevada ante el confesor o el padre espiritual, y allí se le dictará la sentencia, para darle la santa confusión que lleva a la penitencia.

“Si llega a suceder, que lo que Dios nunca permita, que alguna se haga del todo incorregible e incurable en su obstinación, entonces será necesario reunir en capítulo a

toda la comunidad delante del padre espiritual para proveer a los remedios. Si es oportuno, se hablará de ello no sólo con el padre espiritual sino también con el obispo si está presente en el lugar, y si no lo está con su vicario general, para tomar los medios requeridos para remediar este mal”.

CONSTITUCIÓN XXVIII

El silencio

Hay que recalcar que el silencio es cosa maravillosamente santa y agradable a Dios pues nuestro Señor, que es el Verbo y la Palabra eterna del Padre, que vino a este mundo para hablar a los hombres y que tenía cosas grandes e importantes para decir y de cuya boca no podía salir nada que no fuera santo y divino, quiso sin embargo permanecer tanto tiempo en silencio, durante el tiempo de su santa Infancia, durante los treinta años de su vida oculta, durante los cuarenta días de su retiro en el desierto, y que por siglos lo ha estado en el Santísimo Sacramento y lo seguirá estando hasta el fin del mundo

Si este muy adorable Salvador, que vino a la tierra sólo para glorificar al padre y para mostrarnos por su ejemplo los medios más apropiados para honrar y para santificar nuestras almas, practicó el silencio con tanto cuidado, no es preciso concluir que éste es muy excelente y muy poderoso medio para conducirnos a este fin. Además su muy santa Madre y todos los santos se han esforzado por seguirlo especialmente en este camino, que es uno de los más cortos para ir a Dios y a la perfección cristiana. Se añade

que Santiago nos asegura que la persona que no peca en sus palabras es perfecta y que por el contrario la que se estima religiosa pero no sabe refrenar su lengua se engaña a sí misma y su piedad es falsa y vana.

Por consiguiente, a imitación de Nuestro Señor y de su muy santa Madre, las Hermanas tendrán afecto extraordinario al silencio y tendrán cuidado especial de guardarlo en los tiempos y en los lugares siguientes:

“El primer silencio empieza desde el primer toque de campana para maitines hasta después de Prima del día siguiente.

“El segundo, desde que se da el último toque para el almuerzo hasta el recreo.

“El tercero, desde el fin del recreo hasta vísperas.

“El cuarto, desde que se toca para completas hasta el recreo que sigue a la cena.

“En todo tiempo se observa silencio en el coro, en el dormitorio y en el comedor. En esos lugares sólo se podrá hablar en ocasiones necesarias”, y en todo caso brevemente y en voz baja. Fuera del tiempo de los recreos se deben abstener de hablar si no es de paso y en cosas que no sean vanas e inútiles.

“Sin embargo en todo tiempo se puede hablar a la superiora y las novicias a su maestra cuando es necesario.

“En los días de ayuno, el silencio se observa desde Tercia hasta el fin del recreo que sigue al almuerzo, y desde el fin del recreo hasta las tres de la tarde”.

CONSTITUCIÓN XXIX

El capítulo

El capítulo (asamblea comunitaria) tiene lugar una vez a la semana, el viernes, a menos que ese día caiga una gran fiesta, porque entonces se hará la víspera de la fiesta. Todas las Hermanas asistirán a él sin que ninguna tenga excusa a menos de causa legítima y con orden de la superiora. Una vez dicho el Veni sancte Spiritus, la superiora leerá o hará leer un capítulo de las constituciones, o un trozo de un libro de piedad sobre el que dirá lo que juzgue deber decir para el bien e instrucción de las Hermanas, y para no olvidarlo, hará una lista de las cosas que quiere decir.

Una vez que la superiora haya terminado, si hay algún aviso para dar de parte de las que desempeñan cargos, se hará en forma sucinta. Luego todas las Hermanas dirán dos o tres faltas en espíritu de humildad y se les corregirá amable y suavemente, sin atenuar sus faltas, imponiéndoles alguna penitencia conforme a la calidad de sus fallas.

“Y puesto que en toda asamblea hecha en el nombre de Dios, él está ahí en medio, las Hermanas deben asistir a ésta que se hace en verdad en este santo nombre, con gran reverencia, devoción y atención, recordándose que Nuestro está en medio de ellas, y por su voluntad e inspiración les son dichas muchas cosas para su perfección”.

Cuando en una semana haya caído una de las fiestas principales y la víspera haya tenido lugar el capítulo, no se

hará otro en esa semana. En lo que respecta a las deliberaciones hechas en el capítulo, sea que se trate de las elecciones de las superiores, sea se refiera a las recepciones de las jóvenes al noviciado y a la profesión, así como a todo asunto semejante o importante, la dicha casa y monasterio, y en general en todo lo que requiere deliberación, la resolución y conclusión será puesta por escrito según el parecer de quienes componen el capítulo, a saber, todas y cada una de las religiosas de coro, que tiene en esto voz activa y pasiva, si han alcanzado y cumplido al menos cuatro años de profesión, y sin que puedan ser admitidas a este trámite antes de que hayan cumplido del todo sus cuatro años.

Y si sucediera que una de las dichas capitulares y vocales se apartara de su deber, sea en la obediencia debida a la superiora o en la observancia de las Reglas y Constituciones, en cosas de importancia, la superiora podrá, con el parecer del padre espiritual, privarla de voz en el capítulo por un tiempo, o incluso indefinidamente, se así los juzgan la dicha superiora y el padre espiritual.

CONSTITUCIÓN XXX

Recepción y distribución de los medios de la casa

“Los víveres serán recibidos por la Depositaria que dará cuenta de ello mes por mes a la superiora, en presencia de la portera y de una de las vigilantes. Pero el dinero se depositará en una caja con triple llave. La superiora guarda una, la otra la portera y la tercera la Depositaria. Se llevará

nota de las sumas recibidas, con el detalle del día y de las personas que las han entregado y el fin porque son entregadas. Cuando por mandato de la superiora se tome lo que se requiera para las necesidades de la casa y de las Hermanas, se establecerá otra cuenta que contenga las sumas tomadas de la caja, escrita de la mano de las que guardan las llaves y los motivos por los cuales dichas sumas fueron retiradas, y estará firmada por la mano de la superiora y de la otra que guarda las llaves, para que al finalizar el año, un poco antes de la navidad, todas las encargadas, juntamente con la superiora, hagan sumariamente un estado de todo lo que se ha pasado en la administración externa de la casa. Este documento sea presentado al superior con ocasión de su visita”.

CONSTITUCIÓN XXXI

Los hábitos

Las Hermanas harán que se refleje en sus vestidos el amor que tienen por la pobreza, vistiéndose todas lo más sencillamente que se pueda, tanto en la materia como en la forma. Sus hábitos serán blancos, pero la túnica interior será cuatro dedos más corta. “Los vestidos serán un saco largo, suficientemente amplio de modo que puedan hacerse pliegues al ceñirse; usarán las mangas largas hasta la extremidad de los dedos, lo bastante amplias para contener las manos y los brazos cruzados uno sobre otro”. Llevarán un escapulario, ancho de un tercio, incluidos los pliegues, del mismo color y longitud que el vestido externo, el cual irá

hasta a flor de tierra. Tendrán también un manto del mismo color, dos dedos más largo que el vestido, que usarán en la Misa solemne y en las vísperas cantadas solemnemente, en las procesiones, tomas de hábito y profesiones de las jóvenes, en las comuniones, entierros, capítulos, en las Actas y las visitas, y otras ocasiones semejantes.

“El velo de todas las Hermanas profesas será de doble ancho, en etamina negra, sin ningún doblez, al menos de otro color; su anchura y longitud descenderá una media cuarta más debajo de la cintura”. La toca y la venda serán de tela blanca, de calidad mediana, sin pliegues. No llevarán adornos ni almidonados, ni ninguna otra cosa que afecte la sencillez religiosa y el desprecio del mundo. Las Hermanas conversas se vestirán del mismo modo que las otras, excepto que sus túnicas serán grises, y que no llevarán velo negro sino de tela blanca.

CONSTITUCIÓN XXXII

Celdas y camas

En cuanto posible, cada Hermana tendrá una celda pequeña, o al menos y sin excepción, cada una tendrá su cama, que se compondrá de un jergón, de un colchón, una almohada que puede ser de plumas, con sábanas y frazadas suficientes, con una colgadura en torno, de fustán blanco, excepto en la enfermería donde podrá ser de sarga. Ninguna de estas habitaciones estará cerrada con llave ni ninguna otra cosa habrá dentro, excepto que la superiora podrá tener un caja pequeña que se cierre con llave, como

también la depositaria, para guardar el dinero que se le haya entregado entre las manos para los gastos ordinarios.

No entrarán en las celdas de las demás para detenerse por poco tiempo, sin permiso expreso de la superiora y sin advertir a la que está dentro golpeando primeramente la puerta y esperando que responda, en el nombre de Dios. Pero cuando se trate de prestar un servicio urgente de caridad se podrá entrar sin permiso. La superiora entrará en todas partes donde quiera sin golpear, y la maestra de novicias en lo que respecta a las novicias. Tampoco entrarán en los lugares de oficios sin permiso ni tomarán de allí alguna cosa a menos que tengan autorización expresa, y que lo adviertan a la Hermana encargada, y tendrán cuidado de devolver la cosa que hayan tomado, en tiempo oportuno.

CONSTITUCIÓN XXXIII

El Padre espiritual

“Esta Congregación estará bajo la jurisdicción ordinaria del obispo como lo dice la Regla”. Tendrá también un director o padre espiritual que la gobernará de su parte y bajo su autoridad. Su escogencia se hará así: la superiora, luego de haber tomado los votos del capítulo en este punto, propondrá a alguien al obispo. El señalado será de gran virtud, doctrina y experiencia en el acompañamiento espiritual, y le pedirá que sea su padre espiritual, que la gobierne en su hombre y de su parte.

“Quien desempeñe este cargo estará atento a que la Regla y las constituciones sean observadas exactamente, y que ningún abuso, novedad o cambio se introduzca en ellas. Hará la visita a la comunidad una vez por año, asistido de un acompañante de edad madura, discreto y virtuoso. Estará presente en la elección de la superiora y del confesor ordinario. Firmará los causales de salidas extraordinarias de las Hermanas, legítimas si se da el caso, y las de las entradas de hombres y mujeres que ingresen a la casa por cualquier servicio necesario o por otra razón. Cuidará de que se rinda cuenta anual de lo tocante a lo espiritual y material del monasterio, y de que se vea qué progresos se han hecho en la conversión e instrucción de las penitentes, y cómo se han comportado las hermanas en ese ministerio.

“La superiores y las Hermanas recurrirán a él cuando haya necesidad de una especial intervención”. Ellas le manifestarán gran sumisión y respeto en el temor de Nuestro Señor, para que saquen provecho de su dirección, y que él mismo reciba consuelo de los cuidados que él tome con miras a las salvación y avance espiritual en los caminos de la gracia.

“En cuanto a la visita, sería aconsejable que la haga el obispo personalmente con la asistencia del padre espiritual”. Cuando el obispo o el padre espiritual la hagan no entrarán sino una vez en el monasterio para visitar la clausura; todo lo demás lo tratarán en la reja. Cuando el padre espiritual esté obligado a hacer algún viaje largo, la superiora cuidará de que entregue el cargo a alguno otro bien calificado, a fin de que ella pueda recurrir a él en caso

de urgencia. Finalmente, “este padre debe ser de gran virtud, bien reconocido por su doctrina, experto y de gran caridad para que pueda guiar la congregación sin cansarse del agobio que este cargo le implique”.

CONSTITUCIÓN XXXIV

El confesor ordinario

« En todos los casos en que sea necesario o aconsejable elegir un confesor ordinario, el padre espiritual, con la superiora y las Hermanas consejeras, hablarán juntos acerca de las calidades y condiciones de los eclesiásticos que se piense pueden asumir este cargo tan importante; luego, todo bien considerado, el padre espiritual y la superiora escogerán aquel que en buena conciencia juzguen más apto para esto.

“Es necesario que sea hombre de doctrina, prudencia y vida irrepreensible, discreto, honesto, estable y piadoso, y tal que el obispo y el padre espiritual y la superiora puedan estar tranquilos en lo que toca al cuidado y celo que deben tener por el buen estado de la conciencia de las Hermanas. Porque, si bien es cierto que puedan emplearse en esto varios otros medios, como son las confesiones extraordinarias y los diálogos con personas espirituales y en particular con la superiora, el confesor ordinario tiene más poder para mantener las conciencias de las Hermanas en pureza y sinceridad como ningún otro, siendo él como el ángel visible, asignado a la conservación de las almas del monasterio.

“E incluso si llegara el caso en que hubiera que prescindir de alguno por algún motivo, la superiora y las Hermanas coadjutoras hablarán con el padre espiritual, y hecho este diálogo, el padre espiritual y la superiora se decidirán sea por su ratificación o por su deposición, y se notificará de ello al obispo o a su vicario general, a fin de obtener su aprobación, y que en caso en que la superiora y la padre espiritual no estuvieran de acuerdo, determine por su autoridad sea la ratificación sea la deposición.

“Cuando las Hermanas y también la superiora se dirijan al confesor lo llamarán sea Señor, sea mi Padre, y le manifestarán grande y santa reverencia, como a aquel de quien Dios se sirve para distribuirles sus gracias y misericordias mediante los santos Sacramentos. El tendrá cuidado de que ni por imposición de penitencias extraordinarias ni por consejos o pareceres dados en confesión, no haya nada que pueda perturbar el orden del monasterio, en cuanto posible. Finalmente, como las Hermanas lo deben respetar en alto grado, como se ha dicho, así también él las tratará con mucha caridad considerándolas como esposas sagradas del Hijo de Dios”.

CONSTITUCIÓN XXXV

El confesor extraordinario

“Cuatro veces al año, más o menos cada tres meses, la superiora pedirá al obispo o al padre espiritual un confesor extraordinario, hombre bien apreciado, con el que todas las Hermanas se confesarán. Este confesor cuidará de no

imponer penitencias ni dar ningún consejo que pueda ir en contravía del orden o el espíritu del instituto, como sería imponerles o aconsejarles quedarse en oración durante las asambleas comunitarias, o levantarse antes de la hora, o velar y permanecer en algún ejecución luego de la hora ordinaria de recogerse en la noche, o no compartir los tiempos de recreos, o ayunar con mayor frecuencia que el resto, o practicar cuaresmas en los tiempos en que la congregación no lo hace.

“Además, cuando alguna desee confesarse o tratar de su conciencia con alguna persona bien reconocida y de buena condición, la superiora se lo permitirá gustosa, sin preguntar por el tema por el cual este diálogo o confesión es pedido. Sin embargo, si la superiora ve que alguna Hermana requiere a menudo tales diálogos o confesiones, especialmente si se hace con el mismo confesor, lo pondrá en conocimiento del padre espiritual para que, según lo juzgue él, se provea con cautela a que la santa libertad de la confesión y del diálogo, ordenada al bien y la mayor pureza, consuelo y tranquilidad de las almas, no se convierta en deterioro del corazón, inquietud de espíritu, curiosidad, excentricidad o melancolía, para alimentar alguna tentación secreta de presunción o de aversión al confesor ordinario, o finalmente de singularidad y vana inclinación a las personas. Si alguna persona de calidad llegara a pasar y la superiora juzgara que hablar con él podría traer edificación, podrá, si bien le parece, invitarlo a esto, y permitirá a las Hermana hablar con él sea en confesión o de otra manera.

CONSTITUCIÓN XXXVI

Oficios de la casa, en primer lugar el de la superiora

“Como el alma y el corazón difunden su presencia, movimiento y acción en todas las partes del cuerpo, así la superiora debe animar con su caridad, su preocupación y su ejemplo toda la congregación, animando con su celo a todas las Hermanas que están bajo su cuidado, procurando que las Reglas sean observadas lo más exactamente que sea posible, y que la caridad mutua y una santa amistad florezcan en la casa. Para ello abrirá su regazo maternal y amable a todas sus Hijas por igual, de modo que llenas de confianza recurran a ella en sus dudas, escrúpulos, dificultades, oscuridades y tentaciones.

“Que observe en cuanto pueda las Reglas y Constituciones sin practicar ninguna singularidad. Que no saque ni reciba ninguna ventaja en hábitos, alimentación u otras cosas, y sea como las demás, en la medida en que la necesidad lo requiera. Dará sus órdenes a cada una de las Hermanas, y a todas en general, con palabras y actitudes serias pero suaves; con rostro y comportamiento seguro pero dulce y humilde; con corazón lleno de amor y del deseo del progreso de las que ella gobierna. Tendrá los ojos atentos sobre este pequeño cuerpo de Congregación, a fin de que todas sus partes respeten paz, concordia, unión y el servicio muy afectuoso de Jesucristo. Y por consiguiente, cuando una vez al mes ellas le rindan cuenta de sus almas, las examinará, inquiriendo discretamente sobre el estado

presente de su espíritu, para luego ayudarles, animarlas, corregirlas y consolarlas.

“Se ocupará con cuidado especial de las necesidades de las enfermas y muy a menudo las servirá con sus propias manos en enfermedades graves. Formará con amor de madre a las Hermanas, que como niñas pequeñas, son todavía débiles en la devoción recordando las palabras de san Bernardo a aquellos que sirven a las almas: La carga de las almas no es precisamente de almas fuertes sino débiles, pues ai alguien te socorre más de que es socorrido por ti, reconoce que no eres para él un padre sino un igual. Los justos y perfectos no tienen necesidad de superior y de guía; son para sí mismos ley y dirección por gracia de Dios y hacen lo suficiente sin que se les mande.

La superiora por tanto está principalmente para las débiles y decaídas, si bien tampoco debe abandonar a las perfectas para que ellas perseveren sin desfallecer. Y por consiguiente esté atenta a las necesidades de las Hermanas según la sinceridad y el afecto cristianos y no por inclinaciones naturales; y sin tener miramiento a la extracción u origen de las Hijas, a su amabilidad, su buen semblante u otras consideraciones atrayentes; no se familiarice en tal forma con unas que despierte envidia en otras; no reprenda de inmediato las faltas que se cometan delante de las demás, sino hágalo en particular y con caridad a menos que la falta sea tal que, para edificación de quienes fueron testigos, requiera pronto castigo, y en ese caso actuará de manera que, desaprobando el defecto, consuele a la falla,

procurando ser de verdad temida, pero sin embargo más amada, como dice la santa Regla.

“No autorice fácilmente a alguna el uso de los Sacramentos más allá de la frecuencia que indican las Constituciones, no sea que en lugar de una amorosa y respetuosa comunión, llegue a hacerse por imitación, rivalidad, estima propia y vanidad. Haga que las Hermanas marchen siempre en el temor de Dios, que estén bien instruidas en la verdades de nuestra santa fe, que reverencien los sagrados misterios con gran devoción, que traten todas las cosas que pertenecen al honor de Dios y al uso de la iglesia con sumo respeto, que practiquen sólidamente las virtudes cristianas de mortificación, humildad, paciencia, caridad y demás; y finalmente que ellas lleven el dulce y agradable yugo de Nuestro Señor Jesucristo en paz e íntima unión de espíritu.

“Estará atenta a que el Oficio divino se haga todos los días exacta, devota y lentamente, en las horas establecidas; a que las Hermanas practiquen fielmente los ejercicios espirituales de oración, meditación, examen de conciencia, preparación de la mañana, oraciones jaculatorias y lecturas. Igual exigirá a que todas las encargadas de oficios tengan un directorio particular sobre todo lo que deben observar en su cargo.

“Cuidará muy especialmente que no sea recibida nunca en la congregación ninguna muchacha o mujer cuya vocación no haya sido probada y a que ninguna consideración humana incida en su aceptación sino solamente la

inspiración. Y por consiguen que se las haga permanecer algunas semanas en la casa antes de darles el hábito del noviciado, a fin de observarlas detenidamente en sus humores, inclinaciones y comportamientos.

“Tenga gran cuidado de impedir que nada haya en la casa y nada se haga en ella que no sea conforme al pudor y la pureza, a la perfecta pobreza y a la exacta obediencia. Por consiguiente si una Hermana manifiesta demasiada inclinación a tratar con los del mundo, aunque sea de profesión eclesiástica o religiosa, o parientes cercanos, que se le retiren todas las facilidades. En cuanto a los consejos espirituales o comunicación de conciencia, la superiora les permitirá hacerlo libremente. Cuidará de que lo han con personas dignas de que se les confíe este oficio angélico con el cuidado mencionado”

Tendrá cuidado de que nada se introduzca de nuevo que sea contrario a la Regla, a las Constituciones y a las Tradiciones del Monasterio.

Si se da el caso de dispensar del habitual modo de vivir según la Regla, de moderar los ejercicios a alguna hermana, incluso en ocasiones para todas las hermanas (lo que no debe hacerse sino en muy raras y bien señalas ocurrencias), como también de dispensar a una hermana de venir al coro para el Oficio, de ayunar los ayunos de las Constituciones, de sentarse a la mesa común, de hablar a alguien habiéndose removido el velo, de acercarse a la santa comunión, de despenar incluso a toda la comunidad del silencio, por justa ocasión, de comer tres o cuatros veces al

año fuera de las comidas ordinarias, y de cosas semejante, está facultada para hacerlo por su propia autoridad, estando sin embargo atenta a observar mucha discreción para no ser ni demasiado condesciéndete ni demasiado severa. Pero en las cosas de importancia que traen consecuencias, como por ejemplo dispensar del todo del ayunan o de la residencia del coro a una hermana, en semejantes ocasiones, consultará al Padre espiritual. Si ella misma debe dispensarse de la Regla, podrá hacerlo por propia autoridad, luego de hablar con la hermana asistente, solo en cosas de consecuencia recurrirá al Padre espiritual o al Obispo.

“Reciba con humildad y aceptación las observaciones que se hagan; que las hermanas tengan justa confianza y libertad, de advertirle o hacerle advertir en ocurrencias de que se hablará luego.

“Finalmente la superiora se debe mantener tan bien ante Dios que sea espejo y modelo de toda virtud para sus hermanas y pueda sacar del seno del Salvador, la fuerza y la luz que necesita” tanto para sí como para las demás.

CONSTITUCIÓN XXXVII

Manera como debe comportarse la superiora en los asuntos

“Una vez elegida la superiora, en primer lugar, debe escoger cuatro hermanas que juzgue más idóneas para aconsejarla en las ocurrencias. Se reunirá con ellas cada

quince días para examinar los asuntos tanto espirituales como temporales de la casa, sin comunicarles sin embargo el estado de las almas que haya conocido en la rendición de cuentas que mensualmente hace con las hermanas.

“De esto no se sigue sin embargo que la superiora deba seguir siempre el parecer de dichas hermanas. Basta que las escuche para resolver por sí misma luego de haber considerado y sopesado lo que las hermanas adujeron. Si bien no está obligada a seguir ese parecer, escuchado con tranquilidad y pacíficamente sin manifestar ni desdén ni disgusto, a fin de dejar la libertad y la confianza a las hermanas de decir lo que les parezca mejor.

“Hay circunstancias en las que, según los cánones y los usos generales de los monasterios de jóvenes y mujeres, es necesario oír y seguir la pluralidad de voces de todo el capítulo de hermanas, por ejemplo cuando se trate de enajenar, cambiar o reducir los bienes del monasterio, o recibir a una joven al noviciado o a la profesión, o elegir la superiora, o despachar una hermana, o pedir un padre espiritual o cuando se presenten otras ocasiones en las que el padre espiritual y la superiora juzguen conveniente que las cosas se estudien en el capítulo.

“En los casos en que el padre espiritual y la superiora no estén de acuerdo se recurrirá al obispo o a su vicario general quien determinará lo que se seguirá y hacer.

Constitución XXXVIII

Las hermanas escogidas para aconsejar a la superiora llamadas coadjutoras

« Las cuatro hermanas escogidas para aconsejar a la superiora pedirán a menudo la asistencia del Espíritu Santo para desempeñar bien su cargo ; se esforzarán por no dejarse llevar de sus inclinaciones o estados de ánimo o aversiones en lo que toca a las deliberaciones que se examinan; obrarán con intención pura y sencilla ; dan santamente su parecer, pero sin ETRIVER o discutir juntamente y sin desdeñar o menospreciar el parecer de las obras cualquiera que sea. Si es necesario contradecir que se haga con suavidad y modestia.

« Luego de la consulta se someterán al juicio de la superiora permitiéndole tomar la resolución que juzgue conveniente, sin murmurar ni revelar a las demás hermanas lo que se ha dicho.

« Pero si dichas hermanas ven que la superiora toma un decisión notablemente perjudicial o manifiestamente perniciosa lo advertirán al padre espiritual, o incluso al obispo, lo más discretamente posible, para que pongan remedio. Por lo demás deben ser más humildes, sumisas y obedientes que las demás a la superiora ».

Constitución XXXIX

La asistente

« Siempre que la superiora no pueda estar presente la asistente ejercerá el poder en su lugar, menos en el coro, donde se quedará en su puesto que será siempre el primero después del de la superiora; cuidará de estar siempre presente donde las hermanas estén reunidas para mantenerlas en respeto y hacer que se observe la Regla. Tendrá cuidado especial de la dirección de las tareas del coro cuyos oficios repartirá los sábados y la víspera de las fiestas en que se cambia el Oficio, luego del recreo que sigue a la cena. Tenga cuidado de que las pausas, mediaciones, pronunciación, ceremonias, seriedad y reverencia se observen devotamente.

« Si alguna hermana comete una falla, se lo advertirá en el capítulo a fin de que se corrija, pero si son errores reparables, como tomar un salmo en vez de otro, o tono demasiado alto o demasiado bajo, o accidentes semejantes, los corregirá de inmediato lo más discretamente posible.

« Estará atenta a que no se reciba en la casa ningún libro sino con permiso del padre espiritual o del confesor ordinario, si son libros nuevos.

« Escogerá las lecturas, y para ello dispondrá de los libros apropiados, los que mantendrá en buen orden, y los distribuirá según lo mande la superiora entre las hermanas profesas. Si se trata de las novicias según ordene la directora.

« Distribuirá semanalmente las lecturas tanto para la primera como para la segunda mesa y corregirá los defectos de las que leen si leen precipitadamente o no pronuncian bien, o cometen alguna otra falta. Personalmente hará la letra que se hace en la noche para la meditación del día siguiente, o pedirá a una hermana que lea bien y claramente que lo haga.

« Tendrá cuidado y celo particular de la Regla y advertirá a la superiora de las fallas que se den; que como acompañante de la superiora debe en todo y por doquier estar atenta con ella al buen estado de la casa y al progreso de las hermanas en la perfección, acompañándolas lo más cerca posible no solo con sus mandato sino de acuerdo a las intenciones de la superiora.

« Si se presenta algún asunto cuya solución no se pueda diferir, cuando la superiora, impedida por enfermedad u otra causa no pueda atender, resolverá por sí misma con el parecer de las hermanas que la superiora suele consultar, y lo pondrá en conocimiento de la superiora tan pronto como sea posible.

« Procurará que todas las hermanas vayan a los ejercicios espirituales y vigilará si observan el orden requerido, cuando vayan a la confesión o a la comunión.

« Estará atenta en la noche a que todas las puertas que dan acceso afuera estén bien cerradas y dará vuelta, un cuarto de hora después que las hermanas se hayan recogido, para ver si se han acostado y hayan apagado sus lámparas; cuando alguna falte lo dirá a la superiora.

Constitución XL

La directora

« De una buena alimentación y de la dirección de las novicias depende la conservación y la alegría de la congregación ; por consiguiente, la Directora, a quien corresponde este punto, no solo debe ser discreta, dulce y devota sino que debe ser por así decirlo la dulzura, la sensatez y la devoción misma, para que con un amor más que maternal conduzca a sus novicias, de grado en grado a la perfección religiosa como a futuras esposas del Hijo de Dios.

« Tratará ante todo que conciban y entiendan bien que la intención que tuvieron al elegir abandonar el mundo para retirarse al monasterios es unirse más perfectamente a Dios » y trabajar en la salvación de las almas. « Busque que entiendan que esta congregación está fundada espiritualmente en el monte Calvario », para contemplar y servir a Cristo crucificado y para continuar en la tierra las santas virtudes que practicó en especial el celo muy ardiente de la salvación de las almas. Por tanto todas las hermanas deben crucificar « con él sus sentidos exteriores e interior, sus imaginaciones, pasiones, aversiones, inclinación y temperamento ». Deben « servirlo en castidad muy pura, en pobreza despojada de todo, en obediencia basada en perfecta abnegación de su propia voluntad y considerar que les dio ese ejemplo ; y finalmente deben, a imitación suya, ofrecer en sacrificio al Padre eterno su

sangre, su vida y generalmente todo su ser para su gloria y la salvación de las almas.

« Hará que practiquen la humildad, la obediencia, la dulzura y la modestia; que robustezcan su energía y arranquen de sí, en cuanto posible, todas las niñerías, ternuras y comportamientos FADES que suelen languidecer y debilitar los espíritus, en especial el sexo femenino, para que sean mujeres fuertes, que se ejerciten en obras de perfección sólida y vigorosa.

« Y como la empresa es grande les enseñará a no confiar en sí mismas sino a poner toda su confianza en Dios y en la intercesión y protección de la gloriosa Virgen María. Les enseñará a hacer bien la oración, meditación y demás ejercicios espirituales, y también a confesarse breve, clara y cordialmente, y a usar debidamente las confesiones y comuniones; que pronuncien, reciten y canten bien el Oficio, con toda la modestia y buen comportamiento que debe observarse en el coro y todas otras circunstancias. Practicará todo esto también con las hermanas torneras en cuanto su capacidad se lo permita ».

Se esforzará porque las novicias adquieran un amor ardentísimo por la salvación de las almas, que tengan gran empeño en rogar a Dios que traiga al buen camino de la salvación a cuantos se han desviado; que oren también en especial por la muy santa Iglesia católica, por todos los Prelados y servidores; que quiera Dios darle buenos sacerdotes y santos obreros que trabajen eficazmente en salvar las almas.

Sobre todo que tengan gran celo por rogar a Dios por su obispo, a fin de que lo haga según su corazón, y que oran a menudo por las intenciones señaladas, « asimismo por todos los príncipes cristianos en especial de país donde se encuentra la congregación.

« Les hablará a menudo de la sincera dilección que hay que tener a las Órdenes religiosas que hay en la Iglesia de Dios para que no solo oren por ellas sino que aprendan a estimarlas y respetarlas colegialmente.

« Sobre todo se esforzará por imprimir en el corazón de las novicias que todas las hermanas de la congregación deben tener un solo corazón y una sola alma, recordando de continuo que Nuestro Señor, mediante la vocación que les inspiró, y Nuestra Señora, mediante la secreta visita que ha hecho a su corazón, las ha unido y reunido para que nunca se separen del amor y de la dilección que les dio para que estuviera siempre en su corazón en unidad de espíritu mediante el vínculo de caridad que es el vínculo de la perfección. « La directora debe tener un espíritu humildemente generoso, noble y universal, para dar a las jóvenes una devoción no femenina, tierna y muelle, sino poderosa, vigorosa, elevada y universal, llevando sin embargo diversamente los corazones de las novicias según la diversidad de su temperamento y condición de espíritu, para formarlas según el beneplácito de aquel a cuyo servicio están destinadas. Si llega el caso, que puede llegar, que tengan el corazón rudo, basto y agreste pero que sin embargo desean obedecer y hacer bien, y dan esperanza de que se pulan y eduquen, las tratará con amor muy particular

y generoso, paciente y perseverante; se trata de cultivar y hacer crecer esas plantas tan duras, pues muy a menudo, mediante la mano y el cuidado del agricultor, producen frutos muy deliciosos.

« Las novicias se dirigirán en todas sus necesidades a la directora. Si se trata de necesidades importantes y de consecuencias, lo comunicará a la superiora; pero en los casos ordinarios y menudos que pueda solucionar fácilmente lo hará para no molestar a la superiora.

« No se complacerá en las apariencias exteriores de las novicias, en su buen semblante, arreglo y exterior corporal, o habilidad de la mente y la propiedad en el lenguaje. Se esforzará por ahondar en cuanto posible en el fondo del corazón y del alma de las jóvenes a fin de saber discernir sus defectos y con qué mano hay que llevarlas.

« Será liberada en cuanto posible de toda otra tarea que se entregue a esta que es tan importante.. Ocasionalmente puede, si lo juzga útil, poner en ejercicio la dulzura y bondad de las novicias al encomendarles enseñar a las otras a leer, coser, y recitar el Oficio según sus capacidades.

Los miércoles, luego de *Prima*, reunirá a las novicias en forma de un pequeño capítulo, donde digan sus culpas. Las corregirá, las instruirá y les pondrá una penitencia según lo que digan. En seguida les dirá algo en general para su progreso espiritual, según le parezca a propósito, o les hará que escojan virtudes o detestación de vicios.

Puede diversificar los ejercicios espirituales según las circunstancias pero no introducirá nuevos y extraordinarios

sin el parecer del padre espiritual y de la superiora. Cuide de que las novicias estén sobrecargadas de ejercicios sea espirituales, sea temporales.

Constitución XLI

Las vigilantes

« La superiora escogerá dos de sus ayudantes, u otras según juzgue conveniente, que con ella estén atentas a las faltas o fallas particulares que se cometan, para que esté enterada, y estudien los remedios apropiados. Aún más, cuando la superiora lo ordene, podrán decir en el capítulo dichas faltas y fallas con modestia y sencillez ; pero la superiora no hará esto sino luego de madura y grave deliberación y cuidará bien de proponer públicamente lo que pueda infamar, a menos que sea público. Dichas dos hermanas deben estar muy unidas entre sí y penetrarse del celo de la observancia de las Reglas, en espíritu de humildad.

Luego de diálogo con la superiora sobre las faltas que han conocido y propuesto su parecer se atenderán a lo que decida la superiora a menos que vean que está en abierta connivencia que pueda causar daño a la congregación ; en ese caso se dirigirán al padre espiritual con toda sumisión y reverencia.

Nunca revelarán lo que se ha tratado y resuelto entre ellas y la superiora, o incluso referirlo al capítulo, dejando a la superiora que prosiga la corrección que tenga a bien hacer.

« En ausencia de la asistente y de la superiora la mayor de entre ellas ocupará el puesto de superiora y en lugar de la mayor, otra la sucederá a menos que la superiora haya nombrado a otra. Esto queda a su arbitrio.

Constitución XLII

Ayudante de la superiora

« La superiora escogerá libremente una de sus hermanas que tenga el cargo de amonestarla de la faltas que cometa. A ella se dirigirán todas las hermanas para que corrija a la superiora de modo que la superiora, que debe ayudar y corregir a las demás, no quede privada del servicio de ser ayudada y corregida.

« En pleno capítulo dará a conocer la que haya escogido como su ayuda y correctora, y exhortará a todas las hermanas, y sobre todo a la que haya escogido, a hacerle sincera y fielmente, con plena confianza, ese oficio de caridad. La hermana escogida debe ejercer su cargo sin faltar en nada al honor, respeto y obediencia que debe a la superiora; más bien se esforzará por ser ejemplo para todas las hermanas.

« Cuidará de no importunar el espíritu de la superiora con frecuentes e inútiles reprensiones como sería que por faltas ligeras y pasajeras que no tienen consecuencia, a propósito de todo hiciera advertencias.

« Nunca dará a conocer a la superiora el nombre de las hermanas que le hayan pedido advertirla, ni tampoco dirá a

las hermanas ni a nadie lo que la superiora haya respondido. Pero si ve que la superiora se hace incorregible en cosas de consecuencias, podrá hablar con el confesor ordinario, o mejor, si le parece conveniente, con el padre espiritual, quien a su turno debe guardar discretamente el secreto, remediando el mal de modo que la ayudante no quede contristada.

« Tendrá el sello para sellar todas las cartas de las hermanas una vez que la superiora las haya visto. No le está permitido verlas a menos que la superiora le pida hacerlo.

Constitución XLIII

La ecónoma

« Una de las hermanas tendrá el cuidado de toda la casa como ecónoma general. Con fidelidad y alegría desempeñará este cargo a imitación de las santas mujeres que seguían a Nuestro Señor y a los apóstoles para suministrarles lo requerido para su vida corporal, con la diligencia y fervor de santa Marta, pero evitando su perturbación y afanes.

« Pondrá en conocimiento oportunamente de la superiora de lo que vaya ocurriendo; le hará ver todas las necesidades de la casa para recibir de ella órdenes e instrucciones.

« Atenderá las provisiones de la casa a tiempo, guardándolas con limpieza y en lugar conveniente, y atenta a que nada se dañe. Cuidará de que las responsables de sus cargos tengan todo lo que les es necesario.

« Se hará acompañar dos veces al año de las vigilantes para visitar cuidadosamente todas las dependencias y el resto de la casa ; luego presentará a la superiora un informe si todo está en orden. Por sí misma hará esta visita cuando lo juzgue expediente » y para ver si el edificio no se deteriora. Mantendrá una relación bien fechada del dinero que se da para la despensa y de lo que entra por ventas o aportes caritativos.

« Ordenará a la encargada de la despensa, cada mes, lo necesario para la mesa y examinará repetidas veces lo que le haya entregado para que todo esté en orden. En febrero y en agosto cuidará de que a nadie falte la ropa de invierno y de verano.

« Guardará inventario de todos los muebles de cada oficina y procurará que cada encargada tenga los necesarios, los que verá de nuevo cada año en una de las visitas generales que haga a toda la casa.

« Distribuirá las tareas, como devanar o coser entre las hermanas según se necesite. Una vez terminadas las tareas se las entregarán para que ella las almacene.

« Hará un inventario de lo que las novicias aporten a la casa y hará que lo firmen, si saben firmar, si no la superiora los firmará.

« Cada mes rendirá cuentas a la superiora, tanto lo recibido como lo gastado.

« Será pronta y caritativa con las necesidades de las hermanas, según lo ordene la superiora; estará atenta a que las hermanas del oficio y de la cocina y las hermanas toreras cumplan bien su tarea ; lo hará con la bondad y el soporte

requeridos. Cada día estará anotará las compras que hace hermana tornera.

« Cuidará de que las hermanas torneras no estén sobrecargadas de tareas como también de que no pierdan el tiempo ; lo hará igualmente con las hermanas domésticas ; estará atenta a que las hermanas torneras tengan tiempo, los días de fiesta, para oír o hablar de Cosas espirituales y santas, para animarse a la devoción, según sus capacidades.

Constitución XLIV

La portera

« La portera sea en extremo discreta para recibir juiciosamente las respuestas y mensajes que llegan a la casa o salen de ella, y para hacer esperar bondadosamente a las personas a las que que no es posible atender de inmediato.

« No abrirá nunca la puerta a nadie sin licencia de la superiora o de su asistente; y estará atenta al abrir de que no sea vista desde afuera ni tampoco su compañera.

« Verá lo que sale de la casa y lo anotará si es cosa de importancia; si las hermanas están en sus tareas, en oración o a la mesa, se excusará por no llamarlas a menos que sea algo urgente e importante.

« Entregará todas las cartas que lleguen a la superiora y no dejará salir ninguna sin su orden. Si alguien da algo a la

congregación en la noche, luego del recreo, lo contará para orar por los bienhechores.

« Sea breve en sus palabras con los que vengan a la puerta y no se informará de lo no necesario.

« No dejará las llaves en la puerta sino que en la noche las entregará a la superiora, así como las del locutorio y del turno.

« No transmitirá ningún mensaje del exterior a las hermanas ni de las hermanas a los de afuera a menos que reciba orden de la superiora o de la directora en lo que concierne a las novicias.

No usará de autoridad con su compañera y sencillamente dejará que sea testigo de sus actos y para ser asistida por ella a cerrar, a la hora apropiada, las puertas.

Constitución XLV

La sacristana

« La sacristana tendrá un inventario de cuanto pertenece a la capilla o a la iglesia, mantendrá ordenadamente, aseada y limpiamente, todos los ornamentos, adornos y muebles que respectan al servicio del altar y de la iglesia; preparará los ornamentos sacerdotales con suma diligencia según las fiestas y los tiempos recordando que Nuestro Señor gustó siempre de la limpieza y la pulcritud y que José y Nicodemo son alabados por haber enterrado su cuerpo, limpia y delicadamente utilizando perfumes y ungüentos preciosos.

« Avisará a la superiora cuando se presente algún sacerdote externo a decir la misa, y averiguará si tiene licencia del obispo. Si alguno llega a la sacristía a hablar de negocios lo despachará a menos que por la calidad de la persona fuera mejor advertirlo a la superiora.

« Avisará temprano si hay confesiones o comuniones que atender. Tocaré la campana para el Oficio, las misas y los Ave María, cuando sea el caso. No se pondrá a conversar con el padre confesor o el capellán ordinario, ni menos aun con el clérigo ni con extraños a menos que sea necesario.

« En la mañana, antes de tocar para la oración, pasará por todas las celdas de las hermanas para ver si alguna sufre de algún malestar que le impida ir al Oficio. Si se da el caso advertirá a la superiora.

« No se harán muñecas en toda la casa y menos aun se pondrán en el altar, ni para representar a Nuestro Señor, o a Nuestra Señora, ni a los ángeles, ni cosa alguna, por el contrario se habrá imágenes bien hechas y aprobadas por el padre espiritual, especialmente las que se ponen en el altar.

« Y como son muy numerosos los detalles que debe tener la sacristana para mantener todas las cosas sagradas que tiene bajo su responsabilidad limpia y decorosamente, se hará un directorio aparte que debe tener siempre ante la vista; lo leerá mensualmente para no faltar a lo que allí esté escrito. La congregación tiene el mayor interés en que este cargo se ejerza perfectamente.

Constitución XLVI

La enfermera

« La enfermera solo debe respirar bondad y caridad, tanto para servir a las hermanas enfermas como para soportar las fantasías, fastidios y malos humores que el mal causa a las pobres enfermas. Debe alejarlas de su impresión lo más acertada y suavemente que le sea posible, sin manifestar nunca disgusto ni fastidio al servir las.

« Debe mirarlas como imagen viva de Jesucristo crucificado; si los antiguos cristianos, como asegura san Juan Crisóstomo, iban muy adentro de Arabia para ver y reverenciar el estercolero en el que el santo hombre que fue Job sufrió trabajos, con cuánta mayor reverencia debemos acercarnos al lecho en el que nuestros hermanos y hermanas están tendidos para sobrellevar la enfermedad en el nombre de Dios.

« Se encargará de todo lo que pertenece a la enfermería y al servicio de los enfermos de lo cual tendrá inventario. Tendrá extremo cuidado de que las habitaciones estén limpias y aseadas, adornadas de imágenes, matas y ramos, según lo permita el clima. Que no haya nada cerca de los enfermas que algo que pueda provocar malos olores, por el contrario, si el médico lo permite, procure que haya buenos aromas y olores. Se esforzará por infundir en los enfermos total confianza sin acceder sin embargo a deseos que pudieran perjudicarlos.

Constitución XLVII

Oficios menudos de la casa

La ropería

« La ropera se encarga de los hábitos y calzado de las hermanas, como también de las camas y de todas las pertenencias de lo cual habrá inventario que guardará cuidadosamente. Atenderá a que todo esté en buen orden y listo para las necesidades. Que nada se deteriore por negligencia y que no haya nada que sea contrario a la pobreza y la sencillez.

« Bajo las órdenes de la superiora distribuirá las cosas y no permitirá que las hermanas escojan, pero atenderá sencillamente la necesidad de cada una. Tendrá una lista de la ropa aportada por las novicias al entrar y la guardará cuidadosamente para dar cuenta de ella el día de la profesión.

Ropa interior y lavandería

« La encargada debe tener el mismo cuidado de la ropa interior que la ropera de los hábitos. La conservará, al almacenará y distribuirá según las necesidades de las hermanas. Luego la recogerá, lavará, secará y doblará. Tendrá un listado y dará cuenta al final de cada año ; la mantendrá en buen orden, separando la de mayor tamaño de la más pequeña. para encontrarla con mayor facilidad y distribuirla sin escogencia.

« Cuando las hermanas tengan necesidades extraordinarias las atenderá caritativamente. Se hará un pequeño directorio para tener en cuenta las particularidades del cargo.

El refectorio

« La encargada debe mantener bien aseado todo lo que concierne al moblaje del refectorio y preparar todo oportunamente.

La despensa

« El oficio de la despensera depende del de la ecónoma. Le toca tener en detalle el vino, el pan, el aceite, la sal, la mantequilla y demás cosas requeridas para la alimentación de las hermanas, para la limosna y otras ocasiones. Hará las porciones y cuidará de que todo se haga debidamente en la cocina.

Constitución XLVIII

Las hermanas domésticas

« Las hermanas empleadas en la cocina y en otros servicios del mantenimiento lo harán con alegría y consuelo. Recuerden que santa Marta lo hizo y traigan a la memoria las dulces meditaciones que hacía santa Catalina de Siena, quien durante esas tareas no cesaba su arrobamiento en Dios, Así las hermanas, en cuanto posible, mantengan el corazón recogido en la divina Bondad. Si son fieles dirá un

día ante todo el mundo que lo que hicieron a sus servidoras a ella lo hicieron.

« Cumplirán con los ejercicios espirituales según lo que haya que hacer y la superiora les ordene. Ella tendrá cuidado especial de no dejar a las hermanas sin el alimento necesario al espíritu pues sirven al alimento corporal de toda la congregación.

« Todas serán iguales en este oficio y se ayudarán mutuamente en paz y caridad. Y cuando los descansos lo permitan participarán alternativamente en las reuniones comunitarias. Será cuidadosas de todos los muebles que sirven en este oficio, como de enseres y otros, y rendirán cuenta de todo una vez al año a la ecónoma.

Constitución XLIX

Las hermanas torneras

« Se recibirá lo menos posible hermanas torneras y se procurará que las que entren sean de buena reputación, sanas, fuertes, de carácter dulce y apacible. Sobre todo que tengan gran deseo de servir a Nuestro Señor y a su santísima Madre, trabajando por la Congregación con obediencia, sencillez y humildad. Se les dará lo suficiente para su honesta sustentación y si no quieren recibirlo, serán alimentadas y gozarán de mantenimiento conveniente.

« Vestirán de negro o gris, sencilla y modestamente, sin aderezo ni afectación alguna. Nadie, fuera de la superiora y

la depositaria, les dará órdenes. Se les asignará una hermana para instruir las en las cosas espirituales y para enseñarles lo que deben creer y lo que deben hacer para agradar a Dios, en especial la digna recepción y santo uso de los sacramentos, y en cuanto a las principales virtudes que deben practicar como la humildad, la obediencia, la modestia, la caridad y la mansedumbre.

« La superiora y la depositaria les mandarán siempre con amor y todas las llamarán hermanas, recordando que aunque sirven al exterior en su interior nunca dejan de hijas de Dios, coherederas de Jesucristo, iguales en naturaleza y en la llamada a la gracia y a la gloria como los más grandes del mundo, y que finalmente, como dice san Pablo, ellas y nosotros no tenemos sino un solo dueño, Jesucristo, igualmente Señor y Salvador de unos y otros.

« Se confesarán cada ocho o quince días, más o menos, según el confesor y la directora lo encuentren conveniente. La directora tendrá cuidado de todas sus necesidades espirituales y corporales.

Se levantarán y acostarán a la misma hora que las religiosas y harán sus oraciones como se indica en el libro *Ejercicio de piedad*. En seguida tenderán su cama y arreglarán su pieza, y barrerán los locutorios y demás lugares exteriores que mantendrán siempre en limpieza y pulcritud.

Oirán diariamente la santa Misa con toda la devoción que les sea posible, y si se dicen varias, irán unas después de

otras a fin de que haya siempre una para responder a los asuntos que se presenten.

Dirán diariamente el rosario y en las fiesta y domingos, si no están ocupadas, asistirán a las vísperas. Cuando tengan tiempo, tanto en los días de fiesta como en os demás días, harán una lectura espiritual según les indique su directora, a quien acudirán en todas sus necesidades y urgencias, con sencillez y confianza, y le comunicarán abiertamente sus penas y dificultades a fin de que las aconseje, consuele y anime.

Deben aportar toda la diligencia posible para satisfacer a quienes vengan al monasterio y les hablarán bondadosa, respetuosa y cortésmente. Que nadie se retire fastidiado, en cuanto les sea posible, según Dios. Solo recibirán de la superiora, de la depositaria y de la portera comisiones para hacer. Solo las harán para ellas y no para quienes se encuentren en los locutorios. Las harán cuidadosamente. No irán afuera sin permiso.

« Cuando vayan a hacer las provisiones se conducirán con tanta modestia y recato que todos reciban edificación. Que se comporten por doquier como si estuvieran en la casa, a la vista de la superiora. No entrarán en ninguna cada ni comerán en el exterior sin autorización de la superiora, a menos en caso de necesidad no prevista antes de salir. No charlarán ni se divertirán por la calle. Solo se ocuparán de los asuntos encomendados. No traerán noticia alguna de la ciudad, ni cartas ni recomendaciones. Solo lo harán con la superiora.

Sean muy cuidadosas de estar siempre ocupadas útilmente y empleen bien el tiempo que nos es dado para servir a Dios y del que él nos tomará cuenta minuciosa. Que se ocupen puntual, pronta y alegremente de lo que se les pida, por amor de aquel que se hizo obediente hasta la muerte en la cruz por amor de ellas. Que se interesen y amen el bien de la comunidad conservando cuidadosa y fielmente cuanto pertenece a la casa de Nuestro Señor y de su santísima Madre sin dejar que nada se pierda ni se deteriore por su culpa.

Irán por turno al mercado. Antes de salir dirán un *Ave María*, para ofrecerse a Dios por mediación de la santísima Virgen y para pedirle la gracia de no hacer nada que le desagrade. Cuando compren algo procurarán hacerlo con sencillez y modestia. Ofrezcan en pocas palabras lo que juzguen razonable sin usar querellas, discusiones o palabras vanas e inútiles. Serán exactas en traer a la hora propicia lo necesario para la comunidad a fin de que nada sea irregular.

Que no inviten ni reciban a nadie a charlar con ellas sino las que hayan sido autorizadas por la superiora. Que no reciben regalos de nadie para su beneficio particular sin autorización de la misma.

Sobre todo que se empeñen en vivir juntas con gran caridad, bondad y humildad, sin altercados entre ellas sino hablando suave y benignamente. Sopórtense mutuamente los defectos e imperfecciones y estén listas y de buena voluntad para ayudarse y conformarse en las ocasiones que

se presenten por amor de Nuestro Señor y de su santísima Madre.

Constitución L

Primera recepción de las que deseen ingresar a la congregación

« No se recibirá ninguna joven para entrar en la congregación que no sepa leer, si se presenta para ser hermana de coro, y que no testimonie gran deseo de la perfección cristiana » y un amor muy particular de la salvación de las almas arrepentidas, de lo cual se hace especial profesión e esa congregación. « En cuanto a los medios requeridos para el sostenimiento de tiempo en tiempo se revisarán según los recursos de la casa.

« Cuando alguna joven o una mujer se proponga para ser recibida, en primer lugar se le hará venir a la casa donde estará algunos días para ser observada y considerada por la superiora y las hermanas. Cuando la superiora juzgue que sea tiempo pedirá a la pretendiente que presente su petición en el capítulo en pleno. Luego lo someterá a votación y si la superiora y la mayoría de las hermanas estén de acuerdo en recibirla se la admitirá para primer ensayo. Que todo tenga el parecer previo del padre espiritual quien por su parte se informará de las condiciones de la candidata a fin de aconsejar mejor a las hermanas en esta ocurrencia.

« Las viudas están en la misma condición menos que se debe en cuenta de no recibir a quienes tienen niños para

cuya educación es mejor que se pueden en el mundo, ni las que son demasiado tiernas con sus hijos y propensas a perturbarse. Aunque tales viudas al parecer están bien dispuestas, mientras el fervor de las primeras impresiones las animan, sin embargo fácilmente caen en la tentación a inquietarse por la mínima dificultad que se presenta y se imaginan que si estuvieran en el mundo harían milagros por sus hijos. No cesan de hablar de ellos y de extrañarlos. Y si bien su entrada fue grandemente útil para los mismos hijos, por poco se impresionan y toman ocasión para censurar y lamentar su retiro con escándalo de unos cuantos.

« En general se evitará aceptar jóvenes o mujeres que sean rebeldes o tercas, o demasiado distraídas o alocadas, unas se aferran a su manera de pensar y otras no se aferran a nada. En cuanto sea posible cuidarán de no recibir las que son demasiado mimadas y compasivas de sí mismas.

Constitución LI

La entrada de las novicias

La candidata que tiene seguridad de ser recibida podrá, cuando la superiora lo quiera, hacer el primer ensayo con su vestido ordinario con el que permanecerá algunas semanas. Cuando la superiora juzgue que podrá acomodarse a las Reglas u observancias de la congregación comenzará a practicarlas exactamente y se le dará a entender que la congregación es una escuela de abnegación de sí misma, de mortificación de los sentidos, y de renuncia a las voluntades humanas, o, en resumen, un monte Calvario donde con

Jesucristo sus castas esposas deben estar crucificadas espiritualmente para después de esta vida ser glorificadas con él.

« Se la preparará, por meditaciones y oraciones, para hacer una buena confesión general a menos que ya la haya hecho de modo que el padre espiritual y la superiora juzguen que no hay necesidad de repetirla. En ese caso se le pedirá hacer una confesión desde la última confesión general que haya hecho. Dirá luego generalmente sus inclinaciones, estados de ánimo y pasiones que hasta entonces la han dominado. Hará un breve relato de su vida, de lo bueno y de lo malo, con confianza y fidelidad, a fin de que la superiora conozca bien cómo debe llevarla, pero guardará el secreto de todo lo que haya dicho como secreto de conciencia.

« Pasado el tiempo previsto, se someterá a votación. Si la votación le favorece se preparará y se le dará el hábito del noviciado.

« Durante el noviciado de las hermanas se procurará fortalecer sus corazones, hacer que sean devotas, no con devoción fingida, tierna, llorosa sino con devoción bondadosa y al tiempo vigorosa, humilde y confiada. Sobre todo se tratará de que la novicia sea igual, que someta su estado de ánimo e inclinaciones a la regla de la aridez y de la discreción. Es decir, que aprenda a no vivir según sus estados de ánimo, pasiones, inclinaciones y aversiones sino conforme a la piedad, no llorando, hablando y callando sino razonablemente, y no cuando el capricho y la fantasía le

vengan. Que reserve las demostraciones de su alegría ordinaria para los recreos, la inclinación a callarse para el silencio, la de llorar cuando la gracia la incite a lágrimas de devoción, sin emplearlas en ocasiones frívolas. Y finalmente se hará que entienda que no debe servirse de su corazón, sus ojos, sus palabras sino para el servicio de la dilección de su Esposo y no para servicio de sus estados de ánimo y inclinaciones humanas.

Constitución LII

Elección de la superiora y demás encargadas

« La superiora quedará en su cargo por tres años al final de los cuales el sábado que sigue a la Ascensión de Nuestro Señor, el capítulo, reunido en el coro, presente el padre espiritual, que estará sentado en la reja, la superiora se pondrá de rodillas en medio de las hermanas y renunciará. Pondrá su superiorato entre las manos del padre espiritual, el cual habiendo aceptado la renuncia, la absolverá de su cargo diciendo *La congregación te descarga en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*, y entregará el cargo a la asistente. La superiora quedará así desprovista del superiorato, dirá sus culpas de faltas cometidas en su oficio, y el Padre espiritual le dará la penitencia. Luego irá a ocupar el último puesto.

« Luego el padre espiritual exhortará a pensar seriamente en una nueva elección para el jueves siguiente, sin otra consideración que la mayor gloria de Dios y la santificación

de su nombre, en seguida se dirá el *Veni, Creator Spiritus*, y se retirarán.

El domingo siguiente habrá comunión general y se expondrá el Santísimo Sacramento para la elección que viene. Las hermanas no hablarán de la elección ni de la deposición ni en los recreos ni en las reuniones. Cada una pensará en elegir la que estime ser la mejor según Dios. Cada día se dirá la misa y por la noche las letanías y el *Veni, Creator Spiritus*.

« Luego el jueves, luego de la comunión general hecha con esta intención, todas las hermanas salen del coro, y luego de puesta una mesa en medio del coro, con papel, tinta y secante, la asistente, entrará primero, y de rodillas, hecha la señal de la cruz, escribirá el nombre de la que quiere elegir, dobla y se retira. Las demás, una tras otra, harán lo mismo. Una hora después del medio día, el padre espiritual, habiendo regresado, si hay hermanas enfermas, irá a tomar sus votos, y los escribirá en boletas y los pondrá en la urna en que las demás depositaron.

« Si hay hermanas que no saben escribir las hará ir al locutorio y él mismo escribirá las boletas. Escritos todos los votos van al coro como el sábado precedente, y dicho el *Veni Crator Spiritus* todas las hermanas vendrán unas tras otras, a traer sus boletas al padre espiritual, quien teniendo todos los votos en la urna, los sacará y los leerá. Dos hermanas que tengan una lista del nombre de todas las hermanas que pueden ser elegidas, con líneas escritas en el

lugar de cada hermana, marcarán con una línea el nombre leído.

« Se verá luego qué hermana ha tenido la mayoría de votos y ella será la superiora sin que le sea posible rehusar o excusarse ni decir bellas palabras. Se pondrá de rodillas y hará la profesión de fe. El padre espiritual confirmará la elección en nombre del obispo y dirá: *Y Nos, con la autoridad que tenemos, confirmamos esta elección; que seas la vicaria de la santísima Virgen María, fundadora y verdadera Madre de esta Congregación, a fin de que la gobiernes en cuanto te sea posible, con la gracia de su Hijo y su asistencia, con el mismo espíritu de caridad, prudencia, vigilancia, exactitud y mansedumbre con el cual la gobernaría si estuviera visiblemente en tu lugar. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

Luego se entregan las llaves del monasterio a la elegida quien va a sentarse en el puesto de la superiora, donde hay una imagen en relieve de la Madre de Dios, a cuyos pies depositará las llaves. Luego todas las hermanas, unas tras otra, irán a besarle la mano de rodillas. Se cantarán el *Te Deum*, y *Ave Maris Setella*, y luego la asistente irá a escribir en el libro la fecha de la elección.

« Si se da empate entre dos hermanas será necesario que el padre espiritual escriba sus nombres en una papeleta y trace una línea frente a cada nombre. Las hermanas salen y regresan una tras otra y dirán cuál prefieren y la marcará de través, de modo que nadie pueda ver el papel donde se hacen las señales, ni oír las voces, fuera del padre espiritual

y su acompañante. Si hay enfermas irá a pedir sus nombres como antes.

« Reunidos los votos el padre espiritual quemará las papeletas a fin de que no quede memoria y los votos queden secretos.

« No se puede elegir a una hermana como superiora que supere los cuarenta años y que sea profesa de menos de ocho años. Si no la hay se da en el monasterio se podrá elegir a una hermana de otro monasterio o del mismo instituto » de nuestra Señora de Caridad, « o al menos, será necesario que quien sea elegida tenga cinco años de profesión y treinta de edad, según lo ordena el sagrado concilio.

« La superiora elegida se escogerá las que según Dios juzgue ser las más idóneas para los cargos de asistente y coadjutora. Las propondrá al capítulo y la elección se hará por mayoría de votos. Si no alcanzan los dos tercios, la superiora propondrá otras, y hecha la elección escogerá, con el parecer de dichas hermanas las que de entre las hermanas juzgue ser las más aptas para los demás cargos. Todas quedarán en ejercicio de sus cargos hasta cuando la superiora juzgue oportuno hacer un cambio ».

Tendrá especial atención al escoger la maestra de novicias y las demás maestras destinadas a la instrucción de las penitentes. Que sean muy espirituales, prudentes, virtuosas y muy llenas de celo por la finalidad del instituto,

Constitución LIII

Breve declaración de la obligación de las hermanas respecto de la observancia de las Reglas y constituciones

« Es opinión de los doctores de la verdad que ni la Regla de San Agustín y la mayor parte de las Reglas de los religiosos obligan por sí misma bajo pecado, a menos que se den las siguientes circunstancias:

« 1. Cuando lo que prohíben es en sí pecado o lo que prescriben es necesario para la salvación.

« 2. Cuando algo se deja de practicar por desprecio o desdeño de la Regla.

« 3. Cuando se contraviene la obediencia impone en estos o semejantes términos: *Ordenó en el nombre del Espíritu Santo, o bajo pena de pecado mortal*. Pero la superiora no acuda a esto sino en cosas de muy grande importancia y por escrito si posible.

« 4. Cuando el padre espiritual o el obispo ordenan o prohíben algo bajo pena de excomunión mayor en que se incurra por la misma transgresión.

«5. Cuando se quebranta absolutamente la Regla en los votos esenciales de castidad o pobreza o de la vida regular, como se daría al dar, tomar o guardar algo notable sin permiso, al romper la clausura o quitarse del todo el hábito religioso y cosas semejantes. g

« 6. Cuando se falta a la Regla con escándalo y en consecuencia hay algún perjuicio al monasterio.

« 7. Cuando se comete alguna falta contra la Regla por pasión desordenada, como por ejemplo no asistir al coro en las horas determinadas por gran negligencia y pereza, o se come fuera de las comidas por avidez grande y gusto de golosinas, o se interrumpe el silencio por cólera y cosas semejantes, si bien esos pecados al parecer no son de ordinario mortales no es la Regla o las Constituciones las que los causan sino circunstancias que por su naturaleza los causarían en otra ocasión. Sería siempre pecado incluso para los seglares hacer lo que en sí es pecado, descuidar lo necesario para la salvación, infringir una ley por desprecio, violar los votos, escandalizar al prójimo, dejarse llevar de una pasión desordenada.

« La Regla por tanto, como está dicho, menos aun las Constituciones, no obligan bajo pecado por sí mismas. Sin embargo las hermanas temerán siempre infringirlas recordando que su vocación es especial de la que habrá que dar cuenta al morir. Tengan siempre en la memoria la máxima sapiencial, *Quien descuida su camino morirá* (Prov 19, 16). Ahora bien, el camino de las hermanas de Nuestra Señora de Caridad son las Reglas y Constituciones, por el que avanzarán de virtud en virtud hasta llegar a contemplar al Esposo eterno en Sion. Marchen pues sabia y cuidadosamente sin desviarse ni a derecha ni a izquierda ».

Constitución LIV

Sepultura de las hermanas

« Cuando mueran las hermanas se invitará al padre espiritual, o en su ausencia al confesor, con otros dos sacerdotes asistentes para la sepultura como está señalado en el Directorio.

deber de hacerlo, o de quienes su devoción singular merece hacer excepción, sin embargo con permiso y dispensa especial del obispo.

« Las hermanas no se ocuparán de lo requerido para las sepulturas y dejarán que lo haga a quien corresponda con los provechos y emolumentos ».

FORMULARIO PARA LA RENOVACIÓN DE LOS VOTOS

« Escuchen, cielos, lo que voy a decir y escucha tierra los propósitos de mis labios. A ti, Jesús, Salvador mío, mi corazón te habla a pesar de ser solo polvo y ceniza. Oh mi Dios, reafirmo y renuevo con todo mi corazón los votos que hice a tu divina Majestad, de vivir en perpetua castidad, obediencia y pobreza » y de ocuparme de la instrucción de las jóvenes y mujeres que luego de haber vivido licenciosamente entren en este monasterio para hacer penitencia, en cuanto la obediencia me emplee en ello, « según la Regla de san Agustín y las Constituciones de nuestra Señora de Caridad para cuya observancia me ofrezco y consagro mi persona, mi vida a tu divina Majestad, y a la sacratísima Virgen María, Madre tuya, Señora nuestra,

y a dicha congregación. Recíbeme, Padre eterno, entre los brazos de tu piadosa paternidad, a fin de que lleve constantemente el yugo y la carga de su santo servicio y me abandone para siempre a tu divino amor, al que de nuevo me dedico y consagro.

« Oh muy gloriosa, sagrada y dulce Viren María, te suplico por el amor y la muerte de tu Hijo que me recibas en el regazo de tu protección maternal. Escojo a Jesús, mi Señor y mi Dios, como único objeto de mi dilección. Escojo a su santa y sagrada Madre como mi protectora y a su congregación para mi perpetua dirección.

« Gloria sea al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Amén. »

VIVA JESÚS Y MARÍA

REGLAMENTO PARA LAS JÓVENES Y MUJERES PENITENTES

CAPÍTULO I ACOGIDA

Esta comunidad, integrada de jóvenes y mujeres viudas cuya vida es irreprochable, fue fundada para acoger a jóvenes y mujeres que habiendo caído en el pecado deshonesto quiere, recibirá en cuando la capacidad de la casa lo permita a todas las que se presenten con tal que en retirarse de él para convertirse a Dios, recibirá, en cuanto la capacidad de la casa lo permita, a las que den las siguientes cualidades:

1. Que parezcan atraídas por Dios y quieran convertirse.
2. Que ingresen voluntariamente a dicha casa. No será recibida la que venga forzada u obligada.
3. Que no estén en embarazo o afectadas de enfermedad que pueda perjudicar a las demás.

Cuando estén dentro del monasterio estarán separadas algún tiempo de las demás penitentes para conocer su carácter, los motivos que tienen para entrar y que no haya nada que les impida estar con las demás.

No se permita a nadie de fuera de quien haya sospecha, sea hombre o mujer, hablar con ellas, incluso a sus mismos familiares, Tendrán su comedor, dormitorio, capilla, jardín, patio y todo lo demás enteramente separado de las

religiosas por una pared en la que haya un torno por el que se les pasará lo que sea necesario para beber, comer y otras necesidades. Aunque estén en el mismo monasterio no tendrán comunicación alguna con las religiosas sino solo con las que las dirigen como se dirá luego.

Habrà una puerta en la pared por la que dos religiosas, por orden de la superiora, entrarán al lugar donde están las penitentes, para quedarse con ellas durante el día, en una sala donde estén todas reunidas, a fin de vigilar sus comportamientos, hacerlas orar a Dios y hacerles algunas lecturas espirituales a determinadas horas y hacerlas trabajar el resto del tiempo. Al llegar la noche, luego del examen y de las oraciones, las penitentes se retirarán a sus habitaciones y las dos religiosas cerrarán la puerta de la pared y entregarán la llave a la superiora. Luego se reirán a su celda que debe estar al lado de las penitentes y en la que habrá una puerta cuya llave tendrán las religiosas a fin de poder entrar en el dormitorio de las penitentes en caso de accidente.

Debe haber además en la misma pieza una ventana pequeña con reja, que cierra del lado de las religiosas y una lámpara encendida ante una imagen de la santa Virgen; esta imagen estará en el dormitorio de las penitentes al lado opuesto de la reja.

Si la superiora lo tiene a bien, la maestra podrá tener la llave a lo largo del día, para entrar y salir, ella y su compañera, cuando sea necesario. Entre las religiosas se escogerá las de mayor edad y de costumbres para enviarlas

durante el día donde las penitentes; no está permitido a otras entrar allí sino con orden de la superiora. No se enviará siempre las mismas sino que se irán turnando, una de las dos o las dos, para mayor seguridad. Si hay sospechas de una penitente se la encerrará con llave en una celda durante la noche.

Manifestarán respeto y obediencia a sus maestras, es decir, a las religiosas que las dirigen. Las mirarán y respetarán como a personas que ocupan el lugar del Salvador y que cooperan con él en la salvación de sus almas.

Al momento de entrar en la casa se hará un listado de todas las maletas y muebles que traigan y se hará que lo firmen. Una vez que hayan entrado dejarán todos los adornos de vanidad y se hará que todas estén vestidas sencilla y modestamente. No entrarán a las celdas de las demás sin permiso.

Se podrá tener en la casa alguna viuda honesta o alguna persona mayor, ejemplares, que estén resueltas a quedarse siempre para ayudar a dirigir las. Estas podrán tener su lecho en el dormitorio de las pendientes para vigilarlas en ausencia de las maestras y tendrán además libertad de salir del monasterio para ir a buscar trabajo y traer lo que han hecho.

CAPÍTULO II

Salida

No se las tendrá siempre en el monasterio sino que una vez que han sido suficientemente instruidas y sólidamente establecidas en el temor de Dios se entregarán a sus padres o serán colocadas en alguna buena condición, o se hará que se casen si Dios suscita la ocasión. Si algunas no quieren salir de la casa y desean acabar su vida en ella se las guardará con tal que tengan las condiciones requeridas de humildad, docilidad, obediencia y observancia de lo que se les ordene, con amor y apego a su vocación más que a ninguna otra, como medio que Dios les da de alanzar su salvación.

Si alguna desea ser religiosa será enviada a los monasterios de penitentes que hay en otras ciudades, pues nunca serán religiosas en esta casa por buena calidad y talento que tengan.

Si alguna quiere retirarse antes de estar suficientemente instruida y sólidamente restablecida en el temor de Dios, o que se vuelva terca y maligna, primero se hará lo posible por tenerla usando de bondad y reproches, y si es necesario se empleará el rigor y algún castigo como la prisión u otras penitencias. Si a pesar de todo persiste en querer salir se le abrirá la puerta y se entregará a sus familiares o a quienes la trajeron.

CAPÍTULO III

Horario

- Se levantarán durante el verano a las cinco de la mañana, y en invierno a las cinco y media.
- Una vez vestidas se reunirán al sonido de la campana en su oratorio para las oraciones de la mañana que les serán prescritas.
- Harán juntas una media hora de oración, las que sean capaces de hacerlo.
- Una hora después de su levantada, por tarde, se filarán para su trabajo, el que no dejarán sino para ir a la santa misa y al comedor y a los que la obediencia les permita.
- Escucharán cada día la santa misa en cuanto las circunstancias lo permitan.
- Durante la hora de Tercia dirán juntas la corona de Nuestro Señor mientras trabajan.
- Durante el trabajo después de la misa pueden cantar cánticos espirituales.
- Un cuarto de horas antes del almuerzo dirán las letanías de Nuestro Señor y al final harán el examen de conciencia.
- Tomarán su comida después de la comunidad, durante la cual algunas de las religiosas, si la superiora lo juzga oportuno, les harán la lectura y les servirán a la mesa.
- Una vez dicho el *Benedice* se sentarán a la mesa, cada una según su puesto, y se ubicarán con modestia y sin ruido ; esperarán la señal para desdoblar la servilleta.

Las maestras tomarán su alimento con ellas, a menos que la superiora disponga otra cosa, para estar atentas a su comportamiento, pero tendrán su mesa aparte a la que no

se invitará a ninguna penitente, cualquiera que sea su condición. Si alguna termina de comer antes que las demás permanecerá en su puesto, escuchando la lectura, y en espera de que las otras terminen, y no se levantarán sino cuando todas hayan acabado y cuando se dé la señal.

Terminada la acción de gracias irán todas a decir un *Ave María* ante la imagen de Nuestra Señora y ofrecerán a Nuestro Señor el resto de la jornada. El recreo durará una hora aproximadamente, durante el cual se les permitirá hablar de lo que deseen con tal de que en su conversación se abstengan de cosas malas.

No se les permitirá hablar de modas, vanidades o curiosidades del mundo ni de nada que no sea honesto, modesto y lleno de temor de Dios. No les estará permitido hablar en secreto entre sí, y cuando hablen que sea en voz alta a fin de que pueda ser escuchada. Durante el recreo continuarán siempre su labor hasta las dos de la tarde.

- A las dos se les hará una lectura piadosa y en ocasiones, si es necesario, se les dará catecismo.
- Entre las tres y la cinco dirán vísperas y completas, y si es bueno, harán un cuarto de hora de lectura sobre la que dirán su opinión, o bien cantarán las letanías de la santa Virgen o algunos cantos espirituales.
- A las cinco dirán juntas en voz alta, mientras trabajan, el rosario de Nuestra Señora y luego guardarán silencio, durante el cual podrán hacer oración las que sean capaces, luego dirán a su maestras las prácticas que hicieron.

- A las seis y media cenarán y durante la cena se hará lectura como al medio día. Luego tendrán una hora de recreo.
- El resto del tiempo hasta las oraciones finales las maestras las ocuparán en lo que juzguen mejor y siempre mientras laboran.
- A las 9 se hará la oración de la noche conforme al libro *Ejercicio de piedad*. Luego se retirarán para acostarse a las 10.

CAPÍTULO IV

Observancia del silencio

A fin de satisfacer, en parte al menos, a la divina justicia por los pecados de palabras que se cometen y aprender a mortificar la lengua que, según el apóstol Santiago es fuente de toda iniquidad, se abstendrán de hablar y guardarán silencio,,

1. A partir del primer golpe de *Maitines* hasta *Prima* del siguiente.
2. Desde la una hasta la dos de la tarde.
3. Desde *Completas* hasta el recreo que sigue al almuerzo.

Fuera de esto no les está permitido hablar en el lugar donde escuchan la santa misa, ni en el dormitorio ni en el comedor.

No se les permitirá hablar a la gente de afuera, sin asistente, a menos que se trate de sus padres o madres, y que sean ellos quienes las trajeron a la casa.

CAPÍTULO V

La penitencia que deben practicar

Se preguntarán a sí mismas, a imitación de san Bernardo, *¿por qué viniste aquí?* Tendrán presente que vinieron para aprender a conocer, amar y servir a Dios y comenzar una nueva vida.

Sabrán que no existe otro medio de evitar la condenación eterna y de hacerse dignas de ver un día el rostro de Dios que el de una verdadera penitencia. Para ello, una vez entradas a la casa, se prepararán para una confesión general mediante un buen examen y mediante varias oraciones que harán a Nuestro Señor, a su santa Madre y a todos los santos para alcanzar de Dios verdadera contrición de sus pecados y la gracia de confiarlos clara, humilde y enteramente y corregirse de ellos para siempre.

Además se esforzarán en cuanto les sea posible, por hacerse agradables a Dios y confundir al diablo durante el resto de sus vida mediante oraciones, ayunos y toda suerte de santa acciones, en especial por el ejercicio de la humildad, la obediencia y la mortificación de sus sentidos e inclinaciones.

Ayunarán y aplicarán la disciplina todos los viernes menos en la semana de Pascua para mantener y acrecentar en ellas las santas virtudes y el temor de ofender a Dios. Ayunarán también todas las viglias de las fiestas de la santa Virgen. Las que estén llevadas a austeridades exteriores y corporales declararán sus deseos a su maestra la cual les

permitirá hacerlas según lo juzgue a propósito para ejercitarlas a la práctica de la penitencia.

Las que estén atraídas a verdadera y perfecta humildad, y otras virtudes interiores, la superiora podrá hacerles la caridad de dirigirles una corta exhortación, en forma de capítulo, donde dirán sus faltas en voz alta, tres o cuatro, una tras otra. Hecho esto la corregirá y las exhortará, según se los inspire el Espíritu Santo, a que lo hagan todos los viernes del año, a menos que caiga una fiesta notable en la semana, que anticipe o aplaze ese ejercicio según considere.

No harán nada sin la autorización de su maestra y no beberán ni comerán fuera de la comida ordinaria, ni se darán ni prestarán algo sin el mismo permiso.

Se les leerá la *Vida de lo santos*, o *La guía de pecadores de Granada*, o el *Memorial de la vida cristiana*, o algún otro libro que trate de los novísimos del hombre, de la Pasión de Nuestro Señor y otros parecidos, según lo considere la superiora.

CAPÍTULO VI

Confesión y comunión

Se tendrá cuidado especial de instruir las sobre los santos sacramento de Penitencia y Eucaristía, y de enseñarles las disposiciones con las que deben ser recibidos y el fruto que se debe sacar de ellos.

Se confesarán al menos cada ocho días y comulgarán cada mes, más o menos, según el juicio del confesor y de la superiora quienes no serán fáciles de permitir la santa comunión sino a las que la usen bien.

CAPÍTULO VII

Otras reglas que deben observar todas las hermanas penitentes

Tendrán siempre ante los ojos el tiempo perdido, el menosprecio que han hecho de las gracias que Dios les hizo al sacarlas de la desdicha. Se esforzarán por reparar el tiempo perdido y doblar el paso para satisfacer el pasado y soportar valerosamente las dificultades que se encuentren en el camino de la Penitencia que abrazaron.

Se les encomienda únicamente el cuidado de la castidad. Para combatir de manera muy consciente las inclinaciones y hábitos que han podido contraer tendrán siempre gran cuidado en sus conversaciones. No se tocarán unas a otras ni por juego ni por amistad. Mucho más aún se abstendrán de besarse y de toda acción indecente, de palabras deshonestas y canciones mundanas, y de cuanto hiera la honestidad.

Para diversas necesidades que pueden darse en la casa habrá siempre una pieza separada, retirada de los lugares de Regla, y sana en cuanto se pueda, pero fuerte, bien cerrada con llave y tranca si es necesario, donde se pueda

encerrar por un tiempo las que den motivo por su mal comportamiento. Si alguna se resiste a entrar se le hará entrar por fuerza y mientras esté allí, será tratada como ordene la superiora.

La obediencia es pedida a todas, como lo más importante de la casa. Entiendan que las faltas contra ella serán castigadas como se merece, pues es la virtud por la que principalmente el buen orden de la casa debe ser mantenido y conservarse.

Cuidarán grandemente la modestia y se guardarán de cuanto le sea contrario especialmente griterías, burlas, bromas, risotadas excesivas y todo movimiento o gesto indecente. De ordinario tendrán la mirada baja, caminarán despacio, hablarán en voz baja y moderadamente, sin interrumpirse unas a otras, y sin ser altaneras o ligeras en su discurso. Si sus manos no están ocupadas las tendrán dentro de las mangas. Se mantendrán limpias cuidadosamente en todo pero sin afectación.

Se amarán como hermanas pues de veras lo son y solo así y se llamarán. Se dedicarán con afecto a servir a las demás y a consolarlas en sus enfermedades, a apoyarlas y prevenir por honor y a evitar conscientemente en su trato todo cuanto pueda herir y alterar la caridad. Deben saber que no se les tolerará ninguna burla o mofa, reproches o querellas, ataques injuriosos y palabras hirientes y mordaces, muestras de desprecio o desdén, camorras, ofensas, altercados y discusiones, ni nada que quebrante la unión. Sepan que serán castigadas como merezcan sus faltas.

Sobre todo si se presenta alguna que con mala intención reprochara a otra su pasado será castigada como autora de una de las mayores faltas y de las más nocivas que puedan cometerse en la casa.

No hablarán mal de nadie presente o ausente. Si alguna por indiscreción, por malicia o ligereza de espíritu, lance alguna palabra que huela así sea poco a detracción las demás cuidarán de separarla y poner a otro propósito por delante.

Cuando sean regañadas o amonestadas por la superiora o la maestra por alguna falta cometida, sea al hablar o de otra forma, se pondrán de inmediato de rodillas y escucharán humildemente, sin interrumpir o excusarse; si alguna responde atrevida e irrespetuosamente, serán castigada de inmediato o en otro momento de modo que esté sobre aviso. No les está permitido hablar con alguna religiosa de la casa, excepto con las que conviven con ellas, si no es con expresa autorización de la superiora.

No irán a las rejas sino para hablar al superior o a aquellos con quienes dialoguen de sus conciencias. Solo la superiora podrá permitirlo en ocasión urgente. En todo caso no se permitirá que sean vistas por los extraños que solo les hablarán con la reja cerrada y en presencia de la superiora o al menos de la maestra o de otra religiosa.

Cuando estén en su trabajo o en alguna reunión de la comunidad no se permitirá a ninguna ausentarse o retirarse sin autorización expresa de la maestra o de la que preside; cuando salgan todas juntas marcharán de a dos

modestamente y se dirigirán en este orden al lugar a donde deben ir.

Si alguna se encuentra mal o tuviera necesidad de reposar en la mañana extraordinariamente con permiso, o de ir a la cama antes que las otras, la directora cerrará con llave el dormitorio. Si fueran dos o varias, la acompañante, o alguien destinada para ello, quedarán en dormitorio hasta que se levanten o que las demás se retiren.

Si se encuentran mal extraordinariamente avisarán a la maestra para sean auxiliadas y aliviadas con caridad. Si son enviadas a la enfermería obedecerán no solo a la maestra y a la superiora sino también a la enfermera y al médico en lo que respecta a la salud. Recordarán recibir la enfermedad de la mano de Dios y aceptarla en satisfacción de sus pecados pasados. Se esforzarán por no manifestar ningún signo de impaciencia o desagrado, sea por su enfermedad, sea por el servicio que se les brinda. En cambio den buena edificación tanto a los médicos como a los confesores y a quienes las visiten y las traten.

Si el mal empeora y se vea que corren peligro serán socorridas en lo espiritual ni más ni menos que las religiosas. Si llegan a morir será sepultadas en el monasterio y se harán todas las oraciones acostumbradas para la sepultura. Se rezará el Oficio y se dirá una Misa con comunión general de toda la comunidad y las hermanas penitentes dirán un rosario por su descanso.

El día primero de cada mes, si no está ocupado por una solemnidad, o el día siguiente, se leerán las Reglas en el

comedor y su lectura continuará sin intermisión de otra lectura, hasta que se terminen.

ORACIONES DE CADA DIA

Al servicio de las penitentes²⁹

Al finalizar el rezo de Prima, la maestra entona el Ave María Filia Dei Patris, el Memorare, el Ave María, el Veni Sancte, el Sub tuum, tres veces el Monstra te, el Salve Regina. La joven que esté de semana dice en seguida la profesión de humildad. Si antes se dice la Misa, dirán estas oraciones después de la Misa.

Al salir de la Misa, antes de comenzar las ocupaciones, dicen de rodillas el Ave María. La maestra lo entonará.

En la hora de Tercia comienza el Veni sancte y la corona de Nuestro Señor. Cantan luego los mandamientos de Dios o bien se va a Misa si no la ha habido y se canta a las diez.

A las nueve de la mañana y de la noche la semana hace el acto de adoración al divino Corazón de Jesús.

Un poco antes del almuerzo la maestra comienza las letanías del Santo Nombre de Jesús y dice el Confiteor hasta el mea culpa, y luego del examen, hace el acto de contrición y termina el Confiteor.

²⁹ Evidentemente son inspiradas por el Fundador. Era normal decirlas en latín por todas.

Antes de empezar el recreo hacen el acto de ofrenda y dicen el Ave María. Al fin del recreo la maestra empieza el Veni sancte y luego de una media hora de silencio, las jóvenes cantan el Veni Creator, el Miserere, o bien algún himno o cántico hasta la lectura

Una vez que la maestra ha dicho sus vísperas comienza el oficio de la Concepción.

A las cuatro entona las letanías de la santa Virgen y el Ave maris stella.

En Completas comienza el el rosario y al finalizarlo dicen el Salve Regina y el De Profundis. Luego la maestra lee el punto de la oración.

En cuaresma cantan el Stabat Mater al fin de la oración, y en seguida en voz alta la maestra reza las letanias de la Pasión.

En el silencio de la noche comienza el Veni Sancte y uego se dice la corona de la santa Virgen, el versículo María, Mater gratiae y el Jesu tibi. Luego la maestra empieza la oración O Passio magna, Anima Christi y el de Profundis. Los sábados cantan el Inviolata y tres veces Monstra te, con el versículo y la oración.

A las nueve comienza el Ave María, Ave Cor sanctissimum, seguido las letanias de los santos ángeles y viene en seguida el punto de oración y comienza el Salve Regina durante el cual las jóvenes se ponen de rodillas para hacer las oraciones y la preparación a la muerte.

Los domingos y las fiestas luego de las oraciones de la mañana la maestra empieza el Ave María Filia Dei Patris, y demás oraciones que se dicen antes de Prima.

Luego de la acción de gracias la semanera entona el Tibi laus, para decir la corona de la santa Trinidad ; en seguida se dice la de la santa Virgen y oras oraciones que se hacen los demás días durante el silencio de la noche y se termina con las letanías del Santo Nombre de Jesús y el examen.

A la una la maestra dice el Veni sancte y comienza el rosario y luego lee el punto de oración. Luego de vísperas entona el Ave María, el Ave Cor y las letanías de los ángeles. La semanera lee el ejercicio de la muerte y en seguida la maestra comienza el Salve Regina. Terminada la oración de la noche todas cantan las letanías de la santa Virgen y el Ave maris stella.

ACTO DE ADORACIÓN AL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS

Oh sagrado Corazón de Jesús, te adoro con todas las facultades de mi alma. Te las consagro para siempre con todos mis pensamientos, palabras y obras. ¡Ojalá pudiera tributarte, oh divino Corazón, tantas adoraciones, amor y gloria como tributas a tu Padre eterno. Sé tú mismo el que suple mis defectos, el protector de mi vida, mi asilo a la hora de mi muerte. Te pido la misma gracias para todos los pobres pecadores, los corazones afligidos, lo agonizantes y por todos los hombres que hay en la tierra, a fin de que el precio de tu preciosa sangre no se pierda para ellos. Haz que se aplique también al descanso de las almas del

Purgatorio. Es o que quiero pedir, oh Corazón adorable, con todas las palpitaciones de mi corazón y de mis vnas hasta el último suspiro de mi vida. Amén.

DIRECTORIO ESPIRITUAL PARA LAS HERMANAS DE NUESTRA SEÑORA DE CARIDAD³⁰

Artículo I

Al levantarse y la rectitud de intención

En primer lugar, las hermanas deben, al despertar, arrojar todas sus almas en Dios con algunos pensamientos como los siguientes:

El sueño es imagen de la muerte. El despertar es imagen de la resurrección. Es como escuchar la voz que proclamará en el último día: ¡Muertos, levántense y vengan al juicio! O con Job: Creo que mi redentor vive y que en el último día resucitaré. Oh Dios mío, que sea para la gloria eterna. Es la esperanza que abriga mi seno. « En aquel día me llamarán, Dios mío, y yo los responderé. Pondrás tu diestra en la obra de tus manos. Contaste todos mis pasos. Las hermanas harán así santas aspiraciones u otras que el Espíritu Santo les sugiera. Sigán con libertad su atractivo interior.

Al comenzar a vestirse, hecha la señal de la cruz, dirán: Cúbreme, Señor, con el manto de la inocencia y con vestido de la caridad. Jamás permitas que me presente desnuda de buenas obras en tu presencia.

³⁰ Es íntegro de san Francisco de Sales. San Juan Eudes hizo algunas precisiones sobre todo de fiestas.

Luego se preparan para el ejercicio de la mañana pensando brevemente en las imperfecciones a que están más sujetas y en las resoluciones que deben tomar contra ellas.

Cuando se toque el Ave María se pondrán de rodillas en el lecho, o por tierra si ya están vestidas. Luego hacen el ejercicio de la mañana adorando a Nuestro Señor desde lo más profundo de sus almas. Le agradecen por todos los beneficios y le ofrecen sus corazones con sus afectos y resoluciones y todo su ser, en unión de la ofrenda amorosa que el Señor hizo de sí mismo a su Padre eterno en el árbol de la cruz. Le pedirán su ayuda y bendición. Saludan también a Nuestra Señora y le piden su bendición así como de su ángel y de los santos protectores y dirán el Pater noster, etc., si les parece bien.

Todo esto se hace viva, corta y brevemente, y de rodillas. En el resto del tiempo ocuparán su mente con el punrto de la meditación.

En verano tenderán sus camas y si es posible se lavan las manos y la boca antes de la oración. Para ello es necesario que sean ágiles para levantarse y vestirse.

Para la oración seguirán las enseñanzas de la *Introducción a la vida devota*, del *Tratado del amor de Dios*, de los *Diálogos espirituales*, y otros buenos libros conformes a estos. Particularmente sigan el atractivo y la guía del Espíritu Santo y de la dirección que les será acordada. No se diviertan nunca en sutilezas y vanas supereminencias que son solo engaños y decepciones. La práctica seria de este

ejercicio es una de las más importantes que hay en la Religión y la Vida espiritual.

Artículo II
Fijar la intención de los ejercicios

Las hermanas que quieren avanzar y hacer progresos en el seguimiento de Nuestro Señor, deben al comienzo de todas sus actividades, tanto interiores como exteriores, pedir su gracia y ofrecer a su divina voluntad todo lo que hagan de bueno preparándose para recibir penas y mortificaciones que encuentren en paz y dulzura de espíritu, como que vienen de la mano paternal de nuestro buen Dios y Salvador, cuya muy santa intención es hacerles merecer con tales medios para luego recompensarlas con la abundancia de su amor. No descuiden las cosas pequeñas que les parezcan de menor importancia ; más aún empléenlas para cosas que les sean del todo agradables y conformes a su voluntad y necesidad como beber, comer, reposar, recrearse y cosas semejantes, y siguiendo el consejo del apóstol que cuanto hagan sea hecho en el nombre de Dios y para su beneplácito.

Artículo III
El Oficio divino

Las hermanas recitarán de ordinario el Oficio parvo de Nuestra Señora pues esta Orden fue fundada especialmente para trabajar en la instrucción de jóvenes y mujeres

penitentes y en honor de la bienaventurada Virgen Nuestra Señora.

Los domingos y fiestas de guarda añadirán las conmemoraciones como se marca en el ordo del Oficio.

Se recomienda instantemente a las hermanas la sencillez y prontitud en la obediencia, y por tanto cuando se toque para el Oficio deben correr a la voz del Esposo que las llama, es decir, partir alegremente al primer golpe de la campana a ponerse en la presencia de Dios, y a imitación de san Bernardo pedir para las almas lo que van a hacer al coro. Podrán ejercitarse en esta conducta en los demás ejercicios para que lleven a cada uno de ellos el espíritu necesario, pues hay que tener la misma actitud en el coro y en la recreación.

Es necesario en los ejercicios que miran inmediatamente al honor y al servicio de Dios aportar un espíritu humilde y rebajado, grave, devoto y seriamente amoroso.

Antes de comenzar el Oficio las hermanas encenderán sus almas con afectos semejantes y después del acto de adopción, ofrecerán a Nuestro Señor esta acción para su gloria y para el honor de la santa Virgen Nuestra Señora y Maestra y para salvación de todas las criaturas.

Al decir Deus in adjutorium... deben pensar que Nuestro Señor les responde: « Estén también atentas a mi amor ».

Para mantener el respeto y la atención convenientes deben considerar de tiempo en tiempo que es para ellas un honor y una gracia hacer acá en la tierra lo que hacen en el

cielo los ángeles y los santos. Aunque con lenguajes diferentes proclaman las alabanzas del mismo Señor, cuya grandeza y majestad hacen estremecerse a los más altos serafines.

Las que entienden un poco lo que dice el Oficio empleen fielmente ese talento según el beneplácito divino. Es regalo de Dios para ayudarles a mantenerse recogidas mediante buenos afectos que pueden sacar de los textos. Las que nada entienden estén sencillamente atentas a Dios haciendo jaculatorias amorosas mientras el coro dice el versículos y ellas hacen las pausas.

Pero la principal atención y mayor cuidado que deben tener las hermanas que todavía no están habituadas al Oficio es pronunciar bien, hacer los acentos, pausas, intermedios, y prever lo que van a decir según la indicación que se les ha dado. Estén listas para comenzar y hacer las ceremonias con seriedad y devoción, sin exceder en el temor de fallar ni en la presunción de hacerlo bien.

En resumen, las hermanas tendrán afecto y atención especial para que el Oficio sagrado se celebre con la reverencia y devoción debidas a la divina Majestad y con la observancia del ceremonial.

Artículo IV

Manera de escuchar la santa Misa

Mientras el sacerdote se prepara hay que ponerse en la presencia de Dios. Cuando diga el Confiteor hay que

prosternarse ante Dios, reconocer los pecados, detestarlos y pedirle perdón. En seguida se dice el Misereatur y el Confiteor con el ayudante. Luego se puede decir el rosario o alguna oración que se prefiera, hasta el evangelio durante el cual hay que ponerse rápidamente en pie para testimoniar que estamos prontos para caminar en la vía de los mandamientos del evangelio y decir: Jesucristo fue obediente hasta la muerte y muerte en cruz. Al hacer la señal de la cruz en la frente, en los labios y en corazón decir: Dios esté en mi espíritu, en mis labios y en mi corazón a fin de que reciba su santo evangelio. Si se dice el Credo se dice el común afirmando mentalmente querer vivir y morir en la fe de la santa Iglesia.

Después del Sanctus, con gran humildad y reverencia, hay que pensar en el beneficio de la pasión y muerte del Salvador y suplicarle que lo aplique a la salvación del mundo y particularmente de la nuestra, y la de todos los hijos de su Iglesia, a la conversión de las jóvenes y mujeres extraviadas, a la gloria y felicidad de todos los santos y al alivio de las almas del Purgatorio.

En la elevación del Santísimo Sacramento, con gran contrición del corazón hay que adorarlo, luego con el sacerdote ofrecerlo a Dios Padre para la remisión de nuestros pecados y los de todo el mundo, y ofrecernos a nosotros mismos a él con toda la Iglesia. Pasada la elevación hay que agradecer a Jesucristo por su pasión y por la institución del Santísimo Sacramento del altar.

Cuando el sacerdote dice el Pater hay que decirlo con él vocal o mentalmente, con gran humildad y devoción, como si lo estuviéramos escuchando de labios del Señor y repetirlo palabra por palabra con el celebrante. Luego, si no se quiere hacer la comunión real hay que hacerla espiritual, allegándose a Nuestro Señor con el santo deseo de estar unidos a él y recibirla en su corazón.

En la bendición pensemos que Jesucristo mismo nos da su bendición.

Artículo V

El examen de conciencia

Las hermanas deben hacer el examen dos veces al día, en la noche después de maitines y en la mañana después de nona. Sigamos este esquema.

Después del Pater, del Ave y del Cedo, que se dicen al finalizar los Oficios, las hermanas darán gracias a Nuestro Señor por todos sus beneficios, en especial por el de su pasión, sus divinos sacramentos, el bien de la vocación y de haberlas conservado en este día, socorriéndolas durante él en todas sus necesidades. Es necesario que confiesen y reconozcan ante Dios que este día no pasó sin que en algo hayan ofendido a Dios. Y porque somos ciegos en nuestros propios asuntos hay que pedir la gracia de la luz del Espíritu Santo para reconocer las faltas.

Luego dicen el Confiteor hasta el mea culpa, y se entregan a buscar en sus acciones, palabras, pensamientos a partir

del último examen. Habiendo identificado el número y la especie de sus pecados los añadirán a los del último examen y por todas ello piden humildemente perdón a nuestro Señor, y terminan el Confiteor. Formularán el propósito de corregirse, mediante la gracia de Dios, que pedirán con este fin con todo el afecto y la devoción que les sea posible. En seguida encomendarán a la divina misericordia sus almas, sus cuerpos y su ser. Oran por la Iglesia, por sus familiares y por los que tengan especial deber sin olvidar a las pobres almas penitentes y las almas del Purgatorio y saludan a Nuestra Señora, al ángel de la guarda y a los santos patronos.

Si al examinarse no encuentran nada que notar se humillarán profundamente ante Dios y le darán gracias, reconociendo sin embargo que de seguro han cometido faltas de que no guardan memoria ni conocimiento.

Para facilitar su examen les será útil, cuando caen en alguna falta durante el día, examinarse de inmediato y pensar en qué circunstancia la hicieron para humillarse ante Dios y grabarla en su mente para considerarla en su examen del final del día.

En el examen de la mañana no hay que tener tantas formalidades. Solo, luego del Pater, el Ave y el Credo hay que decir el Confiteor y considerar un poco cómo se han comportado en la mañana en los oficios y la oración. Si se descubre alguna falta añadirla a las precedentes y hacer el acto de contrición con el firme propósito de enmendarse.

Como ayuda de la memoria para conocer bien las faltas consideran cómo se han comportado en la oración, en las tareas, en los silencios, en las reuniones comunes y si han sido empleadas en algo extraordinario, y también, si han tenido autorización para hablar en particular, de qué estuvieron hablando pues allí hay peligro de fallar.

Además de ese examen general podrán practicar el particular que gira en torno a una virtud especial que sea más conveniente y que se oponga directamente a las imperfecciones a las que se está más inclinado.

No solo las hermanas harán estos exámenes. Pueden también, con ocasión de las Fiestas y cuando la superiora lo juzgue bien, podrán emprender conjuntamente acciones y desafíos para la práctica de algunas virtudes.

Artículo VI

El comedor

Que las hermanas no vayan al comedor solo para comer sino también para obedecer a Dios y a la Regla, escuchar la santa lectura, decir las culpas, recibir las advertencias y hacer las mortificaciones que de ordinario de practican en él.

Entren en él con gravedad y modestia, los vestidos no arremangados, los ojos bajos. Hagan la inclinación al crucifijo y se filen de coro en coro. Tres de ellas pueden ponerse de rodillas ante la mesa de la superiora para decir

cada una falla, breve y claramente, hablando a voz media, que pueda ser escuchada fácilmente.

La superiora, en su puesto, dice el Benedicite. Las hermanas, juntas las manos, se inclinan durante la bendición, antes de tomar asiento.

La lectora, en pie, las manos juntas, inclinada con la que va servir la mesa, dice el Jube, Domine, benedicere. La superiora responde, Mensae, etc. La lectura sube a la tarima, o de pie, las manos juntas, dice In nomine Domini Jesucristi. Las hermanas responden Amén.

Comienza la lectura. La superiora dará la señal diciendo *En el nombre de Dios*. Las hermanas despliegan sus servilletas. No dejarán puestos vacíos sino en los dos extremos para las que falten. Estas besarán el piso en medio del comedor antes de sentarse, si por negligencia llegan tarde.

Si alguna es muy delicada o demasiado ávida de comer que al entrar tome la resolución, invocada la gracia de Nuestro Señor, de sobreponerse vigorosamente. La delicada que recuerde la hiel que dieron a Nuestro Señor en medio de amargos dolores. La que es ávida piense en las abstinencias y ayunos rigurosos de los Padres del desierto y de tantos otros santos que vencieron poderosamente su sensualidad.

Que no se levanten de la mesa sin haber hecho alguna mortificación en algo. Que usen sin escrúpulo ni ceremonia los alimentos que se les dan para alivio de sus enfermedades tomando indiferentemente de la mano de Nuestro Señor todas las comidas, las que gustan y las que

nos les agradan, incluso aún en la enfermería. Reciban con acción de gracias lo que se les da reconociendo que nos son merecedoras de trato tan delicado y caritativo.

Cuando se hacen las mortificaciones usadas (lo que se hace cuatro o cinco veces), las hermanas a quienes se les besan los pies, avanzan uno un poco y se mantendrán en pie e inclinadas cuando es la superiora. Al final, las que besaron, regresan al medio de comedor y besan la tierra y vuelven a sus puestos. Las que comen en el suelo al acabar se mantendrán de rodillas o sentadas en su fila en el mismo sitio hasta la señal. Los días de fiestas y capítulos, en ausencia de la superiora, la asistente o la comisionada, no habrá culpa ni advertencias.

La que sirve remangará su vestido, y sus anchas mangas, hasta el codo, se ceñirá un delantal, y tomará de la ventana del servicio la bandeja con las porciones. Hará inclinación en medio del comedor y luego a la superiora, y cuantas veces pase delante de ella. Le presentará su porción y dará la porción a la asistente y continuará con el lado de la superiora y luego con el de la asistente. Cada una tomará su porción sin escoger. No se pasarán nada unas a otras, menos a la superiora cuando lo juzgue conveniente.

La que sirve ese atenta de que nada falte a las hermanas. Al fin del primer plato pondrá las sopas de la segunda. Las hermanas deben mantenerse tranquilas y limpias en el comedor.

Durante la comida se leerá una vez al año el Costumbrero y el Directorio, excepto el de la directora y las

mortificaciones que se harán un poco antes de la visita; una segunda vez en el mismo año el Prefacio de las Reglas y una vez al año los diálogos y sermones según las fiestas que caigan.

Luego de la comida la superiora dará la señal de terminar. La lectora dirá Tu autem Domine miserere nobis y todas responderán Deo gratias. Vendrá con la que ha servido, la cual remangará el vestido y las mangas y besarán la tierra en medio del comedor, harán la venia a la superiora e irán a sentarse a la mesa.

La superiora comienza nuevamente las gracias del breviario, según los tiempos, desde su puesto, y las hermanas en filas responderán como en el Benedicite. Luego se harán las advertencias. Las hermanas domésticas y las dispenseras dicen sus culpas, de rodillas, ante la superiora y una vez dichas se retiran.

La semana entona el De Profundis, que las hermanas responden alternativamente, y acercándose de a dos, una de cada grupo, harán la venia a la superiora y se van, terminado el De Profundis, en silencio, al lugar del recreo.

La lectora de la segunda mesa comenzará y terminará la lectura como la primera pero sin repetirse. A la colación solo se dirá el Ave María, santiguándose, como Benedícite y acción de gracias. Se repartirán tres onzas de pan con un poco de fruta cocinada o cruda y se hará lectura todo el tiempo.

Los domingos todas, de rodillas, reciben la bendición de la superiora después de la de la lectora.

Artículo VII

El recreo

Las hermanas, camino del recreo, pedirán a Nuestro Señor la gracia de no decir ni hacer nada que no sea para su gloria. Al entrar a la sala la primera palabra será *Dios sea bendito*, que será el primer saludo incluso en el locutorio. Se acomodan prontamente y toman sus labores, que mantendrán siempre en el lugar de la reunión, o muy cerca de modo que lo puedan tomar cómodamente.

No manifiesten en el recreo actitudes tristes o disgustadas sino un rostro gracioso y afable y se mantengan así como prevén las Constituciones. Y como las hermanas deben, con sencillez y franqueza, recrearse por obediencia, deben también por devoción acostumbrarse a hablar con frecuencia de cosas buenas.

Si alguna está inclinada a hablar de sí misma, a estallar en risas, a hablar con voz fuerte, y otras inmodestias, eche al entrar una mirada sobre esta imperfección y se resuelva a estar atenta a no caer en ello, invocando la gracia del Espíritu Santo y el socorro del ángel de la guarda.

No consideren como de poca virtud pasar el recreo como debe ser y por tanto no vayan simplemente por cumplir y por costumbre y no con preparación y devoción. Una hermana, por turno, traerá a la memoria la presencia de Dios y por intervalos durante el recreo y al final dirá algo bueno y santo para ser recordado.

La última media hora del recreo de la noche se empleará para la lectura de la epístola y del evangelio del día siguiente si es fiesta, o de algún punto para la comunión, o de devoción, o para hablar y dialogar en torno a temas piadosos como la superiora lo estime.

Al final pensarán en lo que estén necesitando tanto para sus labores como para sus cargos a fin de pedirlo. Las encargadas dirán a las hermanas la hora cómoda de entregarles lo que necesitan. Lo observarán fielmente.

Las que tengan muchas cosas para traer de fuera las escribirán en una boleta que entregarán a la ecónoma.

La asistente avisará lo que habrá de hacerse cuando haya algo extraordinario.

Artículo VIII

El silencio

Cuando se suena la campana para recibir la obediencia las hermanas se levantan prontamente y se quedan en pie, humilde y devotamente, en espera de la obediencia mientras en silencio dicen: « Habla, Señor, que tu sierva escucha; Dios mío, haz que sea digna de hacer tu santa voluntad ». Recibirán así lo que les sea indicado por la superiora, sin réplicas ni excusas, aunque tengan otra cosa para hacer. Si es algo urgente y necesario lo dirán luego a la superiora y si son novicias se dirigirán a su maestra la cual lo pondrá en conocimiento de la superiora.

Una vez dada la obediencia las hermanas que no tengan nada para pedir se retiran a sus celdas o a otro lugar conveniente para hacer sus labores y lo que les haya sido ordenado. Al entrar se ponen en la presencia de Dios muy especialmente y le piden la gracia de emplear el silencio según el fin por el cual ha sido santamente instituido que no es solo el de impedir la vana palabrería sino también para desechar los pensamientos vagabundos e inútiles, hablando con el Esposo para tomar nuevas fuerzas para trabajar sin cesar en su divino servicio.

Pueden servirse de la oración de la mañana contemplando a Nuestro Señor en el misterio que meditaron. Se detienen en algunos puntos de que hayan disfrutado mejor. Por ejemplo, si meditaron en el misterio de la flagelación y la mirada tierna y amorosa que el benigno Salvador de tanto en tanto lanzó a quienes lo flagelaban conmovió sus corazones, deben representarla repetidas veces con esta jaculatoria: « Amoroso Jesús, mírame con tus ojos misericordiosos », o también « Oh Señor, quítame todo cuanto te desagrada ».

Pueden quedarse buenamente los pies de Nuestro Señor, como Magdalena, para escuchar lo que diga a sus corazones, contemplando su bondad y su amor, y repitiéndolo de tanto en tanto con estas u otras jaculatorias brotadas del corazón.

« Dios mío, eres mi Padre, recíbeme en los brazos de tu providencia ».

« Dios mío, compadécete de mi miseria ».

« Oh Dios, que no viva sino para ti ».
« Ea, Salvador mío, dame tu amor ».
« Tú eres, Dios mío, toda mi esperanza ».
« Jesús, sé Jesús para mí ».
« ¿Salvador de mi alma, cuando seré toda tuya ?
« Recíbeme, buen Jesús, en los brazos de tu
providencia ».
« Dios mío, haz de mí lo que plazca a tu voluntad ».
« Señor, que no viva si no vivo para ti ».
« Rey mío, ¿cuándo te veré en tu gloria ? »
« Señor, compadécete de mí, pobre pecadora ».
« Ea, Señor, ¿cuándo te amaré perfectamente ? »
« Señor, dame un corazón humilde y bueno »
« Mi salvación y mi amor ».
« Dios mío, tú eres mi todo ».
« Oh Jesús, eres las delicias de mi corazón ».
« Ea, Señor, que cumpla todas tus voluntades ».
« Por tu bondad, guárdame de desagradarte ».
« Mi soberano bien, solo te quiero a ti ».

A la santa Virgen

« Mi querida Maestra, de todo corazón te saludo y
venero ».
« Madre de misericordia, ruega por mí ».
« Reina del cielo, te encomiendo mi alma ».
« Amada Madre mía, alcánzame el amor de tu Hijo ».
« Mi querida esperanza ante Jesús ».
« Me arrojo a tus pies, dulce refugio de los pecadores ».

« Haz que sienta tu poder, ante la santa Trinidad, oh gloriosa Virgen ».

Al ángel de la guarda

« Ángel glorioso que me cuidas, ruega por mí ».

« Querido custodio mío, dame tu bendición ».

« Espíritu bienaventurado, defiéndeme del enemigo ».

« Amado protector mío, dame gran fidelidad a tus santas inspiraciones.

Harán lo mismo a los santos y santas a los que tienen especial devoción, como a san José, san Agustín, san Juan Bautista, los apóstoles Pedro y Pablo, san Juan Evangelista, patrono de las vírgenes, san Bernardo, san Francisco, santa Ana, santa Magdalena, las tres santas Catalinas, y demás santos cuyas vidas se han leído en el comedor.

Cuando suene el reloj suspiren por las horas inútilmente pasadas. Piensen que hay que dar cuenta de esta hora y de todos los momentos de sus vidas. Que se acercan a la eternidad. Que las horas son siglos para los desdichados condenados. Que corremos a la muerte. Que quizás nuestra última hora sonará pronto.

Que los hermanas hagan en seguida de tales pensamientos alguna devota aspiración a fin de que Dios les sea propicio en la última hora. Esto les llegará infaliblemente a las que son cuidadosas de realizar este ejercicio, que podrán practicar en todo tiempo y ocasión.

Por su medio crecerán y avanzarán todos los días de virtud en virtud, hasta la perfección del amor divino.

Las que sufren tentaciones o pasiones podrán estimularse y fortalecerse al considerar los trabajos de Nuestro Señor y lo contemplarán en ellos. Cuando encuentren dificultad en la práctica de las virtudes que ejercitó mientras estuvo en esta vida. Esto las instruirá y ayudará.

Artículo IX
El reposo de la noche

Estén las hermanas prontas para desvestirse y ocupen en cuanto les sea posible su espíritu al tema que se tendrá en la oración de la mañana. Que sean muy atentas en observar la honestidad y santo pudor, no descubriéndose de ninguna manera. Cuiden de no ser vistas al levantarse o al acostarse cuando no tengan celda propia.

No salgan de su habitación sin estar vestidas a no ser por alguna necesidad urgente sin tener el velo en la cabeza. Mientras estén en el lecho recuerden que Nuestro Señor y muchos santos durmieron en el suelo frío, y cómo están obligadas a amarlo y servirlo pues su amable bondad les ofrece paternalmente pequeñas comodidades.

Que se acuesten en la misma postura en la que quisieran estar si las viera Nuestro Señor con sus propios ojos. Él las mira en esta acción como en las otras. Acostadas se imaginarán que un día estarán así extendidas como en la tumba y pedirán a Dios que las asista en la hora de la muerte.

Que traten de dormirse siempre con un buen pensamiento pues hay un demonio que espía su sueño para infectarlo de alguna mala imaginación y otro que espía su despertar para llenarlo de vanas e inútiles imágenes.

Durante la noche llevan la imagen de su corazón, un pequeño velo en su cabeza y un peto.

Artículo X

La confesión y la orden de frecuentarla

Cuando las hermanas se vayan a confesar se prepararán así. Se postran con espíritu de humildad a los pies de Nuestro Señor crucificado, dicen lentamente el Confiteor hasta mea culpa y piden la gracia y la luz del Espíritu Santo para conocer bien sus faltas. Agrupan las que han descubierto en sus exámenes diarios a partir de la última confesión, piensan un poco si hay algo más, y terminan el confiteor diciendo mea culpa. Luego piden humildemente perdón a Nuestro Señor y la gracia de corregirse con clara resolución, sobre todo de lo más importante que hayan descubierto detestándolo y tratando de tener en el alma verdadero dolor de sus faltas por pequeñas que sean. Siempre será muy malo haber desagradado demasiado la soberana bondad de Nuestro Señor que a diario nos ofrece su misericordia.

Después de haber identificado sus faltas añaden algo de lo que han hecho en el mundo, que sea manifiestamente pecado, como un calumnia por odio o una mentira por

vanidad o hacer daño a alguien y hacen por todo ello el acto de contrición.

Luego van con humildad ante el confesor, le harán profunda inclinación, las manos juntas y los ojos bajos, honrando a Dios y al sagrado sacerdocio en la persona del sacerdote a quien consideran en confesión como un ángel de Dios enviado por él para reconciliarnos con su divina bondad.

Digan pura y sencillamente lo que les toca y cuiden de no acusar a nadie por sus faltas. Sean breves y claras en sus confesiones. Que no sean tan cortas que olviden decir lo necesario para declarar cómo pasaron las cosas de la manera más inteligible que puedan. No vayan a la confesión por simple costumbre ni por vanos escrúpulos sino con devoción y atención como a una acción de gran importancia y gravedad.

Estando de rodillas hacen la señal de la cruz y dicen Benedic, Pater, quia peccavi. Recibida la bendición dicen cuanto han descubierto en su examen y añaden al final de cada una de sus confesiones un pecado pasado, como se dijo antes, así: Me acuso de haber dicho, estando en el mundo, una mentira por vanidad, o bien, me acuso de haber injuriado en alguna ocasión a alguien por odio, o, me acuso de haber murmurado en alguna ocasión del actuar de los demás.

Terminada la confesión escuchen con humildad y tranquilidad lo que les diga el confesor. Si les aconseja algo contrario a las Reglas y costumbres de la casa le dicen que

las excuse por creer que eso no es conforme lo que está prescrito. Si les aplican alguna penitencia que se salga de carril de la comunidad le dicen: Padre, le suplico humildemente que me cambie la penitencia porque me sería imposible cumplirla.

Si el confesor las interroga sobre algo que no es de la confesión, como por ejemplo, de algunas tentaciones o dificultades, pueden, si lo quieren, responder solo por lo que les toca personalmente. Si desean no hablar con él le dicen: Excuse, Padre, por favor me parece que me voy a confundir interiormente si hablo de eso. No tengo al respecto ningún escrúpulo o remordimiento de conciencia.

A partir de ese momento no deben hablar de lo que se les dijo en confesión a menos que sea algo útil y piadoso y que sirva para instruir y edificar al prójimo sin dejar aparecer por donde o conocieron.

Si algún confesor las ha perturbado en la confesión luego de haber invocado a Nuestro Señor pedirán humildemente a la superiora que en adelante no sea su confesor.

Se confesarán dos veces por semana, la víspera antes de la confesión ordinaria del domingo y del jueves, o sea, el sábado y el miércoles. Si se anticipa o se retarda el día de comunión se anticipará o retardará igualmente el día de la confesión. Ninguna adelantará o postergará su confesión sino por legítima ocasión y con la licencia de la superiora, sin por ello abrir la puerta a esa práctica. No se confesarán durante el Oficio en cuanto posible menos las que son de coro.

Cuando suene la campana para la confesión irán al lugar asignado y que no haya que ir a buscarlas. La que termina la confesión irá de inmediato a buscar la que sigue, en turno de a dos a tres que esperan. Irán ordenadamente, primero las aspirantes, después las novicias y profesas domésticas, en seguida las novicias y profesas y termina la superiora.

Terminada la confesión irán a cumplir la penitencia lo más pronto posible con gran contrición y generosa resolución.

Artículo XI *La santa comunión*

La intención principal de las hermanas será la santa comunión hecha para la gloria de Nuestro Señor y la unión con él. Para prepararse mejor a ella, la noche anterior será bueno que en la oración y en su recogimiento dirijan su pensamiento a Nuestro Señor en este santo sacramento, avivando en su alma santa reverencia y gozo espiritual por recibir dichosas a tan bondadoso Salvador. Es el momento de renovar la resolución de servirlo fervorosamente, lo que harán no por voto sino santo y buen propósito.

Para el momento de comulgar puedan usar mentalmente algunas jaculatorias como la de san Francisco: ¿Quién soy yo y quién eres tú? O con santa Isabel : ¡De dónde a mí que mi Señor venga a mí! O con san Juan Evangelista : Sí, ven, Señor Jesús, o las de la esposa sagrada : Me bese mi Señor con beso de su boca, y otras semejantes.

Luego de comulgar contemplar a Nuestro Señor sentado en nuestro corazón como en su trono, y presentarle una a una nuestras facultades y nuestros sentidos para escuchar sus mandamientos y prometerle fidelidad.

Se podrá luego multiplicar los afectos como el temor de contristarle y perderlo. Con David podemos decir: No te apartes de mí, o con los peregrinos: Quédate con nosotros porque es tarde, O Acudir a la confianza y la fuerza de espíritu con Daniel: Nada temo porque Tú Señor estás conmigo. O con la esposa: Mi muy amado es mío y yo soy de él. Encontré al que mi corazón desea. Lo guardaré cuidadosamente. O con Abraham damos gracias: Señor, pues me has hecho esa gracia te daré eternas gracias y multiplicaré tus alabanzas como las estrellas del cielo. O las palabras de Jacob para servirle: Dios será mi Dios y la piedra de mi corazón ahora endurecido será su casa.

Se puede pensar en el ardor interior de Nuestra Señora cuando el ángel le dijo que el Espíritu Santo vendría sobre ella, en su humildad, su devoción, su confianza, su valor. Al tiempo que ella oía que Dios le daba su Corazón, que era su Hijo, ella se dio recíprocamente a Dios, y entonces esta alma bendita se fundió y se deshizo en caridad y pudo decir: Mi alma se fundió y deshizo cuando mi muy amado me habló. Nosotros recibimos gracia semejante en la comunión porque no un ángel sino Jesucristo nos asegura que al comulgar el Espíritu Santo viene a nosotros, y podría decirse que lo hace nacer en nosotros y allí es concebido.

¡Oh Dios, cuánta suavidad y dulzura ! El alma puede decir con esta santa Dama: <Soy la sierra del Señor. Que se haga en mí tu santa palabra>, pues él dijo que todo el que lo coma vivirá por él y en él y no morirá eternamente. Las hermanas pueden hacer estas consideraciones tanto durante la misa como en el momento de comulgar. Otras también como les sugiera el Espíritu Santo.

Comulgan por orden empezando por la superiora. Irán por la mano derecha, harán inclinación a la superiora al pasar y harán genuflexión antes de arrodillarse para comulgar.

La sacristana comenzará el Confiteor inteligiblemente y al tiempo la primera irá a ponerse de rodillas cerca de la ventana, bajado el velo hasta la nariz o más alto, con la cabeza recta y firme, sin moverse ni avanzar. Luego de comulgar se retirarán de inmediato por la izquierda, hacen genuflexión al Santísimo Sacramento y la inclinación a la superiora, y se dirigirán a ocupar su puesto habitual donde permanecen de rodillas.

Las hermanas comulgarán además como ordena la Constitución, una vez cada semana de cuaresma y en todas las fiestas siguientes : san Pablo, san José, santa Catalina de Siena, la santa Cruz, la fiesta del santísimo Corazón de María el 8 de febrero en memoria del día en que la congregación fue erigida, santa Magdalena, santa Ana, Nuestra Señora de las Nieves, san Bernardo, la fiesta del santo principal al que está consagrada su iglesia, san Francisco, santa Catalina mártir, san Carlos, los santos Inocentes, el día de su profesión, la conversión de san Agustín, la fiesta del santo

Nombre de María, la fiesta de sus Gozos, la fiesta de la Expectación.

También en las fiestas siguientes, si no caen la víspera o el día siguiente de la comuniones ordinarias y si la superiora lo autoriza: san Antonio, santa Inés, san Ignacio de Loyola, santo Tomás de Aquino, san Benito, san Francisco de Paula, san Juan ante la Puerta Latina, santa Mónica, san Alejo, santa Marta, san Luis, la Degollación de san Juan, san Nicolás de Tolentino, del Ángel de la guarda, san Dionisio, santo Domingo, san Buenaventura, santa Teresa, san Nicolás, el día de la toma de hábito, el día del santo cuyo nombre llevan.

- La primera comunión de cada mes se hará para la renovación de votos.
- La segunda para la exaltación de la santa Iglesia, por el Papa y los Eclesiásticos.
- La tercera, para la conservación, unión y perfección d la Oren,
- La cuarta, por la conversión de los infieles y de los pecadores.
- La quinta, por la conversión de nuestras hermanas penitentes.
- La sexta, por la unión entre los príncipes cristianos, en particular los del país donde la congregación se haya establecida o por otras necesidades públicas.
- La séptima, por los bienhechores y los que hacen fundaciones.

- Una, con misa, por las almas del Purgatorio, cercana al Oficio de Difuntos.
- Una por el fallecimiento de parientes cercanos de cada hermana, si la superiora lo juzga bien.

Las hermanas puede aplicar varias de sus comuniones, con permiso, por sus padres difuntos, en el aniversario.

Si la superiora u otras comulgan extraordinariamente no impide que lo hagan otras tres según lo ordenen.

Cuando el número de hermanas es reducido solo comulgarán dos a la vez a fin de que cada una no tenga sino una comunión extraordinaria en la semana.

Al comienzo de sus comuniones generales podrán usar un perfume si es posible hacerlo.

Aviso sobre el Directorio

Es cierto que el Directorio propone cantidad de ejercicios. Es bueno y conveniente, al comienzo, mantener los espíritus alineados y ocupados. Pero con el progreso del tiempo, cuando las almas se han ejercitado en esta multiplicidad de actos interiores y están formadas, ejercitadas y habituadas, es necesario que estos ejercicios se agrupen en un ejercicio más sencillo, por ejemplo, el amor de complacencia o el amor de benevolencia, o el amor de confianza, o de unión y reunión del corazón con la voluntad de Dios como lo señale el ejercicio de la unión, de modo que esa diversidad se cambie en unidad. Toca a la superiora conocer y discernir el atractivo interior y el estado de cada una de sus hijas en particular a fin de conducir las según el beneplácito divino. Si

se encuentran almas, incluso ya en el noviciado, que temen demasiado esclavizar su espíritu a los ejercicios señalados, con tal que ese temor no venga del capricho, ultra preocupación, desdén o fastidio, toca a la prudencia de la maestra llevarlas por otro camino si bien este ha sido útil como la experiencia lo ha demostrado.

Artículo XII

Las novicias y su maestra

Que las novicias tengan amor muy cordial a su maestra y confianza filial acompañada de respeto. Le testimonien gratitud y reconocimiento por la solicitud y el trabajo que se da para formar su espíritu. Sigán su dirección con humildad y le den fielmente cuenta de sus actividades y de todo su interior. Que le hablen como se dirá respecto de la superiora.

Cuando estén reunidas y la superiora esté presente no hay necesidad de que se levanten cuando la directora entre o salga. Solo le harán inclinación de la cabeza. Si viene a hablar con alguna de ellas, donde quiera que esté, la novicia se levanta. También cuando ella entre al noviciado.

Cuando la superiora envíe a una novicia a algún sitio fuera de la reunión no hay necesidad de que pida permiso a la directora, pero si es para largo tiempo le dirá: Mi hermana, nuestra madre me envía a tal parte. E inclinará la cabeza desde el sitio donde se encuentre.

Cuando se repartan las obediencias las novicias se retiran prontamente al noviciado, se ponen en presencia de Dios, le piden su gracia para aprovechar las enseñanzas que se les imparten.

Interroguen a la directora para tener más claridad respecto de las Reglas, de las Constituciones y de las Tradiciones. Cuando la directora termine de leerles o explicarlas algún punto de la Regla, del Directorio o del Catecismo, permanecen en silencio, y se ocupan según les mande.

No salgan del noviciado sin licencia de la Directora o de la que ella designe como asistente, y que al salir, le digan el lugar a donde van. Las novicias profesas no están obligadas a permanecer en el noviciado sino solo cuando están haciendo un ejercicio.

Se dirigirán a la directora en todas sus necesidades menos cuando estén en presencia de la superiora, y le darán cuenta solo una vez a la semana.

Todas prestarán a la directora una obediencia muy sencilla en todo cuanto les ordene, sin réplicas ni excusas, y no lo hablarán de lo que se hace en el noviciado, tanto de las culpas como de otra cosas.

Para aprender a confesarse debidamente irán por la mañana, en cuanto posible, a hablar con la directora para que las instruya sobre cómo confesarse clara y brevemente, contritas, y no ir al sacramento a contar historias que no vienen al caso.

Las novicias no dejarán de hacer sus labores en todo tiempo, menos cuando la directora les hable a todas en común el miércoles en la mañana, después de las culpas. Y deben, según lo que significa su nombre, comportarse como las menores y las últimas, sirviendo y respetando a cada una con sumisión notable.

Artículo XIII

Las hermanas y la superiora

Las hermanas tendrán gran respeto a la superiora, mirando a Dios en ella, y la honrarán como el órgano del Espíritu Santo. Cuando le den cuenta de sus conciencias, se ponen de rodillas, se humillan de cuerpo y de espíritu, para recibir las advertencias, admoniciones y correcciones que les deba hacer como si vinieran de la boca de Dios. Pero si la superiora les ordene levantarse lo harán sencillamente.

Si han causado mortificación a alguna hermana, se pondrán de inmediato de rodillas, con las manos juntas y los ojos bajos, hasta que la superiora termine de hablarles. Luego besan el suelo y si la superiora está aun presente le harán gran reverencia al levantarse. Les será muy útil recibir así mortificaciones y humillaciones como remedios convenientes y necesarios para sus enfermedades. Se imaginan que son niños pequeños a quien la bondadosa y caritativa madre da absintio y acíbar, drogas muy amargas, una para protegerse de los parásitos, la otra para alimentarlos con el pecho y acostumbrarlos a los alimentos

sólidos. Cuiden de creer que cuando se les hace admoniciones es por pasión o mala voluntad ; más bien tengan por seguro que es señal verdadera del amor que se les tiene y del deseo de verlas perseverar en su vocación y llegar a alta perfección.

Al recibir alguna obediencia un poco extraordinaria se pondrán de rodillas y besarán el suelo. Cuando reciban algo de la mano de la superiora, sea cartas, libros, obras y cosas semejantes, pondrán por tierra una rodilla y besarán la mano, menos en el coro.

Donde quiera que estén, si la superiora pasa cerca de ellas, se pondrán en pie y harán una inclinación, menos cuando están de rodillas en el coro, cuando solo se inclinarán.

Artículo XIV

Documentos muy útiles

Todas las hermanas deben estar muy atentas a perfeccionarse según su instituto mediante una puntual observancia, poniendo en ello todas las luces que reciban en las lecturas, conferencias, oraciones, confesiones y predicaciones. De todo ello no retengan lo que puede ser contrario a su instituto. Por bueno que parezca, y que de hecho lo sea, si no es bueno para ellas. Cada una se debe perfeccionar según su vocación, cuanto más que los preceptos de todas las virtudes están incluidos en las Reglas y Constituciones. Solo teman descuidarlos y por ese medio relajarse de esta exactitud tan necesaria.

La superiora de cada monasterio procure cuidadosamente que no se introduzca ninguna novedad y corten toda pretensión y hagan más o menos solo lo que es del instituto. Y sobre todo es requerido que las hermanas continúen a ser sinceras con la superiora con entera sencillez y sinceridad como pide la Constitución, y recíprocamente, las superiores tengan gran cuidado de conservar esta confianza filial de las hermanas con ellas, mediante un amor cordial y suave. Esto es de gran importancia para mantener el espíritu de la congregación en su perfección y si llegue a faltar el Espíritu de la congregación vendrá a menos pero si es conservado enriquecerá el paraíso de las almas.

Las hermanas deben aspirar a la verdadera y sincera humildad de corazón, a sus ojos pequeñas. Cuando el mundo las considere tales y las menosprecie reciban ese desdén como algo conveniente para su pequeñez. Es una muestra preciosa del amor de Dios a ellas. Dios en efecto ve con agrado lo que es menospreciado y la bajeza aceptada le es agradable.

Que estimen, en cuanto lo permitan las Constituciones, la práctica de ese documento que es de precio inestimable. *Nada pidan, nada rechacen.* Estén dispuestas a hacer y sufrir cuanto les suceda como de la parte de Dios y de la santa obediencia. Esto alimenta en ellas la santa paz y tranquilidad del corazón que tanto se les ha recomendado. Esto sirve para que no se lamenten entre ellas de sus tentaciones, disgustos, aversiones y dificultades, ni incluso

de las incomodidades corporales, a menos que lo hagan a la superiora.

Que hagan gran determinación de no excusarse al recibir advertencias incluso de faltas pequeñas. Si ocurre que una hermana diga a otra palabras secas o un poco contrarias a la humildad, debe de inmediato pedirle perdón, poniéndose de rodillas y besando la tierra. La otra hermana también hará lo mismo mostrando de su parte cordialidad.

Cuando las hermanas hablen de sus defectos y de lo que toque a su persona, usen términos en singular como por ejemplo: Falté al silencio, soy imperfecta, me duele la cabeza y semejantes. En lo demás empleen el plural como: tenemos celdas, nuestro vestido está gastado, hicimos tal o cual cosa.

Las hermanas no podrán dar en su nombre ninguna cosa ni les está permitido prestarse o darse cosas unas a otras sin autorización. Cuando se deba hacer algún presente la superiora lo dará o lo hará dar en nombre de toda la comunidad. Se mantendrán en los límites de la humildad, sencillez y pobreza religiosa que son virtudes particularmente recomendadas a la hijas de Nuestra Señora de Caridad.

Procuren ser modestas y breves en el locutorio, incluso con personas espirituales, pues en los largos encuentros fácilmente se deslizan superfluidades y ociosidades en palabras. No les está permitido comer allí, en cuanto se pueda. No irán a ese lugar en la mañana de las fiestas, en

cuaresma y adviento, y durante los retiros. Sin embargo la superiora puede permitirlo si lo juzga a propósito.

La superiora, en ocasiones grandes y señaladss de calamidad pública o particular, podrá hacer que se hagan oraciones, ayunos o penitencias, y comuniones extraordinarias en algunos días, previa consulta con sus coadjutoras. Harán media hora de oración por los pecadores en los tres primeros días de cuarsma, antes o después de la lectura.

Las hermanas tendrán gran respeto a la palabra de Dios, de cualquier parte que les sea anunciada. La escuchan con atención y reverencia y hacen lo mismo con todas las cosas santas y las virtudes de las que hablarán con honor y reverencia sin hacerlas objeto de diversión.

Tanto como buenamente sea posible la superiora procurará que haya predicación en todas las fiestas solemnes del año, n todos los primeros domingos de mes, los domingos de cuaresma y una o dos veces por semana.

Una vez al mes para entretenerse juntas y recrearse santamente mediante conferencias espiritual, una hora de silencio después del almuerzo y otra hora que la superiora señale.

Queda a su discreción reunir las de a dos o varias juntamente, o dejarlas en libertad de escogerse, o bien, la superiora con las profesas y novicias juntas. Pero no lo harán en las celdas ni en las ayudas, cuando se recrean al fin del mes, a menos que tengan permiso.

Artículo XV
Pequeñas licencias

- Las hermanas gozan de libertad para visitar el Santísimo Sacramento para breve adoración.
- Para alguna oración vocal cuando van o vienen en la casa y cuando lo deseen.
- Para quedarse, los días de fiesta, una media hora en el coro, entre prima y tercia.
- De hacer allí la lectura o de hacerla en el jardín.
- De pasearse o retirarse en soledad, haciendo sus labores en las horas que no son comunitarias, pero que esta libertad no perjudique el recogimiento.
- De leer, en horas cómodas, algún capítulo de las Reglas o Constituciones, o algo de sus libros, para distraerse de la tentaciones o recoger el espíritu de devoción.
- De cantar cánticos espirituales en los recreos e incluso en el silencio sin interrumpir a las demás.
- De hablar en voz baja y brevemente durante el silencio para cosas necesarias.
- De retirarse un poco en soledad cuando varias trabajan en la misma labor durante el silencio, pero sin salirse de los ejercicios comunes para alguna labor, sin necesidad.
- De pasearse juntas durante el recreo y en los días de fiesta luego del informe de las lecturas, pasándola devotamente.
- Pueden hacer recreos extraordinarios por intervalo pero raramente.

Dios y la santísima Madre sean benditos

EJERCICIO DE LA MAÑANA

Como es breve y sencillo y tiende de inmediato a la unión amorosa de nuestra voluntad a la de Dios, puede ser practicado por persona que pasan por aridez, esterilidad o debilidad corporal o están agobiadas de ocupaciones.

1. Punto. Hincadas las rodillas y profundamente humillada ante la incomprensible majestad de Dios adora su soberana bondad que desde toda eternidad pronunció tu nombre y concibió el designio de salvarte. Destinó, entre otras cosas, el día presente para que en él realices obras de vida y salvación según la palabra del profeta: « Te amé con amor eterno y por eso te atraje compadecido de ti ».
2. Punto. Con este venerable pensamiento une tu voluntad a la de este muy benigno y misericordioso Padre celestial, con estas o parecidas palabras salidas del corazón: « Por siempre se haga la dulce voluntad de mi Dios. Adoro los designios eternos de la voluntad de mi Dios. Te consagro y dedico mi voluntad, para querer por siempre jamás lo que eternamente has querido. Que haga hoy y siempre en todo tu divina voluntad. Mi bondadoso Creador, Padre del cielo, pues así lo has querido desde toda la eternidad. Amén. Bondad muy agradable, se haga lo que quieras. Voluntad eterna, vive y reina en todas mis voluntades y sobre todas mis voluntades ahora y por siempre ».

- 3.Punto. Invoca luego el socorro de la asistencia divina, con estas o parecidas aclamaciones, internamente y desde lo hondo del corazón: « Oh Dios, ven en mi ayuda. Que tu mano segura se pose en este pobre y débil valor. Aquí tienes, Señor, este pobre y desdichado corazón que por tu bondad se llena de santos afectos. Pero lastimosamente es demasiado débil y mezquino para efectuar sin tu ayuda lo que desea. Invoco a la santísima Virgen María, a mi ángel de la guarda y a toda la corte celestial. Que su favor me sea propicio, por favor ».
- 4.Punto. Haz así una viva y vibrante unión amorosa de tu voluntad a la de Dios, Y ya que entre todas las acciones del día, tanto espirituales como corporales, s hacen en frecuentes reuniones, es decir, renueva y confirma de nuevo la unión hecha en la mañana, arrojando una simple mirada interior a la divina bondad y diciendo con pleno consentimiento: « Señor, sabes que lo quiero » o solamente « Sí, Señor, sí Padre mío, sí, siempre sí ». Y si quieres puedes hacer la señal de la cruz o besar la que llevas, o alguna imagen. Todo eso significará que por encima de todo quieres la providencia de Dios, que la aceptas, la adoras y la amas de todo corazón y que unes inseparablemente tu voluntad a la suprema voluntad.
- 5.Punto. Estos movimientos del corazón, estas palabras interiores deben estar acompañadas serena tranquila, firme y pasiblemente, o sea, deben ser destiladas e hiladas hermosamente en la parte superior del alma. Como se pronuncia al oído de un amigo una palabra que se quiere entre profundamente en el corazón, sin que

nadie lo perciba, así estas sagradas palabras, hiladas, ligadas, destiladas por la parte superior de nuestra alma, penetrarán y calarán más íntima y fuertemente que no lo harían si fueran dichas solo por manera de oración jaculatoria como brotes de espíritu. La experiencia te lo hará conocer con tal que seas humilde y sencillo.

Dios y la Madre santísima sean benditos

VIVA JESÚS Y MARÍA

COSTUMBRERO Y DIRECTORIO

PARA LAS HERMANAS RELIGIOSAS
DE NUESTRA SEÑORA DE CARIDAD

EXTRACTOS

CARTA DEDICATORIA

de nuestro digno Padre y Fundador
dirigida a todas las Hermanas religiosas
del Instituto de Nuestra Señora de Caridad

Mis hijas amadísimas, la infinita bondad de nuestro amabilísimo Salvador se quiso servir de quien es el último de los hombres y el primero de todos los pecadores para fundar su congregación. Fue instituida para el mismo fin por el que el divino Salvador vino a este mundo, es decir, para llamar no a los justos sino a los pecadores a la penitencia y para buscar salvar al que estaba perdido. Me siento obligado por tanto a dotarlas de los medios adecuados para cumplir las obligaciones de tan santo e importante Instituto.

Fue necesario, en el nacimiento de la congregación, que fueran dirigidas por algunas buenas y virtuosas religiosas para instruir las y formarlas en la prácticas de la vida religiosa. Se encomendó esta misión a las religiosas de la Visitación de Santa María, por orden del ilustrísimo monseñor Jacques d' Angennes, obispo de Bayeux, de feliz memoria, a quien yo mismo pedí esta gracia. Esas santas Hijas las condujeron por la misma vía que les fue señalada en las Constituciones, el Directorio y las Costumbres que les había dado su bienaventurado Padre, san Francisco de Sales.

Tomé de esas Constituciones, Directorio y Costumbres los artículos que sirven para reglamentar los ejercicios de la vida religiosa en general. Les añadí varios otros que conciernen al empleo y las funciones propias de su Instituto.

Uniéndolos entre sí pensé que ponía entre sus manos medios adecuados y eficaces para perfeccionarlas y santificarlas en su vocación y para llevarlas a corresponder fielmente a los designios de la divina Providencia sobre ustedes.

En nombre y de la parte de nuestro benignísimo Redentor, que es su verdadero Fundador, Institutor, Padre y Superior, y bajo la mirada complacida de su muy buena Madre, que es su verdadera Fundadora, Madre y Superiora, y con la benevolencia, consentimiento y aprobación del ilustrísimo monseñor Francisco de Nesmond, obispo de Bayeux, les entrego dichas Constituciones contenidas en este libro, junto con todas las cosas que van a encontrar en el Directorio, Ceremonial y Costumbres, que les dirijo también, urgiéndoles, mis muy queridas y amadas hijas, recibirlas, no como de la mano del miserable pecador que soy, sino de la mano del Corazón del Rey y de la Reina del cielo.

Consideren estas Constituciones, Directorio y Costumbrero y este Ceremonial como el fundamento, el alma y el corazón de su congregación, que no puede subsistir ni hacer ningún servicio a Dios y a las almas sino mediante la fiel observancia de las cosas allí contenidas. Por ello las exhorto de todo corazón que sean muy celosas y afectas a seguirlas puntualmente, sin desviarse ni a derecha ni a izquierda, y sin añadirles, ni disminuir, ni cambiar ninguna cosa.

Esto es lo que Dios les pide. Pongan en esto toda su devoción. Es el camino que hay que seguir para ir al cielo. No existe otro para ustedes. No lo abandonen nunca si no

quieren extraviarse. Por este medio serán según el Corazón de su adorable Esposo que es Jesús, y su divina Madre las amará como a verdaderas Hijas de su Corazón. *Amen, amen, fiat, fiat, fiat.*

Caen el 19 de marzo de 1678.

Juan Eudes, Sacerdote misionero de la Congregación de Jesús y María.

I. EXTRACTOS DEL DIRECTORIO DEL OFICIO DIVINO Y DEL CEREMONIAL DEL CORO

Advertencia

El Oficio divino es una oración vocal y pública, compuesta de cuanto hay de sobresaliente e instructivo en todos los libros de la Sagrada Escritura, en los Santos Padres y en la vida de los santos. Está organizada para ser hecha en ciertas horas del día y de la noche, en nombre de todo el cuerpo de los fieles, por quienes han sido destinados en especial para este empleo, a fin de tributar a Dios el honor que le es debido, para darle gracias por todas las gracias que recibimos a cada momento de su bondad infinita, para pedirle muy humildemente perdón de todos nuestros pecados y para implorar su ayuda divina y su misericordia infinita.

Para entender mejor esta definición hay que observar que hay dos clases de oración, una pública y otra particular. La

particular es la que cada fiel hace según su movimiento cuando ora mental o vocalmente, repitiendo oraciones que su devoción particular le inspira. La oración *pública* es la que se hace por y en nombre de toda la Iglesia, por las personas destinadas por estado para recitar el Oficio divino, con palabras que en ella están expresamente ordenadas.

Y así cuando los religiosos y religiosas dicen su breviario o oficio, sea en público sea en particular, su oración es siempre pública, pues ha sido ordenada por la Iglesia y se hace en su nombre.

En cambio, cuando un laico dice por devoción las horas canónicas, su oración no es pública sino secreta, aunque la diga en el templo, pues no está diputado por la Iglesia, como lo están todas las personas comprometidas por su santa vocación para este digno ministerio.

Sin embargo hay que convenir en que, para que este culto sea perfecto y se cumpla dignamente esta santa obligación, las personas religiosas no pueden contentarse con asegurar lo interior (en lo que con todo consiste particularmente como lo dijo Nuestro Señor a la samaritana), sino que deben añadir además lo exterior, y que el cuerpo contribuya con la dignidad y gravedad convenientes, guardando y observando exactamente las ceremonias que la Iglesia, movida por el Espíritu Santo, nos prescribe observar santamente.

1. Extractos de las reglas generales

El Oficio ordinario.

Las religiosas de Nuestra Señora de Caridad dirán como Oficio Ordinario el Oficio parvo de la santísima Virgen como fue reformado por el santo concilio de Trento y el papa Urbano VIII. Lo cantarán conforme a la variedad e tiempos y fiestas como se explica en las Horas del Oficio.

En las fiestas obligatorias y en las que están señaladas según el calendario harán memoria tanto en Laudes como en I y II Vísperas. Podrán hacerlo igualmente en las fiestas que gozan de especial devoción en los lugares donde la congregación está implantada.

Las memorias se hacen así: Luego de haber respondido el Amén de la primera oración de Vísperas y de Laudes, todo el coro las dice juntamente y también el *Todos los santos de Dios*. Pero cuando se cantan las Vísperas la que ha sido designada las entona y el coro continúa.

Memorias de los Sagrados Corazones.

En los días en que no hay memorias se hacen las de los Sagrados Corazones de Jesús y María. Se hace también todos los domingos y en las fiesta semidobles luego de la del domingo, antes del *Todos los santos de Dios*, excepto durante el adviento y a partir del sábado antes del domingo de Pasión hasta la fiesta de la santa Trinidad.

Canto del Oficio

En todos los domingos y fiestas del año como en los días señalados en seguida se canta Tercia, Vísperas y el *Nunc dimittis* de Completas.

Se cantan las I Vísperas de las grandes fiestas de Nuestro Señor y de nuestra Señora, y el *Nund dimittis* de Completas, el *Venite* del *Te Deum* en Maitines y en Laudes, y asimismo en el día de la octava cuando las fiestas tienen octava, menos si no se cantan las Vísperas de la octava.

En las principales fiestas del año, el Oficio se canta gravemente y en tono un poco más alto que de ordinario, según que sean más o menos solemnes. Se hace también uso de los ornamentos más bellos según la solemnidad.

Observaciones particulares

Las Hermanas cuidarán de prever y de estudiar sus Oficios extraordinarios. Dicen el Oficio en tono medianamente alto, suavemente, sin forzar demasiado sus voces y sin brusquedades a fin de que por este medio lo digan con mayor devoción y recogimiento. Cuiden mucho de comenzar con voz suave que van elevando y fortaleciendo, haciendo lo mismo al tomar la pausa.

Las pausas de los intermedios tienen una medida de música, o sea, el tiempo de decir *Jesús, María José*. La distancia entre versículo y versículo es una media medida, o sea el tiempo de decir *Jesús, María*.

Hacen las inclinaciones suficientemente bajas y pausadamente. Hacen genuflexiones. Se levantan, juntan las manos y se vuelven todas al tiempo y en la misma medida, con la mayor humildad, gravedad, reverencia y modestia posible. Preestan atención especial para empezar al mismo de tiempo y hacer juntamente sus ceremonias cuando van a cantar algo a la tribuna y al regresar a sus

puestos. Cuando vayan al coro a prestar un servicio van con los brazos cruzados o las manos en sus mangas.

2. Extractos del calendario de las fiestas estables

El 29 de enero. San Francisco de Sales. Se hace conmemoración. Ya que el Instituto tiene obligaciones especiales de honrar a este santo como Padre y Protector, se hace oficio doble, se canta el *Te Deum* en Maitines. Es fiesta de guarda y si posible hay sermón.

El 8 de febrero. Solemnidad del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen. Es fiesta titular de esta congregación. Se celebra como de primer rango. Se cantan las Vísperas, usando el Oficio particular de esta fiesta. Se continúa el Oficio toda la octava. Se dicen Maitines con tres nocturnos observando lo señalado para los días solemnes en los que se canta el Oficio mayor.

Se canta el *Veni Creator* antes de empezar la misa conventual. El celebrante entona y las Hermanas continúan alternando, o bien los sacerdotes hacen un coro y las Hermanas otro. Luego el celebrante dice el versículo *Emitte Spiritum tuum, etc.*, y la oración *Deus qui corda fidelium, etc.* Al final de la misa entona el *Te Deum* que se continúa alternadamente como el *Veni creator*, y al final el versículo *Benedicamus Patrem, etc.*, y las oraciones *Omnipotens sempiterne Deus* y *Deus cujus misericordiae, etc.*, en acción de gracias pues ese día la congregación fue fundada.

La víspera de este día, al dar las obediencias al medio día, la asistente está atenta para anunciar a las Hermanas la confesión y la comunión para ganar la Indulgencia concedida a los religiosos y religiosas en la fiesta principal de su Orden, según la bula del papa Paulo V. Las Hermanas pueden ganar esa indulgencia y exponen la bula en el coro para que la vean. Ese día no se canta Nona.

El 19 de marzo. San José. Tanto en las I y II Vísperas como en Laudes se hace la conmemoración de san José sin octava. Se canta el *Magnificat* de las I Vísperas y el *Nunc dimittis* en cCompletras. Se dice *Te Deum* en *Maitines*, en tono de salmodia. El Oficio es doble...

Toda la congregación debe tener particular devoción a este santo y su fiesta se celebra dignamente. Es fiesta de guarda. La superiora preside el Oficio y en lo posible hay sermón. Si se va en procesión a algún oratorio de este santo se cantan sus letanías. Si esta fiesta se transfiere se le da la misma solemnidad...

El 20 de marzo. San Joaquín. Se hace conmemoración.

El 5 de julio. Se hace memoria de los Gozos de la santa Virgen, en el caso que no se haya podido celebrarla el primer sábado libre después de la octava de Pascua. La intención de la comunión será dar gracias a Dios por los gozos que dio a la santa Virgen, tanto en la tierra como en el cielo, y pedirle su intercesión para poner nuestro gozo en hacer su santa voluntad.

El 22 de julio. Fiesta de santa Magdalena. Se hace conmemoración y es día de reposo. Procesión

El 6 de julio. Fiesta de santa Ana. Se hace conmemoración y se guarda reposo durante la fiesta. Si hay procesión se cantan las letanías de santa Ana, o se recitan después de Completas.

El 28 de agosto. San Agustín. Se hace conmemoración a lo largo de la octava. Es fiesta de segunda clase para nuestra congregación. Se hace Oficio solemne como está marcado para las grandes fiestas. Se guarda la fiesta y hay sermón si posible.

El 2 de octubre. El ángel de la guarda. Se hace memoria El domingo dentro de la octava se hace procesión en el oratorio de ls pensionadas. Si solo es costumbre de algunos lugares se transfiere a otro día. Se cantan las letanías del santo ángel de la guarda.

El 20 de octubre. Solemnidad del divino Corazón de Jesús. Se dice el Oficio propio de la fiesta que es solemnidad de primera clase. Se cantan las Vísperas. Se dice Maitines de tres nocturnos y se observa lo que está prescrito para la fiesta del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen, tanto para el oficio durante la octava como para la exposición y bendición del Santísimo Sacramento, menos que no se dice el *Veni Creator* ni el *Te Deum* al final de la misa. Ese día hay el saludo de paz.

El 1o de noviembre. Día de Todos los Santos. Todos los días de la octava se dicen después de Completas las letanías de los Santos que hay en los diurnales; se suprime todo lo que sigue al versículo *Omnes sancti et sanctae Dei*, después de

lo cual se dice tres veces el *Agnus Dei* y en seguida el *Laetamini in Domino*, etc., y la oración *Omnes sancti*, etc.

El 21 de noviembre. Fiesta de la Presentación de Nuestra Señora. En la misa se hacen las renovaciones. Después del *Domine non sum dignus* las Hermanas, una después de otra, antes de recibir la comunión dicen las siguientes palabras con voz inteligible y pausada.

Yo, María n.n. confirmo y renuevo de todo corazón los votos que hice a mi Dios de servirlo por siempre en esta Congregación en obediencia, castidad y pobreza, y en la instrucción de jóvenes y mujeres que entran en esta casa para su conversión, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y en honor de la santísima Virgen María, Madre de esta Congregación. Amén.

As Hermanas Torneras dicen: Yo, n.n. reafirmo el voto de obediencia que hice a mi Dios, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y en honor de la santísima Virgen, Madre de esta Congregación. Amén.

A la comunión de las novicias, si son varias, se canta el versículo *Audi, filia, et vide* del salmo *Eructavit*, hasta el fin de la comunión, y si el salmo no se ha terminado, se suprime el resto y se canta el *Gloria Patri*. Terminada la misa las Hermanas cantan el *Laudate Dominum omnes gentes*, con los *Alleluias*, y se pasa al abrazo de la paz. Luego se dice Nona.

El 25 de noviembre. Santa Catalina, virgen y mártir. Se hace conmemoración. Se guarda reposo en memoria del día que

Dios dio comienzo a nuestra Congregación en 1640. (*Nota : ¿falsa fecha ?*)

El 8 de diciembre. La Concepción de Nuestra Señora. Se hace memoria y el Oficio es doble con octava. Se observa lo señalado para fiestas de 2a clase. Se expone el Santísimo Sacramento.

Por costumbre establecida desde el comienzo de la Congregación se canta el Oficio de la Inmaculada Concepción luego de las obediencias del medio día o en otra hora que disponga la superiora. Lo entona desde su puesto. La primera cantora inicia el primer himno y dice la primera oración, la otra cantora el segundo himno y la segunda oración y se continúa alternadamente. Las del coro dicen cada una su versículo sin salir de su puesto. La superiora comienza el *Haec est virga*, y dice el versículo y la oración que sigue.

3. Extractos de las fiestas movibles

Las cuarenta horas. Cuando se celebran las Cuarenta Horas, en los tres días que preceden el miércoles de ceniza: el domingo se canta la misa que trae el misal. El lunes, una misa votiva del Espíritu Santo, el martes la del Santísimo Sacramento, a menos que esos días coincidan con la octava del Corazón de la santa Virgen, cuya misa se celebra. Se toma el *Kyrie* solemne o el de la santa Virgen si se dice su misa, menos el domingo en los que se canta el ordinario en señal de penitencia... Se cantan las Vísperas y el *Nunc*

dimittis de Completas. En la bendición de esos tres días se canta el *Miserere* por los pecadores.

El miércoles de ceniza. A lo largo de la cuaresma se dice el *Stabat* en Completas y en seguida las letanías de la Pasión. El canto del *Stabat* empieza el primer viernes de cuaresma. Los domingos se cantan las letanías de la Pasión y no se dice el *Stabat*.

Los tres días de Tinieblas. Se dice el gran Oficio como está en el Breviario. Solo se canta el primer Nocturno y el resto se salmodia, pero se canta la antífona y el *Benedictus* de Laudes, y el versículo *Christus factus est*.

La Ascensión de Nuestro Señor. Al medio día la comunidad se reúne en el coro para cantar el himno *Salutis humanae Sator*. Al final la superiora lee o hace leer en alta voz la oración a Jesucristo en forma de elevación.

Vísperas de Pentecostés. Al fin de la oración de Vísperas, se dan cinco campanazos para llamar a las ausentes que vengan a sacar los *Dones del Espíritu Santo*, como se dijo a propósito de las Bienaventuranzas.

Corpus Christi. En la primera misa se consagran dos hostias y si no se celebra esa primer misa, se prevé la víspera, a fin de poder hacer la Exposición del Santísimo Sacramento en el comienzo de la misa de comunidad. Para ello, después de Sexta, el celebrante, hecha la incensación entona el *Tantum*

ergo, que todo el coro prosigue con la estrofa *Genitori Genitoque* y en seguida se canta la misa muy solemnemente. Una vez terminada las Hermanas se levantan sin salir de sus puestos para cantar el *Laudate Dominum omnes gentes*, con los *Alleluias*.

Los demás días de la octava, si hay misa después de Prima, se puede hacer la Exposición del Santísimo Sacramento al comienzo, observando lo que ya se dijo, menos que no se cna el *Laudate Dominum*.

No se toca la campana para la exposición del Santísimo Sacramento pero si se expone para la misase dan cinco campanazos para reunir la comunidad en el coro.

Durante la misa se pone un velo al Santísimo Sacramento fuera del tiempo de las misas, de los Oficios, de las oraciones, menos los días de fiesta. Mientras esté descubierto las Hermanas se turnan de a dos en dos para visitarlo, fuera de los tiempos de Oficios y oraciones.

La bendición del Santísimo Sacramento se hace todos los días después de Completas... Después de las letanías el sacerdote, revestido según la costumbre del lugar, en el altar, empieza el himno *Pange lingua* y lo alterna con el coro, o bien, luego de que lo ha entonado los dos coros prosiguen alternando, menos la estrofa final que todos dicen al tiempo. Al final el celebrante entona la antífona *O sacrum convivium* que todo el coro continúa y responde luego los versículos y oraciones que dice el sacerdote, cuidando de que si dice *Alleluia* todos hagan lo mismo. El último día de la octava, después de la bendición, las Hermanas cantan el salmo *Laudate Dominum*, con *Alleluia*.

Inviolata los sábados. Es costumbre los sábados, después de las obediencias de la noche, ir al coro para cantar el *Inviolata*, en reparación de las faltas de la semana. La superiora se pone en el centro con un cirio encendido. La cantora lo entona y quien oficia dice el versículo y la oración.

4. Lo que se hace cuando se canta la misa

Cuando la comunidad es numerosa se canta la misa los domingos, las fiestas de guardar y las de especial recomendación y celebridad en la Congregación, y también en las tomas de hábito, las profesiones, entierros, servicios solemnes de difuntos y otras ocasiones que pueden darse en el curso del año.

En las fiestas de 1a y 2a clase y otras de solemnidad en la Congregación, como también en las tomas de hábito, profesiones, entierros, servicios solemnes de difuntos, en los domingos, en las octavas, en la octava del Santísimo Sacramento y en otras ocasiones se celebrará solemnemente la misa, si posible diaconada, con el incienso requerido. Pero en los domingos y fiestas ordinarias... e incluso cuando no puede celebrarse con diácono y subdiácono, bastará tener un clérigo con sobrepelliz para ayudar en el altar y cantar la epístola. Nadie debe extrañarse de esta práctica pues así se hace universalmente y los que trabajan en ceremonias y rúbricas lo han tratado.

El Espíritu Sato la autoriza al hacer que las grandes fiestas sean celebradas de forma más solemne que los domingos y fiestas ordinarias.

Cuando se cante la misa conventual se hará en lo posible después de Sexta. Durante Tercia y Sexta los ministros del altar se revestirán con ornamentos sacerdotales para ir al altar inmediatamente después de Sexta.

Cuando el coro haya respondido el último *Amén* del Oficio, las dos cantoras se unen para entonar juntas el *Introito* y dicen las dos el versículo y el *Gloria Patri* hasta la pausa. Una vez que el corazón haya acabado los versículos empiezan el *Introito*. Juntas cantan el resto de la Misa.

En las principales fiestas se cant adurante y después de las dos elevaciones *O salutaris Hostia*, y en las fiestas de Nuestra Señora *Ave verum*. En las misas de difuntos tres veces *Pie Jesu, dona eis requiem*, y al terero se añade *sempiternam*.

Cuando el sacerdote dice *Dominus vobiscum*, u otra cosa que tenga respuesta, las Hermanas muy atentas lo hacen juntas. En las fiestas solemnes cuidan de tomar un tono más alto que el ordinario que debe ser mediano. Siguen las rúbricas del misal para el canto de los *Kyrie*, *Sanctus*, *Agnus Dei*, según las fiestas. En las tomas de hábito y profesiones de las jóvenes, cuando se dice la misa de *Beata*, aunque sea votiva, se toma el *Kyrie* solemne. Los domingos, en las octavas se toma el *Kyrie* dominical, a menos que ese día caiga el último día de la octava cuando se toma el *Kyrie* de las fiestas dobles. En el domingo dentro

de la octava del *Corpus Christi*, a causa de la exposición del Santísimo Sacramento, se toma el *Kyrie* solemne.

Al comienzo del año la asistente designa las Hermanas cantoras de la misa. Encarga a una de ellas cuidar que señale lo que debe cantarse en la tribuna, voltear las hojas y cerrar el libro. Es su deber también ensayar la misa los sábados y vísperas de las fiestas, después de vísperas, o a otra que la superiora diga, y las conmemoraciones, el domingo, luego de las obediencias.

II. EJERCICIOS Y FORMULARIOS PARA LAS TOMAS DE HÁBITO Y LAS PROFESIONES DE LAS HERMANAS DE NUESTRA SEÑORA DE CARIDAD

I. Ejercicio

*Para los tres días en que las Hermanas
están en soledad para prepararse a recibir el santo hábito*

Tomarán en Dupont, como tema de sus meditaciones los siguientes puntos.

-El *primer* día el nacimiento de Nuestro Señor en el que considerarán atentamente cómo se despojó de su gloria para revestirse de nuestra mortalidad. Con qué amor deben dejar su vestido del mundo para revestir el de la vida

religiosa, que las adornará de gloria inmortal si se mantienen fieles.

-El *segundo* día, tomarán el sermón de Nuestro Señor sobre las Bienaventuranzas para encenderse en la práctica de estas verdaderas virtudes a las que están llamadas y de las que su alma debe estar revestida, si quieren compartir la gloria de los bienaventurados.

-El *tercer* día meditarán cómo Nuestro Señor fue coronado de espinas, abofeteado y burlado por los judíos. Que hagan penetrar en su corazón el dolor que este amado Salvador sintió y la vergüenza que experimentó al tener su rostro cubierto de sangre y salivazos. Con qué fervor y amor deben ceñir el velo de la vida religiosa para imitar a su Salvador y para que un día puedan ver su divinidad del todo descubierta y sin velo.

En esos días de retiro se ocuparán en leer las consideraciones siguientes propias para suscitar los buenos afectos que han tenido en la oración de cada día.

El primer día

Consideren que la ceremonia de dejar y desvestirse de los trajes del mundo significa que hay que despojarse del hombre viejo, es decir, de todos los hábitos mundanos y aseglarados, como también de las inclinaciones de la naturaleza pervertida, y no como simple deseo sino de hecho. Porque así como se cambia de vestido exterior es necesario cambiar el interior dejando las máximas según las que se ha vivido hasta ahora y que el pecado ha causado en

nosotros por su corrupción. Y así despojados, es posible revestirse del hombre nuevo que es caminar en santidad, justicia y verdad ante Dios. Ese fue el estado feliz en el que fuimos creados antes del pecado pues la vida religiosa es un encaminamiento hacia la renovación de la primera inocencia.

Hay que grabar en el alma que lo que se emprende es hacer lo contrario de lo que se ha hecho hasta el presente, pues ser religioso es el revés del mundo. El mundo ama placeres, riquezas, grandezas, libertad. Los verdaderos discípulos de Jesucristo aman los sufrimientos, la pobreza, la humildad, y la obediencia para ser más conformes con el Esposo y poner en práctica lo que dijo que « quien quiera ser mi discípulo renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga ».

El segundo día

Hay que considerar que el vestido blanco que se recibe significa candor, pureza y constancia necesarios toda la vida para aniquilar y destruir las pasiones, inclinaciones y malos hábitos para en sí reinar la razón, el espíritu de la vida religiosa y las máximas del Hijo de Dios. Además del requerimiento que Nuestro Señor hace a todos los religiosos de seguirlo las Hijas de la Caridad están especialmente invitadas a seguir la vida de convivencia y laboriosa de Jesucristo en la tierra y de sus apóstoles, al trabajar por la salvación de las almas. Todo el que tiene el valor de ir a la perfección tendrá toda su vida penalidades y

al terminarla no habrá hecho cosa que valga. Su empeño es amar la pobreza de espíritu, las lágrimas, la vida dura, la persecución a causa de la justicia y del resto de las Bienaventuranzas que el mundo, para su mal, desestima, y ellas hasta el presente han hecho.

El hábito y el escapulario se les han dado como señal de las libreas del Corazón sagrado de Jesús y de María, a fin de que sus corazones sean otras tantas imágenes vivientes del amor purísimo, de la caridad excelentísima y de la profundísima humildad, de la abnegación de sí misma, del perfecto menosprecio del mundo, del celo ardentísimo por la salvación de las almas y de las demás virtudes muy eminentes que reinan en el Corazón divino de Jesús. Siendo sus esposas, no deben extrañar practicar sus divinas virtudes, sobre todo la paciencia y la compasión, con las almas descarriadas. Al tener el honor de ser esposas y compañeras de Jesucristo en la obra de la salvación de las almas se obligan a pasar toda su vida en ese santo empleo, siguiendo las huellas de su divino Maestro, lo que es para ellas prenda muy segura de salvación. Por tanto partearán arriba de su gloria eternamente. Pero no se engañen a sí mismas. La religiosa que haga todo esto superficialmente se encontrará al final de sus días con las manos vacías y responsable de los medios que Dios le dio para su adelantamiento.

El tercer día

Tengan presente que el velo blanco que reciben significa varias cosas. La primera, que no deben tener otro objeto para gozar de su vista que el benignísimo Salvador, por amor de ellas, quiso ser cubierto en su Pasión con un velo de oprobio y de burlas. En segundo lugar, ocultar a sus ojos no solo exteriores sino interiores, todas las vanidades, pensamientos y recuerdos del mundo a fin de ocuparse más fácilmente en Dios, su soberano bien. Tercero, denota la pureza tanto interior como exterior, necesaria para el servicio de Dios. Y por consiguiente que es necesario cortar cuanto pueda desagrade a los ojos de nuestro divino Salvador, guardándole fidelidad muy exacta y hacer cuanto se vea y sepa que le es agradable.

Este velo es también señal de sumisión, tanto a Dios como a los superiores y superiores que la providencia de su divina majestad han puesto en su camino.

Añadirán que la luz corporal que reciben del cirio que les ha sido dado es para ellas señal de la luz y amor interior que consumirá felizmente su corazón si son fieles a la verdadera práctica de las virtudes que dicho hábito les significa y a la cual las exhorta. Que Nuestro Señor les conceda esta gracia.

El día de la toma del hábito meditarán en la crucifixión de Nuestro Señor como sigue.

Primera consideración

Considerarán atentamente cómo Nuestro Señor, en todo el tiempo de su vida, deseó con ardiente deseo esta hora

dichosa para nosotros y dolorosa para él. El amor que profesaba a su Padre eterno y a la salvación de las almas le hizo escoger morir en la cruz desde donde enseña perfectamente cómo es necesario despojarse para revestirse y ser cubierto con un velo.

Al llegar al monte Calvario, se le quita su ropa, que estaba pegada a su sagrado cuerpo a causa de sus heridas, lo que lastimosamente le causó dolor incomparable. El Cordero inocente no dijo una palabra. Sentía vivamente el dolor que ese despojo le causaba. Sabía bien que resucitaría y goza y se complace en ese sufrimiento.

Oh infinita bondad de mi Salvador, ¿podrían decir ellas por qué no desprenderse gustosamente no solo de los vestidos seculares sino también de los malos hábitos de que mi alma se ha revestido hasta el presente, pues el sufrimiento que entonces tendré son solo rosas comparados con tus sufrimientos que serían insoportables para otro que no sea tu bondad? Lo quiero con todo mi corazón, pero, Dios mío, revísteme de la fuerza y constancias necearías para realizarlo, y la gloria sea solo tuya.

Segunda consideración

Luego este amoroso Jesús fue puesto en la cruz, vestido nupcial de que se revistió. Se deja clavar y amarrar fuertemente, más por las cadenas del amor que nos tenía,

que por los clavos que lo sostenían, y no quiso ser declarado sino una vez que entregó su espíritu al Padre.

Con cuanta energía deben aferrarse a esta vocación por amor de su Maestro y Señor. Quizás alguna se pregunte ¿por qué tan tarde vine a abrazar este bien tan inexpresable? Y pues tu bondad me lo ofrece, tomo y me aferro de todo corazón a esta vocación.

Salvador mío, al revestirme de este santo hábito exterior, adórname también de tu santa gracia y de tu puro amor, para que estos bienes me mantengan más fuertemente adherida a ti que al santo hábito. No me despojaré de él sino luego de haber entregado mi alma a tus santas manos.

Tercera consideración

Nuestro buenísimo Salvador, elevado en la cruz, recibió un velo de parte de su pueblo; era un velo de oprobio y vergüenza, de ignominia y blasfemias, que le daban para ocultar el rostro de su divinidad. Ella no se manifestaba. En ese estado no lo tenían sino como hombre mortal, menos a quienes daba conocerlo así.

Con qué fervor deben recibir ellas el santo velo de religiosas, para ocultarse a los ojos del mundo y no ser vistas ni reconocidas sino por su Salvador y por aquellos a quienes conceda esta gracia.

Queridísimo Salvador, dirán: qué, escoges para ti el velo del dolor y la amargura y el que me das es solo

suavidad. Compartes así mi debilidad, y lo acepto de todo mi corazón. Concédeme la gracia de recibirlo dignamente. Que solo te vea a ti, solo piense en ti, y que haga todo puramente para ti. Te lo ruego con todas mis fuerzas del alma, por tus méritos y los de tu santa Madre, a fin de que cante eternamente tus alabanzas y vea tu santa faz en tu eternidad. Amén.

Podrán hacer una revisión breve sobre las principales afecciones que tuvieron en esos tres días y harán resoluciones firmes para realizarlas. Las escribirán en pocas palabras, si lo tienen a bien, para recordarlas según necesidad. Que por su fiel práctica puedan alcanzar de Dios la gracia de llegar a la santa perfección.

2. Toma de hábito de las Hijas de Nuestra Señora de Caridad

Terminado el tiempo de dar el hábito a la novicia se hará de la siguiente manera.

La sacristana cuidará de proveer temprano todo lo necesario para la ceremonia. Adornará el altar de la manera más pulcra y conveniente para el día de la ceremonia.

Dispuesto todo ordenadamente en el coro de las religiosas extenderá ante la reja un tapiz lo bastante grande para que dos o tres Hijas estén cómodamente de rodillas. Habrá un reclinatorio pequeño a fin de que puedan arrodillarse. Cerca de la reja pondrá en el lugar más cómodo

una mesa pequeña cubierta con un mantel. En ella se pondrán los hábitos que se van a bendecir.

Las religiosas se reúnen en el lugar destinado para revestir los mantos de iglesia. Una vez que los hayan revestido se filarán por orden, cada una con un cirio encendido en la mano, menos la que va a tomar el hábito y esperan que la sacristana las llame.

La misma sacristana, u otra que la superiora designe a propósito, habiendo tomado la cruz, se colocará entre dos coristas y precederán a las religiosas... Las cantoras empiezan el *Ave maris sella*, canto que alternadamente se prosigue cantado por todas las religiosas. Se pondrán de rodillas durante la primera estrofa o versículo. Luego se levantan y caminan procesionalmente, de a dos, según su rango, hasta el medio del coro. Cuando lleguen allí harán profunda reverencia al Santísimo Sacramento, y luego se ubicarán en sus puestos.

La sacristana con dos coristas se quedan en medio del coro, cerca del tapiz extendido, y dejan un sitio entre ellas y una de las coristas a fin de que la que va a tomar el hábito pueda pasar, tenida de una mano por la superiora, y de la otra por la asistente, u otra la superiora designe. Cuando lleguen cerca de la reja y hecha profunda reverencia, esperan a que el himno se termine.

El sacerdote oficiante, con las vestiduras convenientes y acompañado de sus ministros vendrá a al reja. Llegado allí y terminado el himno, las coristas cantarán el versículo que siguen:

V/. Ruega por nosotros, Madre de la eterna Caridad

R/. Para que seamos dignas de la caridad de Cristo.
Luego el oficiante dice :

Oremos

Señor Jesucristo, que por la gran caridad con que amaste
esta humilde congregación, por ti elegida
bajo el título de la Caridad de tu amantísima Madre,
y quisiste fuera consagrada a tu eterna caridad ,
concédenos, te rogamos,
por la intercesión de beatísima Madre de tu Hijo,
que, permaneciendo tú en nosotros y nosotros en ti,
podamos hacerlo todo en la caridad y por la caridad.
Tú que vives y reinas...

El coro responde *Amén*. La sacristana deposita la cruz
en un lugar, y con las coristas van a sus puestos.

Luego el oficiante bendice el cirio que debe estar fuera
en una credencia. Bendecido el cirio, lo presenta a la
postulante que se pone de rodillas, lo recibe y lo besa y
presta atención a las palabras que se le dicen:

« Recibe, hija querida, la luz corporal como signo de la
luz espiritual de la que rogamos al Señor seas iluminada, a
fin de que con el fervor del Espíritu Santo, puedas llegar a la
eterna sociedad del Esposo sagrado de la santísima Iglesia,
Nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu
Santo vive y reina por los siglos. Amén ».

Oremos

Señor Jesucristo, luz del mundo,
y esplendor de la gloria del Dios Padre omnipotente,

haz brillar tu rostro hermosísimo sobre esta sierva
tuya,
para que iluminada con la luz de rostro,
y encendida en el fuego de tu amor,
conozca lo que es tu agrado y lo lleve a término. Amén.
Te proteja la intercesión gloriosa
de la beata y gloriosa siempre Virgen María,
y te lleve a la vida eterna. Amén.

Después de la misa, el sermón y el canto del *Veni Creator*, el oficiante interroga a la postulante.

El Oficiante: Hija mía ¿qué pides ? Declara tu intención ante toda la asamblea.

La postulante: Una cosa he pedido al Señor, la que ahora requiero: que habite en la casa de Nuestro Señor y de su santísima Madre todo el tiempo de mi vida. Amén la bondad de la casa de Dios y el lugar donde reside su gloria (Sal 26, 8). Escogí humillación, pobreza, mortificación en la casa de nuestro Dios antes que habitar en los tabernáculos de los pecadores (Sal 84, 11).

El Oficiante : Bendito sea Dios autor de todo bien que te dio la gracia de hacer tan buena opción. Mejor vale un día en la casa de Dios que mil otros en otra parte. A ti se dirigen estas palabras del Espíritu Santo: Escucha, hija mía, presta el oído. Considera y entiende las grandes cosas que se te anuncian de parte de Dios. Si olvidas la casa de tu padre y tu madre y a ti misma, el gran Dios del cielo te amará como a su esposa y como su Corazón, pues él es el Señor, tu Dios.

Luego añade: ¿Deseas de corazón y con plena libertad habitar en esta casa de Nuestro Señor y de su santísima Madre, para trabajar en ella en la salvación de las almas, y en especial de la tuya, según la gracia que le plazca concederte ?

La postulante: Sí, Padre mío, de todo corazón y con todas las fuerzas de mi voluntad lo deseo y para ese fin me doy a Nuestro Señor.

El Oficiante se levanta y con la cabeza descubierta pronuncia esta oración:

Señor Jesucristo, sin ti nada podemos hacer,
concede a esta sierva tuya, querer siempre,
bajo tu inspiración y tu ayuda, realizar sus deseos.
Tú que vives y reinas... Amén.

Y continúa : El Señor quebrante en ti al hombre viejo con sus usos y acciones.

La postulante responde: Amén.

Se pone en pie, saluda al altar, al Oficiante y al coro, y se dirige a la sacristía interior o a otro lugar, para quitarse la vestidura del mundo y tomar la de la congregación. Durante ese tiempo, el Oficiante bendice el vestido, el cingulo, el escapulario y el manto, depositados en el coro, en una credencia cercana a la reja.

Cuando la postulante regresa al coro, debe haber revestido su vestido con griñón y un pequeño velo. Con el cirio encendido en la mano se aproxima a la reja, hace

profunda reverencia al Santísimo Sacramento, y comienza sola el responso que sigue:

Por amor de Nuestro Señor Jesucristo
desprecié el mundo y toda sus vanidades.

El coro responde: Al que vi, al que amé, aquel en quien creí
y al que amé.

La postulante ; Escogí ser despreciada en la casa del Señor
nuestro Jesucristo.

El coro : A quien vi...

La postulante : Gloria al Padre...

El coro : A quien vi...

Hecho esto la postulante, de rodillas, recibe la bendición del Oficiante: Te revista el Señor del hombre nuevo que fue creado en justicia, santidad y verdad, en el nombre del Padre + del Hijo + y del Espíritu Santo +.

Luego canta:

V/. Señor Dios de las virtudes, conviértenos.

R/. Muéstranos tu rostro y seremos salvos.

V/. Es el Señor este con ustedes,

R/. Y con su espíritu

Oremos

Señor Dios de las virtudes, te rogamos suplicantes,
que purifiques por tu clemencia a esta sierva tuya
de toda la antigua corrupción,
usando de la abundancia de tu misericordia,
y la hagas capaz de renovada santidad. Amén.

Al término de esta oración, la superiora hará que la postulante se levante y después de profunda reverencia al Santísimo Sacramento, pase el cirio a la asistente y permanezca en pie.

Luego el Oficiante dará el escapulario a la superiora y mientras la postulante se lo reviste dice: « Toma, Hija mía, el yugo de Jesucristo que es dulce y liviano ; y aprende de él que es bueno y humilde de corazón y encontrarás reposo para tu alma ».

Al darle el velo: «Recibe este santo velo como señal de modestia, pudor, sumisión y mortificación a fin de que al llevar la mortificación de Jesucristo en tu cuerpo, se manifieste en ti la vida de Jesucristo».

Al darle el rosario: «Recibe este rosario como señal de tu pertenencia especial a la santísima Virgen y de la devoción muy particular que le debes para honrarla y hacerla honrar en cuanto te sea posible».

Al darle el manto: «Los que siguen al Cordero inmaculado, marcharán con él con vestiduras blancas Que por tanto tus vestiduras estén siempre blancas como señal de pureza interior para que seas digna de llevar y glorificar a Dios en tu corazón y en tu cuerpo».

Al darle el nombre: «Al vencedor, dice Nuestro Señor, le daré un nombre nuevo. Aquí tienes uno del todo nuevo y santo que te da, para comprometerte a vencer al demonio,

al mundo y al pecado en tí misma. En adelante te llamarás María N.N. Sé sierva fiel e Hija verdadera de esta augusta María cuyo nombre llevas».

El Oficiante la asperja con agua bendita y dice:

V/. El Señor esté con ustedes. R/. Y con su espíritu

Oremos

Omnipotente y misericordioso Dios,
que quieres siempre la enmienda de la vida,
mira propicio a esta humilde sierva tuya
a quien en tu nombre impusimos el velo,
y entrégala al patrocinio de santa María Virgen,
para que, renunciando a los halagos mundanos,
la guardes bajo tu protección
segura contra toda vanidad mundana
y libre de todo impedimento del mundo
persista devota en su santo propósito,
y en la santa comunión de tus elegidas
comparta con ellas u manera de vivir
y llegue feliz a ti y te alabe por siempre. Amén

En seguida la bendice: Te bendiga el Padre, y el Hijo + y el Espíritu Santo, te corone de santidad y dilección, y cumpla todos tus ruegos por siempre. Amén.

Luego la asperja sin añadir nada y se retira a la sacristía con sus ministros para dejar sus ornamentos.

Hecho esto, la superiora y la asistente dejan la novicia y se van a su puesto. La sacristana, u otra, vienen donde la novicia y ambas, hecha reverencia al Santísimo Sacramento, se van donde las religiosas.

Llegadas donde la superiora, le hacen profunda inclinación y la novicia entrega su cirio a la que la ha acompañado y de rodillas recibe el beso de paz de la superiora. La novicia al recibirla dice: *Ore por mí, madre mía*. Y la madre al dar la paz dice: *Hermana mía, Dios te da su paz*.

Luego, sin besar la tierra, pues solo se hace con la superiora, irá donde las otras de lado de la superiora y hará lo mismo. Terminado ese lado irá al medio del coro, junto con la que la ha acompañado, donde, hecha la reverencia al Santísimo Sacramento, irá a encontrar a la asistente y las del otro lado, y dirá y hará lo mismo. Recibida la paz de todas las Hermanas la recibirá de la que la ha acompañado.

Si hay dos para la toma de hábito, la una será acompañada por la superiora, la otra por la asistente, cada una por lado. Terminado el rito irán al medio del coro hacen reverencia al Santísimo Sacramento al mismo tiempo, y luego se juntarán para hacer la inclinación a la superiora. Hecho esto, cada una irá al lado donde no ha recibido el beso de paz. Regresan al medio del coro, reverencia al Santísimo Sacramento, reciben el beso de paz de la que acompaña y dirán: *Hermana mía, Nuestro Señor nos toma bajo su protección*, y responde la otra: *y su santa Madre*.

Mientras las novicias reciben el beso de la paz el coro canta alternadamente los salmos 133, 122, 121, 126.

Se dirán todo o en parte según dure el beso de paz y terminan con el *Gloria* que solo se dice al final del último.

La que acompaña a la novicia la llevarán donde la superiora y ambas se inclinan ante ella, entregan el cirio y lo deja y regresa a su puesto. La superiora tiene a su lado a la novicia, de frente al altar y luego todas cantan el *Laudate Dominum omnes gentes*, con los *Alleluias*, si la liturgia lo permite.

Luego la sacristana, acompañada por dos del coro, va a tomar la cruz y se sitúa en medio del coro, cerca de la reja, entre las dos del coro. Luego, las cantoras, entonado el *Laudate pueri Dominum*, la sacristana y las dos del coro se van, y las demás las siguen procesionalmente de a dos en dos, como vinieron. Se juntan en mitad del coro, hacen la reverencia al Santísimo Sacramento y se marchan cantando ese salmo hasta el noviciado para que allí la novicia firme su toma de hábito que debe estar ya escrita en el libro destinado para ello.

Yo... hija de NN, y de NN, de ... años de edad, libremente y con pleno consentimiento de mis padres, después de haber estado... en esta casa, haber visto y considerado las Reglas y ejercicios que allí se siguen, voluntariamente pedí ser recibida a la toma de hábito en el rango de Hermana de coro (o doméstica), lo que obtuve por la gracia de Dios. Cambié de nombre al tomarlo y recibí el de María de NN, el día... del mes de... del año de...

Sor María de NN.

3. Formulario para la profesión

Terminado el tiempo de noviciado y llegado el día de la profesión, se dispondrá y procederá a la manera prescrita para la toma de hábito, hasta el fin del *Veni Creator*. Luego el Oficiante, con sus ministros, delante de la reja, se sienta y hace este cuestionario a la novicia.

El Oficiante: Mi muy querida Hermana ¿qué pides ? Di tu intención ante toda esta asamblea.

La novicia: Solo una cosa pedí al Señor y ahora la reitero: habitar en la casa de Nuestro Señor y de su santísima Madre todos los días de mi vida. Para ello pido ser recibida a la profesión en la Congregación de Nuestra Señora de Caridad, para servir en ella a Dios toda mi vida en el ejercicio de la obediencia, de la castidad y de la pobreza, y para emplearme, con la gracia que me dé, en la salvación de las almas de las jóvenes y mujeres penitentes que vengan a esta casa.

El Oficiante: ¿Tienes firmemente en tu corazón, no obligada ni forzada, la voluntad de guardar obediencia, castidad y pobreza a Jesucristo Nuestro Señor, y de cooperar con él en la salvación de las almas según el Instituto de esta

Congregación ? Querida Hermana, tu vestido del mundo está guardado y aquí tienes el velo de la Congregación. Ahora tienes ante ti uno y otro para que extiendas tu mano al que quieras para escogerlo y tomarlo.

La novicia: Voluntariamente me despojé de la vestidura del mundo. Jamás, con la ayuda de Dios, la tomaré de nuevo. Abandoné la vanidad y de ella me lavé mis pies. Nunca volveré a ella.

El Oficiante: Ciertamente es un bien para ti hacerlo así. Si perseveras recibirás la bendición del Señor y la misericordia de Dios nuestro Salvador. ¿Piensas que estás suficientemente instruida en lo que es el Instituto de este monasterio, de los votos esenciales de la vida religiosa, de las Reglas y Constituciones? En una palabra, ¿conoces bien lo que buscas al hacer la profesión?

La novicia: Sí, Padre, por gracia de Dios. Quien confía en el Señor jamás será confundido. Por eso me dirijo a él y le elevo esta oración: Señor, confírmame en esta hora para que haga lo que veo debo hacer con tu gracia. Dios mío, acudo a ti porque me has llamado. Recíbeme conforme a tu palabra y viviré. Mi esperanza no será confundida (Sal 119, 116).

El Oficiante se dirige a la superiora: Madre mía, has escuchado la petición y sus consecuencias que nuestra

Hermana ha hecho. ¿Ha recibido el asentimiento de la comunidad?

La superiora: Sí, Padre, con la gracia de Dios. Nuestras Hermanas le desean la felicidad de vivir y morir unida a ellas y que para ello haga ahora los votos sagrados y la santa profesión según todo lo que ella requiere.

El Oficiante: Querida Hermana, si tal es tu voluntad, ven a Dios tu Creador y seas iluminada, que tu rostro nunca quede confundido (Sal 34, 6). Haz al Señor tu sacrificio, espera en él, y él te mostrará el bien (Sal 4, 6).

De inmediato la novicia y las Hermanas que la acompañan se levantan y hacen reverencia al Santísimo. Luego la novicia viene a ponerse de rodillas en la grada cercana de la reja y se queda allí en silencio, las manos juntas, los ojos bajos, y sus asistentes a sus lados, de rodillas, mientras el coro canta: *Te ofreceré im sacrificio de alabanza, invocando tu nombre, Señor. Cuumpliré mis votos en presencia de todo el pueblo* (Sa1 l16, 17-18).

El Oficiante bendice en seguida el velo negro y la imagen³¹, que estarán en una bandeja o en la credencia. Luego se sienta, recibe el bonete. La novicia pronuncia clara y distintamente la profesión conforme a lo que sigue.

« En el nombre del Padre, + del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Yo, Sor María de ... en presencia de nuestra madre... superiora de este monasterio, y de la comunidad

³¹ La imagen de la santa Virgen con el Niño Jesús, grabada en un cofrazón de plata.

de Hermanas que hay en él, hago voto y prometo a Dios guardar toda mi vida pobreza, castidad y obediencia según la Regla de San Agustín y de las Constituciones de Nuestra Señora de Caridad, bajo la autoridad de monseñor el ilustrísimo y reverendísimo obispo de ..., como también de emplearme en la instrucción de las jóvenes y mujeres penitentes que después de haber vivido licenciosamente se sometan voluntariamente y sin coacción a la dirección de las religiosas de dicho monasterio para convertirse a Dios y hacer penitencia. Que todo sea para la gran gloria de mi Dios y en honor de la sacratísima Virgen María, Madre de esta Congregación.

En el año de Nuestro Señor... el día...

Sor María de ...»

La que hace los votos tendrá su profesión escrita con su propia mano en un papel que firmará en ese momento.

Terminados los votos el coro se pone en pie y vueltas unas a otras cantan el salmo: *Te escuche Dios en día de tu profesión* (Sal 20, en que se cambia *tribulación* por *profesión*).

Terminado el salmo el Oficiante se pone en pie y dice
Dominus vobiscum... Et cum spiritu tuo.

Oremos

Te rogamos, oh Dios, que por intercesión de santa María Virgen,

te dignes defender de toda adversidad a esta sierva tuya,
postrada ante ti de todo corazón
y liberarla de todas las asechanzas del enemigo.
Por Cristo...

Luego se acerca a la reja y tomando la imagen de Nuestra Señora, la presenta a la profesa y le dice: « Recibe, querida hija, esta imagen de la sacratísima Virgen María, Madre de Jesús, como señal de la pertenencia perpetua que le has hecho, como a tu muy venerada Señora y a tu muy querida Madre. Pon en tu pecho esta imagen, llévala día y noche, en testimonio del deseo que tienes de estarle siempre unida con especial devoción y perfecta imitación, para amar, glorificar y alabar desde ahora y por siempre, con ella y con su Hijo Jesús, a la santísima Trinidad ».

La profesa toma la imagen, la besa y la cuelga en su cuello, ayudada por la superiora y la asistente.

Luego el Oficiante le da el velo y le dice: «Pon este velo en tus ojos para no ver ya ese mundo al que has renunciado para siempre».

Mientras la superiora y la asistente acomodan el velo en la cabeza de la profesa, el Oficiante dice:

Oremos

Señor nuestro Jesucristo, inspira misericordioso
a esta sierva tuya sincera y firme piedad,
para que lleve dignamente
el hábito de la santa profesión,

y pueda cumplir lo que ha prometido
y persevere en su santo servicio,
y con los elegidos llegue a los gozos eternos. Amén.

Luego la nueva profesa se pone en pie y canta: *Aquí descanso para siempre. Aquí habitaré pues así lo escogí* (Sal 132, 14)

El Oficiante la bendice: Hermana mía, has muerto para el mundo y para ti misma; ya no vives sino para Dios.

El coro entona: *Felices los muertos que mueren en el Señor* (Ap 14, 13).

La profesa se prosterna en el tapiz en forma de cruz y será cubierto de inmediato con un paño negro preparado para el caso. El Oficiante canta la lectura: *Porque me sacaste del vientre*, etc. Y comienza el *Libera me Domine*, que el coro continúa : *de morte aeterna*, hasta el versículo: Tremens sum facta ego... El coro : Quando coeli movendi sunt.... Etc.

El Oficiante entona: Kyrie, eleison. Christe, eleison. Kyrie, eleison, Pater...

- No nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal.
- Salva a tu sierva, que tiene en ti su esperanza.
- Sé torre de fortaleza, frente al enemigo.
- Nada alcance en ella el enemigo, y el hijo de la iniquidad con le haga daño.
- Ora POR ELLA, SANTA Madre de Dios para que sea digna de las promesas de Cristo.-Señor, escucha mi oración y mi clamor llegue hasta ti.

Dominus vobiscum, et cun spiritu tuo

Oremos

Te rogamos, Dios nuestro, que absueles
por tu misericordia a esta sierva
a la que mandaste salir de este mundo,
y muerta para este mundo perverso,
viva para ti, y preservada de sus contagios,
devuélvele la herencia de la salvación eterna. Amén.

La asperja con agua bendita y le dice: « Levántate, hija mía, en el nombre de Dios, para que salda de las sombras de muerte de este mundo maligno, te inunde la luz de vida que es Jesucristo Nuestro Señor ».

La profesa se levanta de inmediato y, haciendo profunda inclinación, toma de nuevo el cirio. El Oficiante le dice: « Haz que tu senda avance como aurora resplandeciente y que cruce hasta la perfección del día ».

La profesa, cirio en la mano, canta: *El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?* Luego se pone de rodillas frente a la reja y el Oficiante dice:

Oremos

Te rogamos, Señor, que la fuerza encendida y dulce de tu
amor

penetre nuestra alma, para que ardamos en el amor de tu
amor,
que por nuestro amor te dignaste morir. Amén.

Luego pone en mano de la nueva profesa un crucifijo y le dice: *Lejos de mí gloriarme sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por el que el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo.*

Y el coro canta: Vivo yo, pero soy el que vive sino Cristo en mí. Y la novicia añade : *Gloria al Padre*, etc. Y el Oficiante:

Oremos

Oh Dios, que por nosotros quisiste que tu Hijo
padeciera el patíbulo de la cruz,
para desterrar de nosotros el poder del enemigo,
concede a tus siervos y siervas
conseguir la gracia de la resurrección. Amén.

Terminada la oración, la superiora y la asistente, hecha la reverencia al Santísimo, pasan a sus puestos. La sacristana, u otra, va donde la profesa y se pone de rodillas junto a ella, mientras el oficiante la bendice, diciendo: Te bendiga el Padre, + el Hijo y el Espíritu Santo, te colme de amor y santidad y atienda por siempre todas tus súplicas. Amén.

La asperja con agua bendita. La profesa y su acompañante se ponen en pie y el Oficiante le dice: Vete,

hija mía, Dios te sea propicio. Permanece en tu morada porque Dios te ha colmado de su gracia.

Dicho esto, el Oficiante y sus ministros regresan a la sacristía. La nueva Profesa, conducida por su asistente, va a recibir el abrazo de paz, luego de hacer reverencia al Santísimo. El resto se hace como en la toma de hábito. Van procesionalmente al noviciado para que allí la nueva profesa firme su profesión que debe estar escrita y lista en el libro.

BREVE ADVERTENCIA

Las superiores deben examinar bien a las novicias sobre si están decididas a perseverar en su vocación. Si hubiera alguna joven que no estuviera bien deseosa de la profesión sería bueno retardarla o si es el caso despacharla. Este don es tan grande que habría que ser muy insensible para no testimoniar deseo ardiente de tomarlo.

Si se quiere conservar el espíritu primitivo de esta vocación hay que ser fieles e inflexibles a no conceder la profesión a quienes no tengan las condiciones requeridas. Se atraería la ruina sobre el bien y la paz de la casa.

Se acostumbra poner una corona de flores en la cabeza de las Hermanas cuando profesan que lleven todo el día. La superiora la pone cuando amarra el velo.

II. EXTRACTOS DEL CEREMONIAL QUE SE TIENE EN LA ORDEN

CUANDO SE ADMINISTRAN

LOS SANTOS SACRAMENTOS DE LOS ENFERMOS

1. El santo viático

El confesor, con sobrepelliz y estola, hace encender un cirio en el altar y toma el copón que llevará a la reja, depositándolo en un corporal desplegado. Cierra la ventanilla y va a la puerta para ser conducido al coro de las Hermanas. Cuando llegué allí se pone de rodillas ante el Santísimo Sacramento, con el cual, vuelto hacia las religiosas, les da la bendición y comenzará el *Misserere mei Deus* y se queda en el lugar hasta que las Hermanas y el acólito hayan pasado.

Cuando el confesor llega a la puerta de la enfermería, acabado o no el salmo, dirá en voz alta: *Paz a esta casa*. La sacristana responde *Y a cuantos la habitan*. Lleva el Santísimo Sacramento al altar preparado, ante el que estará de rodillas hasta que las Hermanas hayan entrado. Luego, en pie, da la bendición a la enferma con el Santísimo Sacramento, la asperja en signo de cruz, y también a las Hermanas diciendo *Rocíame Señor* y luego dice las oraciones siguientes.

Luego la enferma se reconcilia si tiene necesidad y pedirá perdón a las Hermanas y les suplica que oren por ella. El confesor le hace hacer los actos siguientes:

-1. ¿Crees que en el muy augusto y adorable Sacramento que te traigo se contiene el precioso Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que da la vida eterna a quienes lo reciben dignamente? R/. Sí.

2. ¿Lo adoras con todo el respeto y sumisión que te es posible, lamentando no poder adorarlo tanto como lo hacen

los serafines y bienaventurados que están prosternados ante el trono de su majestad? R/. Sí.

3. ¿Quieres con todo tu corazón a este Dios de caridad que viene a darse a ti amorosamente? R/. Sí.

4. Ten dolor de tus pecados, sean los que fueren, no por temor del infierno o de los juicios divinos, sino solo por haber ofendido la soberana majestad y bondad de Dios.

5. Acepta amorosamente las penas y sufrimientos que te da como justa reprimenda de tus infidelidades. Ofrecete a Dios para sufrir lo que le plazca y repite a menudo: Salvador mío, con todas mis fuerzas uno mi entendimiento a tus soberanas verdades y mi corazón a tus amables voluntades.

Luego el confesor advertirá a la enferma a ganar la indulgencia plenaria acordada a las religiosas en trance de muerte por el papa Paulo V. Así dice en la bula:

« Todos los religiosos en trance de muerte que estén contritos y se hayan confesado y comulgado, o que no pudiendo comulgar invoquen de corazón el santo nombre de Jesús, si no pueden hacerlo con los labios, ganarán la indulgencia plenaria ».

Esta indulgencia se gana sin cruz ni medalla, solo en virtud de su profesión religiosa.

Dicho esto, la asistente dice el *Confiteor*, y el Confesor el *Misereatur*.. En seguida el sacerdote toma la santa Hostia, la mantiene elevada ante la enferma y dice estas palabras interrogándola:

¿Crees que este es el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que da la vida eterna a quienes lo reciben dignamente?

La enferma responde que sí, y él le dirá que lo adore y que recite tres veces: *Señor, no soy digna...* luego le da la comunión diciendo *Recibe, Hermana, etc.*

Terminada la oración podrá exhortarla brevemente a dar gracias... :

Si la enferma estuviera urgida se omiten estas oraciones y ceremonias. Si le da algún achaque mientras el Santísimo esté en la enfermería que le impidiera comulgar realmente, el confesor, recita las oraciones, excepto las que conciernen la santa comunión. Se pone de rodillas reverentemente con toda la asamblea para orar por la enferma la cual se dispondrá a actos de adoración y de deseo de comulgar espiritualmente. El sacerdote se levanta y le da la bendición con el Santísimo Sacramento y la exhortará a acatar con amor el beneplácito divino y la comunión espiritual. Entona luego el *Benedictus* y regresa como vino. Si no hay hostias para llevar, dos Hermanas lo llevarán a la puerta para salir a menos que haga de inmediato la recomendación del alma.

2. Cómo se administra la Extrema Unción

La sacristana da lentamente seis toques de campana para reunir a las Hermanas en la enfermería. Allí ponen de rodillas. A cada una se le da una vela a menos que el calor de la época cause molestia a la enferma. Antes de que se traigan los santos óleos la enfermera limpia las partes del cuerpo donde se hacen las unciones.

El confesor, con sobrepelliz y estola morada, entra a la enfermería con los santos óleos. Al entrar dice: *Paz a esta casa*, etc. Se acerca a la enferma y le da agua bendita, lo mismo que a las Hermanas y recita el *Asperges*, etc. Luego le presenta el Crucifijo para que lo bese.

Si la enferma está en buen juicio, le habla con pocas palabras de la necesidad de los efectos de este sacramento que culmina la penitencia cristiana. Le dice que pida a Dios el espíritu del sacramento y que trate de moverle a él mientras se lo aplique. Puede ser que la enferma no esté lo bastante vigorosa para expresar por sí misma estos sentimientos. Puede, discretamente sin embargo, ayudarla con estas o parecidas palabras.

Al ungir los ojos. Por la muerte se pierde la vista y se acepta que sea en satisfacción por haberse servido de los ojos para ver la vanidad u objetos prohibidos o derramar lágrimas inútiles. Pedir perdón por ello. Aspirar a que contemplen a Jesús en el paraíso. Pedirle que con sus ojos nos mire amorosamente como miró a los que lo crucificaban y bendecir las lágrimas que vertió por nuestra salvación. « Quién derramará en mi cabeza el agua y en mis ojos una fuente de lágrimas para llorar noche y día » (Jer 9, 1). « Elevo hacia ti mis ojos, que habitas en el cielo » (Sal 123, 1).

Al ungir los oídos. Aceptar que no se volverá a escuchar. Dolerse de haber escuchado el mal y haberse gozado de él. Pedir perdón a Dios. Desear a que el poco oído que nos

quede sea para oír hablar de la salvación. Pedir a Jesús la aplicación del mérito de su paciencia al escuchar las injurias y blasfemias durante su pasión. « Dame escuchar tu voz, Señor, porque tu voz es amable » (Ct 2, 14).

Al ungir la nariz. Pedir perdón a Dios por los pecados del olfato. Sobre todo por haber sido, con conducta poco edificante, mal olor para el prójimo. Ofrecer en satisfacción a su justicia la corrupción del cuerpo y pedir a Jesucristo la aplicación del mérito de los malos olores que experimentó en el establo y en el Calvario. « Recibe, Señor, mi vida, mi corazón y mi cuerpo en olor de suavidad ».

Al ungir los labios. Aceptar el silencio de la muerte para satisfacer la justicia de Dios en castigo de todos los pecados cometidos por la palabra y por los excesos en el comer. Al recibir la unción implorar la divina misericordia con corazón de veras humilde, y pedir a Jesús la aplicación del mérito de su silencio, de sus predicaciones y sus santos ayunos. « Si me empeño en justificarme, mis propios labios me condenarán » (Job 8, 20).

Al ungir las manos. Sufrir que esas manos se sequen en castigo por las faltas cometidas al tocar, por las injusticias, y por la omisión del bien que se hubiera debido hacer. Pedir perdón a Dios, y a Jesucristo la aplicación del mérito de las santas acciones que obró mediante sus sagradas manos que fueron clavadas a la cruz. « En tu nombre elevo mis manos » (Sal 63, 59).

Al ungir los pies. Aceptar que en satisfacción de la justicia de Dios que los pies reposen en la tumba y hagan penitencia por haberse apartado de él. Pedir a Jesucristo la aplicación del mérito de sus sagrados pasos hechos por la salvación de los hombres, sobre todo al llevar la cruz. « Me extravié como oveja perdida ; busca a tu sierva » (Sal 119, 176). « Señor, concédeme entrar por el camino de tus mandatos » (Sal 119, 35).

El sacerdote añade luego las oraciones del ritual de sacramentos.

3. Visita de la enferma

Siempre que el confesor entre a visitar la enferma dice *Paz a esta casa y a cuanto la habitan.*

Cuando lo juzgue a propósito, o la superiora, le hará hacer los actos siguientes, y en su ausencia, la superiora podrá, si necesario, hacer que la enferma los haga.

g1. ¿Crees los artículo de la fe que la Iglesia católica, apostólica y romana cree y enseña porque Dios reveló todas esas verdades que son infalibles y necesarias para nuestra salvación? *Sí, los creo.*

2. ¿Quieres vivir y morir en la creencia y confesión de esta misma fe apostólica? *Sí, quiero.*

3. ¿Amas a Dios de todo corazón, y pides humilde perdón de todos tus pecados cometidos contra su infinita bondad y quisieras tener un dolor mil veces mayor que el que tienes por haberlo ofendido, y no por temor de la muerte o de

cualquier otra pena que hayas merecido sino solo por haber ofendido la soberana bondad? *Sí.*

4. Si es voluntad de Dios que vivas todavía un tiempo en el mundo ¿estás decidida, mediante su santa gracia, a hacerte más agradable a su divina majestad y perfeccionarte más y más en el servicio y en el amor que le debes ? *Sí.*

5. ¿Si te recuerdas de pesados que olvidaste en tu confesión los confesarías ahora y harías penitencia durante el tiempo que te queda? *Sí.*

6. ¿Esperas que Dios te tenga misericordia y te dé la vida eterna por los méritos y satisfacciones infinitas de Nuestro Señor Jesucristo? *Sí lo espero*

7. ¿Perdonas de todo corazón por amor a Dios a todos y todas que te hayan ofendido y tienes el deseo de que Dios también los perdone? *Sí, lo pido de todo corazón.*

8. ¿Pides también perdón a todas las personas que hayas podido ofender de cualquier manera que sea? *Si, lo pido de todo corazón.*

9. ¿Pides a Dios de todo corazón que te dé la gracia de no cambiar jamás de la resolución tomada de permanecer siempre en la contrición de tus pecados, en la perseverancia de su santo amor, y en la voluntad de agradarle en cuanto desea de ti? *Sí.*

10. ¿Aceptas de corazón la aflicción y el mal que te trae la enfermedad para satisfacción de tus pesados y para hacerte más conforme con la pasión de Nuestro Señor Jesucristo? *Sí.*

11. ¿Deseas con sumo anhelo ver a nuestro Dios, soberano bien de nuestras almas, objeto único de nuestras

esperanzas, para bendecirlo, adorarlo y glorificarlo eternamente? *Sí, lo deseo con todo el afecto.*

12. ¿Si Dios te pide devolverle la vida que te dio y te ha conservado hasta el presente, estás dispuesta a ponerla entre sus manos y adorar su inmensa bondad en la muerte como en la vida? *Sí*

En seguida dicen el *Confiteor* y el confesor recita el *Misereatur*, etc. Y pronuncia esta absolución que no es sacramental:

Señor nuestro Jesucristo, por virtud y mérito
de su pasión te absuelva y yo, por su autoridad,
te absuelvo de todo vínculo de excomunión,
y de toda censura eclesiástica, que por derecho
o por voluntad te haya sido impuesta,
y ruego al Señor Redentor nuestro,
que, liberada de todo lazo de pecado,
se digne conducirte al reino de los cielos. Amén.

4. Protestaciones de la enferma, o de otra persona en su lugar

1. Yo ... en tu presencia, Ángel de Dios, a quien fue encomendada mi custodia desde el momento de salir del vientre de mi madre, y en presencia de ... aquí presentes protesto que quiero morir en la verdadera fe católica, apostólica y romana, en la que todos los santos han muerto y fallecido.

2. Hago igualmente protesta de querer vivir y morir en la esperanza de que voy a alcanzar de mi Dios el perdón de todos los pecados cometidos, así hayan sido en gran número, pues una sola gota de la sangre que Nuestro Señor derramó en el árbol de la cruz era suficiente para rescatar a todo el género humano.

3. Pongo de manifiesto además que si por la debilidad de mi espíritu o la violencia del mal, o el temor de los juicios divinos, o la tentación del enemigo me hicieran caer en desesperación o en alguna duda de la fe, ahora que estoy en uso de mi mente sana, revoco todo ello y renuncio desde ya a todos los pensamientos contrarios a las voluntades de mi Dios.

4. Manifiesto además que todos mis pecados me desagradan grandemente, porque desagradan a Dios. Por eso le suplico muy humildemente que me haga misericordia, y le suplico por los méritos de la muerte y pasión de Nuestro Señor Jesucristo, por la virtud de su sangre preciosa y por los méritos e intercesión de su Madre santísima, de sus ángeles y de todos sus santos, me conceda la remisión de todas ofensas cometidas contra su divina bondad.

5. Declaro que no quiero vivir un momento más del tiempo que Dios quiera concederme. Cuando quiera enviarme la muerte la acepto de todo corazón en castigo por mis pecados. Deseo hacerle reparación honorable de las injurias que hice a su divina majestad.

6. Manifiesto además que no tengo otros deseos en el mundo que ver a mi Dios en el trono de su gloria, para

adorarlo y glorificarlo por siempre con todos los elegidos y predestinados. Le ruego de todo corazón que me reciba un día en el número de las almas bienaventuradas, sea que quiera admitirme por los sufrimientos que pueda tener en este mundo, sea que quiera reservármelo en el purgatorio. En todo caso adoro su justicia y su misericordia y me considero muy feliz de hacer por entero todas sus voluntades.

7. Oh santa Virgen, Madre de piedad y misericordia, luego de estas protestaciones mías, te encomiendo por testimonio de mi alma, mis últimas voluntades y querer. Te pido, con suplicación humilde, que por tu medio, pueda obtener una de tus miradas compasivas o uno de los suspiros que Nuestro Señor Jesucristo exhaló de su pecho sagrado durante las tres horas del tiempo que permaneció clavado en la cruz, para suavizar y aliviar los suspiros que pudieran entristecer y afligir mi alma a la salida de mi cuerpo.

Oh Ángel bueno, que me diste como tutela y guardia, ruego también a tu angélica piedad, que continúes tu muy favorable asistencia y hagas que cuando mi alma sea separada de mi cuerpo, pueda encontrar a Nuestro Señor como Juez muy clemente y misericordioso, en consideración del amor inaprensible que testimonió en la cruz por la salvación de los hombres.

Oh sagrada Madre de mi divino Jesús, oh Ángel de mi guarda, siempre fiel, ruego a los dos de todo corazón, que en la última hora de mi vida se dignen defenderme de todos los enemigos de mi salvación, y den testimonio fiel de estas

protestaciones más ante mi Dios para que, mediante ustedes, pueda estar más digno de comparecer delante de su divina majestad.

5. Testimonio del alma hecho por la enferma al Ángel de la guarda

Luego de hechas estas protestaciones, oh santo Ángel de Dios, como testamento de mi alma, te recomiendo mi última voluntad y deseo, y te ruego que pidas tres cosas de la muerte y del testimonio de mi Salvador.

Primero, déjame una de sus miradas llenas de lágrimas y uno de sus dolorosos suspiros de los incontables padecimientos sufridos durante su crucifixión por espacio de tres horas, para suavizar y mitigar mis dolores, penas, sollozos y suspiros que ahora me agobian. Que por tu intercesión, su santa Madre quiera compartir conmigo uno de sus gemidos y dolorosos suspiros de su Corazón virginal, por los incontables tormentos sufridos junto al árbol de la cruz, mirando a su querido Hijo, el Redentor del género humano. Que se digne recibirme en el número de sus pobres pecadoras que deben obtener misericordia de parte de Dios, en el día de su temible juicio último.

Segundo, me socorra tu angélica compasión cuando mi pobre corazón se rompa con mi muerte y mi pobre alma sea separada de mi cuerpo encuentren a mi bondadoso juez por el amor de la divina caridad por la cual su Corazón amoroso

se rompió en la cruz para la salvación del mundo y su santísima alma fue separada de su cuerpo.

Finalmente, mi muy santo Ángel, te encomiendo la última hora de mi vida y la salida de mi alma. Que te plazca gobernarla y defenderla de los enemigos de mi salvación. Sé fiel testigo y protector de mis protestaciones, donde sea preciso, contra los peligros de mi salvación. Amén.

6. La recomendación del alma

Cuando se juzgue que la enferma entra en agonía se hace entrar al confesor para asistirle y decir las oraciones de los agonizantes. Tendrá los ornamentos dichos. La Hermana sacristana dará cinco golpes de la campana grande para convocar a las Hermanas a la enfermería para unir sus oraciones a las del sacerdote y cumplir los últimos con la Hermana.

El sacerdote pasa el crucifijo a la Hermana para que lo obedezca y le hace repetir algunos de los actos siguientes u otros semejante. Deben ser cortos pero conmovedores.

« Señor y Dios mío, mi Salvador, confío en ti y nada tendré que temer » (Is 12).

San Juan Eudes insinúa muchos textos cortos de la Palabra de Dios.

Durante las oraciones que se hacen en el tiempo de la agonía se da a la enferma un cirio bendito para oponerla al espíritu de las tinieblas y ponerlo en fuga en virtud de la

bendición recibida y para reconocerse culpable ante Dios y hacer cumplida reparación a su justicia. El sacerdote hace que la enferma bese el crucifijo y le inspira algunas palabras como estas:

-«Sagrada Cabeza coronada de espinas, te adoro, glorifícame».

-«Ojos benditos de Jesús que la muerte cerró, mírenme».

-«Benditas manos, traspasadas por los clavos, defiéndame».

-«Divino Corazón de Jesús, herido por mi amor, recíbeme».

-«Brazos extendidos por tu amor, abrácenme».

-«Pies adorables, fatigados por mi salvación, levántenme».

-«Sangre preciosa, derramada por mis pecados, purifíquenme».

7. Expiración

Nada hay más deseable que una muerte preciosa ante Dios. Es importante por tanto, cuando el alma está lista para ir a él que es el centro de sus deseos que esté llena de fervor y de atención. Como la enferma, en ese momento extremo, no puede actuar con la libertad ordinaria y con toda la fuerza de su alma, el sacerdote y las religiosas presentes pueden suplirla por caridad. Se celebrará una misa en honor de la Pasión para obtenerle la gracia final, por los méritos de Jesucristo. Sin embargo se le sugerirá producir actos cortos, llenos de ardor, como:

-Creo, Señor, ayúdame.

- Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí,
- No lo que yo quiero, Dios mío, sino lo que tú quieres.
- Buen Jesús, refugio y paz mía, defiéndeme y reconcíliame.
- Dios mío, pon tu cruz y tu Pasión entre tu juicio y mi alma.
- Santa María, Madre de gracia y misericordia, defiéndeme del enemigo.
- San Miguel, combate por mí,
- Ángel de mi guarda, asísteme.
- Mártires del Señor, rueguen por mí.
- Todas las santas vírgenes y viudas reciban mi alma al salir de mi cuerpo.
- En tus manos, Padre, pongo mi espíritu.

Cuando la agonizante ha perdido la palabra y se piensa que ya no oye, lo mejor es orar por ella para que alcance una buena muerte, pedir que sea perdonada de todo pecado, sea fortalecida en sus sufrimientos y alcance misericordia en el momento de su juicio.

Es bueno que cada una recite en particular tres veces el Padre nuestro y tres Ave Marías, el Ave Cor y el Ave María Filia Dei Patris. No está por demás decirle al oído estas palabras:

«Creo, Dios mío, espero, amor. Te pido perdón. Se haga tu voluntad. Me abandono en ti. Te deseo».

Entremezclar los nombres sagrados de *Jesús, María*. «Virgen santa, ruega por mí. Jesús mío, recibe mi espíritu». Y al expirar decir fuerte: Jesús, Jesús, Jesús.

III. DIRECTORIO

Para la Hermana encargada de las penitentes

Es muy importante que la encargada de esta misión tenga gran celo por la salvación de las almas, muy propio del Instituto, y tenga las cualidades siguientes:

Que sea muy prudente y discreta, humilde y llena de bondad, tanto para soportar pacientemente todas las contradicciones, resistencias y oposiciones inherentes a este cargo, debido a la inconstancia de estas almas débiles que ordinariamente son muy extrañas, y para hacerles concebir y practicar el bien.

Debe sobresalir en la virtud de paciencia para sobrellevar amablemente los defectos de las que descubra tienen un corazón bueno y se hagan fieles a la observancia de su reglamento. Y también deber ser generosa para corregir y castigar a las rebeldes.

Tendrá también especial solicitud de que sean asiduas a sus labores. Cuide lo espiritual pero esté muy atenta también a no dejarlas ociosas en ningún momento.

No las deja solas pero, en cuanto posible, ella y su compañera estarán siempre las dos con ellas. Si tuvieran necesidad de ausentarse por un tiempo lpedirán a la Hermana designada para suplirlas quedarse co ellas hasta que vuelvan con el fin de aseurar que hagan sus labores.

Cuando vayan a confesarse las preparará de antemano ayudándoles a hacer su examen y los actos señalados en el libro *Vida y Reino de Jesús*, Les leerá, o hará se les lea, el ejercicio de la santa Misa mientras se canta en las fiestas y en los domingos, con los actos preparatorios a la santa

comuni3n cuando haya algunas para comulgar. Tambi3n la acci3n de gracias despu3s de la santa Misa a menos que la superiora ordene algo distinto.

Cuando sea necesario cambiar, aumentar o disminuir algunas de sus pr3cticas, o que hagan sus ejercicios en horas diferentes de las fijadas, solo lo har3 con autorizaci3n de la superiora. Cuando sea necesario permitir mayor frecuencia o rehusar el uso de los sacramentos no podr3 hacerlo por su propia autoridad sino seg3n el parecer de la superiora con la que dialogar3 a menudo sobre los acontecimientos o dificultades que se presenten en esta tarea, para recibir de ella luces necesarias para la conducci3n de las almas. Solo por orden de la superiora les ense1ar3 la manera de hacer la oraci3n y recitar el Oficio divino. Sobre todo, presten cuidadosa atenci3n para que no haya entre ellas choques, ni enemistades, ni envidias, ni desprecios, ni odios de unas contra otras, corrigiendo y previniendo en cuanto posible esos des3rdenes que son verdadera peste de la vida espiritual y la perdi3n de las almas.

Tendr3 la llave de la puerta de las penitentes, si la superiora lo juzga bien, a todo lo largo del d3a, para salir y entrar ella y su compa1era, cuando la necesidad lo requiera, como tambi3n si hay necesidad de que las pendientes salgan para un servicio en la casa o para otra cosa necesaria.

Cierra esa puerta todas las noches y lleva la llave a la superiora. Tendr3 consigo, como prev3n las Constituciones, la llave de la puerta que da a la pieza de las responsables en el dormitorio de las penitentes para poder entrar si ocurre

algún accidente durante la noche. Fuera de ese caso esa puerta estará siempre en llave de modo que no sea posible entrar o salir durante el día. Lleva dicha llave a la celda de la superiora, cuando vaya en la mañana por las llaves y las toma de nuevo al llegar la noche al devolverlas.

Cuando las directoras tomen sus alimentos con las penitentes no pueden darles sino lo que les dado para su uso particular. No podrán darles algo extraordinario, por ejemplo colaciones o frutos. O cuando alguna esté indispuesta pedir algo especial a la cocina, o distribuir sopas a algunas, o la porción que alguna haya dejado o permitirles guardarlas para más tarde, y cosas semejantes, sin autorización de la superiora a la que acudirán con confianza y fidelidad. Cuidará de que cuando la superiora u otra encargada haya rehusado alguna cosa manifieste contrariedad, especialmente ante las penitentes. Más bien hará lo posible, compadecida de sus enfermedades y debilidades, exhortarlas a privarse, por amor de Nuestro Señor, de cuanto pudiera complacer a sus gustos..

En lo tocante al vestido, ropa u otras necesidades, seguirá siempre el parecer de la superiora y no podrá, sin licencia, pedir a las encargadas, como ropera, lencera, enfermera, dispensera u otras subvenir a sus necesidades. Lo que se le haya dado con permiso no lo distribuirá sino por orden de la superiora, de quien recibirá asimismo hilo, cordones, agujas y otras menudencias útiles para remendar la ropa.

No les permitirá que rasguen su vestido o su ropa, ni que lo den o intercambien unas con otras sino con orden de

la superiora. Seguirá también sus órdenes en cuanto a la labores ni le está permitido emplearlas para su servicio personal como sería para remendar su velo o su ropa, ni que hagan algo para las Hermanas o pensionadas de la comunidad.

Tendrá cuidado de señalar, al momento de las obediencias, lo que se necesite comprar afuera para las penitentes o incluso para las encargadas lo necesario para su oficio. Fuera de ese momento no podrá pedir nada, sin autorización.

Tratará con gran humildad y deferencia a su compañera, la que también se empeñará por hacerse recomendable por su cordialidad, sumisión y respeto. Tendrán sumo cuidado de desestimar ni contrariar los sentimientos mutuos, ni establecer amistad particular con alguna. Tratarán de que la unión y buen entendimiento mantengan la paz entre las que tienen bajo su cuidado. No se divertirán trayendo a cuento los informes o quejas que se les hubieran hecho. Sostendrán siempre la buena estima que se deben mutuamente. Ese punto es de suma importancia para no hacer inútil el fruto que deben sacar de su trabajo.

No está permitido a la segunda directora imponer penitencias, a menos que se trate de reparar una falta de inmediato, en ausencia de la primera directora. No las tratará en particular, ni las instruirá en lo que concierne a la oración o a la confesión, o en otras temas, sin orden de la directora. Aunque la directora lo permita no se darán las

manos, sino que se excusarán con franca y sincera humildad.

Si algunas se dirigen a ella para que les compre algo o para pedir algo a las encargadas, incluso para sus labores, lo comunicará a la directora y se acomodará a sus directivas, lo que tratará de observar exactamente.

Si las directoras juzgan a propósito que hagan sus lecturas en los libros señalados para el año, o prestarles alguno distinto de los señalados en el reglamento, pedirán permiso a la superiora.

La directora se comportará de esta manera respecto de la que haya sido encargada conforme a las Constituciones. Ayudará al gobierno de las permitentes y a mostrarle las labores con tal prudencia que trate de que la obedezcan de manera que pueda estar tranquila durante su ausencia y la de su compañera. De qué serviría que no le hiciera ninguna reprensión delante de las penitentes, respecto de las faltas que podría cometer al hablar o de otra manera, y aun si tratara de disimularlas, para mantener su buena estima y se precaviera de darle alguna advertencia en particular con bondad y caridad. Debe saber además que no le está permitido servirse de esa Hermana, bajo el pretexto que sea, para hacer alguna comisión o recibir algo de fuera, sea para lo particular o lo general de las penitentes. Referirá todo a la superiora o a la ecónoma pues, según las Constituciones, no se debe enviar ningún mensaje sino por orden de ellas, a menos que la superiora encomendará a la ecónoma algo al respecto, la cual debe tener el dinero que pertenece a las penitentes.

IV. REGLAMENTOS relativos al pequeño noviciado³²

Artículo I

Niñas en pensión

Pueden acogerse niñas entre diez o doce años para alguna ocasión digna. Si se reciben de edad menor que estén al menos en capacidad de no perturbar la quietud del monasterio. Que sean de buena índole y en cuanto posible inclinadas a ser religiosas o que sus padres lo deseen. Para los sitios donde se desarrolla más la inteligencia y también el cuerpo, más que en estos barrios, como en Provenza y Languedoc, se podrán recibir más jóvenes esto por alguna circunstancia especial y extraordinaria útil a la gloria de Dios y al bien del monasterio, pero siempre con la aprobación y permiso del superior y de las Hermanas consejeras. Las casas que se juzguen exentas de esta práctica hacen bien.

Conservarán su indumentaria seglar tanto como la superiora lo juzgue a propósito. Luego se les dará un hábito pequeño que consiste en un pequeño velo simple, un griñón pequeño y un hábito blanco, de mangas anchas, y un corazón pequeño en plata blanca.

Artículo II

³² Los dos primeros tomados de la Visitación. El último propio de Nuestra Señora de Caridad.

Reglamento de nuestras queridas Hermanitas

En primer lugar, amarán a Nuestro Señor con todo su corazón, haciendo todo por su amor. Se ofrecerán a menudo a la divina bondad mediante santas aspiraciones. Amarán y respetarán al prójimo, sobre todo a las Hermanas, como a Esposas sagradas del Hijo de Dios. Se abstendrán de toda mentira y no tomarán ni comerán nada sin permiso. Serán humildes, sometidas a todas las Hermanas. Serán afables y condescendientes.

Se levantarán en todo tiempo cuando suena la campana para Prima. Luego de haberse encomendado brevemente de rodillas a Nuestro Señor y haberle pedido su bendición, la de Nuestra Señora, la del ángel de la guarda, al que tendrán especial devoción, se vestirán, se peinarán. En todo ello gastarán una media hora.

Una vez vestidas irán a lavarse las manos e irán luego al coro. Luego de adorar al Santísimo Sacramento, harán un cuarto de hora de oraciones. Luego irán donde las encargadas para conocer lo que será útil.

Desayunarán y tomarán merienda a la hora que se les señale. Tendrán libertad de recrearse algún rato en la mañana y después del almuerzo. Durante la misa dirán algunas oraciones vocales en francés según se les enseñe. Entrarán al comedor luego de que se haya hecho la reunión de culpas. En el comedor se sentarán en su mesita, y en invierno saldrán, luego de haber almorzado, con la que se encarga de la calefacción. Harán recreo con las Hermanas.

Durante el silencio se retirarán con su directora para hacer sus labores y aprender lo que se les enseñe.

Harán la lectura. Luego de esta y hasta la vísperas podrán pasearse después de haber merendado. Asistirán a vísperas, al intercambio de máximas edificantes, a las completas, y luego de las letanías harán un cuarto de hora de oraciones, y luego, paseándose en grupo o solas, dirán el rosario. Irán a hacer el examen de conciencia una vez que se hayan dado la obediencias al llegar la noche, y se retirarán para acostarse al mismo tiempo que las Hermanas domésticas.

Observarán el gran silencio y no hablarán ni en el coro, ni en el dormitorio, ni en el comedor. Se acostumbrarán a hablar en voz baja y a caminar pausadamente. Se comportarán modestamente en el locutorio, con la vista modestamente baja, para edificar a quienes conversan con ellas.

Podrán ir al noviciado siempre que sean llamadas para escuchar el catecismo y la explicación de las Reglas y Directorios.

Observarán muy fielmente sus pequeños Reglamentos, con alegría y de corazón, a menos que la superiora ordene algo distinto. Por este medio, llegarán un día, con la edad, a ser capaces de observar las grandes normas con la ayuda de Nuestro Señor quien les dará su eterna bendición. Amén. G

Artículo III

Directorio espiritual para nuestras queridas Hermanitas

Al despertar

Apenas despierten hacen el signo de la cruz y dicen : *Bendita sea la santa e individua Trinidad, ahora y siempre, y por los siglos infinitos. Amén.*

O también : *Viva, Jesús, viva María a quienes doy mi corazón y mi vida.*

En otra ocasión pueden decir: Renuncio a ti, Satanás, y adhiero a ti, Jesucristo, que eres camino, verdad y vida.

Al salir de la cama, de rodillas dicen esta oración, al menos a partir de doce años:

Dios mío, mi Señor y mi Padre, te adoro con todas las criaturas razonables que hay en cielo y tierra. Te agradezco el amor eterno que me tienes en Jesucristo, tu Hijo, por todos los bienes que bondadosamente me has hecho por sus méritos y en especial por haberme protegido esta noche. Dame la gracia, tú, esperanza única de mi alma. Que pase este día en tu santo amor, que pueda cumplir fielmente mis pequeños reglamentos. Presérvame de todo pecado y mejor envíame la muerte antes que pierda tu gracia. Haz, Dios mío, que haga tus santas voluntades hoy todos los días de mi vida, para que viviendo y muriendo en tu gracia entre en el gozo eterno de tu gloria. Amén.

Oh Madre del Altísimo, luego de agradecerte muy humildemente por todos tus favores, pongo bajo tu protección mi cuerpo, mi alma y cuanto es mío. *Nuestra que eres Madre... Ángel custodio mío...*

Terminan luego de vestirse y se dirigen al coro para hacer durante un cuarto de hora las oraciones contenidas

en los Reglamentos. Empiezan por un acto de adoración: Te adoro, cuerpo verdadero de mi Salvador, nacido de la gloriosa Virgen, verdadero cuerpo inmolado entre dolores increíbles en el altar de la cruz. Creo tu real presencia en el Santísimo Sacramento, dulce y bondadoso Jesús, Hijo de la Virgen. Entrégate a mí en la hora de mi muerte y haz que te honre todos los momentos de mi vida. Amén.

En seguida dicen *Pater noster*, *Ave Maria*, *Credo*, *Confiteor*, *Misereatur*, *Indulgentiam*, los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, cuatro veces a la semana, y los otros días las Obras de Misericordia, espirituales y corporales, recordando que es el bien que tenemos para hacer. Se podrá que digan algunas veces los siete pecdos capitales para grabar en su alma el horror que inspiran y las consecuencias que traen.

Las que no hacen oración añadirán las siguientes plegarias para emplear el cuatro de hora: Mi Señor y mi Dios, en honor de la grandísima pureza, la muy profunda humildad, y ferviente caridad con que tus elegidos, en tierra y cielo, te adoran, me ofrezco y me entrego a ti, Dios mío, te amo y te doy gracias un millón de veces por todos los beneficios que recibí de tu infinita bondad, muy particularmente el haberme creado a tu imagen y semejanza, haberme salvado y rescatado a precio de tu preciosa sangre, con sufrimiento de penas y tormentos por mí, , por haberme llamado a la religión santa y católica y también por haberme justificado perdonándome mis pecados. Finalmente, Dios mío, te agradezco que me hayas preservado esta noche de muerte súbita, y de todas las

tentaciones y pecados en los que hubiera podido caer si tu mano poderosa y compasiva no me hubiera sostenido. ¿Qué podría darte por tantos favores yo que soy nada y nada puedo? Me tomo el atrevimiento de ofrecerte y consagrarte mi cuerpo con todos sus sentidos, mi alma con toda su capacidad de obrar, mi voluntad con todos sus deseos, obras, movimientos y respiraciones, protestándote, con ayuda de tu gracias, no querer, ni pensar, ni hacer cosa alguna, hoy y siempre, que no sea para tu gloria, amor y alabanza. Amén.

A la santísima Virgen

Si llamara a todos los santos para que vengan en mi auxilio, Reina de los ángeles, no tendrían ni tanto querer, ni tanto poder para auxiliarme. Tú sola, pues tal ha sido la liberalidad de Dios, tu Hijo, tu Padre, tu Esposo, los sobrepasas a todos en caridad y autoridad, pues por encima de ti solo está él, y debajo de ti miras todo lo que no es Dios. Por ello, digna Madre de Dios, recurro a ti únicamente, después de él, pues ella conoce de una parte que tu clemencia es igual a tu grandeza, y por otra parte que no desdeñas la obra de las manos de su propio Hijo, manos, digo, de su divinidad en mi creación, manos de su humanidad, traspasadas por mi redención. Eres, pues, la mayor entre las grandes, la más santa de los santos, la más misericordiosa de los misericordiosos, la más amable de los amables. Socorre esta minúscula ovejita del rebaño de tu Hijo, devuelve a ese buen Pastor la alegría de que sea como

él me quiere. Eres más dichosa por haberlo concebido en su Corazón que por haberlo llevado en tu cuerpo. Haz que a ejemplo tuyo, yo lo conciba por afecto, lo lleve por deseo y lo dé a luz mediante obras agradables a tu majestad.

Al ángel de la guarda

Ángel de Dios, mi guardián amado, te encomiendo mi vida y mi alma. Te suplico me preserves de las asechanzas del mundo, del diablo, de la carne, y me guíes de tal manera que pueda correr por la vía de los mandamientos de Dios y llegar a la gloria eterna. Amén.

A todos los santos

Almas hermosísimas, que están en posesión de la eterna felicidad, me regocijo del gozo que las anima y de la gloria que rinden a nuestro común creador. Las honro y venero de todo corazón, les ruego me obtengan la gracia de aspirar continuamente al cielo, por santa imitación de sus virtudes, de su odio perfecto al pecado, a fin de que llevando desde mi juventud el yugo del Señor, llegue en la dichosa compañía de ustedes a alabar su santo nombre por los siglos infinitos. Amén.

A los santos patronos

Bienaventurado san NN, o santa NN, que he corrido con la suerte de que sean mi protector este año;

bienaventurados santos o santas que la Iglesia venera hoy; santos Padre y Madre de esta Congregación, los reverencio de todo corazón y les ruego que por su intercesión, Dios tenga a bien quitar de mí cuanto le desagrada y hacerme según su Corazón. Amén.

En ocasiones, en lugar de estas oraciones en francés pueden decir *Veni, Creator Spiritus, Salve Regina, Ave Cor sanctisssimum, Sancti Dei omnes* con la oración *Protege, el oremus* de san José, o las letanías del santo nombre de Jesús, o *AVE Maria, Filia Dei Patris, Omnes sancti et sanctae Dei*, o las letanías de los ángeles de la guarda. El domingo, el lunes y el jueves las oraciones en francés. El martes, el viernes el *Veni Creator* y lo que sigue. El miércoles y el sábado las letanías del santo Nombre de Jesús y el resto.

La santa Misa

Cada vez que entren al coro procurarán hacerlo modesta y pausadamente. Harán un acto de adoración al Santísimo Sacramento y besarán la tierra. Cuando sea para la misa harán con el sacerdote es la señal de la cruz y luego dirán la siguiente oración:

Dios mío, me duele haberte ofendido, a ti, que eres mi buen Padre y Salvador, a quien debo amar por encima de toda criatura. Jesús mío, quisiera perderlas todas antes que desagradare. Por los méritos de tu pasión y por el santo sacrificio que dejaste a tu Iglesia ayúdame. No permitas que te sea infiel. Que prefiera morir antes que ofenderte y concédeme que con auxilio de tu gracia, asista a esta acción

con respeto y devoción. Que pueda participar en los méritos de tu santa pasión si bien soy indigna de comparecer ante ti, que con el esplendor de tu majestad haces temblar a los más elevados serafines.

Dicen luego el *Confiteor* con el ayudante. Al fin del *Confiteor* comienzan su Oficio hasta el Evangelio, para el cual se pondrán en pie suavemente y de inmediato, para escuchar con respeto la palabra del Señor. Cuando el sacerdote dice *Sequentia sancti Evangelii*, se santiguan en la frente, la boca y el corazón. En lugar de decir su Oficio pueden decir esta oración:

Dios de mi corazón, ilumina los ojos de mi entendimiento e inflama con afectos mi corazón para escuchar y cumplir tus mandamientos, consejos e inspiraciones. Amén.

Al fin del evangelio recitan el *Credo* cuando lo dice el sacerdote y pronuncian esta aspiración: Dios mío, creo pero ten presente mi incredulidad. Luego continúan el Oficio hasta el *Sanctus*, cuando dirán:

Oh Santo de los santos, dame conocer lo que eres y tu Ser eterno para que mi alma, ilustrada con tu luz, te alabe, te glorifique y te bendiga en tu eternidad. Haz, Señor mío, que tu pasión y muerte sea aplicada a mi salvación y a la de todo el mundo pero en especial a los hijos de la Iglesia, mis parientes y amigos, y para alivio de las almas del Purgatorio.

Cuando se eleva la Hostia: *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos porque por tu santa cruz redimiste al mundo. Señor Jesús, que por nosotros sufriste, apiádate de nosotros.*

Cuando se eleva el Cáliz: Preciosísima Sangre de mi Salvador, enciéndeme en el exceso del amor por el que fuiste derramada y penétrame del dolor con el que fuiste extraída de la venas de mi Salvador. Amén.

Oh Dios de amor que por mí moriste, no deseo sino vivir para ti. Arranca de mí todo afecto desordenado a las cosas terrenas a fin de que te ame solo a ti y por tu amor ame a todos.

Con el sacerdote dicen el *Pater*, y continúan su Oficio hasta el *Agnus Dei*, o se prefieren dicen:

Señor, pues tú eres el Cordero de Dios que viniste para lavar los pecados del mundo en tu sangre, que te agrade ahora borrar los míos a fin de que tales impurezas no me impidan unirme a ti y participar en los frutos de tu divino banquete.

Con la sacristana dicen el *Confiteor* y tres veces *Domine, non sum dignus*, y luego durante la comunión dicen:

Oh Jesús, Salvador mío, Dios de mi corazón, ilumina te suplico, mi entendimiento con la luz de una viva y santa fe, calienta mi voluntad con la llama de tu ardiente caridad y dame entera esperanza en tu bondad, con la memoria de tus beneficios para darte gracias. Para recompensar tu amor con amor, mi alma desea unirse a ti. ¿Cuándo será, Amado de mi corazón, que me visites con tu real presencia? Que sea pronto y para tu gloria.

Mientras el sacerdote dice las últimas oraciones pueden continuar su Oficio o bien, decir alguna de las

oraciones que hay en nuestro Oficio por las necesidades publicas.

Cuando se da la bendición se inclinan para recibirla como también en la elevación del Santísimo Sacramento, en el *Domine non sum dignus* y en el *mea culpa* del *Confiteor*.

El Oficio

Dirán el Oficio parvo de Nuestra Señora cuando la maestra se lo aconseje. Deben tener la intención de honrar a Dios al alabar a su santa Madre, al bendecir a su divino Hijo y al mostrarle desde muy temprano la señal de que quieren permanecer toda la vida consagradas a su divino servicio.

Al recitarlo se empeñarán en pronunciar bien y no apresurarse demasiado. Antes de empezar dirán esta oración:

Señor, abre mis labios para bendecir tu santo Nombre, purifica mi corazón de vanos e inútiles pensamientos, ilumina me entendimiento, da calor a mi voluntad, para que pueda digna y atentamente recitar el santo Oficio de tu divina Madre. Amén. O bien esta otra:

Reina de los ángeles, mejor que nadie sabes con qué reverencia hay que alabar y bendecir la divina majestad. Concédeme la gracia de que pueda, en cierto modo, imitar la perfecta devoción de tu sagrado Corazón cuando desde tu infancia recitabas en el templo los salmos. Santa Señora mía, acepta gustosa que la acción que voy a realizar sea

unida a ella y dame tu santa bendición para hacerla para la gloria de mi Dios y la tuya.

Dividen el Oficio de esta manera a menos que la superiora o la maestra dispongan distinto. Un cuarto de hora después de Completas de la comunidad dicen Maitines. Después Laudes durante el cuarto de hora de Maitines. En la santa misa prima y tercia. Durante Nona sexta y Nona. Durante Completas Víspera y Completas.

Luego de haber dicho Completas que es final del Oficio, dirán en latín o en francés la oración *Sacrosanctae* para ganar la Indulgencia.

Se hará que de tanto en tanto algunos libros que traen de la devoción del santo rosario para que aprendan a no decirlo por turba.

Alimentos y recreos

Entrarán al comedor como su Regla ordena, con modestia, sin correr, ni mirar para acá y para allá, ni se precipitarán al decir el *Benedicite*. Cuando la superiora, o la maestra, lo juzguen a propósito, lo dirán cada una por semana ante la mesa, en voz medianamente alta, y las demás lo responderán o lo dirán en voz baja, y añaden al final esta corta aspiración: Señor mío, voy a tomar mi alimento para fortalecer mi cuerpo y manenerlo apto para tu servicio. No permitas que lo emplee en nada distinto, ni que haga algo que vaya contra tu santa voluntad. Esto no se hace si están con toda la comunidad.

Se acostumbrarán a comer modestamente, y de todo, recordando que una joven que vive pendiente de su boca no es estimada en el mundo ni en la vida religiosa, y que las hijas de la santa Virgen deben imitar su sobriedad como las demás virtudes. Por tanto, tratarán de hacer algunas pequeñas prácticas según les enseñe la maestra, especialmente en las fiestas especiales y en los tiempos de mayor devoción, y en los días de ayuno.

Después de la comida, saldrán tranquilamente de la mesa, harán inclinación a la superiora y dicen Gracias, cuando no hay calefacción, con nuestras Hermanas hasta el primer *Pater*, cuando saldrán, de a dos en dos, para hacer la inclinación. Al irse podrán decir esta corta oración:

Buen Jesús, norma de todas nuestras acciones, enséñame a recrearme inocentemente por intercesión de tu santa Madre y en unión de las recreaciones inocentes que con ella hiciste.

Durante el recreo estarán atentas a no hacer inmodestias ni causar incomodidades a nuestras Hermanas. Cuidarán de practicar el artículo III y el V de su reglamento, evitando de hacer demasiado ruido, ni estar circulando demasiado frecuentemente entre nuestras Hermanas. Se acostumbrarán a trabajar algo durante parte del recreo según les diga la maestra.

Cuando se les autorice harán alegremente algún juego, como después del desayuno y de la merienda, y luego de la oración de la noche, cuidando de no hacer nada contra la modestia que es adorno y embellecimiento de las hijas de la

santísima Virgen. Para ello, durante sus fiestas podrán dirigirle esta corta aspiración:

Oh tú la más perfecta de todas las jóvenes, santa María Madre de Dios, hazme partícipe de la humildad, modestia, dulzura y caridad que manifestaste al tratar con toda clase de personas. Amén.

Después de la cena

Cuando se toca la campana para las obediencias de la mañana se retiran a su celda y ahí, de rodillas, y una por todas dice en alta voz:

Humildemente postradas a los pies de tu Majestad divina, te adoramos, Dios mío, y nos reconocemos indignas de estar en tu presencia y menos aun de alabarte. Sin embargo, Dios mío, ya que nos has creado para este noble fin, no nos rechaces y dignate aceptar que te ofrezcamos lo que hoy vamos a hacer con intención de alabarte y glorificarte. Por ello queremos aprender a trabajar, e incluso a recrearnos y a tomar lo que necesitamos. No permitas, Jesús mío, que hagamos algo contra tu voluntad sino ayúdanos con tu gracia, y por intercesión de la santísima Virgen, del glorioso san José, de santa Ana, de nuestros santos protectores y Ángeles de la guarda, te ofrecemos todas las alabanzas y adoraciones para suplir nuestros defectos.

Cuando la superiora y su maestra tengan a bien que observen algo de silencio lo aceptarán de todo corazón y se habituarán desde temprano a ser exactas en todo lo que se

les pida, reordando que los desobedientes son hijos del diablo como también los mentirosos, y que los auténticos y obedientes son hijos muy amados del Salvador y de su santa Madre.

Cuidarán de no distraer a las Esposas de Nuestro Señor dedicándose a hablarles ni a consentirlas fuera del tiempo de los recreos a menos que la superiora lo permita y en ocasiones extraordinarias.

Gustarán de decir algunas cortas jaculatorias cuando les inspire el ángel de la guarda, como por ejemplo:

-Jesús amor del cielo y de la tierra, ¿cuándo será que seré toda tuya como tú eres todo para mí?

-Dios de amor, dame la caridad. Dios hecho hombre, dame humildad. Espíritu divino, dame pureza.

-Infinita omnipotencia socorre mi debilidad. Sabiduría eterna ilumina mis tinieblas. Bondad incomparable, perdona mi malicia.

-Mi buen Jesús, por el amor eterno que has querido tenerme haz que te ame siempre.

-Señor mío, mi Dios y mi Padre, como no puedo vivir sin ti, que también sin ti nada quiera, diga o haga.

-Dios de mi alma, nada quiero esperar de los bienes, placeres y honores perecederos de esta vida. Solo lo espero todo de tu bondad.

-Oh amor crucificado, por tu amor adhiéreme a ti y a mi santa vocación.

-Jesús, obediente hasta la muerte de la cruz, dame santa obediencia y victoria sobre mis repugnancias.

-Llagas sagradas de mi Salvador, las venero con todo el corazón.

-María, Madre de Jesús, querida Señora mía, me regocijo al verte Madre digna de Dios.

María, ilustrísima Señora, me recija verte reina de los ángeles.

-Oh la Purísima ente todas, obtenme pureza de cuerpo y de corazón.

-Hermoso lirio de la Trinidad, conserva mi alma y mi cuerpo en pureza perfecta.

-Bendita seas, amabilísima María, por haber alimentado a Jesús, que es mi amada vida.

-Recíbeme, santa Madre mía, entre el número de tus hijas.

-Ángel de mi guarda, príncipe de la corte celestial, te agradezco el cuidado que tienes de mí, pobre criatura.

-Ángel de mi guarda, cuídame por el amor de Jesús.

-Ángel mío, espíritu fiel, alcánzame la fidelidad de hacer lo que debo hacer.

-Ángel mío, mi querido protector, defiéndeme del enemigo.

Pueden servirse de estas santas aspiraciones para desterrar el espíritu maligno cuando les sugiera algún mal pensamiento o deseo de faltar al deber y de incurrir en alguna falta. De qué les serviría hacer la señal d la cruz devotamene, usar el agua bendita, a la que deben ener gran devoción. Cuando la maestra lo juzgue a propósito, por ejemplo en las grandes fiestas, hará que digan de tanto en tanto algunas de estas jculatorias en voz alta para fijarlas en la memoria. En las vísperas y en los días de sus comuniones

las jaculatorias pueden ser sobre el tema del Santísimo Sacramento o de la fiesta que se celebre.

Reuniones

Asistirán a las reuniones conforme a su reglamento. Antes de ir la maestra les hará decir es oración:

Oh buen Jesús que dijiste que donde dos o tres estén reunidos en tu nombre, tú estarías en medio de ellos, voy a esta reunión de tus Esposas unidas y congregadas en una sala por tu orden y en tu santo nombre. Creo que estás ahí, Salvador mío, según tu santa promesa. Concédeme la gracia de honrarte y que no sea causa de distracción para tus siervas por mis ligerezas y palabras inútiles.

Se comportarán modestamente, haciendo sus labores y tratarán de no ir y venir sin necesidad y cuando lo hagan sea discretamente.

Relaciones con la superiora y con la maestra

Serán muy respetuosas con la superiora, honrándola y amándola como a buena madre y le obedecerán sencillamente.

No pasarán delante de ella sin hacerle una inclinación. Si las reprende un tanto severamente por sus faltas se pondrán de rodillas para escuchar lo que les diga y al levantarse le harán una reverencia y tratarán de corregirse.

Recibirán de su parte las que les envíe como maestras como si fueran Nuestro Señor. Se acordarán de lo que dice

el catecismo, que el mandamiento de Dios que pide honrar a padre y madre se extiende a quienes ocupan sus lugares, como son superiores y maestras. En consecuencia las amarán y seguirán su conducta con humildad y sumisión. Tratarán de manifestarles gratitud por tantos cuidados y preocupaciones que se dan por ellas, pues los ingratos son aborrecidos por Dios y por los hombres.

Darán cuenta detallada a la que tiene el cargo de su interior en el tiempo establecido y no guardarán nada en su mente que no aclaren con la superiora sobre la manera de comportarse con ella. Es muy importante abrir desde la juventud la puerta del corazón al Espíritu Santo y cerrarla al demonio. Darán cuenta también de sus ejercicios pequeños.

Le hablarán respetuosamente y no harán nada extraordinario sin su permiso. Cuando tengan necesidad de salir de su celda o de los lugares comunitarios le pedirán permiso a menos que la superiora las envíe y solo le avisarán si se demoran largo tiempo.

Cuando ninguna de sus maestras esté presente y tengan necesidad de salir de los lugares indicados antes, pedirán a una de sus compañeras que avisen del lugar a donde van apenas las encuentren. Harán todo esto de corazón por amor de Nuestro Señor.

Locutorio

Cuando la comunidad va al locutorio, las Hermanas de hábito pequeño irán con modestia si son llamadas. Cuidarán

de no decir necesidades. Si son interrogadas responderán ponderadamente, sin mostrarse avergonzadas ni esconderse. No hablarán demasiado precipitadamente ni demasiado alto. A las personas que las interrogan testimoniarán aprecio y gratitud. No hablarán de lo que pasa en la casa, ni tomarán, ni darán, ni pedirán nada sin autorización.

Las de más edad y devotas no irán sin antes pedir a la santa Virgen y a su ángel de la guarda su bendición para comportarse bien. Que no traigan a la casa noticias oídas en el locutorio ni hagan recomendación alguna sin autorización de la superiora.

El examen

Al comienzo del primer o segundo salmo de Maitines dicen: Te doy gracias, Dios mío, que me sacaste de la nada y me has conservado hasta hoy. Te agradezco haberme rescatado con tu preciosa sangre, por haberme hecho miembro de su santa Iglesia y por haberme llamado a tu servicio desde mi infancia. Seas bendito, Padre mío bondadoso, por haberme dado hoy vestido y aliemnto, por haberme librado en cuerpo y alma de grandes peligros. Haz hecho que reciba grandes enseñanzas y me has ayudado a hacer el bien. A ti se dé toda la gloria y que todos los ángeles y los santos te alaben y agradezcan en lugar mío por todos tus favoes. Amén.

Pero infortunadamente, mi gran benefactor, soy tan desdichada por haberte ofendido en muchas cosas, y

ciegamene no sé reconocerlo. Ayúdame, mi buen Jesús, y dame la luz de tu Espíritu Santo por los méritos de tu santa psión.

Luego dicen el *Confiteor* hasta el *mea culpa*, y pasan al examen. Consideren si han hecho sus ejercicios de devoción solo por cumplir y negligentemente, si han omitido algo sin debida autorización. Si han faltado a la verdad, por cualquier pretexto que sea. Si se han enojado contra alguien, cualquiera que sea, y cómo obraron luego. Si han faltado a la obediencia, si se han quejado, si han dicho algo contra la caridad, la modestia o cosas semejantes.

Luego de haber encontrado en qué han ofendido a Dios tratarán de tener dolor por ello, sobre todo de las cosas más importantes y de faltas con consecuencias, y dirán:

Señor mío, Jesucristo, Dios y hombre verdadero, mi redentor y salvador, estoy dolido de todo mi corazón por haberte ofendido porque tú eres mi Dios a quien debo amar más que a toda criatura, pues eres infinitamente mejor y más amable, con quien estoy infinitamente obligado. Por tanto reconozco que al ofenderte he caído en extrema ingratitud. Te pido perdón, Salvador mío, por los méritos de tu preciosa sangre.

Terminan entonces el *Confiteor*. Dirán luego esto para pedir la gracia de no volverlo a ofender: Dios mío, te suplico que hagas que mi resolución de nunca volver a ofenderte sea eficaz, en especial esta noche y el día de mañana. Te ruego me lo concedas. Ayúdame, Salvador mí, con tu santa gracia y no rechaces la obra de tus manos pero concédeme

tu santa bendición haciendo uso de tu bondadosa protección.

Dirán el *Padre nuestro* y el *Ave María* por todos los parientes y amigos; pedirán la bondadosa protección de la santa Virgen, la asistencia de los santos y del Ángel de la guarda.

Al examen de la mañana dirán solo el *Confiteor* hasta el *mea culpa*, y luego: Mi Dios y mi Padre benignísimo, te doy gracias por todos los beneficios recibidos de ti esta mañana. Te suplico que me des la luz para conocer en qué te he ofendido.

Pensarán luego en sus faltas y habiéndolas identificado dirán: Mi Salvador bueno, me duele haberte ofendido. Humildemente te pido me perdones. Deseo corregirme y cumplir mis deberes el resto de la jornada para tu gloria, en señal de lo cual *mea culpa*, etc.

Al llegar la noche, al acostarse, toman agua bendita, hacen la señal de la cruz, y dicen: Tomo este descanso en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo que por mí fue crucificado. Que él nos lleve a la vida eterna. Amén.

La confesión

Para aprender a confesarse bien van a buscar a la maestra los días de la confesión, en la hora indicada para que les enseñe a confesarse breve, clara y respetuosamente, con dolor de sus faltas, sin contar historias que de nada sirven.

Comienzan con el examen matinal, recogiendo sus faltas principales desde la última confesión y pueden decir esta oración: Mi buen Jesús, desde lo más profundo de mi corazón, te pido perdón de todos los pecados cometidos contra tu divina bondad. Me has amado tanto que me preparaste un baño sagrado con tu sangre preciosa para borrar mis ofensas. Dame la gracia de tener en mi alma verdadera contrición, de recordar mis faltas, y confesarlas enteramente, con la firme resolución de corregirme y de satisfacer tu justicia con humilde penitencia para no perder el fruto de algo tan precioso. Que purificada por este sacramento avance cada vez más por el camino de tu santo amor.

Cuando se llame para la confesión irán las primeras y de rodillas, luego de adorar al Santísimo Sacramento del altar, hacen pequeñas aspiraciones para moverse a la contrición.

Mi Señor y mi Dios, me confieso pecadora pues en lugar de amarte y servirte por los muchos favores recibidos de ti, he olvidado y desobedecido tu santa voluntad. He preferido la mía y he ofendido tu divina bondad.

Dame Dios mío, verdadero horror del pecado y la gracia de confesar los cometidos.

Lávame con tu sangre pues una gota de ella puede lavar todo el mundo. No permitas que oculte algo que debo decir por algún temor. Quiero hablarte a ti que penetras mis pensamientos y no me perdonarás si no los acuso humildemente, y si no tengo deseo de corregirme.

Luego de decir alguna de estas aspiraciones dicen el *Confiteor* hasta el *mea culpa*, repasando en la memoria las faltas descubiertas en el examen de la mañana y piensan si queda algo más. Luego tratan de recordar algo que sea claramente pecado, cometido antes de entrar o durante la vida religiosa, como una mentira por vanidad, o haber causado daño a otros, o haberse distraído voluntariamente durante la misa de las fiestas o domingos, o haber sido tercas y haber resistido a la obediencia o haber desobedecido por desdén o menosprecio de lo que se les decía. Hacen un acto de contrición y si les es difícil hacerlo pueden decir:

Salvador mío, dulce amor de mi alma, me duele de todo corazón haber hecho todo esto que te ha ofendido a ti mi Dios a quien debo amar más que a mi vida. Quiero satisfacer todo ello, mi buen Padre, pero no lo puedo sino por la humilde confesión que voy a hacer. Quiera tu bondad aceptarla pues eres tan misericordioso que basta confesarla para alcanzar tu perdón. Lo quiero hacer, mi Señor, con la firme resolución de no ofenderte y de corregirme de tal y cual cosa.

Especifican las faltas mayores y terminan el *Confiteor*. Van con la manos juntas, humildes de corazón, ante el confesor al que harán inclinación profunda considerando que es representante de Jesucristo. Ya de rodillas se santiguan y dicen *Bendíceme, Padre, porque pequé*. Y hacen su confesión como se dijo. Mientras el sacerdote les da la absolución se inclinan ante Dios para recibirla y escucharán humildemente la penitencia y lo que el

sacerdote les diga procurando cumplirlo lo más pronto posible. Luego dicen:

Dios y Señor mío, que por tu misericordia y los méritos de mi Salvador perdonaste mis pecados, ¿qué gracias puedo darte por semejante beneficio? Que tu santa Madre te alabe y por mí te bendiga. Que mi Ángel y toda la corte celestial te tribute mil gracias. Me uno a ellos para cantar eternamente tus maravillosas misericordias. Amén. O también:G

Bendice, alma mía, al Señor. No olvides tantos bienes que te ha hecho. Ha perdonado tus pecados y sanado tus enfermedades. Te rescató de la muerte y te coronó de misericordia. No te ha castigado como mereces. Más aún, reconoce la bondad de tu Dios y cuídate de irritarlo de nuevo. No, Jesús mío, no quiero volver a desagradarte. Ayúdame con tu gracia pues sin ella nada puedo.

La santa comunión

Las niñas de la santa Virgen deben mostrarse muy devotas de la santa comunión. No se contentarán con testimoniario de palabra y se empeñarán de disponerse a ella con santas prácticas y devotas aspiraciones.

Tres días antes de las felices fiestas en que deberán comulgar, luego de haber manifestado su deseo, la maestra podrá señalarles una virtud para practicar o una imperfección para corregir, a todas en general y a cada una en particular, según necesidad, de las que más tarde drán cuenta. Se les sugieren algunas aspiraciones:

-Padre eterno, muestra tu misericordia y danos al autor de la salvación.

-Padre soberano ¿es posible que luego de tres días me des a tu Hijo amadísimo?

-Oh bondad infinita, ¿qué puedo hacer para prepararme a alojar tu adorable Majestad?

-Dios mío, recibe, te ruego, los deseos de mi corazón. Quisiera tener todo el amor, la pureza y demás virtudes de los ángeles y de los santos, no para mi provecho, sino para glorficarte, dulcísimo huésped que mi alma desea y anhela.

-Ven, fuego divino que todo lo consume. Ven, quema y consume en mí cuanto te desagrada.

-Dios de amor, ven a mí y yo a ti.

-Grandeza infinita, al venir a mí te olvidas de ti. Que yo me olvide de mí para ser tuyo.

-Divino Sol, esclarece las tinieblas de mi corazón.

-Dios, Salvador mío, para venir al mundo escogiste un establo. ¿Qué es mi alma sino un pobre establo? Ve, te ruego, y haz en mí un nuevo nacimiento.

-Ven, gozo y deleite del cielo y de la tierra, ven y destierra de mi corazón toda vana tristeza.

-Ven, divino fuego, ven, oh pan de vida, ven, inflama y vivifica mi corazón.

La mañana del día en que van a comulgar, se empeñarán de que, desde el despertar, repitan alguna de estas aspiraciones, o digan:

Sean benditos los días en que Nuestro Señor, nació, murió y resucitó. Bendito el día en que espero renueve en

mi su nacimiento, su pasión y su resurrección. Mi dulce y querido Salvador, que así sea para tu gloria.

Las que hacen la oración, harán un cuarto de hora, en la víspera, entrada la noche, lo mismo que en la mañana y la noche del día de la comunión. Meditarán en la comunión o en el misterio que se celebra. Las que no hacen la oración emplearán esos cuartos de hora en oraciones vocales en francés o latín.

Durante la santa misa de los días de comunión, después del *Confiteor* dirán un corto rosario de doce *Ave María*, para pedir a la santa Virgen el favor de que las presente a su Hijo. Si no lo han terminado antes del Evangelio lo harán después del *Credo*. Luego dirán, para ofrecer a Dios su comunión, unidas al santo Sacrificio, lo siguiente:

Dios grande y tododeroso, recibe este santo sacrificio del Cuerpo y de la Sangre de mi Señor Jesucristo, tu Hijo muy amado. Te lo ofrezco por las manos del sacerdote para la mayor gloria de tu divina Majestad, en honor de la gloriosa Virgen María, de todos los espíritus angélicos y de todos los santos y santas, y en acción de gracias por todos los beneficios que he recibido de tu mano generosa y como satisfacción de mis pecados. Dame, Dios mío, en virtud de este divino misterio las virtudes que me faltan en todo y que me son necesarias para hacer tu santa voluntad. Dirán:

Compadécete de tu Iglesia y asístela siempre con nuevas luces de tu Espíritu. Apíadate de todos aquellos por quienes derramaste tu sangre preciosísima. Convierte a los miserables pecadores. Trae a tu santa fe a los herejes y

cismáticos. Ilumina a los infieles para que te conozcan. Socorre, Dios mío, a quienes atraviesan por alguna necesidad o tribulación. Socorre a mis parientes y amigos. Derrama, sobre todo, Dios mío, tu espíritu de humildad, de caridad y de santa sencillez en esta amada comunidad y vierte tu santa gracia en nuestra superiora y nuestras maestras.

Finalmente, Dios mío, te pido perdón, gracia y misericordia para mí, para todos mis prójimos, para tus fieles difuntos y para cuantos me han causado algún disgusto. Los perdono de todo corazón y a todos en general.

Dios mío, te ofrezco tu Cuerpo y tu Sangre preciosa, te ofrezco todo cuanto quisiste sufrir y padecer por nuestra salvación, y esta comunión que deseo hacer en unión de tu divino amor.

En la elevación

Te adoro, Salvador mío, que bajo este velo quisiste ocultar tu cuerpo, tu sangre, tu alma y tu divinidad. Rey mío y Dios mío, si bien no percibo claramente, me basta saber que estás aquí para venerarte, amarte, adorarte y glorificarte como si te viera.

Después del Padre nuestro

Espero, Salvador mío, que si como este Pan de vida no moriré para siempre. Viviré eternamente y estaré en ti y tu en mí. Amabilísimo Jesús, pues vienes a mi pobre alma con

tus llagas sagradas te pido que me des cinco virtudes correspondiente a ellas. Por las llagas de tu pies te pido bondad y humildad; por las llagas de tu santas manos, obediencia y perseverancia; por la llaga amorosa de tu santo costado lléname de ardorosa caidad para que amándote y obedeciéndote siempre en esta vida te ame eternamente en tu gloria. Amén.

Después del Agnus Dei

Oh Pan de vida, me llevo a ti llena de confianza y creo que tu bondad suplirá mis faltas. Reconozco y confieso que soy infinitamente indigna a causa de mis pecados. Por ellos te pido humildemente perdón y espero todo de la bondad inefable de tu buen Corazón. Amable Salvador mío, deseo convertirme enteramente a ti e imitar tus virtudes. Te adoro y te reconozco como a mi Dios y me regocijo de la misericordia que me vas a manifestar.

Luego de haber dicho el *Confiteor* y el *Domine non sum dignus*, humildemente rendidas ante Dios y atento el espíritu con algunas jaculatorias o aspiraiones que se dijeron antes, esperando su turno irán con gravedad y modestia y siguen las ceremonias que hacen las Hermanas.

Para recibir la santa Hostia mantendrán la cabeza recta y firme y abren medianamente la boca. Dejan humedecer un poco el pan de vida y lo pasan lo más pronto que puedan, con gran respeto, evitando que toque los dientes y el paladar. Teniéndolo ya en el corazón se entretendrán amorosamente con él con estas o semejantes palabras:

Aquí tienes mi alma, Señor, aquí está la que deseas. Seré feliz si puedes permanecer por siempre en ella. ¿De dónde a mí que mi Señor me venga a visitar ? Bendito sea el que vino de lo más alto de los cielos sin que yo lo mereciera. Tesoro inestimable ¿quién no se estimaría rico por haberte encontrado y por poseerte? Qué desgracia tendría si perdiera tu gracia. No permitas, Dios mío, que tal desgracia me suceda. Concédeme la gracia de no decir nada que no sea de tu agrado, que no tenga pensamientos voluntarios que no vayan dirigidos a ti, que no haga acciones que no imiten las tuyas y que mi trato no sea conforme, en cuanto me sea posible, con el tuyo.

Podrán decir algunas oraciones que vengan al caso, según les indique la maestra, o hacer un poco de oración personal, dialogando tiernamente con Nuestro Señor y despertando en sí viva creencia de que es él quien está en ella. Luego hay que dejarse llevar de actos de amor, humildad, adoración, acción de gracias y confianza.

A lo largo del día ofrecerán a Dios todas sus buenas acciones para agradecerle la merced recibida. Estarán más recogidas que de ordinario, recordando con frecuencia la majestad de quien vino a su corazón. Repetirán a menudo: Hoy, Señor, viniste a mí y has renovado en mí tu santa pasión

No se obliga a nuestras queridas Hermanitas a hacer oración diaria. Sin embargo, su devoción las llevará a desear hacerla, al menos a partir de los doce años, y se les aconsejará que a partir de los catorce años la hagan cada

día para ejercitarse en los afectos y ocuparse en esta acción angélica y disponere más para cuando pasen al noviciado.

V. DIRECTORIO PARA LOS CONFESORES DE LOS MONASTERIOS DE NUESTRA SEÑORA DE CARIDAD

Los confesores deben decir sus miss por la comnidad, o según la intencí'n que la Hermana sacristana les diga, y no pueden dispensarse de ello sin pedirlo a la superiora. Cuadno no puedan decirla pore star impedidos por enfermedad u otra causa, hará que la superiora lo sepa y hablarán con quien hayan dejado en remplazo.

Dejarán libremente decir la misa conventual a los eclesiásticos que la superiora haya invitado. Si se trata de personas de consideración estarán en la sacristía para ayudarles si es necesario. Se ceñirán enteramente a las rúbricas y ceremonias del misal del concilio de Trento, sin sacar nada de los misales diocesanos, si bien deben seguir las fiestas particulares de la diócesis donde de los monasterios están establecidos. .

Saldrán de la sacristía de modo que puedan comenzar la misa inmediatamente después de Sexta, a menos que, en ocasiones, la Hermana sacristana les diga algo distinto.

En la misa seguirán las fiestas de devoción de la congregación. Cuando haya fiestas transferidas sabrán por la sacristana el día en que las religiosas celebrrán el Oficio para estar de acuerdo con ellas en sus misas.

Se harán una obligación estar en las ceremonias de las Hermanitas, toma de hábito y profesiones, y acompañarán a los prelados u otros que las presidan, revestidos del ornamento indicado.

Vendrán puntualmente todos los miércoles y sábados, después de las vísperas de las religiosas, o al final, para confesarlas. Cuando sea fiesta de guardar procurarán venir en la mañana, a menos que la superiora piense que se hagan las confesiones la vispera.

Se tomarán el trabajo de venir en la mañana a confesar a las penitentes en los días en que ellas se confiesen. Los miércoles y los sábados vendrán más o menos un cuarto de hora antes del Oficio, para confesar a las que van a comulgar.

Cuidarán de forma especial a que ni por la imposición de penitencias extraordinarias, ni por los consejos que dan en la confesión, se haga algo que pueda perturbar el orden del monasterio.

Aconsejarán a las Hermanas a mantener gran unión y cordialidad entre ellas, y muy en especial con la superiora. No manifestarán ninguna familiaridad con las Hermanas ni hablarán a nadie de las imperfecciones que podrían reconocerse en ellas.

No tendrán nada especial con ninguna Hermana más que con otra y las amarán a todas igualmente.

Inculcarán a las Hermanas que tengan entera y filial confianza y dependencia con la superiora como lo ordena la Regla, y no ocultar secreto alguno ante ella. Ellos mismos deben tener con ella gran unión y confianza manifestando estima y afecto con ella y con la casa.

No se darán ninguna autoridad respecto del monasterio ni sobre las Hermanas en particular. Les manifestarán reverencia al hablarles y en toda circunstancia, considerando que son Esposas sagradas del Hijo de Dios.

Estarán muy atentos para hablar del monasterio y de las Hermanas con respeto. Que jamás por sus palabras se dé ocasión de que se observe algún defecto o imperfección que pudiera cometerse allí, tanto en general como en particular porque las palabras de un confesor tiene mucho peso y también su silencio y frialdad, en ocasiones, podrían causar perjuicio al monasterio y a las Hermanas.

Si se les pide algún servicio en asuntos temporales deben hacerlo con mucho afecto y prestarlo con cordialidad y franqueza de modo que la superiora pueda acudir a ellos con plena confianza.

No se comprometerán con nadie que les pida obtener gracias y favores de las religiosas y pedirán a las personas que piden que se dirijan a ellas. No deben en efecto entrometerse en los asuntos de la casa sino cuando a la superiora le parezca bien, ni recibir comisión alguna de los particulares en ningún caso.

Siempre que los confesores entren en la casa para administrar los santos sacramentos deben hacerlo revestidos de sobrepelliz, estola y bonete, y el ayudante con su vestido y sobrepelliz. Estarán donde la enferma en cuanto sea necesario para hacer la recomendación del alma oportunamente.

Bendito sea Dios y su santa Madre